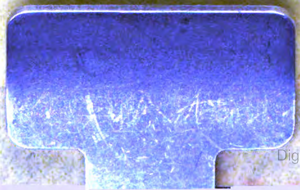




HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

TOMO PRIMERO.

BESANZON. — IMPRENTA DE J. ROBLOT.

HISTORIA
GENERAL
DE LA IGLESIA

DESDE EL PRINCIPIO DE LA ERA CRISTIANA
HASTA NUESTROS DIAS,

POR

EL Sr. D. J. E. DARRAS,

PRESBÍTERO, CANÓNIGO HONORARIO DE AJACCIO, DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA.

TRADUCIDA

CON ADICIONES Y NOTAS SOBRE LA IGLESIA HISPANO-AMERICANA,

POR EL Dr. FREY DON PEDRO MARIA DE TORRECILLA,

Presbítero, de la Órden de caballeros de Montesa, antiguo capellan de honor de S. M. C., etc.

De la quinta edicion, revista y corregida por el Autor.

TOMO PRIMERO.



PARIS

LIBRERIA DE LUIS VIVES, EDITOR

Calle Delambre, 5.

1862

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Han motivado la publicacion de esta obra la necesidad de un libro elemental que sirva de base á un curso de historia eclesiástica, y lo indispensable que es un texto clásico en el cual pueda el catedrático extenderse y desarrollar sus principios. Los trabajos que acerca de esta materia se han dado á luz, ora en Alemania, ora en otros puntos, se hallan tan impregnados del espíritu de sistema, que mas bien son cursos de filosofía de la historia, que una historia propiamente dicha, defecto comun en la literatura germánica. Segun esta, lo que solo debiera ser accesorio, entra como principal, porque se afecta olvidar que ante todo es menester conocer la ilacion de los hechos, su encadenamiento, su gradacion sucesiva; y que luego viene el clasificarlos ó agruparlos en sistema para sacar ulteriores consecuencias. A nuestro modo de entender, la historia es sobre todo el relato completo é imparcial de los acontecimientos. La costumbre de enseñar nos ha mostrado la necesidad de colocarnos bajo este punto de vista, si queremos que no

sea estéril el estudio de la historia. Por otro lado, la exposicion árida de los hechos ofrece inconvenientes no menores; por manera que fuera dar en un escollo el seguir exclùsivamente el uno ó el otro de esos métodos. Hásenos presentado no poca dificultad en establecer *unidad* en semejante trabajo; por lo cual hé aquí el plan que nos hemos propuesto seguir, lo que dará idea de nuestra obra.

La historia eclesiástica es la historia del desarrollo de la sociedad católica establecida por Cristo, gobernada por el Papa su vicario, y bajo su inmediata autoridad por los obispos instituidos por este en cada diócesis.

Todos los hechos relativos á la historia eclesiástica convergen, como á su centro, hácia la Silla de san Pedro, hácia la Iglesia de Roma, madre y maestra de todas las demás. Fuera de esta magnífica unidad, del primado del romano Pontífice, de su autoridad visible, de la cual dimana la doctrina siempre viva é infalible, la perpetuidad del obispado, y por este, del sacerdocio católico, no ofreciera la historia eclesiástica sino un caos de hechos estériles, sin enlace lógico, sin razon de existencia. El tiempo ha hecho justicia de todas esas oposiciones maliciosas, de esas desconfianzas calladas, de esas reticencias hipócritas que há poco encontraba do quiera la doctrina verdadera; y nuestro siglo, tanto mas ansioso de autoridad cuanto que mas lo roe el espíritu de independencia, ha visto agruparse en torno de la Santa Sede romana las mas nobles inteligencias, proclamando á la faz del mundo la supremacía, y la infalibilidad dogmática del romano Pontífice. Colocando pues al frente de cada período histórico el nombre del soberano Pontífice que le preside, creemos haber establecido la unidad en nuestra obra. Y así, lo que los historiadores pro-

fanos han hecho respecto de los reyes de cada época, lo hacemos nosotros con los Papas, jefes visibles de la Iglesia, centro de autoridad, fuente de todo poder eclesiástico, pontífices supremos de la jerarquía.

Los hechos se van sucediendo, de este modo, en su órden cronológico, desarrollándose bajo la influencia, auspicios y accion del Pontificado. Cada siglo va pasando á su turno con sus luchas, contiendas, combates, persecuciones, herejías, concilios y doctores. Despues de cada época, resumimos en un cuadro que le sirve de complemento el conjunto de doctrinas, el enlace lógico, en una palabra, la filosofía de los hechos sucedidos. Vuelve la historia á continuar su marcha al través de los tiempos hasta nuestros dias, abrazando en su expansion compleja los hechos, discusiones filosóficas y teológicas, polémica religiosa, disciplina, liturgia, derecho canónico; porque cada una de estas ciencias tiene su raíz en la historia de la Iglesia, y aun sin esta serian aquellas incomprensibles. Principiamos nuestro relato con una exposicion abreviada ó compendiosa de la vida de nuestro Señor Jesucristo, fundador de la Iglesia, y seguimos la narracion hasta el pontificado de Pio IX. La última parte de nuestra obra, mezclada aun con los acontecimientos de la actual política, ha sido tratada con brevedad y reserva; porque seria apartarnos sobrado de nuestro plan el entrar en mas detalles. Sin embargo, no hemos querido omitir enteramente hechos de un órden tan elevado, y cuya leccion es tan viva y significativa.

El deseo de ser útil á la juventud estudiosa (á quien hemos consagrado nuestra vida), la esperanza de cooperar à la propagacion de la ciencia eclesiástica, el deseo de ofrecer al sacerdote y aun al letrado secular un resúmen claro, im-

parcial y metódico, nos han sostenido mas de una vez en este trabajo largo y penoso; aplicándonos la divisa antigua: *Inglorius, dum utilis.*

No queremos cerrar este prólogo sin protestar á la faz del mundo que al tener que atacar los errores de las personas, nos hallamos penetrados de la mas afectuosa caridad para con ellas. Cual hijo de la Iglesia, nos es imposible ver á sangre fria que se la ultraja; como historiador, estamos obligados á no olvidar nunca aquellas memorables palabras del Salvador: « Que habrá mas gozo en el cielo por la con-» version de un solo pecador, que por la perseverancia de » noventa y nueve justos. »

París, 12 de mayo de 1853.

ADVERTENCIA

PUESTA AL FRENTE DE LA SEGUNDA EDICION.

Se ha agotado la primera edicion de esta obra en menos de seis meses, y ha sido adoptada como clásica por muchos seminarios : tiernamente agradecido por esta benevolencia, no puede empero disimularse el autor la causa de donde procede. Este libro habria sido menos inferior en manos mas hábiles; se ha querido, pues, dar un testimonio de aprecio á la idea general, á los principios y á las doctrinas romanas que contiene. Y en efecto, se presenta por primera vez, desde há mas de doscientos años, un manual destinado á los seminarios y publicado en Francia, y se presenta á cara descubierta á colocar al romano Pontífice en la cima de la historia, y desagraviar y justificar plenamente á los inmortales Pontífices de la edad media, cuyo ingenio ha dirigido, conducido, santificado y salvado al mundo. Bajo este punto de vista el autor se congratula del éxito de su obra : séale, pues, permitido dar en este lugar muestras

públicas de reconocimiento á los ilustres prelados que se han dignado acoger benévolamente esta obra. No olvidaremos nunca la tierna solicitud con que el Ilmo. Sr. obispo de Arras tuvo á bien dictarnos varias observaciones, fruto de su larga experiencia y conocimientos profundos. Otros dos sabios y venerados prelados, el Ilmo. Sr. arzobispo de Aviñon y el Ilmo. Sr. obispo de Ajaccio, en Córcega, permitiéndonos reverenciarlos y amarlos como á nuestros propios padres, han puesto el colmo á sus bondades, transmitiéndonos, el uno las notas de la comision encargada del exámen de libros, el otro el juicio que de esta obra han formado dos doctores de la capital de la cristiandad. Tales sufragios son nuestra mas dulce recompensa.

París, fiesta de la Epifanía de 1855.



PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICION.

Como los hombres, tienen tambien su historia las ideas: nacen estas y van desarrollándose en medio de circunstancias favorables; encuentran tropiezos y luchas en su marcha; se levantan en derredor suyo objeciones, y por fin su triunfo mide su duracion en proporcion de sus contrastes y de los elementos de verdad que las constituyan, y de que son fórmula y expresion. Su victoria no es siempre la medida de su valor real: si á veces dominan el mundo, son otras veces sus esclavas, y la opinion pública, de que son ecos, despues de haberles otorgado una dominacion exagerada, las deja caer mas tarde en la sombra, cual un rio que va deponiendo al través de su larga carrera en parajes cercanos los restos que fuera socavando en las orillas desde su nacimiento.

El feliz retorno hácia las ideas y doctrinas romanas que se está realizando en Francia, ofrece bajo este punto de vista un espectáculo digno de fijar la atencion de los hombres graves. Antes de comunicar nuestro pensamiento,

experimentamos la necesidad de protestar de nuevo que respetamos profundamente las convicciones opuestas á las nuestras: porque cuando son sínceras y motivadas, honranal carácter del que las profesa. Al atrevernos á proclamar las nuestras, imploramos para ellas la imparcialidad de juicio que nos honraremos de seguir respecto de las de nuestros contrarios. Pasaron ya los tiempos de polémicas oratorias: en los nuestros, casi todas las ideas se han convertido en hechos, y es sobrado de notar la responsabilidad que llevan consigo para que podamos tratarlas á la ligera.

Desde há mas de siglo y medio, la Francia no estudiaba la historia de la Iglesia sino en obras escritas bajo la influencia del galicanismo. La declaracion del año 1682 habia llegado á ser la expresion oficial de la religion nacional, el código de los soberanos, el manual de los teólogos. La doctrina galicana se habia concentrado toda en tres aspectos: la política, la filosofía, la teología, impregnándolas con su influencia. Sobrevino una coincidencia que parecia asegurarle un triunfo completo é indisputable, y es la de encontrar un hombre extrardinario en quien se reunieron las cualidades eminentes que forman á un historiador; erudicion universal, paciencia infatigable, laboriosidad entendida, juicio moderado, madurez y calma, un estilo puro, abundante, atractivo, á la vez enérgico é insinuante, segun lo llevaba el asunto. Este hombre consiguió hacer de la historia de la Iglesia un monumento del galicanismo: su libro gozó, y solo él, de autoridad en Francia: los compendios que se dieron á luz despues de su aparecimiento, reproducian su doctrina, juicios y conclusiones Fleury fué el historiador clásico, y como el Tito Livio de nuestros seminarios.

Paralelamente á este movimiento antiromano de que fué teatro casi exclusivo la Francia, se desarrollaban en sentido opuesto en las otras naciones católicas la teología y la historia. Habian abierto el camino los cardenales Baronio y Belarmino; y á su imitacion ó siguiendo sus huellas vengaron al Pontificado ultrajado numerosos escritores, notables por la ciencia y por la lógica con que sostuvieron los derechos de la Santa Sede. Pero apenas se oyó su voz en Francia, ni encontró simpatías ni eco.

Dominaban á la Francia en esta coyuntura dos grandes acontecimientos: el reinado de Luis XIV, cuyo esplendor fascinando los ojos de todos no dejaba apercibirse de sus extravíos; y el jansenismo, cuyas restricciones solapadas, cuya austeridad aparente y cuya alianza con los hombres mas grandes del siglo XVII ejercieron una seduccion casi general tanto mas peligrosa cuanto mas aparentemente legítima. Luis XIV creyó deber luchar contra el Papa por las necesidades de su política; y el inmenso prestigio de que gozaba en su época arrastró casi á todos los obispos de Francia. Pusiéronse al servicio del Rey Cristianísimo contra la causa de la Santa Sede todas las armas de que podia disponer á la sazon el espíritu humano, representado entonces por los mayores genios. Al contemplar á sangre fria esta fase de un reinado por otra parte tan glorioso, causa la mayor extrañeza la animosidad y aun encono de esta lucha; por manera que no se ha visto tal vez jamás la Francia mas cercana á un cisma irremediable: y lo hubiera sido sin la prudencia heróica del soberano Pontífice para conjurar tamaño desastre. Sin embargo, llegó felizmente la época en que Luis XIV abandonó por sí mismo su propia obra, retirando sus decretos hostiles á la Santa Sede. Los obispos de

Francia dirigieron al Papa una retractacion formal de lo actuado en la asamblea de 1682; y hasta el mismo Bossuet, mayor en su retractacion que en los dias de sus inmortales triunfos, puso fin á una polémica de veinte años tristes con las palabras tan célebres: *Abeat quo libuerit ista declaratio!*

Debió creerse muerto al galicanismo, pues que habia sido repudiado por sus propios autores y promovedores; mas no fué así, porque lo resucitó el jansenismo [1]. Era en efecto buena coyuntura para una secta tantas veces condenada en Roma [2] encontrar en su camino una doctrina que socavaba los cimientos de la autoridad de Roma. Hízose pues una alianza estrecha entre ambas, uniéndose para apoyarse recíprocamente; y cuando vino la filosofía de Voltaire á sacar de improviso la consecuencia rigorosa de todas esas reticencias, de todas esas negaciones, y disminuciones de la autoridad, jansenismo y galicanismo desaparecieron por un tiempo con todo lo demás en el abismo de las revoluciones á donde fué á precipitarse el mundo.

Entonces, y cuando se desplomaron monarquías, y cuando el vicario de Cristo arrojado de su capital por la República francesa no hallaba ni una choza en que albergarse, salió á la palestra con admiracion del universo un filósofo cristiano, lanzado tambien por la tempestad á las playas del destierro, y trataba de reconstituir, en sus solitarias y profundas meditaciones, las sociedades europeas, tan cruelmente ulceradas. Con la historia en la mano,

(1) Esta asercion es muy inexacta. El jansenismo precedió al galicanismo; y los corifeos de aquel, Arnaud, Pascal, Sacy, Nicole, etc., habian muerto mucho antes de la declaracion de 1682.

(2) Y mucho antes en Francia, cuyos prelados fueron los primeros que dieron el grito de alarma contra el jansenismo.

volvia á colocar al Papa en la cima de la jerarquía, y su voz, resonando en medio de los estruendos del cataclismo social, preparaba para el porvenir el triunfo de las doctrinas romanas. El conde de Maistre inauguró en Francia su vuelta. *La autoridad del romano Pontífice restaurada en el cenit del catolicismo;* hé aquí el pensamiento fundamental de la inmortal obra: *Del Papa.* ¡Cosa extraña! las revoluciones que destruyen todos los poderes, llevan precisamente consigo la prueba mas concluyente de la indispensable necesidad del *poder* para las naciones y para los individuos: sus propios excesos las condenan, y aun hasta sus victorias abren su sepulcro.

No tuvieron que superar pocos obstáculos las ideas del señor conde de Maistre para abrirse camino en el mundo intelectual: porque intereses políticos de un lado, y preocupaciones del antiguo parlamentarismo galicano de otro, le opusieron trabas sin fin. El espíritu militar volvió á tomar, á principios del siglo XIX, las armas que le habia dejado el XVII, y aun tuvo la malhadada osadía de llevar mucho mas adelante su hostilidad fatal. Pasaron por fin los dias de crisis, pero les sobrevivieron los odios; y el galicanismo se atrincheró en el arsenal de la legislacion y en la polémica de las escuelas. Nuevas revoluciones vinieron á mostrar, por periódicas convulsiones, que todas las autoridades son solidarias; y que ultrajar ó vilipendiar á una es echar por tierra las demás, y que una vez rotos los lazos del respeto, se desencadenan todas las pasiones borrascosas. Hombres nuevos arribaron en fin que dijeron francamente y sin reticencias: « Seamos católicos, y para ello unámonos » cordialmente á la Santa Sede; si todo ha de desplomarse » en nuestras sociedades, que quede al menos la piedra

» inmortal de la Iglesia para que nos sirva de baluarte y » asilo. » Habian comprendido muy bien que no era tiempo oportuno disputar con el piloto cuando un navío está naufragando; habian comprendido que la Iglesia es el arca de salvacion, y que era necesario seguir á su jefe si se queria salvarla.

Hubo entonces una reaccion inmensa en favor de lo que nuestros adversarios llaman *Ultramontanismo;* y un hombre cuya reciente pérdida es un duelo universal, el abate Rohrbacher, despues de treinta años de trabajos, rehizo la historia de la Iglesia que parecia no dejar nada por desear en la pluma del abate Fleury. Otros escritores, cuyos nombres son tan gratos á la generacion cristiana de nuestros dias, descorrieron el velo tupido en que se habia tratado de ocultar las ilustres memorias de san Gregorio VII, de Inocencio III y de san Pio V; rehabilitaron las instituciones de la edad media, hicieron conocer su sentido, descubrieron á todas las inteligencias los resplandores de la liturgia romana y repitieron á la Francia del siglo XIX la expresion de san Remigio en su cuna : « Adora lo que has ultrajado. »

A pesar de nuestra conocida insuficiencia, nos hemos propuesto tambien traer una piedrecita á esta obra de reconstruccion. Y en efecto, hemos creido muy útil publicar un manual de historia de la Iglesia destinado á los jóvenes Levitas, en lo cual tome su verdadero puesto el Pontificado romano al frente de cada período. Emprendimos, pues, este trabajo : solo era, es verdad, obra de no grande lauro, pues que el camino estaba trazado ya. La historia de Rohrbacher, las de los señores Blanc y Alzog, los trabajos de Mosheim, Moehler, Doellinger, Hurter y Ranke; los de Montalambert, Falloux, Audin, Christophe y tantos otros,

nos ofrecieron materiales ricos y abundantes. Escoger entre tantos tesoros, ordenar tanta miés y presentarla con método para hacer sobresalir los hechos mas culminantes, y dejar en la oscuridad los menos importantes, tal fué el designio del libro que pareció diez y ocho meses há con el título de *Historia general de la Iglesia*, en 4 tomos en 8°. francés. Era, si se quiere, un mosáico en que cada autor podria reconocer su obra, y del cual solo nos pertenecian el enlace, método y unidad general. Seis mil ejemplares vendidos desde esa época han probado bastante la energía de la reaccion que se está operando actualmente en favor de las doctrinas romanas.

Se nos pide ahora una historia grande de la Iglesia sacada de las fuentes primitivas y que en diez y seis ó diez y ocho tomos desarrollase el cuadro inmenso de la humanidad agrupada en torno de Jesucristo, su Jefe y Redentor. La division por pontificados de que nos hemos valido para nuestro resúmen se quisiera verla aplicada en grande escala. Este trabajo parece quedar por hacer en efecto aun despues del de nuestro venerable maestro Rohrbacher. Se quisiera encontrar en esta obra gigantesca que ilustrará su nombre mayor precision, mayor claridad, mas órden. Tal es la suerte de los que abren un camino : no se les toma en cuenta las dificultades que han tenido que superar, y se olvida que no es dada la perfeccion en los trabajos de los hombres. Mas fácil es concebir la idea de un trabajo que realizarla. Dios, que bendice y hace crecer la humilde planta al pié de la roca, deja se sequen las gruesas raíces del roble.

Sin embargo, aunque íntimamente convencidos de nuestra insuficiencia, no creemos tener derecho, ni tenemos valor

para rehusar la difícil tarea que se nos ofrece. Desarrollar la historia del mundo que gravita durante cuarenta siglos en torno de Jesucristo prometido, esperado, figurado, y que prosigue despues del advenimiento del Hijo de Dios hasta el fin de los tiempos, bajo la influencia, direccion y supremacía de los soberanos Pontífices, vicarios de Cristo y sus representantes en la tierra; trazar en el trascurso de los años la marcha paralela de las dos ciudades cuyos senderos ha señalado san Agustin; colocar la cruz de Cristo en la cima de ambos mundos; ir recogiendo de un lado los suspiros, figuras y esperanzas, y de otro los cánticos de alegría, de triunfo y amor; ¡qué conjunto tan sublime! ¡qué espectáculo tan magnífico! Ir siguiendo la accion de Dios sobre la humanidad desde los dias de la creacion hasta la época presente, atravesando los siglos pasados, cenizas fecundas, huesos calcinados que el soplo de la historia debe hacer revivir; asentarse con los patriarcas bajo la cabaña del desierto; asistir á las grandes vicisitudes de los imperios, marchar con los Alejandros, Ciros, Césares, al encuentro del DESEADO de las naciones, cuyo reinado, que no tendrá fin, habian preparado los Persas, Griegos y Romanos; recoger la sangre de un Dios vertida en el Calvario; bajar con la Iglesia á las catacumbas, verla subir con Constantino al trono del universo; ir rodando con las ondas de la barbarie en medio de las convulsiones y ruinas del mundo antiguo para descubrir bajo sus restos la cuna del mundo moderno; ir descendiendo el curso de las edades; relatar tantas luchas, tantos obstáculos, tantos triunfos de un lado; levantamientos, rebeliones, odios é ingratitudes de otro; contar las gotas de sangre cristiana derramada á borbotones en todos los siglos, en todo hemisferio, en todos

los puntos del globo; referir tantas maravillas de fe, de celo, de ingenio, tantos esfuerzos de impiedad, tantos errores, y extravíos tantos: ¡qué obra! ¡qué viaje! ¡qué perspectiva tan admirable, tan inmensa!

Si Dios es servido permitirnos llevar á cabo tan grandes cosas, nuestra vida le pertenece. Sea el Señor el sosten de nuestra flaqueza y la sola recompensa de nuestros esfuerzos.

J.-E. DARRAS,

Canónigo honorario de Ajaccio.



DIVISION
DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA.

La Historia de la Iglesia se divide y reparte en ocho épocas:

La primera, desde Jesucristo hasta la conversion de Constantino el Magno (año 1°. de la era cristiana hasta 312).

La segunda, desde la conversion de Constantino hasta la caida del imperio de Occidente (312-476).

(*Estas dos épocas forman el* 1er. *volúmen de nuestra* Historia.)

La tercera, desde la caida del imperio de Occidente hasta su restablecimiento en Carlomagno (476-800).

La cuarta, desde Carlomagno hasta Silvestre II (800-999).

(*Estas dos épocas forman el volúmen segundo de nuestra* Historia.)

La quinta abraza desde Silvestre II hasta Bonifacio VIII (999-1303).

La sexta, desde Bonifacio VIII hasta Lutero (1303-1517).

(*Estas dos épocas forman el tomo tercero de nuestra* Historia.)

La séptima abraza desde Lutero hasta el tratado de Westfalia (1517-1648).

La octava, desde el tratado de Westfalia hasta el advenimiento de Pio IX al supremo pontificado (1648-1846).

(*Estas dos épocas forman el último tomo de nuestra* Historia.)

OBSERVACION SOBRE LA CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA.

La cronología adoptada para esta obra es la del *Compendio cronológico de la Historia eclesiástica*, 3 tomos en 12°. francés, publicado en 1757, al modo de la grande obra de la Historia de Francia del presidente Hénault. No podia entrar en nuestro plan tratar á fondo las discusiones promovidas acerca de las numerosas dificultades de la cronología. Hemos adoptado un sistema ya hecho, no porque sea el mas exacto en todos sus detalles, sino por ser generalmente seguido. Dejamos á cargo de los señores profesores el indicar, si lo juzgan á propósito, los sistemas cronológicos que presentan divergencias mas ó menos trascendentales con el nuestro.



CARTA

DIRIGIDA A N. S^mo. PADRE EL PAPA PIO IX

POR EL AUTOR DE LA *HISTORIA DE LA IGLESIA*.

Beatissime Pater,

Vestræ Sanctitati, velut suo fonti et principio, quidquid ad clericalia studia promovenda idoneum recurrere oportet. Liceat igitur et mihi, quamvis indigno, istam Eclesiæ Historiam, ad usum seminariorum Galliæ, pedibus Sanctitatis Vestræ filiali animo deponere. Opus quidem arduum, et sane infirmitati meæ nimis imperyium, tot et tantas rerum et sæculorum series, a Principe Apostolorum usque ad glo-

Santísimo Padre : á Vuestra Beatitud se deben dirigir, como á su fuente y principio, los esfuerzos hechos en favor de los estudios eclesiásticos : séame, pues, permitido, á pesar de mi indignidad, deponer con amor filial á los piés de Vuestra Santidad esta Historia de la Iglesia, destinada á los seminarios de Francia. Desarrollar la inmensa serie de siglos y de acontecimientos desde el Príncipe de los Apóstoles hasta el pontificado glorioso de Vuestra Beatitud, era peso muy superior á nuestras fuerzas; y mas de una vez he de-

seado que mano mas hábil se encargara de esta obra. Sin embargo, como faltaba esta en Francia, como no existen resúmenes de historia eclesiástica para enseñanza del clero, pues que los que hasta el dia se han dado á luz están mas ó menos impregnados de opiniones galicanas, y no profesan bastante amor y respeto á la Santa Sede, hemos creido no rehusar atrevernos á emprender este trabajo. Desarraigar enteramente en él estos errores de una época que no es la nuestra, recordar á la juventud eclesiástica, — esperanza y como gérmen naciente de la Iglesia, — las sanas doctrinas, la integridad de la fe romana; inscribir al frente de cada período histórico el nombre de los Papas cuyo ingenio, poder y virtudes han elevado el universo católico á la cumbre del resplandor y gloria, tal ha sido el blanco de este libro. En menos de un año ha sido agotada la primera edicion, y muchos semi-

riosum Sanctitatis Vestræ Pontificatum deducere; nec immerito multoties optaverim non tam debiles manus tale onus aggressas fuisse! Deerant tamen in Galliis compendia historiæ ecclesiasticæ ad usum clericorum, aut, si quælibet luci prodita fuerant, a labe gallicana non prorsus aliena, et veram Apostolicæ Sedis reverentiam non satis spirantia. Istas alterius ævi aberrationes penitus eradicare, clericalem juventutem, spem et quasi nascens Ecclesiæ germen ad fidei romanæ integritatem sanasque doctrinas omnimodo revocare; Romanorum Pontificum nomina, quorum virtute, ingenio et potentia catholicus orbis ad tantum gloriæ fastigium perductus fuerit, in capite cujusque sæculi inscribere; hujus operis scopus fuit. Prima jam editio libri hujus, nuper typis mandata, exhausta est, et in pluribus

seminariis clericalibus studiis nunc adhibetur; quod maximo sanctæ Romanæ Ecclesiæ honori, quod erga summum Pontificem filiali obedientiæ et devotioni faustum prosperumque sit.

Benignis igitur oculis istud qualecumque humillimæ reverentiæ pignus aspicere, simulque operi et auctori Apostolicam Benedictionem impertiri Sanctitas Vestra non abnuat.

Devotissime pedes vestros osculans, sum,

Beatissime Pater,

Sanctitatis Vestræ

Obedientissimus et devotissimus filius et servus,

J.-E. Darras,
Presbyter Ecclesiæ Trecensis.

Parisiis, die 20 martii 1855.

narios la han adoptado como clásica. Plegue al Señor que este éxito feliz ceda á honra de la santa Iglesia romana, y encienda por todas partes el espíritu de obediencia y de celo á la Santa Sede apostólica!

Dígnese, Vuestra Beatitud, mirar con benevolente indulgencia este humilde homenaje de filial respeto, y otorgar á la obra y á su autor su Bendicion Apostólica.

Postrado á los piés, que yo beso, de Vuestra Beatitud, tengo la honra de ofrecerme,

Santísimo Padre,

De Vuestra Beatitud

El mas humilde, obediente y celoso hijo,

J.-E. Darras,
Sacerdote de la Iglesia de Troyes.

París, 20 de marzo de 1855.

BREVE

DIRIGIDO POR SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX

AL AUTOR DE LA *HISTORIA DE LA IGLESIA*.

Dilecto filio presbytero J.-E. Darras, Lutetiam Parisiorum.

PIUS, PP., IX.

Dilecte fili, Salutem et Apostolicam Benedictionem. Litteræ tuæ XIII kalendas aprilis proximi ad nos datæ, quibus exemplar offerre nobis voluisti operis de Historia Ecclesiæ generali, fuerunt nobis ipsis quam gratissimæ. Significas enim id tibi fuisse consilii, quod virum certe decet germanæ doctrinæ studio ac singularis erga Nos

A nuestro amado hijo J.-E. Darras, sacerdote, en París.

PIO PAPA NONO.

Amado hijo: Salud y Bendicion Apostólica. Hemos recibido con gozo tu carta del 20 de marzo último, á la cual juntas un ejemplar de tu libro de la Historia general de la Iglesia, que nos ofreces. El plan que nos expones haber seguido en tu obra da pruebas de tu celo por las sanas doctrinas, y de tu afecto y veneracion á Nos y á la Santa Sede apostólica. Sí, como es-

peramos, esta obra, que aun no hemos podido leer, corresponde exactamente al designio que te has propuesto, será de grande utilidad y servirá de estímulo para el estudio serio de esta rama importante de las ciencias eclesiásticas. Te agradecemos pues mucho, amado hijo, el homenaje que de este libro nos has hecho, y suplicamos á Dios todopoderoso te proteja con su gracia y multiplique en tí sus dones. Como prenda de favor tan singular, juntamos nuestra Bendicion Apostólica, que te otorgamos amorosa y afectuosamente.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 8 de agosto del año 1855, y décimo de nuestro Pontificado.

Pio IX, Papa.

ipsos sedemque Apostolicam devotionis et observantiæ laude præstantem. Si, ut confidimus, consilio ipsi opus, quod adhuc legere Nos non potuimus, exacte respondeat, magno illud usui erit istic futurum, addetque omnibus stimulos ad gravissimam eam ecclesiasticorum studiorum partem penitus internoscendam. Meritas pro oblato ipso operis munere cum tibi, dilecte fili, persolvimus gratias, omnipotentem Dominum suppliciter exoramus, ut sua in te munera multiplicet ac tueatur. Et tanti hujus boni auspicem adjungimus Apostolicam Benedictionem, quam intimo paterni cordis affectu, ipsi tibi, dilecte fili, amanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum, die 8 augusti, anni 1855, Pontificatus Nostri anno x.

Pius, PP., IX.

CARTA

DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL DONNET,

Arzobispo de Burdeos,

DIRIGIDA AL ABATE DARRAS

Por la publicacion de la *Historia general de la Iglesia*.

Burdeos y diciembre 12 de 1856.

Muy Señor mio :

Al llamar al abate Rohrbacher en 1835 á su diócesis nativa, yo no le encargué, despues del fácil desempeño de dos lecciones de hebreo por semana, sino de poner en órden los materiales que, de mucho tiempo habia, estaba recogiendo para escribir la historia universal de la Iglesia. Creo haber prestado en ello grandes servicios á la verdad. — Este magnífico monumento, levantado por la ciencia y piedad de su autor á la gloria de la Iglesia, tiene sin embargo tan vastas proporciores, que no todos lo pueden estudiar, ni aun recorrer. Muchas veces he deseado una obra escrita bajo la misma inspiracion y espíritu en un plan menos vasto, y que fuera accesible á nuestros seminaristas y á las personas de mundo. — Vuestros cuatro volúmenes, señor Abate, llenan este vacío : es un trabajo sabio, nuevo y original. Brilla la verdad, alumbrada con las luces de la crítica contemporánea. El relato es rápido, animado, interesante. — Le doy pues de muy buena gana mi aprobacion, añadida á la de tantos otros señores obispos.

Principia Vd. demostrando que la historia de los pueblos se resume en la de sus soberanos; y á pesar de las buenas razones de

los que intentan fundar una nueva escuela histórica, no ha podido hasta ahora hallarse division mas sencilla ni mas rigorosa que la adoptada por los primeros autores de nuestros anales, que dividian los hechos segun la serie de reinados. Vd. ha vuelto á seguir la costumbre antigua, y divide en su consecuencia el contexto segun el número de sucesores que la Providencia ha dado á san Pedro. Esta clasificacion rigorosa en nada perjudica al conjunto de cada época, ni al encadenamiento de los hechos ni al interés de la narracion. Mas no contento con esta clasificacion natural presentada por la sucesion de los pontificados, Vd. ha querido marcar ciertas divisiones para ayudar la memoria, y corresponder á las vicisitudes que ha experimentado la Iglesia.

Distingue Vd. y divide su *Historia general* en ocho épocas diferentes : la primera hasta la conversion de Constantino el Magno; la segunda hasta la caida del imperio de Occidente; la tercera, que por decirlo así, se abre con el bautismo de Clodoveo, — felices primicias de la sumision de los Bárbaros, — se cierra en el restablecimiento del imperio de Occidente en las sienes de Carlomagno; la cuarta va, en fin, á abismarse entre los escándalos y violencias. — Vd. hace observar muy á propósito que no habia de faltarle á la Cátedra de Pedro ningun género de pruebas. Sin embargo, Vd. obliga á los enemigos del Pontificado á convenir en que los vicios de los Papas de esta época desventurada son conocidos por un solo testimonio violento, apasionado, y contradicho casi en todo, por Flodoardo, autor contemporáneo, cuyos escritos habian estado perdidos mucho tiempo. El calumniador del Pontificado en el décimo siglo, Luitprando, ha sido acogido con sobrada credulidad por el protestantismo y por los incrédulos.

Pone Vd. de manifiesto en la quinta época de la Iglesia el esplendor y amplitud con que los Papas ejercen ya el poder. Es la era de las Cruzadas y de las grandes luchas entre el Pontificado y el Imperio. — La séptima época principia en medio de los resplandores esparcidos por el renacimiento de las artes y de las letras, con el pontificado de Leon X. Pero muy pronto se vuelve á precipitar en un caos de las guerras civiles, de sediciones, asesinatos y crímenes de toda especie que suscitó la Reforma, y que serian los mas odiosos

del mundo], si la filosofía no nos hubiera mostrado la Revolucion francesa. — La época octava principia con el advenimiento de Luis XIV, rey nacido en milagros, victorias y triunfos : esta época dura aun.

Se ve, pues, señor Abate, en la inspiracion de su trabajo un corazon eminentemente católico, apostólico y romano. No da Vd. cuartel á las preocupaciones de los hombres y de los tiempos; y no guarda Vd. ciertos miramientos que creen deber guardar algunos escritores, muy recomendables por otro lado. Es my difícil desapegarse de las inveteradas ilusiones del patriotismo, que frecuentemente ciega los ojos á la verdad. Hasta ahora solo he podido echar una ojeada por la obra de Vd.; yo trataré de leerla; pero mientras tanto voy á aconsejar su lectura al clero y á los establecimientos de mi diócesis.

Vuestro afectísimo

† FERNANDO, *cardenal* DONNET.

CARTA DEL Rmo. É ILmo. Sr ARZOBISPO DE AVIÑON

Al autor de la *Historia general de la Iglesia.*

Palacio arquiepiscopal de Aviñon, 18 de mayo de 1855.

Nos, Juan María Matías Debelay, por la misericordia de Dios y autoridad de la Santa Sede apostólica, arzobispo de Aviñon :

Habiendo hecho examinar los dos primeros volúmenes de la *Historia general de la Iglesia,* publicada por el señor abate Darras; sabiendo por otra parte que la continuación de esta obra ha merecido los sufragios de un juez competente entre los Religiosos; vista la relacion que se nos ha hecho de los dos primeros volúmenes, y la buena voluntad con que se presta el autor á dar plena satisfaccion de ciertas inexactitudes casi inevitables en trabajo tan considerable; conociendo el excelente espíritu que anima al abate

Darras y su adhesion filial á la Iglesia, y persuadidos Nos de que los dos últimos volúmenes estarán impregnados de tan buen espíritu;

Aprobamos por estos motivos, y recomendamos la *Historia general de la Iglesia*, por el abate Darras.

† J.-M.-M., *arzobispo de Aviñon.*

CARTA DEL ILmo. Sr. PARISIS,

OBISPO DE ARRAS,

Al autor de la *Historia general de la Iglesia.*

Humieres, visita pastoral, 24 de abril de 1854.

Señor Abate:

He leido casi todo el primer volúmen de su *Historia general de la Iglesia*, y excepto algunas ligeras manchas que ya le he indicado á Vd., no puedo menos de felicitarle por su trabajo. El espíritu de la obra es excelente, así como su doctrina y redaccion. — Es muy feliz innovacion la de haber clasificado los hechos de la Iglesia por órden de pontificados, como se hace muy frecuentemente respecto de los acontecimientos de un reino, que se clasifican segun sus reyes. Esta clasificacion en nada perjudica al conjunto y enlace de la narracion histórica, pues que al fin de cada época hace Vd. un resúmen de toda ella. Además, la obra de Vd. es verdaderamente completa, al menos en lo que he leido; pues que se ven, con su peculiar fisonomía, los santos Padres, sus escritos, los mártires y sus actas, los herejes y sus innumerables errores. La sagrada Escritura, la legislacion canónica y toda la disciplina de la Iglesia se hallan explicadas, y convenientemente desarrolladas. — No vacilo en decir á Vd. que si los tres volúmenes siguientes corresponden al primero, esta *Historia general de la Iglesia*

llegará á ser un libro clásico, de mucha utilidad para nuestros seminarios.

Reciba Vd. mis congratulaciones, señor Abate, juntas con la expresion de mi profundo afecto.

† P.-L., *obispo de Arras.*

En las ediciones subsecuentes hemos tomado en cuenta las observaciones con que nos ha honrado este Ilmo. Sr. obispo.

CARTA PRIMERA DEL ILmo. Sr. CASANELLI DE ISTRIA,

OBISPO DE AJACCIO,

Al autor de la *Historia general de la Iglesia.*

Palacio episcopal de Ajaccio, 20 de julio de 1854.

En Roma recibí, señor Abate, los dos primeros volúmenes de su *Historia de la Iglesia.* Despues de haberlos leido y juzgado á mi modo de ver, he querido someterlos al exámen de dos ilustres sabios, Monseñor Tissani, célebre catedrático de la Universidad de Roma, y el R. P. Ballerini, no menos afamado en la misma capital por su profunda erudicion. Tengo la satisfaccion de anunciar á Vd. que ambos están de cuerdo conmigo. Han alabado la obra de Vd. en todas sus partes, salvo algunos puntos de detalle. Yo me acuerdo habérselos comunicado á Vd. en una carta que le dirigí desde Roma en enero último, y de haberle aconsejado hacerlos desaparecer. Excepto estas pequeñeces, han juzgado, como yo, que el trabajo de Vd. es perfecto, ora por el fondo, ora por la forma; así como por el órden y método que ha seguido Vd. en la distribucion y exposicion de materias. Hechas desaparecer esas ligeras imperfecciones, indicadas por los sabios críticos, su libro no dejará nada que desear, y realizará completamente el buen pensamiento que se lo ha inspirado á Vd. Lo que mas me ha edificado, al recorrerlo, es el verlo profundamente impregnado de un senti-

miento eminentemente católico, apostólico, romano... Esto es cuanto tenia que decir á Vd., para corresponder á la confianza que ha puesto en mí, y para satisfaccion de mi propia conciencia. Deseo ardientemente el mejor éxito á su empresa, y suplico al Cielo bendiga una pluma que tan útilmente sabe Vd. emplear en el interés de nuestra santa Iglesia. — Reciba Vd., mi señor Abate, la expresion de mis mas cordiales afectos.

† X.-T. RAFAEL, *obispo de Ajaccio.*

SEGUNDA CARTA DEL MISMO ILme. Sr. OBISPO DE AJACCIO

Al autor de la *Historia general de la Iglesia.*

Palacio episcopal, 7 de mayo de 1855.

MI ESTIMADO SEÑOR DARRAS :

Estoy muy satisfecho de saber que su *Historia eclesiástica* está ya en su segunda edicion. Este éxito justifica mis previsiones... — Lo que mas ha cautivado mi atencion en la lectura de su obra, es el método y órden. Respecto de los detalles, me ha sorprendido el acierto de sus apreciaciones en la narracion sumaria de los concilios, materia tan delicada y espinosa para un historiador. Es verdad que me une á su trabajo un lazo particular de simpatía, por cuanto veo reproducidas todas mis convicciones sobre la autoridad de los Papas; y yo me complazco en ver cómo la opinion del clero de Francia se pronuncia de dia en dia mas enérgicamente en el sentido de los principios que tan caros son á la Santa Sede. La acogida hecha á vuestra obra es prueba de ello.

Yo me congratulo, mi querido señor Darras, en tener nueva ocasion de renovarle mis afectuosos sentimientos.

† X.-T. RAFAEL, *obispo de Ajaccio.*

CARTA DE MONSEÑOR DE SÉGUR,

AUDITOR DE ROTA,

Al autor de la *Historia general de la Iglesia.*

Mucho tiempo há que los amigos de la Santa Sede y de la Iglesia esperaban una buena Historia eclesiástica, mi estimado señor Abate: una historia que fuese corta, y sin embargo completa, de lectura interesante; una historia católica, y sin embargo imparcial y moderada, capaz de servir á la vez al clero y á las gentes del mundo. Permítame Vd. le felicite de haberle escogido el Señor para obra tan importante, y de haber llenado tan cumplidamente todas estas condiciones tan difíciles de reunir. — Este éxito es sin duda alguna la recompensa del pensamiento tan verdadero y cristiano que domina en todo su hermoso trabajo; quiero decir de su amor por la Santa Sede apostólica, y la inteligencia católica que le hace comprender que el Papa ha sido en todos los siglos, es y será siempre el centro de vida, la cabeza y el corazon del reino de Dios en este mundo. « Donde está Pedro, está la Iglesia, » decia san Ambrosio.

En nuestro siglo de buen sentido y de lógica, el bien y el mal tienden á separarse mas y mas, y muy pronto sin duda alguna no habrá mas que dos campos en el mundo: la Iglesia católica y los cristianos, de un lado; la Revolucion y los filósofos socialistas, del otro. Trabajemos todos, cada uno segun su vocacion y medida, en engrosar las filas del ejército de Dios, y demos humildemente gracias á Dios Nuestro Señor, cuando se digna servirse de nosotros para adelantar su obra.

Reciba Vd., mi estimado señor, la nueva seguridad de mi profundo afecto.

L.-G. DE SÉGUR, *auditor de Rota.*

Roma, 25 de mayo de 1855.

CARTA DEL PADRE ETIENNE,

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACION DE SAN LÁZARO,

Dirigida al autor.

MI SEÑOR ABATE :

Siento no haber podido leer yo mismo la *Historia eclesiástica* que acaba de publicar Vd. para los colegiales de los seminarios. He cometido esta lectura á dos Padres de mi Congregacion que han enseñado muchos años la historia en las casas de nuestra Compañía. — Están de cuerdo en el juicio de vuestro trabajo, y tengo la satisfaccion de decirle á Vd. que lo han leido con el mas vivo interés, que encuentran su plan nuevo, original é ingenioso; la division sencilla, natural y cómoda; la marcha fácil, clara, llena de movimiento y rapidez; los detalles bien escogidos y suficientes para un curso elemental; los juicios prudentes, moderados y exentos de toda exageracion; el estilo neto, animado, fuerte y enérgico; el espíritu excelente y francamente católico; la ejecucion feliz, exacta y bien seguida.

Yo uno, pues, muy gustosamente mi recomendacion á todas las que se le han dado ya á Vd., y á las que no dudo se le darán : estoy convencido de que la obra de Vd. se propagará con éxito igual al celo que la ha inspirado, y al talento que la ha compuesto.

Me repito de Vd., etc., etc.

ETIENNE, *superior general.*

1°. de abril de 1855.

ADVERTENCIA.

El Prólogo del Traductor irá al frente del IV y último tomo de la obra.

Las frases ó períodos entre los paréntesis [ ] son adiciones del Traductor.

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

1. Enlace del cristianismo con lo pasado. — 2. Plenitud de los tiempos. Estado religioso y moral del mundo al advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo. — 3. Los primeros treinta años de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. — 4. Vida pública de Jesucristo, nuestro Señor. — 5. Doctrina del Salvador; institucion de los sacramentos. — 6. Fundacion de la Iglesia. — 7. Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz. — 8. Ascension de Cristo, nuestro Señor.

1. El establecimiento del cristianismo, que ha separado en dos la historia de los tiempos, no ha sido un hecho aislado ni sin relacion con lo pasado: los cuarenta siglos que le precedieron son como una inmensa avenida; porque, como dice san Agustin, « la caida del Adan terrestre llamaba al celestial » Adan, redentor del primero. » La promesa de un Salvador, hecha en el umbral del jardin de delicias, quedó grabada en el espíritu de nuestros primeros padres cual esperanza en su destierro, perpetuándose su recuerdo en el corazon de todas las generaciones. Dios la renueva á los Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob se la transmiten con el privilegio de ver nacer de su raza el esperado Mesías. Constitúyese un pueblo, único fenómeno en la historia, con la mision exclusiva de guardar el depósito de las tradiciones, el Testamento de la alianza entre Dios y la humanidad. Este pueblo, encerrado en los

estrechos límites de la Judea, sin brillo, sin el prestigio de las conquistas, sobrevive solo á todas las vicisitudes de los imperios. Egipcios, Asirios, Medos, Persas, Griegos y Romanos se van sucediendo en torno de él, van pasando y cayendo cada cual á su vez, quedando solo él en pié. Sesostris, Nabucodonosor, Ciro, Alejandro, César, imponen silencio al mundo al ruido de sus victorias: el pueblo judío, tan pronto protegido como cautivo de todos estos conquistadores, resiste á su opresion, se somete á su yugo, sin que haya sido alterada en lo sustancial su constitucion, ni sin que su sangre se mezcle con la de razas extrañas, y en fin sin que desaparezca jamás de la faz del globo, como han desaparecido tantas nacionalidades secundarias, vencidas. Recorren sucesivamente la tierra, bajo la bandera de los grandes conquistadores del mundo, errores los mas diversos, cultos variadísimos, creencias á cual mas absurda y contradictoria. Siguen sus religiones la suerte de sus imperios. Anubis es destronado por Mithra, que es el *Zeus* de los Griegos, el Júpiter de los Romanos. Solo el pueblo judío no ofrece un solo ejemplo de variacion en su fe: lleva consigo un libro dictado á Moisés muchos siglos antes de la época asignada por los Griegos á la invencion de la escritura. Este libro encierra una legislacion, un ceremonial, un código religioso, civil y militar: leyes, ritos, ceremonias, subsisten en la misma forma desde la época del Sinai hasta la de César. Una esperanza, una figura, una aspiracion sola, dominan en toda su historia: la esperanza del Redentor; la figura del Mesías, representada por los patriarcas y justos del antiguo Testamento; la aspiracion hácia este Cristo prometido, hijo de David, de Abraham, rey y pontífice, cuyo reinado no ha de tener fin. Cualquiera que sea el punto de vista que se escoja para formar juicio de este hecho sublime, de un pueblo el mas oscuro, el menos poderoso de entre los demás, y que, en medio del trastorno de todas las naciones, nos ofrece el espectáculo de una perpetua duracion, es forzoso reconocer en ello una maravilla histórica sin antecedente y sin imitacion. Poetas tales como Homero y

Hesíodo, hombres de ingenio superior como Sócrates, Platon ó Aristóteles, apasionan en favor suyo el resto del mundo por sus teogonías ó sistemas filosóficos; mas el pueblo judío se queda fuera de esas escuelas, cuyo eco resonaba hasta los límites de la tierra. Ve levantarse altares y hacerse víctimas á todos los ídolos; desprecia la voz de los sabios de la Grecia: sus sacrificios son para *Jehovah;* sus maestros, sus doctores son los profetas desde Moisés hasta Malaquías, pasando por David, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros, que todos van describiendo y figurando alguna imágen del Mesías esperado, añadiendo cada cual algunos rasgos á su historia anticipada, revelando de un modo mas preciso la fecha cierta de su advenimiento. La única y exclusiva preocupacion de este pueblo es la venida de un Salvador que está obligado á indicar al mundo. ¡Cosa maravillosa! Esta necesidad de un Salvador domina, sin apercibirse de ello, todas las religiones de la antigüedad: porque en efecto, en todas se encuentra el sacrificio humano, como si todos los pueblos hubiesen sentido la necesidad que tenian de *redimirse;* pero veian muy bien que no podian bastarse á su rescate. Cuando no se derramaba sangre humana, inundaba los templos la de toros ó becerros; se estableció una libacion de sangre perpetua que tomó su orígen en la idea confusa de una expiacion, de un rescate religioso. La antigua civilizacion se cimentó sobre dos principios que dimanaban de esa misma idea: la inferioridad de la mujer y la esclavitud reducida á derecho comun. Fuera imposible explicar la condicion de envilecimiento de la primera sin recurrir á la historia de la original decadencia tal como la cuenta Moisés. La esclavitud, subsistiendo sin oposicion durante cuarenta siglos, implica el principio de *solidaridad* que dimanaba de la idea de una expiacion religiosa. Solo el pueblo judío tenia la clave de estos enigmas, en cuyo torno se agitaba la vida de las antiguas naciones paganas: solo él tenia el secreto de sus vagas esperanzas, de aquellas aspiraciones hácia un comun Libertador, hácia un siglo de oro, tan decantadas por Virgilio y que agitaban misteriosamente el Oriente y Occidente.

2. Jesucristo, el Mesías, habia de descender á la tierra, dice san Pablo, cuando fuera llegada la plenitud de los tiempos: *Ubi venit plenitudo temporis.* La época de Augusto parecia realizar esta plenitud de los tiempos para la civilizacion antigua; porque el imperio romano, llegado al apogeo de su poder, tenia por límites: al norte, el Rhin y el Danubio; al oriente, el Eufrates; al mediodía, el alto Egipto, los desiertos del África y el Atlas; al ocidente, los mares de España y de las Galias; es decir, cerca de las tres cuartas partes del mundo habitado. El imperio de Alejandro se habia acercado algo á esta inmensa extension; pero el conquistador macedonio, espirando en Babilonia, podia, desde su lecho de muerte, entrever el desmembramiento de su imperio; las nacionalidades, por un momento reunidas bajo su victoriosa mano, se reconstituyeron así que fué rota su espada. Los Romanos, al contrario, no habian subido tan rápidamente á la dominacion universal; pero una vez arribados á ella, el mundo entero se hallaba amoldado á su sistema, á su yugo: sus peones habian abierto caminos que partiendo de la ciudad eterna llegaban hasta las extremidades de la tierra; se habia adoptado su lengua como sello de esclavitud por todos los vencidos; y el mundo fué romano para siglos. — Bajo la influencia de un estado político tan resplandeciente y duradero, el vuelo de la inteligencia humana se habia remontado hasta la perfeccion del siglo de Pericles, cuyo brillo reprodujo el de Augusto. Las artes, ciencias y literatura se daban la mano para hacer brotar de concierto sus maravillas. Acusaba por otra parte muy elocuentemente la reunion de todas estas ventajas la impotencia del género humano para regenerarse á sí propio, y hacia ver la necesidad de un Redentor divino. Y en efecto, el estado religioso y moral del mundo ofrecia el espectáculo mas degradante por una progresion en sentido inverso. Los dioses de piedra y de leña se habian revestido de todas las formas imaginables: animales, legumbres de huertos, todo, todo habia tenido sus altares, y se llegó á no tener mas divinidad real que la sensualidad y el vicio grosero: no podian

mirarse dos agoreros sin reirse uno de otro; la familia solo existia de nombre, y los emperadores se veian obligados á hacer leyes para que el género humano no se extinguiese por un infame celibato: era derecho comun la esclavitud, y la primera esclava era la mujer. El divorcio legal, la prostitucion legalizada, la exposicion de niños recien nacidos, el asesinato autorizado en los juegos públicos y en la familia, la arbitrariedad en el suplicio de los condenados á muerte, eran otros tantos signos característicos de una profunda degradacion, irremediable en lo humano; solo podia regenerar al mundo el Mesías esperado por los Judíos. Para este Conquistador pacífico abrian sin apercibirse de ello caminos al través de todas las naciones conocidas los esclavos romanos: y si todos los pueblos olvidaban su idioma y hablaban el de Roma, destinado á ser mas tarde el lenguaje de la Iglesia, era para poder entender la buena nueva del Evangelio.

3. En el duodécimo consulado de Augusto, el año 750 de la fundacion de Roma, el arcángel Gabriel fué enviado á Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, á una doncella, á una tierna vírgen llamada María, de la tribu de Judá, de la familia de David; anunciándole que por obra del Espíritu Santo y de un modo sobrenatural daria á luz al Hijo de David, al Cristo, al Hijo de Dios, al Mesías cuyo reinado no habia de tener fin. Nueve meses despues, « se publicó un edicto de » César Augusto para hacer el empadronamiento de todos los » habitantes de la tierra. » María vino con José, su esposo, á hacerse alistar en Belen, ciudad de David. « Como fuese » llegado el tiempo, dió á luz en un establo á su primogénito, » y envuelto en pañales le puso en un pesebre, porque no » habia lugar para ellos en la hospedería. » Varios pastores vinieron los primeros á reconocer á Jesucristo como rey del mundo, que nacia de un modo tan extraordinario. Ciertos Magos del Oriente, amonestados por una estrella milagrosa, llegaron á su vez y depositaron al pié de este Niño, que era Dios, el tributo ofrecido á la majestad real, á la humanidad y á la divinidad: el oro, la mirra y el incienso. Cumpliéronse

pues en torno del pesebre las ceremonias legales. María, vírgen antes, durante, y despues del parto, cumplió con los ritos de su purificacion como las Judías ordinarias : el Dios Redentor, presentado en el templo que debia ser reemplazado por el templo de su Iglesia universal é inmortal, fué rescatado de manos del sumo Sacerdote por precio de dos palomas. Sin embargo, el Hijo de Dios no podia descender al mundo sin turbar las potencias del siglo : Herodes, rey de la Judea por los Romanos, creyó amenazado su trono por el advenimiento del Rey del cielo; y ordenó la matanza general de todos los niños de Belen y sus alrededores, « desde dos años » abajo. » María y José se llevaron al Niño á Egipto, de donde Dios le llamó despues de la muerte de Herodes. El Evangelio guarda misterioso silencio acerca de los primeros años de Jesús : á los doce, aparece en Jerusalen en medio del templo entre los doctores admirados de su ciencia : vuelve á entrar en la oscuridad, « creciendo en edad, ciencia » y gracia, » ayudando, segun la tradicion, á su padre adoptivo en el trabajo de su oficio de carpintero. — En el año décimoquinto del reinado de Tiberio, las orillas del Jordan vieron bajar del desierto un hombre vestido de piel de camello, que no comia ni bebia con los otros hombres, cuya vida era austera y mortificada, cuyas palabras predicaban penitencia, y que se llamaba á sí mismo « la voz del Señor en» cargada de anunciar el advenimiento del Cordero de Dios. » Este era Juan, hijo de Isabel y Zacarías, cuyo nacimiento habia sido tambien anunciado por un ángel, y que en el seno mismo de su madre habia dado saltos de gozo á la vista de la Vírgen María. El pueblo corria en tropel á los piés de Juan y le pedia el bautismo de la penitencia ; pero no daba á su ministerio sino un carácter transitorio, y mandaba ir á los Judíos « al que le era tan superior que él no se creia digno » de desatarle las correas de sus sandalias, » segun se explicaba con sublime humildad. Jesús vino á buscar á su precursor pidiéndole el bautismo en las aguas del Jordan. Oyóse á la sazon una voz del cielo que decia : « Este es mi Hijo muy

» amado, en quien tengo todas mis complacencias. » El Espíritu Santo, descendiendo sobre su cabeza en forma de paloma, acabó de manifestar la Trinidad entera por la voz del Padre, la presencia del Hijo de Dios y la figura mística simbolizando y designando el Espíritu Santo. « En adelante, dijo Juan, es » menester que Jesús crezca y que yo disminuya : » anonadándose así el Precursor ante su Maestro. Mas tarde tuvo la gloria de ser mártir, y murió á sugestiones de una lasciva mujer por haber reprendido á Herodes su vida monstruosa.

4. Aquí da principio la vida de Jesucristo y su mision en el mundo, inaugurada en cierto modo por el bautismo de Juan. Al modo que Moisés en el Sínai, Jesús se retira cuarenta dias en el desierto y lucha victoriosamente contra el principio del mal; para que en un todo semejante á sus hermanos, pudiese decir el Apóstol « que habia pasado por todas nuestras tenta- » ciones. » Para hacer palpable la diferencia entre su soberanía espiritual y la de este mundo, manifiesta desde luego Cristo su poderío con milagros; y así en las bodas de Caná, que se dignó honrar con su presencia para santificar la humanidad en el matrimonio, su fuente, se le vió cambiar el agua en vino. Desde entonces cada paso suyo fué sellado con prodigios. Obedecen y ceden á su voz todas las enfermedades, todos los achaques y padecimientos : resucita á la voz del Dios autor de la vida la hija de Jair, yaciente en su lecho de muerte; los ciegos recobran su vista, y son librados de la obsesion los poseidos del demonio. Queda curado en dia de sábado un paralítico de treinta años; y cura Jesús además al leproso, al siervo del centurion. Encuentra estando de viaje en un camino á la viuda de Naim, que conducia los despojos de su hijo muerto; acércase al ataud, manda, y la muerte vuelve á la madre su hijo muerto. — Obedécenle los elementos, cálmanse á su órden los vientos y tempestades; marcha sobre las olas y hace marchar junto á sí al apóstol Pedro : imágen viva de la Iglesia católica, cuyo primer pontífice habia de ser un dia, y la cual no se verá jamás sumergida por las ondas. Cura de su flujo de sangre á una mujer con solo tocar esta

sus vestiduras; salia de él una virtud secreta y divina que obraba prodigios. La fe de la Cananea fué recompensada con la salud de su hija; recobra el oido y la palabra el sordo mudo; y la turba que le sigue hasta el desierto, olvidándose de llevar provisiones para el camino, queda socorrida y harta por la multiplicacion milagrosa de siete panes y cinco peces, que bastan al alimento de mas de cinco mil personas, y aun sobran muchas canastas: tal es el efecto de su poder. En presencia de Pedro, Juan y Jacobo, sus discípulos, Jesucristo, transfigurado, aparece con toda su gloria en el monte Tabor. Volviendo á encontrarse con los Judíos, continúa haciendo prodigios de bondad: un ciego de nacimiento abre sus ojos á la luz; una mujer enferma de diez y ocho años recobra su salud perdida; es curado un hidrópico, y en fin termina esta serie de milagros públicos, fidelignos y palpables, de que fué testigo la Judea durante tres años, con la resurreccion de Lázaro, enterrado en su sepulcro tres dias hacia y cuyo cuerpo era presa de la corrupcion de la muerte.

5. Hemos tocado ligeramente los principales milagros de Cristo, porque á los ojos de la muchedumbre eran el signo mas sensible de su divinidad. No era menos maravillosa su doctrina, porque debia de producir en el mundo moral y religioso la misma transformacion que habia obrado el poder del Hijo de Dios en el mundo material. Su modo de enseñar en nada semejaba á los métodos de los filósofos y sabios; su palabra no aparentaba afectadamente ni brillo, ni estudio oratorio. Era Jesús sencillo y familiar en sus discursos; presentaba ideas sublimes bajo parábolas é imágenes: queria ante todo interesar el corazon grabando en él su ley de caridad. Insistia sobremanera en enseñar *la unidad de Dios,* padre de todos los hombres; y establecia este principio fundamental, no con argumentos ni disertaciones, sino con el tono simple, natural y veraz del Hijo que habla de su Padre. — La idea que dominaba al mundo antiguo era la de un Dios irritado y terrible que no podia ser visto sin morir, y que era necesario apaciguar con sangre de víctimas y sacrificios. Pero en la

doctrina del Salvador, Dios no aparece ya sino como el Padre del hijo pródigo ; como la fuente de aguas vivas para el alma sedienta, cual á la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob ; como el buen Pastor que trae en sus hombros al redil á la oveja descarriada ; y en fin como un Dios de misericordia y perdon : tal es el carácter propio y sobresaliente del Testamento nuevo, llamado por esta razon ley de Gracia. La gracia de Dios apareciéndose así en la tierra, Jesucristo estableció canales para comunicarla á los hombres, y son los sacramentos, signos sensibles de la operacion misteriosa é invisible de la gracia en las almas : *Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia* y *confesion, Extremauncion, Órden sacerdotal* y *Matrimonio.*

Es forzoso confesar que nada en lo pasado se semejaba á tales instituciones, á tales obras [1]. « ¡ Cuánto se distingue y » separa divinamente la doctrina de Cristo de los errores que la » rodean en medio de aquellos doctores hipócritas, de aquellos » escribas capciosos, de aquellos orgullosos Fariseos ! ¡ Véase » de qué modo desconcierta el Hijo de Dios con su sabiduría » todos sus engaños ! ¡ Cómo condena los vicios con su santi- » dad ! ¡ Cómo calma todas las furias con su paciencia ! ¡ Cómo » reanima las flaquezas con su mansedumbre ! ¡ Cuán compa- » sivo se muestra á todo dolor ! »

6. Para perpetuar el beneficio de la redencion que venia á ofrecer al mundo, para asegurar á todas las generaciones la pureza de su doctrina, la integridad de los sacramentos que instituyó, Jesucristo debia fundar, y fundó en efecto, una sociedad visible, maestra y directora perenne, siempre *una*, á la que encargó el depósito de su doctrina y enseñamiento. La Iglesia católica, cuya historia escribimos y cuya institucion divina nos proponemos examinar, tal como el Salvador se la ha otorgado ; hé aquí el objeto de esta obra : dos cosas deben llamar la atencion ante todo ; los elementos escogidos, y la forma que se le ha dado.

(1) Augusto Nicolás, *Estudios sobre el cristian.*, tomo IV, pág. 45.

I. « Jesús, andando un dia por las orillas del mar de Ga- » lilea, dice el Evangelio, vió dos pescadores y les dijo : » Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. »

Pescadores que no tenian otro caudal que sus redes, ni otra ciencia que la de su oficio, hé aquí los elementos escogidos, los primeros rudimentos de la institucion de la Iglesia, de esta institucion que ha de ir llevando por toda la tierra la antorcha de la verdad, y confundiendo la ciencia de los filósofos; que se ha de sentar en el Capitolio, y reinar sin límites y sin fin en el mundo. Los nombres de estos escogidos de Dios para empresa de entidad tanta eran desconocidos del mundo de los filósofos y poderosos del siglo : Simon, llamado Pedro, Juan y Jacobo, hijos del Zebedeo, Andrés, hermano de Pedro, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simon de Caná, Judas, hermano de Santiago, y Judas Iscariotes, que vendió á su Maestro. La flaqueza, oscuridad é ignorancia de estos doce Judíos debian hacer sobresalir mas la divinidad de la doctrina que estaban encargados de enseñar al mundo. Escogió Cristo, con intento, la flaqueza de la tierra para confundir á los poderosos : les recomienda, como característica condicion del buen éxito de su mision, el ser flacos y débiles á los ojos del mundo, y de no implorar ningun socorro, sacrificio ó defensa terrenal. « No os cureis, » les dice, de tener oro ni plata en vuestro bolsillo : cuando » no querrán escucharos, sacudiendo el polvo de vuestras » sandalias, salios de la casa. Yo os envio como á corderos » entre lobos. » Es claro que Jesucristo quita en la formacion de su Iglesia todo cuanto hubiera buscado hasta el hombre mas vulgar, y que hace entrar en ella lo que todos hubieran rehu sado : y esto es lo que san Pablo llama *la locura de la cruz*, locura que no ha cesado de proclamar como la mas profunda sabiduría de Dios el buen éxito mas inaudito, mas brillante y duradero.

II. Los elementos de su sociedad ó Iglesia, Εκκλεσία, reunidos de esta suerte, Cristo los constituye en la unidad y en la autoridad : dos principios correlativos, sin los cuales no puede

subsistir ninguna institucion. Los doce Apóstoles no son todavía sino *piedras* aisladas que aguardan una *piedra* fundamental para no formar con ella y por ella sino un solo edificio. Simon es escogido por una vocacion especial : en adelante *Simon* se llamará Pedro (de *petra*, piedra) ; *et imposuit Simoni nomen Petrus*, nombre profético, porque ha de ser la roca sobre que se ha de fabricar la Iglesia : pocos dias despues, se le explica su mision de un modo mas explícito. « Yo » te digo, yo mismo, que tú eres Pedro y que sobre esta » *piedra* edificaré mi Iglesia, contra la cual no prevalecerán » jamás las puertas del infierno. Te daré los llaves del reino » de los cielos : todo cuanto ligares en la tierra será ligado » en el cielo ; y todo cuanto desatares en la tierra desatado » quedará en el cielo. » Hé aquí constituida ya una supremacía en la jerarquía de la Iglesia : un jefe colocado sobre otros jefes, una piedra fundamental escogida entre otras piedras del edificio. La autoridad de este jefe soberano se ve proclamada aun mas altamente por estas palabras : « Apa» cienta mis corderos, apacienta mis ovejas. » Y en fin, para completar nuestras citas acerca de esto, añadamos un pasaje que se olvida sobrado y que sin embargo, relativamente á los otros, pone aun mas en claro la prerogativa y las funciones del príncipe de los Apóstoles. « Simon, Simon, hé aquí como » Satanás ha pedido acribaros como trigo ; mas yo he rogado » por vosotros, y por tí en particular, para que tu fe no des» fallezca jamás : cuando pues fueres convertido, ten cui» dado de confirmar á tus hermanos. » Y en verdad no podia Jesucristo manifestar de un modo mas evidente su voluntad decidida de establecer la Iglesia sobre la unidad de Pedro, de constituirla bajo la autoridad de este Pastor supremo que habia de apacentar á los corderos y á las ovejas ; esto es, segun la interpretacion de los Padres y doctores, á los obispos y á los fieles ; que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos, y que está encargado de confirmar en la fe á sus hermanos. Es visto, pues, que Pedro y sus sucesores han sido investidos de la autoridad, del primado del apostolado. La

historia de la Iglesia ha de converger por consiguiente en torno de ellos y como á su centro hácia la unidad de un mismo jefe y de una misma fe, bajo la autoridad del vicario de Cristo en la tierra con la garantía de aquella palabra divina : Yo he rogado á mi Padre para que tu fe no desfallezca jamás. Y esta promesa de infalibilidad se ve renovada en otra palabra sagrada : Hé aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Y para sellar con la unidad esta jerarquía divinamente constituida, Jesucristo ruega de este modo á su Padre : « ¡Conservad en vuestro nombre, Padre santo, » á los que me habeis dado para que sean *uno* como nosotros! » No os pido yo solamente por estos Apóstoles que me rodean, » sino por todos los que han de creer en mí por su palabra » (los cristianos de todos tiempos y lugares estaban presentes » á la imaginacion de Cristo al pronunciar estas palabras), » para que *todos* no sean sino *uno*. Al modo que vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, haced que *todos* sean *uno en nosotros*. Así es que esta naciente Iglesia, que irá creciendo mas y mas, ha de quedar unida á Jesús, su fundador, por medio de la tradicion no interrumpida de Pedro y sus sucesores. A esta unidad, á esta autoridad de Pedro y sus sucesores ha de acudir todo el que busque su salvacion, porque Jesucristo ha prometido estar con ellos hasta la consumacion de los siglos.

7. La mision pública del Salvador, la predicacion de su doctrina apoyada con milagros, la institucion de la Iglesia y los sacramentos, de que ha de ser dispensadora, solo habian ocupado tres años. ¡Cosa admirable! El pueblo judío habia sido testigo de esta vida extraordinaria; habia palpado con sus manos las maravillas que Jesús habia sembrado por donde iba; y en este Mesías, verdadero hijo de David, cuyos rasgos y vida habian sido profetizados tan por menor, el pueblo judío no reconoció al *Deseado de las naciones, á la esperanza del mundo, al enviado de los collados eternos* : pero aun hasta esta misma ceguedad estaba profetizada. Y se explica además harto fácilmente cuanto que el Mesías, á los ojos de un pueblo

carnal y grosero, tenia que ser, ó al menos deberia ser, un conquistador, un héroe rodeado de gloria y magnificencia. Jesucristo, al contrario, declaraba que su reino no era de este mundo; predicaba una doctrina enteramente opuesta al espíritu y á las máximas del siglo: enseñaba á los hombres á que se desprendiesen de las inclinaciones, deseos y esperanzas terrenales, y á escalar, por medio de la mortificacion y sacrificios, el reino de los cielos que exigia violencia. Los Fariseos, á quienes llamaba *sepulcros blanqueados* y cuya hipocresía descubria; los grandes de la tierra, á quienes alarmaba tomando el título de *Rey*, rey pacífico y espiritual de las almas; los doctores de la ley, los escribas y sacerdotes, á quienes acusaba « de imponer fardos pesadísimos sobre los » hombros de los otros, sin querer ni aun ayudarles con las » puntas de los dedos, » amasaron en comun su comun odio y resolvieron la muerte de quien solo creian un hombre. Jesucristo conoce sus conspiraciones, y sin temerlas, como sin provocarlas, viene á Jerusalen pocos dias despues de la resurreccion de Lázaro. El pueblo le hizo una entrada triunfal inaudita, llevando en alto palmas y ramas de árboles, y tendiendo sus ropajes por las calles donde habia de pasar Jesús montado en un jumento, cabalgadura que indicaba bien su título de rey manso y humilde. Resuena por todo el ambiente un solo grito: « ¡Hosana! Gloria al Hijo de David! » Cinco dias despues, las aclamaciones triunfales se convirtieron en clamores horrorosos: « ¡Crucifícalo, crucifícalo! Caiga su » sangre sobre nosotros y sobre nuestros descendientes! » ¿Qué ocurrió pues en este intervalo? Nada, nada que pudiera explicar ordinariamente este cambio; pero la hora era llegada en que el Hijo del hombre habia de ser entregado en manos de sus enemigos. Jesucristo habia celebrado la Pascua con sus discípulos y habia concluido la última cena con la institucion del sacramento de la Eucaristía, milagro perenne del amor de un Dios que permanece en medio de los hombres para convertirse en su alimento y bebida. En la misma noche, Judas Iscariotes, rociados todavía sus labios con la sangre euca-

rística, habia vendido á su Maestro por treinta monedas á los príncipes de los sacerdotes, y entregó con un beso hipócrita al Hijo del hombre. Mas apenas consumó su crímen, el traidor desesperado se ahorcó, habiendo arrojado antes el precio de su traicion. Los Fariseos, el consejo de los sacerdotes y el pueblo se conjuraron para pedir la muerte de Jesús, gritando: «¡Es un blasfemo!» Le acusaron en seguida ante el gobernador Poncio Pilatos de ser enemigo del César. Conducido al tribunal y preguntado si él es el Cristo, si es rey; responde: *Lo soy;* hablando claramente y sin velos. Es entregado al populacho, que le cubre de insultos, oprobios, salivazos, golpes y azotes; se le despoja de sus vestiduras, se le ata á una columna desnudo para llenarle de tormentos y ultrajes, y su cuerpo hecho una llaga, Pilatos pensando conmover al pueblo se lo presenta diciendo: *Ecce homo:* Sí, sí, ¡hé aquí el hombre que paga el rescate de todos los hombres padeciendo por ellos! — Sus discípulos despavoridos le abandonan: Juan y las santas mujeres, solas, se le mantuvieron fieles. Se le carga con el pesado madero de la cruz, bajo cuyo peso cae; y en fin se hace dirigirle, levantándose y cayendo, al Gólgota. Su madre le encuentra en esta via dolorosa: las hijas de Jerusalen lloran por él, y él les predice que muy pronto tendrán que llorar por la suerte de su patria y de sus hijos. Llegado al pié del Calvario, los soldados se sortean la túnica: se le clava en la cruz entre dos criminales, de los cuales uno se convierte y es el primer santo de la ley nueva que entra en el cielo, abierto ya á los hombres por la pasion del Hijo de Dios. Exclama en fin Jesús: «Todo está consu» mado,» y muere. Conmuévese la naturaleza, se parten las rocas, ábrense los sepulcros, resucitan los muertos: se rasga en dos partes el velo del santuario, y la tierra queda cubierta de tinieblas. Los testigos de esta muerte divina exclaman: «Por » cierto, que era el Hijo de Dios.» José de Arimatea solicita y logra de Pilatos el permiso de enterrar el cuerpo de Jesús: se le deposita en un sepulcro hecho en una roca; se cubre el sepulcro con una losa enorme; los Judíos tienen gran

cuidado de poner sellos en la cubierta, y guardas de centinela (1). El *consummatum est* del Calvario anunciaba al mundo el cumplimiento de todas las profecías : en la espiracion de Cristo se acababan las setenta semanas de Daniel. La caida de Adan quedaba sobreabundantemente reparada con el sacrificio de un Dios : la mediacion del Redentor, la reconciliacion de la humanidad con Dios eran ya hechos notoriamente cumplidos.

8. Tres dias despues de su muerte, sale Jesucristo victorioso del sepulcro : caen á tierra sus guardas; levántase la enorme losa que servia de cubierta; vuelven á ver á su Maestro glorioso los discípulos : Santo Tomás, mas incrédulo, palpa sus cicatrices, pone la mano en la llaga del costado. Permanece Cristo entre sus discípulos durante cuarenta dias, renovándoles sus instrucciones para el desarrollo de su obra, obrando infinitos milagros en su presencia. Este hecho de la resurreccion, tan auténticamente relatado por los cuatro Evangelistas, y tan copiosamente demostrado por la incredulidad misma de Tomás, « que niega con porfía, dice san Leon, á fin » de que el mundo crea con mas garantías, » es la base de nuestra fe y la confirmacion de la divinidad de la Iglesia. « Si » Jesucristo no resucitó, dice san Pablo, es vana nuestra pre» dicacion é inútil nuestra fe. » Y en efecto, por el hecho de la resurreccion del Salvador, durante los cuarenta dias sus discípulos le ven, le tocan, le hablan, oyen sus instrucciones, y se llenan de un valor heróico y sobrenatural para anunciar el Evangelio. Últimamente los reune Jesús en Betania, y sobre un collado elevado que domina á esta villa les dirige aquestas palabras : « Todo poder me ha sido dado en los cielos y » en tierra : id, anunciad el Evangelio á todas las criaturas : » bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu » Santo. » Les bendijo despues, extendiendo sus manos sobre ellos. En el momento mismo se elevó hácia el cielo, y una nube vino á recibirlo, y le ocultó á las miradas de sus discípulos.

(1) Año 33. Ponemos la cronología mas sencilla y generalmente adoptada. Sabemos que hay quienes colocan la muerte de Cristo en el año 27 de nuestra era, bajo el consulado de los dos Gemmios; opinion harto respetable.

CAPITULO II.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN PEDRO (33 de la era cristiana, al 29 de junio de 67).

1. Pentecostés. — 2. Vida de los primeros cristianos. — 3. Eleccion de siete diáconos. — 4. Conversion de san Pablo. — 5. Vocacion de las Gentes. — 6. Persecucion de Herodes Agripa. Dispersion de los Apóstoles. — 7. Primera mision de san Pablo. — 8. Concilio de Jerusalen. — 9. Segunda mision de san Pablo. — 10. Tercera mision de san Pablo. — 11. Cuarta mision de san Pablo. — 12. Primera persecucion general bajo Neron. Martirio de san Pedro y de san Pablo.

§ II. PONTIFICADO DE SAN LINO (67-78).

13. Ruina de Jerusalen por Tito. — 14. Muerte de san Lino.

§ III. PONTIFICADO DE SAN CLETO Ó ANACLETO (78-91).

15. Identidad de san Cleto ó Anacleto. — 16. Extension del cristianismo en las Galias y en la Germania.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CLEMENTE I (91-100).

17. Carta de san Clemente I á los Corintios. — 18. Herejías del primer siglo. — 19. Segunda persecucion general bajo Domiciano.

§ I. PONTIFICADO DE SAN PEDRO (33-29 de junio de 67).

1. Al subir al cielo, el Hijo de Dios dejaba á sus discípulos el cuidado de continuar su mision y de predicar su Evangelio á todos los pueblos : para corresponder á tan sublime vocacion, les eran necesarias una fuerza y unas luces superiores; les era necesaria la plenitud del Espíritu Santo, quien segun la promesa del Salvador *les enseñaria todo*. Hasta la venida del Espíritu Santo que habia de abrir la carrera de su apostolado, al modo que habia descendido sobre la cabeza de Jesús en forma de paloma al principio de la vida pública del Salvador, los Apóstoles se estuvieron encerrados en un cenáculo ó aposento, « con María, madre de Jesús, y las santas mujeres, perseverando en la oracion. » Durante estos cuarenta dias de espera, Pedro desplegando por primera vez la autoridad de que se

hallaba revestido « para apacentar las ovejas y los corderos » en virtud de su primado, tomó la palabra y expuso la necesidad de completar el colegio apostólico y llenar la plaza del traidor Judas con la eleccion de un nuevo apóstol : la suerte cayó sobre Matías ; « y así quedaron ocupados los doce tronos » en que habian de sentarse los jueces de las doce tribus de » Israel. » Algunos dias despues, en la fiesta conmemorativa de la promulgacion de la ley en el monte Sínai, el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego descendió sobre los Apóstoles y discípulos reunidos ; les comunicó la inteligencia y ardor, con su don de entendimiento y caridad, para renovar la faz del mundo. Desde entonces el Espíritu vivificador permanece indisolublemente unido á la Iglesia, su esposa mística, y mantiene en ella la unidad del amor y de la fe. Cada siglo de la historia eclesiástica nos presentará huellas de sus fecundas inspiraciones : en los Apóstoles se manifestaron desde luego, porque estos hombres, antes tan tardíos para creer, tan desproveidos de inteligencia, tan medrosos y variables, desde esta hora memorable dan muestras públicas de energía, celo y valor sublimes, que no desmienten un solo instante hasta la muerte. Pero lo que mas impresion hizo en los Judíos y prosélitos, que acudieron en masa de todas partes para celebrar la fiesta de Pentecostés, fué el don de lenguas : porque Partos, Medos, Elamitas, Mesopotamios, Asiáticos, Judíos de Egipto, Roma, Libia, Creta y Arabia se quedan atónitos al oir á los Apóstoles cada uno en su propia lengua. La voz del príncipe de los Apóstoles convierte en ese dia tres mil hombres : algunos dias mas tarde, Pedro, de quien proceden siempre los primeros actos de la naciente Iglesia, Pedro sobre las graderías del templo cura con una palabra á un paralítico desde su nacimiento. El pueblo se junta para admirar este prodigio ; y el príncipe de los Apóstoles predica á la muchedumbre, y se convierten cinco mil personas. Los cabezas de los Judíos principian á alarmarse de tal poderío en obras y palabras ; hacen prender á Pedro y Juan y los encarcelan. Son presentados al dia siguiente los ilustres prisioneros ante

el sanhedrin : Pedro en presencia de los jueces expone la divinidad de Cristo y su resurreccion. Se le intima la prohibicion de no pronunciar ante el pueblo este nombre : « Juzgad, les » responde, si es justo obedecer antes á vos que á Dios. A » nosotros no nos es dado callarnos sobre lo que hemos visto » y oido. » Se les pone en libertad ; y cada dia se veia aumentarse el número de creyentes, conquistados á Jesucristo por los discursos de los Apóstoles : se ponian los enfermos por las calles para que Pedro, pasando, los curase con solo que su sombra los tocase : el pueblo traia de todos los alrededores de Jerusalen los obsesos del demonio y todo género de enfermos, y se volvian estos sanos á sus hogares. Los rigores de la sinagoga no bastaban á detener los rápidos progresos de la naciente Iglesia : se encarcelaba á los Apóstoles ; pero un ángel los ponia en libertad por la noche : se les azotaba ; pero ellos se regocijaban *de padecer este oprobio por el nombre de Jesús*. Se habia ya tratado en el sanhedrin la cuestion de condenarlos á muerte ; mas uno de sus miembros, Gamaliel, pudo impedir por entonces acto tan bárbaro.

2. La muchedumbre de los creyentes solo tenia un corazon, una sola alma, y no formaba sino una sola y grande familia, en la cual todo era comun, nada propio. No habia pobres entre ellos, porque cuantos tenian campos ó casas las vendian y entregaban su precio á los Apóstoles para ser distribuido entre los que tuvieran necesidad (1). Tenian ejercicios comunes con los Judíos, tales como frecuentar el templo en las horas de oracion y sacrificios, donde se juntaban todos en el pórtico de Salomon : se reunian además en los cenáculos ú oratorios mas espaciosos ó cómodos de las casas cristianas, bajo la presidencia de los Apóstoles ó de los sacerdotes instituidos por ellos. Se instruian allí en los misterios de la fe y en las máximas de Jesucristo, perseveraban con fervor en la oracion y comunion de la fraccion del pan, esto es, en el acto de recibir

(1) Hæc erat angelica respublica nihil ducere proprium, hoc protulit primum germen nascens Ecclesia. (CHRYSOST. *In Act. Apost.* 7.)

el sacramento de la Eucaristía; y tomaban despues algun alimento ordinario en comun. Estas comidas fueron llamadas despues *ágages* (caridad y dileccion). Sin embargo la comunion de bienes no llegaba hasta privarse enteramente de los derechos y relaciones de la propiedad, ni se imponia á nadie como un deber; así es que no la leemos establecida en ninguna otra iglesia. Es pues error grosero pretender que el espíritu del Evangelio de la primitiva Iglesia era destructor de la propiedad. Cuando Ananías y su esposa Sáfira intentaron engañar á los Apóstoles guardando una parte de la suma de la venta de sus bienes, les dijo Pedro: « ¿Porqué mentís á Dios? » ¿No estabais acaso libres de conservar vuestras riquezas y » gozar de ellas? » La repentina muerte con que fueron castigados al pié del príncipe de los Apóstoles, probó á los fieles que jamás se engaña impunemente á los ministros del Señor. — En lo exterior los cristianos vivian como los Judíos, con quienes los confundian los autores paganos de aquel tiempo. Y en efecto, celebraban aun las ceremonias de la ley, á pesar de que esta, en virtud de su carácter figurativo, hubiese cesado de obligar desde que se cumplieron sus figuras en la persona de Cristo: era una época de transicion que debia no acabarse sino con la ruina de Jerusalen, anunciada por el Salvador mismo, diciendo que aconteceria viviendo aun la generacion que le estaba escuchando.

3. Las quejas de algunos Judíos helenistas, ó de orígen griego, que alegaban estar olvidadas sus viudas en la distribucion que de las limosnas hacian diariamente los Apóstoles, dieron lugar hácia este tiempo (año 33) á la eleccion de siete diáconos. Fueron estos escogidos por los fieles y presentados á los Apóstoles, que les impusieron las manos. Estéban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás fueron revestidos de este ministerio, que consistia en tener cuidado del alimento de los pobres y reparto de limosnas: debian además servir á la administracion de la Eucaristía, y predicar el Evangelio, cual lo muestra el ejemplo mismo de san Estéban. Las numerosas conversiones que Dios obraba por medio de su

palabra, le hicieron señalar al príncipe de los sacerdotes; acusado por estos de blasfemia, Estéban fué arrastrado fuera de la ciudad de Jerusalen y allí fué apedreado: murió rogando por sus verdugos, y fué el primer mártir de esta Iglesia cuya sangre no cesa de ser vertida por la causa de Dios y de la verdad há mas de diez y ocho siglos. El efecto inmediato de la persecucion que se movió entonces y que se extendió á todos los cristianós de Jerusalen fué el retirarse los fieles é irse esparciendo por las comarcas vecinas, poniendo así los cimientos de nuevas iglesias en la Palestina, Samaria, Fenicia, Siria y Chipre. — La predicacion y curaciones milagrosas del diácono Felipe ganaron para Cristo un crecido número de Samaritanos, que recibieron en seguida la confirmacion y los dones del Espíritu Santo de manos de Pedro y Juan. Aconteciendo providencialmente el encuentro de Felipe y Candace, uno de los primeros oficiales de la corte de Etiopia, que marchaba para Jerusalen, este fué convertido y bautizado, y de regreso á su país propagó en él el cristianismo. En ese mismo tiempo, Simon el Mago, queriendo alcanzar de los Apóstoles con oro el poder de comunicar los dones del Espíritu Santo, fué rechazado con horror por san Pedro: tal fué la primera tentativa del grave pecado de *simonía,* que ha conservado el nombre de su autor, y que consiste en querer comprar por precio de cosas de este mundo los intereses del reino de los cielos. Simon, en lugar de arrepentirse, se aprovechó del imperfecto conocimiento que tenia de las verdades del Evangelio para formar una herejía, que ha sido la primera en la Iglesia. En moral, admitia por principio que no hay acciones buenas por su naturaleza: y así las obras son inútiles para la salvacion, y la gracia sola basta para salvar á los hombres, sin correspondencia de parte de ellos. Era el gérmen del *predestinacianismo.* Su doctrina consistia en una especie de fusion entre los elementos del cristianismo y las fábulas de la mitología pagana, y era el gérmen del *gnosticismo.*

4. Entre los perseguidores de los fieles se hacia notar por su inteligente actividad y celo fogoso y feroz, Saulo, jóven nacido

en Tarso de Cilicia, de padres judíos, de la tribu de Benjamin, pero ciudadanos romanos. Guardaba Saulo las vestiduras de los que apedreaban á san Estéban, y desde entonces no cesaba de perseguir á los cristianos; pero era llegado ya el tiempo en que este lobo habia de trocarse en cordero, y de perseguidor en apóstol. Este jóven Ciliciano, *que solo tenia tres codos de alto* (1), estaba destinado á proclamar el Evangelio ante los reyes y los pueblos. La cultura clásica que aprendió en las florecientes escuelas de Tarso, su patria; su elocuencia, que le hace, segun Longinos, ponerse en parangon con Demóstenes, Eschino ó Isócrates, le servirán mas tarde para predicar á los Gentiles el nombre de Cristo. La ciencia de las sagradas Letras y tradiciones hebráicas, que ha aprendido á los piés y bajo la direccion del sabio y prudente Gamaliel, le aprovechará un dia para fundar la nueva alianza sobre las bases de la antigua. Por la sublimidad de su talento, la energía de su voluntad y el ardor de su carácter, será llamado á propagar á lo lejos la Iglesia de Cristo y á dar á conocer toda la profundidad y riqueza de la doctrina evangélica, exponiéndola con maravillosa claridad á la faz de las preocupaciones del judaismo y de los errores paganos. Con intento de detener los progresos del cristianismo, Saulo se hace autorizar por el gran consejo ó sanhedrin de los Judíos, en el año 35 ó 36, con cartas á los presidentes de las sinagogas en la Palestina y Siria con plenos poderes para conducir cargados de cadenas á Jerusalen á los cristianos que pudiera prender. Dirígese á Damasco, cuando hé aquí como repentinamente se ve embestido en medio del camino de una luz sobrenatural. Sobrecogido de espanto, cae á tierra y oye estas palabras: « Saulo, ¿porqué me persigues? » y preguntando Saulo: « ¿Quién sois » vos, Señor? » se le responde: « Yo soy Jesús Nazareno, á » quien tú persigues. » Mándasele al propio tiempo que se presente en Damasco, en donde sabrá lo que tiene que hacer. Mientras llegaba á esta ciudad un discípulo llamado Ananías, amonestado por una celestial vision, va á buscarle, le impone

(1) Bossuet, *Panégyrique de saint Paul.*

las manos, le vuelve la vista perdida y le bautiza. Saulo, enteramente cambiado, predica inmediatamente el nombre de Jesús, cuyo fogoso perseguidor habia sido antes. Recorre la Arabia Pétrea, ora por predicar á los Judíos que allí se hallaban á la sazon, ora por prepararse en el retiro á la mision apostólica. Tres años despues, vuelto á Damasco, tuvo que huir de noche para librarse de las asechanzas de los Judíos que querian darle la muerte. Hizo entonces su primer viaje á Jerusalen por ver á Pedro, « para contemplar y estudiar su vida, dice el Crisós» tomo, como mayor, mas digno y mas antiguo que él; » « para » verlo, dice Bossuet, á fin de que constase que por mas santo » ó sabio que sea un ministro de Dios, es necesario ver á Pe» dro. » Saulo, el perseguidor, trocó despues su nombre en el de Pablo Apóstol, para expresar de un modo claro la transformacion interior que se habia realizado en él. Predicaba valerosamente el Evangelio en las sinagogas; pero las tentativas de muerte de los Helenistas, irritados contra él, le obligaron á dejar la comarca, y fué directamente á Tarso, su ciudad nativa.

5. Hácia este tiempo (año 35) el apóstol Jacobo el menor fué escogido por san Pedro para ser obispo de Jerusalen : su virtud le habia granjeado el título de Justo. Se le llamaba el hermano del Señor segun estilo de la lengua hebrea, porque hijo de Alfeo y de María, hermana de la santísima Vírgen, era primo de Jesucristo. Dejando pues al cuidado de este santo obispo los fieles de Jerusalen, san Pedro comenzó á predicar en las poblaciones de la Judea para visitar á los santos y fortalecerlos en la fe. Acompañaban á su palabra los milagros, tan necesarios entonces á la propagacion del Evangelio. En Lidda, llamada tambien Dióspolis, vuelve la salud á un paralítico, y se convierten al Señor todos los moradores de esta ciudad y los de las campiñas de Saron. En Jope resucita á la viuda Tabita, y se la devuelve á los fieles de quienes era modelo, y á los pobres cuya segunda providencia habia sido. Entretanto era ya llegada la hora en que las puertas de la Iglesia, abiertas hasta entonces á solo los Judíos, debian abrirse tambien á los paganos. Pedro, recorriendo la Palestina y ocupándose en edificar,

extender é instituir nuevas iglesias en los momentos que le dejaba libres la persecucion, fué preparado para este gran acontecimiento con una vision, en la cual recibió del cielo el aviso de que no habia de mirar ya como impuro lo que Dios habia declarado puro. Al propio tiempo, otra vision mandaba á un hombre temeroso de Dios, al centurion Cornelio de Cesarea, de ir en busca del príncipe de los Apóstoles á Jope, donde acababa de resucitar á la viuda Tabita. Vino Pedro, anunció el Evangelio al centurion y sus amigos, animados de iguales sentimientos. Mientras estaba explicando la divina doctrina, su auditorio, compuesto exclusivamente de paganos, recibió súbitamente el Espíritu Santo, y cuantos se hallaban presentes se pusieron á hablar lenguas que jamás habian aprendido. Pedro no vacila un solo instante en bautizar á hombres tan manifiestamente llamados de Dios; así es como la Iglesia iba recibiendo en su seno las primicias de la gentilidad. Es muy de notar que solo á Pedro, entre los Apóstoles, reveló el Señor desde luego el misterio de la reunion de los Gentiles y Judíos en un mismo rebaño; misterio dificultosísimo de ser aceptado por el comun de los fieles educados en el judaismo, en absoluta y legal separacion de las demás naciones. Muy pronto fué solemnemente consagrado el hecho de la vocacion de los Gentiles por la fundacion de la sede apostólica de Antioquía, que inauguró y ocupó primero san Pedro, y en donde los fieles fueron llamados Cristianos (*christiani*): el vocablo latino empleado declara que fué usado desde luego por los Romanos que habitaban en Antioquía.

6. Fué movida la segunda persecucion, dirigida especialmente contra las cabezas de la naciente Iglesia, por Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, á quien el emperador Claudio habia conferido á un mismo tiempo la dignidad real y el gobierno de la Judea. Queriendo señalarse por un celo israelita y deseoso de complacer al pueblo, Herodes Agripa hizo cortar la cabeza al apóstol Santiago el mayor, hijo del Zebedeo (1), y echar á Pedro en la cárcel con guardia muy rígida.

(1) Es tradicion constante en la Iglesia española desde los primeros siglos que

El jefe de la Iglesia, por cuya libertad pedian fervorosamente al Señor los files todos, fué puesto en libertad por un ángel. Partió de Jerusalen inmediatamente; y la muerte repentina de Agripa, que fué ocasion de hacerse provincia romana la Judea, puso fin á la persecucion. Durante estos sucesos, los Apóstoles todos se habian separado ya para ir predicando el Evangelio por todo el universo. Antes de separarse compusieron un resúmen muy conciso y sustancial de la doctrina cristiana, al cual se dió despues el título de *Símbolo,* vocablo tomado de la disciplina militar de las legiones romanas, porque muy parecido á lo que llamamos *santo, seña* ó *contraseña,* que llamaban *símbolo* los Romanos, servia muy oportunamente para distinguir los cristianos de los paganos, infieles y herejes. El símbolo aseguraba la unidad de doctrina, al modo que la primacía de san Pedro garantizaba la unidad de gobierno. La historia de la mayor parte de los Apóstoles despues de su dispersion está envuelta en tinieblas casi impenetrables : porque san Lucas solo relata, despues de lo que llevamos dicho, los actos de san Pablo; y exceptuando san Pedro, Santiago y san Juan, acerca de los cuales existen algunas noticias harto precisas y exactas, hay que atenernos respecto de los demás á escasos indicios, por lo comun inciertos. San Matías fué á predicar á la Cólchida; san Judas á la Mesopotamia; san Simon á la Libia; san Mateo, despues de haber escrito su Evangelio á peticion de los fieles de la Judea, se fué á la Etiopia; san Bartolomé se fué á la Armenia mayor; santo Tomás á los Partos y hasta las Indias mismas; san Felipe, despues de haber evangelizado en el Asia, murió en Hierápolis en la Frigia; san Andrés fué enviado á la Escitia, de donde pasó á la Grecia y al Epiro; Jacobo, hijo de Alfeo, se quedó en Jerusalen, donde se habia establecido obispo;

Santiago el mayor vino á predicar á España, donde permaneció pocos años y dejó siete discípulos : Cecilio, Torcuato, Segundo, Eufrasio, Indalecio, Hesiquio y Clesifonte, cada uno primer obispo y mártir de las primeras siete ciudades que recibieron la fe cristiana. El cuerpo de Santiago, milagrosamente arribado á Compostela hácia el año 37 de Cristo, se venera en su sepulcro, atestiguando su autenticidad innumerables milagros. (Nota del Traductor.)

y san Juan predicó en el Asia menor (1). Segun la opinion mas probable, la santísima Vírgen no siguió á san Juan en sus viajes apostólicos : y una tradicion antigua y muy esparcida en el Oriente cuenta que murió en Jerusalen. La Iglesia cree que María santísima resucitó poco despues de su muerte, y que fué llevada en cuerpo y alma á los cielos por una gloriosa asuncion. Murió la santísima Vírgen, segun toda probabilidad, en Jerusalen el año 45 ó el 47, el 15 de agosto, como lo prueba la antiquísima fiesta de la Asuncion, que se celebra desde los tiempos primitivos en todas las iglesias de la cristiandad. Sin ser un dogma de fe esta Asuncion, como no lo era tampoco el de la inmaculada Concepcion hasta el 8 de diciembre de 1854, en que se declaró, seria una temeridad herética é impía el no creer la asuncion en cuerpo y alma de la Vírgen, segun lo creen y practican y celebran todas las iglesias de Oriente y Occidente, aun las cismáticas y separadas.

San Pedro habia principiado por fijar su silla en Antioquía, de la cual fué el primer obispo; permaneció allí siete años, y la dejó para ir á establecer en Roma la morada de los vicarios de Cristo en la tierra. Han quedado tan grabados estos dos pontificados de san Pedro en la memoria de los fieles, que desde los primeros siglos se han instituido dos fiestas solemnes en su conmemoracion. Mientras la fundacion de estas dos sillas ó cátedras, el santo apóstol predicó el Evangelio en el Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia menor, seguido de Marcos, Pancracio, Marciano, Rufo y Apolinar, obispos despues de Alejandría, Siracusa, Capua, etc. San Pedro envió en el entretanto á san Marcos, su discípulo, para fundar la iglesia de Alejandría; recibiendo así la fe cristiana de san Pedro, por la mediacion de Marcos, la capital del Egipto, como la recibió directamente del mismo Pedro Roma, capital del Occidente, y

(1) Véase la nota anterior. Muchos sabios escritores españoles y extranjeros presentan pruebas irrefragables de la venida á España y predicacion en ella del apóstol Santiago el mayor : segun otra tradicion no menos respetable, la santísima Vírgen vino en carne mortal á Zaragoza á consolar y animar á su primo y sobrino Santiago; de lo cual hay diplomas y documentos auténticos. (Nota del Traductor.)

Antioquía, capital del Oriente. Antes de separarse de su maestro, san Marcos escribió su Evangelio á peticion de los fieles de Roma, que deseaban conservar la memoria de las predicaciones del príncipe de los Apóstoles.

7. Al propio tiempo recibia el apóstol Pablo en Antioquía la consagracion de su apostolado, y á esta consagracion alude cuando dice que no ha sido hecho apóstol por los hombres sino por la gracia de Cristo. Tomando entonces consigo á Bernabé y Juan Marcos, se fueron juntos á su primera mision: predicaron el Evangelio en Salamina, capital de Chipre, dirigiéndose desde luego á las sinagogas, á las que les daba fácil acceso su orígen judío. Llamado á Pafos por el procónsul Sergio Paulo, Pablo castigó con dejarlo ciego al impostor Elimas (Bar-Jesu), que se hallaba en esta ciudad, y ganó al procónsul á la fe de Cristo. Desde Pafos se volvieron los varones apostólicos al continente asiático, y de Perga en Panfilia, en donde los dejó Juan Marcos, ellos se fueron á Antioquía de Pisidia. En esta ciudad y en Iconio su predicacion convirtió al Evangelio muchedumbre de judíos y paganos. Entre los nuevos discípulos de Iconio se hallaba una jóven doncella, santa Tecla, cuya memoria ha celebrado la antigüedad cristiana, y ha colocado su nombre al lado de san Estéban, porque la primera entre las mujeres ha tenido la gloria de padecer el martirio por el nombre de Cristo. Traida esta vírgen ante los jueces paganos, que querian hacerle renunciar la fe, resistió valerosamente á los tormentos y fué expuesta por órden suya á la voracidad de las fieras en el anfiteatro. Mas los leones vinieron á echarse á sus piés respetando su cuerpo virginal: el pueblo, en vista de esto, pidió que se le diese libertad y se le dejara terminar sus dias en paz; lo que así se verificó, aunque la Iglesia le da el título de mártir, por habérselo dado así toda la antigüedad segun la costumbre de los primeros siglos de la Iglesia, que otorgaba el nombre de mártir á cuantos habian pasado por tormentos mortales de sí, por el Evangelio, aun cuando hubieran sobrevivido á ellos milagrosamente. En Listria, una palabra de san Pablo volvió públicamente el uso de sus miembros á un tullido; los

dos apóstoles fueron desde luego creidos dos dioses por el pueblo, y se les queria ofrecer sacrificios como á Júpiter y á Mercurio : pero este mismo pueblo, mudando de improviso sus disposiciones por las calumnias y dicterios de los Judíos, persiguió á Pablo á pedradas, y lo llevó á rastra fuera de la ciudad. Le creyeron muerto, pero Dios le reservaba para otros combates y triunfos. Los apóstoles partieron al dia siguiente para Derbe y la evangelizaron : visitando de nuevo Listria, Antioquía de Pisidia é Iconio, instituyeron pastores en esas iglesias nacientes y se volvieron á Antioquía de Siria, concluyendo así su primera mision.

8. Llamado de un modo tan extraordinario al apostolado, san Pablo habia recibido inmediatamente de Dios las luces necesarias para su mision : pero por dar á su doctrina y disciplina la sancion exterior de la verdad, esto es, la sancion de una perfecta concordia con la doctrina y conducta de los demás Apóstoles, movido de superior inspiracion, partió para Jerusalen (segunda vez despues de su conversion), acompañado de Bernabé y de Tito, á quienes habia traido á la luz del Evangelio. Encontró allí á san Pedro que venia de un viaje, á Jacobo de Alfeo y á Juan. Desde esta época se principió á agitar entre ellos la cuestion de la obligacion absoluta de la ley mosáica, de una grande importancia para los progresos de la cristiandad. Nada costaba tanto á los Judíos, especialmente á los que moraban en Jerusalen, á presencia del templo y en medio de sacrificios perennemente usados, como despojarse de la idea de que la exacta observancia de la ley era el único medio de salvacion y de justificacion. Así es que no podian concebir sino muy dificultosamente el que bastase á los paganos convertidos la fe en Jesucristo para quedar justificados, sin tener necesidad de someterse á la circuncision y demás ceremonias legales : por lo cual se rehusaban á comunicar con ellos mientras no cumpliesen con estas prescripciones. Opúsose san Pablo enérgicamente á esta resistencia : los tres apóstoles Pedro, Juan y Jacobo tenian la misma doctrina; Pablo y Bernabé les reconocieron como sus verdaderos cólegas, y se decidió de consuno

que estos dos, Pablo y Bernabé, continuarian predicando especialmente á los paganos, en tanto que ellos continuarian evangelizando á los Judíos. A poco tiempo de la vuelta de Pablo y Bernabé á Antioquía, se fué tambien Pedro á la misma ciudad, y no tuvo escrúpulo alguno en comer con fieles incircuncisos hasta la llegada de algunos judíos cristianos, enviados de la Judea por Jacobo. Temiendo escandalizar á estos austeros celadores de la ley, que miraban como impuros los incircuncisos y sus manjares, san Pedro se separó de la mesa de los paganos convertidos. La agitacion que resultó de este incidente en la iglesia de Antioquía dió á conocer la necesidad de una suprema decision de parte del apostolado reunido en Jerusalen. Fueron enviados allí como diputados Pablo y Bernabé : los cinco apóstoles Pedro, Jacobo, Juan, Pablo y Bernabé formaron con los sacerdotes y fieles de Jerusalen el primer concilio, conocido bajo el título de concilio de Jerusalen. San Pedro, en calidad de cabeza de la Iglesia, tomó la palabra el primero. Probó que Dios no ponia ya diferencia ninguna entre Gentiles y Judíos, por la vocacion á la fe : la Iglesia de Cristo era la montaña profética de Isaías, á donde habian de ir á reunirse todas las naciones de la tierra en la unidad de la fe. Pablo y Jacobo hablaron en el mismo sentido, y la asamblea redujo las obligaciones de los paganos convertidos á las siguientes : 1ª. Abstenerse de manjares ofrecidos en sacrificio; 2ª. de la carne de animales ahogados y de su sangre ; 3ª. de la fornicacion. La prohibicion de tomar parte en las comidas de los sacrificios era necesaria para preservar á los nuevos cristianos de la recaida en el paganismo. En cuanto á la fornicacion, estaba tan depravado y aun muerto el sentido moral entre los paganos, que la miraban como cosa indiferente, é importaba mucho que la pureza de costumbres fuese un signo característico de la nueva ley. La prohibicion de carnes sofocadas estaba aun mantenida por la Iglesia, atenta desde entonces mismo á la salud de sus hijos. La de la sangre tenia motivos mas elevados. La sangre en los sacrificios era la principal ofrenda reservada al Señor. Mientras que aun se continuaban los sacrificios en el templo de Jerusa-

len, era muy natural el que los cristianos respetasen esta prescripcion. En la mente de los Judíos, la abstinencia de la sangre era un precepto divino, obligatorio á todos los hombres : era menester pues, á fin de disminuir su repugnancia contra toda especie de comercio con los Gentiles, imponer momentáneamente las mismas prohibiciones á la generalidad de los cristianos. La decision del concilio, precedida de esta magnífica y significativa expresion : *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á Nos*..... fué notificada á las iglesias de Siria y Cilicia : Pablo y Bernabé se volvieron á Antioquía, en tanto que Pedro tomaba el camino de Roma.

Poco tiempo despues comenzó san Pablo su mision segunda acompañado, por esta vez, de Silas solamente, por haberse separado Bernabé de él, porque Pablo no habia querido traer consigo á Juan Marcos. Estos dos últimos se embarcaron para la isla de Chipre, Pablo y Silas se partieron para el Asia menor; y la Providencia habia permitido esta separacion para que el Evangelio fuese predicado en mayor número de ciudades á la vez (año 53). San Pablo visitó desde luego las iglesias de la Siria septentrional, de la Cilicia y de Licaonia. En Listria se asoció al jóven Timoteo, hijo de padre griego y de madre judía hecha cristiana. Timoteo, conformándose al deseo de san Pablo, se hizo circuncidar por tener mas fácil entrada con los Judíos. Los tres heraldos de la fe fueron recorriendo despues la Frigia, Galacia y Misia. En la Tróade vino á juntarse con ellos el médico y evangelista san Lucas. Tuvo san Pablo una vision en que se le amonestó que dejando el Asia se trasladase á Macedonia, y en Filipos se convirtió con toda su casa una comercianta en púrpura, llamada Lidia. En esta misma ciudad la cura milagrosa de un esclavo, poseido del demonio, fué causa de que por órden del gobernador romano, á Pablo y Silas, despues de ser castigados con varas, se les metió en la cárcel como seductores del pueblo y como predicadores de un culto nuevo no autorizado. La constancia alegre de los apóstoles y el milagro que les abrió las puertas de su prision durante la noche, admiraron de tal modo al alcaide que, habién-

dose hecho enseñar por san Pablo, creyó en Jesucristo y recibió el bautismo con toda su familia. La autoridad de la ciudad, medrosa de la precipitacion con que habia maltratado ilegalmente á un ciudadano romano, como lo era por nacimiento san Pablo, puso en libertad con mucho miramiento á ambos presos, suplicándoles empero que se retirasen; pero mientras tanto ya se habian echado los cimientos de una iglesia en Filipos. Los Apóstoles se detuvieron algo mas en Tesalónica, ciudad populosa, donde habia una sinagoga, y formaron con los Judíos creyentes una iglesia que fué una de las mas florecientes. Sin embargo los Judíos no creyentes habiendo tratado, con una queja calumniosa, de sacar de las autoridades paganas una condenacion de los santos misioneros, se fueron estos en la misma noche á Beróe, ciudad vecina, en cuyos habitantes judíos se prometian apoyo y simpatía. Pero los Judíos de Tesalónica les perseguian en su último asilo, por lo cual Pablo dejó allí á Silas y Timoteo, partiendo solo él para Atenas. Esta ciudad, centro de la civilizacion, artes y ciencias, despojada á la sazon de su importancia política y reducida á ser vasalla de Roma, producia aun ingenios grandes. Los futuros cónsules y Césares venian á aprender en ella á pensar bien y á hablar correctamente. Por do quiera se estrellaba la vista con estatuas y templos levantados en honor de los dioses, pompas sagradas y sacrificios sangrientos. Un altar sin nombre, levantado á honra *del Dios desconocido* en esta capital del politeismo, ministró al Apóstol feliz materia de comenzar su predicacion. Llevado por los estóicos y epicúreos al Areopago, tribunal supremo en materias religiosas, san Pablo anuncia á la faz de un auditorio atónito al Dios único, todopoderoso, *en quien vivimos, nos movemos y existimos,* el cual juzgará al mundo por medio del que resucitó de entre los muertos. Unos responden con sarcasmo y burla; otros le dicen que le oirán mas tarde otra vez; algunos pocos creen en Jesucristo, entre los cuales Dionisio, miembro del Areopago, y una humilde mujer llamada Damaris. Desde Atenas se fué Pablo á la capital de la Acaya, la voluptuosa Corinto, en donde se alojó en casa de un judío convertido, lla-

mado Aquila, fabricando con sus propias manos tiendas para viviendas, y predicando en las sinagogas. Pero, como en otras partes, la mayoría de los Judíos llevó tan mal la predicacion del Apóstol, que no tardó en volverse á predicar á los Griegos con mayor éxito. Fórmase en efecto en poco tiempo una comunidad de creyentes de que formó parte Crispo, presidente de la sinagoga, y que durante año y medio que estuvo bajo la direccion del Apóstol, vino á ser una de las mas numerosas y edificantes. Los Judíos irritados presentaron una queja al procónsul Gallio, hermano del célebre filósofo A. Séneca; no la recibió diciendo que no queria meterse en querellas religiosas judáicas. Mientras esto acontecia, Silas y Timoteo, de vuelta de la Macedonia, habian traido á san Pablo noticias consolatorias acerca del estado de las iglesias de aquella comarca, y esta fué ocasion de escribir las dos epístolas á los Tesalonicenses. El Apóstol regresó á Siria, y deteniéndose un poco en Jerusalen, volvió á Antioquía, habiendo terminado así su segunda mision (año 56).

10. Muy luego principió la tercera con ir al Asia menor: detúvose tres años en Éfeso, predicando el Evangelio á sus habitantes y á los numerosos forasteros atraidos á esta ciudad opulenta por sus relaciones comerciales y por la magnificencia del templo de Diana, una de las maravillas del mundo. Allí se levantó por primera vez la sospecha de que el reino de Cristo amenazaba de muerte el culto omnipotente de los ídolos, y que la gran Diana de los Efesios iba á caer en polvo ante el Crucificado. Un motin, levantado por el platero Demetrio, puso en riesgo la vida del Apóstol, de que se vió libre por intervencion del magistrado. Durante su mansion en Éfeso san Pablo escribió á los cristianos de Galacia, para preservarlos contra las malas doctrinas de los falsos doctores judaizantes, que predicaban la obligacion absoluta de la ley mosáica. En esta ocasion envió el Apóstol con Tito su primera epístola á los Corintios, cuya iglesia amenazaba una escision por divisiones intestinas. Deseando mucho volver á ver á los fieles de Filipos, Tesalónica y Beróe, se fué en el año siguiente por la Tróada á Macedonia,

de donde escribió la segunda epístola á los Corintios. Se ve en ésta que por el cumplimiento de su mision habia sufrido, sobre todo de parte de los Judíos, el mas bárbaro trato, y que habia peligrado su vida, á pesar de que san Lucas ha creido no relatar detalles sobre el particular. Es muy verosímil que sobre este tiempo envió san Pablo á su discípulo Timoteo, dejado por él como obispo de Éfeso, su primera epístola en que se contienen sus deberes como obispo. Dirigiéndose despues hácia las iglesias de Grecia, remitió á la diaconisa Phebes, que partia para Roma, su epístola á los fieles de esta ciudad que principiaban ya á formar una iglesia. En el año 60, se apresuró á volverse á la Siria con muchos de los enviados de las iglesias de Acaya y de Macedonia para ir á Jerusalen á celebrar la fiesta de Pentecostés. En Mileto, habiendo reunido los obispos y sacerdotes de Éfeso é iglesias vecinas, en una alocucion muy sentimental les rogó encarecidamente cuidasen del rebaño puesto á su cargo, les fortaleció contra los falsos doctores que muy pronto habian de aparecer, y despues de haber orado en comun con ellos, se retiró con el presentimiento de lo que habia de sucederle á él. Vió en Cesarea al diácono Felipe y á sus cuatro hijas dotadas del don de profecía. Llegado á Jerusalen, no halló ningun apóstol sino á Santiago, obispo de ella. La numerosa iglesia de Jerusalen, compuesta de judíos convertidos, estaba aun muy apegada á la ley mosáica: muchos de ellos, animados de hostiles sentimientos contra san Pablo, le acusaron falsamente de haber movido los Judíos de la *Diaspora* á echar á un lado la ley de la circuncision (1). Santiago le aconsejó de sincerarse de esta imputacion, encargándose de dar una satisfaccion pública por cuatro fieles que estaban cumpliendo en el templo las ceremonias del voto de Nazarenos: consintió san Pablo, pero habiendo sido reconocido en el templo por algunos Judíos del Asia menor, le designaron, como menospreciador de la ley y profanacion del templo, al fanatismo del

(1) Se llamaban Judíos de la *Diaspora* los que estaban dispersos en las provincias romanas, de los dos vocablos griegos Δία et σπείρα.

pueblo, el cual le hubiera dado la muerte sin la intervencion del tribuno romano Lisias. Conducido por Lisias mismo al sanhedrin, á cuyo frente se hallaba el gran sacerdote Ananías, encarnizado enemigo de la ley nueva, aprestada tenia el tribunal la sentencia de muerte, cuando Pablo hizo entender á los Fariseos presentes en la asamblea que por haber sostenido la doctrina de la resurreccion se habia acarreado el odio de los Saduceos. El espíritu de partido, vuelto á inflamarse en el pecho de los Fariseos, haciéndoles olvidar por un momento su antigua animosidad contra el que habia desertado de sus banderas, declararon que no habian hallado en Pablo nada que pudiera ser digno de castigo. Lisias se aprovechó de esta declaracion para sustraerlo de la cólera de los Saduceos; pero habiendo sabido que cuarenta ZELOTES (judíos fanáticos) habian jurado su muerte, le hizo conducir á Cesarea ante el procurador Félix con un certificado de inocencia : persiguiéronle hasta esta misma ciudad á Pablo sus enemigos, y especialmente el mismo sumo sacerdote. Félix no atreviéndose á proceder contra un ciudadano romano, y además esperando que san Pablo rescataria su libertad con dinero, le hizo encarcelar en una prision suave, en donde pasó dos años. Los implacables perseguidores del Apóstol se presentaron ante Porcio Festo, sucesor de Félix, é hicieron lo posible por alcanzar de él una sentencia condenatoria; pero Pablo apeló al emperador, y Porcio Festo aceptó la apelacion. Algunos dias despues, el jóven rey Agripa (1) con Berenice su hermana, esposa primeramente de Herodes, rey de Calcidia, y despues de Polemon, rey del Ponto, habiendo venido á visitar al nuevo gobernador Festo, quiso darles á conocer este célebre preso de quien hablaba toda la Judea, y san Pablo fué introducido en el aposento de Agripa. El Apóstol aprovechó esta ocasion para predicar el Evangelio á los poderosos de la tierra. El rey Agripa era judío. « ¿Crees en los Profetas? le pregunta Pablo : sé yo muy bien

(1) Este Agripa, era hijo de Herodes Agripa muerto en 43 ó en 44 : se halló, en tiempo de Tito, en el sitio de Jerusalen y fué el último rey de los Judíos. Se ignora lo que ha sido de él : es probable haya muerto en tiempo de Domiciano.

» que crees en ellos. — ¡Bah! no falta mucho para que me » persuadais sea cristiano! — Ojalá, repuso Pablo, que nada, » nada faltase para que tú y cuantos me escuchais fueseis lo que » yo soy y estuvieseis como yo estoy, excepto sin cadenas. » Cuando hubo pronunciado estas y otras palabras el rey, Berenice y el gobernador se levantaron diciendo: « Este hombre nada » ha hecho para que merezca no solo muerte sino ni aun pri» sion: se le podria poner en libertad « si no hubiera apelado al » César. » En el año 62 partió Pablo, en calidad de prisionero, para Roma acompañado de Lucas y de Aristarco. Al llegar ó Pufin zol recibió fraternal acogida de una iglesia ya formada, y en en el 63, el año octavo del reinado de Neron, hizo su entrada en la capital del imperio en medio de los fieles cristianos que salieron á recibirle. Permaneció en Roma dos años bajo una vigilancia muy moderada, pues que se le permitia habitar en un aposento particular con el soldado con quien estaba encadenado, y en él recibia á cuantos venian á visitarlo, pudiendo por consiguiente anunciar libremente el Evangelio. Hasta aquí llega el relato de los *Actos de los Apóstoles* por san Lucas: este monumento de la primitiva Iglesia es el mas precioso de su historia. El espectáculo de las primeras conquistas del Evangelio en medio de un mundo pagano, no es solo un hecho pasajero cuya significacion se limite á los tiempos en que se dió á luz. La situacion de la Iglesia es la misma en todos los siglos; porque siempre ha tenido enemigos encarnizados, judíos ó gentiles, herejes ó incrédulos, filósofos ó tiranos. San Pablo, peregrino sublime que pasando las comarcas subyuga ciudades y reinos, es por excelencia el modelo de todos los predicadores y ministros de Cristo. En estos como en aquel, la fuerza consiste en su propia flaqueza, y vencidos triunfan.

11. Durante sus dos años de cautiverio en Roma, á mas de la breve epístola enviada á Filemon por medio de Onesimo, esclavo fugitivo, y luego convertido, á quien le recomendaba, escribió las tres epístolas á los Efesinos, verdadera encíclica dirigida á los fieles del Asia menor; la epístola á los Colosenses, y la dirigida á los Filipenses, en las cuales desenvuelve los princi-

pios de la fe sobre la glorificacion de Cristo, la redencion de la humanidad caida y la vocacion de los Gentiles. En ese mismo tiempo fué escrita, segun toda probabilidad, la epístola á los Hebreos, esto es, á los Judíos habitantes en Jerusalen y en la Judea. En este sublimísimo documento el Apóstol explica cómo el cristianismo ha salido de la religion judía, y por cuántos títulos es superior la nueva ley á la antigua. Reunido ya el celo apostólico de san Pedro y san Pablo en una misma ciudad, produjo rápidos progresos en la Iglesia de Roma: penetrando la cristiana doctrina hasta en el palacio mismo de los emperadores, por manera que san Pablo pudo muy bien escribir á los Filipenses: « Todos los fieles os saludan, particular» mente los de la casa del César. » En esta época se intenta colocar la entrevista apócrifa de Pablo y el filósofo Séneca. Las máximas casi cristianas de que abundan las obras del filósofo no nos permiten dudar de que cuando menos conoció la moral del Evangelio. Debió sin duda el Apóstol su entera libertad á la mediacion de amigos y discípulos influyentes á principios del año 65; y aprovechó inmediatamente su libertad para emprender nuevas misiones, acerca de las cuales no nos quedan por desgracia noticias y datos bastante seguros y explícitos. Se puede creer sin embargo que puso entonces en planta su proyecto antiguo de ir á visitar la España, de que ya habia hablado en su epístola á los Romanos. Esta opinion se confirma además por testimonio de un autor contemporáneo, Clemente romano, quien dice: « que Pablo fué el heraldo de la » fe cristiana en el universo entero, y que penetró hasta los » límites del Occidente (1). » El Apóstol fué tambien á la isla de

(1) En muchos puntos del litoral mediterráneo desde Tarragona hasta Cartagena se encuentran tradiciones antiquísimas, mas ó menos explícitas, mas ó menos detalladas, de la venida y predicacion de san Pablo en España. Existe sobre un elevado monte contiguo á la villa de Albocacer, obispado de Tortosa, un santuario en el que segun tradicion inmemorial desde antes de la invasion de los Árabes en la Península (en 713) estuvo el santo apóstol de asiento, y que desde allí salia á evangelizar toda la comarca del Maestrazgo por las orillas del mar. No hay casi un solo pueblo de aquella comarca, cuya fundacion sea antigua, que no conserve mas ó menos vestigios de dicha mision apostólica. (El Traductor.)

Creta acompañado de su discípulo Tito, á quien dejó allí como inspector de las nuevas iglesias con la facultad de instituir obispos y sacerdotes. Envió luego desde Nicópolis en el Epiro al mismo Tito una instruccion sobre el modo de dirigir el rebaño que se le habia cometido, y esta es la epístola á Tito que es parte del cánon de las Escrituras. Desde Nicópolis partió el Apóstol para Corinto, visitó nuevamente las iglesias de la Tróada y Mileto, y regresó á Roma hácia el fin del año 66.

12. Acababa de estallar entonces la primera persecucion general contra la Iglesia por edicto de Neron: su pretexto fué el de un tirano. Sea disgustado de la sencillez de los antiguos edificios de Roma, ó mas bien queriendo satisfacer su capricho bárbaro presenciando el espectáculo de un incendio que semejara al de Troya, Neron mandó prender fuego por todos los cuatro lados de la ciudad, por manera que de los catorce barrios suyos apenas se salvaron cuatro de las llamas. Para disculparse de tal infamia y locura trató de echar la culpa á los cristianos. Les hizo prender y condenar á todos á los tormentos mas horribles. Unos, cubiertos de pieles de animales, eran despedazados y devorados por los perros, en bárbaro simulacro de caza humana; otros eran crucificados; algunos, envueltos en pez y resina, se les mandaba quemar vivos. A muchos se les colgaba en palos y pilares á lo largo de las calles y en los jardines, y por la noche se les quemaba para que sirviesen de lanternas durante la noche. Entretanto Neron, ó se estaba paseando en sus jardines, ó ayudaba por sí mismo á tan horrenda carnicería. San Pablo fué arrestado y compareció ante el tribunal de este monstruo coronado; pero le habló con tanto valor y elocuencia que se libró por entonces de las garras del leon, como lo dice en su epístola II á Timoteo (IV, 16). Neron se contentó con encarcelarlo. Al mismo tiempo, san Pedro podia con toda libertad entregarse en Roma mismo al ardor de su celo, fortalecer su Iglesia, extender el imperio de la fe, y en presencia del mismo Neron confundir el sacrílego atrevimiento de Simon Mago. Celebraba san Pedro los sagrados misterios en la casa de un cristiano llamado Pudente, y la tradicion ha mirado esta casa

como la primera iglesia de Roma, consagrada al culto divino por el príncipe de los Apóstoles. San Pablo, sufriendo una prision muy rigorosa y presintiendo su martirio, escribió á su discípulo Timoteo una como carta de despedida : le amonesta en su epístola á guardarse de los herejes, y bajo de este nombre parece indicar especialmente los sectarios de Simon el Mago y los Nicolaitas. Estos últimos, abusando de una expresion equívoca del diácono san Nicolás, pretendian apoyar con su doctrina una secta sensual que admitia la promiscuidad y otros excesos nefandos : no sabemos hasta qué punto mezclaban con tales escándalos el nombre de Nicolás; sea lo que quiera, san Ireneo nos enseña que estos herejes profesaban los mismos errores que los Cerintianos, de que hablaremos mas adelante, y que san Juan refutó á unos y otros en el principio de su Evangelio. — En el entretanto, habiendo convertido san Pedro á una de las mujeres de Neron, se atrajo la cólera del tirano; san Pedro fué prendido y arrestado en la cárcel Mamertina, en donde convirtió á la fe á sus dos guardias Proceso y Martiniano. En fin san Pedro y san Pablo comparecieron, ambos juntamente, ante el tribunal del gobernador de Roma : confesaron á una voz la fe por la cual habian consagrado su vida, y ambos fueron condenados al último suplicio. Segun la antiquísima tradicion conservada en la Iglesia, ambos apóstoles anunciaron antes de morir la ruina próxima de Jerusalen. San Pedro, despues de haber sido azotado con varas, fué crucificado cabeza abajo en el barrio de los Judíos sobre el monte Janículo, y enterrado en la via Aurelia, cerca del templo de Apolo, en el sitio mismo en que están hoy el palacio del Vaticano y la iglesia de San Pedro, cuya grandeza en nada cede á las ruinas imponentes de la Roma cesárea (29 de junio del año 67). En el mismo dia á san Pablo, como ciudadano romano, le cortaron la cabeza junto á las aguas Fulvianas, en sitio hoy desierto, á corta distancia de la basílica llamada *San Pablo extra muros*. El pontificado de san Pedro habia durado treinta y tres años, de los cuales habia pasado veinticinco en Roma. Ninguno de sus sucesores ha ocupado tan largo

tiempo la silla de Roma; y á esta duracion excepcional debe su orígen la célebre expresion pronunciada en la exaltacion de los Pontífices romanos : *Annos Petri non videbis;* recuerdo de la brevedad de las cosas de este mundo, comparada á las sublimes grandezas de aquí abajo [1].

§ II. PONTIFICADO DE SAN LINO (67-78).

13. San Lino, nacido en Volaterra, en Toscana, uno de los discípulos de quienes se hace mencion en la epístola II á Timoteo (IV, 21), fué el inmediato sucesor de san Pedro. Viviendo aun este santo, le designó para ayudarle en el gobierno de la Iglesia. Bajo su pontificado se cumplió un acontecimiento preparado por la divina justicia y predicho cuarenta años antes por Jesucristo. Jerusalen tenia que expiar un deicidio, y su castigo fué el mas espantoso que mencione la historia. Por un designio providencial esta ciudad habia sido aun preservada mientras tenia que ser la cuna del cristianismo; pero cuando la fe hubo extendido sus conquistas, y que, lejos de ser útil á la propagacion del Evangelio, la existencia de Jerusalen dañabá á sus progresos por el apego extraordinario de los Judíos convertidos á las ceremonias mosáicas que veian practicar en el templo; la venganza justísima del Señor llamó las legiones romanas, que hicieron el famoso é inaudito cerco de la ciudad santa. No habia perecido aun la generacion que habia oido las amenazas de Cristo : san Pedro y san Pablo habian anunciado tambien el inminente cumplimiento de las profecías; por manera que la ruina de Jerusalen fué á la vez el castigo del mas nefando crímen, y una prueba evidente y clara de la divinidad de Jesucristo y de la religion que habia fundado : fué además la separacion definitiva del cristianismo y de la ley de Moisés, y en fin el sello de reprobacion impreso con sangrientos caractéres en la nacion judía. Desde el año 66, el partido de los

(1) Véase para todo cuanto concierne al pontificado de san Pedro, *Orígenes del cristianismo*, por el doctor Dœllinger, del que tomamos el fondo de este capítulo.

Zelotes ó Zeladores habia tomado las armas en Jerusalen para sacudir la dominacion romana. Algunas ventajas logradas contra Cestio Gallo, procónsul de Siria, exaltaron las esperanzas de estos fanáticos. Los cristianos, al contrario, penetrados de la infalibilidad de las predicciones del Salvador, se retiran á Pella, en la Perea, para evitar los inminentes desastres de la guerra. En efecto Neron al saber la derrota de Cestio Gallo dió el mando del ejércido de la Judea á Vespasiano, quien con su hijo Tito se apoderó desde luego de todas las fortalezas de la Palestina; acercóse poco á poco á Jerusalen, contando, para lograr su fin, con las divisiones intestinas del enemigo. Juan, apellidado Guiscala por la fortaleza de este nombre que mandaba en Galilea, se escapó, y seguido de un bando numeroso de secuaces se echó sobre Jerusalen, se apoderó del gobierno y maltrató á cuantos querian la paz: era esto fomentar el desórden á la vista del enemigo. Sin embargo, con ánimo tal vez de prolongar la agonía de Jerusalen, Vespasiano, habiendo sabido que las legiones de la Galia Bélgica acababan de rebelarse contra Neron y de proclamar á Galba por emperador, resolvió abandonar por algun tiempo la guerra judáica é hizo vela con su ejército hácia las costas de Italia para estar pronto á todo acontecimiento. La interrupcion de la guerra solo sirvió de aumentar los males de Jerusalen y de toda la Judea; porque los partidarios de Simon y de Juan Guiscala se trabaron y se destrozaban dentro de la misma Jerusalen. El hambre, los terremotos, las lúgubres y fatídicas lamentaciones de Jesús hijo de Ananías, ciertas voces misteriosas que salian de lo interior del templo, presagiaban la ruina del pueblo. Vespasiano, nombrado ya emperador despues de los pasajeros reinados de Galba, Oton y Vitelio (68), dió á su hijo Tito la órden de continuar con el mayor rigor el sitio de Jerusalen. Hallábase reunida á la sazon inmensa muchedumbre de Judíos que habian venido á la ciudad santa por las fiestas de Pascua, cuando Tito la invistió de una muralla de circunvalacion que hacia imposible toda comunicacion de la plaza sitiada con lo exterior. Por otra parte, la ciudad estaba además circunvalada de tres series

de murallas y protegida por vallejos profundos. Sin embargo los soldados romanos, animados con la presencia del hijo del emperador, lograron escalar el primer cerco de murallas. Cinco dias despues del principio del sitio, echaron por tierra el segundo cerco no sin mucho trabajo. Un escritor judío que se hallaba en el ejército de Tito, Flavio Josefo, fué enviado á los sitiados para que les persuadiera á rendirse; mas se le despidió llenándole de ultrajes y amargas reconvenciones. Entretanto era tan horrible el hambre en esta ciudad desventurada, que los habitantes recurrieron á medios los mas espantosos para proporcionarse algun alimento. Se desenterraban los muertos para hallar algun horrible y asqueroso manjar : una mujer, una madre degüella á su propio infante, le hace asar, come la mitad y presenta la otra á soldados hambrientos atraidos por el olor de este plato execrable. « Es hijo mio, les » dice, no seais mas enternecidos que una mujer ni mas com- » pasivos que una madre. » Al saber esto, declara Tito que tamaña atrocidad ha de quedar sepultada con las ruinas de Jerusalen. Entre los que habian podido escaparse de la ciudad, se halló uno que se habia tragado muchas piececitas de oro. Se esparció ese ruido en el campo de los sitiadores, y habiendo cogido dos mil fugitivos, los destriparon vivos y les arrancaron las entrañas por ver si hallaban monedas de oro. Por fin, se escaladó y asaltó el tercero y último cerco el 5 de julio del año 70; pero los sitiados, cada vez mas ciegos y obstinados, rehusaron rendirse y se refugiaron en el templo. Este magnífico edificio estaba fabricado como una verdadera fortaleza, defendido además por un cerco de murallas impenetrables. Tito habia ordenado que se conservase este monumento á toda costa. Pero un soldado llevado en hombros de sus camaradas, « é impelido, dice Josefo, por un movimiento sobre- » natural, » arrojó á lo interior del templo un tizon que hizo prender fuego que se declaró muy pronto en incendio. Fueron vanos todos los esfuerzos de Tito para apagar ó al menos cortar el incendio. Todos cuantos Judíos se hallaban en el templo quedaron ó abrasados ó pasados á cuchillo. El vencedor mandó

echar el arado por todas las ruinas de la ciudad, no dejando en pié sino tres torreones, Phasael, Hipico y Mariano. Habian perecido, segun relato de Josefo, en el sitio y toma de Jerusalen un millon y cien mil Judíos; se vendieron como esclavos los noventa y siete mil restantes. Juan de Guiscala fué condenado á prision perpetua, y Simon, cargado con cadenas, llevado á Roma y sirviendo como triunfo de Tito, y en seguida decapitado. Tal fué el desastroso fin del pueblo hebreo : templo, sacrificios, sacerdocio legal, distincion de tribus, todo, todo desapareció ante la espada de Tito, que se proclamaba á sí mismo el instrumento de las venganzas divinas (20 de agosto del año 70). Los cristianos, bajo la direccion de su obispo san Simeon, sucesor de Santiago, se volvieron á habitar sobre las ruinas de Jerusalen : un gran número de Judíos, convencidos en fin por el cumplimiento tan terrible de las profecías, abrieron los ojos á la luz de la fe.

14. Mientras tanto san Lino, despues de un pontificado de doce años, murió en Roma el año 78 : los mas antiguos monumentos le dan el título de mártir; y ya hemos hecho observar que era uso de los primeros siglos dar ese título á los que habian padecido por la fe aun cuando no hubieran perecido en los tormentos. El *Libro pontifical* atribuye á san Lino un decreto que prohibe á las mujeres entrar sin velo en las asambleas de los fieles.

§ III. PONTIFICADO DE SAN CLETO Ó ANACLETO (78-91).

15. La sucesion de los Papas ofrece aquí una dificultad histórica que ha dado lugar á numerosas disputas. ¿San Cleto es ó no diferente de san Anacleto? Los críticos se han dividido en este punto. Las sabias investigaciones de los PP. Lazzari y Papebroquio han resuelto en fin la cuestion adoptando el sistema de identidad de ambos nombres en la persona de un solo pontífice. Segun esta opinion, generalmente seguida, Cleto, elegido para suceder á san Lino en el año 78, se halló comprendido en una órden de destierro contra los cristianos dada

en tiempo de Vespasiano por el gobernador de Roma. Vuelto á su capital en el reinado de Tito, este pontífice tomó el nombre de Anacleto, ó *iterum Cletus*. Así se concilia la autoridad de los antiguos Padres y catálogos que llaman á este papa ya Cleto, ya Anacleto. Asoló á Roma una peste desde el año primero de su pontificado (78). Los cristianos dieron muestras públicas de su caridad y celo, cuidando y asistiendo á los apestados abandonados por los paganos en las calles. No habia entonces persecucion abierta ó declarada contra los fieles; pero los magistrados los maltrataban á man salva y sabian fomentar ocasiones y pretextos para prenderlos y aun hacerlos llevar á los patíbulos. Así es como san Apolinar, primer obispo de Ravena, padeció martirio el 23 de enero de 79. Vespasiano no hubiera querido manchar su nombre con edictos sanguinarios; porque, misericordioso y clemente, no estaba sobrado entusiasmado con la idolatría; y su expresion última en la cercanía de la muerte fué como una mofa contra las apoteosis. « ¡Vaya! » héme aquí pronto hecho Dios » (24 de junio de 79). Tito, su hijo, el vencedor de Jerusalen, le sucedió, y por un reinado desgraciadamente corto, pero muy bueno, mereció se le llamase *las delicias del género humano*.

16. Mientras tanto el Evangelio recorria todas las comarcas del mundo. Las Galias, esta tierra abierta á los Apóstoles por las mismas armas de César, vieron arribar á sus principales ciudades los mensajeros del Evangelio : san Gatien á Tours, san Trofimo á Arles, san Pablo á Narbona, san Saturnino á Tolosa, san Dionisio á París, san Austremonio á Clermont de la Auvernia, san Marcial á Limoges, etc., etc. Aunque estén envueltas en oscuridad esas nacientes cristiandades, con todo el recuerdo tradicional de los pueblos y los formales testimonios de san Ireneo y Tertuliano, que hablan de las iglesias de las Galias existentes en su tiempo, es decir, en el siglo segundo, no permiten dudar del establecimiento del cristianismo en las Galias mucho antes del siglo tercero [1]. La Germania veia al mismo

(1) Baronio, Mabillon, Pagi, Natal Alejandro, Mamachio y los mas sabios cri-

tiempo á san Materno fundar la iglesia de Estrasburgo y tal vez la de Colonia, san Clemente la de Metz, san Eucherio la de Tréveris, san Crescencio la de Maguncia. La España contaba tambien, segun el mismo Tertuliano, cristiandades muy florecientes (1). La Iglesia, apenas transcurridos cincuenta años despues de la ascension del Salvador, habia conquistado ya y merecido su título de católica y tenia representantes suyos en todo el universo. Pero acababa de suceder al buen Tito su hermano Domiciano (13 de setiembre de 81), que casi hizo sentir la muerte de Neron, cuya crueldad igualó si no excedió, y á la cual añadia la rabia y aun la demencia. Su primer acto fué desterrar á todos los *filósofos* de Italia. Bajo de este nombre fueron perseguidos tambien los cristianos, y el papa san Anacleto padeció el martirio en Roma, año de 91. Habia instituido veinticinco sacerdotes para llenar el ministerio pastoral en los diferentes barrios de Roma.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CLEMENTE I (91-100).

17. San Clemente I, sucesor de Anacleto, era romano y discípulo de san Pedro. San Pablo hace mencion de él con elogio en su epístola á los Filipenses (IV, 3): « Os ruego, á vos que » habeis sido el fiel compañero de mis trabajos, asistais á los que » han trabajado conmigo en el establecimiento del Evangelio, » así como á Clemente y los demás por quienes he sido ayu-

ticos modernos han refutado la opinion que acerca de este particular han emitido algunos escritores de los siglos XVII y XVIII.

(1) No queda duda alguna, desde que se han podido recoger antiguos manuscritos auténticos, y comparar críticamente las memorias y tradiciones de los primeros siglos de la Iglesia, de que en toda España habia sillas episcopales : las iglesias de Tarragona, Braga y Zaragoza se disputan la fundacion inmediata por el mismo Santiago el mayor. De todos modos, estas sillas fueron instituidas desde los tiempos apostólicos mismos, y muy probablemente las tres sobredichas iglesias, con alguna probabilidad, Toledo, fueron gobernadas por discípulos mismos de Santiago : á pesar de que la última venera á san Eugenio, discípulo de Dionisio Areopagita, por su primer obispo. Hasta se señala como uno de los primeros obispos de Zaragoza á san Atanasio, discípulo de Santiago el mayor; aunque se duda que ese nombre se haya conservado mal escrito, por su orígen griego. (El Traductor.)

» dado en mi ministerio, y cuyos nombres están escritos en el » libro de vida. » El primer cuidado del nuevo pontífice fué instituir en Roma siete notarios encargados de recoger las actas de los mártires y registrarlas en los fastos de la Iglesia, de donde ha procedido la institucion de los protonotarios apostólicos participantes, que llegaron á fijarse al número de doce por Sixto V. La iglesia de Corinto estaba á la sazon perturbaba por un escaso número de fieles, envidiosos de la buena fama de algunos sacerdotes virtuosos á quienes habian depuesto de su dignidad. Fué traida en apelacion la causa para ante Clemente I, quien acerca de este incidente escribió dos cartas á los Corintios, alabadas por toda la antigüedad cristiana y que se leian públicamente un siglo mas tarde en las asambleas de los fieles : solo nos queda hoy un fragmento de la segunda. La primera, que creian perdida los eruditos, fué publicada casi toda en el último siglo en Oxford por Patricio Junio, escocés, sacada de un antiguo manuscrito del rey de Inglaterra, que remonta á la época del primer concilio de Nicea : está generalmente admitida la autenticidad de este documento. San Clemente habla con la autoridad que recibió de la silla de san Pedro, y decide la cuestion como supremo juez, anunciando además á los Corintios que les envia cinco legados, Claudio, Efebo, Valerio, Viton y Fortunato, encargados de remitirles esta carta y de procurar el restablecimiento de la concordia personándose ellos mismos en la ciudad. A medida que la Iglesia ensanchaba el círculo de sus conquistas, el error parecia seguir tambien una marcha paralela como para detener ó entorpecer los progresos del Evangelio. Las herejías de esta época salian unas del espirante judaismo, otras de los esfuerzos del paganismo para defenderse. Despues de la ruina de Jerusalen, los cristianos nacidos Judíos, que estaban aun apegadísimos á las formas de la religion mosáica, se dividieron en tres sectas : Ebionitas, Nazarenos, y Cerintianos.

18. Los Ebionitas, secuaces del judío estóico Ebion, daban al judaismo la preeminencia en sus doctrinas : consideraban como obligatorias todas las ceremonias de la ley, y pretendian

probar que Jesucristo solo era un hombre, nacido de José y de María : trataban de apóstata á san Pablo, porque demuestra en todos sus escritos que Jesús era Dios. Por la misma razon desechaban los Evangelios excepto el de san Mateo, porque no veian en ellos testimonios tan formales del dogma que combatian. — Los Nazarenos, al contrario, reconocian la divinidad del Salvador, pero mezclaban en su historia varios errores sacados de un evangelio apócrifo que habian adoptado con exclusion de los demás : solo suponian viva la obligacion de la ley mosáica para los Judíos convertidos. — La doctrina de Cerinto, judío de Antioquía, participaba á la vez de estas dos. Como los Ebionitas, miraba indispensable para todos la obligacion de someterse á los preceptos de la ley mosáica; pero, como los Nazarenos, confesaba que Jesucristo era hijo de Dios, mas solo despues de su bautismo por san Juan en las aguas del Jordan : pero antes solo era un hombre, nacido, como decian los Ebionitas, de José y de María. En el momento de la Pasion, el Cristo, el Hijo de Dios se habia vuelto al seno de su Padre, y solo habia quedado en la tierra el hombre para padecer, morir y resucitar. Por otra parte, la filosofía pagana trataba cómo mezclarse con las verdades de la fe para quitarles el carácter de revelacion divina. Los *Docetes* del vocablo griego Δοκέω, *parecer,* destruian la humanidad de Cristo, pretendiendo no darle sino un cuerpo aparente; y que por consiguiente toda su vida habia sido una ilusion misteriosa, no presentando á los hombres sino exterioridades fantásticas. Hácia la misma época, Menandro, discípulo de Simon Mago, intentó amalgamar la doctrina del Evangelio con el sistema de los Platónicos sobre la creacion del mundo. Enseñaba que Dios, inteligencia suprema, habia dado el ser á gran número de genios inferiores que habian formado el mundo y el género humano : en su sistema, Jesucristo no era Dios, sino un enviado de los genios buenos : idea que mas tarde habian de desarrollar los Gnósticos en sus genealogías de Eones. Paralelamente á todos estos delirios de la impiedad, varios escritores católicos consolaban á la Iglesia con sus talentos y celo. El libro del *Pastor,* por Hermas,

apareció en esta época: bajo la graciosa alegoría de las ovejas que conduce el pastor á pastos abundantes, el autor describe la vida espiritual de gracia y santidad de los primeros cristianos. San Juan, de edad de mas de noventa años, escribia su Evangelio para refutar á Ebion y á Cerinto, que negaban la divinidad de Cristo y la realidad de su carne. Tenian igual objeto sus tres epístolas.

19. Estalló de improviso en medio de estas luchas pacíficas la segunda persecucion general. Bajo el imperio de Domiciano la virtud era un crímen irremisible; y no era de extrañar que los cristianos tuviesen derecho á la furia del tirano. En el año 95 fué remitido á todas las provincias un edicto imperial para que fuesen tratados los fieles como enemigos declarados del Estado. La primera víctima fué, en Roma, Flavio Clemente, primo hermano del emperador y su cólega en el consulado. Apenas hubo resignado los *haces*, insignia de su dignidad, cuando por órden de Domiciano fué condenado á muerte. Flavia Domitila, su esposa, fué desterrada por la misma causa que su esposo; y otra Flavia Domitila, madre de Flavio Clemente, fué tambien confinada á la isla de Poncia; y es venerada como mártir con los santos Nereo y Aquileo, sus eunucos. San Juan se hallaba á la sazon en Roma, y fué echado en una gran caldera de aceite hirviendo, de la que por milagro salió ileso. Domiciano le envió entonces á la isla de Patmos, en donde escribió el Apocalipsis, segun una vision por la cual el Señor le reveló el porvenir de la Iglesia y el mundo bajo símbolos misteriosos. San Andrés padeció tambien martirio en la Acaya: fué clavado, cabeza abajo, en una cruz en forma de aspa. La muerte de Domiciano (96) y el advenimiento de Nerva al trono restituyeron la paz á la Iglesia, y san Juan fué puesto en libertad: este santo regresó á Éfeso, desde donde continuaba á presidir al gobierno de los cristianos del Asia. A esta misma época pertenece la sentimental historia que nos cuenta san Clemente de Alejandría, de un jóven que habia dejado san Juan cuando se fué á Roma, y encomendado á un obispo de Asia para que le educara é instruyera en la religion. De

regreso de su destierro á Patmos, tiene noticias el apóstol de que ese jóven habia abandonado á Dios y se habia juntado á una gavilla de malhechores. A pesar de su extremada vejez, san Juan se hace conducir á la montaña en donde se albergaban esos malhechores. Logra estrechar en sus brazos al jóven descarriado, besa sus manos criminales, le asegura el perdon si quiere arrepentirse y lo vuelve á Éfeso despues de haberlo reconciliado con Dios, con la Iglesia y con los hombres. El santo apóstol, celoso en conservar intacto el depósito de la fe, depuso á un sacerdote convencido de haber publicado un escrito apócrifo de los *Actos de san Pablo*. El santo Evangelista se hallaba encendido de la mas sublime caridad : « *Amaos* » *unos á otros*, repetia frecuentemente á sus discípulos; *este* » *precepto encierra toda la ley:* » su vida entera no fué sino una continua aplicacion de este principio que habia bebido á los pechos de su divino Maestro. Murió á una edad muy avanzada (año 100); y fué el solo entre los Apóstoles que no acabó su vida en el martirio.

San Pedro y san Pablo habian derramado su sangre por Jesucristo en Roma; Santiago el menor habia sido martirizado en Jerusalen en un motin popular; san Bartolomé habia sido desollado vivo en la Armenia; santo Tomás habia padecido el martirio en las Indias orientales; san Mateo en Persia; san Andrés en la Acaya; san Judas en la Mesopotamia; san Simon en la Libia; san Felipe en la Frigia; Santiago el mayor habia sido martirizado por Herodes Agripa en Jerusalen; san Matías fué martirizado en la Cólchida; y así todos los Apóstoles, á excepcion de solo uno, habian regado con su sangre los fundamentos de la Iglesia. El papa san Clemente I, libre en la persecucion de Domiciano, fué desterrado en el año mismo del advenimiento de Trajano al imperio (año 100) : la Iglesia le venera como mártir, pero la historia no ha conservado los detalles de su muerte.

CAPITULO III.

SUMARIO.

1. Importancia del estudio del primer siglo. — 2. Doctrina y enseñanza de la Iglesia. Carácter de autoridad. — 3. Carácter de sencillez. — 4. Milagros; confirmacion de la doctrina. — 5. Tradicion. — 6. Sagrada Escritura. Nuevo Testamento. — 7. Evangelio. — 8. Figuras de los cuatro Evangelistas. — 9. Actos de los Apóstoles. — 10. Epístolas de san Pablo. — 11. Epístolas de Santiago el menor, de san Pedro, de san Juan y de san Judas. — 12. Apocalipsis. — 13. Principales puntos de doctrina contenidos en el nuevo Testamento. — 14. Gobierno de la Iglesia. Autoridad de la Silla apostólica. — 15. Obispado. — 16. Sacerdocio. Diaconado. Órdenes religiosas. Celibato de los clérigos. Diaconisas. — 17. Disciplina. — 18. Culto. — 19. Conclusion.

1. El siglo primero presenta en gérmen el espectáculo de las instituciones que habian de irse desarrollando mas tarde en el seno de la Iglesia. A diferencia de las sociedades humanas, la Iglesia no tenia que esperar del tiempo ninguna perfeccion : su constitucion, establecida por un Dios, ofrecia desde su orígen los mismos elementos cuya riqueza y fecundidad ha hecho conocer la historia, mostrándola *á la obra* en el mundo. Así es que el estudio de este siglo es uno de los mas importantes, por cuanto se ve que todos los dogmas atacados por la herejía, así como todas las instituciones calumniadas por el error, encuentran una confirmacion inequívoca y brillante en la enseñanza y tradiciones apostólicas. Para poner algun órden en este grave asunto, lo dividiremos en cuatro puntos capitales : doctrina y enseñanza de la Iglesia, su gobierno, su disciplina y su culto.

§ I. DOCTRINA Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.

2. El primer carácter de la doctrina apostólica es la *autoridad enseñante,* de que forzosamente tenian que estar revestidos

testigos oculares, instruidos boca á boca por el Salvador mismo, y formando así ellos solos el lazo, el enlace entre la palabra divina y la fe de las edades venideras.

3. De este principio de autoridad nacia naturalmente el carácter de sencillez en su doctrina. La exponian á la faz del judaismo y de la filosofía pagana, sin esos recursos de elocuencia, sin esos artificios del humano lenguaje, pero con esa fuerza de conviccion que llevan consigo los hechos conocidos, recientes é incontestables : porque no convendria atribuir esta sencillez divina exclusivamente al carácter de los Apóstoles, hombres sin letras ; sino que dicha sencillez entraba en los designios de la Providencia, que queria proporcionar la doctrina del Evangelio á la inteligencia de los pequeños y flacos, por los cuales comenzó el cristianismo sus conquistas en el mundo. Por manera que no es leve ni ligera prueba de la divinidad de la Iglesia el ver cómo la sencillez de los Apóstoles, que debiera haber sido el primero y mayor obstáculo á sus progresos, ha sido muy al contrario la causa mas influyente de sus triunfos.

4. La enseñanza de los Apóstoles adquiria fuerza y energía sobrenatural por lo estupendo de los milagros que la acompañaban. Ya hemos visto como hasta la sola sombra de san Pedro curaba los enfermos, que su limosna era dar la salud á los achacosos, el oido á los sordos, la luz á los ciegos. Conforme al tenor de las palabras del Salvador, sus discípulos obraban mas milagros que él mismo. Así es que en el primer siglo de la Iglesia, la virtud de los milagros, cuyo estupendo privilegio ha conservado y conserva aun exclusivamente la Iglesia católica, se reproducia en infinitas personas y casos como medio de confirmar una doctrina tan maravillosa por sí misma, que ha podido muy bien decirse que el milagro mas increible seria el que el universo se hubiese convertido á la fe sin milagros.

5. Esta doctrina se transmitia por enseñanza oral de los Apóstoles á los discípulos, porque Jesucristo no habia escrito, como Moisés, su legislacion. La nueva alianza tenia que ser grabada en los corazones por caridad antes de ser escrita en libros. La tradicion, por otra parte, tenia los mismos caractéres de auto-

ridad, de verdad y de revelacion divina que la sagrada Escritura. Suponer lo contrario seria negar á los Apóstoles una prerogativa que han reconocido unánimemente todos los siglos cristianos : porque, en verdad, la Iglesia no hubiera sido posible, si la doctrina de los hombres escogidos por Dios para fundarla no hubiera presentado garantías de infalibilidad. Es pues un error capital el menospreciar la enseñanza tradicional y solo admitir la autoridad de la Escritura para resolver todas las cuestiones de dogma, moral, culto y disciplina. Muchedumbre de reglas especiales, de prescripciones relativas á la vida de los primeros cristianos, á las nacientes instituciones, á las ceremonias exteriores que acompañaban á la celebracion de los sagrados misterios, á los ritos y usos para administrar los sacramentos, nada de esto, decimos, se hallaba escrito. Los Apóstoles, conforme á la palabra de su divino Maestro, recorrian el mundo, no componiendo tratados como los filósofos, ni disputando como los sofistas y retóricos, sino enseñando con autoridad. La gracia traia á sus piés almas subyugadas por una fuerza sobrenatural; y despues de haber expuesto los puntos principales de fe á los nuevos cristianos, los fieles eran bautizados, admitidos á la comunion del cuerpo y sangre de Cristo : y mas tarde la imposicion de manos episcopales les conferia el sacramento de la confirmacion, y en este el Espíritu Santo. Hecho esto, el Apóstol los dejaba para ir volando á otras conquistas.

6. Mas cuando los cristianos se fueron multiplicando, y se hubieron fundado iglesias, los Apóstoles, á pesar de la activa fecundidad de su celo, no bastaban á repartir de viva voz el pan de la divina palabra á la turba innumerable de discípulos. Pero andando el tiempo, acontecia que doctrinas peregrinas amenazaban alterar el depósito de la tradicion, y era necesario combatirlas : los Judíos y Gentiles, igualmente enemigos de la fe cristiana, buscaban cómo socavar los fundamentos de ella, y era necesario refutarlos. Desde entonces se hizo indispensasable fijar en un cuerpo de monumentos escritos la verdadera doctrina. El nuevo Testamento, palabra inspirada por el Espí-

ritu Santo á los escritores sagrados, infalible como el antiguo, salió sucesivamente de la pluma de los Apóstoles y Evangelistas.

7. Jamás se le ofrecieron á la humana expresion verdades mas sublimes que exponer, y la palabra divina pasando por boca de hombres no se revistió nunca de un carácter de sencillez mas marcado. El Evangelio no solo es un relato de acciones maravillosas de un Dios descendido á la tierra y morando entre los hombres; es además un código de leyes que ha regenerado al mundo, y fuera del cual no hay salvacion para el individuo, ni reposo para la sociedad; es una exposicion clara y concisa de dogmas religiosos, cuya elevacion habia sobrepujado la inteligencia de los mas famosos filósofos de la antigüedad; es un conjunto de preceptos morales tan perfecto, que es imposible concebir idea de una virtud mas eminente, y con todo de tal modo proporcionada á todas las necesidades del hombre, que dicha virtud ha llegado á hacerse popular entre los discípulos del Evangelio. Solo á este divino libro estaba reservado levantar hasta el heroismo de la santidad millares de vírgenes, de confesores, de mártires de toda condicion, edad y sexo, en todos los siglos, en todos los países del mundo. No se hallan, en verdad, en él esas formas ordinarias de los humanos razonamientos, ni ese método científico de los moralistas y oradores; pero cada palabra suya es una revelacion sorprendente de la divinidad. Se ve á cada página como se inclinan la autoridad mas elevada y la potencia mas misericordiosa hasta acomodarse á la mezquina inteligencia del hombre, hasta su corazon estrecho.

8. Los Padres de los primeros siglos, seguidos despues por todos los doctores, han comparado los cuatro Evangelistas á los cuatro seres inmóbiles que en la vision de Ezequiel forman el carro de Dios.

El Hombre ha parecido emblema de san Mateo, que principia el relato por la genealogía humana de Cristo; *el Leon*, emblema de san Marcos, que comienza por « la voz que clama en » el desierto; » *el Buey*, animal de sacrificio, emblema de san

Lucas, que principia por el sacrificio de Zacarías; y en fin, *el Águila*, cuyo vuelo es sublime y cuya vista penetrantísima, es el emblema de san Juan, cuyo atrevido vuelo se remonta mas allá de las criaturas, y cuya vista penetra impertérrita hasta en el mismo seno de la divinidad.

9. Los Actos de los Apóstoles fueron escritos en Roma por san Lucas dos años despues de haber establecido san Pedro su silla en esta capital y héchola así centro de la catolicidad. Contienen la historia de los primeros años de la Iglesia, la relacion de los viajes y trabajos de los Apóstoles, y en particular de san Pablo, cuyo compañero habia sido san Lucas por algun tiempo : solo alcanzan hasta la llegada de san Pablo á Roma, en donde habia de ser juzgado en virtud de su apelacion al César.

10. Las catorce epístolas de san Pablo dirigidas á las diferentes cristiandades de Roma, Jerusalen, Asia y Acaya, se hallan á la seguida de los Actos de los Apóstoles, en el catálogo de los libros canónicos formado por la Iglesia, no por indicar una supremacía de hecho ó de derecho sobre san Pedro, cuyas epístolas solo están en tercer rango, sino á causa de su número, de su excelencia y de la importancia de los asuntos de que tratan. Su sublimidad debia de confundir á toda elocuencia, á toda razon humana. Estaban dirigidas á muchos neófitos recientemente convertidos de las tinieblas del paganismo á la luz admirable de la fe y destinadas á servir de alimento espiritual de los aun niños, de leche de doctrina que se habia de dar á flacos y pequeños : lo que no ha impedido el que los mayores ingenios, desde san Juan Crisóstomo hasta Bossuet, hayan encontrado en la teología de san Pablo una fuente inagotable de fecundas inspiraciones y de lecciones sublimes.

11. Ya hemos hablado de la epístola de Santiago á toda la catolicidad. Sigue inmediatamente á las de san Pablo en el órden de los libros canónicos del nuevo Testamento. Este monumento del celo y caridad del santo obispo de Jerusalen es tanto mas precioso, cuanto que solo entre los libros inspirados hace mencion expresa del sacramento de la Extremauncion

(cap. v, 14); pasaje que la tradicion católica ha interpretado siempre en este sentido. Por otra parte, los herejes se han esforzado en alterar el texto tan claro y positivo del Apóstol, y aun muchos lo han suprimido : así es que no se encuentra en ninguna de las Biblias publicadas por las sociedades de propaganda protestante. Las dos epístolas de san Pedro, tres de san Juan y la católica de san Judas completan la serie de cartas escritas por los Apóstoles á las iglesias que habian evangelizado. Recibidas con el respeto debido á la palabra de Dios mismo; leidas en las asambleas de los santos antes de la celebracion de los sagrados misterios; conservadas por los obispos ó sacerdotes que presidian á la reunion de los fieles; comunicadas á las cristiandades diferentes, se fueron transmitiendo como un depósito sagrado. Se habian pronunciado penas muy severas contra los que alterasen el texto ó desnaturalizasen su sentido : así es que los primeros cristianos, por su extremada y cautelosa solicitud, han garantido á todas luces la integridad y pureza de esos santos escritos. La vigilancia con que condenaban toda interpretacion privada confirma la certidumbre de la tradicion que nos ha conservado, por conducto de los Padres y doctores, en la Iglesia católica el verdadero espíritu y la sana inteligencia de dichas epístolas.

12. Finalmente, el Apocalipsis de san Juan cierra la lista de las sagradas Escrituras. Con esa vista de águila, que atravesando la historia del porvenir penetra hasta las puertas de la eternidad, se halla completado el conjunto de los Libros sagrados de un modo maravilloso. En el antiguo Testamento, cuatro mil años de esperanza forman esa inmensa avenida que va conduciéndonos hasta Cristo : en el Apocalipsis el mundo va continuando desde Jesucristo redentor hasta Jesucristo juez supremo, gloria de los escogidos y terror de los réprobos : no habrá punto de parada entre estos dos advenimientos, porque no ha de haber dos redenciones. El designio del Apocalipsis es, en general, descubrirnos la grande obra de Dios, cuya justicia ejerce terribles castigos sobre los enemigos de su Iglesia, y la hace triunfar no solamente en el cielo, en

donde prepara gloria inmortal á sus mártires, sino aun en la tierra, en donde la establece con todo el brillo que le tenia prometido por los Profetas. Hay dos maneras de explicar este misterioso libro : la una general, cuyo plan ha trazado san Agustin en su inmortal libro de la Ciudad de Dios. Esta explicacion consiste en considerar en la historia dos imperios, mezclados cuanto á los cuerpos, pero separados y opuestos cuanto al espíritu : el uno, el imperio de Babilonia, que significa confusion y guerra; el otro el de Jerusalen, que significa la paz : el uno es este mundo, el otro la Iglesia, mas la Iglesia considerada en su mas elevada condicion, esto es, en los santos, en los escogidos. El reino de Satanás allí, y aquí el de Jesús : allí, el reino de la impiedad y del orgullo; aquí la verdad, la religion : allá, el gozo que ha de mudarse en lamento eterno; acá los padecimientos que han de dar por fruto consuelo eterno. Veráse el mundo vencido en todos encuentros, y Jesús triunfante; y con esta brújula se encontrará la justa interpretacion de esta divina profecía. Podremos estar seguros de que siguiendo la regla de san Agustin habremos hallado en cierto modo la intencion del Espíritu Santo, pues que habiendo previsto este divino Espíritu desde la eternidad todos los sentidos que puedan atribuirse á la Escritura, ha aprobado siempre los que sean buenos y muevan á edificacion de los hijos de Dios (Bossuet, *Explicacion del Apocal.*).

El segundo modo de explicar el Apocalipsis es por manera de historia, y consiste en la aplicacion de los símbolos descritos por san Juan á los particulares acontecimientos. « Este » libro, dice san Dionisio de Alejandría, encierra una inteli» gencia admirable, pero recóndita, de lo que sucede cada » dia. » Exceptuando algunos rasgos mas notables, cuyo sentido verdadero nos ha legado la constante tradicion de la antigüedad cristiana, tales como la aplicacion á Roma de los caractéres atribuidos por san Juan á Babilonia, el resto de esta vision se pliega á los mas variados sistemas de interpretacion. La Iglesia no se ha pronunciado acerca de esto sino cuando ha visto atacarse la ortodoxia; por manera que en vista de tantos

y tan eruditos comentarios como se han publicado, conserva aun toda su fuerza la profunda expresion de san Jerónimo « que el Apocalipsis ofrece tantos misterios como tiene pala- » bras. »

13. Fueron recibidos estos monumentos de los siglos apostólicos desde su orígen con el respeto debido á la palabra de Dios : se les halla citados en el *Pastor de Hermas*, en las *Epístolas de san Clemente*, y en la carta á *Diognete*. Los herejes por su lado trataron de alterar estos textos sagrados, ó de hacer adoptar bajo el nombre de los Apóstoles evangelios apócrifos, tales como el *Evangelio de la Infancia*, el *Protoevangelio* atribuido á Santiago, etc.; pero sus conatos para corromper la doctrina apostólica en su fuente no han logrado sino hacer mas importante la conservacion de los libros del nuevo Testamento, tales como los reconocia la Iglesia, puros de toda corruptela.— Los libros sagrados y los escritos de los Padres apostólicos que poseemos, no forman un conjunto en el que estén expuestos los dogmas cristianos de un modo didáctico; encierran mas bien la historia y la moral. La ley del secreto, guardada inviolablemente á la faz del paganismo ó del judaismo, explica suficientemente la reserva de los autores eclesiásticos. El protestantismo ha querido sacar de su silencio conclusiones hostiles á todos los puntos dogmáticos ó disciplinales que no se hallen explícitamente consignados en estos testimonios; cuyo argumento se apoya en un error histórico muy capital. El protestantismo ha querido proceder como si el establecimiento de la religion se hubiera hecho en el primer siglo por la enseñanza escrita; cuando lo contrario es lo verdadero. El método oral ó la tradicion de la verdad por la palabra, de viva voz y sin mediadores; hé aquí el carácter que resalta en la enseñanza apostólica. Tal es el orígen sagrado de esta tradicion, que principiando en el Salvador va prosiguiendo su carrera al través de las persecuciones y herejías, siempre inmutable y respetada. La tradicion completa la enseñanza escrita, y el texto sagrado confirma la tradicion; pero no es posible separar una de otra; no es dable socavar los fundamentos de una de estas

dos columnas sin hacer que se desmorone el edificio todo. « Cuando oimos á los santos Padres del siglo undécimo pro» clamar desde luego como artículo fundamental y preliminar » la existencia de la tradicion oral, de esta transmision secreta « de la doctrina; cuando se les oye sentar como regla de fe » esta tradicion en la institucion de las iglesias; cuando vemos » á los santos Padres subsecuentes, hasta su completa manifes» tacion, complacerse en reconocer esa existencia y autoridad » suprema, y apelando en último resorte á esta tradicion, á la » enseñanza comun, á los escritos de los Padres anteriores, no » se concibe cómo haya osado negarla aun la mala fe misma » (BLANC, *Curso de historia ecles.* (passim). — Si deseamos en vista de esto examinar en detalle los puntos particulares del dogma, consignados acá y acullá en los pasajes diversos de los escritores sagrados y autores apostólicos, hallaremos en ellos casi todo el conjunto de la teología católica : 1°. La razon de la existencia, la raíz del cristianismo, en la historia del pueblo hebreo que no ha sido sino la promesa continua y perenne, la profecía, la figura del cristianismo; y por consiguiente hallaremos el misterio de la Redencion apoyado en el dogma del pecado original, y el Adan nuevo del Testamento de amor rehabilitando al Adan primero de la ley de terror; 2°. la separacion, la distincion bien precisa y marcada entre la ley de Cristo y la de Moisés; la extension del reino de Dios á todos los pueblos, la difusion de la verdad, hasta entonces limitada á una nacion privilegiada, á todas las del mundo; el Decálogo ó ley moral de los Judíos hecho código del universo, en tanto que las ceremonias, ritos particulares y observancias legales de Moisés han perdido ya su fuerza legal; 3°. proclamada y reconocida la inspiracion divina de las Escrituras; 4°. puesta en ejercicio la jerarquía eclesiástica, representada en sus órdenes principales; san Pedro tomando el primero y llevando la palabra en el concilio de Jerusalen, los obispos puestos por los Apóstoles al frente de las nuevas cristiandades, los presbíteros y los diáconos; 5°. los tres misterios fundamentales del dogma católico : la Trinidad, la Encarnacion, la divinidad de Jesu-

cristo y su humanidad: la Redencion ó satisfaccion de Cristo y su gracia, que es el fruto de la Redencion; 6°. los sacramentos, canales de la gracia, fuente de vida y regeneracion espiritual; 7°. la moral, cuyas nociones son las mismas que hoy; pues que podemos tomar de los Padres apostólicos y de los escritores de su siglo sus expresiones mismas para exhortar á las buenas obras, á la penitencia, al ayuno, al retiro, á la oracion. — Esta doctrina, como es de ver, es el orígen de la Iglesia tal como se conservará hasta el fin de los siglos. La necesidad continua de polémicas contra las herejías y errores la irán desarrollando sucesivamente para cada punto en particular de la doctrina; pero los Papas y los concilios, al definir cada dogma, no harán sino apoyarse en la tradicion venida directamente de los Apóstoles.

§ II. GOBIERNO DE LA IGLESIA.

14. La integridad de la doctrina y del depósito de las tradiciones tenia que estar garantizada por una forma de gobierno regular. El primer siglo de la Iglesia, siglo de apostolado durante el cual los primeros ministros del Evangelio se dispersaban por todas las comarcas del mundo para predicarles el nombre de Cristo, no podia presentar bajo el punto de vista jerárquico sino elementos que debian de constituirse mas adelante de un modo definitivo, así que el mundo fuese ya cristiano. Pero estos elementos bastan para asentar los principios actualmente en vigor en el gobierno de la Iglesia. — La primacía de san Pedro, cabeza de los Apóstoles, resulta claramente de los hechos mismos : porque él es quien preside en la eleccion de Matías, él es quien el primero predica á los Judíos, él es á quien san Pablo fué á ver y á *estudiar*, como dice Bossuet; él es quien preside en el concilio de Jerusalen y quien promulga su decision; él es quien proclama el misterio de la vocacion de los Gentiles, escándalo para el judaismo; él es quien funda en Antioquía esta villa patriarcal, la primera en el Oriente por haberla regido san Pedro; él es quien vino á

plantar la cruz en Roma, capital del universo, centro de la catolicidad; él es quien desde allí envia á su discípulo san Marcos á constituir la iglesia de Alejandria, que por esta razon quedó hecha silla patriarcal, en memoria de Pedro que la ha fundado por medio de su enviado. Estas señales inequívocas de honor, estas singulares prerogativas serian inexplicables si no se reconociese el principio de la primacía del pontificado, legítimamente ejercido y unánimemente reconocido, en la persona de Pedro, por los demás Apóstoles. Ninguna ventaja personal atribuia mas particularmente estas distinciones á Pedro que á cualquiera otro apóstol. San Juan ¿no era acaso el *discípulo amado* de Jesús, á quien muriendo le encomendó á su Madre? Y sin embargo no es san Juan quien preside, ni quien lleva la voz, ni quien promulga la decision. San Pablo ¿no era acaso, por lo maravilloso de su conversion, por el brillo de su elocuencia, por la profundidad y sublimidad de la doctrina, mas especialmente designado á la veneracion de los fieles? Y sin embargo él es quien va á buscar á Pedro para darle cuenta de su apostolado. El hecho mismo de la discusion famosa ocurrida entre estos dos apóstoles, ¿no suponia que pertenecia á Pedro el tener que acudir á él en las cuestiones de dogma y de disciplina para tomar una decision? — La sentencia de Jesucristo: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, era pues interpretada en el primer siglo como se entiende hoy dia: en esta sentencia se veia asentada la supremacia en el pontificado, y la unidad en la autoridad. El primado de san Pedro existia y se ejercia, aunque bajo la forma mas paternal, tal como lo demandaba el estado de la Iglesia en sus principios.

15. Los obispos se hallan en el segundo rango de la jerarquía. La eleccion de san Matías al apostolado sirvió por mucho tiempo de modelo en toda la Iglesia para la designacion y eleccion de obispos. Cuando los sufragios se hallaban igualmente distribuidos entre sugetos dignos, bajo este título, de tal honor, se recurria á la suerte como por dejar á Dios la decision: los obispos eran tambien elegidos por la asamblea del clero y

de los fieles, consagrados despues por otros obispos. Es muy de notar que todos los obispos de los primeros siglos fueron inscritos en el catálogo de los santos. La herencia de la virtud parecia transmitirse como la de la dignidad episcopal; el ejemplo venia de la silla de Roma, en donde, hasta el año 500, solo se encuentran tres ó cuatro papas que no hayan sido venerados como santos. Así es que el emperador Alejandro Severo, en el segundo siglo proponia el ejemplo de los cristianos para mostrar cuánta rigidez debia emplearse en la eleccion de oficiales públicos. El obispo era elegido en presencia del pueblo por los obispos de la provincia reunidos en la iglesia vacante, á lo menos en número de dos ó tres, porque en aquel tiempo era muy difícil celebrar grandes concilios excepto en los intervalos de las persecuciones, y algunas veces las sillas de las iglesias estaban vacantes largo tiempo. Era juzgada como necesaria la presencia del pueblo á fin de que persuadidos todos de las prendas del elegido le obedeciesen mas gustosos (Fleury, *Costumbres de los cristianos*). San Pablo habia dado una ley de no elevar á la dignidad episcopal á los neófitos, para no exponer el gobierno de la Iglesia á la dominacion orgullosa de un ambicioso, y el depósito de la tradicion á la ciencia insuficiente de un nuevo cristiano. El obispo era en efecto juez y padre de los cristianos en el primer siglo: terminaba con sus decisiones los pleitos que pudieran tener entre sí: tomaba á su cargo á los pobres, viudas, huérfanos, y presidia á la distribucion de las limosnas que la caridad de los fieles ponia á su disposicion. Se hallan frecuentemente nombradas estas limosnas en las epístolas de san Pablo bajo el nombre de *colectas*. Pertenecia tambien á los obispos la predicacion: el ministerio de la palabra fué durante mucho tiempo privilegio suyo casi exclusivo, y aun en el cuarto siglo vemos á Valero, anciano obispo de Hipona, hacer una excepcion gloriosa concediendo á Agustino, aun simple sacerdote, el honor de encargarse del púlpito. La eleccion de los obispos era pues un acontecimiento de extrema importancia en las diversas iglesias: se preparaban á ella los fieles con el ayuno

y plegarias públicas : se hacia ordinariamente en la noche del sábado al domingo, y en seguida se procedia á la ordenacion, cuya principal ceremonia ha consistido siempre en la imposicion de manos; inmediatamente seguia el sacrificio. — Se hallan en los antiguos escritores pasajes que pudieran dar á entender que los primeros obispos llevaban en las ceremonias alguna marca exterior de su dignidad. Polícrates, obispo de Éfeso al fin del siglo segundo, escribe que san Juan llevaba en la cabeza una lámina de oro. San Epifanio nos dice lo mismo de Santiago, primer obispo de Jerusalen; y aun algunos hacen la misma observacion en San Marcos, evangelista y primer patriarca de Alejandría. « Por lo demás, el gobierno » de los obispos era de caridad y paz; los clérigos y sobre » todo los sacerdotes formaban el consejo permanente del » obispo; le asistian, en todas sus funciones públicas, como » á discípulos que siguen á su maestro, porque le estaban » tan obedientes y aficionados como los Apóstoles á Cristo » (FLEURY, *Costumbres de los cristianos*). Los obispos no dejaban jamás de presidir en las oraciones públicas, de explicar la sagrada Escritura y ofrecer el sacrificio todos los domingos y dias de estacion. Se halla, en los cánones de los primeros siglos, la prohibicion á los sacerdotes de ofrecer los sagrados misterios en una iglesia donde se hallare un obispo, á menos que este no pudiera hacerlo, ora por enfermedad, ora por algun otro impedimento, para cumplir tan augusta funcion. La dignidad del obispo estaba acatada por los fieles con las mayores honras, y san Policarpo observa que se disputaban por quién acudiria el primero á descalzarle. Estos testimonios de veneracion, cuyas trazas se hallan desde la mas remota antigüedad, responden bastante á las calumnias del espíritu de partido, que intenta acusar el episcopado de haber usurpado con el tiempo distinciones y honras desconocidas en el siglo apostólico.

16. Despues de los obispos venian los *presbyteri, seniores* (presbíteros, sacerdotes), escogidos, cual lo indica su nombre, ó entre los ancianos, ó entre los clérigos mas recomendables por

sus virtudes, santidad de vida y costumbres. El obispo hacia su eleccion á peticion del pueblo por lo general, ó al menos con su participacion, y en todo caso con consejo del clero despues de un exámen detenido. Por lo demás, en aquellos tiempos apostólicos y primeros de la Iglesia habia por lo comun necesidad de obligar á los ordenandos á aceptar una honra que rehusaba obstinadamente su humildad. Los sacerdotes de cada iglesia eran casi siempre escogidos entre los que habian sido bautizados en ella y que habian ejercitado allí las funciones clericales durante algunos años. Despues de su ordenacion se les obligaba á la residencia, á menos que el propio obispo no los concediera á otra provincia eclesiástica. Recibian un honorario especial, y vivian del altar conforme á las elevadas funciones de su ministerio, como lo indica el Apóstol. La Iglesia suministraba de su tesoro cuanto era necesario á la subsistencia de los clérigos, y cada uno recibia, por mes ó por semana, una distribucion en frutos ó dinero. Confiábanse estas distribuciones á un diácono por lo comun, al cual se le llamaba desde el segundo siglo arcediano en los anales de la Iglesia romana. Ya hemos visto que los diáconos habian sido instituidos por los Apóstoles con el objeto de aliviarlos en el reparto de las limosnas de la Iglesia. A mas de esta funcion ejercian otras, como la de distribuir, á defecto de sacerdotes, el sacramento de la Eucaristía á los fieles, y aun de predicar el Evangelio, como vemos por el ejemplo del diácono san Estéban protomártir. — El sacerdocio y el diaconado fueron hasta el duodécimo siglo las solas órdenes *mayores* ó *sagradas* : esto resulta de un cánon del concilio de Benevento, presidido en 1091 por el papa Urbano II. « Llamamos, dice, » órdenes sagradas al diaconado y al sacerdocio. » Se atribuye á Inocencio III la elevacion del subdiaconado á la clase de órden sagrada. Sea lo que quiera, lo cierto es que segun el concilio de Trento « se hallan desde el principio de la Iglesia el nom» bre y funciones particulares de las órdenes del subdiácono, » acólito, exorcista, lector y ostiario puestas en práctica. » Desde el primer siglo estaba exigido rigorosamente el celi-

bato eclesiástico para las órdenes sagradas, el diaconado y el sacerdocio. San Epifanio y san Jerónimo, que dan testimonio de la tradicion, no dejan la menor duda acerca de esto. Afirman que el uso de los tres grandes patriarcados de Roma, Antioquía y Alejandría era el no ordenar sino clérigos vírgenes ó continentes; y que si antes de la ordenacion habian estado casados, cesaban desde entonces de vivir con sus esposas. Desde el primer siglo encontramos ya el gérmen de las órdenes religiosas destinadas á ser un dia como el alma de la Iglesia: habia desde entonces, en efecto, cristianos llamados á mayor perfeccion y que practicaban voluntariamente todos los ejercicios de la penitencia para entregarse mas y mas á la piedad, « castigando su cuerpo, dice san Pablo, y reduciéndolo á la » esclavitud. » Se les llamaba ascetas, esto es, ejercitantes: vivian en el retiro, guardaban continencia, y añadian á la ordinaria frugalidad de los cristianos abstinencias y ayunos extraordinarios. Practicaban la *xerofagia* no comiendo sino alimentos secos, y la *chameunia* acostándose en tierra, y partiendo su tiempo entre la oracion, el estudio de la sagrada Escritura y el trabajo de manos. « Los hemos visto, dice san » Pablo, á estos hombres de quienes no era digno el mundo, » errantes por los montes, vestidos de pieles, viviendo en las » rocas y mas espantosas soledades. » Desde el primer siglo hallamos tambien la virginidad, esta gloria de la Iglesia, practicada á la faz misma de los desórdenes é inmoralidad del mundo pagano. Si en la transformacion que obró el Evangelio en medio de la sociedad pagana, no fuese todo igualmente admirable, se podria mirar como un milagro extraordinario el ver sobresalir generaciones de piadosas jóvenes, que ofrecian á Dios el sacrificio de todos los gozos del mundo por sepultar su vida en el retiro, ayuno, vigilias y mortificaciones. Semejante ejemplo no habia tenido antecedente ni en el judaismo, en el cual la virginidad era mirada como oprobio, ni en el paganismo, en donde hasta las mas infames pasiones tenian sus dioses, sus altares y sus sacerdotes. Las vírgenes cristianas del primer siglo llevaban vida ascética en el seno

de sus familias, renunciando á los adornos, lujo y diversiones del siglo aun las mas inocentes. El silencio, el retiro, la pobreza, el trabajo, la abstinencia y las continuas oraciones eran su centro y su vida: y la naciente Iglesia quedaba sumamente edificada del espectáculo de sus virtudes, méritos, oraciones y buenas obras. — Otra institucion que solo debia de durar en los primeros siglos, la de las *diaconisas*, tomó su orígen en el tiempo mismo de los Apóstoles. Se escogian para este honor las viudas mas edificantes y prudentes: fijóse desde luego la edad de sesenta años, reduciéndose despues á los cuarenta. Las diaconisas ejercian para con las mujeres gran parte de las funciones de los diáconos: la Iglesia les encargaba visitar á todas las personas de su sexo á quienes hacia dignas de la solicitud de la Iglesia su pobreza, enfermedad ú otra necesidad espiritual. Instruian á las catecúmenas bajo la direccion de los sacerdotes, las presentaban al bautismo, y dirigian las neófitas para irlas formando á la vida cristiana. En las asambleas, guardaban las puertas del lado de las mujeres, y cuidaban de que cada cual estuviese en su lugar, observase modestia y silencio. Las diaconisas daban cuenta de sus funciones al obispo, y, por órden suya, á los sacerdotes y diáconos. Poco á poco fué decayendo esta institucion. — Tal es la forma bajo la cual se presentan la jerarquía católica y el gobierno de la Iglesia durante el siglo primero.

§ III. DISCIPLINA.

17. La regeneracion del hombre moral, traida al mundo por el advenimiento del Redentor, tenia que manifestarse en el seno del cristianismo por medio de una vida nueva y de costumbres desconocidas á la corrupcion de la sociedad antigua. El cuadro de la cristiandad naciente forma pues un espectáculo sorprendente entre las virtudes inspiradas por las doctrinas del Evangelio y los vicios del mundo gentil. La primera iglesia judía se componia de tres mil convertidos; estos escuchaban á los Apóstoles que les instruian, oraban en co-

mun, y en casas particulares celebraban la fraccion del pan. Ponian sus bienes en comunidad y vendian sus herencias para distribuir su precio entre sus hermanos. Su vida, conforme á los consejos de la perfeccion evangélica, ha sido descrita por los apologistas de los primeros siglos. « Entre nosotros, decia » Atenágoras, hallaréis ignorantes, pobres, artesanos, ancia- » nas mujeres que quizá no podrian probar con razonamientos » la verdad de nuestra doctrina; porque en lugar de hacer » discursos, hacen buenas obras. Amando á nuestros prójimos » como á nosotros mismos, hemos aprendido á no pegar á los » que nos lastiman, á no mover pleitos á los que nos des- » pojan: si se nos da una bofetada en un carrillo, ofrecemos » el otro; si nos quitan la túnica, les ofrecemos aun el manto. » Conforme la diferencia de los años, nos miramos unos á » otros como hermanos y hermanas, hijos, padres: honramos » como á nuestros propios padres y madres á las personas » ancianas: y la esperanza de la vida futura nos hace despre- » ciar la presente y aun los placeres del espíritu. Entre nos- » otros el matrimonio es una vocacion santa que da la gracia » necesaria para educar los hijos en el temor del Señor. Hemos » renunciado á vuestros sangrientos espectáculos, persuadidos » de que hay poca distancia entre ver cometer un homicidio ó » muerte bárbara, y cometerlos en realidad. Los paganos ex- » ponen á sus tiernos infantes para descargarse de ellos, nos- » otros miramos este crímen como un homicidio. » — « Se nos » acusa de ser facciosos: la faccion de los cristianos es estar » unidos en la misma religion (TERTULIANO, *Apologét.*), en la » misma moral, en una misma esperanza. Nos conjuramos..... » para orar á Dios en comun y leer las divinas Escrituras. Si » alguno ha pecado, se le priva de la comunion, oraciones » públicas y asambleas hasta que haga penitencia. Nuestras » asambleas están presididas por ancianos cuya sabiduría les » ha merecido esta honra. Cada uno trae, segun su libre y es- » pontánea voluntad, algun dinero cada mes: y este tesoro » sirve para alimentar y enterrar á los pobres, á sostener los » huérfanos, naufragados, desterrados, condenados á las minas

» ó la cárcel por la causa de Dios. Todo es comun entre nos- » otros, excepto las mujeres; y nuestra comida en comun se » explica por su nombre de *ágape*, que significa *caridad*. » Y en verdad, ha sido menester que el mundo pagano haya sido poseido de la mas extraña ceguedad para no quedar sorprendido de admiracion en vista de tan nobles sentimientos, de acciones tan generosas en medio del embrutecimiento general del mundo, y de la bajeza de caractéres. Por lo demás, se puede concebir un pretexto para el desden que el paganismo afectó desde luego respecto de la religion de Jesucristo, por causa de la clase de personas entre las cuales parecia reclutarse con preferencia el cristianismo. Segun los paganos los cristianos no eran sino unos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, que no querian ni dar razon ni discutir acerca de su culto, pues que acostumbraban decir: « No andeis preguntán- » donos: la sabiduría de este mundo es un mal, y la locura » (segun el mundo) es un bien » (*Orígenes, Contra Celso,* lib. I.) En el primer siglo los paganos confundian la religion de Jesucristo con el judaismo, y los menospreciaban igualmente. Sin embargo la rápida propagacion del Evangelio llamó la atencion general sobre una doctrina que dominaba á las inteligencias mas elevadas y que se acomodaba á las mas humildes, y sobre todo que iba invadiendo sin cesar todas las comarcas del universo. La ruina de Jerusalen, separando de un modo tan marcado el judaismo y el cristianismo, no permitia ya confundirlos. El mundo pagano, al ver sus templos desiertos, menospreciados sus dioses, caer en desuso sus sacrificios, y combatidas á las claras sus supersticiones y fábulas, trató de resucitar por la espada sus espirantes instituciones y de sofocar en su orígen con sangrientos suplicios á los menospreciadores de sus ídolos. El odio popular, hábilmente explotado por los emperadores, magistrados y flámines, sirvió esos proyectos de venganza; y la historia presentará este inaudito espectáculo de tres siglos de matanza, asesinatos á sangre fria, de tormentos jurídicos, ejecutados públicamente contra millares de víctimas de toda edad, clase, rango y sexo, en todos

los puntos de la tierra, sin que, entre millones de espectadores, se haya levantado una sola voz para echar en cara á tales verdugos su infamia, su crímen horrendo.

En las citas de Atenágoras y Tertuliano arriba puestas se hallan indicados los principales lineamentos ó bosquejo de la disciplina vigente en el primer siglo; vamos á examinarla mas por menor. El bautismo se daba ordinariamente por *inmersion :* se sumergia tres veces á los bautizados en el agua, y á cada vez se nombraba una de las personas divinas; sin embargo en caso de necesidad, como en los enfermos, etc., se conferia dicho sacramento por aspersion, y el pueblo daba nombre de *clínicos* á los que por hallarse enfermos habian recibido el bautismo por aspersion. Se añadia en el bautismo la uncion del óleo consagrado en el altar. Eran presentados al obispo los bautizados, y por la imposicion de manos recibian el Espíritu Santo, esto es, el sacramento de la Confirmacion. Se hacia gustar miel á los recien bautizados para denotar su entrada en la verdadera tierra de promision, y en la infancia espiritual. Durante la primera semana llevaban los neófitos una vestidura blanca, que habian recibido al salir del bautismo como señal de la inocencia que debian de guardar. — No se ve que los adultos mudasen de nombre, pues que hallamos en el primer siglo muchos santos cuyos nombres venian de los falsos dioses, como Dionisio, Demetrio, etc. La costumbre de mudar de nombre y tomar el de los mártires y confesores no se introdujo sino despues del concilio de Nicea. — No se conferia el bautismo solemne sino en la vigilia de Pascua, para que los neófitos resucitasen con Cristo, ó en la vigilia de Pentecostés, para que recibiesen el Espíritu Santo con los Apóstoles. Se administraba en seguida á los neófitos el sacramento de la Eucaristía. — Nadie era admitido al bautismo sino despues de muchas y largas pruebas. Los gladiadores, comediantes, corredores del circo, las mujeres disolutas, los adivinos, no podian ser bautizados sino despues de haber renunciado á su antiguo género de vida, y dado pruebas de sincero y verdadero arrepentimiento. Los cristianos tenian por

signo para conocerse entre sí la señal de la cruz, que era además como un abreviado símbolo, que se hacia antes de cada obra principal á que incumbian. Trabajos, labores, sementera, cosecha, siega, vendimia, todo, todo en fin iba precedido de la oracion. Una casa nuevamente construida ó nuevamente habitada recibia bendicion especial, y cada comida principiaba tambien por la oracion. — El estudio y meditacion de la sagrada Escritura formaban la constante aplicacion de todas las familias cristianas. Se han hallado muchos santos de los primeros siglos enterrados con el libro de los Evangelios en el pecho. — La austeridad de vida y costumbres mantenia en los primeros cristianos el espíritu de oracion. No se contaban en un principio como ayunos de obligacion sino los dias que precedian á la Pascua, esto es, la cuaresma: la Iglesia los observaba en memoria de la pasion del Salvador; los del miércoles y viernes se dejaban á voluntad de los fieles. Estos ayunos eran de grados diferentes segun su duracion y el rigor de la abstinencia. Los del miércoles y viernes solo duraban hasta la nona, esto es, las tres de la tarde; los de cuaresma, mucho mas rigorosos, llegaban hasta vísperas, esto es, al ponerse el sol, como á las seis de la tarde. La razon de ayunar hasta nona era en honra de la muerte de Cristo; y hasta vísperas, honrar su sepultura. Eran tambien diferentes los grados de abstinencia: los unos observaban la *homofagia*, esto es, la abstinencia de todo alimento cocido; los otros la *xerofagia*, que consistia en no comer sino frutos secos, como nueces, almendras y cosas semejantes; otros en fin se contentaban con pan y agua. — Los *ágapes* ó comidas en comun habian sido instituidas en memoria de la cena de Cristo, en la cual dió este soberano Señor en alimento y bebida su cuerpo y su sangre á los Apóstoles. Cada uno contribuia por su parte. San Pablo indica varios abusos que amenazaban introducirse como derechos en esta especie de reuniones. En un principio, la fraccion del pan y la comunion de la Eucaristía se celebraban inmediatamente antes de los ágapes; pero, al final del primer siglo, habia dejado de subsistir este uso en gran número de iglesias por

respeto á este augusto misterio, el cual no se administró en adelante sino por la mañana á las personas en ayunas. Las frecuentes persecuciones habian dado lugar á una costumbre particular. Cada cristiano se llevaba á su casa las especies sacramentales para comulgarse á sí mismo en caso de necesidad. — Se ha hablado mucho en nuestros tiempos de la mancomunidad de bienes, ó mas bien comunidad, que parece indicar el pasaje de los *Actos de los Apóstoles,* donde se dice que *los cristianos vendian sus propiedades y llevaban su precio á los Apóstoles.* Recientes sistemas, que bajo el nombre moderno de socialismo intentan renovar en el espíritu público las utopias de los antiguos despojadores, han querido ponerse bajo los auspicios de la Iglesia primitiva y hacer creer que sus principios son los mismos principios del Evangelio: hay en esto nada menos que dos errores, uno de hecho y otro de derecho. De hecho, no era medida general el acto de poner los fieles en comunidad sus bienes: la viuda Tabita, cuya liberalidad se elogia en los Actos de los Apóstoles, habia conservado la administracion de sus bienes. San Pablo exhorta á los ricos, que se quejaban de la sencillez de los *ágapes,* que les quedaba libertad de comer bien en sus casas. Por derecho, el acto de poner los fieles sus bienes en comun no era obligatorio ni aun entre los primeros cristianos; solo sí era ocasion para muchos de ellos de practicar de un modo real y especial la perfeccion evangélica. Y así, cuando Ananías y Sáfira no presentaron al príncipe de los Apóstoles sino una parte de sus riquezas, les decia san Pedro: « Erais libres de guardar en vuestro poder vuestras po» sesiones; pero por cuanto habeis intentado engañar al Señor, » su brazo os va á castigar. » Intentar extender pues á todos los cristianos de nuestros dias el uso de poner en comun sus bienes seria error igual que el de declarar obligatorios y universales los votos de pobreza, obediencia y castidad que profesan voluntariamente los religiosos. — Por último, vemos introducirse desde el primer siglo la penitencia pública por graves y grandes faltas: los cánones arreglaron en lo sucesivo los diversos grados de esta penitencia.

§ IV. EL CULTO.

18. La oracion pública formaba la parte principal de la vida de los primeros cristianos : cada iglesia se reunia el domingo, que los paganos llamaban *dia del sol*, el cual inmediatamente despues de la resurreccion de Cristo fué sustituido al sábado de los Judíos por los Apóstoles. El sitio de reunion fué desde luego uno de esos grandes salones para comer, que los Latinos llamaban cenáculos, y que estaban en los pisos altos de las casas : tal era el salon desde donde cayó el jóven Eutiquio resucitado por san Pablo. — Mas tarde la persecucion obligaba á los cristianos á retirarse á las criptas subterráneas, formadas por los canteros fuera de las poblaciones. Tales eran las catacumbas que aun se ven en Roma, y cuya descripcion tenemos en la obra titulada *Roma subterránea*. El objeto principal de estas asambleas era la celebracion del sacrificio, al cual se daban los nombres de *cena*, *fraccion del pan*, *oblacion*, *colecta* (de asamblea, *recogida*), *eucaristía* (de accion de gracias), *liturgia* (oficio público). Solo habia un sacrificio en cada iglesia, celebrado por el obispo asistido de sus sacerdotes ; y solo podian celebrar estos en ausencia ó enfermedad de aquel. Ha cambiado mucho el órden de la liturgia segun los tiempos y lugares, se le han añadido ó quitado algunas ceremonias ; pero lo esencial ha quedado lo mismo. Hé aquí lo que hallamos escrito de los primeros tiempos. Despues de la oracion se leian algunos pasajes, primero del antiguo Testamento, luego del nuevo. Seguíase á la lectura del Evangelio la explicacion de él por el obispo, añadiendo las oportunas amonestaciones segun las necesidades de su rebaño. Los catecúmenos asistian solo á esta primera parte del sacrificio, esto es, los que se adoctrinaban en la fe y que aun no eran bautizados : luego se les hacia retirar, se ofrecian los dones ó presentes, esto es, el pan y el vino templado en agua, que habian de suministrar la materia del sacrificio : el pueblo se daba entonces el ósculo de paz, los hombres á los hombres, las mujeres á las mujeres, en signo de

union. Comenzaba en seguida la accion del sacrificio, pronunciábanse las palabras de la consagracion sobre las especies sagradas, se recitaba en comun la oracion dominical : el celebrante tomaba el primero la sagrada comunion y la mandaba repartir á todos los asistentes por mano de los diáconos (1). Por lo regular comulgaban todos cuantos entraban en la iglesia, y aun hasta los niños recibian el sacramento del altar. La comunion se daba bajo las dos especies. El ágape, que seguia á la celebracion de los misterios sagrados, era una comida ordinaria, compuesta de los dones de cada cristiano : todos los ministros del altar tomaban parte especial en el ágape ; y este hecho explica las distribuciones en especie, cuyo uso se ha mantenido en Francia (2) hasta la revolucion de 1793, y de la cual conservan aun algunos cabildos ciertos rastros. — A mas de la celebracion de los sagrados misterios, se reunian los cristianos por mañana y tarde á ciertas horas para las oraciones públicas. El fondo del oficio divino consistia en la lectura en alta voz ó en el canto de los salmos : los maitines parece hayan reemplazado al sacrificio matutino de la antigua ley. Las vísperas reemplazaban al sacrificio vespertino, y han sido instituidas para santificar el principio de la noche : llamábanse algunas veces *lucernarium*, la oracion de las lámparas, por ser la hora en que comenzaban á encenderse. — Las oraciones de Tercia, Sexta y Nona de los Hebreos pasaron tambien á los cristianos, que las hemos conservado religiosísimamente ; y se hallan señales de estas Horas en los Actos de los Apóstoles y en los autores de los primeros tiempos. — El uso de los cantos sagrados, de las genuflexiones y postraciones durante la oracion, las velas encendidas, el incienso, el agua bendita, vienen todas del tiempo apostólico, en el cual hallamos ya todos los elementos del culto público tal como existe en nuestros dias. Por entonces se cubria con el velo del misterio todo lo

(1) El celebrante no mandaba distribuir la Eucaristía por los diáconos sino bajo la especie del vino. (*Nota de la comision de Exámen de Aviñon.*)

(2) Lo mismo que en España y las Américas hasta hace pocos años. (El Traductor.)

tocante á la liturgia, lo que es muy de notar, pues que así se explica el silencio de los documentos de esta edad acerca de gran número de cuestiones de detalle. El temor de exponer la doctrina evangélica y los sacramentos á las profanaciones y burla de los infieles, obligaba á rodear las cosas sagradas de un secreto inviolable : y así no solamente no se celebraban los sagrados misterios ante un pagano, aun catecúmeno, sino que se consideraba delito el contarles lo que se hacia, el pronunciar en su presencia las palabras sagradas, y aun hasta el hablar de la naturaleza del sacramento. En escritos ó discursos públicos, si habia que tratar de los misterios, solo se empleaban términos oscuros ó enigmáticos. Y así en el nuevo Testamento, *romper el pan*, significa consagrar y distribuir la Eucaristía, cosa que no podian entender los infieles. Esta ley del silencio fué mas tarde pretexto de las mas absurdas calumnias contra los cristianos. Los apologistas levantaron la voz entonces; y la necesidad de defender la Iglesia contra las acusaciones de los enemigos de la religion, les obligó á no atenerse en tal caso á la regla mucho menos trascendental del silencio.

19. Como acabamos de ver, el primer siglo de la Iglesia presenta al observador el espectáculo de una enseñanza, jerarquía, disciplina y liturgia regularmente constituidas y aceptadas pública y solemnemente. En el momento mismo en que la sociedad fundada por Jesucristo llegaba á tomar su puesto á la faz de la sociedad pagana, y anunciaba públicamente la intencion de conquistar el mundo todo, iba ya reuniendo todos los elementos de fuerza y unidad que habian de garantizarle su inmensa duracion. Apenas salida del sacro costado del Hombre-Dios, llevaba ya consigo y en sí misma, por sus leyes y constitucion, llevaba ya el carácter de su divinidad. La iremos viendo en los siglos siguientes extender con un poder de expansion sin límites su influencia y poderío moral en todo el universo, hablar el lenguaje de cada pueblo, someterlos todos á un yugo suave : cambiará su disciplina segun las necesidades de sus nuevos hijos; su culto se desplegará con una majestad y pompa sublime : su gobierno le acrecentará recur-

sos, y multiplicará sus resortes á medida de su expansion : su doctrina, atacada por las herejías, será defendida sucesivamente sobre todas las cuestiones particulares por los soberanos Pontífices, concilios y doctores; pero este desarrollo, en el tiempo y en el espacio, no creará ningun nuevo dogma, ninguna regla, medida ó ley que no tenga ya su raíz en los tiempos apostólicos, y que no proceda de ellos por una tradicion legítima no interrumpida. Pasarán hombres, imperios, formas de gobierno, instituciones, leyes humanas, todo, todo podrá ir cayendo sucesivamente, pagando tributo á la caducidad inherente á toda obra de hombres : la Iglesia sola es hoy lo que era ayer y lo que será hasta la consumacion de los siglos, sin que reciba del tiempo, ese enemigo de todas nuestras instituciones, ni cambio radical, ni herida profunda que la altere; porque lleva en sí misma la verdad, que no sufre nunca ni modificacion ni alteracion : *Justificata in semetipsa.*

NOTAS DEL TRADUCTOR.

Al capítulo II, *número* 14.

A pesar de lo que dice el autor, san Lino fué martirizado en Roma, como lo dice formalmente el martirologio romano, al dia 23 de setiembre, por estas palabras : *Romæ, sancti Lini, papæ et martyris, qui primus post beatum Petrum apostolum Romanam Ecclesiam gubernavit, et* MARTYRIO CORONATUS, *sepultus est in Vaticano prope eumdem apostolum.*

Y el breviario romano, en este mismo dia, dice de este santo : *Huic pontifici caput amputatum est ob constantiam christianæ fidei, jussu Saturnini, impii et ingratissimi consularis, cujus filiam à dæmonum vexatione liberaverat...*

Al mismo capítulo II, § 3, *número* 15.

La tradicion romana y aun de toda la Iglesia occidental y parte de la oriental ponen entre san Lino y san Evaristo dos papas, uno llamado Cleto, cuya fiesta celebra la Iglesia el 20 de abril. Véanse el martirologio romano y el breviario en este dia. Murió martirizado en la segunda persecucion, en tiempo de Domiciano. Otro llamado Anacleto, que gobernó la Iglesia en tiempo de Trajano; y murió martirizado en la persecucion que durante el imperio de este

se movió contra la Iglesia. El martirologio romano dice que gobernó la Iglesia despues de san Clemente I.

Al mismo capítulo, § 4, número 19.

El martirologio romano dice de este santo papa (san Clemente, mártir) : *Et in persecutione Trajani apud Cheronesum relegatus, ibi alligata ad ejus collum anchora in mare præcipitatus, martyrio coronatur.* El breviario romano refiere aun muchos mas detalles de su martirio : y estos detalles eran conocidos, sabidos y creidos de la Iglesia oriental, como se ve en las actas de los mártires, en el menologio de los Griegos, etc., etc. Antes de desmentir lo que tan formalmente aseguran los martirologios y breviarios, es necesario probar su error con documentos igualmente auténticos.

SIGLO II.

CAPITULO IV.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN EVARISTO (100-109).

1. Carácter de la tercera persecucion general bajo Trajano. — 2. Carta de Plinio el Jóven á Trajano. — 3. Respuesta de Trajano á Plinio el Jóven. — 4. Arrio Antonio. — 5. Martirio de san Simeon, obispo de Jerusalen — 6. Secta de Thebutis. — 7. Unidad del gobierno, garantía de la pureza de la fe. — 8. Viaje de san Ignacio á Roma. — 9. Su martirio. — 10. Martirio del papa san Evaristo.

§ II. PONTIFICADO DE SAN ALEJANDRO I (109-119).

11. Reglamento de san Alejandro I. — 12. Martirio de san Onesimo, obispo de Éfeso, de san Timoteo, de san Tito, etc. — 13. Epístola de san Policarpo á los Filipenses. — 14. San Papias, obispo de Hierápolis — 15. Obras de san Dionisio Areopagita. — 16. Terapeutas. — 17. Rebelion de los Judíos. — 18. Muerte del emperador Trajano. — 19. Carácter del emperador Adriano. — 20. Martirio del papa san Alejandro I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIXTO I (119-128).

21. Gnósticos. — 22. Martirio de santa Sinforosa y sus hijos. — 23. Martirio de las santas Sabina, Serapia, Zoé, etc. — 24. Martirio del papa san Sixto I.

§ I. PONTIFICADO DE SAN EVARISTO (100-109).

I. El siglo segundo de la Iglesia se abre por la tercera persecucion general bajo el imperio de Trajano. La lucha de este príncipe contra el cristianismo presenta ciertos caractéres particulares que la distinguen de las antecedentes, tan famosas por las crueldades de Neron y Domiciano. La rápida propagacion del Evangelio habia hecho de la Iglesia una sociedad poderosa por el número, celo y union de sus miembros. Principiaba á alarmarse ya la política romana de los progresos de una

religion que no dejaba ya compradores de víctimas ni adoradores de falsos dioses. Los emperadores habian acostumbrado al pueblo al culto idolátrico, cuyas ceremonias hacian reir á sus propios sacerdotes ó ministros : los Césares creian, al sostener el politeismo, apoyar su autoridad, consolidar su dominacion y salvar el imperio. No faltaban, de seguro, leyes para la represion de una religion nueva, mirada como sediciosa. Una de las ordenanzas mas antiguas de la legislacion romana prohibia reconocer ninguna deidad sin la aprobacion del senado. Así es que Trajano, queriendo oponerse á los progresos de la Iglesia, mandó publicar de nuevo este edicto cruel : contentóse desde luego con prohibir en las provincias las asambleas y reuniones nocturnas. La persecucion se revistió de un carácter político : no se acusaba ya á los cristianos de crímen alguno, ni se afectaba ya de poner en duda su inocencia; y aun mucho menos tomaban los jueces serios informes sobre el carácter, modo de enseñar, y objeto de la religion de Cristo. Bastaba que esta fuese nueva, y que contradijese á los cultos oficiales, para que no la aprobase el senado, y para que se creyesen los paganos en deber de dar muerte á sus discípulos, aplaudiéndose de « corregir la muchedumbre de secuaces de una supersticion en » donde se obligaban estos con juramento á evitar todos los » crímenes. »

2. Plinio el Jóven, gobernador de Bitinia, amigo de Trajano, escribia á este príncipe : « He querido examinar por mí mismo » la conducta de los cristianos : acostumbran reunirse, en » cierto dia señalado, al amanecer, y cantan himnos en honor » de Jesucristo, á quien reverencian como á un Dios. Se obligan bajo juramento á evitar toda suerte de delitos, á no cometer fraudes, robos ni adulterios, á no faltar jamás á su » palabra, ni á negar un depósito. Se retiran en seguida y se » juntan de nuevo para tomar en comun una *comida ordinaria* » *é inocente* » (Plin., lib. x, Ep. 97). Estas últimas palabras responden evidentemente á la preocupacion popular que acusaba á los cristianos de sacrificar en sus asambleas un niño cuyos miembros se reparten para devorarlos : interpretacion ab-

surda del dogma eucarístico. — « Por la proscripcion que se » decreta y ejecuta contra los cristianos, añade Plinio, se me- » ten en peligro muchedumbre de personas de toda edad, sexo » y condicion; porque esta supersticion contagiosa ha logrado » captar no solamente las ciudades, sino aun las aldeas, villas y » caseríos. Se ven abandonados los templos de los dioses, y » desde largo tiempo há interrumpidos los sacrificios solem- » nes, y casi nadie ó nadie compra ya víctimas. No he vacilado » poco en saber si en procesos de este género es menester ad- » mitir diferencia de edad ó de clase; si no han de distinguirse » los tiernos niños de las personas mayores; si será menester » perdonar á los arrepentidos, ó bien si no bastaria el no ser » ya cristiano, habiéndolo sido una vez: por último, si lo que » se quiere castigar es el nombre solo sin otros crímenes; ó los » demás crímenes que se atribuyen á este nombre. »

3. El emperador respondió dictando una regla inaudita, prescribiendo que no fuesen perseguidos *de oficio*, pero si siendo delatados y convictos, perseveraban aun en su profesion de fe, que se les castigase: *Conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi sunt.* « Extraño decreto, ex- » clama Tertuliano, que prohibiendo buscar á los cristianos, » reconoce implícitamente su inocencia, y sin embargo se les » castiga como culpables con una mera y simple delacion. » Esta era la política romana respecto de los cristianos, curándose poco de la justicia y verdad, no mirando en todo sino sus intereses.

4. Los procónsules, enviados á las diferentes provincias del imperio, encontraban por do quiera cristianos, á los cuales hacian pasar por enemigos de las leyes. En tanto que Plinio el Jóven gobernaba el Ponto y la Bitinia, Arrio Antonino perseguia con furia la religion en el Asia proconsular. A su paso por una ciudad de su gobernacion, todos los cristianos se presentaron á la vez ante su tribunal: espantado de su muchedumbre, se contentó con mandar conducir al suplicio algunos, y dijo á los demás: « Infelices, si tanto deseais morir, no os » faltan precipicios y dogales. »

5. Hácia la misma época, Ático, gobernador de la Siria, mandó prender al santo obispo de Jerusalen, Simeon, primo hermano de Jesucristo, de edad entonces de 120 años. Se le puso en tormento durante muchos dias, y sobrellevó con tanta constancia este suplicio, que el mismo procónsul se admiraba de hallar tal fuerza en un anciano de aquella edad. Por fin fué clavado en una cruz, y así terminó su gloriosa carrera despues de haber gobernado cuarenta años la iglesia de Jerusalen, que tuvo la felicidad de preservar de las herejías y sectas durante todo su pontificado. Pero así que no quedó ya ninguno de los discípulos que habian visto al Señor personalmente, principió á derramarse el error con éxito en la Iglesia.

6. Con motivo de quedar vacante la silla de Jerusalen por muerte de Simeon, se levantó un cisma en dicha iglesia. Thebutis, judío convertido, aspiraba á suceder al santo obispo; pero los cristianos habiendo hecho eleccion en Justo, cuya doctrina y costumbres les inspiraban mayor confianza, Thebutis por vengarse se proclamó cabeza de una nueva herejía. Enseñaba, con los demás sectarios nacidos del judaismo, la necesidad de las obras de la ley mosáica para la salvacion, considerando el bautismo y demás sacramentos insuficientes para la regeneracion espiritual.

7. El principio de unidad en el gobierno, establecido por Cristo en su Iglesia, como salvaguardia de su conducta, habia sido menospreciado por algunos cristianos de Filadelfia. El ilustre obispo de Antioquía, san Ignacio, por sobrenombre Teóforo, se personó en esta iglesia. Cuando se vió en medio de los fieles para oir al heredero de las tradiciones apostólicas, al obispo mas célebre del Oriente, exclamó de improviso, inspirado por Dios, que le reveló las disposiciones secretas de los corazones : « Uníos de corazon á vuestro obispo, á los sacer- » dotes y á los diáconos : permaneced firmemente en obe- » diencia, union y caridad. » Al oir tan inesperadas expresiones, los culpables creyeron que habia sido informado de sus tendencias por el obispo de Filadelfia; pero puso á Dios por testigo que nada habia sabido por voz humana, y que el

Espíritu Santo le habia inspirado que les dijera : « No hagais » nada sin vuestro obispo ; amad la unidad y huid de toda di- » sension : » con lo que calmó los espíritus, y reinó la concordia entre los de Filadelfia. Este fué en cierto modo el testamento del santo obispo legado á las iglesias de Asia.

8. Poco tiempo despues vino Trajano á Antioquía, marchando á una expedicion contra los Parthos. San Ignacio fué traido á su tribunal. — ¿Quién eres tú, mal demonio? le preguntó el emperador. — Nadie ha llamado así á Teóforo. — ¿Y qué es Teóforo? — El que lleva á Cristo grabado en su corazon. — ¿Crees tú, pues, que nosotros no llevamos tambien en nuestro corazon á los dioses que nos ayudan á vencer? — Solo hay un Dios, que ha criado cielos y tierra; y no hay sino un Jesucristo, su hijo único, respondió Ignacio. — ¡Cómo! ese Jesús á quien Poncio Pilato hizo crucificar!

Despues de este interrogatorio, Trajano pronunció esta sentencia : « Nos ordenamos que Ignacio, que se vanagloría de » llevar al Crucificado en su corazon, sea conducido á Roma » para ser presentado á las fieras del anfiteatro, durante los » juegos públicos. »

9. El emperador, al mandar transportar á Roma el suplicio de este santo obispo, ¿queria ocultar este espectáculo contagioso de su constancia y de su fe á las poblaciones cristianas del Asia, y hacer perder, con la sangre que iba á derramar, la fecundidad sobrenatural que hacia nacer nuevos mártires? Al exponer á los obispos cristianos á los ultrajes del pueblo en la mayor ciudad del mundo, mostrándolos confundidos con viles criminales ó bárbaros cautivos, ¿pensaba Trajano apagar, extinguir la religion en el público menosprecio; ó tal vez tenia alguna esperanza de que un viaje largo y dificultoso, de que el peso de las cadenas, las privaciones, el cansancio y las fatigas de la autoridad triunfarian de las fuerzas y paciencia de un anciano? Sea de estas presunciones lo que quiera, lo cierto es que los acontecimientos las desmintieron totalmente. Nunca recibió mas homenajes la santidad de Ignacio que en los grillos, ni su palabra tuvo mayor eco que cuando estaba en

las cárceles. Su viaje fué continuo triunfo. Llegado á Esmirna, san Policarpo, su obispo, vino á besar sus cadenas : recibió allí las diputaciones de las iglesias de Éfeso, Magnesia y Trallas, y á cada una le remitió cartas escritas con llamas de caridad apostólica. Pero lo que mas teme es que tantas oraciones hechas por él no logren del Señor el retraso de su martirio, ó que por vias humanas no soliciten y alcancen del emperador su gracia. A la Iglesia que *preside* en Roma por caridad, le envia súplicas fervorosas acerca de esto. Desde Esmirna fué conducido á Tróada, de donde se embarcó para la Macedonia que atravesó, y volviendo á embarcarse en Epidamnio (Durazzo), bajó el golfo Adriático, y por el estrecho de Sicilia entró en el mar de Toscana, ansiando por llegar á Roma antes del fin de los juegos para consumar allí su martirio. Los soldados que le conducian, reverenciando su santidad se afligian [1], viendo que se acercaba el momento en que iban á separarse del hombre justo. Desembarcó en fin : y los fieles salieron á su encuentro con gozo mezclado de tristeza, dichosos de abrazar al santo obispo, mas afligidos de su próxima muerte. Algunos esperaban ganar al pueblo y alcanzar así gracia del emperador : mas san Ignacio, alumbrado por el espíritu de Dios, conoció sus pensamientos y les suplicó tuviesen por él un verdadero amor, y que no le estorbasen su felicidad retrasando su martirio. Se arrodilló en las orillas del mar y oró con toda la asamblea, pidiendo al Hijo de Dios se apiadase de su Iglesia y pusiera término á la persecucion ; y que conservara entre los cristianos el espíritu de caridad. Finalmente conducido al anfiteatro fué expuesto, por órden del emperador, á las fieras. Destrozado por dos leones, logró así la dicha suspirada de ser molido (segun su propia expresion) como pan candeal para ser admitido al divino banquete del Cordero. Fué su martirio el 20 de diciembre del

(1) Ignoramos qué motivos tenga el autor para explicarse así, cuando el santo mismo se explica de este modo en su carta á los Romanos : « De Syria usque ad » Romam pugno ad bestias in terra et in mari, nocte dieque ligatus cum decem » leopardis, hoc est militibus qui me custodiunt, quibus et cum benefeceris pejores » fiunt. Iniquitas enim eorum mea doctrina est! » (El Traductor.)

año 107 de Cristo. Las actas del martirio fueron recogidas por testigos oculares y enviadas á las iglesias de Asia para que la memoria de su muerte continuase en fortalecer á los fieles, á quienes habian edificado tanto sus palabras cuando era vivo. Los diáconos Philon de Cilicia y Rœo-Agathopodo, que habian acompañado á su santo obispo en su último viaje, recogieron los huesos mas principales que habian dejado las fieras, y se los llevaron á Antioquía como reliquias tan preciosas como deseadas de su rebaño.

10. Hácia el mismo tiempo, san Evaristo dió su vida por Jesucristo, de quien era representante en la tierra. En este siglo la silla de san Pedro era un trono de martirio. El papa san Evaristo instituyó los títulos de la Iglesia de Roma, cuyo gobierno espiritual distribuyó entre diversos sacerdotes. Ordenó que siete diáconos acompañasen al obispo cuando predicara, sea por realzar mas la majestad de su ministerio, sea para servir de testimonio á la verdad, *propter stylum veritatis*. En el discurso de su pontificado desde el año 100 al 109 (1) dió institucion canónica y la ordenacion á quince obispos.

§ II. PONTIFICADO DE SAN ALEJANDRO I (109-119).

11. Diósele por sucesor á san Alejandro, romano. En medio de las persecuciones que hacian pasar la Iglesia por un bautismo de sangre, ordenó que los sacerdotes recordasen la memoria de la Pasion del Salvador antes de la consagracion por estas palabras que mandó insertar en el Cánon : *Qui pridie quam pateretur*, etc. Ordenó tambien la mezcla del agua con el vino en el cáliz. Para ahuyentar los demonios y contra sus asaltos, quiso que las viviendas de los cristianos fuesen purificadas con agua mezclada con sal y que hubiese sido bendita por los sacerdotes. Semejante solicitud de san Alejandro por las necesidades espirituales de la Iglesia, da á conocer su vigilancia

(1) En el original hay del 96-109: el primer número ha de ser un error de inadvertencia. (El Traductor.)

para conservar y fijar con decretos las tradiciones apostólicas. Y en efecto, estas tres instituciones venian de los Apóstoles. La última tenia una ventaja especial para los pueblos recien convertidos, y era que santificaba una costumbre arraigada en los paganos, y reemplazaba el agua lustral con un símbolo cristiano, el de las lágrimas de la penitencia; era un recuerdo del agua del bautismo, á la cual habia dado virtud reengendradora la sangre de Cristo, como sal divina. Desde esta época, ha habido oraciones especiales para la bendicion del agua. Algunas de las que la Iglesia ha conservado para esta ceremonia y que respiran un perfume de antigua y santa sencillez, son tal vez las que san Alejandro, en el segundo siglo, hizo para regularizar la composicion y uso del agua bendita. *Y así*, como lo nota Baronio, *las piadosas tradiciones venidas de los Apóstoles quedaban confirmadas, y recibian una sancion regular por sus inmediatos sucesores.*

12. En tanto que Antioquía enviaba su obispo á Roma para recibir la corona del martirio, la iglesia de Éfeso tenia gloria igual. Onesimo, discípulo de san Pablo, fué conducido, encadenado por Cristo, á la capital del imperio, donde fué apedreado. Parecia que debian darse en el centro mismo del paganismo los mayores ejemplos de constancia y los sacrificios mas nobles, para hacer brillar mas, en el mas vasto teatro del mundo, la prodigiosa fecundidad de la sangre cristiana.

Poco tiempo antes, san Timoteo, discípulo tambien de san Pablo, á quien san Onesimo habia sucedido en la silla episcopal de Éfeso, habia sellado la fe con su sangre. San Tito, obispo de Creta, habia tenido la misma gloria (1). Fué martirizado á la edad de 94 años. San Antistio, obispo de Dirrachio, en Macedonia, murió como su divino Maestro, cla-

(1) Extrañan sobremanera tantas inadvertencias del autor. Ni el martirologio romano, en el 4 de enero, ni el oficio que de este santo ha sido compuesto y aprobado por nuestro santísimo Padre el papa Pio IX, hacen mencion de semejante martirio. Y el título que Su Santidad da á san Tito es de *confesor pontifice*. Rogamos á nuestros lectores no nos supongan cómplices en los errores que se siguieren, si tal vez no los anotamos por no alargar la obra. (El Traductor.)

vado en una cruz. San Phocas, obispo de Sínope en el Ponto, dió tambien su vida por Jesucristo. La persecucion se extendia por todas las extremidades del orbe, para combatir por todas partes á la vez una religion que, todavía en su cuna, abrazaba ya todo el universo. A medida que la espada de los tiranos privaba á las sillas de sus obispos, la eleccion de los clérigos y fieles, en union con la Iglesia de Roma, daba sucesores á los prelados mártires. Heron sucedia á Ignacio en Antioquía; Zaqueo, al obispo Justo en Jerusalen; Primo sucedia al obispo Cerdon (1) en la silla de Alejandría: las demás iglesias elegian igualmente sus sucesores. Y así, haciendo morir cada dia á los obispos, los tiranos daban motivo para hacer mas palpable la inmortalidad de la Iglesia, y la divinidad de una institucion que, desde entonces ya, disfrutaba de tanta robustez que se desarrollaba tanto mas cuanto mas se la perseguia.

13. San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de san Juan Evangelista, heredó la influencia que san Ignacio se habia conquistado en las iglesias de Asia. Con motivo del martirio de este célebre patriarca, su amigo, escribia aquel á los Filipenses una epístola célebre que se leia todavía en tiempo de san Jerónimo en las solemnes asambleas de los fieles de Asia. Aunque sea mas bien una epístola moral que no un tratado dogmático, se hallan sin embargo en ella testimonios preciosos acerca de los dogmas de la Encarnacion, de la satisfaccion de Cristo, de la realidad de su carne y su pasion; como tambien acerca de la jerarquía eclesiástica. En las reglas de bien vivir que dirige á todas las condiciones, á los jóvenes, á las vírgenes, á los fieles casados, á las viudas, á las diaconisas, á los ministros del altar, sacerdotes y diáconos, insiste particularmente sobre la necesidad de la oracion, del ayuno y otras mortificaciones, del temor del juicio final, de la castidad, subordinacion, condescendencia y mutua caridad. Sus palabras, toma-

(1) Cerdon, obispo de Alejandría, es muy diverso de Cerdon, hereje, que vivió bajo el imperio de Antonino Pio.

das frecuentemente de las Escrituras, sobre todo del nuevo Testamento, los Evangelios, Actos de los Apóstoles, epístolas de san Pablo, san Pedro y san Juan, prueban muy claramente el respeto con que miraba la Iglesia los documentos apostólicos.

14. Hácia el mismo tiempo, san Papias, obispo de Hierápolis en Frigia, amigo de san Policarpo y tal vez discípulo tambien de san Juan, recogia en sus escritos las tradiciones orales tocante al Salvador y sus Apóstoles. Compuso cinco libros que intituló: *Exposicion de los discursos del Señor,* de los cuales nos ha conservado algunos fragmentos Eusebio. La antigüedad ha alabado mucho la elocuencia, celo y piedad del santo obispo: cayó en el error de los milenarios atribuido, antes de él, al hereje Cerinto. Extraviado por una falsa interpretacion de aquel pasaje del Apocalipsis: « Los justos resucitarán » y reinarán mil años con Jesucristo, » concluyó que despues de la resurreccion habia un reinado terrestre de los justos. Pero no habia poblado este nuevo Eden de goces materiales ni de carnales delicias, como lo habia hecho Cerinto, imbuido de las ideas groseras del judaismo sobre el reinado del Mesías. San Papias no admitia, en este segundo advenimiento de Cristo, sino una felicidad espiritual, digna de las esperanzas de un cristiano. Sin embargo la austeridad de su doctrina y costumbres hizo que mas tarde adoptasen varios santos Padres el error del *milenarismo, ó kilianismo,* del vocablo griego χίλιον.

15. Entre los escritores contemporáneos de estos santos personajes, no es posible omitir el nombre de san Dionisio Areopagita. Algunos críticos de los siglos XVI y XVII han querido negar mal á propósito la autencidad de las obras que llevan su nombre. Este error ha sido refutado sabiamente por los PP. Honorato de Santa María y Natal Alejandro. Los libros que de este doctor han podido llegar hasta nosotros, son el *Tratado de los nombres divinos,* los *Libros de la Jerarquía celestial* y *de la eclesiástica,* un libro de *Teología mística,* y varias cartas. Abrazando en una sublime *trilogia* el conjunto del mundo de las inteligencias, « su levantado vuelo, dice

» santo Tomás de Aquino, le ha transportado sucesivamente » al cielo mismo de la santísima Trinidad, al cielo de la natu- » raleza angélica y al de la naturaleza humana. » La magnificencia de su estilo corresponde á la grandeza del asunto. Se encuentra con todo cierta oscuridad que los críticos atribuyen á tres causas : 1ª. á la dificultad de exponer claramente una materia tan sublime, una doctrina tan ardua; 2ª. al estilo particular de san Dionisio, que escribia al modo de los Platónicos, de los cuales no se ha conservado una idea bien clara y precisa entre los modernos; 3ª. á la ley del arcano, que le prohibia entrar en desarrollos ó explicaciones netas, por temor de exponer al menosprecio de los paganos los misterios de nuestra religion.

16. En el libro de la Jerarquía eclesiástica habla de los fieles que ya en su tiempo se entregaban á la vida contemplativa, separándose del mundo. Es bueno cotejar este pasaje con el del judío Philon, escritor contemporáneo, relativo á los Terapeutas ó monjes de la iglesia de Alejandría. « Se fabri- » can, dice este autor, citado por Eusebio en su Historia ecle- » siástica, oratorios pequeños retirados en los campos, á los » cuales dan nombre de μοναστήριον (*monasterium*). Allí pasan la » vida lejos de los demás mortales en ejercicios de piedad y » celebran los sagrados misterios : son asunto perenne de su » meditacion la ley de Dios, los oráculos de los Profetas y las » demás sagradas Escrituras. Todo el dia, desde el alba hasta » ponerse el sol, está consagrado á ejercicios piadosos, y al » canto de los salmos é himnos. Se acusarian severamente á sí » mismos si por cuidar de sus cuerpos en lo no necesario, per- » dieran un tiempo consagrado enteramente á la contempla- » cion de las cosas celestiales. Solo toman despues de puesto » el sol una comida frugal y parca. Para reanimarse en su sole- » dad, tienen los escritos de los antiguos que han fundado su » religion, y en ellos encuentran la regla de su conducta y los » modelos que tienen que imitar. » — « Estos escritos de que » habla Philon, dice Eusebio, son los Evangelios, los escritos » de los Apóstoles y algunos comentarios compuestos por

» doctores del siglo apostólico. » Estos testimonios de la antigüedad cristiana que hacen subir la institucion monástica hasta los primeros siglos de la Iglesia son interesantes para la historia.

¡Tierno y sublime era en verdad el espectáculo que ofrecian al mundo los cristianos, nuevamente sustraidos á los errores y á la corrupcion del paganismo! En tanto que las mas insensatas crueldades, que las pasiones mas viles se asentaban y manchaban el trono de los Césares, embebiéndose de tal modo en la sociedad que ni aun siquiera reparaba en ello, los discípulos de Cristo, mostrando en sí el espectáculo de la virtud desterrada de la sociedad pagana y refugiada en sus albergues, daban continuos ejemplos de desinterés, mortificacion, menosprecio del mundo, abstinencia y virtudes á los Romanos degenerados, pero que admiraban en secreto costumbres tan austeras de que ni aun hallaban modelos en los mas virtuosos tiempos de su República. Estos mismos cristianos probaban otras veces en medio de los anfiteatros, expuestos á las fieras ó á las llamas, que se habia infundido en sus corazones una virtud divina de paciencia procedente del nombre de Cristo.

17. Los Judíos, dispersos por todo el universo, despues de la ruina de Jerusalen, fueron llevando por do quiera el odio á los Romanos. Hácia el fin del imperio de Trajano (114-117) se rebelaron en Alejandría, en Egipto y en la Cirenáica, donde eran muy numerosos. No pudiera concebirse cómo esta desgraciada nacion osaba luchar contra las fuerzas del imperio cabalmente en el momento mismo en que las victorias de Trajano contra los Parthos daban aun mayor ascendiente á las armas romanas, á no tener presente que seducida de continuo por falsos profetas, se creia llamada en fin á inaugurar el reino del Mesías que aun esperaba, y á dar principio á la realizacion de sus quiméricas esperanzas. Fué señalado este levantamiento con inauditas crueldades. No satisfechos con degollar á los Griegos y Romanos con quienes habitaban, llegó su rabia hasta alimentarse con sus carnes, beber su sangre, ceñirse con sus intestinos y cubrirse con su pellejo : otros eran expuestos á las

fieras ó forzados á degollarse unos á otros como viles gladiadores. Se cree llegar el número de sus víctimas á mas de doscientas mil en la Libia Cirenáica : mataron doscientos cuarenta mil en la isla de Chipre. Trajano envió contra ellos Marcio Turbo al Egipto y á la Libia, el cual hizo morir infinita muchedumbre. Lucio Quinto hizo igual carnicería de Judíos en la Mesopotamia. Así se logró apaciguar esta primera sedicion.

18. No vió Trajano el fin de estos disturbios ; porque insaciable de triunfos, despues de haber subyugado la Armenia y la Babilonia, y asolado una parte de la Arabia, viniendo á poner sitio á Afra, ciudad de los Árabes agarenos, y obligado á retirarse, se fué á morir á Selinonte en Cilicia, el año 117. Muchas recientes conquistas sacudieron su yugo, y otras no pudieron acabar de ser sometidas. Administrador prudente en la paz, y hábil general en la guerra, Trajano mereció el amor y veneracion de los Romanos : feliz si no hubiera empañado su gloria con vergonzosas pasiones, y con sus crueldades contra los cristianos (1). La persecucion que movió contra la Iglesia le puso en contacto con los personajes mas heróicos que produjo en aquel tiempo, y con los obispos y confesores mas ilustres de aquella época. No entendió bien ni comprendió que los elementos vitales del imperio se habian refugiado en los cristianos, á quienes hacia arrojar á las fieras por una mera denuncia. No fué capaz de un sentimiento de admiracion ante la constancia y generosa intrepidez de san Ignacio y tantos otros obispos, á quienes daba la muerte en cruel espectáculo del romano populacho.

19. Dejó la púrpura á Adriano, su hijo adoptivo, á quien hizo aceptar por el senado la emperatriz Plotina : el nuevo César tenia todos los vicios contrarios á sus buenas cualidades. Amaba las artes, y mandaba dar la muerte, por envidia, á los

(1) Trajano era español, natural de Itálica (Sevilla la Vieja). De que era español, así como Adriano, su sucesor, se prueba por testimonio formal de Apiano Alejandrino, Dion Casio, Aurelio Víctor, Casiodoro, Latino Pacato, Eutropio, Eusebio, Próspero Aquitano, Paulo Orosio, etc., etc. Adriano era sobrino de Trajano, hijo de Elio Adriano, de Sevilla, y de Domicia Paulina, de Cádiz. (El Traductor.)

artistas : ávido de conocimientos por una parte, se rebajaba por otra hasta las ridículas supersticiones de la astrología judiciaria y de la mágica : afectaba gran respeto al senado, á quien debia su trono, y por solo capricho hacia condenar á muerte á los mas virtuosos senadores. Se explican pues muy bien por tal inconsecuencia de carácter los juicios tan opuestos que se han formado acerca de este monarca. Nada innovó respecto de las medidas adoptadas por Trajano contra los cristianos, por manera que siguieron expuestos á los tiros de la envidia ó del odio de los paganos.

20. El papa san Alejandro experimentó los efectos de esta política hácia este tiempo. Habia convertido á la religion de Cristo los principales ciudadanos de Roma, entre otros á Hermes, prefecto de la ciudad. Los sacerdotes de los ídolos y los magistrados paganos, irritados de su celo, le hicieron condenar á muerte, con Evencio y Theodulo, sus sacerdotes. Fué decapitado el 3 de mayo del año 119. Habia ordenado cinco obispos en el discurso de su pontificado. A mas de los decretos relativos á la Pasion del Salvador, al de la mezcla del agua con el vino en el cáliz, y al agua bendita, se le atribuye el haber sido el primero que ha ordenado servirnos del pan ázimo para el augusto sacrificio, por respeto á la divina víctima. Por otra parte, puede venirse en conocimiento del floreciente estado de la Iglesia romana en esta época por los magníficos elogios que le prodiga san Ignacio en la epístola que le dirige desde Esmirna. La llama « Iglesia predilecta, llena de » luz, digna de Dios, santa, justamente feliz, merecedora de » todo elogio, perfectamente ordenada, presidiendo por cari- » dad, conservadora del depósito de la ley de Cristo, que » lleva el nombre del Eterno Padre, que está unida segun la » carne y el espíritu, llena de la gracia de Dios, sin division » ni alianza impura. »

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIXTO I (119-128).

21. Veintiun dias despues de la muerte de Alejandro I, fué

dado por sucesor suyo san Sixto I. Desarrolláronse bajo su pontificado las perniciosas doctrinas de los gnósticos, arrastrando número considerable de fieles. Para formarse una idea cabal del gnosticismo, es necesario abstraernos de esta atmósfera intelectual que respiramos, y transportarnos al sistema *teogónico* de los paganos, que intentaban adaptar á los dogmas cristianos Basílides, Carpócrates, Epifanio y Valentin, sus principales corifeos. Realizóse esta fusion bajo de la influencia de la escuela de Alejandría, que despues de los Ptolomeos vino á ser el centro de todo el movimiento filosófico de aquella época. Se encontró la ciencia oriental, en este hogar comun, con los sistemas de Pitágoras y Platon. La idolatría fué purificada entonces, y elevada á la altura de una combinacion científica. Se abandonaron las fórmulas groseras y la mitología fabulosa á la supersticion popular, reservándose los conocimientos mas elevados, la alta sabiduría que se ocultaba bajo de esta engañosa apariencia. Esta sublime doctrina fué condecorada con el fastuoso nombre de Gnose, γνωσις, *conocimiento* por excelencia. En el punto de salida de toda filosofía, encuentra el espíritu humano dos problemas de cuya solucion pende el resultado de sus investigaciones : la existencia de la materia, la existencia del mal. Segun los materialistas, la materia es eterna; segun los dualistas, el principio del mal existe paralelamente con el del bien desde toda eternidad. Segun los panteistas, la materia es Dios, y el mal solo es la preocupacion de una inteligencia sobrado limitada para abrazar á la vez el conjunto de los seres y de las relaciones : no existe pues realmente. El gnosticismo ensayó un sistema diferente : el de las *emanaciones*. La materia no fué la obra inmediata de la inteligencia eterna : debió su existencia á un *demiurgo* inferior descendido, por medio de una serie de sucesivas generaciones, del principio supremo de todo ser hasta los extremos confines de la divinidad. Los primeros gnósticos, Saturnino de Antioquía, discípulo de Menandro, Basílides de Alejandría, Carpócrates y Epifanio su hijo, ambos tambien de Alejandría, dogmatizaban en los treinta primeros años del reinado de Adriano, y pusie-

ron en circulacion los principios del gnosticismo : pero estaba reservado á Valentino dar su última forma á estas doctrinas aun flotantes y sin fijeza. No apareció este sino veinte años mas tarde, bajo los pontificados de san Pío y Aniceto : mas para no interrumpir el relato histórico con nuevo juicio estimativo del gnosticismo, damos ahora un sucinto análisis. Segun Valentino, el principio del ser habitaba en una profundidad invisible é inexplorable; y le designaba bajo el nombre de Βύθος, *profundidad*. Este principio eterno de vida habia estado desconocido durante muchos siglos, en silencio, en descanso, teniendo consigo en su misteriosa soledad Ἐννοία, el *pensamiento*. Engendraron á Νοῦς, *la inteligencia*, con Ἀλήθεία, *la verdad*. Estos cuatro *Eones* (nombre que Valentino da á estos principios espirituales) formaban la *Tetrada* (cuaterna) sagrada, imitacion del cuaterno misterioso de Pitágoras. La inteligencia y la verdad produjeron á Λογός, *el verbo*, y á Ζώη, *la vida*, los cuales á su vez engendraron á Ἀνθρώπος, *el hombre*, y á Ἐκκλήσια, *la Iglesia*. De estos ocho *Eones* superiores procedian, siempre por *Syzigias*, otras veintidos generaciones que completaban el conjunto del mundo superior llamado *Pleroma*, Πληρώμα, *plenitud*. Los últimos Eones del Pleroma produjeron en generaciones sucesivas tres esencias : la esencia *pneumática* ó espiritual, inmutable é indestructible ; la esencia *psíquica* ó animal, capaz de bien y de mal; la esencia *hílica* ó material, sujeta á la muerte y destruccion. A estos tres elementos constitutivos del género humano correspondian tres clases de hombres diferentes. La primera la de los *pneumáticos* ó espirituales : en estos todo era vida, bien, luz; los gnósticos se ponian en esta categoría : la segunda, la de los *psiquitas*, naturalezas mixtas que viven de la vida animal, conservando empero un rayo de inteligencia : la tercera, la de los *hílicos* ó materiales, raza ínfima que vive de la vida terrenal y abyecta de los sentidos. Solo los *pneumáticos* pueden remontarse hasta el principio eterno, en los gozos del *Pleroma*, como un vapor sutil atraviesa todas las capas inferiores para ir á tomar su puesto en las regiones mas elevadas del aire. Los

psiquitas, habian tenido necesidad, para ser sacados de su estado inferior y elevarse, de ser rescatados por el Eon Jesús, que se habia encarnado en el hijo de María y que se ausentó de él en el momento de la Pasion; por manera que solo padecia el Cristo animal. La redencion no se ha llegado hasta los *hílicos*, condenados á la muerte eterna por la imperfeccion de su sustancia. Esta orgullosa clasificacion ponia á los gnósticos en la impecabilidad. Formada de un elemento mas puro que las almas de los demás hombres, la de los gnósticos no podia estar jamás expuesta á la corrupcion. Los desórdenes de los sentidos, los movimientos de la concupiscencia no alteraban nunca la paz de que gozaba en una region superior á las codicias y pasiones. Semejante doctrina justificaba todos los excesos y legitimaba todos los vicios y crímenes. Todas las acciones, aun las mas criminales, eran para ellos indiferentes; todas las virtudes, la gracia de la Encarnacion, la Redencion, la fe, las buenas obras, las mortificaciones, y aun hasta el martirio, eran supersticiones tan ridículas como inútiles. Es fácil concebir el atractivo que la perversidad humana hallaba en semejante doctrina; así es que los gnósticos se multiplicaron rápidamente en los dos primeros siglos de la Iglesia, y comprometieron mucho á los verdaderos fieles que se creia estaban de acuerdo con ellos. Las acusaciones de asambleas nocturnas ó infames, de banquetes homicidas, de execrables bacanales, recaian muy frecuentemente sobre los católicos, porque los paganos no se curaban de distinguirlos de los sectarios por no tomarse ni tiempo ni trabajo para averiguar la verdad; así es que cuando se encendia una persecucion, los verdaderos reos iban á buscar su salvacion con el incienso en la mano al pié de los ídolos, en tanto que los cristianos inocentes y fieles volaban al martirio.

22. Estas calumnias habian incitado sobremanera el odio popular contra los cristianos en los primeros años del imperio de Adriano (año 117). Sin necesidad de que este príncipe hubiese promulgado edicto ninguuo contra los fieles, la persecucion, que se habia apaciguado algun tanto hácia el fin del rei-

nado de Trajano, volvió á encenderse con furor, y por do quiera se oian los gritos tumultuosos de : *¡ Muerte á los cristianos!* que tantos llevaron al patíbulo. Entre los que entonces sellaron la fe con su sangre fueron santa Sinforosa y sus siete hijos. Esta viuda habitaba con su familia en la colina de Tibur, en donde el emperador Adriano acababa de hacer construir un palacio magnífico, que quiso inaugurar con sacrificios solemnes á honra de los dioses del imperio. Conforme á su costumbre supersticiosa, preguntó á los oráculos en medio de la funcion : su respuesta, sin duda sugerida por el odio de los sacerdotes paganos contra los cristianos, fué que la viuda Sinforosa, que vivia en la vecindad, los volvia mudos invocando el nombre de Dios, y que desde luego era necesario obligarla á ofrecer incienso á los ídolos. Conducida en presencia del príncipe, la heróica viuda repuso de este modo á las instancias suyas : « Getulio mi esposo, y Amancio su hermano, eran tribunos en » vuestros ejércitos : prefirieron la muerte á la apostasía; y si » su suplicio ha parecido un oprobio á los ojos de los hombres, » les ha cubierto en los cielos de gloria inmortal. — O sacri- » fica á nuestros dioses todopoderosos, con tus hijos, ó yo » haré que tú con tus hijos seais ofrecidos en sacrificio. — Mas » ¿de dónde me viene la dicha de merecer, yo y mis hijos, de » ser ofrecidos en holocausto á mi Dios? — No te sacrificaré » yo á tu Dios, sino á los mios. — Vuestros dioses no pueden » recibirme en sacrificio. Si me mandais abrasar por Cristo, el » fuego que me consumirá atormentará mas á vuestros demo- » nios que á mí misma. — Escoge; ó sacrificar á mis dioses, ó » espirar en suplicios. — Vano es que penseis hacerme vacilar » con vuestras amenazas. Mi mayor deseo es descansar con mi » esposo, á quien habeis hecho morir por el nombre de Cristo. » El emperador ordenó fuese conducida al templo de Hércules, que se le afease con heridas el rostro, y que se la colgase de sus cabellos. Mas como se mantuviese firme en su resolucion heróica, la hizo arrojar á un rio con un sillar al cuello. Al siguiente dia, mandó hacer hincar siete postes al rededor del templo de Hércules, sobre los cuales tendieron á los siete her-

manos con poleas, y se les hizo morir con diversos géneros de suplicios. Crescencio, el primogénito, murió de una cuchillada en la garganta; á Julian le atravesaron el pecho con puntas de hierro; á Nemesio le atravesaron el corazon de un lanzazo; á Primitivo le atravesaron el estómago de una estocada; le rompieron los riñones á Justino, le abrieron las costillas á Estracteo, y en fin hendieron y desgajaron en dos partes de alto abajo el cuerpo de Eugenio, el menor de los hermanos.

23. Hácia este mismo tiempo, santa Sabina, viuda, y santa Serapia, vírgen, recibieron la corona del martirio en la Umbría: santa Zoe con sus hijos, en la Panfilia. En Roma padecieron igualmente el martirio san Eustaquio, con su mujer é hijos. Era este un general ilustre de los ejércitos imperiales; mas prefirió dar su vida por el Rey de los cielos, que pasarla gloriosa entre los hombres, haciendo traicion á su conciencia y á la verdad. Otro militar, probablemente tribuno de soldados, padeció entonces tambien el martirio: hase conservado la memoria de este en la siguiente inscripcion, grabada en la piedra de su sepultura en las catacumbas: « En tiempo del emperador Adriano, Mario, jefe de soldados, y todavía jóven, vivió mucho, pues que dió con su sangre la vida por Cristo. Descansa en paz. »

24. El papa san Sixto I fué una de las últimas víctimas de la persecucion levantada en tiempo de Adriano. Fué muerto hácia el año 128, despues de haber gobernado diez años la Iglesia. Segun el *Libro pontifical*, san Sixto dió un decreto que reservaba á solos los ministros la facultad de tocar las cosas sagradas. Y en fin ordenó que los obispos mandados comparecer ante la Sede apostólica, no fuesen recibidos en sus diócesis sino con cartas de la silla de san Pedro, dirigidas en forma de salutacion á su pueblo: estas cartas se llamaban *letras formadas*. Al modo pues que los clérigos no podian viajar sino con *letras de comunion* de sus obispos, los obispos debian llevar letras de comunion de la Santa Sede; constituyéndose de este modo la jerarquía en la unidad de gobierno bajo la inmutable autoridad de los Papas, sucesores de san Pedro.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN TELÉSFORO (128-138).

1. Fué nombrado sucesor de san Sixto I el papa Telésforo. Antes de su promocion llevaba una vida anacorética. Como nos lo dice el *Libro pontifical* (*ex anachoreta*). Presidir en las asambleas de los cristianos en las catacumbas, ordenar presbíteros y consagrar obispos (1) para llenar las sillas de los que habian perecido al cuchillo de la persecucion, confirmar en la fe y la paciencia las iglesias vacilantes con motivo del terror de la persecucion, arreglar el órden de las ceremonias sagradas, la fórmula de las oraciones, la forma de los himnos que las acompañaban, asentar en sólidas bases la jerarquía eclesiástica, vigilar por el sosten de las sanas doctrinas y tradiciones, terminar en fin una vida de privaciones y trabajos

(1) Estas ordenaciones casi siempre se hacian hácia la fiesta de Navidad, *mense decembri*. La Iglesia tenia pues, desde los primeros siglos, el uso de reservar épocas fijas para estas ceremonias tan trascendentales, pues que perpetúan el sacerdocio en el mundo.

piadosos con los suplicios del martirio, tal era el glorioso privilegio de los primeros romanos Pontífices. — 1°. La institucion apostólica de la cuaresma fué mantenida y confirmada por san Telésforo, que ordenó un ayuno de siete semanas antes de Pascua. 2°. El uso de no celebrar misa sino á la hora de Tercia fué mantenido tambien por este papa, el cual solo exceptúa la misa de Navidad, que manda se celebre por la noche. 3°. San Telésforo fué el primero que introdujo en la liturgia el canto del *Gloria in excelsis*.

2. Recorria á la sazon Adriano las provincias del imperio, dejando por do quiera, al lado de vergonzosas trazas de sus pasiones, mejoras útiles y reformas sólidas. Se detuvo especialmente en Atenas, que trató de embellecer á toda costa, y que quiso se llamase *ciudad de Adriano*. Mientras su estancia en esta ciudad, san Cuadrato, á quien nos presenta Eusebio como discípulo de los Apóstoles, de brillante ingenio y abrasado de celo, aprovechó esta circunstancia para dirigirle una apología en favor de los cristianos (año 126). Esta obra, la primera en su género, existia aun en tiempo de san Jerónimo, quien la elogia mucho. Solo nos queda un fragmento concerniente á la realidad de los milagros de Cristo en cotejo con los encantamientos y prestigios fugitivos de los mágicos. « Las » maravillas del Señor, dice el santo apologista, eran visibles » porque eran verdaderas : se veian los curados, se veian los » resucitados. Se les vió no solamente en el momento mismo » de la operacion milagrosa, sino mucho tiempo despues; se » les vió no solo durante la vida misma del Salvador, sino mu- » chos años despues que subió á los cielos : algunos de esos « milagrosamente curados han vivido hasta nuestros dias. »

Arístides, filósofo cristiano de Atenas, presentó hácia esta misma época y al mismo emperador otra apología, en la cual se apoyaba en los testimonios de los antiguos filósofos para probar la sublimidad de la fe católica. Se ha perdido igualmente esta obra. El emperador, movido de estas justas representaciones, principió á tener sentimientos mas favorables á la religion cristiana.

3. Pero lo que contribuyó aun mas á poner término á la persecucion fué la carta que hácia este tiempo escribió al emperador Adriano Serenio Graniano, procónsul del Asia, con motivo de las atroces persecuciones de la muchedumbre contra los cristianos. Era costumbre que, en los juegos públicos, el pueblo de Roma ó el de las provincias que asistia á ellos, dirigiera al príncipe ó á los procónsules todas las peticiones que podian sugerirle las pasiones, enardecidas por los espectáculos. El grito que resonaba entonces por do quiera en todos los anfiteatros era : *Echar los cristianos á los leones ;* y eran arrojados los cristianos á millares á las garras de los leones y fieras sin interrogatorio, sin forma de proceso, sin sentencia judicial. Serenio en su carta al emperador no temia tratar de iniquidad monstruosa semejante conducta : parecíale una barbarie indigna de Roma, y de Adriano mismo, sacrificar á los clamoreos tumultuosos del populacho una infinidad de víctimas de toda edad, sexo y clase, sin que se les acusara jurídicamente de crímen alguno.

4. La respuesta de Adriano fué enviada no á Serenio Graniano, que en el intervalo habia tal vez dejado el gobierno del Asia, sino á Minucio Fundano su sucesor. Segun testimonio de Eusebio, que nos ha conservado esa respuesta, estaba concebida en estos términos : « He recibido la carta que me ha es-
» crito vuestro antecesor el ilustrísimo Serenio Graniano. El
» negocio merece séria consideracion, para que esos hombres,
» (los cristianos) no se vean ya mas expuestos á semejantes veja-
» ciones, y que no se suministre á los delatores un pretexto ú
» ocasion de calumniar. Si los moradores de algun lugar tie-
» nen que formar contra los cristianos alguna acusacion bien
» articulada, que recurran en persona, si pueden, ante vuestro
» tribunal para entablarla jurídicamente : pero que nadie in-
» tente sustraerse de esta via jurídica por clamoreos tumul-
» tuosos, ni por demandas ó quejas vagas. La razon pide que
» si álguien tiene que formular una acusacion, tomeis vos co-
» nocimiento de ella : si se les puede convencer de haber come-
» tido algunos actos contrarios á las leyes, juzgad segun la

» gravedad del delito y circunstancias del caso; pero si al » contrario no se ha intentado la acusacion sino por calumnia, » castigad al delator como merece su crímen. » Este rescrito imperial fué remitido á los demás gobiernos y provincias del imperio, y disminuyó mucho el fuego de la persecucion, aunque sin apagarlo enteramente, porque las pasiones populares de un lado, y el odio de los procónsules contra el nombre cristiano de otro, y en fin la pérdida progresiva del respeto y obediencia á la autoridad central, entregaron todavía gran número de cristianos á la arbitrariedad de una muchedumbre ciega ó de jueces malquistados.

5. Los Judíos, vencidos siempre y siempre rebeldes, aprovecharon los viajes del emperador á las lejanas provincias para intentar nuevo levantamiento. Dos razones principales les tenian irritados contra la dominacion de Adriano. Este príncipe, que se habia impuesto como un deber el levantar de sus ruinas todas las ciudades de su vasto imperio, habia enviado á Jerusalen una colonia pagana para restablecerla y habitarla: y aun resolvió mudar su nombre en el de *Ælia Capitolina*. Los Judíos no podian soportar, sin una secreta indignacion, la vista de estos idólatras que habian levantado altares á los falsos dioses en los parajes mismos en que el Dios de Abraham habia sido invocado tan luengos siglos por sus padres. Otra medida les habia herido además en lo mas vivo de su corazon, tan apegado á la inviolabilidad de la ley de Moisés, y era que Adriano les habia prohibido bajo pena de la vida el circuncidar á sus niños: era, como se ve, borrar el sello de la alianza con Dios, el signo sagrado que los distinguia de los paganos. Comenzó pues á manifestarse entre ellos una fermentacion sorda: se reunian en vastos subterráneos, cavados fuera de las ciudades, é iban organizando secretamente una rebelion. Un impostor diestro supo sacar partido de estas disposiciones hostiles y aprovecharlas para satisfacer su ambicion personal. Llamábase *Barcozebas,* ó hijo de la estrella, y se decia enviado de Dios para libertar al pueblo judío de la opresion de sus enemigos. La estrella de Jacob, predicha por Balaam, prefiguraba su advenimiento; él era el

Mesías esperado por los patriarcas y prometido por los profetas. El rabino Akiba puso al servicio del falso profeta los recursos de su saber y la influencia de que gozaba entre los suyos. No era menester tanto para que *Barcozebas* fuese acogido como el salvador de Jerusalen, y se vió muy pronto al frente de gran muchedumbre de partidarios. El primer uso que hizo de su poder fué perseguir cruelmente á los cristianos que se rehusaban á renegar de Cristo y á entrar en la liga que formó contra la dominacion romana. Los suplicios á que los condenaba excedian de mucho en crueldad y barbarie á cuanto habia podido inventar contra ellos la rabia de los paganos. Mientras tanto fué extendiendo á lo lejos sus ramificaciones, buscando por todas partes enemigos del imperio para atraérselos, asociándose en los pueblos vecinos una muchedumbre ansiosa de pillaje que engrosaba mas y mas el número de sus tropas, y en fin coligándose por medio de intrigas secretas con todos los de su nacion esparcidos en todo el Oriente. Se despreciaron desde luego estas tentativas de un pueblo tantas veces sometido, y los Romanos no llegaron á penetrarse de la importancia de esta nueva guerra sino cuando supieron que ponia en movimiento todo el universo. El gobernador de la Judea Tinio Rufo mandó supliciar una infinidad de personas, sin distincion de edad ni sexo; acto insensato que dió por resultado irritar mas y mas la furia de los conjurados. Se levantaron pues estos á la vez de todos los puntos de la Siria, y espantado el gobernador pidió nuevos refuerzos al emperador. Adriano llamó á Julio Severo, gobernador entonces de la Gran Bretaña, y reputado por el mayor general de su tiempo, y lo asoció á Tinio Rufo. Al ver enemigos tan numerosos, Severo no pensó en empeñarse en una batalla general, prefiriendo una guerra larga pero segura al peligro de un combate general dudoso. Los atacó pues separadamente, contentándose con estrecharlos mas y mas, y cortarles víveres y comunicaciones. Coronó tan oportunas maniobras un éxito brillante. Durante los dos años que tardó en esta expedicion, se fué apoderando sucesivamente de todas las plazas fuertes de la Judea, hizo

morir cerca de seiscientos mil Judíos, sin contar los que fueron víctimas del hambre, fuego y miseria. Se vendia muchedumbre infinita de ellos en los mercados de Terebinto y Gaza; los que no pudieron ser vendidos fueron deportados al Egipto. Este espantoso desastre sobrepuja á los que habian hecho sufrir á la Judea Nabucodonosor y Tito: Barcozebas habia perecido en el sitio de Bether, en donde los rebeldes habian establecido el centro de sus operaciones. Jerusalen no conservó mas ya ninguno de sus antiguos monumentos de su pasada gloria. Las piedras que habian servido á la fábrica del templo se emplearon en la de un teatro. En una de sus puertas se colocó un cerdo de mármol, el mas inmundo animal para los Judíos: en el sitio del santo sepulcro de Cristo se colocó un ídolo de Júpiter; una estatua de Venus en el Calvario; y fué plantado un bosque sagrado en Belen. La consagracion á Adonis, del pesebre donde nació Jesús, acabó de profanar los sacros lugares. Se prohibió á los Israelitas entrar en Jerusalen, ni aun mirarla de lejos: tan vivo estaba todavía su amor por Sion. Se vieron reducidos estos restos infelices á comprar muy caro el permiso de ir, un solo dia al año, á bañar con sus lágrimas los sitios en donde habia florecido su religion en otro tiempo con tanta gloria. San Jerónimo, que fué testigo de esta lúgubre ceremonia subsistente todavía (en su tiempo), décia: «Despues » de haber comprado la sangre del Salvador, compran hasta » sus propias lágrimas, rescatan hasta sus lloros. ¡Qué espec» táculo tan triste y funesto es el ver, el dia en que Jerusalen » fué tomada y destruida por los Romanos, venir con lúgubre » aparato una muchedumbre de pueblo, mujeres, ancianos » cargados de años y de harapos, atestiguando la ira perenne » del Señor por el abatimiento de sus cuerpos y por sus rasga» das vestiduras! »

Sin embargo, esta catástrofe vino á ser luego ventajosa á la iglesia cristiana de Jerusalen. Hasta entonces habia sido gobernada por obispos convertidos del judaismo, y por consiguiente afectos á las observancias de la ley mosáica. No siendo admitidos á morar en esta ciudad sino los Gentiles, la Iglesia

se fué reclutando de las conquistas que hacia entre ellos. Por otra parte, acabándose de realizar completamente la dispersion de este pueblo condenado por Dios, esta última borrasca dió nueva fuerza y nuevo brillo á las pruebas de la religion cristiana, la cual, segun las profecías, debia de suceder al judaismo y levantarse sobre sus ruinas (año 134).

6. Lejos de abrir los ojos en presencia de una venganza divina tan manifiesta, los doctores judíos se aplicaron mas que nunca á cegarse á sí propios y á arrastrar en pos de su error á sus desgraciados compatriotas. Por aborrecimiento al cristianismo y con la mira de debilitar las pruebas de la divinidad de Cristo, que tan claramente resultan de las profecías, comenzaron la composicion del *Talmud* ó doctrina, enorme compilacion de sus tradiciones orales. Esta obra se divide en dos partes: la *Mischna* ó ley, que es el texto, y el *Ghemar* ó complemento, que es el comentario. La coleccion entera consta de doce volúmenes en folio. Al examinar sus fábulas é invenciones pueriles, se ve á las claras el odio que profesan al nombre cristiano, odio que ni siquiera disimulan. Este libro es el mayor obstáculo para la conversion de los Judíos.

7. En esta época y casi con el mismo objeto emprendió un cristiano apóstata un trabajo de otro género. Aquila, natural de Sínope, en el Ponto, fué desde luego pagano. Al ver los milagros obrados en el seno del cristianismo, se convirtió y fué bautizado. Mas su obstinada y loca aficion á la astrología, que no queria abandonar á pesar de las amonestaciones de los obispos, le hizo ser excomulgado y separado del seno de la Iglesia. Para vengarse de esta injuria se hizo circuncidar y abrazó abiertamente el judaismo: y llevando mas adelante los esfuerzos de su cólera y odio, se aplicó al estudio de la lengua hebrea, y cuando llegó á tener conocimiento profundo de ella emprendió una nueva version griega de la Escritura, queriendo corregir la de los Setenta. Se esmeró sobre todo en traducirla literalmente, y salió tan bien en su idea que san Jerónimo la titula: la *traduccion exacta por excelencia*. Pero el mismo Padre le reprende el haber debilitado á propósito los pa-

sajes que prueban la divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

8. Todos estos esfuerzos para detener la marcha progresiva de la Iglesia católica no hacian sino darle nueva fuerza; porque los Judíos, dispersos, iban llevando consigo mismos por todo el universo el testimonio de la victoria del cristianismo; y los herejes, entregándose á los desórdenes de una vida infamante, se condenaban á sí propios: y en fin, los emperadores acababan de ir minando su propia autoridad por los excesos de todo género á que se abandonaban sin rebozo. El año 138 murió Adriano. Hácia el fin de su vida se volvió misántropo y cruel: hizo conducir al suplicio á Serviano su cuñado, y á Fuerco su resobrino. Se dice que envenenó á su esposa Sabina, y que en seguida la mandó colocar en el número de las deidades del imperio. Se quejaba de no poder morir, cuando hacia morir á los demás á su antojo. En fin espiró ahogado por exceso de comida, maldiciendo á los médicos y chanceándose sobre su alma. Antonino Pio, su hijo adoptivo, le sucedió, príncipe digno del sobrenombre que le habian merecido sus virtudes y su agradecimiento á su bienhechor. Hiciéronle ser amado de los Romanos sus bellas prendas, así como venerado de los extranjeros y aun de los reyes bárbaros, que le escogieron mas de una vez por árbitro en sus diferencias y desacuerdos.

9. En el mismo año, terminó el papa san Telésforo con glorioso martirio su carrera apostólica. Habia gobernado diez años la Iglesia de Cristo, y se le dió por sucesor á san Higinio, convertido del filosofismo, *ex philosopho,* á la fe cristiana.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HIGINIO (138-142).

10. Habia venido en esta época á Roma un sirio, discípulo gnóstico, llamado Cerdon; Valentiniano dogmatizaba ya en dicha ciudad, y no tardó mucho en llegar Marcion. Cerdon habia tomado el fondo de su doctrina del gnosticismo, mas dándole nueva forma. Condenado y excomulgado por san Higinio, no por ello dejó de continuar derramando en los fieles el

veneno de sus doctrinas. Enseñaba abiertamente el dualismo. Segun su sistema, habia dos dioses, uno bueno y bienhechor, otro justo y severo; el uno invisible y desconocido, visible y manifiesto el otro; el primero padre de Jesucristo, el segundo criador del universo; aquel autor de la gracia; este de la ley. — Marcion, natural de Sínope, en el Ponto ó mar Negro, se hizo discípulo suyo. Hijo de un santo varon, que fué luego obispo, habia sido educado cristianamente, y en los primeros años de su juventud profesaba la vida ascética. Pero habiendo tenido la desgracia de caer en un pecado grave de impureza, su padre, en quien recaia la ignominia, lo excomulgó y separó de la Iglesia. A pesar de las instancias que le hizo rogándole volviese á admitirle á la comunion de los fieles, el santo obispo estuvo inflexible, y Marcion tuvo que venirse á Roma. Dotado de un espíritu activo y emprendedor, se encargó de propagar la doctrina de Cerdon, que habia abrazado; y fué tanto su celo y éxito, que logró mucha mas fama que su maestro. Negaba que el Hijo de Dios se hubiera encarnado realmente, ni que tuviesen que resucitar nuestros cuerpos, porque repugnaba, decia, al Hijo de Dios bueno revestirse de la corrupcion de la materia, y al alma tener por compañero de su gloria á un cuerpo malo por naturaleza. Lo mas digno de notarse en su sistema era la parte moral. Tomando muy de veras la guerra que los gnósticos declaraban al cuerpo, Marcion y los suyos ayunaban para mortificar su carne; predicaban la virginidad y tenian vírgenes muy austeras; ni admitian al bautismo sino á los que vivian en la continencia. Por el mismo principio ensalzaban el martirio y trataban de buscarlo. Evitando así las impurezas de los demás gnósticos, la doctrina de Marcion era mas peligrosa para los espíritus endebles, que conservaban sin embargo cierta honestidad natural para huir de las sectas degradadas. Esta circunstancia explica los rápidos progresos de los Marcionitas en el Oriente y Occidente, como lo atestigua san Justino en vida aun de Marcion.

11. Habia á la sazon dejado vacante la silla de san Pedro el papa san Higinio, que solamente la ocupó cuatro años (142).

No se sabe el género de suplicio al que debió el título de mártir. Se cree, segun una expresion del *Libro pontifical,* que dió un decreto relativo á los diversos órdenes y funciones de los clérigos: se ha querido ver en este hecho el orígen de los cardenales. Si se intenta con esto decir que san Higinio fijó, el primero, los títulos de los obispados *suburbicarios* que fueron dados despues exclusivamente á los cardenales, esta observacion puede ser fundada: pero creemos mucho mas reciente el nombre y dignidad del cardenalato.

Fué dado por sucesor al papa san Higinio san Pio I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PIO I (142-150).

12. A pesar del carácter manso y clemente del emperador Antonino Pio, los fieles no dejaron de ser blanco de la mas cruel persecucion bajo su gobierno. La siguiente inscripcion, erigida al mártir san Alejandro en el cementerio de Calixto, nos da la prueba: « Alejandro no ha dejado de vivir en la » tierra sino para comenzar una vida inmortal en los cielos: » terminó su carrera bajo el imperio de Antonino, el cual, » deudor de grandes beneficios á los cristianos, les volvió mal » por bien. Porque es conducido al suplicio cualquiera que » dobla su rodilla al verdadero Dios, y que le rinde homenaje. » ¡Oh! desgraciados tiempos en que no podemos evitar los » verdugos ni aun en las cuevas en medio de nuestros sacrifi- » cios y oraciones! ¡Cuán miserable es la vida! Mas al propio » tiempo, ¡cuán infausto es el morir, cuando no es permitido » ni á los parientes ni amigos tributar las honras funerales » á los objetos de su ternura! » Estas sentidas quejas, mezcladas de cristiana resignacion y santa esperanza, aliviaban sin duda el dolor de los fieles que perdieron en medio de los suplicios á sus hermanos en la fe; pero no podian llegar dichas quejas hasta el trono de los Césares. Hácia este tiempo se encargó de esta noble empresa una voz elocuente, la del apologista Justino.

13. Nació este en Naplusa (la Sichem antigua), ciudad de

la Palestina, de una familia pagana de labradores, establecida en aquel lugar por el emperador Vespasiano. Dios, que queria traerle al conocimiento de la verdad, le habia dotado de un talento superior, espíritu ardiente, ávido de ciencia y propenso á las investigaciones filosóficas. Desde su juventud se dedicó á ellas con gusto y aun con pasion. Despues de haber agotado la doctrina de los Estóicos, Peripatéticos y Pitagóricos, sin haber podido apagar la sed de la verdad que padecia su alma, abrazó la filosofía de los Platónicos, cuyo espiritualismo convenia mas á la elevacion de su inteligencia. Paseándose solo un dia en las orillas del mar que bañaba las costas de su patria para abandonarse mas sosegadamente á sus acostumbradas meditaciones, apercibió un anciano desconocido, de rostro y compostura venerable, que entabló la conversacion sobre la sabiduría, sobre Dios y sus perfecciones, y en fin sobre los destinos de la humanidad. Le hizo comprender á nuestro Justino cuán incapaz era la filosofía, aun la del divino Platon, para alumbrar al espíritu humano acerca de estas materias. «¿Qué guias será pues necesario seguir, preguntó Justino, si » estas no han podido llegar á conocer la verdad? — En cierta » época muy antigua, respondió el anciano, y mucho tiempo » antes que naciesen esos hombres reputados por sabios, ha » habido hombres justos y amigos de Dios, que hablando por » inspiracion del espíritu divino, han anunciado de antemano » lo que hoy sucede en el mundo. Se les llamaba profetas: so- » los ellos han conocido la verdad, solos la han comunicado y » enseñado á los hombres. Cuando se leen con viva y sencilla » fe sus obras, revelan á la inteligencia la sola doctrina digna » de un verdadero filósofo: en sus discursos no proceden por » via de silogismos ni raciocinios sutiles; porque el testimonio » que dan de la verdad es muy superior á toda demostracion. » Sus oráculos, cuyo cumplimiento palpamos hoy dia, mandan » y exigen nuestra creencia. Añadid á esto los milagros que » obraban en nombre de Dios, único, criador y padre de to- » das las cosas, y anunciando al propio tiempo el adveni- » miento de Jesucristo su hijo. Ruega pues que se abran para

» tu inteligencia las puertas de la luz; porque nadie puede » ver ni entender la verdad, si Dios y su hijo el Mesías no » predisponen su alma. »

Estas palabras, proferidas en medio de la turbacion y desasosiego que habian dejado en el corazon de Justino el estéril estudio de los vanos sistemas y las contradicciones de la filosofía pagana, le inspiraron un vivo deseo de acudir inmediatamente á estos puros y abundantes manantiales que hasta entonces habia menospreciado. « No tardé, añade, en convencerme que solo en ellos se hallaba la filosofía verdadera y » útil á los hombres : hé aquí porqué soy cristiano. » Esta importante conquista del Evangelio sobre la sabiduría del paganismo se verificó en los últimos años del reinado de Adriano, del año 132 al 138.

14. Justino conservó en su nuevo género de vida el *palio* ó manto de los filósofos : se cree que se agregó al clero romano, del cual fué en efecto uno de los mas ilustres miembros. Hasta este tiempo la educacion de la juventud estaba en manos de los filósofos paganos : san Justino fué el primero que abrió una escuela católica, en donde formaba á la fe el entendimiento y vida de sus discípulos; el célebre Taciano fué uno de ellos. Manifestó en obras superiores su fe ardiente y eficaz. Publicó desde luego un libro intitulado : *Exhortacion á los Griegos,* con el fin de desvanecer las preocupaciones de los paganos contra el cristianismo. Prueba con la vasta erudicion que mostró siempre, que los libros de Moisés son anteriores de mucho á todos los escritos de los filósofos y poetas paganos, y que la tradicion mosáica, desfigurada con mil errores accidentales y locales, se halla, en cuanto á los puntos capitales, en las teogonías paganas; y así demuestra que el dogma de la unidad de Dios, base de la revelacion judía, se ve conservado en las obras de los autores paganos mas apreciadas. Los enemigos del catolicismo, desde Juliano el Apóstata hasta las sectas protestantes, han tomado pretexto de estas aserciones para acusar de *platonismo* á san Justino y á los Padres de los primeros siglos de la Iglesia. Pero esta inculpacion se desvanece al mas

leve exámen; porque la filosofía de Platon está mezcada con tantos errores, oscuridades y contradicciones, que es imposible hacer proceder de ella la doctrina católica. Por otra parte, Aristóbulo, Josefo, san Justino, Orígenes y Eusebio de Cesarea han probado que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebráicos, y que de ellos habia sacado aquella parte de su doctrina que tan poco se semeja á lo demás, y que se opone abiertamente á lo que es suyo propio. Y aun cuando fuera posible que un hombre, cuyo ingenio le mereció el dictado de divino por toda la antigüedad, hubiese llegado á tocar algunas verdades sublimes, popularizadas mas tarde por el cristianismo,— esfuerzo que pudo hacer valiéndose de las tradiciones subsistentes en el seno de la humanidad, — lejos de que ese fenómeno sea un reproche para los doctores de la Iglesia, que podian y debian valerse de un testimonio tan precioso, ¿no se ve que era poner en evidencia un nuevo y maravilloso argumento en favor de la fe, pues que quedaba evidenciado que esta es conforme á la religion natural de las mas elevadas inteligencias (1)?

15. Preludiaba san Justino con esta obra la publicacion de su Apología primera, tan interesante y oportuna por la perscucion que en aquella misma época padecian los cristianos. La dirigió en estos términos á los jefes que entonces gobernaban el imperio romano : « Al emperador Tito Elio Adriano Anto-
» nino Pio, César Augusto; á Verísimo, su hijo, amigo de la
» verdad; á Lucio, igualmente amigo de la verdad, hijo de
» César é hijo adoptivo de Pio; al sacro senado y á todo el
» pueblo romano : en favor de los hombres de toda condicion
» que se encuentran injustamente aborrecidos y perseguidos
» como cristianos : Yo, Justino, hijo de Prisco y nieto de Bac-
» chio, de la colonia de Flavia Neápolis, en la Siria palestina,
» uno de ellos, presentó estas Memorias.

» La razon, continúa, impone un deber á cuantos sean ver-
» daderamente piadosos y filósofos de amar la verdad, y amarla

(1) Véanse los *Estudios históricos* de Chateaubriand; estudio 2º, parte 2ª.

» hasta sacrificarle las preocupaciones recibidas de nuestros » antepasados, y aun nuestra propia vida. Príncipes, se os da » el nombre de piadosos, de filósofos; se os llama guardado- » res de la justicia, y amigos de la verdad; veremos si lo sois: » porque si os dirigimos este escrito, no penseis sea por lison- » jearos ni pediros gracia. Lo único que os pedimos es que » ordeneis se haga pesquisa é investigacion severa, y que si » somos reos, seamos castigados con todo el rigor de las leyes. » No os engañeis; si no escuchais, para hallarnos culpables, » mas que al deseo de hombres supersticiosos, si no mostrais » acceso mas que á ciegas pasiones, ó á vagos rumores, vues- » tra sentencia no condenará sino á vosotros mismos. Porque » mientras no nos probaréis convictos de algun crímen, podeis » sin duda inmolarnos, jamás perjudicarnos (1). »

Semejante energía y razonamiento tan elevado no se desmienten un punto en toda su Apología. Se indigna al ver de que baste confesarse cristiano para ser conducido al suplicio, en tanto que los que apostataban ante los tribunales quedaban absueltos y con todos los honores debidos á la inocencia, á la virtud, como si no fuera justicia rigorosa examinar previamente la conducta de un acusado antes de condenarle ó absolverle. « Parece, añade con rara energía de expresion, que » temeis que todo el mundo practique la virtud y que no ten- » gais ya á quien castigar: pensamiento mas propio de un ver- » dugo que de príncipes justos y generosos. » Pasa en seguida á la exposicion sencilla, clara y precisa de la doctrina de los cristianos, y hace la descripcion de sus costumbres sin afectacion como sin timidez. « Podemos, dice, mostrar entre nosotros » hombres que de violentos é iracundos se han vuelto humildes » y sufridos, convertidos por el modelo de la vida ejemplar de » los cristianos, ó por la fidelidad de que han dado estos pruebas » en la agencia de los negocios. » Para responder al cargo de rebeldía contra los príncipes y leyes del imperio con que se

(1) Tomamos este análisis elegante del exordio de la Apologia de la pluma experimentada del abate Blanc, *Cours d'histoire ecclésiastique*, 2e partie, 182, 1re édition.

trataba de manchar la constancia de los cristianos, se expresa así : « No adoramos nosotros sino un solo Dios, pero os obe- » decemos con gusto en todo lo demás, reconociéndoos como » emperadores y señores de los hombres, y rogamos para que, » con la autoridad soberana, esteis dotados tambien de la recta » razon. »

Por fin entra en la parte mas delicada de su trabajo, la de los agravios y calumnias acumuladas contra los cristianos. No podia refutarlas victoriosamente sino quebrantando *la ley del arcano*, cuya observancia era tan rigorosa desde el siglo primero, como hemos visto. Sin embargo no era posible volverse atrás ni aun detenerse en presencia de la opinion pública, extraviada mas y mas cada dia por las infamias de los gnósticos. Está puesto en razon, dice un historiador, creer que san Justino consultó y se puso de acuerdo con el papa san Pio I acerca de esta parte de su Memoria, y que si habló tan explícitamente de algunos dogmas, y especialmente de la Eucaristía, lo hizo con asentimiento suyo. Expone pues la doctrina católica de este sacramento y el del bautismo, evitando con todo expresar las fórmulas sacramentales. « No recibimos la Euca- » ristía como un pan ordinario, dice, ni como una bebida ordi- » naria; sino que así como por la palabra de Dios fué encarnado » Jesucristo y tomó nuestra carne y nuestra sangre para nuestra » salvacion, del mismo modo el pan y el vino, santificados por » la oracion de su Verbo, se convierten en la carne y en la » sangre del mismo Jesucristo encarnado para constituirse » nuestra carne y sangre por la transformacion del alimento. » Presenta en seguida el detalle de otras circunstancias que acompañan á la accion principal del sacrificio, de las cuales podia hablar sin inconveniente alguno, tales como las oraciones, exhortaciones, lectura de los libros sagrados, ósculos de paz, colecta para los pobres.

Concluido el cuadro fiel de las costumbres de los cristianos y de su conducta en las asambleas religiosas, acaba con la misma independencia de lenguaje y pensamiento : « Tal » es nuestra doctrina : respetadla, si la encontrais razonable;

» si no veis en ella sino frivolidades, menospreciadla, pero no » condeneis por ella á millares de inocentes. Podríamos pe- » diros justicia en virtud de la carta del ilustre y gran César » Adriano, vuestro padre : mas hemos preferido no apoyarnos » sino en la bondad de nuestra causa y en la justicia de esta » Memoria. Si persistís en sacrificar la verdad al furor popular, » haced lo que está en vuestra mano. Cuando los príncipes » prefieren lisonjear la opinion pública á respetar los intereses » de la justicia y del derecho, no pueden menos de obrar » como obran los malhechores en los bosques de su gua- rida. »

16. Este lenguaje, que respira dignidad y moderacion, como eco de la virtud, ¿tocó el corazon de Antonino? Fuera permitido conjeturarlo por el rescrito imperial cuyo texto nos ha conservado Eusebio. Los fieles del Asia y la Grecia, perseguidos como los de Roma, dirigieron igualmente al emperador sus quejas por las vejaciones de todo género que experimentaban de parte de los infieles de aquellas comarcas. Los paganos echaban la culpa de todas las calamidades públicas á los cristianos, porque las miraban como venganza de los cielos por los ultrajes que los dioses recibian todos los dias de esta *secta impía*. En los años 148 al 150 sobrevinieron á la vez diferentes azotes; una hambre espantosa, la inundacion del Tíber, un terremoto que asoló muchas ciudades en Asia y en la isla de Rodas. Resonaban pues con nueva furia contra los cristianos los gritos sanguinarios del populacho; y para contener los efectos de ese odio brutal, Antonino se vió obligado á enviar á las ciudades del Asia, en favor de los discípulos de Jesucristo, el decreto siguiente (1) :

« El emperador Tito Elio Adriano, Antonino, Augusto, » Pio, soberano pontífice, en el año décimoquinto de su tri- » bunado, cónsul por la tercera vez, padre de la patria, á los » pueblos del Asia : salutacion.

(1) Tillemont, Pagi y Orsi han probado que este documento es del emperador Antonino Pio, y no de Marco Aurelio, como han creido otros siguiendo á Fleury.

» No dudo yo que los dioses mismos cuiden de descubrir á los » cristianos, por mas que hagan para esconderse. En efecto, » tienen los dioses mas interés y poder que nosotros para casti- » gar á los que rehusen adorarlos. Pero vosotros que no cesais » de molestar á estas gentes, de acusar de ateismo su doctrina, » y de imputarles crímenes de que no podeis ofrecer pruebas, » mirad que en vez de apaciguarlos los haréis mas obstinados, » porque desean menos vivir que morir por su Dios. Como » están prontos siempre á dar su vida antes que acceder á » vuestras exigencias, quedarán victoriosos siempre en cuantos » combates les presenteis. A propósito de los terremotos pa- » sados y presentes, permitidme os amoneste compareis vuestra » conducta á la de los cristianos. Cuando estas desgracias lle- » gan os desanimais enteramente, en tanto que los cristianos » redoblan la confianza que tienen en su Dios. En medio de » las calamidades públicas, se diria que no reconoceis ya á » vuestros dioses; pues que descuidais el culto sagrado, os » olvidais de la divinidad, y no pudiendo sufrir que otros la » honren, les teneis envidia y los perseguís de muerte. Mu- » chos gobernadores de provincia han escrito ya á mi divino » padre bajo de este respecto; y se les respondió no inquie- » tasen á los cristianos, á menos de ser convencidos de haber » quebrantado las leyes del imperio. Se nos han dirigido tam- » bien á nos gran cantidad de cartas, pidiéndonos instruc- » ciones relativas á este asunto; y les hemos dado respuestas » conformes á las intenciones de nuestro divino padre. Si se » continúa pues á intentar procedimientos á algun cristiano » con motivo de su religion, mandamos que el acusado sea » puesto en libertad y absuelto, y que sea castigado el acusa- » dor conforme al rigor de las leyes. »

Esta ordenanza de Antonino fué promulgada solemnemente en Éfeso, capital de las asambleas generales de Asia (1). Se tuvo cuidado de enviar copias á los gobernadores de las demás

(1) Se encuentra ya desde esta época una especie de representacion nacional por las diversas provincias del imperio romano : los diputados de cada ciudad se reunian para conferenciar sobre los negocios públicos.

ciudades, Larisa, Thesalónica, Atenas, etc., y con esto gozó la Iglesia de paz algunos dias.

17. En este intervalo murió el papa san Pio I en 150. Algunos martirologios le dan el título de mártir, sin que sepamos nada del género de su suplicio. El *Libro pontifical* nos dice que mandó hacer bautizar á los que viniesen á la fe dejando la herejía de los Judíos : *Constituit hæreticum venientem ex Judæorum hæresi suscipi et baptizari*. Por esta herejía de los Judíos es menester entender las sectas nacidas del judaismo y el error de los Judíos convertidos que permanecian aun apegados á las observancias legales, creyéndolas obligatorias é indispensables á la salvacion. Este decreto de san Pio I indica que habia sectas separadas de la unidad, en las cuales se habia conservado el bautismo, por manera que no era necesario renovarlo, cuando habia una conversion á la fe católica; y que habia otras en que estaba alterado sustancialmente, especialmente entre las herejías nacidas del judaismo. Tal era probablemente la de los Cerintianos. San Aniceto sucedió á san Pio I en el gobierno de la Iglesia (150).

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de san Aniceto (150-161).

§ II. Pontificado de san Sotero (162-174).

§ I. PONTIFICADO DE SAN ANICETO (150-161).

1. Destino es del error ir variando siempre, multiplicarse bajo mil formas diversas, y no poder reconstituirse jamás en la unidad, de la que se separó desde que se hubo separado de la verdad. El pontificado de san Aniceto vió una muchedumbre de sectas, vegetacion impura del gnosticismo, familia dividida contra su jefe, no teniendo de comun sino el odio y menosprecio á todos los dogmas católicos, y á los cristianos fieles á la doctrina de Cristo y á la enseñanza apostólica. Bastará nombrar estos sistemas absurdos salidos de la *gnosia* de Valentin, y tan secundarios que su mayor parte no pudo asegurar á sus autores la triste inmortalidad de los heresiarcas.

Desde luego los *Arcónticos* (de αρχων, príncipe), que atribuian la creacion del mundo á diversas potencias rivales. Desecha-

10

ban los sacramentos y se entregaban desenfrenadamente al vicio.

Los *Adamitas,* discípulos del impostor Pródico, que querian volver el mundo á la desnudez de Adan.

Los *Cainitas,* que por extraño trastorno de ideas tributaban culto á todos aquellos cuya impiedad y crímenes señala la sagrada Escritura.

Los *Antitactas* ó *Contrarios* seguian el mismo sistema : miraban á la divinidad como principio del mal, y sostenian en consecuencia que la virtud es digna de todos los castigos, y que el vicio lo era de todas las recompensas.

Los *Ofitas* se distinguian por su veneracion á la serpiente, que miraban como autora de toda sabiduría en memoria de la serpiente que habia seducido á la primera mujer en el Paraíso terrenal.

2. En tanto que dividian el gnosticismo estas absurdas imaginaciones en tantas partes como tenia doctores, la Iglesia se iba constituyendo mas y mas en la unidad de su disciplina. La cuestion del dia en que habia de celebrarse la Pascua comenzaba á agitarse en el Oriente y Occidente. Se habia sustituido el domingo al sábado para las asambleas de los fieles desde el tiempo de los Apóstoles; sin embargo, por miramiento á los Judíos nuevamente convertidos, se habia tolerado cierta observancia del sábado. La institucion apostólica conducia naturalmente á transferir la celebracion de la Pascua del dia décimo-cuarto del mes *Nizan* al domingo siguiente inmediato. San Pedro estableció este uso en la Iglesia romana, que debia de ser el modelo de las demás iglesias, como su maestra y madre. No se quiso en un principio hacer general esta medida de disciplina. Las tradiciones y recuerdos de san Juan vivian aun en la persona de san Policarpo, su discípulo : las iglesias de Asia conservaron pues el uso que el Apóstol amado habia introducido. Roma con su consumada prudencia creyó deber tolerar una divergencia de orígen tan venerando, salvo á dictar con el tiempo las medidas que dictaren las circunstancias.

3. Es muy probable que este asunto motivó el viaje á Roma

del ilustre obispo de Esmirna, que deseaba conferenciar con el papa san Aniceto. Fué acogido aquel por este con todas las demostraciones de aprecio y veneracion debidas al mérito y santidad de este ilustre discípulo de los Apóstoles. El Papa por otra parte juzgada muy importante persuadir á san Policarpo abandonara este uso antiguo, sabiendo muy bien que su ejemplo influiria poderosamente en los demás obispos del Asia. Sus antecesores habian trabajado con un celo lleno de prudencia en destruir poco á poco las observancias judáicas introducidas en la Iglesia por los Judíos convertidos : esfuerzos coronados de feliz éxito; y no quedaba mas punto á declarar de consuno que este. Sin embargo la autoridad de san Juan, el apego tan inviolable que conservaba san Policarpo á este su tan venerado maestro, pudieron mas en su espíritu que cuantas razones pudo darle san Aniceto. Este papa creyó, sin mas insistir, dejar las cosas en su pié antiguo, y aun tolerar en Roma mismo el uso antiguo para los Asiáticos que se hallaran en ella. Esta diversidad de opiniones en nada resfrió ni debilitó la concordia y armonía; y aun para honrar mas á su huésped, quiso san Aniceto que celebrase á su presencia en la Iglesia de Roma los sagrados misterios. La controversia de la Pascua no volvió á suscitarse sino hácia el fin de este siglo, bajo el pontificado de san Víctor. La permanencia de san Policarpo en Roma fué señalada por la conversion de un gran número de herejes que él atrajo á la unidad de la fe, ora por el inmenso poderío de su santidad, ora por su venerable vejez, ora por su celo y sabiduría. Habia conversado este santo familiarmente en su juventud con los Apóstoles y discípulos del Señor. Penetrado de la doctrina de maestros tan abonados, lleno de su espíritu, cada vez que oia las blasfemias de algun novador, exclamaba con indignacion : « ¡ A qué tiempos me habeis reservado, Señor! » Conferenciando con los Marcionitas y Valentinianos, cuyos errores cundian mas á la sazon, protestaba en alta voz, que no habia aprendido de la boca misma de los Apóstoles sino la doctrina católica. Su testimonio hizo grande impresion en muchos de entre ellos. Habiéndose encontrado un dia con Marcion, osó

este preguntarle si le conocia. « Sí, te conozco, respondió san » Policarpo; te conozco por el primogénito de Satanás. » Se despidió en fin del soberano Pontífice, y ambos santos se separaron despues de haberse abrazado mutuamente y dado el ósculo de paz. No debian encontrarse ya sino en la patria celestial, á donde estaban destinados á subir por el mismo camino del martirio.

4. Se cree generalmente que remonta á esta época la fundacion de la iglesia de Leon : san Pothino, discípulo de san Policarpo, vino á predicar allí la fe y estableció una silla episcopal. Le sucedió san Ireneo. San Ferreol, san Ferrucion, y los santos Félix, Fortunato y Aquileo, sus discípulos, evangelizaron las ciudades de Besanzon, Viena y Valencia (del Delfinado).

5. San Hegesipo, de orígen judío, habia pasado de la profesion del judaismo á la religion cristiana. Se fué igualmente á Roma bajo el pontificado de san Aniceto. A ejemplo de los antiguos sabios de la Grecia, que recorrian los países lejanos, Italia, Egipto y las provincias internadas en el Oriente para gozar de la conversacion de los hombres célebres de estas comarcas, Hegesipo habia emprendido un viaje á las ciudades cristianas para conferenciar con los santos obispos y doctores mas ilustres. Podia muy bien considerarse tal, porque Eusebio de Cesarea le coloca en el número de los defensores de la verdad, que la vengaron contra los ataques de la herejía en obras llenas de erudicion y elocuencia. Pero el término de su sabia peregrinacion y romería era Roma, centro de la religion, de donde salen y á donde se concentran como radios todas las iglesias del mundo. Aquí fué donde compuso una historia eclesiástica en que anota la sucesion de los Papas, desde san Pedro hasta san Aniceto. Esta preciosa obra, cuya pérdida no puede ser jamás bastante llorada, era, á lo que parece, el objeto y fruto de su viaje. Habia escrito sencilla y familiarmente para imitar hasta en el estilo á los santos cuyas virtudes escribia. Murió hácia el año 180, bajo el imperio de Cómodo, y la Iglesia ha escrito su nombre entre los de los santos sacerdotes cuya memoria celebra.

6. Al propio tiempo que san Hegesipo y san Policarpo se hallaban en Roma, san Justino emprendió un viaje al Asia. El manto de filósofo que llevaba le valió en Éfeso el encuentro con un judío llamado Trifon, que, echado de Jerusalen por los acontecimientos de la última guerra, bajo Adriano, se habia retirado á la Grecia, en donde vivia aplicado al estudio de la filosofía. Abrasado de celo por la salvacion de las almas, san Justino se esforzó en acarrearlo al conocimiento de la verdad, á la fe en Jesucristo. En varias conversaciones, durante dos dias enteros, se propuso probarle, en primer lugar, que la ley de Moisés estaba ya abolida « de hecho y de derecho; » 2°. probarle además la divinidad de Cristo, cuya encarnacion, vida, doctrina, muerte y resurreccion le expuso y explicó; 3° hacerle comprender la vocacion de las Gentes á la luz de la revelacion; y en fin la divina institucion de la Iglesia. La evidencia de sus razonamientos, la profundidad de su doctrina, la elocuencia de su palabra redujeron al silencio á Trifon, pero no pudieron convertirlo. Dios reservaba la inteligencia de las verdades del Evangelio á los corazones humildes y dóciles; y la rehusaba á los espíritus altaneros, envanecidos con las falsas luces de la filosofía. De vuelta á Roma, san Justino escribió el relato de sus conferencias con el judío helenista, segun la promesa que le habia hecho, como garantia de la sinceridad de sus palabras. Es notorio que los Hebreos no podian abandonar la esperanza de volver á ver, un dia, floreciente á Jerusalen como en tiempo de David y Salomon. Este sentimiento se habia extendido tambien á los cristianos por la autoridad de san Papias y otros milenarios: la Iglesia aun no los habia condenado, y por consiguiente era una opinion libre. San Justino parece haberla abrazado; porque al acabar su conferencia con Trifon, le dice que Jerusalen su patria seria restablecida un dia, y que los santos reinarian en ella con Cristo en toda su gloria y majestad. El judío no queria creer que tal fuese su verdadero pensamiento, imaginándose que usaba de este lenguaje para lisonjear sus esperanzas secretas y atraerlo así con mas seguridad á la doctrina del Evangelio. Ofendido de tal sospe-

cha, le replicó san Justino: «Yo no me reconozco tan degra- » dado que fuera capaz de hablar contra lo que pienso: no » soy solo yo de este sentimiento; hay muchos cristianos que, » como yo, lo miran cierto é indubitable. No puedo empero ni » debo ocultarte que hay muchos otros que son de contrario » parecer. Mas para convencerte que no llevo de modo alguno » la intencion de engañarte, yo iré reuniendo en un tratado » especial todas las pláticas que hemos tenido juntos, y profe- » saré este artículo públicamente, como ahora acabo de hacerlo » en tu presencia.» Y en efecto, el santo doctor se esfuerza en apoyar esta opinion con gran número de textos de la sagrada Escritura, entre los cuales cita particularmente el Apocalipsis. Algunos novadores han abusado de este incidente para atacar la autoridad de la tradicion; mas la buena fe con que san Justino nos enseña que esta doctrina estaba muy lejos de ser universal en la Iglesia, basta para probarnos que solo era desde entonces mismo una opinion privada de algunos particulares, y no uno de esos dogmas transmitidos en la catolicidad por el canal de las tradiciones apostólicas.

7. Habia muerto Antonino en 161 despues de un reinado de veintidos años. Marco Aurelio el Filósofo, su hijo adoptivo, se apresuró á declararlo un dios, y posesionarse inmediatamente de la herencia que le dejaba en la tierra. Muy á su pesar se vió obligado á partirla con Lucio Vero, su hermano adoptivo, señalado por la voluntad del difunto emperador como su cólega en el imperio; pero se desembarazó de él pocos años despues con el veneno. El universo estaba dispuesto á bendecir este envenenamiento, porque en la corta duracion de su poder, Lucio Vero se mostró, por sus crueldades y vida licenciosa, digno émulo de Tiberio y Neron.

En el mismo año de 161, otro príncipe cuya potencia continuaba creciendo al lado del palacio de los Césares, moria revestido de la gloriosa púrpura del martirio. El papa san Aniceto marcó, con su muerte, la transicion del reinado pacífico de Antonino á la cuarta persecucion general, promovida en el imperio por Marco Aurelio. El *Libro pontifical* nos enseña que

Aniceto prohibió á los clérigos dejar crecer sus cabellos, conforme al precepto del Apóstol. Es menester entender, sin embargo, esta prohibicion de la tonsura clerical, cuya institucion sube hasta los tiempos apostólicos, como lo prueba este pasaje. Despues de una vacante de algunos meses, fué llamado á sucederle san Sotero en la silla de san Pedro, y á llevar el timon de la Iglesia durante la borrasca que iba á levantarse contra ella (año 162).

§ II. PONTIFICADO DE SAN SOTERO (162-171).

8. Marco Aurelio, al subir al trono imperial, dió muestras de virtudes privadas eminentes de que nos ha legado la historia un honroso recuerdo; pero su amor por la filosofía le hizo injusto para con los cristianos. Partidario de la escuela estóica, no podia serlo de la de Cristo, mas por rivalidad de secta, en su opinion, que por conviccion razonada. « Es menester, » decia en una de sus máximas, estar pronto á morir en virtud » de un juicio que nos sea propio, mas no por espíritu de obs- » tinacion como los cristianos. » A pesar de la energía de alma de que hace gala en sus sentencias, se muestra el idólatra mas supersticioso. A punto de salir á una expedicion á la Germania, hizo durante siete dias un banquete solemne á los dioses para hacérselos propicios : mesas suntuosas estaban preparadas en los templos; se servian los mas exquisitos manjares á sus ídolos de madera, piedra y metal, que estaban recostados en ricas almohadas. Sacrificó tantos bueyes blancos para esta ridícula ceremonia, que se vió circular despues este epígrama : « Los bueyes blancos al emperador Marco Aurelio: » Si vuelves vencedor, somos perdidos. » Desde los primeros años de su reinado dirigió á los gobernadores del imperio el decreto siguiente, que fué la señal de la cuarta persecucion general contra la Iglesia :

« El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores » y oficiales : Hemos sabido que los que en nuestros dias se » llaman cristianos quebrantan impunemente las leyes del im-

» perio y las ordenanzas de nuestros antecesores. Arrestadlos; » y si no sacrifican á los dioses, castigadlos con suplicios. » Cuidad sin embargo de que la justicia vaya unida á la » severidad, y que cese el castigo con el crímen. »

9. El furor popular, largo tiempo contenido por la benevolencia de Antonino, estalló con nueva violencia apenas fué promulgado el edicto sanguinario en las diferentes provincias. Mientras que santa Gliceria moria por la fe en Heraclea de Tracia, santa Felícitas y sus siete hijos eran las primeras víctimas de la persecucion en Roma. Los pontífices paganos delataron á Marco Aurelio el apego de esta familia á la ley de Jesucristo. Publio, prefecto de Roma, recibió la órden de obligar á Felícitas é hijos á sacrificar á los dioses: conducida en particular á su presencia, la santa viuda protestó heróicamente que ni la seducirian promesas, ni la intimidarian amenazas. « Infeliz, dijo Publio, si en tanto estimas á la muerte, á lo » menos no impidas que tus hijos vivan. — Mis hijos vivirán, » repuso Felícitas, si, como yo, se niegan á sacrificar á los ído- » los; mas si tuvieran la desgracia de cometer tan atroz crí- » men, su muerte fuera eterna. » — Al dia siguiente Felícitas y sus siete hijos comparecieron ante el tribunal de Publio, erigido en el campo de Marte. « Compadécete de tus hijos, le » dijo el juez; no pierdas, á la flor de la vida, jóvenes de tanta » esperanza. — Vuestra compasion, repuso Felícitas, es im- » piedad; y vuestras dulces palabras, crueldad. Hijos mios, » levantad al cielo vuestros corazones, mirad arriba: allí os » espera Cristo con sus santos. Combatid por vuestras almas y » mostraos fieles á su amor. » A estas palabras, le mandó Publio dar una bofetada. « ¿Y te atreves tú en presencia mia, » exclamó aquel, á incitarlos á menospreciar las órdenes de » mi señor? » Llamó en seguida los siete hijos, uno despues de otro; y todos confesaron con igual firmeza la fe de Cristo. Fueron pues vanas las seducciones de Publio, así como las amenazas de los mas crueles suplicios. Genaro, el primero, mereció, por el santo atrevimiento de sus respuestas, ser apaleado. Félix, el segundo, mostró la misma constancia.

« Aquellos á quienes se quiere que yo sacrifique, dijo Felipe, » ni son dioses ni todopoderosos : el que sacrifica á estos » ídolos mudos se sume en infelicidad eterna.— Sabemos, dijo » Silvano, las recompensas reservadas á los justos y los castigos infinitos de los pecadores; por esto postergamos la ley » del hombre á las leyes eternas de Dios.— Soy siervo de Cristo, » exclamó Alejandro : á él confieso de todo corazon y le adoro » perennemente. Este Dios da á la juventud que le sirve fiel » la prudencia de la ancianidad. Mas vosotros, con vuestras » divinidades y sus adoradores, todos seréis precipitados en los » suplicios eternos. » Igual constancia mostraron impávidos Vital y Marcial. Habiéndose presentado la sumaria del interrogatorio al emperador, los siete héroes fueron conducidos á diferentes jueces para ser muertos con diversos géneros de suplicio. El primero espiró á los golpes de látigos en cuyas puntas habia balas de plomo; el segundo y tercero murieron apaleados; el cuarto fué despeñado, y los otros tres decapitados. En fin santa Felícitas, siete veces mártir ya, murió con el mismo suplicio.

10. Se encruelecia la persecucion con igual violencia en el Asia. Una carta célebre de la iglesia de Esmirna á la de Filadelfia y demás iglesias del mundo, nos ha conservado los detalles de los combates sufridos por los cristianos contra los enemigos de la fe. « Tan destrozados se hallaban los mártires » por los azotes, que se les veian y contaban los huesos, y aun » sus venas y arterias. Movidos de compasion, los espectadores » no podian menos de tenerles lástima ; pero los mártires no » lanzaban un solo suspiro ni gemido, cual si fuesen extraños » á sus propios cuerpos, ó mas bien porque Cristo mismo » viniera á consolarlos con su presencia. Los que habian sido » condenados á las fieras quedaron sometidos en las cárceles á » diversos tormentos. Los tiranos se jactaban de poder obligarles de este modo á renegar de su fe; mas fueron inútiles » los conatos del infierno. El jóven y animoso Germánico se » señaló por su constancia sin igual. En el momento de la » lucha le exhortaba el procónsul á tener compasion de su ju-

» ventud : el jóven atleta de Cristo, sin responder palabra, » se arroja de un salto á la boca de las fieras, que en breve » desmenuzaron sus miembros ensangrentados. Habia querido » salir lo antes posible de este mundo impío. Sorprendido á la » vez que irritado el pueblo en vista de valor tan heróico, » exclamó á una voz : ¡Mueran los ateos (este nombre da- » ban á los cristianos, porque se negaban á sacrificar á sus » ídolos)! Búsquese y tráigase á Policarpo! »

11. Este santo obispo, al acercarse la tormenta que venia á descargar sobre su grey, no quiso en un principio separarse de ella, ni dejar Esmirna, que evangelizaba setenta años hacia. Se resistió por mucho tiempo á las instancias que le hacian los cristianos; pero en fin se dejó conducir á una casa de campo á las puertas de la ciudad. Tres dias antes de ser prendido, tuvo una revelacion divina, despues de la cual dijo á sus discípulos : « Seré quemado vivo. » Un criado descubrió su retiro y trajo hácia el anochecer los soldados al aposento donde descansaba. A la vista de este obispo, lleno de majestad, afable y grandioso en sus modales, cuyas palabras eran tan dulces como dignas, los soldados fueron sobrecogidos de un respetuoso temor, y extrañando el encarnizamiento de los magistrados, á muchos de ellos les pesaba el haber venido á prender á este anciano tan sublime, tan celestial. El discípulo de san Juan, conforme á las órdenes del procónsul, hizo su entrada en su ciudad episcopal sobre un jumento, como Cristo en Jerusalen. El pueblo exclamaba : « ¡ Aquí está el doctor del Asia! » el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses : » que se eche un leon contra Policarpo! » No pudo ser así, porque se habian concluido ya los combates de fieras : entonces exclamó el pueblo á una voz : « ¡Sea quemado vivo » Policarpo! » En vano el procónsul le exhortaba á salvar sus canas venerandas blasfemando de Cristo. Respondióle Policarpo : « Ochenta y seis años há que le sirvo, y nunca me ha » hecho mal ninguno, sino bienes infinitos. ¿Cómo quereis que » blasfeme yo de mi Salvador, de mi Rey? — Si no cambiais » de parecer, os haré consumir por el fuego. — Me hablais

» de un fuego que puede quemar una hora, y que luego se » apaga, porque no conoceis el fuego del juicio venidero, el » fuego del eterno suplicio reservado á los impíos. » Entretanto el pueblo corria en masa á tomar leña de las casas y baños públicos. Preparada la hoguera, Policarpo se desciñó y despojó de sus vestiduras. Como los verdugos quisiesen clavarlo al poste de leña que debia abrasarlo, las llamas no le hicieron huir. « Dejad, les dice, que el que me da fuerzas » para padecer me las dará tambien para permanecer inmóbil » en medio de las llamas. » Se le colocó pues libre en la hacina ó pira; « semejante, dice la carta de la iglesia de Esmirna, al » carnero escogido en el ganado, como un holocausto agra- » dable y acepto á Dios. » El anciano, mirando al cielo, dijo : « Dios de todas las criaturas, os doy gracias de haberme de- » jado llegar hasta este dia en que yo debo ser admitido en el » número de los mártires. Tomo parte en el cáliz de vuestro » Cristo para resucitar á la vida eterna del alma y del cuerpo » en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Haced que sea » admitido yo hoy en vuestra presencia como víctima de agra- » dable olor. Yo os bendigo, y os glorifico por el Pontífice Je- » sucristo, vuestro hijo muy amado, á quien sea dada gloria, » como á vos y al Espíritu Santo, en los siglos venideros. » Amen. »

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, se prendió fuego á la hacina de leña; las llamas, por un prodigio sorprendente, se desplegaron en torno de la cabeza del mártir, como una vela de navío hinchada por el viento. Sus actas dicen que parecia á oro ó á plata purificada en el crisol, y que exhalaba olor de incienso y un perfume precioso extraordinario. Los paganos, viendo que su cuerpo no podia ser consumido por la llama, mandaron á uno de aquellos que en los anfiteatros concluian de matar las fieras aun no acabadas, para que atravesase con la espada el seno del cuerpo de san Policarpo. Salió tanta sangre del cuerpo del santo, que apagó el fuego : los cristianos se alegraban con la piadosa esperanza de poder al menos lograr las santas reliquias de su obispo; pero los Judíos

hicieron guardia rigorosa al rededor de la hoguera. El oficial que presidia á la ejecucion del suplicio hizo quemar, segun la costumbre de los Gentiles, el cuerpo del santo mártir. « Por » lo que toca á nosotros, continúa la carta de los fieles de » Esmirna, tuvimos la dicha de retirar los santos huesos, mas » preciosos que pedrerías; y fueron depositados en sitio con- » veniente. Dios nos otorgará la gracia de reunirnos cada año » para celebrar la fiesta gloriosa de su inmortal nacimiento » por el martirio; para acordarnos de los que han combatido, » y reanimar el valor de las generaciones venideras con los » ejemplos de sus antepasados en la fe. » Tal es la relacion del martirio de san Policarpo, que, segun los cálculos mas probables, se verificó el 23 de febrero de 166. Todas las iglesias del Asia menor y del mundo entero quisieron leer la relacion de este combate inmortal, y la autoridad del santo obispo de Esmirna, que habia convertido tantos infieles durante su vida, tuvo, aun despues de su muerte, el privilegio de dar nuevas fuerzas á los cristianos en defensa de su fe.

12. Mientras que era derramada sobre las piras de fuego la sangre generosa de los mártires, ó devorados sus miembros por las fieras, ó destrozados sus cuerpos por los verdugos, los filósofos aguzaban tambien contra los cristianos la ironía y el sarcasmo, y aun les quedaba el triste valor de insultar á hombres que sabian morir por su fe. Celso, epicúreo, se señaló en esta cobarde y friamente cruel guerra. Su libro intitulado *Discurso de la verdad*, solo era una sátira amarga de los Judíos y cristianos, á quienes el filósofo afectaba confundir en el mismo desprecio. Pone en él todas las calumnias, desde luego vulgarmente acreditadas entre los Romanos de aquella época, contra Moisés y su legislacion: despues hace entrar en contienda un cristiano y un judío, y concluye por ponerlos ambos en escarnio y burla. A pesar del tono insultante que conserva en toda esta diatriba, se le escapan, sin sentir, verdades que por sí solas bastarian á probar sólidamente la verdad de la religion cristiana contra su propio intento. Y así, conviene en que la religion cristiana, cuya extension era en tiempo suyo la del mundo en-

tero, habia sido fundada por un Judío crucificado, que solo se habia asociado para obra tan colosal una docena de pescadores rudos y desconocidos. No echa en cara á los cristianos otro crímen que el de juntarse en secreto, contra las ordenanzas y prohibicion de los magistrados, de aborrecer á los ídolos y sus altares y blasfemar de los dioses. No niega que Jesucristo y sus discípulos, aun los que vivian en tiempo de él, hubiesen hecho milagros; pero en lugar de ver en ello la prueba de una virtud divina, los atribuye á encantamientos poderosos y á hechicerías artificiosísimas. Su obra fué la primera que tuviese por objeto atacar al cristianismo. Los Padres de la Iglesia, y especialmente Orígenes, han refutado victoriosamente todos los sofismas de Celso.

13. Hácia el mismo tiempo, otro filósofo, cínico de escuela, escribia contra los cristianos, y era Crescencio, conocido por sus infamias y avaricia sórdida, lo que no le impedia estar pensionado por Marco Aurelio y públicamente honrado del favor imperial. San Justino le provocó á una conferencia pública; y en presencia de una muchedumbre de testigos, le convenció claramente ó de ignorar completamente la doctrina de los cristianos, ó de ser el hombre mas perverso; que era sumamente ignorante, si realmente daba crédito á los absurdos que propalaba contra la religion de Cristo: ó bien que era de una perfidia y maldad consumadas, si conociendo la doctrina y misterios enseñados por la Iglesia, osaba sin embargo infamar á los fieles, y hacerlos pasar á los ojos de los príncipes, magistrados y pueblo, por hombres sin religion, piedad ni Dios. Estas conferencias se renovaban con frecuencia, y cada vez cedian mas y mas en mayor honra y gloria del cristianismo, y en confusion del filosofismo. Crescencio, adversario sin lealtad, trataba de vengarse de sus derrotas, señalando á Justino á la animadversion de los jueces encargados de proceder contra los cristianos. El intrépido defensor de la fe y de la verdad no se mostró menos dispuesto á sostenerlas aun con evidente peligro de su vida.

14. Hácia esta misma época publicó, en efecto, su segunda

Apología, que dirigió al emperador Marco Aurelio. Volvia á tomar en este escrito el hilo de las ideas que habia desarrollado extensamente en su Memoria á Antonino. La superioridad de la doctrina de Jesucristo sobre la de los filósofos, se prueba en esta por las mismas citas de los poetas y sabios de la Grecia. « Los cristianos, dice, poseen la verdad completa, » entera, el Verbo perfecto en el Cristo; en tanto que cada » filósofo, en lo bueno que enseña, no ha poseido sino partícu- » las, sino fragmentos de la verdad. » Se deja llevar de la indignacion justa que debia excitar, en almas generosas, la ciega crueldad de los magistrados con los fieles. « El cristiano Pto- » lomeo, dice, es conducido ante el gobernador, que le pre- » gunta : ¿Eres cristiano? — Íntimamente persuadido de la » pureza de su conciencia y de la santidad del cristianismo, » confiesa en alta voz que ha estudiado en esta escuela de vir- » tudes. Inmediatamente es conducido al suplicio por órden » del juez. Otro cristiano, llamado Lucio, que asistia á estos » debates, no pudo menos de decir al gobernador : ¿Con qué » derecho condenais á muerte á un hombre que no ha sido » convencido ni de adulterio, ni de fornicacion, robo, homi- » cidio, ni en fin de crímen ninguno; á un hombre que solo » es culpable de ser cristiano? La sentencia que acabais de dar » deshonra al religioso emperador, en cuyo nombre la dictais, » al hijo del César, que se gloría del nombre de amigo de la » sabiduría, al senado mismo de Roma. Por respuesta, Lucio es » enviado al suplicio como fautor de cristianos. Caminando al » suplicio, agradecia al magistrado indigno el libertarle de la es- » clavitud de señores tan bárbaros para enviarle, por su pronta » muerte, al Padre y Monarca de los cielos. — Nos acusais, con- » tinúa, de cometer en secreto crímenes horribles. Pero seme- » jantes actos, que detestamos nosotros y que nos echais ca- » lumniosamente en cara, no temeis vosotros cometerlos en » público. ¿No podríamos pues, llevados de vuestro propio » ejemplo, sostener segun vuestra autoridad que son acciones » virtuosas? ¿No podríamos responderos que degollando niños » inocentes celebraríamos los misterios de Saturno, en los cua-

» les hasta las manos de los mas ilustres personajes del impe-
» rio se tiñen de sangre humana? En cuanto á nuestros quimé-
» ricos incestos, ¿no podríamos decir que seguimos el ejemplo
» de vuestro Júpiter y demás dioses; que practicamos la moral
» de Epicuro, de vuestros filósofos y poetas? Y por tanto,
» porque enseñamos que es indispensable huir de semejantes
» máximas, porque nos esforzamos en practicar las virtudes
» opuestas á esos monstruosos vicios, nos perseguís sin des-
» canso, y nos enviais á la muerte!!! » No habia flaqueado con los años el ingenio de san Justino : se conoce por acentos tan nobles la valerosa independencia, la elevada elocuencia digna del cristiano nuevamente convertido. « Cualquiera que
» sea el juicio que formeis de nosotros, dice acabando, nuestra
» doctrina vale mas que todos los escritos de los Epicúreos,
» que tantas poesías infames, que tantas composiciones impú-
» dicas como se representan y se leen con libertad entera. »

15. Muy pronto cerraron la boca á san Justino, á este sublime apologista, enviándolo al cadalso : porque poco despues de la publicacion de su Memoria á Marco Aurelio, por delacion de Crescencio el cínico, fué arrestado y preso con algunos de sus discípulos. « ¿Qué filosofía enseñas tú? le preguntó Rústico,
» prefecto de Roma. — He tanteado y examinado toda suerte
» de doctrinas, respondió Justino; y en fin me he fijado en la
» de los cristianos, aunque haya sido tan calumniada por los
» que no la conocen. » Los discípulos de san Justino, Caritonio, Hierax, Peonio, Evelpisto y Liberiano confesaron tan generosamente como su maestro la fe. Entonces dirigiéndose de nuevo el prefecto á san Justino, le dijo : « Escúchame ; tú que
» pasas por elocuente y que crees haber encontrado la ciencia
» verdadera, cuando seas despedazado á golpes de látigos y
» varas de piés á cabeza, ¿te imaginas que vas á subir al cielo?
» — Yo no lo imagino, sino que lo sé ciertamente, respondió
» Justino; y estoy tan seguro, que no me queda la menor duda.
» Jesucristo ha prometido esta recompensa á los que guardaren
» su ley. » Rústico, habiendo hallado incontrastables en su resolucion á los confesores, pronunció la sentencia en estos tér-

minos : « Los que han rehusado sacrificar á los dioses y con» formarse al edicto del emperador, sean azotados pública» mente, y luego castigados de muerte, como prescriben las » leyes. » Fueron pues conducidos al suplicio, y despues de haber padecido cruel flagelacion, fueron decapitados con hachas. Sus cuerpos, llevados secretamente por los fieles, fueron enterrados con las honras debidas á los mártires.

16. Sin embargo, un acontecimiento milagroso obligó á Marco Aurelio y á los pueblos sometidos á su mando á mostrarse menos hostiles contra los cristianos. Este príncipe, sorprendido en el país de los Cuadas, fué encerrado y cortado con sus legiones en las montañas de la Bohemia por los Bárbaros (año 174). Superiores en número, se apoderaron de todos los pasos y desfiladeros, y quitaron á los Romanos todos los medios de tener agua, esperando domar, por el calor y la sed, á los que no podian vencer con las armas. Se hallaban en el ejército imperial gran número de soldados cristianos, la mayor parte de Melitona en la Armenia, ó de sus cercanías. Se pusieron de rodillas y rogaron á Dios con mucho fervor. De repente se vieron nubes espesas que cubrian el cielo; y muy en breve cayó en el campo una lluvia bienhechora. Desde luego los Romanos levantaban la cabeza para recibir el agua en la boca, tanta era la sed que les devoraba. Muy pronto la recogian en sus escudos y cascos, bebiendo todos abundantemente y pudiendo dar agua á sus caballos. Aprovechándose de ese desórden inevitable, se arrojaron encima los enemigos, por manera que los Romanos se veian obligados á beber y á batirse á la vez, porque estaban tan sedientos que habia heridos que bebian su propia sangre mezclada con el agua recogida en sus cascos. Pero con la lluvia vinieron despues á mezclarse los rayos y fuegos eléctricos, que cayendo sobre los Bárbaros sin tocar al ejército romano, los rechazaron y obligaron á implorar la clemencia del emperador.

Despues de un milagro tan evidente, debido á las oraciones y solicitaciones de los discípulos de Jesucristo, el emperador no pudo rehusarse á la evidencia, é hizo cesar inmediatamente

la persecucion movida contra ellos por órden suya. Esta paz momentánea, otorgada á los cristianos, es la mejor prueba de que la opinion general les atribuia la victoria contra los Bárbaros y la salvacion del ejército imperial.

17. Desplegaba la Iglesia su maravillosa fecundidad á medida que los tiranos diezmaban á sus hijos. El pontificado de san Sotero vió florecer gran número de personajes ilustres y de santos doctores, cuyos nobles ejemplos y sabias obras fueron edificacion de los fieles y gloria de su siglo. A mas de Hegesipo y san Justino, de quienes hemos hablado, Felipe, obispo de Gortina en la isla de Candía, escritor muy señalado, aguzaba su ingenio y empleaba su ciencia para refutar los errores de Marcion. Modesto y Musano peleaban con éxito igual contra los herejes de su tiempo. San Apolinar, obispo de Hierapla; san Meliton, obispo de Sardas; Atenágoras, filósofo cristiano de Atenas, daban ya no pequeñas muestras de saber, celo y virtud en los trabajos que publicaron, que eran como un preludio á las apologías que mas tarde habian de sacar á luz. En fin, en las Galias, san Ireneo, desde luego simple sacerdote en la iglesia de Leon (de Francia), de la cual habia de ser una de sus mayores glorias, se preparaba ya á escribir su magnífica obra contra las herejías, preciosísimo monumento de la Iglesia primitiva.

18. San Dionisio, obispo de Corinto, sucesor de Primo en aquella silla, fué uno de los mas ilustres prelados de esta época. Su celo y caridad no se limitaban á la instruccion de su pueblo, sino que se extendian á otras iglesias, y mantenia, al modo de los Apóstoles, una correspondencia de cartas con los obispos de las diferentes provincias. Eusebio de Cesarea nos ha conservado varios fragmentos de sus epístolas á las iglesias de Lacedemonia, Atenas, Nicomedia, Gortina y Gnosse en Creta (isla de Candía). La mas señalada es sin contradiccion la que escribió á la Iglesia de Roma. Se justifica ante el papa san Sotero de ciertos errores que habian podido creerse contenidos en algunas de sus cartas á las diferentes iglesias. « Após-
» toles de la mentira, dice el santo, han alterado mis epístolas,

» añadiendo ó suprimiendo á su placer para favorecer sus » herejías. ¿Habrá pues que extrañar hayan falsificado hasta » los santos Evangelios, cuando creen interés suyo falsificar » escritos de autoridad tan inferior?» Otro pasaje nos recuerda la antigua y tierna caridad de los romanos Pontífices, que socorrian con paternal solicitud las necesidades de todas las iglesias del universo, y socorrian la pobreza y miseria de los fieles, desterrados por la fe ó condenados por los perseguidores á las minas ó á las canteras. «Vuestro bienaventurado obispo Sotero, » dice, no solo ha conservado esta costumbre, sino que distri- » buye aun mas abundantemente que sus antecesores limosnas » para los necesitados de las provincias, acogiendo con afec- » tuosa caridad á los hermanos que van á Roma, prodigán- » doles los consuelos de la fe con la ternura de un padre que » en sus brazos recibe á sus hijos.»

19. Paralelamente á estos ilustres doctores, cuyo ingenio brilla con el inmenso resplandor de la verdad en el seno de la unidad católica, la Iglesia tuvo el dolor de contar tristes caidas: Taciano, uno de los mas célebres discípulos de san Justino, sirio de orígen, habia edificado en un principio á sus hermanos en la fe, tanto por la ciencia de sus escritos como por el ejemplo de sus servitudes. Habia compuesto un tratado de polémica religiosa en el género de las obras de su maestro, y lo habia intitulado *Oratio adversus Græcos,* de que Eusebio y san Jerónimo hacen gran elogio. Por una notable singularidad atacaba y afeaba de antemano en este discurso los errores de los gnósticos ó iluminados, que tuvo la desgracia de abrazar algo mas tarde. Envanecido con el buen éxito y brillo de su fama, desdeñó la sencillez de la fe y menospreció sus reglas, por seguir su propio parecer: quiso hacer un sistema suyo, poner escuela; mas solo llegó á ser sectario. Se arrojó en el gnosticismo ó iluminismo, y adoptó la teoría marcionita de los Eonas de Valentin. Admitiendo los dos principios de Marcion para explicar el orígen del mal, se señaló llevando mas adelante las consecuencias de este error y reduciéndolo á práctica. Condenó al matrimonio como un adulterio, una fornicacion; y, segun

Teodoreto, prohibió comer carnes de animales y beber vino. Esta abstinencia de todos los placeres sensuales hizo que se llamase á sus discípulos los *Encratitas* ó *Continentes*. Esta nueva herejía se dividió muy luego en varias sectas. Los *Severianos*, del nombre de su cabeza Severo, admitian la ley y los Profetas, mas entendiéndolos á su manera. Mas tarde, los *Apotácticos* ó *Renunciantes* añadian á los errores de Taciano una renuncia absoluta á los bienes de la tierra, condenando la propiedad como una injusticia y pretendiendo conformarse, en este género de vida, con los preceptos y ejemplos de los Apóstoles. — Taciano, que tuvo la desgracia de servir de cabeza á todos estos novadores, compuso despues de su separacion de la Iglesia un gran número de obras, todas perdidas hoy dia. Habia escrito, entre otras, una *Concordancia* de los cuatro Evangelios, primer ensayo en este género. El título solo de esta obra basta para corroborar la tranquila posesion de los cuatro Evangelios en la Iglesia en la mitad del segundo siglo de la era cristiana.

20. En la misma época, un Sirio docto entristeció igualmente á los fieles por el escándalo de su rebelion contra la Iglesia. Bardesano, espíritu culto, cristiano fervoroso en los primeros años de su conversion, se mostró al principio defensor intrépido de la verdad, como Taciano. Muy elocuente en su lengua nativa, la siríaca, lleno de fuego y vivacidad en la controversia, escribió diversos tratados de polémica y una infinidad de opúsculos contra Marcion y demás heresiarcas. Estas obras, traducidas al griego por sus discípulos, conservaban, aun en idioma extranjero, una elegancia y energía singular que admiraba mucho san Jerónimo. La mas célebre de todas es el *Diálogo del destino*, contra la astrología judiciaria, que parece haber sido dirigida al emperador Marco Aurelio, conocido por su fe supersticiosa en las imposturas de los adivinos y agoreros. La reputacion de Bardesano brillaba tanto, que los paganos, considerándole como una conquista preciosa, le enviaron á Apolonio, favorito de Marco Aurelio, para empeñarle con las mas seductoras esperanzas á dejar la

religion cristiana. Respondió á tales proposiciones con tanta energía como sabiduría : « Yo no temo la muerte ; ni pudiera » evitarla aun cuando accediese á los deseos del emperador. » Su firmeza en esta coyuntura le puso, para la opinion de los fieles, en el rango de los confesores de la fe. Pero cuanto mayor elevacion le habia merecido en la Iglesia su adhesion tan acrisolada á la verdad, tanto mas profunda fué su caida. Abrazó los errores de Valentino, que enseñó durante algun tiempo á los discípulos que habia seducido. Sin embargo no tardó en conocer lo absurdo del gnosticismo, y vuelto á ideas mas cristianas combatió el sistema que lo habia arrastrado. Sin embargo habia conservado algunos restos funestos de su extravío, que formaron una especie de sistema medio, al que dió su nombre, y que solo era un *semi-gnosticismo*. Marino, uno de sus sectarios, nos hace saber que Bardesano admitió dos principios, bueno y malo : era la idea dominante de la escuela siria y de Marcion. Segun él, el cuerpo de Cristo venia del cielo, no de María; no habia resurreccion de los muertos, y algunos otros errores.

21. La herejía de Marcion, que infestaba entonces á la Iglesia, tomó nuevo incremento con las mentirosas predicaciones de Apeles, el mas afamado discípulo del sectario. Echado de la compañía de su maestro por una accion infame de que habia sido convicto reo, se refugió á Alejandría, en donde enseñaba sus propios errores. Decia que el Criador habia querido formar el universo visible á imitacion del mundo superior, cuya perfeccion no habia podido alcanzarle; y por ello le dejó á aquel el arrepentimiento. Decia que Cristo no habia tenido solo la apariencia de un cuerpo, como lo queria Marcion, ni una verdadera carne, como enseña el Evangelio; sino que bajando del cielo se formó un cuerpo aéreo, compuesto de las partes mas sutiles de cada una de las regiones que debia haber atravesado, y que despues de su resurreccion habia devuelto cada una á su orígen, por manera que solo el espíritu volvió al cielo. Este sistema le conducia á negar, con los demás Marcionitas, la resurreccion de la carne. Para seducir mas fácil-

mente á los simples, se fingió estar en posesion de los secretos del porvenir, y publicó, bajo el nombre de *Phanerosis* ó *Revelaciones*, las alucinaciones de una mujer llamada *Philumena*, que hacia pasar por profetisa. Llegó Apeles á una edad muy avanzada : en su vejez afectaba costumbres austeras y unos modales graves y modestos. Rodonio, doctor católico, en una conferencia pública con él, habiéndole obligado á contradecirse mil veces, le forzó en fin á sostener que no es menester examinar tan escrupulosamente su religion; que cada cual ha de permanecer firme en la creencia que abrazó una vez; y que los que han puesto su confianza en Jesucristo, á cualquier secta que pertenezcan, serán salvados, con tal que estén llenos de buenas obras. Así se ve que, por una lógica rigorosa, todas las herejías, todos los errores se resuelven forzosamente en el indiferentismo universal.

22. Epiléptico ó endemoniado, como dicen los santos Padres, ó tal vez simplemente impostor, Montano, nacido en la Mesia, provincia de la Frigia entonces, dió principio y orígen, hácia mediados del siglo segundo, á una nueva secta, cuyo carácter mas marcado parece ser el *iluminismo*. Sujeto á convulsiones de extraña naturaleza, pretendió que en aquellos accesos recibia inspiraciones divinas para dar nuevo grado de perfeccion á la religion y moral cristiana. Dos señoras opulentas, Priscila y Maximila, arrastradas por una grosera ilusion, ó tal vez por sus pasiones, dejaron sus familias para seguir á este fanático. A su ejemplo, tuvieron tambien ellas éxtasis, profetizaron y compartieron con Montano el honor de figurar al frente del partido. Pretendian estas haber sucedido á los profetas católicos, Agab, Judas, Silas, á las hijas de san Felipe, á Cuadrato, á la profetisa Ammia de Filadelfia, alegando que Dios les habia dado mision de perpetuar el don de profecía, que no ha de perderse jamás en la Iglesia. Montano se vanagloriaba de tener, él solo, la plenitud del Espíritu Santo, del cual solo habia recibido una parte cada apóstol en el dia de Pentecostés. Por consiguiente se llamaba el Paracleto y se atribuia la mision de reformar la Iglesia. San Pablo habia

permitido las segundas nupcias; Montano las prohibia como una infamia. La Iglesia enseñaba la indisolubilidad del matrimonio, apoyándose en el Evangelio; Montano pretendia que siempre es permitido romper esos lazos. Los Apóstoles solo habian instituido una cuaresma; Montano ordenó tres por año. Sus secuaces observaban ayunos tan austeros, que pasaban algunas veces todo el dia sin comer : otros solo comian por la noche. Prohibia huir de la persecucion, diciendo que cada cual debia presentarse al martirio. Inflexible por los pecadores, casi á ninguno admitia á la penitencia : no le negaba á la Iglesia el poder de perdonar los pecados, mas solo se lo otorgaba á los espirituales, á un apóstol ó profeta. Sus partidarios afectaban establecer una jerarquía regular á cuya cabeza ponian un patriarca, jefe supremo de toda la secta; venian despues los que llamaban *Cenomas*, y en fin los obispos que solo estaban en tercer rango. Habian fijado la capital de su secta en una pequeña ciudad de Frigia, llamada *Pepuza*, á la cual se convinieron en llamar Jerusalen. En este punto, bajo la apariencia de la mayor austeridad, se entregaban al desenfreno de costumbres, como se lo echa en cara con tanta verdad como elocuencia y fuego Apolonio, autor eclesiástico de este tiempo. Bajo la denominacion de Frigios ó *Catafrigas* (1), los montanistas se esparcian por gran parte del Asia, é infestaron el África, en donde contaban muchos edificios al principio del siglo tercero. Alarmáronse los obispos en vista de innovaciones tan escandalosas. Serapion, obispo de Antioquía; Apolinar, de Hiéropolis; Elio Publio, de Tracia, reunidos en una solemne asamblea condenaron formalmente la nueva herejía y á su fundador. Los habian delatado antes al papa san Sotero, quièn confirmó la sentencia del concilio y anatematizó á Montano y sus discípulos; sentencia que renovó despues el papa san Eleuterio. Montano, obcecado por el espíritu de orgullo y de demencia á que se habia entregado, no se sometió á la sentencia dada contra él. Continuó en hacer el papel de

(1) Κάτα φρύγας.

iluminado, y se cree que en uno de sus transportes epilépticos ó demoníacos, se dió la muerte, de concierto con Maximila su profetisa, probablemente con la idea de entrar lo antes posible en posesion de la eterna bienaventuranza.

23. En medio de estas luchas, interiores contra la herejía, exteriores contra la persecucion, recibió el papa san Sotero la recompensa de sus trabajos : murió el año 174. El martirologio romano le da el título de mártir, sin detalle alguno sobre el género de su martirio. Padeció por la fe, verosímilmente antes del acontecimiento milagroso de la Legion fulminante, que sucedió en el mismo año, y que hizo cesar por algun tiempo todo procedimiento contra los cristianos. El *Libro pontifical* le atribuye un decreto prohibiendo á las monjas (*monachæ*) tocar las palias sagradas ni ofrecer incienso en la iglesia. Fué muy ilustre por su caridad en socorrer las iglesias pobres y los cristianos pacientes, segun testimonio de san Dionisio de Corinto, á quien le habia escrito una carta que se ha perdido. San Eleuterio, natural de Nicópolis, que habia sido diácono de san Aniceto, le fué dado por sucesor.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN ELEUTERIO (174-186).

1. Renuévase la persecucion (177). Mártires de Leon : Santo, Maturio, Atalo y Blandina. — 2. Martirio de san Pothino, obispo de Leon (Francia). Viaje de san Ireneo á Roma. — 3. Martirio de san Epipodio y san Alejandro en Leon. — 4. Martirio de san Sinforiano en Autun. — 5. Apología de Atenágoras. Su tatado de la resurreccion de los muertos. — 6 Apología de san Meliton, obispo de Sardas, de Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis, y de Milcíades. — 7. Hermias. San Teófilo, obispo de Antioquía. Herejía de Hermógenes. — 8. Conversion de Lucio, rey de la Gran Bretaña, al cristianismo. — 9. Muerte de Marco Aurelio. Le sucede Cómodo. — 10. Apología y martirio del senador Apolonio. — 11. Version de las sagradas Escrituras por Teodocion. Obra de san Ireneo contra las herejías. — 12. Muerte del papa san Eleuterio (186).

PONTIFICADO DE SAN ELEUTERIO (174-186).

1. La paz de que gozó la Iglesia despues del milagro de la Legion fulminante apenas duró tres años. La persecucion se volvió á encender con nueva violencia : sin embargo, es probable que no fué Marco Aurelio el autor de esta sangrienta reaccion ; pues que algunos historiadores llegan hasta asegurar que hácia este tiempo publicó un edicto favorable á los cristianos. Pero el odio popular, momentáneamente comprimido, no tardó en estallar con tanta mas furia cuanto que las sectas gnósticas multiplicándose diariamente suministraban, por sus desórdenes, ocasion y pretextos para gran número de calumnias contra una religion que profanaban, aunque cubriéndose con su manto. Los documentos de esta época atestiguan todos que los paganos acusaban á los cristianos de renovar los horrores del festin de Thieste y del casamiento de Œdipo en sus nocturnas asambleas (*Cartas de la Iglesia de Leon á las iglesias de Asia* y *Frigia*. EUSEBIO DE CESAREA, *histor. ecles.*). Estos cargos serian inexplicables si no los hubiera

autorizado la conducta de los gnósticos. La ley del arcano, respecto del sacramento de la Eucaristía, inviolablemente observada desde el primer siglo, no habia impedido á san Justino descargar completamente á los fieles de la acusacion de infanticidio; y ningun uso cristiano podia servir de pretexto al cargo de uniones incestuosas que se les hacia á los discípulos de Jesucristo: la herejía, pues, era quien armaba el brazo de los paganos y entregaba á los verdaderos fieles á la furia de estos. La nueva tormenta descargó mas reciamente en las Galias, que dieron entonces á la Iglesia las primicias de sus mártires. Los cristianos de Leon y Viena (Delfinado) tuvieron que sufrir, mas que en otras partes, la crueldad de los perseguidores. En conformidad á la costumbre piadosa de enviar á las otras iglesias de la cristiandad la relacion de los combates sostenidos por la fe, los confesores de Leon enviaron á sus hermanos del Asia una carta refiriendo la gloriosa lucha de sus mártires. Eusebio nos ha conservado este monumento de fe y caridad, tan notable por la pureza y encanto de su estilo como interesante por el fondo de su asunto. « Tal era, di- » cen, la animosidad de los paganos contra nosotros, que se nos » arrojaba de las casas particulares, de los baños y plazas pú- » blicas: nuestra sola presencia en cualquier punto bastaba » para que lloviesen sobre nosotros los ultrajes de la muche- » dumbre. Los santos confesores sobrellevaron con generosa » constancia todo cuanto es dable padecer de parte de un in- » solente populacho, gritos y vocerías injuriosas, rapiña de » todos sus bienes, insultos, pedradas y otros excesos á que se » deja arrastrar un pueblo furioso contra los que mira como » enemigos suyos. Maltraidos al Foro y preguntados por los » magistrados, confesaron en alta voz su fe y fueron arrojados » á las cárceles hasta la llegada del gobernador. Apenas hubo » tomado este la causa en sus manos, hizo prender á los cris- » tianos mas sobresalientes y á los mas firmes apoyos de las igle- » sias de Leon y Viena: la furia de la muchedumbre, del gober- » nador y de los soldados se encarnizó particularmente contra » Santos, diácono de Viena; Maturio, neófito lleno de valor y

» celo; Atalo, natural de Pérgamo, y uno de los mas intré-
» pidos defensores de la fe, y contra Blandina, jóven esclava,
» débil y delicada, que halló en su constancia bastantes fuerzas
» para cansar á los verdugos encargados de darle tormento, á
» su turno, desde la mañana á la noche. Despues de haberle
» hecho padecer todo género de suplicios, se confesaron ven-
» cidos, no pudiendo comprender que pudiera respirar aun,
» despues de tantos tormentos, de los cuales bastara uno solo
» para arrancarle el alma. El diácono Santos no se mostró me-
» nos incontrastable en la fe: á todas las preguntas del gober-
» nador sobre su nombre, orígen y patria, no quiso responder
» sino con estas y solas palabras: ¡Soy cristiano! Se mandaron
» enrojecer al fuego planchas de cobre que aplicaban hechas
» ascuas á las partes mas sensibles de su cuerpo. El santo
» mártir vió asar su carne sin mudar de postura, porque Cristo,
» fuente de vida, le rociaba con celestial frescura que le tem-
» plaba y fortificaba. Algunos dias despues, los verdugos le
» sometieron á nuevos tormentos, á tiempo que la inflamacion
» de las llagas primeras los hacia tan dolorosos que no le
» fuera humanamente posible sobrellevar el mas suave tacto.
» Su cuerpo, destrozado por el dolor, lejos de sucumbir á
» esta nueva prueba, volvió á tomar su anterior flexibilidad,
» por manera que las últimas úlceras se convirtieron por la
» gracia de Cristo en remedio á las primeras. En fin se con-
» denó á los heróicos confesores á ser devorados por las fieras.
» Maturio y Santos, expuestos los primeros en el anfiteatro,
» fueron primero azotados; se les hizo en seguida sentarse
» sobre un taburete de hierro hecho ascua, y su carne asada
» esparcia un olor insoportable; pero los espectadores estaban
» mas y mas ávidos de nuevos suplicios para domar aquella
» paciencia inflexible. Se les abandonó á la voracidad de las
» fieras, y dieron así, durante todo un dia, la cruel diversion
» que muchas parejas de gladiadores daban ordinariamente al
» pueblo: como respirasen aun despues de tantos tormentos,
» los verdugos se vieron obligados á degollarlos en el anfitea-
» tro. — Atalo era conocido del pueblo como un atleta intré-

» pido de la fe. Los espectadores pidieron pues con gran » vocería que se le trajese á la arena, y el santo mártir fué » traido á ella para satisfacer el ciego furor del pueblo. Se » le mandó dar la vuelta por el anfiteatro con un cartel que » decia en latin: *Este es Atalo el cristiano*. Antes de ser ex- » puesto á las fieras se le hizo sentar en una silla de hierro » hecha ascua : mientras que su cuerpo se asaba y que se » esparcia á lo lejos el olor de este holocausto humano, decia » al pueblo, respondiendo á las acusaciones de homicidio he- » chas contra los cristianos ; Vosotros, vosotros sois quienes » haceis asar carne humana como para alimentaros bárbara- » mente ; mas nosotros no comemos hombres, y nuestra reli- » gion nos prohibe todo crímen. — Blandina, que viviente » aun era la última de esta heróica sociedad de mártires, entró » en la lid como si hubiese de ir á un banquete nupcial. Despues » de haber padecido los azotes de hierro, las mordeduras de » las fieras, el asiento de hierro incandescente, se la encerró » en una red y la presentaron á un toro, que la lanzó muchas » veces al aire. Pero la santa, preocupada de la esperanza que » le daba su fe, conversaba con Jesús y era insensible á los » tormentos. Fué por último degollada esta víctima inocente, » y hasta los paganos mismos confesaron que no habian visto » jamás padecer á una mujer tormentos tan horribles con tan » heróico valor. »

2. « El discípulo de san Policarpo, el anciano san Pothino, » primer obispo de Leon, dió con su muerte testimonio á la fe » que habia traido á esta ciudad. De edad de mas de noventa » años, se hallaba enfermo á la sazon, y fué forzoso llevarlo » en hombros al tribunal. Parecia que su alma no estaba ya en » su cuerpo sino para servir de triunfo á Jesucristo. Mientras » que le llevaban los soldados, iba seguido de una gran turba » del pueblo que vomitaba mil injurias contra él ; pero seme- » jantes ultrajes no pudieron alterar en nada al santo anciano, » ni impedir que confesase heróicamente su fe. — ¿Quién y » qué cosa es el Dios de los cristianos? le preguntó el gober- » nador? — Lo sabréis si sois digno de saberlo, respondió el

» intrépido obispo. — Inmediatamente, sin respeto por su » edad, fué indignamente maltratado por el populacho. Los » que podian acercársele, le daban manotazos y puntapiés : » los mas lejanos le tiraban lo que les venia á la mano. Hu- » bieran creido un crímen si no hubieran insultado al santo » anciano para vengar en su persona la honra de sus dioses. » Despues de haber padecido, sin proferir la menor queja, este » horrible trato, san Pothino fué echado á una cárcel, en donde » murió dos dias despues de resultas de sus heridas. » Le fué dado por sucesor san Ireneo, el cual fué á Roma para recibir la consagracion episcopal de manos del papa san Eleuterio. Otro motivo tuvo tambien para este viaje. Los errores de Montano y las falsas profecías de Priscila y Maximila amenazaban propagarse en las Galias. Algunos cristianos, aun entre los confesores de la fe, habian dado ejemplo de abstinencia que parecia muy semejante, por el exceso de austeridad, al erróneo rigorismo de los herejes. Para informar pues al soberano Pontífice de este estado de cosas y tomar su parecer, emprendió san Ireneo el viaje á Roma, encargado además de remitirle las cartas del clero y de los fieles de Leon dirigidas á san Eleuterio.

3. La persecucion continuó con igual violencia contra esta iglesia sin pastor : ningun lugar, por mas recóndito que fuese, podia salvar las víctimas de las pesquisas de los verdugos. Dos jóvenes, Alejandro, de orígen griego, y Epipodio, leonés, en la flor de su edad, se habian unido estrechamente con los lazos de una santa amistad. Perteneciendo ambos á familias ilustres, y siguiendo ambos los mismos estudios, se excitaban mutuamente á la piedad y se preparaban para el martirio con la pureza de vida, inocencia de corazon y obras de caridad y de misericordia. Retirados al principio de la persecucion en uu pueblecito cerca de Leon, llamado *Pierre-Encise*, vivian juntos en la soledad en casa de una viuda cristiana, que les habia ofrecido asilo. Descubiertos por los satélites del gobernador, son arrojados á la cárcel y conducidos tres dias despues al tribunal, atadas las manos atrás como viles criminales. Preguntándoles,

como de costumbre, el magistrado, respondieron: « ¡ Somos » cristianos! — ¿ A qué han servido pues los tormentos de los » que han sido supliciados, exclamó irritado el juez, si aun se » osa hablar así de Jesucristo? » Haciendo separar luego á los dos amigos para que no pudiesen exhortarse mutuamente á ser fieles á Dios, se dirigió primeramente á Epipodio: « El Cru- » cificado que adorais prohibe el gozo y los placeres que ha- » cen el encanto de la vida; nuestros dioses, al contrario, reci- » ben nuestros festivos homenajes entre festines y flores. Mu- » dad pues de pensar y cambiad una austeridad insufrible con » los juegos placenteros de la juventud. — En los cristianos, » respondió el generoso mártir, manda el alma, el cuerpo obe- » dece. Las infamias con que creeis honrar á vuestros dioses, » os hacen dignos de eterna muerte. » A estas palabras, el juez le mandó dar de bofetadas: y ensangrentada la boca, exclamaba Epipodio: « Jesucristo es un Dios, un solo Dios con » el Padre y el Espíritu Santo. » Se le tendió sobre el potro, y dos verdugos le desgarraban los costados con garfios de hierro. Pero el pueblo, testigo de esta escena, temiendo ver espirar la víctima bajo manos extrañas, pidió á voces que se le entregara el mártir para desmenuzarlo y satisfacer en él su sanguinario furor. Iba creciendo el tumulto y amenazaba volverse un motin verdadero. Para prevenirlo, el gobernador se apresuró á hacer cortar la cabeza á Epipodio, que fué á recibir en los cielos el premio de su constancia.

Al siguiente dia mandó el gobernador hacer comparecer ante su tribunal á Alejandro. « Sacrifica á los dioses; aprové- » chate de esta ocasion, dijo el gobernador, mírate en el escar- » miento de los demás cristianos; porque los hemos perseguido » tanto, que solo quedarás tú de toda esa raza impía. — Os en- » gañais, repuso Alejandro; el nombre cristiano no puede pe- » recer jamás. La vida de los hombres lo perpetúa, y con la » muerte se propaga mas y mas. » Tendieron luego al santo mártir; le abrieron las piernas á distancia forzosa, y en esta postura le golpeaban tres verdugos que se relevaban. Padeció sin proferir la menor queja este suplicio lento y cruel: y en

fin, viéndole incontrastable en la fe, el gobernador le condenó á morir en una cruz. Ejecutóse la sentencia, y los cristianos pudieron sustraerse á la vigilancia de los soldados, y se llevaron los santos cuerpos, que enterraron en un mismo sepulcro. Al número de estos generosos confesores de la fe, hay que añadir san Marcelo y san Valeriano, que, huyendo de Leon, sufrieron el martirio en dos ciudades vecinas, el primero en Chalons del Saona, y el segundo en *Trenorchium*, hoy Tournus.

4. La ciudad de Autun fué, al mismo tiempo, testigo del celo y valor de san Sinforiano. Nacido de una familia principal de la poblacion, adornado de prendas por la brillante educacion que habia recibido, este jóven y valeroso cristiano encontró un dia cierta procesion que se hacia en honor de Cibeles, madre de los dioses. No pudo menos de mostrar públicamente su menosprecio, y reprendió este culto supersticioso. Los paganos irritados le arrastraron al tribunal del procónsul Heraclio, como sedicioso que se negaba á adorar las divinidades del imperio. — « ¿Porqué no quieres tributar tus homenajes » á la madre de los dioses? le preguntó el juez. — Yo adoro al » verdadero Dios, respondió Sinforiano. Respecto del ídolo de » vuestros demonios, si me lo permitís, lo haré mil pedazos » con un martillo en tu presencia. — ¿No te basta ser sacrílego » para que te muestres además rebelde? » Heraclio le hizo apalear por sus lictores y poner en la cárcel. Algunos dias despues fué sometido á nuevo interrogatorio, y el procónsul trató de seducirlo con promesas. Ricas gratificaciones, honores militares, favores del príncipe, le ofreció en fin todo cuanto es capaz de hacer doblar á un hombre, si consentia en sacrificar á los dioses inmortales. « Yo voy, añadió, á hacer adornar de flores » los altares de Apolo, Cibeles y Diana, y asistirás tú conmigo á » un sacrificio solemne. » El santo rechazó con horror las proposiciones del juez, y describió con expresiones enérgicas lo ridículo y extravagante de las carreras insensatas de los Coribantos á honra de Cibeles, la supercheria de los sacerdotes que forjaban los oráculos de Apolo, las cazas supersticiosas

en honor de Diana. Heraclio le condenó á ser decapitado. En tanto que conducian al mártir al lugar del suplicio, fuera de la poblacion, su madre, tan venerable por su piedad como por sus años, corrió á su encuentro, no para enternecerlo con sus lágrimas, sino para fortalecerlo y animarlo aun mas con sus exhortaciones. De lo alto de un muro le decia en voz alta : « Sinforiano, hijo mio, acuérdate de Dios vivo, muestra tu » valor y tu fe. No hay por qué temer una muerte que tan se» guramente nos lleva á la vida. Para no entristecerte de dejar » esta tierra, levanta tus ojos al cielo, y menosprecia tormen» tos que tan poco duran : si eres constante, ellos te serán » cambiados por una felicidad eterna. » Sostenido por la voz de su tierna madre y por la fuerza celestial de la gracia, el jóven cristiano sufrió generosamente el martirio. Sus preciosas reliquias, recogidas por la piedad de los fieles, fueron depositadas en una celdita, en cuyo paraje se levantaron despues una majestuosa basílica y un célebre monasterio.

5. Por la violencia de la persecucion en las Galias, se puede conjeturar los estragos que hizo en las demás provincias del imperio. Tantas atrocidades, cometidas contra los cristianos, inspiraron á elocuentes escritores, que abrazaron con celo la defensa de la fe y de la virtud, tan indignamente vilipendiadas. En nombre de todos los fieles de la Grecia, Atenágoras, filósofo cristiano de Atenas, dirigió al emperador Marco Aurelio y á su hijo Cómodo, que acababa de ser asociado al imperio, una apología intitulada *Legacion*, porque era la embajada de los oprimidos á sus perseguidores. En esta obra, llena de dignidad y fuerza, de una lógica clara y concisa, expone y refuta victoriosamente las acusaciones de los paganos contra el cristianismo. « Vosotros permitís, dice, á todas las naciones, á » todos los pueblos, á todos los ciudadanos vivir segun sus » leyes, profesar su religion, conservar las ceremonias de su » culto, honrar á los dioses de sus padres, por mas que sean » tan ridículos como los dioses-gatos ó los dioses-cocodrilos de » los Egipcios : á nosotros solos nos prohibís el llevar el nom» bre de cristianos y de vivir segun nuestras leyes ; sin em-

» bargo, este nombre es inocente y nuestras leyes santas. El » pretexto á las violencias de que somos víctimas es la acusa» cion vulgar de ateismo, de incesto y de banquetes inhuma» nos. Si los cristianos estuviesen convencidos de crímenes » tales, seria justo exterminar su secta, y lavar con su sangre » atentados semejantes, sin perdonar edad, sexo ni condicion. » Mas los mismos emperadores son testigos irrecusables de la » injusticia de calumnias semejantes, pues que por varios edic» tos han prohibido se hagan pesquisas contra los cristianos; » cuando si los crímenes que se nos imputan fuesen verdade» ros, dichas pesquisas debieran practicarse con toda minucio» sidad y severidad. » Pasa en seguida Atenágoras á examinar cada cargo, y demuestra la futilidad de algunos y la injusta y atroz calumnia de los demás. Concluye con emocion llena de calor y elocuencia, respondiendo á las imposturas de los falsos banquetes homicidas de los cristianos. « Nos acusais de esa » monstruosidad horrorosa á nosotros que hemos renunciado » á vuestros espectáculos de gladiadores y de fieras, porque » no vemos diferencia entre aplaudir un asesinato y el come» terlo! Creemos que es gran crímen exponer un niño, como » se hace todos los dias, á las puertas de vuestros palacios, en » las calles y plazas, y nos acusais de degollarlos bárbaramente » para un feroz banquete! Nuestra religion nos manda creer » en la resurreccion de los muertos : si esta creencia os parece » tan fuera de razon, burlaos de nuestra simplicidad, mas no » nos acuseis de hacernos sepulcros vivos de los que han de re» sucitar un dia. »

Parece que el dogma de la resurreccion era objeto de continuos ataques de parte de los paganos. El santo apologista, que solo habia tocado ligeramente este punto de fe católica al fin de su *Legacion*, escribió un tratado especial de la *Resurreccion de los muertos*, en el cual prueba su posibilidad, contra todas las objeciones sacadas de la transformacion de los cuerpos, y su realidad fundada en razones de órden divino, de conveniencia y de justicia.

Se notan en general en estas dos obras de Atenágoras, las

solas que nos quedan suyas, las ideas y raciocinios de san Justino, pero presentados con mas miramiento y mejor estilo. Insiste menos sobre la sagrada Escritura, pero mas en la razon. No se limita al papel de un acusado que se defiende, sino que se hace insensiblemente acusador, y se esfuerza principalmente en mostrar lo que hay de absurdo é impuro en el paganismo, poniéndolo en paralelo con la doctrina y costumbres de los cristianos.

6. Hácia la misma época (178), san Meliton, obispo de Sardas, presentó tambien una apología á los dos emperadores. El terremoto que habia arruinado recientemente la ciudad de Esmirna, habia atraido contra los cristianos del Asia el furor popular, porque á ellos se atribuian todas las desgracias públicas. « Por virtud de recientes decretos publicados en nuestras » provincias, dice san Meliton, los cristianos se hallan expues- » tos de tal modo á la persecucion, que jamás la han experi- » mentado mayor. Sus calumniadores se valen de las nuevas » ordenanzas para despojar abiertamente sus víctimas. Por » esta razon suplicamos se tome conocimiento de la conducta » de estos acusados, para que conforme á vuestra equidad se » juzgue si merecen ó no tratos semejantes. Si entre vuestros » antecesores, Neron y Domiciano se vanagloriaban cruel- » mente de perseguir á muerte los cristianos, vuestro augusto » abuelo Adriano y vuestro padre Antonino han hecho ver su » justicia y clemencia respecto de nosotros. Al dirigir nuestras » súplicas y votos al pié de vuestro trono, no dudamos encon- » trar la misma benevolencia y humanidad. » Este fragmento citado por Eusebio es todo lo que nos queda de san Meliton.— Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis en Frigia, se señaló igualmente por su celo en defensa de la religion, en una apología presentada al mismo Marco Aurelio. La antigüedad cristiana ha encomiado mucho la elegancia de su estilo y la erudicion de sus Cartas sagradas y profanas; pero estos libros no han llegado á nuestra época. Lo mismo ha sucedido con los de Milcíades, contado por Tertuliano en el número de los hombres eminentes que habian refutado los errores de Valen-

tin. Compuso, para defensa de la filosofía cristiana de que hacia profesion, una apología notable, dirigida á los *Jefes de este siglo*, esto es, á los gobernadores de las ciudades y provincias, á quienes ponian mas en contacto con los cristianos sus atribuciones especiales.

7. Vivia en la misma época Hermias, célebre escritor muy notable por el nuevo método que empleaba para confundir el paganismo. Hasta entonces los autores cristianos se habian limitado á probar la superioridad de la doctrina evangélica sobre la idolatría, poniendo en claro la hermosa doctrina de Cristo para vindicarla de las calumnias con que se la desfiguraba; pero Hermias tomó otro camino: atacaba el culto de los dioses, haciendo ver su ridiculez y valiéndose del arma de una fina y mordaz ironía. Se le llamó el Luciano cristiano. Su obra intitulada *Los filósofos burlados*, es la mas diestra rechifla que se haya hecho del paganismo. Obra maestra en su género, es muy de notar tanto por su precision y claridad como por su agudeza, gracia y viveza. Pasa en revista á todos los filósofos; cada uno va exponiendo su sistema sobre los dioses, el alma del hombre y los principios de las cosas: lo que un primero dice, otro segundo refuta; el último que habla deja mentirosos á los demás.

Cuantos ingenios cultos y superiores habia entonces en la Iglesia se propusieron probar sólida y sabiamente la divinidad de la religion. San Teófilo, sexto obispo de Antioquía desde san Pedro, publicó tres discursos contra los detractores de la fe cristiana. Los dirigió á Autolico, pagano docto, á quien con paternal solicitud trataba de alumbrar con las santas luces del Evangelio. La naturaleza de Dios, su providencia, el órden del mundo, la creacion del hombre, lo absurdo de la idolatría, la ignorancia de los filósofos y las vanas quimeras de los poetas paganos sobre el orígen de los seres, opuestas á la pureza de doctrina y moral cristiana: tales son los asuntos mas notables tratados por el santo obispo. En otra obra emprendió refutar á Hermógenes, hereje que pareció en su tiempo. Hermógenes enseñaba que la materia es eterna. Sus discípulos, de los cuales

el mas célebre fué Seleuco, recibieron de Tertuliano el título de *materiarii*, y fueron los precursores de los modernos materialistas.

8. No pudieron apagar el fuego de la persecucion los esfuerzos de tantos apologistas. Pero si la Iglesia, diezmada por los tiranos, perdia hijos por el martirio en las diversas provincias del imperio, dilataba, ensanchaba su seno para recibir en su gremio pueblos lejanos, que se sentian misteriosamente atraidos hácia las luces de la fe. Lucio, rey de uno de los pequeños Estados de Inglaterra, envió al papa una embajada solemne, pidiéndole misioneros que enseñasen á sus vasallos la fe y los instruyeran bien en las verdades evangélicas. San Eleuterio acogió gozosamente á los enviados del príncipe : les dió sacerdotes, cuya predicacion tuvo éxito tan feliz, que ya en tiempo de Tertuliano estaba enarbolado el estandarte de la cruz en las regiones mas septentrionales de la Gran Bretaña, inaccesibles hasta entonces á las águilas romanas. Lucio es honrado con culto público el 3 de diciembre.

9. En este tiempo, el emperador Marco Aurelio, despues de haberse empeñado en una guerra contra los Marcomanos de la Panonia (Hungría), acababa de morir (el año 180), dejando el cetro á su hijo Cómodo, de quien se sospechó no sin fundamento de haber contribuido á abreviar la vida de su padre. Las crueldades y estragadas costumbres del nuevo reinado sobrepujaron las de Neron y Domiciano. Cómodo hizo vestir de gigantes y monstruos todos los mendigos y estropeados para matarlos él mismo á porrazos y hacerse dar así el nombre de Hércules romano. Encontrando cierto dia á un hombre de extraordinaria estatura, lo rebanó en dos partes por probar su fuerza y gozar del placer de ver derramarse las entrañas á un hombre. Quiso que Roma mudase su nombre en el de *Colonia comodiana*. El incesto y los mas abominables crímenes manchaban el palacio de este loco coronado que acababa de sentarse en el trono del mundo. Por secreta disposicion de la Providencia, Dios permitió dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas de la humanidad, para que espan-

tada esta de sus propios excesos se echase en brazos de una religion que, sola, habia guardado el secreto de la virtud. Continuó la persecucion durante los dos primeros años posteriores á la muerte de Marco Aurelio: cesó por influencia tal vez de Marcia, á quien habia otorgado Cómodo los honores de imperatriz, y que estaba dispuesta muy favorablemente respecto de los cristianos.

10. La calma inesperada despues de tan largas borrascas dió lugar á gran número de conversiones. En Roma muchos personajes de alta categoría abrazaron la fe cristiana con todas sus familias. Un senador, ilustre en letras y filosofía, llamado Apolonio, fué de este número: le delató como cristiano uno de sus esclavos al tribunal de Perenne, prefecto del pretorio. Se acababan de poner en vigor las ordenanzas que prohibian acusar á los cristianos bajo pena de incurrir en el castigo de los calumniadores; y en su consecuencia Perenne hizo poner en cruz al esclavo y quebrarle las piernas. Pero por una extraña contradiccion mandó en seguida que viniese Apolinio á justificarse ante el senado y se sincerase de su conducta. Apolonio compuso pues una apología sólida y elocuente, en la cual confesaba lisa y llanamente la religion cristiana y la vindicaba de las acusaciones de que era objeto. Leyó su discurso ante el senado reunido, pero selló muy pronto con su sangre su valerosa confesion de la fe; porque, segun el edicto de Trajano que aun conservaba fuerza de ley, un cristiano citado como tal ante un tribunal no podia ser absuelto si no apostataba. Un decreto de los senadores, sus cólegas, condenó pues á Apolonio á ser decapitado, como se verificó en el año 189.

11. No tenemos noticia de otros mártires que hayan padecido la muerte bajo Cómodo; pero si los fieles tuvieron paz de parte de los idólatras, no fué así de la de los herejes. Teodocion, natural ú oriundo de Éfeso, primero, discípulo de Taciano, luego marcionita y en fin judío, emprendió traducir las santas Escrituras del hebreo al griego. Se propuso debilitar los pasajes de las profecías que hablan de la divinidad del Mesías: mas á pesar de su dañina intencion, no pudo alterar

notablemente las sagradas fuentes, y su version vino á ser una nueva arma en favor de la verdad evangélica en manos de los Padres de la Iglesia. San Ireneo hace ya mencion de esta obra en su *Tratado contra las herejías*. Este santo obispo de Leon, á su regreso y vuelta en medio de su rebaño en donde tantos daños causara la persecucion, halló las iglesias de la Galia Céltica inficionadas de los errores de los Marcosianos. Los prestigios y sacrílegas imposturas de estos herejes habian logrado seducir á los flacos : porque permitian á sus adeptos los excesos mas monstruosos bajo el pretexto de impecabilidad, comun á todas las sectas gnósticas. Ireneo emprendió combatir á los falsos doctores, y por la naturaleza de su trabajo se vió llevado como por la mano á componer una completa refutacion de todo el sistema valentiniano. Para el acierto en semejante obra, era menester reunir un profundo conocimiento de la Escritura, rara penetracion de espíritu, y estudios especiales sobre los sistemas de filosofía griega y oriental. San Ireneo, formado por san Policarpo, habia sacado de sus lecciones la doctrina y tradiciones apostólicas en toda su pureza. Jóven aun, se habia familiarizado ya con la lectura de los poetas y filósofos profanos, como lo prueban las citas frecuentes que hace de sus máximas. Finalmente leyó muy detenidamente los escritos de Valentin y sus discípulos. Preparado con todos estos trabajos para la obra que tenia premeditada, puso en fin la última mano á su inmortal obra *Adversus hæreses*. Escribió en griego, su lengua nativa; pero solo nos quedan del texto original un corto número de fragmentos conservados por Eusebio. La obra que ha llegado hasta nosotros solo es la traduccion latina, hecha probablemente en vida del mismo san Ireneo, para uso de su pueblo y de las iglesias de las Galias. Se divide en cinco libros. El primero está consagrado á la exposicion de las herejías gnósticas, recapituladas todas en el valentinianismo. Considerando este sistema como la última expresion de la *Gnosia*, lo hace centro de toda su polémica. En el segundo, se propone rebatir todos estos errores con las armas del sentido comun y de sana lógica :

hace resaltar sobre todo la ridiculez é incoherencia de dichos errores, y les opone argumentos de la sana razon. En el libro tercero los refuta con la tradicion, las sagradas Escrituras y el texto de los cuatro Evangelios. Continúa esta misma polémica en los libros cuarto y quinto, en los cuales cita además las Epístolas de los Apóstoles, que de intento habia reservado para el fin. El argumento principal que sirve de fundamento á las pruebas de san Ireneo es la tradicion, cuya existencia prueba, como tambien su carácter y su autoridad sagrada en la Iglesia. No pudiendo seguirla en la sucesion de todos los obispos de cada silla, se limita á invocar la tradicion de la Iglesia romana, la mayor y mas venerable (1). « Es una nece- » sidad, dice, para los fieles de todos los países, por causa de » su eminente primacía, conformarse con la doctrina de la » Iglesia de Roma, que ha conservado siempre la tradicion ve- » nida de los Apóstoles. » Los herejes, al contrario, hombres nuevos, no tienen raíz en lo pasado. Datan todos de un jefe cuyo nombre han tomado con su doctrina : en ellos no hay sucesion de autoridad, de doctrina, de apostolado : el capricho de un orgulloso es su ley, su orígen. El argumento de la tradicion, que no han cesado de emplear los santos Padres en sus controversias, tenia particular fuerza y energía en la pluma de un escritor que entre él y los Apóstoles non contaba otro mediador que un ilustre mártir (san Policarpo), obispo de Esmirna. Nada hay mas sentimental que el modo con que san Ireneo habla de su antiguo maestro en una carta á Florino, sacerdote, que habia tenido la desgracia de caer en el lazo de los herejes. « Siendo aun jovencito, dice el ilustre obispo, yo » os he visto en el Asia menor, en casa de Policarpo, en » tiempo que, viviendo vos mismo en la corte del emperador, » veniais á ver á este santo obispo y procurabais lograr su » estima. La memoria de la infancia crece con la inteligencia

(1) « Ad hanc enim Ecclesiam, propter potiorem principalitatem, necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est, eos qui sunt undique fideles, in qua semper ab his qui sunt undique, conservata est ea quæ est ab Apostolis traditio. » (*Adversus hæreses,* lib. III, cap. 3, n. 2.)

» y se confunde con ella, por manera que pudiera indicaros » yo el lugar donde se sentaba el bienaventurado Policarpo, » cuando hablaba, sus modales, su manera de andar y de » vivir, los discursos que predicaba al pueblo. Él nos decia » cómo habia vivido con san Juan, y con los demás que habian » visto á Jesucristo. Nos contaba las instrucciones y cosas que » les habia oido exponer y decir tocante al Señor, sus mila- » gros y doctrina. Entonces me hacia Dios la gracia de escu- » char sus discursos con la mayor atencion, y de grabarlos en » mi corazon. » Así es como, tocando al siglo apostólico, combatia san Ireneo las novedades mentirosas de su tiempo, apoyado en la tradicion y enseñanzas que habia recibido.

12. El ilustre obispo de Leon no concluyó su obra en el pontificado de san Eleuterio. Este papa murió el año 186, honrado con el título de mártir que le da el martirologio romano. Renovó, dice el *Libro pontifical,* la prohibicion de mirar como impuro ningun alimento ordinario y propio á la manutencion del hombre (1). Esta ordenanza se hizo necesaria por las abstinencias exageradas y supersticiosas de los Encratitas y Montanistas. Sucedió á san Eleuterio Víctor I, africano (186).

(1) « Et hoc iterum firmavit, ut nulla esca usualis à christianis repudiaretur, maxime fidelibus, quam Deus creavit, quæ tamen rationalis et humana esset. »

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN VÍCTOR I (186-200).

1. Cuestion de la Pascua. — 2. Carta de Polícrates, obispo de Éfeso, al papa san Víctor I. — 3. Carta de san Ireneo al papa san Víctor I. — 4. Carta de los obispos de la Palestina al papa san Víctor I. — 5. Herejía de los Theodocianos. — 6. El presbítero Gayo refuta á los Theodocianos. — 7. Otros apologistas de la fe cristiana. — 8. Escuelas cristianas. — 9. Escuela cristiana de Alejandría. San Panteno. — 10. Clemente de Alejandría. Sus obras. — 11. Muerte del papa san Víctor I.

PONTIFICADO DE SAN VÍCTOR I (186-200).

1. La controversia sobre la Pascua, promovida un cuarto de siglo antes por san Policarpo en su entrevista con el papa san Aniceto, no se habia decidido aun por los antecesores del papa san Víctor I. Los Asiáticos habian continuado, pues, el uso particular de celebrar la Pascua el mismo dia que los Judíos. Envejeciendo, esta costumbre abusiva habia tomado como derecho de prescripcion. Por otra parte, esta costumbre alimentaba una divergencia fatal entre los Asiáticos y la Iglesia latina, respecto de las fiestas, de los ayunos, todo en fin lo que estaba regulado principalmente sobre el dia de Pascua. Despues de la destruccion de Jerusalen por Adriano, habia cesado de existir el motivo de tener miramiento con los Judíos convertidos, que conservaban un apego invencible á los ritos mosáicos. Por otra parte, la obstinacion de los Asiáticos se habia aumentado, fortalecido, por la especie de consentimiento tácito del papa san Aniceto y por la autoridad moral inmensa de san Policarpo. Se habia visto en Roma á los sacerdotes Blasto y Florino, venidos del Asia, esforzarse en persuadir á los fieles que no se podia en conciencia seguir el uso de la

Iglesia latina para la celebracion de la Pascua. El negocio llegó á tanto, que por temor de un cisma los dos papas san Sotero y san Eleuterio se vieron obligados á quitar á los Asiáticos residentes en Roma el permiso de conformarse con el uso de su país. Por manera que por exageracion de los Asiáticos un punto de disciplina se convirtió en cuestion doctrinal. San Víctor no quiso pasase mas adelante este error, y resolvió establecer perfecta conformidad en todas las iglesias. Convocó á este objeto un concilio de los obispos de Italia en Roma, en el cual fué decidido solemnemente que la Pascua seria celebrada en domingo, dia consagrado por los Apóstoles en memoria de la resurreccion del Señor : se interdijo seguir en lo porvenir este uso de los Judíos para la celebracion de esta solemnidad. Víctor envió la carta sinodal á los obispos de todas las provincias del universo católico. Por órden suya, Teófilo de Cesarea reunió todos los obispos de la Palestina; san Ireneo de Leon, los de las Galias; Bacquilo de Corinto, los de la Acaya; Demetiro de Alejandría los de Egipto, y Palma de Amastris los del Ponto. Estas asambleas estuvieron todas acordes y unánimes en adoptar la resolucion del concilio de Italia. Las cartas de respuesta concuerdan todas en la necesidad de conformarse con la costumbre de la Iglesia latina en la celebracion de la Pascua.

2. Polícrates, obispo de Éfeso, habia sido encargado por el papa san Víctor de presidir el concilio de la Asia proconsular. Como era fácil de prever, los obispos de esta comarca no se hallaron dispuestos á abandonar un uso antiguo en su provincia y apoyado en una tradicion venerable. «Entre nosotros, » escribia Polícrates al papa san Víctor, dándole cuenta de » las operaciones de la asamblea; entre nosotros, en Asia, se » han dormido en el Señor estas grandes lumbreras de la » Iglesia : Felipe, uno de los doce Apóstoles, muerto en Hierá- » polis; Juan, que descansó sobre el pecho del Señor; el » santo pontífice que llevaba la lámina de oro, mártir y doctor, » que vino á morir á Éfeso; Policarpo, ilustre obispo de » Esmirna; Tarseas, obispo y mártir de Eumenia; el bien-

» aventurado Meliton, obispo de Sardas, cuyos pensamientos » inspiraba y cuyos actos dirigia el Espíritus Santo. Estos » grandes personajes han celebrado la Pascua en el décimo» cuarto dia de la luna, siguiendo el texto del Evangelio y » observando la regla de la fe. Y yo Polícrates, el mas ínfimo » de los obispos, despues de haber vivido sesenta y cinco años » en el servicio del Señor, observo la tradicion de mis maes» tros y padres. No me intimidaré por las amenazas, sabiendo » la sentencia de los Apóstoles: Es mejor obedecer á Dios que » á los hombres.» Cuanto consuelo habian dado al papa las cartas de los demás concilios, tanto ó mas dolor le causó la de Polícrates. El obispo de Éfeso se escudaba con una tradicion, respetable sin duda alguna, por la cual habian guardado los romanos Pontífices los mayores miramientos, tolerándola siglo y medio: pero no se hacia cargo de los gravísimos y serios motivos que impelian al papa á la uniformidad. Muy al contrario, insinuaba que el uso de los Asiáticos era el solo fundado en regla de fe: esto era favorecer á los cismáticos que habia habido que combatir en el mismo seno de Roma; era esto perpetuar en la Iglesia una tradicion hebráica y apoyar á los judaizantes. Hay en esta discusion un hecho digno de notarse, y es que no se puso en duda ni cuestion la supremacía del Papa por los obispos del Asia. No le echan en cara que se mezclaba, por abuso de poder, en la conducta de iglesias lejanas é independientes. Al contrario, Polícrates al acabar su carta reconoce implícitamente que la autoridad del papa, á la cual se cree en conciencia obligado á resistir, no tiene igual entre los hombres, y que no tiene otro censor que Dios mismo. Sea lo que quiera, Víctor creyó que era ya pasado el tiempo de miramientos y contemplaciones. Preparó una sentencia de excomunion contra los Asiáticos, y les declaró en sus cartas separados en adelante de la unidad de la Iglesia (1).

3. La determinacion del papa causó inmensa sensacion en el universo católico. Éfeso, Esmirna y tantas otras sillas, ilus-

(1) Ab unitate Ecclesiæ prorsus alienos esse pronuntiat. (EUSEB., lib. v, cap. 23.)

tradas por los Apóstoles ó por sus sucesores y discípulos, bajo el peso de una excomunion presentaban un espectáculo aflictivo para los obispos de las otras provincias, cuya mayoría estaba en relacion de amistad ó de reconocimiento con las iglesias del Asia. Por otra parte, el lazo de caridad unia en esta época mas estrechamente las cristiandades entre sí, cuanto que se hallaban mas frecuentemente expuestas á la persecucion. La mayor parte de los obispos escribieron al papa, unos con fuerza y vehemencia, otros con prudente reserva y loable moderacion. San Ireneo fué del número de estos últimos: en su carta principia por hacer ver la conformidad de su creencia con la de la Iglesia romana y la necesidad de celebrar la Pascua en domingo; pero no veia en el apego de las iglesias de Asia por su antigua costumbre razon suficiente para separarlos y arrojarlos de la comunion católica. « Los Pontífices que antes de Sotero han gobernado la Iglesia » romana, y de los cuales sois sucesor hoy, decia el santo á » san Víctor, Aniceto, Pio, Higinio, Telésforo, Sixto, han » conservado la paz con las iglesias cuya observancia no era la » de Roma. Esta divergencia de disciplina no les impidió enviar » las Eulogias á los obispos de Asia y ponerse así en comuni» cacion con ellos. » Citaba, como prueba de esta tolerancia, la entrevista de san Policarpo y san Aniceto sobre la misma cuestion. « Guardaos bien, dice san Ireneo, de separar de la » unidad iglesias enteras por una costumbre que han recibido » de sus padres en la fe. » San Ireneo escribia además y en el mismo sentido á gran número de obispos para interesarlos en favor de los Asiáticos. Por las citas que acabamos de extractar se ve que san Ireneo miraba como punto de mera disciplina la controversia del papa con las iglesias disidentes.

4. Los obispos de la Palestina, mas cercanos al centro de la division, y por consiguiente mejor colocados para apreciar su verdadero carácter, juzgaron de distinto modo. Narciso, de Jerusalen, Casio de Tiro, Claro de Ptolemáida y los demás obispos de la provincia, reunidos en concilio bajo la presidencia de Teófilo de Cesarea, á quien el papa san Víctor habia

delegado su autoridad [1], escribieron al papa una carta sinodal en la que protestan su adhesion á la tradicion de la Iglesia latina pare la celebracion de la Pascua; establecen su autoridad con pruebas irrefragables, y concluyen rogando al papa de dar á esta su carta la mayor publicidad posible « para que » no nos crea el mundo católico cómplices de los que se han » alejado del camino de la verdad. » Entretanto san Víctor, movido de las instancias de tantos ilustres y santos obispos, moderó el rigor de su primera sentencia; pues que le bastaba haber visto universalmente desaprobada la costumbre abusiva de los Asiáticos. La prescripcion estaba oficial y legalmente interrumpida y el error no podia alegar ya el argumento de la tolerancia; la ejecucion solo era negocio de tiempo. Convenia entonces tener miramiento con las susceptibilidades, dejar á los espíritus el tiempo de comprender la verdad y de abrazarla de corazon á medida que se irian apagando las animosidades personales que podrian envenenarla todavía. El porvenir dió razon á la prudencia y sabiduría del Pontífice; porque desde el siglo siguiente los Asiáticos abrazaron la práctica universal; y esta cuestion no se agitó de nuevo en la Iglesia sino en la época del concilio de Nicea, y aun solo porque algunos obispos de la Siria y Mesopotamia creyeron deber volver á tomar para su uso peculiar la costumbre asiática, unánimemente abandonada por el mundo católico.

5. El papa san Víctor excomulgó en la misma época al heresiarca Theodoto y sus fautores. Theodoto de Bizancio era un curtidor ó zurrador de pieles, pero cuya ciencia y virtud le elevaban muy superiormente. Preso como cristiano durante la persecucion de Marco Aurelio, tuvo la desgracia de apostatar para librarse de los tormentos. Los reproches de cobardía y demás que le atrajo en su país su poca constancia, le determinaron á irse de Bizancio y refugiarse en Roma, donde se prometia vivir desconocido. Pero el carácter indeleble de apóstata parecia estar impreso en su frente, y no pudo hallar en Roma

(1) Papa Victor direxit auctoritatem ad Theophilum, Cæsariensis Palestinæ antistitem. (LABBE, t. I, col. 596.

el descanso que le negaba su patria. Fastidiado, creyó justificar su apostasía, haciéndose heresiarca. « Yo no he renegado á un Dios, decia, sino á un hombre; » y desde entonces enseñó públicamente que el Verbo no era Dios, renovando así las herejías de Cerinto y Ebion. La tradicion universal de la Iglesia oponia una excepcion sin réplica á su nuevo sistema. Theodoto ensayó pues probar que la tradicion habia sido corrompida desde los primeros papas. La Escritura sagrada, cuyos textos formales no podian prestarse á la errónea interpretacion del apóstata, fué alterada en las ediciones que ponia en manos de sus discípulos. Artemas, uno de estos, contribuyó á dar fama á la secta por su talento y elocuencia. Poco despues otro Theodoto, llamado el *Banquero* (argentarius), discípulo del zurrador, añadió nuevo error á los de su maestro. Pretendia que Jesucristo, puro hombre, concebido por el Espíritu Santo y de la Vírgen María, era inferior á Melquisedec, por aquellas palabras : *Tu es sacerdos secundum ordinem Melchisedech*. Parece que el texto original en donde san Pablo representa á Melquisedec « sin padre, sin madre, sin genealogía, » sin principio en esta vida y sin fin, asemejado al Hijo de » Dios y sacerdote eterno (*Hebr*. VII, 3), » habia dado orígen á los *Melquisedequianos* de hacer de aquel sacerdote un ser sobrehumano, incomprensible y casi divino; y por consiguiente de elevarlo sobre Jesucristo, cuya divinidad negaban.

6. El presbítero Cayo, que vivia en Roma á fines del segundo siglo, refutó á estos novadores. Los Teodocianos, dice, están confundidos con los testimonios de las sagradas Escrituras, así como por los de Justino, Milcíades, Taciano y otros que han defendido la verdadera doctrina contra los herejes contemporáneos suyos, y que todos atestiguan la divinidad de Cristo. Desde el nacimiento de la Iglesia, los himnos y cantos sagrados celebran á Jesucristo como Verbo de Dios, y le atribuyen la divinidad [1].

7. No le faltaba á la verdad elocuentes defensores. Parecia

(1) Psalmi quoque et cantica fratrum jampridem à fidelibus conscripta, Christum Verbum Dei concelebrant, divinitatem ei tribuendo.

que los mas sublimes ingenios que hasta entonces haya contado la Iglesia en su seno, se hubiesen como dado cita al fin del siglo segundo. En tanto que san Ireneo ilustraba las Galias, Panteno y Clemente en Egipto hacian brillar los tesoros de su saber y de su elocuencia en la escuela cristiana de Alejandría, que solos ellos hubieran bastado á inmortalizar. Orígenes, aun niño, espantaba por lo prodigioso de su inteligencia; Tertuliano, en África, primero entre todos los Latinos, entraba ya en la lid con su abrumadora lógica, con su elocuencia de acero. A estos famosos nombres añade Eusebio los de otros escritores, cuyas obras se han perdido desgraciadamente para nosotros. El filósofo Máximo, que habia compuesto muchos tratados importantes sobre las cuestiones, tan traqueadas por los herejes, sobre el orígen del mal y la existencia de la materia; Cándido y Apion, que habian escrito comentarios sobre la creacion ú obra de los seis dias; Sexto, autor de un libro sobre la resurreccion; Heráclito, que habia dejado varios tratados analíticos sobre las epístolas de san Pablo. Pero entre todas estas glorias de la Iglesia, las miradas del mundo católico se fijaban particularmente sobre la escuela cristiana de Alejandría, que brillaba á la sazon en todo su esplendor.

8. Los Apóstoles habian echado los cimientos de estas instituciones, que bajo el nombre de escuelas cristianas perpetuaban en el seno de la Iglesia la tradicion de la enseñanza. Entraba en el plan de su mision proveer á todo lo que era necesario para preparar sugetos capaces de predicar un dia la verdad y gobernar las iglesias. San Pablo, despues de haber formado discípulo suyo á Timoteo con sus ejemplos é instrucciones, le recomendaba escoger, á su vez, hombres capaces y ejercitarlos en el ministerio evangélico de la palabra. La tradicion nos ha conservado la memoria de los numerosos discípulos de san Juan en Éfeso, en donde este apóstol pasó los últimos años de su vida. Los obispos, sucesores de los Apóstoles, fijados en sus respectivas sillas, daban á estas reuniones formas mas estables, y hacian de ellas unas verdaderas *escuelas regulares*.

9. Alejandría poseia en su seno un establecimiento de este

género, cuya formacion atribuye formalmente san Juan al apóstol san Marcos. Una ciudad poblada de filósofos, centro de todas las ideas, foco intelectual en donde se cultivaban todas las ciencias entonces conocidas, necesitaba, mas que otra ninguna, de una enseñanza cristiana mas desarrollada, mas completa. Era necesario hacer brillar en todo su resplandor la ciencia católica, oponerla á los vanos sistemas de la humana filosofía, demostrar su superioridad, presentar sus pruebas, exponer su conjunto, y hacer apreciar en su justo valor sus consecuencias para dicha de la humanidad. Fundar una cátedra de verdad á la faz de las cátedras del error, tal fué el pensamiento de los obispos de Alejandría; y su constante solicitud fué dar al mas sabio auditorio del universo apóstoles de santidad y elocuencia dignas de él. El éxito fué feliz. En el año 179, el ilustre Panteno ocupaba este puesto eminente. Ese doctor, siciliano de orígen, educado en los principios de la filosofía estóica, habiendo reconocido la verdad, se convirtió á la religion cristiana. Traia pues al servicio de esta causa sagrada un celo infatigable, conocimientos útiles y variados, una elocuencia cuya reputacion habia pasado los límites del romano imperio, y llegó hasta los Indianos, que le enviaron una embajada para suplicarle viniese á anunciar el Evangelio á su país. Clemente de Alejandría, su discípulo, decia de él : « Esta abeja » de Sicilia, del jugo que ha sacado en la celestial pradería de » los Apóstoles y Profetas, produce en el ánimo de sus oyentes » un inmortal tesoro de ciencia y virtud. » Se sustrajo empero á los aplausos de la juventud alejandrina, al éxito de un apostolado que habia ilustrado, entregándose á los trabajos de una mision lejana que se ofreció á sus pasos. Instituido por Demetrio, patriarca de Alejandría, apóstol y obispo de las naciones orientales, penetró hasta la India que le llamaba. Solo muchos años despues, cuando la vejez hubo quebrantado sus fuerzas, volvió á Alejandría. La cátedra cristiana estaba ocupada entonces por Orígenes, discípulo y sucesor de Clemente de Alejandría. Panteno se sentia remozarse en cierto modo y revivir en este jóven, cuya gloria no tuvo igual entonces. Tomaba el mayor

placer en escucharle, en alabar su doctrina y elocuencia, en aconsejarle la veneracion, amistad y aprecio con que los hombres mas grandes de este siglo le habian honrado á él mismo. San Panteno murió hácia el año 216.

10. Su mayor y mas gloriosa conquista habia sido la conversion de Clemente de Alejandría, que le sucedió en el cargo de director de la escuela cristiana. Tito Flavio Clemente, natural de Alejandría segun unos, y de Atenas segun otros, habia sido educado en el paganismo. Un ardor insaciable de ciencia le hizo agotar en su laboriosa juventud el estudio de las letras humanas y de los principales sistemas de filosofía. Cansado de las dudas y contradicciones que á cada paso encontraba, se entregó al exámen de los cultos y doctrinas religiosas de Roma, Grecia y demás naciones del mundo : con este designio recorrió el Oriente, la Grecia é Italia, y vino en fin á terminar sus viajes y visitas literarias, vagas todas y superficiales, para ir en busca de la verdad en Egipto á los piés de Panteno, cuya persuasiva y sentimental elocuencia fijó finalmente todas sus irresoluciones y se adhirió para siempre á la religion cristiana. Fervoroso neófito desde luego, fué despues un celoso sacerdote, un apóstol incansable. Despues de la partida de san Panteno para las Indias, Clemente Alejandrino continuó la obra de aquel, y llenó su alto puesto con inmensa erudicion, con un lenguaje lleno de uncion y encanto, con una santidad de vida que prestaba á sus instrucciones la irresistible autoridad del buen ejemplo. No contento con enseñar á sus discípulos y oyentes de viva voz, escribió muchos tratados en gracia de los que no podian seguir sus cursos orales. « Los » antiguos sacerdotes, dice, no escribian, no queriendo dis» traerse del cuidado y deber de enseñar por el de escribir. » Quizás no creerian que un mismo talento pudiera tener » éxito igual en uno y otro género. Con todo, las obras es» critas sirven para asegurar la doctrina, haciendo pasar á la » posteridad las primitivas tradiciones. » Y en efecto, los Padres no habian escrito hasta entonces sino segun las necesidades urgentes de la polémica empeñada con el paganismo y

la herejía. La Iglesia, esencialmente dogmática, y sobre todo en su época primera, como hemos dicho anteriormente (1), no habia hallado aun, en medio de las tempestades que la agitaban, el tiempo de desarrollar en doctas obras la sublime filosofía que enseñaba al mundo. Clemente Alejandrino dió el primer paso en ese nuevo camino que se abria al genio cristiano. En los tres libros del *Pedagogo* y en los ocho de los *Estrómatas*, las dos obras mas importantes que nos quedan de él, se propone constantemente colocar la religion cristiana en la cima de la ciencia, probando la excelencia de sus dogmas y su armonía con la sana razon. El *Pedagogo*, compuesto para los catecúmenos, cuya infancia espiritual dirigia Clemente, es un compendio de toda la moral cristiana. Jesucristo, Verbo de Dios, sabiduría encarnada, se representa como maestro y como modelo : enseña la verdadera sabiduría; da á los corazones sencillos y puros la sólida grandeza, la felicidad duradera y el bien supremo; y termina esta obra de iniciación en la fe con un cuadro de las costumbres austeras, hábitos santos, y caridad inagotable de los cristianos. El autor completa su plan mas tarde en su gran composicion que intitula *Estrómatas* ó *Misceláneas*, « que deben abrazar, dice, la verdad católica » mezclada con la doctrina de la filosofía, ó mas bien la presen- » tarán cubierta y escondida como la nuez en su cáscara. » Estas palabras indican la posicion de espíritu de Clemente Alejandrino al comenzar su obra, que llama en otra parte *la hija de su alma* (2). Por una parte, se hallaba encortado por la preocupacion, muy válida en medio del cristianismo, de la inutilidad de los escritos puramente filosóficos sobre la religion, y por la ley del arcano que imponia la mayor reserva respecto de los misterios, dogmas y sacramentos. Por otra parte, se sentia invenciblemente impelido á empeñar una lucha con la filosofía pagana, que tendria por resultado el triunfo de la doctrina evangélica sobre todos los partos del humano in-

(1) Capítulo I, *Estado de la Iglesia en el primer siglo.*

(2) Animæ liberi sunt scripta. (*Strom.*, lib. II, § I, p. 316.)

genio; que debia de servir á la instruccion de los fieles, dándoles nociones sanas y de un órden superior acerca de la práctica de la perfeccion cristiana, preservándoles de la seduccion de los falsos místicos, que en esta época habia multiplicado el gnosticismo. Igualmente detenido por ambas consideraciones, trató de conciliarlas en su obra. Él nos confiesa « que ha sembrado los dogmas cristianos en su libro, de suerte que los » que no estén iniciados en el conocimiento de estos misterios no puedan descubrir fácilmente nuestras santas tradiciones (1). » La oscuridad de los términos que emplea hablando de los sacramentos es transparente para los fieles, y solo puede presentar equívoco ó ambigüedad para los paganos, á quienes importaba sobremanera no revelar el secreto de la Iglesia. El desórden afectado de las materias no podia menos de concurrir á su designio. Él compara las *Estrómatas*, « no » á esos hermosos jardines en donde el arte lo ha dispuesto » todo con órden y elegancia, sino á un monte cubierto por la » naturaleza de bosques y plantas de toda especie, creciendo » á la vez y como sembradas al azar » (*Strom.*, lib. VII, § 18, p. 901). Á pesar de estas reticencias se puede encontrar su plan, al menos respecto de las ideas fundamentales. Trata desde luego de la filosofía en general, y la presenta bajo sus diferentes relaciones. Habla en seguida de la fe, fundamento de la vida cristiana; de las virtudes que purifican y que adornan al alma, librándola de los movimientos desordenados de las pasiones. Combate al paso los errores de los Encratitas respecto de la continencia, matrimonio y martirio. Llega entonces á la pintura del verdadero sabio, del filósofo, del *gnóstico* por excelencia, esto es, de un fiel elevado por la práctica de las virtudes hasta la contemplacion de Dios y su hermosura absoluta, viviendo desde entonces de una vida casi sobrehumana, haciendo descender á la tierra las perfecciones de la naturaleza angélica. Arribar á este grado eminente de la santidad

(1) Ut à quolibet eorum qui mysteriis non sunt initiati, non facile inveniri possint sanctæ traditiones. (*Strom.*, lib. IV, § I, p. 565.)

cristiana, dominar de tan alto punto todas las miserias, imperfecciones y flaquezas de la humanidad caida, ¿no es el fin supremo que indica la religion á todos sus hijos? No es acaso en este camino donde los hace adelantar, cada uno segun su vocacion y su correspondencia á las gracias que le sean dadas por el Espíritu Santo? Y ese es tambien el término que se habia propuesto en su obra Clemente de Alejandría.

Tenemos además del mismo autor una *Exhortacion á los Gentiles*, en la cual hace resaltar magníficamente la pureza y excelencia de la religion cristiana, comparándola á los cultos idólatras, cuyos infames misterios descubre sin miramiento alguno; — un corto tratado que tiene por título y por objeto: *¿Qué rico puede salvarse?* Habia compuesto además ocho libros de *Hypotyposes* ó *Instrucciones*, gran comentario sobre toda la Escritura sagrada, de que hacen el mayor elogio Eusebio y san Jerónimo: por desgracia solo nos quedan algunos fragmentos incompletos; — un tratado de controversia sobre la celebracion de la Pascua, en el cual combate la costumbre de los Asiáticos; — y en fin, otras muchas obras polémicas contra los Montanistas y Encratitas.

11. Mientras Clemente escribia sus *Estrómatas* en Alejandría, acababa su pontificado el papa san Víctor I, en el año 200. El *Libro pontifical* y el Martirologio romano le dan el título de mártir, sin decirnos las particularidades de su muerte. Eusebio nos dice que este santo papa compuso muchos escritos, perdidos ahora; y san Jerónimo le coloca entre los Padres de la Iglesia latina. A mas de su decreto relativo á la celebracion de la Pascua, por otro declaró que el agua comun de fuente, estanque, rio ó mar, podria servir, en caso de necesidad, para la administracion del bautismo: lo que supone que desde entonces era regla servirse de agua bendita para conferir este sacramento. San Zeferino, romano, le fué dado por sucesor.

CAPITULO IX.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN ZEFERINO (200-217).

1. Quinta persecucion general bajo Septimio Severo (año 202). — 2. Mártires Escylitanos en Cartago. — 3. Martirio de santa Perpetua, santa Felícitas y compañeras mártires en Cartago. — 4. Martirio de san Leónides, padre de Orígenes, en Alejandría (202). — 5. Martirio de san Ireneo, obispo de Leon. — 6. Martirio de los discípulos de Orígenes en Alejandría (204). — 7. Martirio de santa Potamiana, santa Marcela su madre, y del soldado Basílides en Alejandría (204). — 8. Tertuliano. — 9. Conferencia entre Gayo y Proclo en Roma. — 10. Viaje de Orígenes á Roma. Las Octaplas, Hexaplas, Tetraplas. Biblia de Orígenes. — 11. San Narciso, obispo de Jerusalen. — 12. San Alejandro, coadjutor de san Narciso, y obispo de Jerusalen. — 13. Minucio Félix, Octavio y su amigo Cecilio. — 14. Caracalla, emperador. — 15. Matanzas en Alejandría. Huida de Orígenes á Cesarea. — 16. Condenacion del hereje Noecio. — 17. San Hipólito, obispo de Porto; sus obras. — 18. Caida y penitencia de Natalio, confesor de la fe. Muerte del papa san Zeferino.

PONTIFICADO DE SAN ZEFERINO (200-217).

1. Cómodo habia espirado ahogado por su principal concubina y los dos prefectos del pretorio en la víspera misma del dia en que habia de hacer asesinar los dos cónsules de Roma por una banda de gladiadores. Pertinax, anciano general, elevado por su ingenio á tan alto grado, hijo de un esclavo que vendia carbon en la Liguria, reinó despues de Cómodo solos veinte y siete dias. Temiendo no restableciese la antigua disciplina, los soldados pretorianos le cortaron la cabeza y la llevaron en triunfo al campamento en la punta de una lanza. Desde lo alto de los parapetos se pone en almoneda al imperio de Roma. Didio Juliano se lo gana á su competidor por la puja de mil doscientos dracmas á cada soldado (cerca de diez mil quinientos reales) pagaderos en el acto : el imperio fué adjudicado por las legiones, y el senado ratificó el trato. Pero el comprador no pudo dar el precio convenido. Sesenta y

seis dias despues fué depuesto por el senado y conducido al suplicio. Sin embargo, tres generales se habian hecho proclamar emperadores por sus tropas y habian tomado el cetro á la vez : Pescenio Niger en Oriente, Blodio Albino en la Gran Bretaña, y Septimio Severo en la Iliria. Este último, tres veces vencedor de Niger en el Asia, lo fué tambien contra Albino en la batalla de Leon. Severo habia nacido en Leptis, costas de África ; y tenia á la vez la crueldad y la mala fe púnica. El primer acto de su autoridad fué obligar al senado á poner á Cómodo en el rango de los dioses. « ¡ Graciosa cosa es que sean » tan escrupulosos ! ¿ Valen acaso mas ellos que ese tirano? » Se mostró en un principio hasta favorable á los cristianos, y encargó á Próculo, cristiano, la educacion de su hijo : protegia los miembros del senado convertidos al cristianismo. Pero mas tarde mudó tan felices disposiciones, y el año 202 hizo prohibir bajo las mas severas penas el abrazar el cristianismo : ejecutó este decreto con el teson natural de su carácter; y como la muchedumbre no habia esperado esta señal para entregarse á su encono contra los cristianos, no tardó mucho en declararse general la persecucion.

2. En Cartago, el próconsul Saturnino hizo comparecer á su tribunal á los cristianos Esperato, Narzal, Citlinio, Veturio, Félix, Aquilino, Lotancio, Genara, Acilina, Generosa, Vestina, Donata y Segunda. A la órden del procónsul para sacrificar á los dioses, respondió Esperato : « No hemos cometido » culpa contra las leyes jamás : es imposible acusarnos de » crímen alguno, y nuestra religion nos manda roguemos por » los que nos persiguen injustamente. — Nosotros tambien, » replicó el procónsul, tenemos una religion llena de santa y » piadosa doctrina. Jurad pues por el genio de los empera- » dores, nuestros señores. — Yo no conozco al genio de los » emperadores ; sino que guardo fielmente la fe, la esperanza y » la caridad. Nosotros no adoramos sino á un Señor y á un » Dios, Rey de los reyes y Emperador de todas las naciones. » Los demás santos confesores respondieron todos con igual entereza, y Saturnino los mandó encarcelar. Renovóse al dia

siguiente el interrogatorio; pero dirigiéndose á las cristianas, dijo Saturnino: « Obedeced á los emperadores, nuestros señores, y sacrificad á los dioses. » Respondió Donata: « Estamos dispuestas á tributar á los emperadores todos los homenajes de respeto debidos; mas no adoramos sino á Jesucristo, verdadero Dios. » Vestina añadió en seguida: « Lo que perennemente meditará mi corazon, y lo que mis labios no cesarán de pronunciar es: *¡Que soy cristiana!* » Segunda dijo: « Yo tambien soy cristiana; y permaneceré en la fe de mis compañeras y en la mia. Jamás adoraremos vuestros dioses. »

Fué interrogado nuevamente Esperato; y lleno de santo entusiasmo, exclamó dirigiéndose á la muchedumbre que rodeaba el pretorio: « Si quereis saber el pensamiento de mi corazon, escuchad todos: Yo soy cristiano. » Todos los demás confesores, uniendo sus voces á la suya, repitieron la misma profesion de fe. — « Os otorgo una tregua de tres dias, les dijo Saturnino, para que reflexioneis sobre el partido que quereis tomar y para retractaros de los errores de esta secta impía. — Una tregua en nada cambiará nuestra creencia, respondió por todos Esperato: moriremos con júbilo por la religion de nuestro Señor Jesucristo. Tomad mas bien vos este espacio para deliberar vos mismo, abandonar el culto vergonzoso de los ídolos y haceros discípulo del Evangelio. Si os falta valor para esto, no vacileis largo tiempo en pronunciar sentencia contra nosotros. » Saturnino mandó entonces que fuesen decapitados los generosos y magnánimos cristianos. « Gracias infinitas damos á Dios, dijeron estos caminando al suplicio, porque nos honra con recibirnos hoy mismo en el cielo por la confesion de su nombre. » El 17 de julio del año de Cristo 200 fueron inmoladas estas nobles víctimas.

3. Poco tiempo despues fué encarcelada en la misma Cartago Vivia Perpetua, de edad de veintidos años y de ilustre familia. Vivian aun su padre y su madre. Era casada y criaba un niño. Arrestaron juntamente con ella á Felícitas, esclava

cristiana que estaba casada tambien, y á la sazon en cinta. Prendieron igualmente los satélites del procónsul á Revocato, Saturnino, Secóndulo y Saturio. El padre de Perpetua, pagano celoso, empeñaba á su hija á que sacrificase. « Despues » de haber estado algunos dias sin ver á mi padre (1), dí gracias » al Señor porque su ausencia me aliviaba. En este intervalo » de ausencia fuimos bautizados (solo era catecúmena, así » como Revocato, cuando su arresto). Yo no pedia otra cosa al » salir del agua (del bautismo) que la paciencia en las penas » corporales. Pocos dias despues se nos encerró en un cala- » bozo: yo quedé espantada porque jamás me habia visto en » tales tinieblas. ¡Qué dia tan duro de pasar! Un calor sofo- » cante por la mucha gente que estábamos; los soldados » además nos apretaban, y yo moria de inquietud por mi » niño. Entonces los bienaventurados diáconos Tercio y Pom- » ponio, que nos asistian, lograron á peso de oro que nos » fuese permitido salir y pasar algunas horas en un lugar mas » cómodo que la prision. Aprovechámonos de esta ventaja; » yo criaba á mi niño, le recomendaba á mi madre; yo forta- » lecia á mi hermano, y me moria de pena al ver la que yo les » causaba. Pasé muchos dias en estas angustias... Se esparció » el rumor de que íbamos á ser interrogados. Mi padre vino » en la víspera al calabozo, abrumado de tristeza y me decia: » ¡Hija mia, ten compasion de mis canas! compadécete de mí. » Si soy digno de que me llames tu padre, si yo mismo te he » educado y cuidado hasta esta tu edad y robustez, si yo te » he preferido á tus hermanos, no me hagas el oprobio de los » hombres. Mira á tu madre : hé aquí este niño, que no podrá » vivir sin tí. Depone, deja esa obstinacion, y mira que si no, » á todos nos pierdes.

» Mi padre se expresaba así movido de ternura por mí, » besándome las manos, echándose á mis piés, llorando, no » llamándome ya su hija, sino *su señora*. Yo le compadecia » viendo que de toda mi familia, solo él habia de ser el que no

(1) Santa Perpetua escribió, ella misma, la relacion del principio de su martirio.

» se gozase en nuestro martirio. Yo le dije para consolarle : » En el cadalso sucederá lo que plegue á Dios, porque sabed » que no estamos en poder nuestro sino en el suyo. Se retiró » muy contristado.

» Como estábamos comiendo, en el siguiente dia, se nos » vino á buscar para ser interrogados : inmediatamente se es- » parció el ruido en los barrios contiguos, y se reunió al rede- » dor del tribunal gran muchedumbre de gentes. Los demás » pasaron su interrogatorio y confesaron magnánimamente á » Jesucristo. Cuando hubo llegado mi vez, se me acercó mi » padre llevando mi hijo en sus brazos y me dijo : Ten lástima » de tu hijo. El procurador Hilariano me dijo por su parte : » Perdonad, tened miramiento á las canas y vejez de vuestro » padre; mirad á vuestro hijo : no enluteis su infancia. Sacri- » ficad á los dioses por la prosperidad de los emperadores. — » Nada de eso haré ni puedo hacer, le respondí. — ¿Eres » cristiana? me preguntó. — Lo soy, respondí. Como mi pa- » dre se empeñaba en sacarme del tribunal, Hilariano mandó » que se le echase fuera, y recibió un varazo de parte de un » lictor. Yo sentí este golpe como si yo misma hubiese sido » herida : tanto padecia yo en ver insultar, por causa mia, las » canas de mi padre. Entonces Hilariano pronunció nuestra » sentencia, y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras, » Nos volvimos llenos de gozo á la prision (1). »

Secóndulo murió en el calabozo. Felícitas estaba en cinta de ocho meses : viendo el dia del espectáculo tan próximo, estaba muy afligida, temiendo no fuese diferido su martirio, porque

(1) Hemos reproducido escrupulosamente la relacion de santa Perpetua. « La literatura humana, dice Rohrbacher, no tiene nada semejante. Una mujer jóven, madre de familias, de ilustre nacimiento, amada, idolatrada de los suyos, se ve separada de su padre, madre, hermanos, esposo, de su hijo! para ser devorada por las fieras á vista de todo un pueblo : ve á su anciano padre, á quien ama y que la ama con ternura, que le besa las manos, que se arrodilla á sus piés para doblegarla y hacerle pronunciar una palabra sola que la salvaria del peligro : compadécese ella mucho de su padre, le consuela; mas nunca jamás pronunciará esta palabra, porque fuera una apostasía. Ella misma escribe todo esto en la víspera de su suplicio con un candor, con una calma muy superior á la humanidad. »

no era permitido dar la muerte á las mujeres embarazadas. Las oraciones de los confesores le alcanzaron del Señor pronto y feliz alumbramiento : dió á luz una niña que educó como si fuera suya propia una mujer cristiana. En la víspera del combate se les dió (á los cristianos y cristianas), segun costumbre, la última comida, que se llamaba *comida libre*, y que se daba en público. Los cristianos lograron en esta circunstancia el permiso de entrar en la prision, cuyo alcaide estaba ya convertido. Los mártires hicieron de su último banquete una *ágape;* y decian al pueblo que les rodeaba : « Mirad bien nues» tros rostros para que nos conozcais en el dia del juicio. »

Al siguiente dia, salieron de la cárcel para el anfiteatro como si fuera para el cielo : sus rostros radiaban de gozo inefable. Llegados á la puerta, se les quiso obligar segun costumbre á tomar los adornos de los que parecian ó se presentaban al espectáculo. Era para los hombres un manto de escarlata ó encarnado, hábito de los sacerdotes de Saturno; y para las mujeres una trenza ó cintilla al rededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatría. No estamos aquí, decian, sino para conservar nuestra libertad; hemos sacrificado nuestra vida para no hacer jamás semejante cosa : esto es lo convenido con vosotros.

Llegados al anfiteatro, Saturnino y Revocato fueron desde luego abandonados á la furia de un leopardo y de un oso, que los arrastraron algun tiempo sin matarlos. Saturio fué echado á un jabalí, que respetando al mártir se arrojó sobre el cazador ó guardian de fieras, y le hizo una herida mortal. Perpetua y Felícitas fueron despojadas y puestas en redes para ser expuestas á una vaca furiosa. Pero el pueblo mismo se indignó de tal refinamiento de crueldad. Se vistió pues á las magnánimas mujeres de paños flotantes. Expuesta la primera, Perpetua fué lanzada al aire y cayó boca arriba : se puso asentada, volvió á anudar sus cabellos esparcidos por no parecer que estaba de luto, y viendo á Felícitas muy magullada de su caida, le dió la mano para ayudarla á levantarse. Se sostenian

entrambas mutuamente, prontas á un nuevo combate; pero el pueblo, cuya dureza estaba vencida, no quiso que se las expusiese segunda vez. Se las recondujo hácia la puerta Sanavivaria, en donde el diácono Rústico les suministraba remedios.

Saturio acababa de ser presentado á un leopardo, el cual de una sola dentellada lo tendió por tierra inundado de sangre. Vaya un bautismo que le salvará, exclamó el pueblo haciendo sacrílega alusion al sacramento de los cristianos. Pero el mártir, volviéndose al soldado Pudente, cuya conversion habia emprendido: « Adios, le dice; acuérdate de mi fe: confírmete mi » muerte en la fidelidad á Cristo. » Le pidió en seguida el anillo que llevaba en el dedo, lo mojó en su herida y se lo devolvió como prenda hereditaria de su amistad y un recuerdo de su sangre. Murió en fin en el sitio en donde se acostumbraba á degollar á los que no habian sido acabados de matar por las fieras.

El pueblo pidió que se trajesen los otros mártires en medio del anfiteatro para tener el placer de verlos morir, y asociarse así al homicidio. Pero los mártires se levantaron y de su propio movimiento fueron al sitio señalado, habiéndose antes dado el ósculo de paz. Saturnino y Revocato recibieron el último golpe mortal inmóbiles y en silencio. Felicidad tocó ser acabada de matar á un maton muy poco diestro, que le hizo dar un grito de dolor; porque estas abominables operaciones eran como el aprendizaje de los gladiadores. Perpetua llevó ella misma la trémula mano del verdugo á su garganta. (*Acta sincer.*, pág. 80 y sig.)

4. No estaba menos encrudecida la persecucion en Egipto: Alejandría sobre todo era el blanco principal de su furor por la gran dilatacion que allí habia tomado la ciencia católica. Septimio Severo se personó en ella inmediatamente despues de la publicacion de su edicto de persecucion. Hizo perseguir á los cristianos con extremado rigor. Se trajeron allí de la Tebáida y demás provincias de Egipto á todos cuantos pudieron ser habidos, y se les daba la muerte en la ciudad, convertida entonces en capital de las proscripciones. Clemente Alejan-

drino, obligado á fugarse, escribió desde el fondo de su retiro: « Cada dia vemos correr las fuentes de la sangre cristiana; » cada dia vemos mártires consumidos por las llamas, interrogados en medio de crueles tormentos, decapitados por la » espada. La fidelidad á Cristo los conduce á estos gloriosos » combates, y les obliga á testificar su piedad con la efusion de » su propia sangre » (*Stromat.*, lib. II, p. 414). Leónides fué preso con muchedumbre numerosa de cristianos. Orígenes, su hijo, á quien habia educado con el mayor esmero, llegaba á la sazon á los diez y siete años; pero, como dice san Jerónimo, « era hombre grande desde su infancia. » A mas de las bellas letras y artes liberales, san Leónides le habia comunicado la ciencia de las Escrituras, de las cuales le hacia aprender cada dia algunas sentencias antes de pasar á la clase ó leccion de los estudios profanos. Orígenes se aficionó tanto á este estudio, que no se contentaba del sentido literal, sino que escudriñaba otros mas profundos. San Leónides contenia este ardor de conocer, esta avidez de penetrar, pero en el fondo de su corazon bendecia á Dios de haberle dado tal hijo. Frecuentemente, mientras Orígenes dormia, se acercaba á su lecho, le descubria el pecho, le besaba con respeto cual santuario donde reside el espíritu de Dios. Educacion tan santa llevó opimos frutos. Cuando supo Orígenes que su padre habia sido preso por la fe, no le pudieron contener ni las lágrimas ni las súplicas de su madre: se vió esta obligada á un ardid maternal para estorbarle fuese él mismo á constituirse prisionero por Cristo. Se consoló al menos escribiendo á san Leónides una carta llena de elocuencia y energía, en la cual le animaba al martirio. « Tened confianza, le decia, y no os cuideis de nos» otros (porque tenia seis hermanos de menor edad que él). » Dejadlo todo por Cristo, que él sabrá devolvéroslo todo. » San Leónides fué decapitado, y sus bienes confiscados con provecho del tesoro público (año 202).

5. San Ireneo tuvo á igual época la gloria de derramar su sangre por la fe, que con tanto brillo habia defendido con sus obras. Septimio Severo, sabiendo que se multiplicaba extraordi-

nariamente el número de los fieles en Leon por el celo de este prelado, tomó una resolucion digna de su crueldad; dió órden á sus soldados de cercar la ciudad de Leon y matar, sin perdonar á nadie, á cuantos se declarasen cristianos. La carnicería fué casi general, y corria como arroyos la sangre por las plazas públicas. San Ireneo fué llevado ante el tirano, que le hizo morir, aplaudiéndose de haber degollado al pastor con su rebaño. Una inscripcion que se veia en Leon, á la entrada de su iglesia principal, atestigua haber sido martirizados diez mil cristianos, sin contar mujeres ni niños. Entre los mártires de las Galias en este tiempo, se cuenta san Andeolio, subdiácono, enviado por san Policarpo á predicar el Evangelio, y fué martirizado en Viviers.

6. Despues de la partida de Clemente Alejandrino, que se habia retirado á Capadocia, en casa del obispo Alejandro, la escuela cristiana de Alejandría habia sido dispersada algun tiempo por la violencia de la persecucion. Orígenes se sintió con valor heróico para levantarla, aun bajo la segur de los verdugos (203). Vendió sus libros de gramática y de ciencias profanas, á condicion que se le suministrarian cuatro óbolos (unos diez cuartos) por dia para su manutencion. Desembarazado así de las preocupaciones materiales de la vida, puso manos á la obra con increible ardor. Pasaba noches enteras en el estudio para preparar las elocuentes lecciones que daba diariamente á sus discípulos. Cuando la naturaleza, vencida por el sueño, tenia necesidad de descanso, dormia algunos instantes por tierra, y luego volvia á trabajar; por manera que en pocos años aprendió de memoria toda la sagrada Escritura, y con su prodigiosa memoria que retenia todo el texto, pudo entregarse á los trabajos inmensos que hizo sobre la Biblia. La austeridad de su conducta era igual á su ardoroso celo por la ciencia: jamás bebió vino; sus ayunos eran frecuentes; y tanto era lo que se cercenaba en todo, que peligró con su salud su vida. Caminaba á pié descalzo aun en invierno; solo llevaba y solo tenia un vestido, y rehusaba todo cuanto sus amigos le ofrecian. Tal santidad y tan inmenso talento le trajeron muche-

dumbre de discípulos, aun entre los sabios y filósofos mas célebres. Heraclas, que fué luego obispo de Alejandría, Plutarco, su hermano, los dos Serenios, Heráclides, Heron y muchos otros jóvenes ilustres se pusieron bajo su direccion; lo que les hizo señalarse á la venganza de los perseguidores, que lejos de dejarlos tranquilos en sus pacíficos estudios, los prendieron. Solo Heraclas pudo sustraerse á tiempo á la pesquisa de los satélites del tirano : la Providencia tenia otras miras sobre él. Orígenes se multiplicaba á sí mismo para consolar á sus hijos espirituales, y animarlos á la constancia en la fe. Visitaba á los mártires en los calabozos. Los acompañaba á los interrogatorios. Los exhortaba en el lugar mismo del suplicio, y les daba, en presencia de los mismos paganos y soldados, el ósculo de paz en el momento supremo. Fué milagro y muy grande que pudiese salvarse del furor de los Gentiles, quienes estuvieron muchas veces á pique de apedrearle. Se sobornaron en secreto muchos soldados, para que acechándole á la puerta de su vivienda le asesinasen. El pueblo mismo le arrastró furioso por las calles de la ciudad : fué puesto muchas veces al potro ó tormento; mas Dios no permitió que por entonces fuese arrebatado á su Iglesia, á la cual tanto honraba y servia. Los infieles le cogieron un dia, y habiéndole rasurado su pelo, como hacian con los sacerdotes de sus ídolos, le vistiecon con los hábitos que llevaban los sacrificadores. En este ademan le llevaron á lo alto de las gradas del templo de Serapis, y le presentaron palmas para distribuirlas, segun costumbre, á los que subian la gradería. Orígenes las tomó, y levantándolas con la mano, exclamaba : « Venid, venid á recibir estas » palmas, no como las de vuestro ídolo, sino como palmas de » mi Señor Jesucristo. » Sus discípulos fueron conducidos al suplicio. Fueron degollados Plutarco, Heráclides, Heron y uno de los Serenios; el otro Serenio fué quemado vivo. Arrojaron tambien los verdugos á las llamas á un jóven catecúmeno que se disponia á recibir el bautismo, y asistia á las lecciones de Orígenes.

7. Alejandría vió además en el mismo tiempo morir mártir

por la virginidad y por la fe la jóven Potamiana, esclava cristiana. Su amo, ciego de brutal amor por su rara hermosura, no la pudo hacer consentir en sus infames deseos. La entregó al gobernador de Alejandría, Aquila, esperando que la vista de los tormentos y las amenazas de muerte harian doblegar la virtuosa constancia de Potamiana; pero habiéndola hallado incontrastable, la hizo poner en tormento. Agotaron en vano los verdugos sus vigorosos esfuerzos contra esta noble víctima. El gobernador mandó, por último, poner sobre un inmenso fuego una caldera llena de pez, y cuando estaba hirviendo, dijo á Potamiana: « Obedece á tu señor, ó te hago » zambullir viva en esta caldera hirviendo. — No permita » Dios, respondió la santa, que haya un juez bastante inicuo » para condenarme á tan criminal accion. » No produjeron mayor efecto otras amenazas de Aquila, por lo cual mandó este fuese desnudada y echada así en la caldera de pez. La mártir de la virginidad tenia derecho á rechazar el ultraje que se habia hecho á su pudor; y obtuvo el que fuese echada en la caldera ardiente con sus vestidos. El gobernador la entregó á Basílides, uno de sus guardas, para que presidiese al acto del suplicio. El soldado sintió su corazon sobrado conmovido de una gracia sobrenatural al acercarse al cuerpo de la mártir. Apartaba al populacho que acudia á embarazar el paso de Potamiana para denostar su virtud. A punto de ser arrojada en la caldera, le prometió la santa que intercederia por él para con el Señor, asegurándole que muy pronto experimentaria los efectos de su reconocimiento. Cuando hubo ella dejado de hablar, le metieron desde luego los piés en la pez hirviendo, y la fueron sumergiendo poco á poco hasta la cabeza. Al mismo tiempo estaban quemando viva á su madre santa Marcela.

Pocos dias despues, los soldados, compañeros de Basílides, le quisieron obligar á que jurase con ellos por los dioses del imperio. Basílides se negó redondamente, diciendo que era cristiano. Los soldados creyeron desde luego que hablaba de burlas; mas persuadidos despues de la sinceridad de sus palabras,

le condujeron al gobernador, quien le hizo prender. Los cristianos, admirados de una conversion tan repentina, vinieron á visitar al nuevo hermano que les habia dado el Señor. « Se » me ha aparecido Potamiana, dijo, tres dias despues de su » martirio : me ha puesto una corona en la cabeza, diciéndome » que habia alcanzado del Señor gracia para mí, y que dentro » de poco me llamaria á su gloria. » Fué bautizado inmediatamente, y al dia siguiente ofreciendo su cuello á la segur del lictor, Dios se lo llevó á la vida eterna.

8. La sangre de los mártires, desarrollando una fuerza secreta de conversion, era verdadera semilla de cristianos. Tal es la expresion de Tertuliano, quien habia experimentado en sí mismo esta maravillosa atraccion. Quinto Septimio Florente Tertuliano habia nacido en Cartago, el año 160, de un centurion de tropas proconsulares. Estudió todas las ciencias, y todas con éxito felicísimo. Su estilo vivo, conciso, animado, enérgico, rico de metáforas, de nuevos pensamientos, de expresiones felicísimamente atrevidas, hacia revivir el estilo enérgico y fulminante en la lengua de Tácito. Si la lógica queria escoger una elocuencia, tenia que adoptar la de Tertuliano. En sus escritos cada palabra es una sentencia, cada argumento una victoria. Nada hubiera faltado á su gloria si hubiera sabido hermanar su inmenso ingenio de un sabio con la humildad del cristiano.

Adepto del paganismo por las preocupaciones de nacimiento y educacion, no pudo resistir á la profunda impresion que hacia en su alma el espectáculo de la constancia invencible de los mártires. Abrazó la fe de Jesucristo, fué sacerdote, y poco tiempo despues dirigió á los magistrados la apología mas elegante que se hubiese escrito hasta entonces.

« Lo que la religion cristiana os pide, dice, no es una » gracia; porque no se extraña de la suerte que le ha cabido. » Extranjera á este mundo, sabe que entre extraños siempre se » encuentran enemigos. Su orígen, patria, esperanzas, habi- » tacion, crédito, gloria, están en el cielo. Lo que desea es » que no se la condene sin conocerla. — La prueba de que no

» se la conoce es que cesando de ignorarla se cesa de aborre-
» cerla : lo que nos da cristianos á miles es el conocimiento de
» nuestra fe ; y ved porqué llenamos ya vuestras ciudades,
» vuestras islas, vuestras aldeas, vuestros caseríos, y vuestros
» campos mismos de una muchedumbre que os aterra ; y ni
» aun siquiera sospechais que en esta fuerza universal de
» atraccion puede haber algun bien que se os escape !

» Tiembla un criminal cuando es descubierto, niega cuando
» se le pregunta, ó no confiesa sino confuso y lloroso. Un
» cristiano no se avergüenza jamás ante los tribunales, ni se
» arrepiente sino de no haber estado antes y siempre ante
» ellos. ¡Bizarra, extraña especie de crímen que no imprime
» ninguno de sus caractéres, temor, confusion, subterfugios,
» remordimiento, pesar, nada, nada ! ! !

» Procedeis contra nosotros por singular trastorno de toda
» justicia. Vosotros poneis á los criminales en el tormento
» para hacerles confesar su crímen ; y á los cristianos para
» obligarles á que lo nieguen. Que exclame un hombre : *Yo*
» *soy cristiano,* os dice lo que es ; y vosotros le aplicais el tor-
» mento para hacerle decir lo que no es. Contradiccion tal os
» debe hacer temer no haya una fuerza secreta y desconocida
» que os impele á violar así todas las formas de la equidad y
» de las leyes. Creeis vosotros que un cristiano es reo de todos
» los crímenes, que es enemigo de los dioses, de los emperado-
» res, de las leyes, de las costumbres, de la naturaleza entera :
» y sin embargo le forzais á negarlo para absolverle !

» Se dice que tenemos la barbarie de degollar en nuestras
» asambleas un niño cuyas carnes comemos, y que á este ban-
» quete de Thyeste se siguen infames festines. Se dice, y des-
» pues de tanto tiempo como há que se repite, ni siquiera se os
» ha ocurrido hacer averiguaciones para cercioraros del hecho.
» O verificad estas acusaciones si las creeis justas, ó no las
» creais tales, si no las habeis comprobado. Se anda en busca
» de nosotros todos los dias, se nos sorprende en medio de
» nuestras reuniones : ¿y hase encontrado jamás en ellas nada
» semejante ?

» Pueblo sediento de sangre de cristianos, jueces tan íntegros,
» magistrados tan rígidos para con nosotros, ¿qué responderiais si os echase yo en cara que sois vosotros mismos los asesinos de vuestros propios hijos? Los exponeis por millares en las calles, en las plazas públicas, á los perros que los devoran; os deshaceis de ellos ahogándolos ó dejándolos morir de hambre; fuera muerte muy suave para esas tiernas víctimas morir por el acero. El homicidio es un crímen desconocido entre los cristianos; y á nuestros ojos es homicidio impedir el nacer. Pero vosotros, por do quiera derramais el fruto de vuestras bacanales. Si os hubierais fijado en esos desórdenes que se cometen entre vosotros, os hubierais penetrado muy bien de que no existen entre los cristianos. Pero esas son dos especies de ceguera que frecuentemente van de consuno: no ver lo que es, é imaginar lo que no es. »

Fuera necesario citar entera esta defensa tan elocuente y prodigiosa. ¡Qué espectáculo no ofrecia al mundo este atleta, que se levantaba erguido y solo, para defender la verdad, y cuya voz resonaba mas alto que las griterías del anfiteatro, que las amenazas de los tiranos, que el estrépito de las cadenas! Nunca hasta entonces se habia deslindado de un modo mas neto la lucha de los dos poderes que imperan en el mundo: la lucha de la fuerza contra la verdad. La lógica de Tertuliano no detuvo en su marcha la persecucion, y sin embargo en último análisis la victoria se declaró por aquella. Bastaba por entonces que en el terreno de la discusion, donde se habia colocado el doctor cristiano, hubiese forzado al paganismo y á la filosofía á servir de pedestal al trono de Cristo. Este nuevo carácter de la controversia religiosa aparece en los otros escritos de Tertuliano publicados casi al mismo tiempo que su *Apologético*, partos todos de una maravillosa fecundidad. Los tratados: *Ad nationes libri duo; De testimonio animæ; Adversus Judæos; Adversus Hermogenem, Valentinianos, Marcionem; Adversus Praxeam; De carne Christi; De resurrectione carnis*, se sucedieron casi sin interrupcion en menos de cinco

años. Apremiado por los tan numerosos adversarios á quienes combatia á su vez por una parte, y por otra, por el tiempo que parecia iba á faltar á su infatigable celo, Tertuliano quiso reunir juntos todos los enemigos de la Iglesia, todas las herejías de su tiempo y de los siglos venideros, para oponer á sus pretensiones una excepcion perentoria y universal. Realizó esta idea en el tratado especial *De præscriptionibus*, la obra mas importante suya, superior al mismo *Apologético* (208). El argumento de que se vale habia sido ya puesto en práctica por san Ireneo en su libro *Adversus hæreses*. Pero Tertuliano lo hizo general. Dice á todos los jefes de sectas: « Sois novado-» res; vosotros enseñais doctrinas contrarias á las que hemos re-» cibido nosotros de los Apóstoles. ¿Dónde teneis títulos contra » nuestra posesion? » *Olim possideo, prior possideo*. Las obras de moral de Tertuliano no son ni menos importantes ni menos numerosas. Se cuentan hasta doce, escritas desde el año 198 al 204. En la última, intitulada *De patientia*, se nota este pasaje que parecia profetizar su propia caida lastimera: « Muy » temerariamente, lo confieso, me atrevo á escribir sobre la » paciencia, yo, incapaz de dar ejemplo de ella. Sin embargo » será para mí una suerte de consuelo el entretenerme á tratar » de una virtud de que no me es dado gozar: semejante á esos » enfermos que no cesan de hacer elogio de la salud que no » tienen. La virtud de la paciencia está de tal modo prepuesta » á las cosas de Dios, que es imposible cumplir precepto al-» guno, ni hacer ninguna obra meritoria sin ella. » Hay en estas palabras como un presentimiento del extremo de violencia á que un dia podria conducirle su carácter fuerte. Quince años hacia que Tertuliano ilustraba á la Iglesia con sus trabajos como escritor, y que la edificaba como sacerdote con sus virtudes sacerdotales. Tenia á la sazon cuarenta y cinco años; su talento estaba ya maduro para la lucha; su palabra, tan valiente y pintoresca, habia tomado cierto matiz de brillo, debido á una no interrumpida serie de triunfos. ¡Cuánto no prometia pues una ancianidad coronada de auréola tan majestuosa! Pero contrarestado y herido su orgullo, derrocaron para siempre su

brillante destino la soberbia no reprimida y la ardiente cólera de su carácter. Algunos bochornos de parte de ciertos clérigos inferiores ó envidiosos, injurias personales de que, sin detallar el cómo, nos da cuenta san Jerónimo, menudencias todas que hubiera debido desdeñar un talento colocado á la elevacion donde le habian encumbrado sus escritos, fueron la primera causa de esta funesta escision. Un decreto por el cual ordenaba el papa san Zeferino admitir á la penitencia á los adúlteros arrepentidos pareció á Tertuliano una relajacion peligrosa de doctrina : de aquí la ocasion de principiar su cisma. Sin guardar miramiento alguno, dirigió sus ataques contra esta roca incontrastable é inmutable de la Iglesia que debia de ver quebrantados á sus piés tantos orgullos impotentes. ¡ Caida lamentable ! Tertuliano, el autor del *Apologético* y del *Tratado de las prescripciones,* se volvió montanista. Priscila y Maximila eran, á sus ojos, profetisas inspiradas, cuya santidad y milagros no temió encomiar públicamente. Mas sobre todo se estrelló contra la autoridad del soberano Pontífice. « He sabido, » dice, que se ha promulgado un decreto importantísimo. El » obispo de los obispos dice : Yo perdono los pecados de adul- » terio y fornicacion á los que hayan cumplido su penitencia. » Semejante decreto debia haberse leido no en las iglesias sino » en las guaridas del crímen. » La cuestion de las segundas nupcias es tratada por Tertuliano con el mismo menosprecio de la tradicion y de la autoridad. La doctrina constante de la Iglesia las miraba como legítimas. Si los primitivos cristianos por deseo de un estado de vida mas perfecto se abstenian de ellas la mayor parte, ninguno pensaba en vituperarlas como contrarias á la ley de Dios. Tertuliano pretendia probar que así como Cristo habia abolido el *libellum repudii*, otorgado á los Judíos *ob duritiem cordis,* igualmente el Espíritu Santo por boca de Montano y sus dos profetisas habia abolido las segundas nupcias. ¡ Cómo ! ¡ Montano y sus dos visionarias, legisladores de la Iglesia por igual título que Jesucristo ! Semejante absurdo no era capaz de detener en su desmoronamiento á un genio caido : continuó en la via inexorable de rigorismo

en que se habia empeñado. Se busca en vano, en las páginas donde derrama la hiel de que estaba llena su alma contra la autoridad de la Iglesia y de su cabeza, algun indicio de vuelta ó de arrepentimiento. Pasóse su vejez en este infaustísimo endurecimiento, que era perpetuo insulto á la gloria de su juventud. La antigüedad nos dice, es verdad, que mas tarde se separó de los Montanistas, mas solo fué para formar una secta aparte, que intituló los *Tertulianistas,* y cuyos últimos restos redujo á la unidad católica san Agustin. Se cree que Tertuliano murió sobre el año 245.

9. La herejía de Montano, reforzada con el nombre de Tertuliano, hacia en Roma y á vista del papa san Zeferino conquistas lamentables. El santo pontífice pronunció una sentencia de excomunion contra los sectarios de los *nuevos profetas,* nombre que se daba á los Montanistas. Bajo la direccion del Papa varios doctores ortodoxos se esforzaron en refutar esta herejía. Hubo una conferencia muy célebre hácia el año 212 entre el católico Gayo y el montanista Proclo. La conversion de este fué el premio del saber y de la elocuencia de Gayo, que escribió la relacion de esta controversia. Esta obra ha desaparecido.

10. Mientras que el Occidente entero estaba suspenso al ruido de la caida de Tertuliano, el Oriente prestaba oido pacífico á la enseñanza de Orígenes. Este jóven doctor habia cautivado la admiracion del mundo romano : aun los politeistas mismos tributaban homenaje á su ciencia y talentos. Los filosofos paganos le consultaban, le dedicaban sus obras ó citaban su autoridad en sus escritos. En cierto dia entró Orígenes en la escuela de Plotino á tiempo que este explicaba : Plotino se detuvo por respeto á Orígenes, y no volvió á tomar la palabra hasta que Orígenes le suplicó continuara ; lo que verificó Plotino, haciendo el mas pomposo elogio de Orígenes ante todo su auditorio. El celo, vehemencia y sencillez iban en Orígenes á la par que su ingenio. Se sabe el exceso á que le condujo su conciencia timorata y la interpretacion sobrado literal y absoluta que dió á un pasaje alegórico de la Escritura.

Esta accion le suscitó mas tarde algunas persecuciones de que hablaremos. Por aquel entonces, Demetrio, patriarca de Alejandría, no vió en aquella accion sino un exagerado fervor de un jóven : le dió á conocer su falta ; Orígenes la confesó con humildad y la reprobó públicamente en sus homilías sobre el Evangelio. El vivo deseo de ver á Roma, la Iglesia principal (*In Matth.*, *Tract.* 7, sub fine. Origenis opera), le movió á ir á la capital cristiana (212). Fácil es conjeturar la acogida que debió de hacer san Zeferino á un hombre cuya reputacion no tenia igual en la Iglesia despues de la caida de Tertuliano. En esta época se ocupaba Orígenes en un trabajo gigantesco sobre la sagrada Escritura. Su viaje á Roma, como los que mas tarde emprendió á las diversas comarcas del mundo conocido, tendrian, es muy de presumir, por objeto su gran proyecto. Llamándole la atencion las numerosas variantes que ofrecian las diferentes ediciones de los libros sagrados, trató de refundirlas todas en una inmensa unidad, reuniéndolas en una sola edicion que de ese modo seria la Biblia universal. De regreso á Alejandría, puso seriamente manos á la obra y comenzó este trabajo que duró veinte años. Para llevar de frente estas ocupaciones y las lecciones de teología, sagrada Escritura y filosofía que daba á la muchedumbre de sus discípulos, dividió sus tareas, y encargó á Heraclas, humanista y filósofo célebre, el enseñar á los catecúmenos ; y en efecto tomó este á su cargo dar á los neófitos las lecciones é instrucciones elementales. Terminado este arreglo, Orígenes se aplicó al estudio del hebreo con la misma pasion que ponia en todos los trabajos de la inteligencia. Cuando hubo desentrañado las dificultades de este idioma, tan extraño á la lengua griega, publicó su grande edicion de la Escritura á ocho columnas, que tomó el nombre de *Octaplas*. La primera columna contiene el texto hebreo en letras hebráicas ; la segunda el mismo texto en letras griegas, en favor de los que entendian el hebreo, pero que no sabian leerlo ; la tercera columna contenia la version de Aquila ; la cuarta, la de Símaco ; la quinta, la de los Setenta ; la sexta, la de Theodocion ; la séptima y octava dos

versiones griegas sin nombre de autores, que Orígenes halló, una en Jericó, otra en Nicópolis del Epiro. Las *Hexaplas* no contenian estas dos últimas versiones, y la obra solo tenia seis columnas paralelas. Queriendo Orígenes poner esta obra al alcance de mayor número de lectores, hizo otra edicion que solo abrazaba las cuatro versiones mas importantes de Aquila, Símaco, los Setenta y Theodocion. Estos ejemplares se llamaron *Tetraplas*. Se ve que Orígenes habia tenido cuidado de poner siempre los Setenta en medio de los demás intérpretes, como término de comparacion entre ellos. El principal objeto de Orígenes era, efectivamente, completar la version de los Setenta, pero tomándola por base de su trabajo; porque entonces era la version autorizada por la Iglesia católica, que la mantenia como version canónica á pesar de las reclamaciones de los Samaritanos y Judíos. Orígenes anota escrupulosamente todas las adiciones que creyó deber hacer. Para ello se vale de los signos siguientes: 1°. Lo que falta en los Setenta está marcado con un asterisco. Estas lagunas van llenadas, con preferencia, con la version de Theodocion; á defecto de esta, con la de Aquila; y en fin, á defecto de ambas, con la de Símaco. 2°. Otro signo llamado *Obelos* marca las palabras ó frases de los Setenta que faltan en el original hebreo. Desde entonces hubo dos suertes de ejemplares de los Setenta; los que contenian el texto primitivo, y los del texto colacionado por Orígenes. Se llaman los primeros *editio vulgaris;* los otros, *editio hexaplaris*. Durante mas de cincuenta años, el ejemplar original de las *Octaplas* quedó enterrado en un rincon de la ciudad de Tiro, donde murió Orígenes, probablemente porque los gastos de copia de una obra en cuarenta ó cincuenta volúmenes excedian á los recursos de un particular. Este trabajo hubiera perecido si no lo hubiese reproducido Eusebio y colocado en la biblioteca de Pánfilo el Mártir, en Cesarea.

11. Al propio tiempo que Orígenes ilustraba la Iglesia de Alejandría con sus trabajos, san Narciso, obispo de Jerusalen, edificaba su diócesis con el espectáculo de sus virtudes. Este venerable anciano habia recibido de Dios el don de milagros.

Eusebio de Cesarea cuenta que en la noche de la vigilia de Pascua vino á faltar á los diáconos aceite para alumbrar las lámparas de la iglesia. San Narciso les mandó sacar agua de un pozo contiguo y llevársela. Despues de haber bendecido esta agua la hizo echar en las lámparas, en donde se volvió aceite. No quedó empero su santidad al abrigo de la calumnia; ó mas bien, su celo apostólico le mereció ser blanco de los tiros de los malvados. Algunos cristianos indignos de este nombre, no pudiendo sobrellevar la severidad con que el piadoso obispo reprendia sus desórdenes, conspiraron contra él y le acusaron de crímenes atroces. Atestiguaron su declaracion con falsos juramentos, acompañados de imprecaciones. « Si no digo la verdad, dijo el uno, perezca yo en las llamas. » » Cójame una enfermedad horrible si no es cierto, » dijo un segundo. « Pierda la vista yo, » dijo el tercero. Narciso no queriendo ejercer mas un ministerio comprometido por una sospecha, se esquivó á las lágrimas y súplicas de los fieles. Aspiraba desde mucho tiempo habia á vivir en la soledad; se retiró á un desierto, y no se oyó mas hablar de él en muchos años. Entretanto los calumniadores recibieron el castigo de su crímen. Prendió fuego á la casa del primero, y pereció él con toda su familia: un mal desconocido se llevó en poco al sepulcro al segundo; todo su cuerpo era una llaga infecta, y espiró con horribles torturas. El tercero, en fin, atemorizado de la venganza divina, confesó públicamente su pecado. Y tuvo tanto pesar de ello, que llorando continuamente perdió la vista. Tres obispos se habian sucedido en la silla de Jerusalen, Dio, Germamon y Gordio, cuando Narciso, de edad de ciento y diez años, reapareció en su ciudad episcopal. Se le suplicó volviese á tomar el cargo de su rebaño: consintió á pesar suyo por motivo de su avanzada edad.

12. Dios le deparó muy pronto un coadjutor digno de suplirle en sus eminentes funciones. En una vision, le mandó el Señor que escogiera por sucesor al viajero que encontrase en la mañana del dia siguiente en las puertas de la ciudad. Algunos fieles, que habian tenido la misma revelacion, salieron con

él al alba. Un extranjero venerable se presentó delante de ellos; venia en peregrinacion á visitar los lugares consagrados por la vida, milagros y pasion del Salvador. Era Alejandro, obispo de la Capadocia. Discípulo de san Panteno y de Clemente Alejandrino, habia pasado su juventud en el estudio de la teología. Su mérito le habia hecho ser elevado al obispado y habia dado en él ejemplo de todas las virtudes. La persecucion de Septimio Severo le dió oportunidad de confesar noblemente la fe. Encarcelado por los satélites del tirano en un calabozo, estuvo en él siete años, animando á los fieles con sus cartas á perseverar en la práctica de la religion. Despues de su largo y duro cautiverio, emprendió el viaje de Jerusalen. El clero de esta ciudad, Narciso al frente, saludaron al santo confesor y le retuvieron por obispo á pesar de su humilde resistencia. Es el primer ejemplo de un obispo trasladado de una iglesia á otra, y dado por coadjutor á un obispo vivo aun.

13. Nunca habia sido mas fecunda la Iglesia en santos y en hombres grandes. Iba extendiendo sus conquistas por todas partes: la filosofía se le inclinaba respetuosa; estaba ya muy lejano el tiempo en que los retóricos y sofistas, orgullosos de una vana ciencia, la miraban como el asilo de los pobretes en talento é influencia, á quienes mandaban estar con sus esclavos. Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, la habian reconciliado con el genio á los ojos de los mismos paganos. Las persecuciones no hacian sino manifestar mas y mas su poderío: era necesaria una fuerza sobrenatural para enviar gozosos y valientes al martirio millares y millares de hombres: menester era que la religion tuviera una savia vigorosísima para transformar en héroes tantos discípulos, reclutados en todas las clases de la sociedad romana, en medio de un pueblo degenerado. Hemos visto soldados, testigos de la constancia de los mártires á quienes daban tormento, abrazar la religion cristiana: hé aquí ya hasta jueces mismos que, al salir del tribunal en donde acababan de condenar al suplicio á los testigos de Jesucristo, no pueden resistirse á la evidencia y piden

el bautismo. Minucio Félix y su amigo Octavio, magistrados romanos, se habian hecho señalar por un aborrecimiento violento contra el nombre cristiano. Se echaba mano por ellos mismos de los mas crueles y espantosos suplicios contra los discípulos del Evangelio. Algunos meses despues, hacen abiertamente profesion de pertenecer á esa secta que hasta entonces habian perseguido ellos mismos, y abjuran el paganismo. Un amigo de ambos, Cecilio de Ostia, aun no habia abierto los ojos á la luz de la fe: vanse á su casa de campo, y emprenden esta conversion, cuya historia nos cuenta Minucio en el diálogo que lleva su nombre. En cierta madrugada, se paseaban los tres interlocutores á las orillas del mar: miran desde luego á unos niños que se divierten en hacer escurrir guijarrillos aplastados sobre la superficie del agua; siéntase luego Minucio entre los dos amigos. Cecilio, que habia saludado á un ídolo de Serapis, preguntó ¿porqué se esconden los cristianos? porqué no tienen ni templos ni imágenes? ¿Cuál es y qué cosa es su Dios? de dónde vino? dónde está ese Dios único, solitario, abandonado, que no es reconocido por ninguna nacion libre; ese Dios de tan poco poder que es cautivo de los Romanos con todos sus adoradores? Los Romanos, sin este Dios, reinan y gozan del imperio del mundo. Vosotros, cristianos, no usais de perfumes, no os coronais de flores; estais pálidos y como temerosos; no resucitais como lo creeis, y por otra parte no vivís tampoco, esperando una resurreccion quimérica. — Octavio respondió que el mundo es el templo de Dios, que una vida pura y las obras buenas son el verdadero sacrificio. Refuta la objecion sacada de la grandeza romana, y vuelve en favor de los discípulos del Evangelio la pobreza por que se les quiere menospreciar. Destruye las calumnias que los paganos propalaban contra los fieles, las bacanales nocturnas, los festines infanticidas, las uniones incestuosas. Y en fin muestra á su amigo la filosofía cristiana, desembarazada de las nubes con que la oscurecen la preocupacion, el error, las pasiones populares. « Hay pocos diálogos » de Platon que ofrezcan tanto interés, escenas mas hermosas

» ni discursos mas nobles » (Chateaubriand, *Estudios históricos*, parte 1ª.). Cecilio se convirtió; se volvió á Cirta en África, su patria; fué sacerdote, y, á lo que se cree, tuvo la dicha de convertir mas tarde á san Cipriano.

14. En este tiempo, acababa de morir en Yorck, en la Gran Bretaña, el emperador Septimio Severo, que habia ordenado la séptima persecucion general (211); espiró diciendo: *Omnia fui, et nihil expedit.* En el año anterior, en el momento en que acababa de alcanzar una victoria grande contra los Caledonios, con quienes estaba en guerra, volviéndose al campamento, vió á Caracalla, su primogénito, con la espada desenvainada, pronto á matarle por la espalda. Entrando en su tienda el desgraciado padre, se acuesta, pone una espada á su lado y manda llamar á su hijo: « Si quieres matarme, le dice, » toma esta espada; ó manda á Papiniano, aquí presente, que » me degüelle: él te obedecerá, porque yo te hago empera- » dor. » Caracalla sucedió en efecto á Septimio Severo. El primer uso que hizo de su autoridad fué hacer morir á su hermano Geta, que se le habia dado por socio en el imperio. Fueron degollados veinte mil Romanos, suspectos de haber deplorado la muerte de ese príncipe. A pesar de la crueldad de su carácter, el nuevo emperador no renovó los edictos de persecucion: solo sí, dejó libres á los magistrados y al pueblo de continuar ó de suspender los procedimientos contra los cristianos.

15. Supo Caracalla que los habitantes de Alejandría se habian burlado algun tanto de su *sagrada* persona, y tomó de aquí ocasion para ir á visitar la ciudad. Ocultando sus ulteriores proyectos bajo la máscara de la dulzura é indulgencia, entró en la ciudad, donde fué recibido con todos los honores imaginables. Repentinamente los soldados del tirano se derraman por órden suya por todos los barrios, y matan durante muchos dias y noches á todo lo que encontraban, sin distincion de edad, sexo ni condicion. Caracalla se subió al templo de Serapis para divertirse en ver semejantes escenas. Orígenes habia ya regresado, algun tiempo antes, de un viaje á la Ara-

bia, cuyo gobernador, sabiendo la fama de su reputacion, le habia llamado para tratar con él de materias científicas. Se vió obligado Orígenes á ausentarse de su patria, por sustraerse á la suerte reservada á sus malhadados conciudadanos. Pasó á Palestina y se detuvo en Cesarea, en donde comenzó un curso de enseñanza pública. Los obispos de esta comarca le invitaron, aun cuando no fuese sacerdote, á explicar en presencia suya las Escrituras en las asambleas de los fieles. Lo llevó á mal Demetrio, patriarca de Alejandría; pero san Alejandro, obispo de Jerusalen y Theoctisto, de Cesarea, le respondieron en estos términos : « Decís que es contrario á todas las tradi-» ciones que los legos seculares hablen delante de los obispos » y expliquen las Escrituras : esta opinion es errónea. En » efecto, cuando los obispos encuentran legos capaces de ayu-» dar á sus hermanos en la interpretacion de los sagrados Li-» bros, les ruegan los expliquen al pueblo. Y así, en Laranda » el obispo Neon ha hecho hablar á Evelpis ; en Icona, el obispo » Celso se ha valido de Paulino ; en Sínada, el obispo Ático se » ha valido de Theodosio. » Esta discusion prueba dos cosas : 1°. que el uso de la Iglesia primitiva permitia algunas veces á legos eminentes en ciencia y santidad tomar la palabra en las asambleas de los fieles para explicar la sagrada Escritura ; 2°. que este uso comenzaba á abolirse en el tercer siglo. Sea lo que quiera de eso, no parece que Demetrio quedase satisfecho de lo que le alegaban sus cólegas en el obispado ; ó tal vez, dichoso de hallar un pretexto plausible para volver á llamar á Alejandría á un hombre que era gloria de su iglesia, envió á Orígenes diáconos que le determinaron á volverse á Egipto.

16. Hácia este tiempo, por un paralelismo singular, se hallaba en Éfeso un hereje que razonaba segun los mismos principios que Praxeas, con quien jamás habia tenido relaciones ; y enseñaba en el Asia los mismos errores que Praxeas en el Occidente. Noet, nativo de Esmirna, tan vanidoso como extravagante, se creia llamado á volver al dogma católico la antigua pureza que, segun él, habia perdido : y aun aseguraba muy

gravemente que se le habia dado la autoridad de Moisés y de Aaron. En su consecuencia, enseñaba que Dios Padre se habia unido á Jesucristo hombre, habia nacido, padecido y muerto con él; de lo cual se seguia que la misma persona divina se llamaba ya Padre, ya Hijo indiferentemente. Eso fué lo que hizo llamar á sus sectarios *Patripasianos,* porque creian que Dios Padre habia padecido. Los sacerdotes de Esmirna, bajo la presidencia de su obispo, hicieron comparecer al hereje. Habiendo persistido obstinadamente en sus falsas doctrinas, fué arrojado de la Iglesia con sus discípulos.

17. Así como Praxeas dió con un doctor que tomó victoriosamente en mano la defensa de la verdad católica, Noet halló un vigoroso antagonista en san Hipólito, entonces sacerdote de la Iglesia romana, luego obispo de Porto y mártir de la fe. San Hipólito, así como san Alejandro de Jerusalen, habia sido discípulo de Clemente Alejandrino (1). El gusto al estudio y el amor á la ciencia que habia tomado en esta escuela, no pudo menos de crecer con la edad. Gran número de obras han sido el fruto de su erudicion y desvelos : la mayor parte ha perecido. Solo nos restan fragmentos de su libro contra Noet, y algunos extractos recogidos por Anastasio el Bibliotecario, en 869, de una refutacion contra el hereje Beron, que dogmatizaba al propio tiempo que Noet y Praxeas, bajo el pontificado de san Zeferino. Este nuevo sectario, metido en un principio en los sistemas gnósticos de Valentino, los habia abandonado para caer en otros desbarros. Confundiendo Beron las dos naturalezas unidas en Cristo, pero distintas una de otra, pretendia que el cuerpo del Salvador

(1) En 1551, cavando cerca de la iglesia de San Lorenzo fuera de Roma, en el camino de Tívoli, se encontró una estatua de mármol representando un hombre sentado en una cátedra, á cuyos dos lados estaban grabados en caractéres griegos dos ciclos, cada uno de diez y seis años, y que repetidos siete veces pronostican por espacio de ciento y doce, el uno las décimascuartas lunas de marzo, y el otro los domingos de Pascua. En esta estatua, actualmente depositada en el Vaticano, todas los sabios están conformes en reconocer á san Hipólito, de quien dicen los antiguos que habia compuesto un ciclo pascual de diez y seis años. El santo advirtió que su ciclo comenzaria en el primer año de Alejandro Severo, y que ese año el término pascual cayó el 13 de abril, en un sábado, y que la Pascua se celebró el 21, lo que designa el año 222.

obraba las mismas cosas que la divinidad, y que, recíprocamente, la divinidad estaba sujeta á los mismos accidentes que la carne. San Hipólito combate con extrema precision esta falsa doctrina, que mas tarde habian de renovar Nestorio, Eutiques y los Monotelitas en el cuarto, quinto y sexto siglos. Para que mejor resaltase la distincion de ambas naturalezas, se vale de una ingeniosa comparacion. « Cuando hablo yo con la lengua » y escribo con la mano, manifiesto exteriormente con la una » y con la otra un solo y un mismo pensamiento de mi alma; » pero no se sigue de eso que este pensamiento sea producto » natural ni de la lengua ni de la mano. De la misma suerte, la » sacratísima carne de Cristo, hecha instrumento de la opera» cion divina, no es por sí misma creadora. »

Tenemos además de san Hipólito dos tratados intitulados, el uno *Oratio de consummatione mundi*, y el otro *De Antichristo et secundo adventu Domini nostri Jesu Christi*. Cuando se ocupaba san Hipólito en la composicion de estas diversas obras aun no era sino sacerdote, y solo fué nombrado primer obispo de Porto, cerca de Roma, el año 251, por el papa san Cornelio.

18. Encontraba pues la fe católica fieles defensores que la consolaban en su dolor por el rigor de las persecuciones y los estragos de la herejía. Sobre la misma época tuvo el papa san Zeferino el gozo de ver volver al seno de la Iglesia una desgraciada víctima del error. Un cristiano llamado Natalio, despues de haber confesado generosamente la fe ante los tribunales, se habia dejado seducir por los discípulos de *Theodoto* el Zurrador, y aun hasta habia consentido hacerse ordenar obispo de su secta, por la promesa de una pension mensual de cincuenta y dos denarios romanos (cerca de 450 reales). Sin embargo, dice un autor contemporáneo, nuestro Dios y Señor Jesucristo, lleno de misericordia, no queriendo dejar perecer fuera de la Iglesia un confesor que tanta parte habia tomado en sus padecimientos, le hizo la gracia de reconocer su error. Cierto dia, por la madrugada, revestido de un cilicio, cubierto de ceniza y derramando un torrente de lágrimas, vino

á postrarse á los piés del papa san Zeferino. Confesó su falta en presencia de los fieles admirados de su humildad y arrepentimiento; el soberano Pontífice le reconcilió con la Iglesia, y le admitió á la comunion.

19. Poco tiempo despues fué á recibir el papa san Zeferino en el cielo la recompensa de sus trabajos. Algunos martirologios le dan el título de mártir (Adon, Usuardo, Beda. — Véase Duchesne, *Historia de los papas*); otros historiadores observan, al contrario, que fué el primer papa que no hubiese muerto aun en los tormentos. Su fin aconteció en 217, el mismo año que vió morir á Caracalla, cerca de Carrhes, en Mesopotamia, á manos de Macrino, prefecto del pretorio, que lo asesinó. El *Libro pontifical* atribuye á san Zeferino muchos decretos: 1°. que los diáconos y sacerdotes sean ordenados en presencia de todo el clero y pueblo; 2°. que la consagracion de la preciosísima sangre de Cristo se haria en adelante en copas de vidrio ó cristal, no como hasta entonces, en copas de madera; 3°. que asistiesen al obispo celebrante todos los sacerdotes. San Calixto I, romano, le fué dado por sucesor.

CAPITULO X.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN CALIXTO I (217-222).

1. Heliogábalo, emperador. — 2. Entrevista de Orígenes con Alejandro Severo. — 3. Trabajos de Orígenes. — 4. Viaje de Orígenes á la Grecia. Su ordenacion. — 5. Julio Africano. — 6. Muerte de san Calixto I. Decretos de este papa.

§ II. PONTIFICADO DE SAN URBANO I (222-231).

7. Alejandro Severo, emperador. — 8. Iglesia de Santa María Transtiberina. — 9. Excomunion contra Orígenes. — 10. Persecucion en Roma. — 11. Martirio de los santos Valerio, Tiburcio y Máximo. — 12. Martirio de santa Cecilia. — 13. Martirio de san Urbano I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PONCIANO (231-235).

14. Destierro del papa san Ponciano. — 15. Muerte de Demetrio, patriarca de Alejandría. — 16. Sexta persecucion general por Maximino de Tracia. Martirio del papa san Ponciano.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN ANTHERO (diciembre de 235 á enero de 236).

17. Confesion de Ambrosio, amigo de Orígenes, y de Protocteto, sacerdote de Cesarea. — 18. Martirio del papa san Anthero.

§ I. PONTIFICADO DE SAN CALIXTO I (217-222).

1. Macrino, carácter frívolo é inconstante, ávido del imperio, lo obtuvo por un crímen, mas muy pronto lo tuvo que dejar. No tenia tanto ingenio como ambicion, y despues de catorce meses de reinado, el ejército quitó el trono al usurpador tan fácilmente como se lo habia dado, siendo Macrino asesinado por los soldados de la legion de Emesa, en Fenicia, que llevaron á Roma en triunfo al jóven Heliogábalo, resobrino de Septimio Severo. « Convenia, dice un escritor célebre, que » pasasen por el trono de los Césares todos los vicios antes que » consintiesen los hombres en colocar en él á la religion, que » condena todos los vicios y todas las pasiones (CHATEAUBRIAND, » *Estudios históricos*). La ciudad de Rómulo, Escipion y César

» vió llegar un jóven siríaco, sacerdote del sol, pintadas las » cuencas de sus ojos, y coloreados de bermellon sus carrillos, » llevando una tiara en su cabeza, un collar, brazaletes, túnicas » de tela de oro, un manto de seda á la feniciana, sandalias » adornadas de pedrería grabada. Este jóven sirio, rodeado de » eunucos, de bufones, de cantores, de enanos, danzaba y » marchaba al traspié delante de una piedra triangular, imá» gen del dios de quien era sacerdote. » Era este Heliogábalo, el nuevo emperador. Sobrepujó á Neron en crueldad, y á Caracalla en prodigalidades; pero el vicio que gobernó al mundo mas particularmente bajo su reinado fué la lujuria : hizo de su palacio un lupanar. Un bufon era su prefecto del pretorio; senadores y cónsules, los cocheros y saltimbanquis. Habia creado un senado de mujeres para juzgar ante él los negocios del mundo.

2. En tanto que este loco coronado deshonraba el trono, Alejandro Severo, su primo, á quien habia creado César, aprendia el grande arte de reinar bajo la direccion de Mamea, su madre. Mamea amaba y admiraba el cristianismo, y aun parece que lo profesaba. El año 218, cuatro años antes de la elevacion de su hijo al imperio, habiendo tenido en Antioquía, donde residia, oportunidad de saber la gran reputacion de Orígenes, envió á Alejandría una escolta de honor para traerle á este célebre doctor. Orígenes permaneció algun tiempo cerca de Mamea y del futuro emperador : les habló largamente de la religion cristiana, de la divinidad de su orígen, de la sublimidad de sus dogmas, de la pureza de su moral. El jóven príncipe se complacia mucho en oir estas lecciones: y si, mas tarde, no mostró gusto alguno por las disoluciones de su primo Heliogábalo, y si pareció en todo el curso de su vida lleno de justicia y humanidad, los contemporáneos y la posteridad tributan este honor á la influencia cristiana de su educacion. Orígenes partió de Antioquía, colmado de honores por sus huéspedes ilustres, y regresó á Alejandría para dedicarse á sus estudios predilectos.

3. Habia convertido recientemente á la fe católica á un hom-

bre opulento de Alejandría, comprometido en la secta de los Valentinianos. Este nuevo discípulo, extasiado de la elocuencia y erudicion de su maestro, estimulaba aun mas el fuego natural de Orígenes para el trabajo. Le pidió un comentario general de todos los libros de las sagradas Escrituras, y el doctor compuso sus *Exenepnia*, á saber: un *Tratado contra Celso*, *Defensa de la religion cristiana contra Celso el filósofo*, una de sus mejores obras. Ambrosio costeaba los gastos que causaban estos trabajos; y habia querido que su maestro se alojase en su casa por estar mas próximo para animarle en sus estudios. Puso á su disposicion siete secretarios (*notarii*), encargados de escribir lo que dictara: otros escritores (*librarii*) ponian en limpio las primeras pruebas de los *notarios*. Y en fin, varios copistas reproducian ejemplares de las mismas obras. Habia tambien *taquígrafos* que transcribian las explicaciones orales que el sabio doctor hacia diariamente á sus oyentes. Orígenes recitaba sus manuscritos en presencia de su amigo, mientras las horas de la comida, para no perder un minuto de un tiempo tan precioso para el genio. Orígenes se prestaba muy cordialmente á las benévolas exigencias de Ambrosio, á quien, chanceándose, llamaba algunas veces su *picador*. La multiplicidad de sus trabajos, la diversidad de sus ocupaciones exaltaba su imaginacion en lugar de agotarla: trabajaba noche y dia con increible ardor. Su constitucion física, aunque delicada y frágil, resistia sin embargo á esfuerzos tan continuados: y así es como llegó á componer cerca de seis mil obras, contando en este uúmero sus cartas y homilías. Esta ocupacion infatigable le hizo dar por sobrenombre *entrañas de bronce* ó *Adamantinus* (constitucion de diamante).

4. Mas por otra parte las iglesias de la Grecia se veian asoladas por los estragos de los Valentinianos, Montanistas y Noecianos. Llamaron en su auxilio á Orígenes, á aquel prodigio de elocuencia en quien revivia la ciencia de los santos Padres, para refutar á los nuevos sectarios. Se salió pues de su estudioso retiro, dejó sus ejercicios literarios y demás para acudir á donde le llamaba la caridad. Ambrosio no quiso sepa-

rarse de su ilustre amigo y le acompañó. Orígenes tomó el camino de tierra, y pasando por la Palestina, fué á saludar á san Alejandro, obispo de Jerusalen, y á Teoctisto de Cesarea, sus antiguos huéspedes. Demetrio, patriarca de Alejandría, le habia dado, á su salida, cartas de comunion, en las que hacia elogio del saber y virtudes de su catequista. Los obispos de la Palestina, por admiracion á este grande hombre, quisieron agregárselo de un modo aun mas particular á la Iglesia, á la cual, simple lego, servia con inaudita gloria. Le impusieron pues las manos y le ordenaron de sacerdote : tenia á la sazon cuarenta años. Orígenes continuó su viaje y vió en Nicópolis (la antigua Emaus) al sabio Julio Africano : en Éfeso, redujo á los herejes á vergozoso silencio : abrió en cada ciudad conferencias con los sectarios, á quienes confundia con la claridad y fuerza de sus argumentos, y no les dejaba otro recurso que alterar la minuta de las controversias que se habia publicado, y atribuir al doctor católico, en minutas falsificadas á propósito, opiniones y raciocinios que no habia emitido ni podido emitir, género de calumnia que empleaban los herejes.

Demetrio no tardó en saber en Alejandría la ordenacion de Orígenes, y escribió á los obispos de la Palestina quejándose de aquel acto irregular. Fuese por envidia, como lo indican Eusebio y san Jerónimo, fuese celo por la disciplina eclesiástica, lo cierto es que el patriarca de Alejandría reclamó en virtud de su derecho, aunque con sobrado ásperas y amargas recriminaciones. Hizo saber en sus cartas circulares á los obispos del Asia que Orígenes, por una accion hasta entonces guardada en secreto, habia quebrantado las leyes de la Iglesia y se habia hecho á sí mismo irregular. Alejandro respondió que si habia conferido el sacerdocio á Orígenes era en virtud de las cartas de recomendacion expedidas por el mismo Demetrio ; que ignoraba los hechos citados en las cartas posteriores del patriarca. Se logró, despues de largas negociaciones, calmar esta reyerta, y Orígenes se volvió á Alejandría. Pero la paz de que gozaba no duró mucho.

5. Julio Africano, á quien encontró Orígenes en la Palestina, era uno de los sacerdotes mas sabios de esta época. Era natural de Emaus, de cuyo caserío habia hecho Vespasiano una ciudad con el título de Nicópolis. Habia sido quemada recientemente por Quintilio Varo, gobernador de la Siria. Julio Africano, diputado por sus compatriotas al emperador Heliogábalo, habia logrado su restablecimiento. Hán hecho célebre á Julio Africano sus trabajos sobre la cronología. Para mostrar la antigüedad de la religion y la novedad ó invencion moderna de las historias paganas, escribió en griego, su lengua nativa, una historia universal desde la creacion del mundo hasta el año cuarto del reinado de Heliogábalo, 221 de Cristo. Esta obra, que existia aun en tiempo de Focio, se ha perdido despues. Escribió además un libro que intituló *Cestes* (1) ó *Cintura bordada*, á imitacion de las *Estrómatas* ó *Tapicerías* de Clemente Alejandrino. La historia natural, agricultura, geografía, historia, geometría y medicina habian suministrado materiales para esta obra, que poseemos. Una *Epístola á Arístides*, en la cual Julio Africano trata de concordar las dos genealogías de Cristo, segun san Mateo y segun san Lucas, se ha salvado tambien del naufragio, y la poseemos. « Es, » dice el autor, tradicion comun en la Palestina que Jacob y » Hely eran hermanos uterinos. Hely habiendo muerto sin » hijos, Jacob desposó su viuda y fué padre de san José segun » la naturaleza, aunque la ley se lo atribuia á Hely. » La entrevista de Orígenes y Julio Africano dió orígen á una controversia bibliográfica entre estos dos sabios. Orígenes habia empleado delante de Julio Africano una cita sacada de la historia de Susana. El Africano pretendió que era apócrifa. En una carta que escribió á Orígenes acerca de esto, y que tambien poseemos, defiende su tesis apoyándola en que la historia de Susana no se halla en los ejemplares de los Judíos. Orígenes le respondió desde Nicomedia que la tradicion cató-

(1) *Historia de la literatura griega profana*, tom. v, p. 269. Paris, librería de Gide, 1832.

lica, unánime hasta entonces, era garantía suficiente de autenticidad. Añadia que no dejaba de ser peligroso el remover los límites ya puestos y fijados por nuestros padres; que por otra parte, en la cuestion presente la tradicion de los doctores judíos mismos estaba conforme con la opinion de la Iglesia. El doctor Alejandrino movió al mismo tiempo á san Hipólito á que escribiese un comentario sobre la historia de Susana. Hé aquí cuanto se conoce de los trabajos y de la historia de Julio Africano.

6. San Calixto I no vió las últimas persecuciones de Orígenes que acabamos de mencionar. Aun cuando no fuesen ya perseguidos en masa los cristianos, y que ya habian perdido su fuerza primitiva los edictos de Septimio Severo, los emperadores pusieron en resorte todos los medios de perseguir sin cesar á los papas, obispos y sacerdotes, contando con herir de muerte á una religion que esperaban aniquilar para siempre (1). San Calepodio, presbítero, fué decapitado en los últimos años del pontificado de san Calixto. Su cuerpo, ignominiosamente arrastrado por las calles de la capital y echado al Tíber, fué sepultado con la mayor honra por el papa. Pero igual suerte le esperaba á él; porque poco tiempo despues fué metido en una cárcel, en donde se le dejaron padecer todos los horrores del hambre. Sus verdugos no le daban algun alimento sino por dejarle fuerzas para que pudiese sobrellevar el suplicio de los azotes de varas con que le castigaban diariamente. El santo anciano fué en fin arrojado por la ventana de su prision á lo hondo de un pozo, en donde halló la muerte, 14 de octubre de 222, en cuyo año murió tambien Heliogábalo. Se habia preparado este para matarse, á todo evento, cordeles de seda, un puñal de oro, venenos encerrados en vasijas de cristal y de pórfiro, un zaguan interior embaldosado

(1) Tales eran en efecto, segun san Cipriano, pocos años despues las disposiciones del emperador Decio. « Cum tyrannus infestus sacerdotibus Dei fanda et nefanda comminaretur, cum multa patientius et tolerabilius audiret levari adversus se æmulum principem, quam constitui Romæ Dei sacerdotem. » (CYPR., *Epistola ad Antonianum*.)

de piedras preciosas, á donde contaba precipitarse de lo alto de una torre. Inútiles precauciones! Habia vivido en lugares infames y solo merecia ser muerto en un albañal, y su cuerpo arrojado al furor del populacho que lo echó al Tíber, como habia hecho precipitar él al santo sacerdote Calepodio. El *Libro pontifical* atribuye á san Calixto un decreto que segun la tradicion apostólica arregló la institucion de las cuatro Témporas. — *Hic constituit jejunium die Sabbati, ter in anno fieri frumenti, vini et olei, secundum prophetam.* Baronio piensa que es menester leer en este lugar *quater,* porque la profecía de Zacarías, á quien hace alusion (1), dice terminantemente que el ayuno de accion de gracias por los beneficios de la Providencia ha de celebrarse cuatro veces al año. San Calixto I dió su nombre al célebre cementerio de la via Apia, en el cual fueron depositados los restos gloriosos de cuarenta y seis papas y de numerosos mártires (2). Entre los obispos instituidos por este pontífice se nota san Hipólito, de Porto, de quien hemos hablado. Fué elegido sucesor de san Calixto el papa san Urbano.

§ II. PONTIFICADO DE SAN URBANO I (222-231) (3).

7. La muerte de Heliogábalo dejaba el trono al hijo de Mamea, al jóven discípulo de Orígenes. Alejandro Severo habia concebido por el cristianismo y por su fundador un respeto que jamás le faltó. El *Larario* de su palacio no contenia solamente ya las estatuas de los dioses y las de los emperadores que habian merecido bien del género humano; Alejandro habia colocado tambien en él la estatua de Jesucristo, á la cual tributaba honores divinos. Su admiracion por el Hijo de María

(1) Hæc dicit Dominus exercituum : Jejunium quarti, et jejunium quinti, et jejunium septimi et jejunium decimi est domui Juda in gaudium et lætitiam et in solemnitates præclaras : veritatem tantum et pacem diligite. (*Zacchar.*, VIII, 19.)

(2) Se hace subir ese número á ciento setenta y cuatro mil.

(3) Para este período de la historia eclesiástica, véase la *Historia de santa Cecilia,* por el P. Gueranger.

llegó hasta presentar al senado la proposicion de admitir en el rango de los dioses del imperio al fundador de una religion tan pura. El senado quiso consultar los oráculos sobre esta voluntad imperial; y segun Làmpridio, autor contemporáneo, la respuesta fué que si celebraba esta nueva *apoteosis*, muy pronto se verian abandonados los templos, y que todos los hombres se harian cristianos. *No hagas á otro lo que no quisieras hiciesen contigo*, era la máxima favorita de Alejandro, y confesaba haberla sacado de la moral cristiana. La hizo grabar en su palacio y otros edificios públicos: un pregonero la publicaba por órden suya antes del castigo de los criminales. Un hecho que nos cuenta Lampridio, y que muestra la situacion de la Iglesia en Roma, nos dará á conocer la imparcialidad de Alejandro en los procesos de que podian ser parte los cristianos.

8. En la region transtiberina de Roma, al pié del monte Janículo, estaba situada la famosa *Taberna meritoria*, en cuyo suelo, se decia, habia surtido agua, y que todo un dia habia manado como un rio misterioso (1). En el pontificado de san Calixto I, este célebre sitio habia pasado en posesion de los cristianos: el Papa lo erigió en iglesia y la dedicó á la Madre del Salvador. El nuevo santuario llevó el nombre de Santa María *trans Tiberim*. Sin embargo los taberneros aguadores (*popinarii*) presentaron una queja al emperador de que un local hasta entonces abierto al público y en provecho de ellos les habia sido quitado para ser consagrado al culto de una religion no reconocida por las leyes del imperio. Púsose en evidencia la benevolencia de Alejandro para con los cristianos en el decreto que expidió en vista de dicha reclamacion. « Mas » quiero que sea Dios honrado en este lugar de un modo » cualquiera, que entregarlo de nuevo á taberneros. »

9. El Oriente, preocupado de la gloria y reputacion de Orígenes, se apasionaba mas y mas en la discusion suscitada en

(1) Este hecho se refiere en la Crónica de Eusebio, en las de san Próspero, Idacio, Orosio. Dion Casio lo menciona tambien en su *Historia de Roma*, lib. XLIII, p. 383, edic. de 1606.

Alejandría respecto de este grande hombre. Un concilio de obispos, presidido por el patriarca Demetrio, habia examinado ya el negocio de su ordenacion; y se habia decidido que Orígenes no seria depuesto del sacerdocio, pero que se retiraria de Alejandría y no tendria facultad de continuar sus lecciones. El célebre catequista no habia esperado el resultado de las operaciones de la asamblea, y se habia retirado ya á la Palestina, dejando la direccion de los catecúmenos á Heraclas, su discípulo. El negocio no paró en eso, y pasó mas adelante. En el prodigioso número de obras salidas de la pluma del doctor Alejandrino se creyó haber varios errores. ¿Eran estos parto de los ardides de herejes falsificadores que los habian interpolado sin saberlo él? ¿Eran acaso simples hipótesis que su rica imaginacion se habia complacido en crear acerca de puntos aun no definidos? ¿Ó eran, por fin, fruto de la humana flaqueza, á la que tienen que pagar tributo los mas sublimes ingenios apenas se extravian un punto de las reglas trazadas por la Iglesia? Sea de ello lo que quiera, examinados dichos errores en un nuevo concilio reunido en Alejandría á solicitud y bajo la presidencia de Demetrio, fueron juzgados bastante graves para motivar la deposicion y aun la excomunion de Orígenes. San Jerónimo, á pesar de tomar con calor la defensa del sabio Alejandrino, nos hace saber que Roma y los obispos de la Iglesia universal adhirieron á las actas del concilio de Alejandría. La Palestina, la Arabia y la Fenicia solas se rehusaron á creer la culpabilidad de Orígenes. Lo cierto es que este doctor ilustre, así que supo su condenacion escribió una carta á las iglesias de Egipto, en la cual se expresa católica y ortodoxamente acerca de los puntos controvertidos, y suplica que no se le haga responsable de las interpolaciones hechas en sus escritos. Estos testimonios espontáneos de adhesion íntima á la verdad católica fueron suficientes para que los amigos de Orígenes sostuvieran su inocencia. Sin embargo hé aquí algunas de las doctrinas erróneas que se le atribuyen, la mayor parte sacadas de su libro *Periarkon* ó *de los Principios*. Decia él: 1°. Que la materia ha sido creada de toda eter-

nidad; que despues de este mundo habrá muchos otros, así como ha habido muchos otros que han existido antes que él, no habiendo estado ocioso Dios jamás, y pudiendo pasarse sin un mundo. 2°. Que todos los espíritus han sido creados antes del mundo con igualdad perfecta y un cuerpo sutil que es inseparable de ellos; que habiendo caido en diversas faltas, fueron relegados á la naturaleza angélica, al cuerpo humano, y aun al sol y demás astros segun el grado de su culpabilidad; que el alma, que quedó íntimamente unida por caridad á su Criador, mereció por su perseverancia unirse con indisoluble lazo á la persona de Cristo. 3°. Que libertadas de su esclavitud, las almas van al cielo á recibir el premio de sus méritos, ó al infierno para pagar la pena de sus pecados; pero que no son eternos ni el castigo ni la recompensa, porque los réprobos y los bienaventurados conservando su libre albedrío, estos pueden ser excluidos del cielo por una nueva falta, como aquellos por el arrepentimiento participar luego de los efectos de la redencion universal, de la cual no excluye Dios á nadie, ni aun al demonio. 4°. Que el fuego del infierno no es otra cosa que los remordimientos de la conciencia. — Se le ha tachado además de favorecer al pelagianismo, de suponer al hombre capaz de elevarse á una perfeccion que le liberta de todo pecado y tentacion; de no tener creencia firme en la transmision del pecado original, y de tratar de irremisibles los pecados cometidos despues de haber recibido el Espíritu Santo. — Si bien es permitido creer que estos errores no son del mismo Orígenes, no puede dudarse empero de que los herejes los han seguido como siendo de él. Esa es la gran desventura de los hombres grandes: la invocacion de su autoridad sirve frecuentemente para acreditar errores y opiniones que no fueron suyas, pero cuya simiente se cree descubrir en sus escritos. Todo el Oriente quedó perturbado por esos novadores, que se cubrian con el nombre de Orígenes para negar la divinidad de Cristo y la eternidad de las penas; para sostener la preexistencia de las almas y la realidad de una vida anterior, en la cual habian sido capaces de mérito ó de demérito.

Veremos mas tarde, en el año 553, condenado el origenismo por el segundo concilio de Constantinopla, quinto ecuménico.

10. A pesar de la benevolencia de Alejandro por el cristianismo y los treinta años de paz que se habian seguido á la quinta persecucion general, bajo Septimio Severo, el espíritu de la legislacion romana no habian mudado, y quedaban vivas sus disposiciones hostiles á los discípulos de Jesucristo. Los jurisconsultos del palacio imperial, Domicio, Ulpiano y Julio Paulo, cuyos nombres son tan imponentes en los orígenes de la jurisprudencia como odiosos y bajos en los anales del cristianismo, habian tomado con cierto placer hipócrita el cuidado de ir juntando en sus colecciones las ordenanzas que condenaban á muerte á los fieles. La supersticion romana y el odio del pueblo contra los cristianos vigilaban de consuno por el sosten de aquellos edictos sanguinarios, y la tolerancia del príncipe, que solo podia suspender su ejecucion, no llegaba hasta hacerlos desaparecer del código del imperio. Bastaba pues el capricho del populacho ó una malquerencia de algun magistrado subalterno para renovar contra la Iglesia las antiguas persecuciones. Y así, las vírgenes Martina y Taciana habian dado su vida por Cristo. El papa san Urbano I, dos veces citado al pretorio, habia confesado generosamente la fe: por manera que no le era ya dado permanecer en lo interior de la ciudad; su ordinario retiro era en las catacumbas de la via Apia, en el cementerio que su antecesor san Calixto habia hecho aumentar poco habia. En la primavera del año 230, el emperador Alejandro Severo se ausentó de Roma para ir á dirigir una expedicion contra los Persas. Dejó en la capital, en calidad de prefecto, á Turcio Almaquio, personaje muy conocido por el aborrecimiento que profesaba á los cristianos. Parecióle muy favorable esta ocasion para entregarse á su sabor á sus sacrílegas violencias, y las ejerció desde luego contra aquella parte numerosa de la cristiandad de Roma que pertenecia á la clase del pueblo. No contento con mandar destrozar con todo género de tormentos los miembros de los fieles, Almaquio quiso que sus cuerpos quedasen sin sepultura. Solo

á peso de oro podian los cristianos celosos comprar á los verdugos los preciosos restos de los mártires. Se iban juntando con amoroso respeto los miembros esparcidos por la espada, ó se recogia la sangre con esponjas que se apretaban luego en redomitas ó ampollas; y se iban buscando con solicitud hasta los instrumentos del suplicio, á fin de conservar para la posteridad cristiana el completo testimonio de la victoria.

11. Víctimas ilustres estaban reservadas á los furores de Almaquio y á la palma del martirio. Cecilia, vírgen romana, nacida de la noble y antigua raza de los Cecilios, en el seno de una familia pagana, habia recibido la fe desde su niñez, y consagrado á Dios su virginidad. Sus padres la habian casado, á disgusto suyo, con un jóven pagano llamado Valeriano. Se celebraban entonces los matrimonios entre paganos y cristianos, y si algunas veces acarreaban dificultades inmensas en lo interior, eran otras instrumento de Dios para ganar á la fe verdadera la parte infiel. La Iglesia empero, fundada en la doctrina del Apóstol, los reprobaba con energía, y la necesidad sola podia excusar á los fieles que los contraian. En efecto, dijo Cecilia á Valeriano: « Yo estoy bajo la tutela de un ángel que » Dios me ha mandado para proteger mi virginidad. Guardaos » bien de hacer cosa que pueda acarrearos la ira del Señor » (*II Corinth.,* VI, 11.). Admirado y atónito de este lenguaje, el jóven infiel respetó á su esposa, y le dice que creeria en Jesucristo si veia al ángel que protegia á Cecilia. La vírgen piadosa tomó ocasion de esto para instruirle en las verdades del Evangelio, y muy pronto Valeriano declaró que estaba pronto á recibir el bautismo. Fué pues á las catacumbas de la via Apia, para echarse á los piés de san Urbano, quien le confirió el sacramento regenerador. Tiburcio, su hermano, tuvo igual dicha algun tiempo despues. Estos dos neófitos se distinguieron entre los demás cristianos de Roma por su celo en ir á recoger los cuerpos de los mártires inmolados por órden de Almaquio: no tardaron pues en ser delatados al tribunal de este. Confesaron ambos noblemente á Dios y se rehusaron á ofrecer libaciones á los dioses. — « ¿Quién es ese Dios

» á quien tributais homenaje? les preguntó Almaquio. — ¿ Hay » por ventura otro, respondieron los mártires, para que nos » hagais tal pregunta respecto de Dios? ¿ Hay acaso mas de » uno? — Pero á lo menos decidme el nombre de ese Dios » único, de quien me hablais. — El nombre de Dios, ni vos, » ni mortal alguno puede saberlo ni descubrirlo. Él es incomu- » nicable. — ¿ Segun eso, Júpiter no es el nombre de un » dios? — Os engañais, replicó Valeriano : Júpiter es el nom- » bre de un corruptor, de un libertino. Vuestros propios au- » tores nos lo presentan homicida y lleno de vicios, y vos osais » llamarle un dios. Me asombra esa confianza, porque el nom- » bre de Dios no puede convenir sino al ser que nada tiene de » comun con el pecado y que posee todas las virtudes. — Se- » gun eso, repuso Almaquio, todo el universo está en el error ; » vuestro hermano y vos sois los solos que conoceis al ver- » dadero Dios. — No os hagais ilusion, Almaquio, respondió » Valeriano, los cristianos, los que han abrazado esta santa » doctrina, son ya innumerables en el imperio. Vosotros sois » quienes formais la minoría : vosotros sois esas tablas que » van flotando en el mar despues de una borrasca, y que solo » sirven para el fuego. » La generosa constancia y santa osadía de Valeriano obtuvieron inmediatamente su recompensa : Almaquio, le hizo aplicar el castigo de las varas. Durante este suplicio, dirigiéndose á la muchedumbre decia : « Ciudadanos » de Roma, no os impida confesar la verdad el espectáculo de » estos tormentos : permaneced firmes en la fe, creed en el » Señor que solo es santo. Derrocad esos dioses de piedra y ma- » dera á quienes inciensa Almaquio; reducidlos á polvo, y sabed » que los que los adoran serán castigados con eternos supli- » cios. » Almaquio condenó á ambos hermanos á ser degollados y los remitió para su ejecucion á Máximo, su escribano, que debia hacer ejecutar la sentencia al dia siguiente á cuatro millas fuera de Roma. Durante la noche, los santos confesores, á quienes vino á visitar por última vez Cecilia, juntamente con esta convirtieron á Máximo, á su familia y á los soldados que estaban de guardia en la cárcel; y habiendo llegado la hora

del suplicio, terminaron juntos el glorioso martirio. Informado Almaquio de la conversion de Máximo, le hizo matar á azotes de látigos armados de balas de plomo; suplicio de órden inferior. Santa Cecilia hizo depositar los cuerpos de los tres mártires en el cementerio de Calixto; y previendo que la persecucion le llegaria muy pronto á ella misma, se adelantó á la confiscacion de sus bienes distribuyéndolos á los pobres, y empleó los últimos instantes que le quedaban probablemente de vida en la conversion de una muchedumbre de paganos á quienes atraian á la fe sus ejemplos y palabras. El papa Urbano tuvo la gloria de recibir en sus brazos á estos nuevos hijos de la Iglesia.

12. Al propio tiempo daba órden Almaquio de hacer comparecer Cecilia á su tribunal: la vírgen respondió con santa audacia á las cuestiones del prefecto. — « ¿De dónde os viene » esa calma, ese sosiego disimulado, ante mi presencia? — De » una conciencia pura, de una fe sencilla. — ¿Ignorais cuál y » cuánto es mi poder? — ¿Y vos, ignorais quién es mi esposo » y protector? — ¿Y quién es? — El Señor Jesús, el Cristo, el » Hijo de Dios. — ¿No sabeis que nuestros amos, los inven- » cibles emperadores, han ordenado que los que no quisieren » renegar del cristianismo sean castigados, y que sean absuel- » tos los que renegaren de ser cristianos? — Vuestros empe- » radores yacen en las tinieblas del error. La ley en que os » apoyais solo prueba una cosa, y es que sois crueles, y que » nosotros somos inocentes. En efecto, si fuera un crímen el » nombre de cristiano, á nosotros nos tocara el negarlo, y á » vosotros á obligarnos á confesarlo con tormentos. — Infeliz, » ¿no sabeis tengo en mis manos el poder de vida y de muerte de » parte de los invictos emperadores? — ¿Cómo podeis decir que » los príncipes os han otorgado el derecho de vida ó de muerte? » porque sabeis muy bien que solo teneis el poder de muerte. » Podeis quitar la vida a los que de ella gozan, mas no po- » driais volvérsela á los que han muerto. Decid pues que los » emperadores han hecho de vos un ministro de muerte, nada » mas. — Déjate de esa osadía, y sacrifica á los dioses. —

» ¡ Llamais dioses esas piedras mudas ! No veis que son in» capaces de defenderse de las llamas, y aun de libraros de » ellas? Cristo solo puede salvar de la muerte y libertar del » fuego al hombre pecador. » Tales fueron las últimas palabras de Cecilia. Almaquio dió órden de llevarla á su propia casa y de encerrarla en la sala de baños de su palacio, que los Romanos llamaban *caldarium*. Se encendió una hoguera grande y continua, por manera que la vírgen, dejada sin aire en la atmósfera de una pieza ardiente, debia de encontrar la muerte sin necesidad de que la inmolase el verdugo. Pero la santa permaneció en aquel cuarto abrasado tres dias sin perder la vida. Almaquio envió un lictor para que le cortase la cabeza. El soldado le dió tres hachazos con furia, sin que pudiera matarla; se retiró, porque la ley le prohibia continuar, dejando á la vírgen nadando en su sangre. Cecilia vivió tres dias mas, y murió en fin el 22 de noviembre de 230.

13. Algo despues, fué llevado el papa san Urbano ante el mismo Almaquio. — « ¿Es este, le dice, ese seductor de quien » han hecho su papa los cristianos? — Sí, respondió el vene» rable anciano, yo soy quien seduce á los hombres para ha» cerles abandonar el camino de la iniquidad, y ponerlos en el » de la justicia y verdad. » San Urbano fué echado á una cárcel con dos sacerdotes que habian sido presos con él. El segundo interrogatorio no tuvo mejor éxito para Almaquio. Habiendo confesado generosamente la fe ambos sacerdotes, fueron castigados con varas armadas de balas de plomo. Mientras padecian este castigo, no cesaban de repetir estas palabras: « Señor, os » damos gracias. — Me hago cargo de tus plegarias, respecto » de tí, que eres anciano; y hé aquí porqué miras la muerte » como un descanso; porque envidias la lozanía de estos jó» venes : tú les animas á padecer y dar su vida, porque la » tuya tiene que acabarse. » Uno de los sacerdotes, queriendo vindicar este ultraje, interrumpió al prefecto diciéndole: « Tus » palabras son manifiesta mentira; nuestro padre desde su » juventud ha considerado á Jesucristo como vida suya, y mi» rado la muerte como el lucro mayor. Ha confesado á Cristo

» mas de una vez, y ha expuesto su vida por las ovejas que le » ha encomendado. » Vuelto al calabozo, Urbano convirtió á la fe cristiana al carcelero Anolino, que no tardó en pagar con su vida la honra de ser alistado en la milicia del Señor. Finalmente, por órden de Almaquio los santos confesores fueron conducidos á la via Nomentana para ser decapitados. En el camino, Urbano exhortaba así á sus compañeros : « El Señor » nos llama, ese divino Maestro que nos tiene dicho : Venid á » mí todos los que os hallais atribulados, y yo os aliviaré. Hasta » ahora solo hemos visto al Señor como en espejo y enigma : » hé aquí llegado el momento en que vamos á verle cara á » cara. » Los verdugos les cortaron la cabeza, y los cuerpos de los santos mártires fueron recogidos por los cristianos y transportados al cementerio de Pretextato (25 de mayo de 231). — San Urbano I se esmeró en que el servicio de las iglesias se hiciese con dignidad. Renovó los vasos del altar, antes de vidrio ó madera, en otros de plata, y especialmente mandó hacer veinticinco patenas de plata para los diversos títulos de la ciudad. Estas patenas eran de grande dimension, porque estaban destinadas á recibir los panes que cada fiel que habia de comulgar llevaba á la ofrenda. El *Libro pontifical* no hace mencion de ninguno de los decretos que posteriormente se le han atribuido bajo la fe dudosa de Mercator. Fué elevado en junio siguiente á la silla de san Pedro Ponciano, natural de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PONCIANO (231-235).

14. El regreso de Alejandro Severo volvió á dar á la Iglesia de Roma paz y tranquilidad durante algun tiempo : á lo menos no se sabe que Almaquio haya prolongado sus violencias mas allá de esta época. Se ignora la impresion que debieron hacer sobre el ánimo del emperador los actos de su prefecto : es de creer que este príncipe, enemigo de la crueldad, llevó muy á mal los excesos de Almaquio; pero no se conoce ningun acto que indique la indignacion causada en él por el asesinato jurí-

dico de tantos cristianos. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que aun bajo el reinado de Alejandro, el mismo sistema de persecucion seguido contra los soberanos Pontífices no tardó en aplicarse á Ponciano. Este papa sufrió cruel persecucion por la libertad de su ministerio; sin embargo no fué condenado á muerte, y por decreto imperial fué desterrado con el santo presbítero Hipólito, diferente del obispo de Porto, á la isla Buccina, una de las mas salvajes de la costa meridional de Cerdeña. Separado de su silla, san Ponciano abdicó.

15. Aun no se habia terminado el negocio de la excomunion de Orígenes. Este doctor continuaba quejándose de que los obispos reunidos en concilio por Demetrio, patriarca de Alejandría, habian juzgado de su doctrina segun los ejemplares interpolados que los herejes habian esparcido en su nombre. La Palestina continuaba á ofrecerle la hospitalidad que le rehusaba el Egipto, su patria; y moraba en Cesarea. Teoctisto y san Alejandro de Jerusalen le habian encomendado el cargo de interpretar las Escrituras, y hallaban tanta utilidad y placer en sus doctas pláticas, que jamás se separaban de él. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, profesaba igual admiracion por este hombre grande. Ya le llamaba á su diócesis para utilidad de las iglesias que le estaban cometidas, ya venia á la Judea para conferenciar de cosas divinas. En el entretanto murió Demetrio el año 231, despues de haber ocupado la silla de Alejandría cuarenta y tres años. El aprecio excesivamente afectuoso que mostró para con Orígenes en el primer período de su obispado, la severidad que desplegó contra él en el segundo, la causa del doctor Alejandrino sostenida por tantos obispos contemporáneos, abrazada con el mayor calor por san Jerónimo, presentan un problema que aun no se ha resuelto, y que ha dejado perpleja á la posteridad sobre los verdaderos sentimientos de Orígenes. Por lo demás, la muerte del patriarca y la eleccion de Heraclas, discípulo de Orígenes, á la silla patriarcal, pusieron término á la lucha. La cátedra de catequista, vacante por promocion de Heraclas al obispado, quedó á cargo de otro discípulo de

Orígenes, san Dionisio de Alejandría, que un dia habia de sentarse tambien en la silla patriarcal.

16. Alejandro Severo habia emprendido una expedicion contra los Germanos : las legiones, descontentas de la severidad con que procuraba el restablecimiento de la disciplina militar, y sublevadas por Maximino de Tracia, le asesinaron cerca de Maguncia á los veintiocho años de su edad (235). Maximino se apresuró á recoger el fruto de su crímen. El nuevo emperador, antiguo pastor de las montañas de la Tracia, era un gigante de ocho piés y medio de alto, grosero y sin letras, hablando una lengua medio latina, menospreciando á los hombres, de un carácter altivo, duro y feroz. Su primer cuidado fué publicar edictos contra los cristianos, á quienes detestaba por la sola razon que eran amados de Alejandro Severo. Fué la sexta persecucion general que estalló contra la Iglesia. Los decretos de Maximino se dirigian especialmente contra los que enseñaban en las iglesias ó que las gobernaban. La imposibilidad material de hacerla extensiva á todos los fieles, sin despoblar el imperio, no menos que la esperanza de lograr acabar así con la religion haciendo morir á sus jefes y pastores, habian sido los móviles de su resolucion. Inmediatamente se expidió órden para dar muerte al papa san Ponciano en la misma isla á donde le habia confinado Alejandro Severo (noviembre de 235). Su cuerpo fué transportado despues á Roma, y bajo el pontificado de san Fabian fué depositado en el cementerio de Calixto. Once dias despues le fué dado por sucesor san Anthero, griego de orígen (3 de diciembre de 235).

§ IV. PONTIFICADO DE SAN ANTHERO (diciembre 235 - enero 236).

17. La inmensa reputacion de Orígenes en el Oriente le designaba á la venganza de los perseguidores como el mas incontrastable doctor de la Iglesia : así es que se le buscó con cuidado muy especial. Pero retirado en Capadocia al abrigo del obispo Firmiliano, su amigo, estuvo oculto cerca de dos años en casa de una señora rica y piadosa, llamada Juliana.

Ambrosio, su amigo, diácono á la sazon, y Protocteto, sacerdote de Cesarea en la Palestina, fueron prendidos y llevados á la Germania, donde se hallaba Maximino. Orígenes escribió á su amigo una exhortacion al martirio. Los dos confesòres tributaron en presencia del tirano el homenaje mas solemne á la fe cristiana : sin embargo no se les hizo morir, y el fin del reinado de Maximino, que solo duró hasta últimos del año 236, les volvió la libertad. En este tiempo se coloca el martirio de santa Úrsula y sus compañeras en Colonia [1]. Tales son, con el papa san Anthero, las solas víctimas conocidas en la sexta persecucion general de Maximino.

18. San Anthero señaló su pontificado de solo un mes por el cuidado que tomó en reunir las actas de los mártires, recogidas por los notarios instituidos con este objeto desde el papa san Clemente I : archivos gloriosos, que debian dar á conocer á los cristianos de los siglos venideros el precio de una victoria comprada con tanta sangre. Anthero fué delatado al prefecto Máximo, como afectando honrar la memoria de los enemigos del imperio y de los dioses; y fué decapitado el 3 de enero de 236.

(1) La tradicion vulgar de las once mil vírgenes se funda evidentemente en una falsa manera de leer las expresiones : *Ursula y* XIM *ártires*. Algunos autores pretenden que el nombre de *Undecimila*, compañera de santa Úrsula, ha dado lugar á este error.

CAPITULO XI.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN FABIAN (236-250).

1. Eleccion del papa san Fabian. — 2. San Gregorio de Neocesarea. Plan de educacion cristiana por Orígenes. — 3. Eleccion de san Gregorio Taumaturgo al obispado de Neocesarea. — 4. Milagros de san Gregorio Taumaturgo. — 5. Eleccion de san Alejandro el Carbonero al obispado de Comana. — 6. Relajacion de las costumbres de los fieles. — 7. El emperador Filipo detenido por el obispo san Babilas á la puerta de la iglesia de Antioquía. — 8. Herejía de Berilo, obispo de Bosra (242). Herejía tocante á la resurreccion. — 9. Elcesaítas. — 10. Conversion de san Cipriano. — 11. Tratado de la vanidad de los ídolos. El libro de testimonios de san Cipriano. — 12. Promocion de san Cipriano al obispado de Cartago. — 13. Matanza de cristianos en Alejandría. — 14. Séptima persecucion general bajo el emperador Decio. Muerte del papa san Fabian. Trabajos de su pontificado.

PONTIFICADO DE SAN FABIAN (236-250).

1. La usurpacion de Maximino habia sido señal para la anarquía mas completa en el imperio. Las legiones se creaban á su placer nuevos Césares, que subian al trono y bajaban poco despues bajo el puñal de un rival, abandonados de los soldados casi tan pronto como elegidos. Desde el año 235 (muerte de Maximino), al año 244, suben al trono sucesivamente y sucesivamente bajan al cadalso los dos Gordianos, padre é hijo, Pupiano, Balbino y Gordiano III. « Pero paralelamente » á las elevaciones por la espada y elecciones hechas bajo del » puñal, se iban sucediendo otras elevaciones y elecciones pa- » cíficas de soberanos que reinaban por la *flaqueza del mundo,* » y que empuñaban el cetro frágil de la caña » (CHATEAUBRIAND, *Estud. histor.* — Disc., parte 1ª.). Eusebio nos cuenta las maravillosas circunstancias de la promocion de san Fabian al soberano pontificado. Como estuviesen reunidos los hermanos para la eleccion, fueron propuestos muchos personajes ilustres. Nadie pensaba en Fabian, cuando una paloma, revolo-

teando sobre la asamblea, vino á sentarse sobre su cabeza : á cuyo hecho se sucedió su proclamacion unánime (10 de enero de 236).

2. Por comun privilegio de todos los hombres grandes, el nombre de Orígenes se ve mezclado con cuanto habia de santo é ilustre en su siglo. Aun estaba en Cesarea cuando la Providencia llevó allí á un jóven destinado en los designios de Dios á ser instrumento de grandes cosas. Gregorio de Neocesárea en el Ponto, nacido de padres nobles y ricos, pero gentiles, acompañaba á su hermana, casada con un jurisconsulto que el gobernador de la Palestina habia traido consigo como asesor para aliviarle en la administracion de la provincia. Acababa de estudiar brillantemente el derecho romano, y se habia manifestado en el foro como abogado de la mayor nota, cuando la gracia de Dios le tocó el corazon haciéndole encontrarse con Orígenes. El encanto que producia el Alejandrino en las almas fué tanto mayor en la de Gregorio, cuanto que este jóven parecia mejor preparado por castas costumbres y una vida pura en medio de un mundo pagano tan corrompido. Venido á Cesarea con el solo objeto de acompañar á su hermana para regresar luego á su patria, el jóven orador se aficionó á Orígenes hasta tal punto, que se dijo que estas dos almas se unieron como antiguamente las de David y Jonatás. Así que, olvidando negocios, patria, padres, proyectos ambiciosos y estudios profanos, no pensó ya sino en aprovecharse de las lecciones de un maestro que le conducia como por la mano á una patria celestial que aun no conocia. Ha escrito despues el método de que se valió el filósofo cristiano para inclinar poco á poco su alma bajo el yugo de la fe. Ese plan de una educacion cristiana, en el tercer siglo, presenta en su conjunto y en su dilatada base la mejor respuesta á los que pretenden decir que en su orígen la fe no se propagaba en el mundo sino por el fanatismo de espíritus ignorantes y mezquinos : y al propio tiempo puede dar una idea de la universalidad de conocimientos de Orígenes. « Al modo que un labrador, escribe san Grego» rio, sondea en todas direcciones el terreno que quiere abrir

» á la cultura, Orígenes tanteaba y penetraba los sentimientos » de sus discípulos, preguntándoles y reflexionando sobre sus » respuestas. Cuando ya los habia preparado á recibir la se» milla de la verdad, les enseñaba las diversas partes de la filo» sofía : la lógica, para formar su juicio, enseñándoles á dis» cernir los razonamientos sólidos de los sofismas especiosos » del error; la física, para hacerles admirar la sabiduría de » Dios por el conocimiento razonado de sus obras; la geome» tría, para acostumbrar su espíritu á la rectitud por el rigor » de las proposiciones matemáticas; la astronomía, á fin de le» vantar, elevar y ensanchar su pensamiento dándole por ho» rizonte la inmensidad; y en fin, la moral, no la de los filóso» fos, cuyas definiciones y divisiones estériles no engendran » virtud alguna, sino la moral práctica, haciéndoles estudiar » en sí mismos los movimientos de las pasiones, á fin de que » el alma, mirándose como en un espejo, pudiese extirpar » hasta la raíz de los vicios. En seguida principiaba con la teo» logía ó conocimiento de Dios. Les hacia leer, sobre la Provi» dencia que ha criado y que gobierna el mundo, todo cuanto » han escrito los antiguos, filósofos ó poetas, griegos ó bárba» ros, sin preocuparse de sus sistemas, de sus sectas ú opinio» nes particulares. En este laberinto de la filosofía pagana, les » servia él de guia para desentrañar lo que habia de útil y » verdadero, sin dejarse llevar de la pompa ni adorno del len» guaje (1). Sentaba como principio que en lo que toca á Dios, » no conviene referirse sino á Dios mismo y á los profetas que » ha inspirado. Y entonces comenzaba la interpretacion de las » Escrituras, que conocia á fondo, y cuyos secretos todos ha» bia penetrado profundamente con ayuda de Dios. »

3. Despues de empleados cinco años en estos estudios, Gregorio recibió el bautismo y se dispuso á dejar al sabio maestro que le habia revelado en su juventud un camino, una vida

(1) Es muy permitido, escriba Orígenes á Gregorio, al salir de Egipto para entrar en la tierra prometida, llevarse las riquezas de los Egipcios, y servirse de ellas para la construccion del tabernáculo, aunque la experiencia me ha hecho ver que esto es útil á pocos.

nueva. En presencia de una asamblea numerosa le dirigió con gran emocion su despedida. « Ruega al Señor, le dice al con» cluir, que nos consuele por nuestra separacion : ruégale que » nos envie su ángel para conducirnos, mas sobre todo pídele » que vuelva á llevarnos cerca de tí : esto nos consolará mas » que todo lo demás. » Tales eran en aquellas edades venturosas de la naciente Iglesia los vínculos de reconocimiento y amistad que unian á los discípulos cristianos á sus sabios maestros. De vuelta á Neocesarea, Gregorio, en cuya persona creyó su patria volver á ver á un hábil orador, á un eminente jurisconsulto, no se presentó á sus conciudadanos admirados sino como el mas fervoroso neófito. Abandonó cuanto poseia en el mundo, y se retiró á una campiña solitaria para entregarse enteramente á Dios. Conducta tan sorprendente en una poblacion que solo contaba diez y siete cristisnos, pareció una locura, pero era la locura de la Cruz que convierte al mundo entero. Phedimo, arzobispo de Amasea, eligió á Gregorio obispo de Neocesarea. Aquí es donde se descubre en toda su plenitud el don de milagros de que Cristo habia enriquecido á sus discípulos, diciendo que obrarian prodigios mayores que los suyos propios. Cada paso del nuevo obispo va sellado con una maravilla.

4. « Manda á ese peñascar que se vaya á tal parte, le decia » un sacerdote gentil, y creeré en Jesús. » Gregorio, animado de esa fe que transporta montes, habla á la roca, que deja su sitio y va al sitio que se le indica. — Todas las mañanas se veia invadida por muchedumbre de enfermos, á quienes Gregorio curaba al pasar, la casa de Busonio, que hospedaba generosamente al hombre de Dios. Muy pronto llegó á ser Gregorio el soberano espiritual de una ciudad en la que habia entrado sin saber dónde reclinar su cabeza. « ¿Qué importa, » decia á sus discípulos que murmuraban, no estamos acaso » á cubierto bajo las alas del Señor? ¿Os hallais estrechos bajo » la bóveda del cielo? Pensad en edificar la casa de vuestra » alma, y no os aflijais de que no hallamos alojamientos pre» parados. » Muy pronto echa el plan de una iglesia, á cuya

construccion cada cual desea concurrir con su dinero ó con sus manos. — Componia las disputas y contiendas, por manera que los tribunales estaban inactivos : mandaba á los elementos como á las conciencias, y obedecian á su voz las ondas del Lico salido de madre. Se le da por sobrenombre el Taumaturgo (hacedor de milagros), título que le conserva la historia. Sus prodigiosas acciones están atestiguadas por todos los escritores contemporáneos : San Gregorio Niseno, san Basilio, Rufino, san Jerónimo, el historiador Sócrates, Sozomeno, Theodoreto, las reproducen unánimemente ; por manera que acerca de esto, la fe puede desafiar á la crítica mas severa y maligna. Por lo demás, su autenticidad puede justificarse invenciblemente por el hecho de que el santo obispo, que solo habia hallado diez y siete cristianos al tomar posesion de su silla, dejó toda su diócesis convertida, quedando solo diez y siete infieles. Conversion tan rápida y universal seria un milagro inexplicable sin los numerosos milagros que la determinaron.

5. La omnipotencia divina, que tanto brillaba en la persona de san Gregorio Taumaturgo, multiplicaba en toda la comarca el número de cristianos. La ciudad de Comana le suplicó viniera á establecer una iglesia en su seno, dándole un obispo. Señalado el dia para la asamblea, los principales y magistrados de la ciudad buscaban al mas noble, elocuente y distinguido por las cualidades que veian brillar en san Gregorio, para presentárselo. « No debeis excluir, dijo el ilustre » prelado, de vuestra eleccion los mas humildes y pobres; » porque el Espíritu de Dios sopla é inspira donde y como » quiere. — Si quereis escoger entre los artesanos, dijo como » chancéandose un magistrado, escoged á Alejandro el carbo- » nero. — Y bien, ¿quién es ese Alejandro? respondió Gre- » gorio. » Y se le trae á un hombre medio desnudo, solamente vestido de remiendos, manos y cara ennegrecidas por el carbon. Toda la asamblea se echa á reir : solo el carbonero conservaba su calma, pareciendo contento con su situacion, y manifestando por sus maneras graves y modestas su recogi-

miento y paz interior. Gregorio le toma aparte; despues de una plática muy seria con él, el Taumaturgo vuelve á entrar solo en la asamblea, y hace un discurso sobre las obligaciones tremendas del obispado. Iba á terminar este sermon cuando introdujeron á un hombre revestido de los ornamentos pontificales. Todos miran hácia aquel lado: era Alejandro el carbonero, á quien, de órden de san Gregorio, habian transformado así. « No os extrañeis, dijo el Taumaturgo, si estabais enga-» ñados juzgando segun los sentidos. El demonio queria hacer » inútil este vaso de eleccion teniéndolo escondido. » Despues de la consagracion, que se verificó inmediatamente, el nuevo electo hizo un discurso al pueblo. Su lenguaje era sólido, enérgico, lleno de sentimientos elevados, aunque poco adornado: sus modales eran nobles y majestuosos. Bajo la figura y rostro de un carbonero, san Gregorio habia descubierto el verdadero mérito, la virtud sólida. San Alejandro gobernó muy dignamente la iglesia de Comana, y padeció el martirio en la persecucion de Decio.

6. Estas generaciones de santos ilustres, producidos por virtud del Evangelio, trabajaban de consuno en propagar y sostener el sacro fuego que Cristo vino á traer al mundo. Sin embargo, no hay que imaginarse que no hubiese entonces en la Iglesia ningun desórden, ningun desconcierto. Algunos escritores han tomado á pechos hacer el cuadro mas brillante y halagüeño del tercer siglo para figurarse tener derecho de ejercer una extremada severidad en la crítica de los siguientes. La verdad es que Jesucristo está con su Iglesia todos los dias, siempre; pero que en ningun tiempo se ha hallado hasta ahora en la tierra la perfeccion absoluta. Lo cierto y verdadero es, que en todos los siglos se echa de ver en el seno de la Iglesia el hombre y Dios, las miserias del uno y las misericordias del otro. Así es que Orígenes se queja de « que mu-» chos no venian á las asambleas de los fieles sino en los dias » solemnes, y venian menos por edificarse y ser instruidos que » por seguir la costumbre ó descansar mas á su sabor. Hay, » continúa, quienes se quedan para confabular de cosas indi-

» ferentes y aun hasta profanas. Las mujeres mismas perturban » el silencio y recogimiento de los santos misterios » (*Exod.*, hom. 12 y 13. — Orig. opera). Echa en cara á los cristianos de aficionarse exclusivamente á los negocios temporales, á sus campos, á su comercio, á los procesos. « En lugar de apli- » carse á la meditacion de la palabra divina, se apasionan por » los espectáculos del circo, las carreras de caballos, los com- » bates de los atletas (Orig., *Lev.*, hom. 9.). Los hay quienes » tienen fe y que vienen á la iglesia, se inclinan ante los sa- » cerdotes, se muestran celosos, y afectos á los siervos de » Dios, y dan voluntariamente para el adorno y sosten del » altar; pero no ponen cuidado en corregir sus vicios, mudar » de vida y costumbres, quedándose viviendo esclavos de sus » vicios é iniquidades. » No se limitaba el mal á los grados inferiores; sino que Orígenes se queja de que, ya en su tiempo, se veian en las iglesias ambiciosos que aspiraban á los honores del sacerdocio ó del obispado á pesar de su indignidad personal; y que no buscaban en estas augustas funciones sino su provecho y el fausto de estar en primer rango (id., *Matth.*, tract. 24). « Aprendan los prelados, dice, por el ejemplo de » Moisés, á no designar sus sucesores por testamento entre » sus parientes y familia, cual si el gobierno de la Iglesia fuese » como una herencia. » En otra parte, hablando del lujo de los obispos, dice : « Casi quisiéramos tener guardias como los » reyes; somos ásperos y desatentos, principalmente para con » los pobres : nos comportamos con los que nos hablan ó nos » ruegan alguna cosa, con menos delicadeza que los tiranos y » gobernadores mas crueles » (id., *Num.*, hom. 22). Estos pasajes y otros muchos semejantes que se pueden ver fácilmente en las obras de los Padres del tercer siglo, prueban que en esta época como en las demás de la Iglesia, la zizaña se hallaba mezclada con el buen grano. La obra de Dios no sufria menoscabo, y continuaba su obra providencial, á pesar de algunas manchas ligeras, propagándose y reuniendo poco á poco bajo el yugo santo y suave de la fe al mundo todo.

7. Aconteció en el año 244 un hecho que prueba todo el

poder de la disciplina eclesiástica en esta época. El emperador Filipo habia asesinado (mejor, hecho morir) á Gordiano III, por apoderarse del mando. Este príncipe, si bien no obraba como cristiano, al menos tenia la fe cristiana, como lo atestiguan unánimemente los autores contemporáneos : pero la alta política no le permitia ejercer públicamente un culto proscrito por las leyes y usos del imperio. Sin embargo, en las ciudades donde la mayoría de habitantes eran cristianos, no ponia dificultad en asistir á sus ceremonias ostensiblemente. Hallándose el 14 de abril de 244, dia en que se celebraba la Pascua, en Antioquía, se presentó en la asamblea de los fieles. Pero san Babilas, obispo de esta ciudad, le detuvo á la puerta echándole en cara la muerte de Gordiano y la ambicion que le había impelido á tal crímen. Concluyó con declararle indigno de participar de los sagrados misterios hasta que hubiese expiado su pecado con la penitencia. Filipo se sometió, y mas tarde fué reconciliado con la Iglesia. Orígenes le escribió, á él y á la emperatriz, llamada Severa, dos cartas que aun existian en tiempo de san Jerónimo, llenas de la dignidad y noble autoridad de un doctor cristiano escribiendo á cristianos.

8. Habia sido llamado dos años antes Orígenes al concilio de Filadelfia en Arabia para defender la doctrina católica de la Iglesia contra Berilo, obispo de Bosra. Este prelado, quien por otra parte ha dejado reputacion de piadoso doctor, habia caido en una herejía, retoño de la de los Theodocianos. Enseñaba que Cristo no habia existido antes de la encarnacion y no habia comenzado á ser Dios sino al nacer de la Vírgen. Añadia que no era Dios sino porque el Padre moraba en él como en los Profetas; destruyendo así el dogma de la divinidad del Verbo. Errores tan capitales fueron inmediatamente refutados por los obispos del Asia, que trataron de traer á Berilo á la fe ortodoxa : mas por una obstinacion que debe de hacer temblar en un prelado que, á pesar del error en que incurrió, pone san Jerónimo en el número de los escritores mas doctos é ilustres de la Iglesia, se negó á rendirse á tan convincentes razonamientos. Fué llamado pues Orígenes al concilio de Filadelfia,

convocado con este objeto, y cuyas actas existian aun en tiempo de Eusebio. No habiéndose sacado gran fruto de las conferencias particulares que se tuvieron en un principio, Orígenes en una discusion pública probó con tanta limpidez y energía el dogma católico, que Berilo se rindió á sus argumentos y reconoció en fin la verdad. Se mostró muy agradecido Orígenes, y le escribió muchas cartas, reproduciendo en todas su mas síncero y cordial reconocimiento. — Parecia destinado Orígenes á tener que ir á combatir el error do quiera se mostrase, y que fuera, por decirlo así, una viviente y perenne tradicion. Algunos años despues, le vemos aun en la Arabia fulminando con su elocuencia una secta de herejes que enseñaban que las almas morian con el cuerpo para tomar luego nueva vida el dia de la resurreccion. Poco pudo costar á un hombre tan sublime como Orígenes el exponerles la verdad católica y hacérsela comprender y abrazar á los que habian caido en esta herejía.

9. El estudio de la sagrada Escritura, que era ordinaria ocupacion de los nuevos conversos, dió lugar en este mismo tiempo á una secta de herejes, cuyo caudillo parece haber sido Elcesay. No admitian ciertas partes de los sagrados Libros, y escogian á su modo de ver los pasajes que mas les cuadraban, ora en el antiguo, ora en el nuevo Testamento, proscribiendo todo lo demás. Desechaban en masa todas las Epístolas de san Pablo, y encomiaban al contrario un libro compuesto á lo que parece por uno de los de su secta, cuyas palabras miraban como inspiradas del Espíritu Santo. La fe en este libro perdonaba los pecados. Sostenian que era permitido ceder á la persecucion, disimular su fe y adorar á los ídolos, con tal empero que el corazon no tomase parte en lo exterior. Orígenes escribió contra ellos muchos tratados, y los rebatió con su victoriosa elocuencia, apoyada en la tradicion y creencia católica.

10. Levantábase á esta sazon otra lumbrera de la Iglesia en la tierra de África, tan fecunda en hombres santos y firmes creyentes : san Cipriano debia de ser una de las mas brillantes conquistas del Evangelio sobre la filosofía pagana. De ilustre

familia y acostumbrada de mucho tiempo habia á los honores proconsulares, habia enriquecido la herencia de sus antepasados con el brillo de su elocuencia y de su ingenio, pues que los paganos le miraban como el baluarte de la espirante idolatría. Mucho tiempo hacia ya que tocaba á las puertas de su corazon la verdad, y solo se rindió á ella, despues de prolongadas y maduras deliberaciones, en sus conferencias con el santo presbítero Cecilio, cuyo nombre quiso llevar y que tan ilustre lo legó á la posteridad. En fin, Thascio Cecilio Cipriano recibió el bautismo, é hizo pública profesion de cristiano. Hé aquí cómo da cuenta á un amigo de la gran victoria que acababa de alcanzar sobre sus dudas y perplejidades. «Parecíame, dice, » que era recia cosa renacer para vivir vida nueva y volverse » otro hombre en un mismo cuerpo. ¿Es posible, me decia yo, » despojarse de improviso de hábitos arraigados y endurecidos, » nacidos con nosotros, que han crecido y envejecido con nos- » otros? ¿Cómo practicar la frugalidad estando acostumbrado á » mesa abundante y deliciosa? ¿Cómo el que se presentaba ves- » tido de ricas telas y sedas, brillando todo él en oro y púrpura, » se abatirá hasta el extremo de vestir tosco sayal, ropaje comun » y vulgar? Acostumbrado al esplendor de las insignias imperia- » les, á las honras populares, á numerosa turba de amigos y » clientes, ¿es posible resolverse á encerrarse en la vida privada, » á caminar por la senda de la soledad mirada por los hombres » como un suplicio? Así me hablaba yo, y desesperanzado de » hallarme mejor, estimaba mas el mal que ya me era conna- » tural. Mas cuando hubo purificado el agua vivificante las man- » chas de mi pasada vida, cuando hubo recibido mi corazon » purificado la luz de arriba y el celestial espíritu, se desvane- » cieron mis dudas todas, quedándome atónito de mi súbita » mutacion : todo me fué abierto, todo me pareció luminoso, » y encontré ya muy fácil lo que poco hacia me parecia impo- » sible. Conocí que lo que ha nacido segun la carne y vivido » bajo la ley del pecado, venia de la tierra, y que lo que el » Espíritu Santo animaba con su gracia venia de Dios. Por » cierto lo sabeis muy bien, amigo mio, y reconoceis como yo

» el beneficio que nos ha librado de la muerte del pecado para » volvernos la vida de la virtud. »

Se conoce por tales aspiraciones la maravillosa transformacion que la gracia del bautismo habia operado en el alma del neofito, y la sobreabundancia de gozo de un corazon renovado. Los paganos, de quienes se separaba con tanta decision, le echaban en cara con satánicos sarcasmos el descrédito que por su conversion recaia en sus doctrinas y antigua nombradía. Le llamaban irónicamente *Coprien*, alusion maligna de su nombre al griego que significa *muladar*. Pero las humillaciones del Evangelio le parecian gloriosas al nuevo discípulo de la Cruz : abrazó con el mayor fervor sus santas austeridades, y distribuyó y repartió entre los mas necesitados sus riquezas, herencia de una larga serie de antepasados, aumentadas con las rentas que le habian redituado sus cargos y empleos. Se consagró á la continencia perfecta, se revistió del humilde manto de los filósofos cristianos, tal como los que llevaron san Justino, san Julian y Tertuliano, comenzó á estudiar la sagrada Escritura, menos por satisfacer un deseo vano de ciencia que para aprender reglas de conducta. Entre los autores eclesiásticos, se aficionó sobre todo á su paisano Tertuliano, con cuyo ingenio tenia tantas simpatías el suyo. No dejaba pasar un solo dia sin leer algunos pasajes, y cuando lo pedia al jóven que escribia lo que le dictaba él, decia : « Dáme el maestro. »

11. Para contestar á los paganos que insultaban nuestros dogmas, y que le pedian razon de su conversion, escribió desde luego su *Tratado de la vanidad de los ídolos*, donde prueba lo absurdo del culto idolátrico, demuestra la unidad de Dios y la divinidad de Cristo. Publicó á poco tiempo su libro *De los testimonios*. En este tratado se presenta el conjunto de la religion con el método que mas tarde ha seguido y desarrollado en mayor escala la teología escolástica. La primera parte es como un tratado de la verdadera religion contra los Judíos. Prueba que la ley de estos tenia un carácter esencialmente transitorio y temporal ; que debia de ser abolida, destruida ; y que el Mesías estaba anunciado en ella como debiendo

de establecer un nuevo templo, un nuevo sacrificio, un nuevo sacerdocio, una nueva Iglesia; que las naciones eran llamadas para obtener por los méritos de Cristo Jesús el perdon de sus pecados. — La segunda parte es como un tratado dogmático de la divinidad y encarnacion de Jesucristo. Prueba en él que Jesucristo es Dios, Verbo de Dios, Dios y hombre verdadero, que los Profetas habian predicho su pasion, crucifixion, resurreccion y ascension á los cielos, y en fin su reino eterno por virtud de la Cruz. — La tercera parte es una teología moral, que abraza y desarrolla las consecuencias prácticas de los dogmas cristianos y las reglas de conducta para direccion de las almas.

12. Ciencia tan sublime y piedad tan eminente hicieron que se traspasara extraordinaria pero justamente el precepto de san Pablo que prohibe ordenar á un neófito, precepto que se observaba entonces en todas las iglesias. San Cipriano fué elevado pues á la dignidad del sacerdocio, y un año despues (248), habiendo dejado vacante la silla episcopal de Cartago la muerte de Donato, los fieles le pidieron unánimemente por obispo. Solo él se creia indigno de tal honor que suplicaba se defiriese á sus mayores en la fe : mas el pueblo cercó su casa é interceptó las salidas. El modesto prisionero fué por último llevado á su pesar á la silla episcopal, donde su eleccion fué confirmada por juicio de los obispos de la provincia, con universal aplauso de la muchedumbre. Solamente cinco sacerdotes, revoltosos y ambiciosos, fueron los que protestaron contra su eleccion : mas el santo les perdonó con tal bondad que fué admirado de todo el mundo, y les trató como á sus mejores amigos. Pero esta condescendencia no logró tocar aquellos corazones envidiosos y obstinados : su envidia fué gérmen de largos disturbios y discordias enconadas, cuyo eco resonará mas tarde en toda la Iglesia. La desconfianza que ponia en algunos fieles su repentina promocion al obispado, junto con la profunda humildad de san Cipriano, le hicieron determinarse á no hacer nada sin consejo de su clero y participacion del pueblo, no porque creyese que fuera, en sí, necesaria obligacion, porque escribió mas tarde á un obispo lla-

mado Rogaciano, que le consultó sobre el particular, que en virtud y autoridad de su silla tenia todo el poder necesario para gobernar su iglesia y castigar á los miembros rebeldes de su clero y de su pueblo. Seria pues muy erróneo el concluir por ejemplo particular de san Cipriano, que todos los obispos de su tiempo hacian lo mismo, y que deben imitarle los obispos de todos tiempos. La Providencia, al colocar á san Cipriano en la silla de Cartago, deparaba á esta iglesia un baluarte firme contra la persecucion que iba á estallar contra los cristianos un año mas tarde.

13. Desde el último año del emperador Filipo (249) y en tanto que todo el resto de la Iglesia gozaba de paz bajo el gobierno de este príncipe, descargó sobre Alejandría una borrasca precursora de violentas tempestades. Esta revoltosa ciudad, depósito de todo el comercio del Oriente y patria de todas las sectas, era habitada por una numerosa y atrevida poblacion, cuyas costumbres conservaban cierta ferocidad y cuyas manos estaban frecuentemente ensangrentadas (VILLEMAIN, *Tableau de l'éloquence chrétienne au* IVe *siècle, p.* 88). Las pasiones populares eran muy fáciles de excitar allí, y los asesinatos qué se seguian á los disturbios civiles hicieron temblar mas de una vez á los gobernadores romanos. Un poeta pagano trató de hacer revivir las supersticiones amenazadas de completa ruina por los progresos del cristianismo; y poco tiempo despues de la eleccion de Heraclas al patriarcado, aprovechándose de la atencion pública de que fueron objeto los fieles con este motivo, sublevó al pueblo contra los adoradores de Cristo. Sus fogosas arengas, el tono de inspiracion que les daba, reanimaron los furores antiguos. El grito de: *Afuera los cristianos,* fué una aclamacion universal, y la exterminacion de los fieles comenzó por la de un anciano llamado Metras, á quien quisieron hacer apostatar los sediciosos. Negándose heróica y santamente, le prendieron, le abrumaron de golpes, le hicieron reventar los ojos y traspasaron su rostro con puntas de caña. Despues de haberlo llevado á rastra en este estado por las calles de la ciudad, le condujeron á un

barrio donde acabaron su martirio; apedreándole. Esta sangre inocente enardece aun mas su furia; una piadosa mujer llamada Quinta es tambien víctima suya. La conducen en procesion á un templo de ídolos y le intiman que adore á los dioses. Rechaza con horror el incienso que se le presenta: inmediatamente es atada por los piés cabeza abajo, y en esta cruel situacion es arrastrada por los empedrados de la ciudad, donde iba dejando pedazos de carne; siendo por último apedreada en el barrio. Encienden aun mas el deseo y sed de sangre estas primeras violencias, y el populacho invade en masa las casas de los fieles, roba sus muebles y vasos preciosos, y echa por las ventanas lo demás para hacer una inmensa hoguera con que alegrar la poblacion. Se hubiera dicho que una mitad de la ciudad tomaba de asalto la otra mitad. La conducta de los cristianos en tal coyuntura fué admirable, pues que apenas si se encontró un solo ejemplo de apostasía. Los niños, las mujeres, las vírgenes confesaban noble y heróicamente su fe, y con tal de adquirir derechos para ir al cielo perdian gozosísimos sus bienes temporales. Los sediciosos se apoderaron de una santa vírgen llamada Apolonia: le quebraron todos los dientes á palos, y sacándola fuera del recinto de la ciudad, encendieron grande hoguera para arrojar á sus llamas á Apolonia si se negaba á adorar á los dioses. Suplicó ella se la dejase un instante para decidirse; mas pasado un breve rato, movida del Espíritu de Dios, se arrojó ella misma al fuego y muy luego se fué consumiendo. — Prenden en su propia casa á un fervoroso cristiano llamado Serapion; se le descoyuntan y rompen todos los miembros, y como aun respirase á pesar de tan horrible tormento, se le precipita por una ventana para que se estrelle contra las baldosas de la calle, en donde espiró. Perseguidos como fieras, y muertos á golpes por los transeuntes, la matanza de los cristianos fué inmensa. No se moderó la venganza de los paganos sino cuando la guerra civil les hizo matarse unos á otros; lo que dejó algun descanso á los cristianos, aunque por poco tiempo.

14. Grandes acontecimientos habian cambiado la faz del

imperio. Decio, enviado por el emperador Filipo con título de su lugarteniente en la Panonia (Hungría), corrompió las legiones, y á su frente vino á atacar á su amo, que vencido fué degollado por sus propios soldados en Verona (249). El trono fué pues de nuevo recompensa de un crímen. Decio alimentaba en su corazon un odio el mas salvaje contra los cristianos, é inauguró su reinado con un edicto sangriento contra los fieles, dirigido á todos los gobernadores de las provincias. Esa fué la señal de la séptima persecucion general de la Iglesia. La primera víctima fué san Fabian, que fué decapitado el 20 de enero de 250; ilustró un pontificado de catorce años con sus trabajos y piedad. Desde su promocion habia cuidado de traer á Roma desde la Cerdeña el cuerpo de Ponciano, antecesor de Anthero, que habia muerto en aquella isla, y que fué inhumado en el cementerio de Calixto. Hizo levantar gran número de altares sobre los sepulcros de los mártires, y encomendaba notar con cuidado el dia de su muerte para celebrar su memoria. Estableció con el mismo objeto siete subdiáconos para cuidar de la redaccion de las actas de los santos mártires. Baronio le atribuye la conversion y bautismo del emperador Filipo y su hijo. Celoso por la conservacion del depósito de la fe, escribió muchas cartas para refutar y comprimir la herejía de Privato, obispo de Lambesis en la Numidia. La historia no nos ha conservado relacion alguna sobre la naturaleza de esta herejía. San Cipriano solo nos dice que Privato fué condenado y depuesto por sus crímenes en un concilio de noventa obispos, celebrado en Lambesis, colonia de la Numidia romana, y confirmado por las cartas y autoridad de san Fabian. Encontraremos muy pronto el nombre de Privato en el cisma de Novato contra san Cipriano en Cartago. San Fabian distribuyó con regla los recursos que la caridad de los fieles ponia en sus manos para alivio de los pobres : y encargó de su distribucion á siete diáconos de la Iglesia romana, señalándoles á cada uno dos de los catorce cuarteles de la ciudad. Tales son los detalles que nos suministra el *Libro pontifical* acerca de los trabajos de san Fabian.

CAPITULO XII.

SUMARIO.

§ I. La Santa Sede Romana vacante (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. Carácter de la séptima persecucion general bajo el mando de Decio (250). — 2. Mártires en Roma, Jerusalen, Antioquía, Alejandría, etc. — 3. Mártires de Asia. — 4. Interrogatorio de san Acacio, obispo de Antioquía en la Pisidia. — 5. Defecciones en Cartago — 6 *Thurificati*, *Sacrificati*, *Libellatici*, *Lapsi*. Billetes de recomendacion de los mártires. — 7. Carta de Luciano, confesor en Cartago, á san Cipriano, relativamente á la cuestion de los apóstatas. — 8. Respuesta del clero de Roma á san Cipriano relativamente á los apóstatas. — 9. Cisma de Felicísimo y de Novato en Cartago.

§ II. San Cornelio, papa (2 de junio de 251-14 de setiembre de 252).

10. Eleccion del papa san Cornelio (2 de junio 251). — 11. Novaciano, primer antipapa. — 12. Muerte de Decio (251). Fin de la séptima persecucion general. San Pablo, primer ermitaño. — 13. Concilio de Cartago (252) Tratados de san Cipriano : *De lapsis*, *De unitate Ecclesiæ*. — 14. Concilio de Roma. — 15. Segundo concilio de Cartago, bajo san Cipriano (252). Cisma de Fortunato en Cartago. — 16. Confesion, destierro y muerte de san Cornelio (14 de setiembre de 252).

§ III. Pontificado de san Lucio (28 de octubre 252-14 de marzo de 253).

17. Eleccion, pontificado y muerte del papa san Lucio I. — 18. Muerte de Orígenes. Dudas acerca de su ortodoxia.

§ IV. Pontificado de san Estéban I, papa (253-257).

19. Eleccion del papa san Estéban I. — 20. Peste universal (253-260). — 21. Caridad de los fieles. — 22. Cartas y decisiones de san Cipriano sobre diversos asuntos de su tiempo. — 23. Cuestion del bautismo de los herejes. — 24. Concilio de ochenta y cinco obispos en Cartago (1º. de setiembre de 256). — 25. Octava persecucion general de la Iglesia. Martirio del papa san Estéban I (257).

§ V. San Sixto II, papa (24 de agosto de 257-6 de agosto de 258).

26. Eleccion del papa san Sixto II. Fin del negocio de los rebautizantes. — 27. Martirio de san Cipriano en Cartago. Principales mártires de la octava persecucion general en las diversas provincias del imperio. — 28. Martirio de san Cirilo, niño de Cesarea en Capadocia. — 29. Martirio del papa san Sixto II (agosto de 258). — 30. Martirio de san Lorenzo. — 31. Fin de la octava persecucion general.

§ I. LA SANTA SEDE ROMANA VACANTE (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. La séptima persecucion general entró con tanta violencia, que no le fué posible á la Iglesia de Roma reunirse para

nombrar sucesor al último papa, san Fabiano. Con la elevacion de Decio al imperio coincidió la publicacion del edicto de proscripcion remitido á todos los gobernadores de las provincias. El nuevo príncipe declara en él, « que resuelto á tratar con » clemencia á todos sus súbditos, encontraba un obstáculo en » la secta de los cristianos, los cuales por su impiedad acarreaban la ira de los dioses y todas las calamidades del » imperio. Mandaba pues que todo cristiano, sin distincion de » clase ó condicion, sexo ó edad, estuviese obligado á sacrifi- » car en los templos : que los que rehusaran hacerlo fuesen » encerrados en las cárceles del Estado, y sometidos desde » luego á menores suplicios, para vencer poco á poco su cons- » tancia, y en fin, si persistian en su obstinacion, fuesen pre- » cipitados al mar, echados vivos á las llamas, arrojados á las » fieras, colgados de los árboles para servir de pasto á las aves » carnívoras, ó despedazados de mil maneras con los mas » crueles tormentos. » El nuevo edicto, leido públicamente en el campo de los pretorianos, se fijó en los muros del Capitolio, y sucesivamente en todas las ciudades, villas y aldeas del imperio. Esta persecucion se hallaba revestida, dice san Agustin, de un carácter particular. « Los perseguidores, dice este santo » Padre, habian reconocido que cuantos mas cristianos conde- » naban á muerte, mas renacian de su sangre : temian despo- » blar el imperio haciendo morir tantos millares de fieles. Estos » edictos no llevan ya la antigua fórmula de que : *Muera todo » el que se confiese cristiano*; mas solamente : *será atormentado » hasta que renuncie á su fe*. Bajo de esta aparente dulzura » ocultaba el demonio meridiano un fuego mas peligroso. Y en » efecto, ¿cuántos que hubieran padecido valerosamente una » muerte pronta, se han dejado abatir á la vista de suplicios » tan prolongados? » No se habia levantado contra la Iglesia tempestad tan furiosa como esta. Príncipes, gobernadores, pueblo, senado, todo lo que habia grande entre los Romanos concurria á la vez para borrar de la tierra el nombre de cristiano. Estaba convencido Decio de que el cristianismo era incompatible, segun su esencia, con el espíritu y constitucion

del imperio. « Los magistrados suspendian todos los procesos » particulares ó públicos para ocuparse en el gran negocio : el » arresto y suplicio de los fieles. Las sillas de hierro hechas » ascua, los garfios de hierro, las hogueras, la espada, las » fieras, todos los instrumentos inventados por la crueldad de » los hombres, despedazaban noche y dia los cuerpos de los » mártires, y cada verdugo temia no ser aun tan bárbaro como » su compañero. Los vecinos, amigos y parientes se delataban » á los magistrados, y se vendian unos á otros. Estaban cons- » ternadas las provincias, eran las familias diezmadas, queda- » ban desiertas las poblaciones y los desiertos se poblaban » (S. Greg. Niseno, *Vita Thaumat.*). A pocas vueltas no bas- » taban ya las cárceles, y fué necesario convertir en prisiones » todos los edificios públicos. » No exageró san Gregorio Niseno en la pintura que nos hizo de la situacion de los cristianos : hasta los mismos autores paganos están acordes en decir que dos cosas se propuso especialmente Decio : detener, por todo el imperio romano, la propagacion del cristianismo y la invasion de los Bárbaros; mas no consiguió ninguna de ambas cosas. La fe salió triunfante de esta prueba; y los Godos, bajo el mando de Cuiva, se apoderaron de Nicópolis y de Marcianópolis, tomaron por asalto Filipópolis, degollaron cien mil habitantes y se llevaron gran muchedumbre de prisioneros ilustres á vista del mismo Decio, impotente para evitar tamañas desgracias.

2. Mas los reveses de sus armas no hicieron sino redoblar la cólera de Decio, que los atribuia á las impiedades de los cristianos. En Roma, Moisés y Máximo, sacerdotes, Nicostrato, diácono, y muchedumbre innumerable de fieles atestaban todos los calabozos y prisiones del Estado. Los santos Abdon y Senen, persas, santa Victoria y santa Anatolia, romanas, derramaron su sangre por Cristo. San Alejandro, obispo de Jerusalen, anciano venerable, fué conducido á Cesarea, al tribunal del gobernador de la Palestina, y puesto en grillos en una cárcel, en donde murió por los malos tratos y ultrajes que le hicieron. En Antioquía, fué encarcelado su obispo san Babilas, y

quiso ser enterrado cargado con las cadenas en cuyo tormento murió. Orígenes, cuya reputacion le designaba como una de las mas nobles víctimas, fué arrojado á lo mas hondo de un calabozo, con una enorme argolla en el cuello y con grillos en los piés, pero puestos en agujeros muy distantes en un cepo para abrirle las piernas y aun la horcajadura. No se le quiso matar, esperando que su caida arrastraria á otros muchos; pero se mantuvo firme y halló modo de escribir cartas muy animosas á sus hermanos, que como él padecian por la fe. En Comana, su obispo Alejandro, cuya eleccion hemos referido, fué quemado vivo. Alejandría, en cuya ciudad acababan de ser cruelísimamente perseguidos los cristianos en el año anterior, vió renovarse las mas sangrientas escenas. El aspecto de los verdugos intimidó gran número de fieles, especialmente entre las altas clases, y hubo gran número de apostasías violentas: los unos se dejaban llevar pálidos y trémulos á los altares de los falsos dioses; algunos pocos sin embargo se presentaban presurosos, diciendo que no habian sido jamás verdaderos cristianos. Los que se dejaban llevar á las cárceles, esperaban apenas un dia, y no pudiendo aguantar mas, sacrificaban á los ídolos: y de estos cristianos frágiles, los que no sucumbian á la primera prueba, sucumbian á la segunda. Sin embargo la fe contó allí muchos y muy ilustres mártires. Julian, anciano muy enfermizo, y Euno, se resistieron valerosamente á todas las amenazas: se les montó en camellos y se les hizo dar la vuelta por la ciudad azotándolos; y en fin, se les arrojó á una hoguera, en torno de la cual danzaba el populacho insultando las sagradas víctimas. La misma suerte cupo á san Macario, egipcio. Fueron tambien qnemados vivos Epimaco y Alejandro, despues de haber sido azotados, desgarrados con garfios de hierro y padecido mil tormentos mas. Fueron degolladas cuatro mujeres, Mercuria, Dionisia y las dos hermanas Amonarias. Heron, Atero, Isidoro y Nemesio, egipcios, y cuatro soldados, llamados Amon, Zenon, Ptolomeo é Ingenuo, fueron quemados vivos. Un niño, llamado Dióscoro, fué conducido ante el juez, quien, despues de haber pretendido inútilmente vencerlo con lisonjas

y tormentos, admirado de su valor y de la cordura de sus respuestas, acabó con darle la libertad por causa de su edad : « la » cual, decia el juez, no le permitia ser responsable de su con» ducta. » Un cristiano, llamado Isquirion, era mayordomo de un magistrado que le mandó sacrificar á los dioses; mas habiéndose negado á ello, el bárbaro dueño echó mano de una estaca, con la cual le atravesó las entrañas y le mató á sus piés. San Dionisio, obispo de Alejandría, se libró, como por milagro, de caer en manos de los perseguidores que ya le habian apresado, y se guareció en un campo desierto, desde cuyo retiro consolaba y gobernaba su iglesia, por medio de sacerdotes y diáconos fieles que habian hallado medio de conservar con él secretas relaciones. Así es como habiendo sucedido á un alboroto pasajero la persecucion general en Alejandría, acabó de probar y acrisolar la virtud de los siervos de Dios. Durante la sedicion popular, solo se encontró un apóstata, cuando al contrario se hallaron pocos fieles verdaderos despues del edicto de Decio : porque es mas fácil resistir á un levantamiento popular, que se prevé ha de pasar pronto, que á una potencia soberana, contra la que no queda otro recurso que una fe humilde y generosa, que espera en Dios y lo sufre todo por su nombre.

San Gregorio Taumaturgo, en Neocesarea en el Ponto, consiguió conservar á todos los fieles de su jurisdiccion en la fe y valor de verdaderos siervos de Cristo. Aconsejó á los cristianos sustraerse con la fuga de los peligros de la persecucion, y él mismo se retiró á un valle desierto, donde eludió la vigilancia de los esbirros enviados en su busca. Los verdugos se vengaron llevándose presos muchedumbre de cristianos que se habian retirado en los campos vecinos. Todos confesaron valerosamente la fe, y algunos tuvieron la dicha de dar por ella su vida; entre otros un noble jóven llamado Troadio, el cual, despues de tormentos horrorosos, recibió la corona del martirio.

3. Todas las iglesias del Asia tuvieron muchedumbre de valerosos cristianos, incontrastables en medio de los tor-

mentos. San Máximo, san Pedro de Lamsaco, se presentaron al martirio. Este último, jóven y de extraordinaria belleza, recibió la órden de sacrificar á la diosa Venus. « Me extraña, » respondió, el que un magistrado quiera forzarme á adorar á » una infame prostituta, cuyos actos fueron otros tantos crí» menes, siendo vuestra mision castigarlos donde los halla» reis. » A la vista de esta entereza, el procónsul le hizo tender en una rueda entre piezas de madera pegadas á su cuerpo con cadenas, y de tal modo dispuestas que la rueda, volteando, le quebrantaba poco á poco los huesos. El valor del héroe cristiano no se desmintió un solo instante en suplicio tan cruel, y por fin le mandó cortar la cabeza el procónsul. Saliendo de esta ciudad *Óptimo*, nombre del procónsul, se llevó consigo para la ciudad de Tróada otros tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicómaco: mas este, lleno de una imprudente presuncion, se puso á gritar que era cristiano. Los dos compañeros, mas modestos, aguardaron al interrogatorio, y respondieron humildemente que adoraban tambien á Cristo. Hizo tender á Nicómaco en el potro, mas no sintiéndose con fuerzas para sufrir tal tormento, exclamó en medio de la tortura: « Yo no he sido jamás cristiano; yo sacrifico á los » dioses. » El procónsul mandó desatarle inmediatamente, pero el desgraciado apóstata no gozó de la vida que quiso redimirse, y espiró. Entre la muchedumbre de espectadores se encontraba una jóven vírgen llamada Dionisia, de cerca de diez y seis años, y exclamó: « ¡ Cómo, infeliz! por un mo» mento de descanso, te precipitas en las llamas eternas! » Esta generosa expresion la hizo conducir ante el procónsul, que trató de intimidarla con horribles amenazas. « Mayor es » mi Dios que tú, respondió Dionisia; y puede darme fuerzas » para padecer todos tus suplicios. » Mandóla llevar el procónsul á una casa de prostitucion, y volvió á la cárcel á Pedro y Andrés. Por milagro del divino poder salió Dionisia pura de la casa de corrupcion, y la degollaron al dia siguiente: Pablo y Andrés, entregados al pueblo, tan feroz como los verdugos y las fieras del anfiteatro, fueron azotados públicamente por las

calles, atados por los piés y llevados á rastra, cabeza abajo; y en fin fueron apedreados en un arrabal.

Si insistimos en la relacion de tantos horrores, renovados siempre con igual valor de un lado, y barbarie de otro, en toda la extension del imperio, es para añadir mas fuerza al argumento de la divinidad de la Iglesia, sacado de la violencia de las persecuciones. La filosofía del pasado siglo trató de poner en duda las atrocidades de los emperadores paganos, y quiso ponerse del lado de los verdugos contra los cristianos: es pues muy importante restablecer los hechos con toda su sangrienta veracidad. A este largo martirologio pudiéramos añadir otros nombres ilustres. En Esmirna, al santo sacerdote Pionio; en Cesarea de Capadocia, á san Mercurio; en Melitina de la Armenia, á san Polieucto, estos dos últimos oficiales del ejército romano; en Pérgamo, á san Carpo, obispo de Tiatira, con sus compañeros; en Licia, á san Cristóbal y á san Temístocles: este último apacentaba sus ovejas en un bosque á donde fué á refugiarse un cristiano. Prefirió morir á delatar el retiro del proscrito. En la Ionia, á los siete durmientes; esto es, á siete hermanos que por huir de la persecucion salieron de Éfeso, y se retiraron á una cueva en donde fueron encerrados y se durmieron así en el Señor. En la Panfilia, á san Néstor, obispo de Sida, con san Conon, hortelano, y muchos otros. En la isla de Creta, á san Cirilo, obispo de Gortina, y diez mártires mas. En Nicea de Bitinia, á los santos Trifon y Respicio; en Nicomedia, de la misma provincia, á los santos mártires Luciano y Marciano. En Sicilia, en fin, á la ilustre vírgen y mártir santa Águeda. Esta santa era tan distinguida por su nacimiento como por sus virtudes. El gobernador, enamorado ciegamente de su hermosura, la hizo arrestar como cristiana y la puso en manos de una mujer de mala vida para corromperla. Este cálculo infame no cuajó; y en un interrogatorio en que le hablaba el gobernador de la nobleza de su nacimiento: « La mas ilustre nobleza, le dijo la santa, y la » verdadera libertad es ser siervo de Jesucristo. » Como le mandase adorar á los dioses: « ¿Os gustaria, le respondió,

» que vuestra mujer fuese una Venus; ó vuestra esposa desea» ria acaso que fueseis vos un Júpiter? » El gobernador, sin responderle, le hizo herirla en el rostro y volverla al calabozo. Al dia siguiente padeció el tormento con tanto ánimo, que el juez, irritado, añadió el horrible suplicio de arrancarle los pechos. Dios quiso hacer brillar la gloria de su sierva; pues que en la noche siguiente se halló milagrosamente curada. En fin, cuatro dias despues dió su espíritu en medio de los tormentos, diciendo esta oracion: « Señor y Dios mio, que me » habeis protegido desde la cuna, vos habeis desarraigado de » mi corazon el amor del mundo, y dádome la paciencia para » padecer: recibid pues, Señor, mi alma. »

4. No queremos omitir un rasgo que contrasta con tales y tantas crueldades, relativo á san Acacio, obispo de Antioquía en la Pisidia. Fué conducido ante el procónsul Marcion, con Pison, obispo de Troya, y el sacerdote Menandro. « Debeis » amar seguramente mucho á nuestros príncipes, dice el pro» cónsul, vosotros que vivís bajo la legislacion romana. — » ¿Y quién ama mas al emperador que los cristianos? respon» dió Acacio. Rogamos continuamente por él, para que viva » muchos años, gobierne los pueblos con justo poder, y goce » de paz en su reinado: rogamos tambien por los soldados, y » en fin por todo el universo. » El santo obispo continuó hablando con tanta cordura y á propósito, que el procónsul creyó ser de su obligacion dirigir la sumaria de este interrogatorio al emperador. Decio quedó admirado; puso en libertad al obispo, y dió como recompensa á Marcion el gobierno de la Panfilia. Se saca de este hecho una leccion profunda; pues que nos muestra en accion la verdadera política de los cristianos, que solo tienen por armas la oracion aun en pro de los gobiernos que les persiguen. Es la expresion de san Pablo: *Obedite præpositis vestris etiam dyscolis*. Si en el curso de la historia aparecen sucesos contrarios á esta regla general á primera vista, no fuera difícil hacer observar que acontecian en una sociedad profundamente modificada y cuyas bases eran cristianas. Los fieles no eran ya entonces, súbditos de un lado,

y de otro cristianos. Se confundian entonces ambos deberes: eran súbditos de Cristo, de quien se proclamaban ministros los reyes mismos; y esto es lo que se queria expresar admirablemente por la expresion, muy en boga en aquel tiempo, de *república cristiana.* Veremos mas tarde la aplicacion de esta doctrina.

5. Paralelamente á estos ejemplos de valor que en todos los puntos del mundo daban los mártires y confesores, la Iglesia deploraba defecciones terribles. El obispo de Esmirna, Eudemon, indigno heredero de los grandes santos que habian inmortalizado esta silla, cayó en la apostasía, y arrastró con su caida gran número de fieles. Reposto, obispo de Soturno en África, Jovino y Máximo, cuya silla no es conocida en la misma provincia, y Fortunaciano de Asuro, tambien en África, sacrificaron igualmente á los ídolos. En España, Basílides, obispo de Leon, y Marcial, obispo de Mérida, declararon por acta pública que renunciaban á la fe. Pero, fuera de Alejandría, ninguna ciudad presenció mas de esas apostasías dolorosas que la ciudad de Cartago. La furia de los paganos se desfogó toda contra el obispo san Cipriano: *¡Cipriano á los leones!* tal era el grito general en el circo y en el anfiteatro. El santo obispo creyó que con retirarse apaciguaria la sedicion; mas fué proscrito, puesta en precio su cabeza, y confiscados sus bienes. Desde su retiro asistia, cual si estuviera presente, á su rebaño con sus exhortaciones y ruegos; mas tuvo el amargo dolor de ver inutilizados en gran parte sus piadosos esfuerzos. Hé aquí cómo se explica: « A las primeras amenazas del enemigo han hecho traicion á su fe gran » número de nuestros hermanos; y no por la violencia de la » persecucion, sino por caida voluntaria. Sin que ni aun se les » hubiera preso ó preguntado, clero y pueblo acudian de sí » mismos á la plaza pública, cual si hubiesen estado espe- » rando la ocasion de apostatar. Se presentaron á renegar del » cristianismo en tanto número, que los magistrados querian » citarlos para el siguiente dia, porque era ya tarde el en que » se presentaron; pero les suplicaban no se dilatase su abju-

» racion. Muchos, no contentos con perderse á sí propios, per-
» vertian á otros y los llevaban al altar de los ídolos : habia
» quien llevaba sus niños á los sacerdotes para hacerles perder
» la gracia del bautismo. Los ricos sobre todo mostraron mas
» flaqueza, siendo las riquezas su pérdida propia. Muchos, sin
» embargo, padecieron valerosamente la muerte por Cristo;
» tales como Mapálico, Pablo, Fortumon, Baso; y murieron en
» los calabozos gran número de confesores.»

6. Habia grados en la apostasía; y se clasificaron á estos cristianos tímidos en tres categorías : *thurificati, sacrificati* y *libellatici*. Los *turificados* solo habian ofrecido incienso á los ídolos : los *sacrificados* habian sacrificado á los falsos dioses, ó comido manjares *inmundos;* y en fin los *libeláticos* se habian presentado á los magistrados, y declaraban que en cualidad de cristianos no les era dado sacrificar, pero que ofreciendo y dando dinero se les eximia de esta sacrílega ceremonia. Por avaricia ó por humanidad los procónsules ó gobernadores les entregaban entonces un certificado (*libellum*), de que habian renunciado á Jesucristo y sacrificado á los dioses del imperio, á pesar de no haberlo verificado. Se leian públicamente estos billetes y se dejaba en paz á sus portadores. Se denominaba bajo el nombre de *lapsos* indistintamente á todos los caidos de estas tres categorías, para cada una de las cuales estaba señalada una penitencia canónica. A medida que la persecucion se mitigaba, ya por fatiga, ya porque los gobernadores esperaban el éxito de la guerra de Decio contra los Godos, gran número de cristianos *lapsos,* entre el clero y el pueblo, querian volver á entrar en la Iglesia y participar de la santísima Eucaristía, ó volver á tomar sus puestos sin penitencia previa; y para ello abusaban de una práctica santa, y era que los mártires ó confesores daban á los que habian tenido la desgracia de apostatar cartas de recomendacion para los obispos. La Iglesia miraba estas recomendaciones con mucho respeto, y cuando por otra parte veia un sincero arrepentimiento acortaba en su favor el tiempo de la penitencia satisfactoria. Mas no paró en esto la cosa ; sino que muchos confesores, y espe-

cialmente uno de entre ellos llamado Luciano, de Cartago, se pusieron á dar indistintamente, sea en su propio nombre, sea en nombre de mártires de quienes decian haber recibido órden, dichas letras de recomendacion concebidas en términos generales: « Que N. sea admitido á la comunion con los suyos; » por manera que una sola persona podia presentar otros veinte ó treinta como miembros de su familia ó casa. Y aun se hallaron traficantes de estos *libelos de indulgencia*; y algunos sacerdotes, sin dar parte al obispo, se arrogaban el derecho de reconciliar con la Iglesia y admitir á los sacramentos á todos cuantos se presentaban con estos *libelos*.

7. San Cipriano hizo fuertes reclamaciones contra estos abusos; y desde el albergue donde se habia escondido dió instrucciones muy claras y terminantes, enviando copia de ellas al clero de Roma, al propio tiempo que le explicaba los motivos de su retirada, que se habian interpretado mal en Roma. Por su parte Luciano, movido por algunos sacerdotes y diáconos indisciplinados, apresuraba la reconciliacion de los apóstatas que llevaban *libelos* de los mártires; y aun se atrevió á dirigir á san Cipriano en nombre de todos los confesores esta carta: « Todos los confesores al papa[1] Cipriano, salutacion. » Sabed que hemos dado la paz á todos los que estaban sujetos » á vuestras inquisiciones despues de su caida, por su con» ducta; lo que deseamos comuniqueis á los demás obispos. » Deseamos hayais paz con los santos mártires. — En pre» sencia de un exorcista y de un lector. — Escrito por Lu» ciano. » A consecuencia de esta extraña carta, se vieron en muchas comarcas rebelarse los pueblos contra sus prelados y exigirles inmediatamente la comunion que creian haber sido otorgada á todos por los confesores y mártires. San Cipriano, en tan difícil coyuntura, tomó el partido de escribir á la Iglesia de Roma, y junto con el billete de Luciano, le envió los demás documentos relativos á este asunto.

(1) Papa era título que se daba entonces generalmente á los obispos, y aun á simples sacerdotes á veces.

8. Los sacerdotes que administraban la Iglesia romana durante la sede vacante, respondieron con una carta admirable, aprobando enteramente la conducta del santo obispo, vituperando la arrogancia de los apóstatas, y aun mas la indiscrecion de los que los incitaban. « Es en sumo grado conveniente en » tiempo de paz, dicen, y necesario en el de una persecucion, » estar inviolablemente atenidos á la disciplina de la Iglesia : » abandonarla, fuera abandonar el timon en medio de la bor» rasca. No es esta una máxima reciente en nosotros ; pues » que desde los primeros tiempos hallamos ya esta misma seve» ridad, fe y disciplina. El Apóstol no hubiera dicho que se » hablaba de nuestra fe en todo el mundo, y fuera gran crímen » degenerar de tal gloria. No permita el Señor que la Iglesia » romana pierda de su vigor por una facilidad profana, y que, » desquiciando la majestad de la fe, relaje los nervios de la » severidad. En vista de tan numerosas y cotidianas caidas, » otorgar á los caidos un remedio de reconciliacion que de » nada les sirve, es una falsa misericordia que añade nuevas » llagas á las de la apostasía, privando por una falsa conmise» racion á estos desventurados del refugio de la penitencia : » no fuera esto curar, sino matar. Despues del martirio de » Fabiano, de santa memoria, aun no hemos podido, por causa » de los malos tiempos, elegir un obispo que arregle todos » estos negocios, y examine con su autoridad y prudencia á los » que caen. Sin embargo pensamos como vos que es menester » aguardar el fin de la persecucion para tratar de la cuestion » de los apóstatas, consultando con los obispos, sacerdotes, » diáconos, confesores y honrados seculares que se han man» tenido constantes ; porque nos parece que seria atraerse » sobrados odios si se intentara pronunciar, solos, acerca de » un crímen tan universal.

» Mirad en efecto el mundo entero lleno de ruinas de los que » han hecho defeccion. Tamaño mal necesita mucha prudencia » y remedios eficaces ; y los que hayan de remediarlo tienen que » obrar con circunspeccion, para que lo que por ellos fuere » hecho contra las reglas no se repute nulo por todos. Rogue-

» mos pues unos por otros : roguemos por los que han caido,
» para que se levanten y reconozcan la gravedad de su falta :
» roguemos para que sean verdaderos penitentes y sufridores,
» y para que no perturben la tranquilidad del estado flotante
» aun de la Iglesia con sus turbulencias, lo que encenderia
» una persecucion intestina; en fin, roguemos porque llamen á
» las puertas, pero que no las rompan ni desquicien.

» Reunidos con algunos obispos de las ciudades vecinas y
» con otros á quienes ha hecho salir de sus provincias lejanas
» la persecucion, hemos creido que no convenia innovar nada
» antes de la eleccion de un obispo en Roma. Hasta esta época,
» quede suspendido todo lo que tenga espera. Mas respecto de
» los que se hallan en inminente peligro de muerte, si dan
» signos de verdadero arrepentimiento, admítaseles. Pero evi-
» temos el que los malos alaben nuestra sobrada facilidad, y
» el que los verdaderos penitentes no nos acusen de una seve-
» ridad excesiva. »

Este decreto, dirigido particularmente á san Cipriano, fué enviado tambien á todas las cristiandades del mundo, porque interesaba á todas en general. Tal era ya desde entonces la Iglesia romana. Privada de su jefe por el martirio, expuesta á los mas duros golpes de la persecucion, no solamente se mostró incontrastable, sino que comunicaba su fortaleza á las demás iglesias, que no cesaba de vigilar. Atenta á todos los pasos y amaños del error, sabe resistir á sus lazos y sacar de ellos á los fieles. Así es que Privato, obispo hereje de Lambesis, aprovechándose de la persecucion y de la vacante de la silla de Roma, habia enviado para alcanzar del clero, gobernador *sede vacante*, cartas de comunion. San Cipriano en una de sus cartas amonesta al clero romano de guardarse mucho de estos amaños, y estar alerta contra ellos. « Habeis seguido
» vuestra costumbre, responden los sacerdotes romanos al
» obispo de Cartago, dándonos aviso de lo que os toca; por-
» que todos debemos velar por el cuerpo de la Iglesia, cuyos
» miembros están distribuidos por todas las provincias. Pero
» ya antes de haber recibido vuestras cartas no nos eran des-

» conocidos los artificios de este hereje. Futuro, adepto de Pri» vato, vino con objeto de sacarnos cartas de comunion con » nosotros; pero han sido vanos sus esfuerzos. » La historia registra con cuidado hechos de este género que prueban por una parte el interés con que los herejes buscaban ya entonces cómo hallar apoyo en Roma, centro de la doctrina y autoridad; y por otro, la vigilancia con que la silla de Roma guardaba el depósito de la fe.

9. La cuestion de los apóstatas, á pesar de esta decision, no dejaba de perturbar aun la iglesia de Cartago. San Cipriano habia enviado á su ciudad episcopal dos sacerdotes para examinar la edad, condicion y mérito de los que á su vuelta habian de ser promovidos á las funciones eclesiásticas, y para dar cuenta de la conducta de los que habian caido. Esta mision produjo algunos descontentos. Un intrigante, llamado Felicísimo, sostenido por los cinco sacerdotes que se habian opuesto á la eleccion de san Cipriano, se declaró en abierta rebeldía contra su obispo. Entre ellos se hallaba Novato, indigno sacerdote, cuyos crímenes eran tan notorios como espantosos. De propia autoridad hizo diácono á Felicísimo, y dejándole en Cartago, tomó el camino de Roma con intencion sin duda de presentar los hechos bajo colores favorables á sus miras.

§ II. SAN CORNELIO, PAPA (2 de junio de 251-14 de setiembre de 252).

10. La Iglesia de Roma acababa de cesar de ser viuda: muchos obispos, á quienes la persecucion habia traido á esta capital, reunidos al clero y á los fieles, eligieron por papa á san Cornelio. « Fué necesario, dice san Cipriano, forzar al nuevo » pontífice á aceptar esta dignidad. Se veia en él esa modes» tia, esa serenidad natural que otorga el Señor á los que es» coge por obispos. Así mereció llegar al supremo grado del » sacerdocio, despues de haber pasado por todos los ministe» rios de la jerarquía, y de haberse mostrado en todos instru» mento de la gracia divina. »

11. Una eleccion tan conforme á la disciplina eclesiástica

fué sin embargo puesta en duda. Novato habia traido á Roma su espíritu turbulento y embrollador : se hizo amigo de un saderdote ambicioso que aspiraba al pontificado supremo. Novaciano protestó contra la eleccion de san Cornelio, acusándole calumniosamente de *libelático*, esto es, de daber redimido á precio de oro su vida en tiempo de la persecucion. En fin, seducido por los consejos de Novato, se separó enteramente de san Cornelio con cinco sacerdotes mas de Roma, se hizo ordenar obispo por tres obispos del interior de la Italia, cuya buena fe sorprendió groseramente, reduciéndolos casi al estado de embriaguez, y así es como vino á ser el primer antipapa con que el orgullo afligió á la Iglesia. Al cisma juntó muy pronto la herejía. Segun él, la Iglesia no tenia poder de dar la paz á los que habian caido en la persecucion, por mas penitencia que hiciesen, y no era permitido nunca comunicar con ellos. Condenaba absolutamente las segundas nupcias. A causa de esta afectacion de rigorismo, sus discípulos se llamaron *kataros*, esto es, puros ó purísimos. Para detenerlos en el cisma, les hacia jurar por la santa Eucaristía que le habian de ser fieles : « Júrame, les decia dándoles la comunion, por el cuerpo » y sangre de nuestro Señor Jesucristo de no dejarme para » volverte á Cornelio. » El desventurado á quien se dirigia, no recibia la Eucaristía sino despues de haber hecho este juramento y pronunciado una maldicion contra el venerable y verdadero pontífice ; y esta maldicion reemplazaba el significativo antiquísimo y piadoso *Amen*, que debian pronunciar los fieles antes de comulgar. Lo que sobre todo hacia màs dañoso este cisma era la reputacion de elocuencia y autoridad de que gozaba Novaciano. No omitió medio alguno para atraer á su mal camino la muchedumbre de los fieles. San Jerónimo nos ha conservado la lista de las obras que compuso y esparció Novaciano entonces. Enviaba diputados á las iglesias con cartas, en que les participaba su eleccion. Hablaba muy gravemente de la violencia con que se le habia impuesto el supremo pontificado, que se veia forzado á aceptar. El número de confesores que habia logrado seducir, contribuyó á engañar á los sim-

ples y á perturbar las conciencias. Y así, á los horrores de la séptima persecucion general se seguia el desórden del cisma.

12. Despues de la muerte del emperador Decio, deshecho y muerto por los Godos (251), cerca de Filipópolis, cesaron de atormentar á los cristianos los instrumentos de suplicio. Pasajeras como su imperio fueron las violencias de Decio : habia sido el azote de que se habia valido el Señor para castigar el relajamiento de los fieles. De su corta pero terrible persecucion data el celo que mas tarde inspiró á los fieles á retirarse á los desiertos, y engendró la maravilla de las instituciones monásticas. Un jóven de la Tebáida inferior (251), llamado Pablo, huyendo de los verdugos (y de la corrupcion del Egipto), se fué á buscar una gruta bañada con la sombra de una palmera, cerca de la cual manaba una fuente. Encerróse Pablo en esta gruta y vivió, solo á los ojos de Dios, noventa años, y logró la gloria de la soledad, que le ha hecho su primer ermitaño cristiano.

13. El cisma y la herejía de Novaciano dieron con dignos adversarios en aquella sociedad cristiana que acababa de salir, siempre invencible, de la persecucion de Decio. San Dionisio, obispo de Alejandría, respondió á la notificacion del antipapa en estos términos : « Si se os ha consagrado á vuestro pesar, » dad la prueba abdicando con voluntad; porque era menester » padecerlo todo antes que dividir la Iglesia de Dios. El mar» tirio que habriais padecido por evitar un cisma no hubiera » sido menos glorioso que el de la fe. » Un concilio de setenta obispos, reunido en Cartago por san Cipriano, se pronunció en iguales términos, y se reconoció á san Cornelio como verdadero papa : fueron anatematizados Felicísimo y los cinco sacerdotes que tanto habian perturbado esta iglesia. Se examinó seriamente la cuestion de los apóstatas, y fué resuelta por cánones penitenciales, cuyo resúmen es : 1°. Los *libeláticos* que habian hecho penitencia inmediatamente despues de su caida, serán admitidos desde luego á la comunion; 2°. los *sacrificados* serán tratados mas severamente; pero sin quitarles la esperanza del perdon, para evitar el que no les haga abrazar la herejía un

extremado rigor : la duracion de la penitencia será proporcionada al grado de su culpabilidad y á sus actuales disposiciones. Los que no han cedido sino á la violencia de los tormentos, serán admitidos despues de tres años de penitencia. — Se ordenó en seguida el exámen de los *lapsos,* y las diversas penitencias que se les habria de imponer. Fueron remitidas al papa san Cornelio las actas de este concilio y sus diversos reglamentos. Para comentar estas ordenanzas disciplinales, compuso san Cipriano su tratado *De lapsis,* donde brilla la elocuencia de un Padre de la Iglesia y el celo caritativo de un buen pastor. Poco despues publicó su libro *De unitate Ecclesiæ,* para preservar á los fieles del cisma de Novaciano.

14. San Cornelio habia reunido en Roma un concilio de sesenta obispos. Se anatematizó á Novaciano y sus errores. El papa lo participó á todas las iglesias, y los cismáticos quedaron abatidos por la unanimidad tan poderosa que se declaró contra ellos. Máximo, Urbano, Sidonio y Macario, sacerdotes romanos, que habian seguido el partido del antipapa, se sometieron con los fieles á quienes habian seducido y arrastrado. San Cornelio los acogió muy bondadosamente á la comunion y los restableció en sus dignidades. Tuvo además el gozo de recibir tambien la abjuracion de uno de los obispos que habian consagrado á Novaciano; pero le admitió solamente á la comunion *láica,* y nombró otro obispo en su lugar. Estas faustas noticias colmaron de gozo á toda la Iglesia, y san Cipriano escribió al papa participándole el suyo y el de su provincia.

15. Celebraba á la sazon san Cipriano el segundo concilio de Cartago, de cuarenta y dos obispos. Se modificaron y dulcificaron los cánones penitenciales relativos á los apóstatas. Debian admitirse los *lapsos* á la comunion sin esperar á que se hallasen en peligro de muerte, y ni aun insistir en la duracion de la penitencia fijada anteriormente. La Iglesia, atenta desde luego al bien espiritual de sus hijos, sabe aplicar, moderar, templar las reglas segun las circunstancias; y proporciona, inmutable en su fe, la disciplina á las necesidades diversas de los tiempos. Privato, el obispo hereje de Lambesis en Numidia, cuyos sediciosos

esfuerzos hemos relatado, se presentó á este segundo concilio para justificarse de los crímenes que le habian hecho ser depuesto : mas no pudo ser admitida su justificacion, y por vengarse reunió un conciliábulo, en el cual, despues de haber anatematizado á san Cipriano, ordenó como obispo de Cartago á Fortunato, uno de los cinco sacerdotes sediciosos que mantenian la perturbacion de esta iglesia. Los cismáticos despacharon á Roma á Felicísimo, y le dirigieron, cosa notable, no á Noviciano, lo que prueba que habia perdido toda su influencia, sino á san Cornelio. El pontífice desechó tales pretensiones con vigor apostólico, y escribió á san Cipriano reprochándole, aunque en términos muy amistosos, el no haber recibido de su parte aviso alguno acerca de este suceso. El ilustre obispo de Cartago respondió en estos términos (1) : « Se atreven pues » los cismáticos á pasar todavía los mares y llevar sus cartas » á la silla de Pedro, á la Iglesia principal de la cual emana » la unidad sacerdotal, sin pensar que aquellos á quienes se » dirigen son esos Romanos cuya fe alaba tanto el Apóstol, y » para con quienes no puede hallar acogida la infidelidad..... » Condenados por nuestro concilio, estos desesperados no mi» ran sin duda como suficiente la autoridad de los obispos del » África. Su causa ha sido examinada, y pronunciada su sen» tencia. » Algunos escritores poco favorables al primado de la silla de Roma han querido ver en esta carta de san Cipriano una protesta contra las apelaciones al soberano pontífice en general. Pero Ceciliano, sucesor de san Cipriano, que apelará á Roma contra los Donatistas ; san Atanasio, contra los Arrianos ; san Juan Crisóstomo, contra sus enemigos particulares, y el mismo san Cipriano, que habia apelado á Roma anteriormente contra Novato y Felicísimo, bastan para sentar la doctrina de la Iglesia acerca del particular con hechos convincentes. Por lo demás, los cismáticos de que se trata aquí, no apelaban; sino que sabiendo como todo el mundo que la silla de Pedro era, como es hoy, la fuente de la unidad y legitimidad

(1) Véase todo el pasaje, *Op. S. Cypr.*, *Epist.* 55.

sacerdotal, quisieron alcanzar letras de comunion para autorizar á su falso obispo.

16. Llegaba á su fin el glorioso pontificado de san Cornelio. El emperador Galo sucedió á Decio en el imperio y en la hostilidad contra el cristianismo. Hizo encarcelar á san Cornelio. « El imperio fué vencido otra vez mas por el sacerdocio, » segun la expresion magnífica de san Cipriano. El papa confesó valerosamente el nombre de Jesucristo y fué desterrado á Civita-Vecchia, donde aconteció su *gloriosa muerte,* el 14 de setiembre del año 252 (1). « Merecia, dice san Cipriano, la palma » de los confesores, porque habia arrostrado la furia de los » tiranos, osando aceptar un título que entonces era una sen» tencia de muerte. » Caracterizaban á san Cornelio una pureza virginal, una reserva y una firmeza extraordinarias. Se le atribuye el decreto que prohibia admitir ningun fiel á prestar juramento, ó á pronunciar votos antes de los catorce años de edad.

§ III. SAN LUCIO I, PAPA (18 de octubre de 252-4 de marzo de 253).

17. San Lucio I, uno de los sacerdotes que habian sido desterrados con el papa san Cornelio, fué nombrado sucesor suyo con aplauso general de la Iglesia. Pero su promocion hizo señalarle á la proscripcion de Galo, cuya política respecto de los cristianos parece haber sido asestar sus tiros principalmente contra los pastores para herir mas vivamente á los rebaños. San Lucio fué pues confinado como su antecesor, y recibió en su destierro cartas de san Cipriano que le daban el parabien de su valerosa confesion. Fué reintegrado algunos meses despues, y los fieles de Roma le recibieron con afectuosos transportes de gozo. Sin embargo la persecucion continuaba; y es de notar que el emperador habia dado órden á todos sus gobernadores de contemplar en lo posible á todos los cismáticos del partido del antipapa Novaciano, esperando tal vez que las divisiones intestinas causarian mayor y mas

(1) Pontificado de Bucherio.

seguro daño á la Iglesia que la violencia de las armas. « El » Señor, dice acerca de esto san Cipriano en su segunda carta á » san Lucio, quiere confundir con esto á los herejes, y demos- » trar cuál es la verdadera Iglesia, cuál es el único obispo » legítimamente elegido; quiénes son los que el enemigo per- » sigue, y quiénes los que lisonjéa. » San Lucio no sobrevivió sino algunos meses, á su regreso á Roma, donde experimentó tan corto tiempo los testimonios de fidelidad y de celo del África cristiana; porque murió el 4 de marzo de 253. En el escaso intervalo de su pontificado sancionó por decreto la doctrina de la Iglesia relativa á los *lapsos* ó caidos, admitiéndolos á la comunion despues de conveniente penitencia. Renovó las ordenanzas de sus antecesores sobre el serio exámen de la capacidad y costumbres de los ordenandos, y prohibió á los clérigos tener en su casa y á servicio suyo otras mujeres que parientas próximas.

18. A principios de este mismo año 253, se iba apagando una vida consumida en trabajos gigantescos, una nombradía que ha dejado incierta á la historia. Orígenes murió en Tiro, « legando á la posteridad tantas disputas despues de su muerte » como durante su vida » (Lenain de Tillemont, *Hist. eccl.*, t. III, p. 549). Para no decir sino lo que es indudable, nos contentaremos con resumir los hechos principales de su tan borrascosa existencia. Su virtud, su amor de la pobreza, su humildad, el valor con que confesó la fe y sus inmensos trabajos, son cosas incontestables. Tuvo la gloria de contar por discípulos suyos mártires, doctores, obispos ilustres: san Heracleas y san Dionisio, ambos obispos de Alejandría; san Gregorio Taumaturgo y su hermano san Atenodoro, obispo tambien en el Ponto, san Firmiliano, Berilo, obispo de Bosra, al cual sacó de la herejía, san Alejandro, de Jerusalen, etc. Mas para que todo contrastase en la conducta de Orígenes, tanta gloria como le daba ese sublime acompañamiento de personajes santos y sabios, tanto ó mayor deslustre causaron á su nombre los herejes que se intitularon á sí propios *origenistas*. Esta secta, que se fué prolongando hasta el tiempo de san

Epifanio, renovaba todas las abominaciones de los gnósticos, y pretendia justificarse con la doctrina de Orígenes. El prodigioso número de escritos de este grande hombre contribuyó tal vez á dar sospechas sobre su doctrina. Habia compuesto hasta seis mil obras. La rapidez de redaccion que supone un número tan enorme, y la necesidad en que debió hallarse de dictar dos ó mas obras á la vez, y de dejar á los estenógrafos de entonces, llamados *escribanos*, que recogiesen y publicasen sus discursos, han podido ser causa de que se hayan deslizado muchos errores involuntarios. Si se añade á esto que la doctrina de la Iglesia no se habia aun fijado tanto como despues, ni definido aun como lo ha sido despues por los concilios á medida que la herejía, atacando sucesivamente varios puntos, hacia necesaria su refutacion y condena, quizás se encuentren mas excusables los errores de Orígenes, cuyo resúmen hemos dado ya. Sea de esto lo que fuere, se ha creido poder decir de su ingenio esta terrible expresion: « Nadie le » ha sobrepujado en el bien ni en el mal; *Ubi bene, nemo me-* » *lius; ubi male, nemo pejus.* » Su salvacion es un secreto de Dios: « pero si hay que temer por él, dice Tillemont, tema- » mos aun mas por nosotros mismos el caer en las faltas que » nos hacen temblar hasta por un Orígenes. »

§ IV. SAN ESTÉBAN I, PAPA (13 de mayo de 253-2 de agosto de 257).

19. Estéban I fué elegido soberano pontífice el 13 de mayo de 253: estaba señalado ya muy de antemano al sufragio del clero y de los fieles de Roma por la confianza que en él tenian sus dos antecesores; pues que san Cornelio le habia encargado la administracion de los bienes eclesiásticos, y san Lucio I, al morir, le habia encomendado la guarda y conducta de la Iglesia.

20. Los dos primeros años de su pontificado fueron señalados por una de las pestes mas hórribles que mencione la historia. Desde la Etiopia, donde comenzó, se derramó por todas las provincias del imperio, dejando á su paso por do quiera millares de víctimas: en un solo dia murieron en Roma

cinco mil apestados. San Estéban se mostró digno pastor del inconsolable rebaño. Envió socorros á la Siria, á la Arabia, y á todas partes donde se declaraba el azote. San Dionisio de Alejandría le escribió agradeciéndole su atenta caridad. La conducta de los cristianos en tan aflictiva coyuntura llenaba de admiracion hasta á sus propios enemigos. Era tal el horror que inspiraba la peste á los paganos, que olvidándose de todas las leyes de la naturaleza, arrojaban á sus padres ó próximos allegados enfermos por las ventanas, como si echando fuera á los apestados, ahuyentasen así el contagio. San Cipriano, quien nos pinta vivamente esos horrores, nos dice que las calles de Cartago estaban atestadas de moribundos y de cadáveres sin sepultura. Las casas vacías por el azote eran presa de infames ladrones, que se aprovechaban de esta calamidad para enriquecerse con los despojos de los muertos. A la voz de su obispo, se reunieron los fieles y se distribuyeron los barrios de la ciudad, socorriendo indistintamente fieles é infieles. Los ricos contribuian con sus bienes, los pobres con sus personas, y de este modo se restableció pronto el órden público. Los infieles, tocados al vivo por celo tan sublime y caritativo, se convertian en masa á la religion que lo inspiraba. San Cipriano, que á todo acudia y se hallaba presente do quiera habia necesidad, animaba á los fieles, dirigia el ardor de los mas celosos, y consolaba á todos los pacientes. En medio de montones de ruinas levantados por la peste, escribia el santo su tratado *De mortalitate*, en que con toda la ternura de su piedad explana los mas altos pensamientos de la fe. En Neocesarea, san Gregorio Taumaturgo daba igual ejemplo á su pueblo. San Dionisio en Alejandría, san Máximo en Nola, y en fin todos los obispos católicos ofrecian al mundo pagano ese espectáculo tan edificante; y aquellos mismos hombres que por órden del emperador se mandaba pesquisar por todas partes para arrojarlos á los leones, se lanzaban intrépidamente en medio de los peligros de la peste y de los terrores de la muerte para socorrer á aquellos mismos que tantas veces se habian constituido sus verdugos.

21. La caridad cristiana se aumentaba con las desgracias del imperio. Los Escitas, Godos, Persas, precursores del espantoso ejército de Bárbaros que iba cerrándose en torno de las provincias romanas, asolaban las fronteras, arruinaban las ciudades y se llevaban cautivos á los que perdonaba la peste. Ocho obispos de la Numidia habian tenido el dolor de ver llevados cautivos sus rebaños. Escribieron esta desgracia á san Cipriano, quien leyó sus cartas á su pueblo derramando torrentes de lágrimas : reunió, con limosnas de los fieles, cien mil sestercios que les remitió. « Si para probar nuestra cari» dad os enviara el Señor otra nueva tribulacion, no dilateis » participárnosla. Rogamos cotidianamente para que no se » renueven tamañas desgracias ; pero vivid seguros de que, » llegado el caso, os daremos gustosos cuanto esté en nuestro » poder. » Para sostener mas y mas las caritativas disposiciones de su pueblo, escribió este elocuente obispo su obra *De las buenas obras y de la limosna;* exhortacion admirable á la caridad cristiana.

22. La reputacion de virtud y ciencia de san Cipriano hizo que de todas partes fuese consultado como oráculo de la Iglesia universal, sucediendo así á la brillante herencia de Orígenes ; y su voluminosa correspondencia atestigua su celo por la fe y disciplina eclesiástica. Escribió á un obispo acerca de un extraño abuso que se habia introducido durante la persecucion en el santo sacrificio de la misa. Como se celebraba al alba, y era costumbre en la Iglesia primitiva distribuir á los asistentes la comunion bajo las especies de vino así como bajo las especies de pan, se temia que el olor del vino no descubriese á los fieles, y algunos ministros ignorantes no ponian sino agua en el cáliz. San Cipriano restableció acerca de este punto la tradicion apostólica, y dijo que la mezcla del agua con el vino denota la union de la Iglesia con Cristo, del cual no puede separarse aquella. — Fortunaciano, obispo de Asur, habiendo apostatado durante la persecucion, habia sido depuesto y reemplazado por Epicteto. Cuando volvió la paz de la Iglesia, Fortunaciano quiso ser reintegrado en su silla : san Cipriano

escribió á Epicteto y á los fieles de Asur que no debian admitirle. — Otro obispo, llamado Encracio, consultó á san Cipriano acerca de un cómico que despues de haber dejado el teatro se habia convertido, pero que continuaba á enseñar á jóvenes á ser cómicos: « Yo creo, dice el obispo de Cartago, » que no conviene ni á la majestad de Dios ni á la disciplina » del Evangelio manchar la pureza de la Iglesia con tal infa- » mia. Si ese cómico alega su pobreza, que sea socorrido como » los otros fieles pobres como él. » — Un sacerdote de la iglesia de Furnes, en África, llamado Geminio Faustiano, habia aceptado la administracion de una tutela: san Cipriano le recuerda la disciplina entonces vigente, y especialmente un decreto de uno de los anteriores concilios de Cartago, que prohibia nombrar á un clérigo tutor ó curador por testamento, para no estorbarle en su oracion y ministerio de los altares. « Si » alguno, á pesar de esta prohibicion, se atreviera á hacerlo, » no se ofreceria por él el santo sacrificio de la misa. » — Marciano, obispo de Arles en las Galias, se habia separado de la comunion católica por haberse declarado por el antipapa Novaciano. Faustino, obispo de Leon, y los demás obispos de la provincia, escribieron sobre el particular á san Cipriano, el cual lo defirió al papa y le rogó interponer su autoridad en este negocio. « Enviad, escribió á san Estéban, al clero y » pueblo de Arles cartas por las que sea excomulgado Mar- » ciano, y sea puesto obispo en su lugar otro que junte ese » rebaño de Cristo dispersado hasta este dia. » — San Cipriano obró con el mismo respeto por las decisiones de la Santa Sede en otro negocio relativo á la Iglésia de España. Basílides, obispo de Leon, y Marcial, obispo de Astorga, habian caido, durante la persecucion, en la cobardía de los *libeláticos*. Llegada la paz, engañaron con falsos informes la buena fe de la Silla apostólica, y á favor de las cartas que habian logrado fraudulentamente, intentaban conservar sus sillas. San Cipriano, que presidia entonces á un concilio de treinta y ocho obispos, escribió en nombre de sus cólegas una carta dirigida al sacerdote Félix, al pueblo fiel de Leon y de Astorga, y al

diácono Lelio. « Obsérvese, dice, lo que se ha mandado por el » papa san Cornelio. Los *libeláticos* pueden ser admitidos á » penitencia, pero están excluidos del honor del sacerdocio y » de todas las funciones propias entre clérigos. »

23. Una cuestion mas grave acababa de suscitarse en el seno de la Iglesia; y san Cipriano tomó en ella parte muy activa: desgraciadamente su celo no se mantuvo en los límites de la verdadera prudencia, y al ver á este santo obispo resistirse abiertamente al papa san Estéban, tendremos necesidad de considerar que siempre, siempre, un santo es un hombre. Se trataba de decidir si el bautismo conferido por los herejes era nulo ó no; y si era necesario rebautizar á los que de entre ellos volviesen á entrar en la Iglesia. En nuestros dias, una cuestion semejante seria tan pronto resuelta como propuesta: porque el bautismo es un sacramento válidamente conferido hasta por un pagano, con tal que haya observado lo prescrito por la Iglesia. Hacer depender el efecto de los sacramentos de las disposiciones de los que son sus ministros es un error notorio, definido, condenado, y que acarrearia las mas desastrosas consecuencias en la práctica. Los herejes y cismáticos no pueden administrar *lícitamente* los sacramentos, pero los confieren *válidamente*. Esta distincion, muy clara para nosotros, estos hechos evidentes á nuestros ojos no presentaban la misma pureza y precision antes de la decision de la Iglesia. San Cipriano abrazó el partido contrario, y sostuvo abiertamente que era necesario mirar como nulo el bautismo de los herejes y cismáticos, y bautizar á los que de entre ellos se convertian al seno de la Iglesia: *bautizarlos,* porque no queria que se valiese nadie de la voz *rebautizar,* para mostrar que no habia habido bautismo verdadero antes. Seguia esta doctrina errónea de Agripino, uno de sus antecesores en la silla de Cartago. El cisma del antipapa Novaciano habia dado grande importancia y actualidad á esta cuestion por el gran número de sectarios que pedian volver al seno de la comunion católica. Dos concilios particulares, de Sínada y de Iconia en la Frigia, acababan de decidir que era nudo el bautismo de los

herejes por el solo motivo de estar conferido fuera de la Iglesia. El papa san Estéban I habia escrito inmediatamente á los obispos limítrofes que no comunicasen con los que rebautizaban á los herejes. Los obispos de Numidia consultaron con san Cipriano esta cuestion, y reunidos en número de treinta y dos en el concilio de Cartago, respondió el santo que, segun la doctrina de sus antecesores, ninguno podia ser bautizado fuera de la Iglesia. « Para conferir la gracia de un sacramento, decia, » es necesario tenerla en sí mismo, pues que nadie puede dar » lo que no tiene. » Conviene empero en que habia prevalecido mas generalmente la costumbre de no rebautizar los herejes ; « pero, añade, la costumbre no ha de prescribir, y solo » debe dictar y mandar la razon : » pensamiento que mas tarde formuló un obispo de su partido en los términos siguientes : « Jesucristo ha dicho : Yo soy la verdad ; mas no : Yo » soy la costumbre. » Tal es la tesis que san Cipriano sostenia con todo el nervio de su elocuencia en una muchedumbre de cartas y de tratados particulares, en los cuales no deja de producirse algunas veces en términos agrios y fuertes contra san Estéban mismo. En el año siguiente (256) celebró otro concilio de setenta y un obispos en Cartago, en donde se resolvió segun su dictámen la cuestion del bautismo de los herejes. Dirigió al papa las actas de este concilio. « A vos sobre todo es » necesario comunicar, dice en su carta de remesa, lo que mas » de cerca toca á la autoridad sacerdotal, á la unidad y dig- » nidad de la Iglesia católica. Hemos juzgado que los que han » sido manchados por el agua profana de los herejes deben » ser bautizados cuando vuelvan á la Iglesia, y que no basta » imponerles las manos para darles el Espíritu Santo. » En tal estado estaba la cuestion cuando llegó al tribunal del pontífice de Roma. Dos concilios de Frigia, dos concilios de África, número considerable de obispos de todas las provincias, habian abrazado abiertamente el error. El doctor mas ilustre de toda la cristiandad, el elocuentísimo obispo de Cartago, cuyas decisiones estaba acostumbrada la Iglesia á recibir como oráculos, los apoyaba con todo el poder de su elevado ingenio y

doctrina, de su autoridad, de su nombradía. Rara vez se vió la Iglesia en peligro tan grave. No bastaba el que la Santa Sede proclamase la verdad; era necesario además observar los miramientos que exigia semejante situacion, y llegar á atraer con la indulgencia á los que hubiera echado irremediablemente en la herejía un rigor intempestivo. Comprendiólo san Estéban I, y su conducta fué admirable por su prudencia y su misericordiosa firmeza. Sin entrar en discusion con espíritus demasiado preocupados, se contentó con exponer sencillamente la doctrina apostólica, dejando que el tiempo hiciese entrar la verdad en sus almas. Por desgracia solo nos quedan algunos fragmentos de su carta á los obispos de África; pero bastan para mostrarnos el espíritu con que se dictó. Habla de la silla de san Pedro, como fundamento de la Iglesia, sobre el cual estriba esta, despues de una sucesion no interrumpida: expone la doctrina tradicional que se opone á la decision del concilio de Cartago, y formula la regla por este precepto que ha pasado despues como axioma teológico: *Nihil innovetur nisi quod traditum est.* Y en fin declara que si persisten obstinadamente en su error, se verá obligado á romper con los obispos de África.

24. Habló Roma: lo que pronunció era la verdad; y seguirla, derecho. Sin embargo, es necesario confesarlo gimiendo por la flaqueza humana: San Cipriano no se sometió. «¿Qué » presuncion no es menester tener para preferir una tradicion » humana al órden de Dios?» escribia el santo al obispo Pompeyo, enviándole la respuesta del papa. Convocó en Cartago un concilio de las tres provincias de África, Numidia y Mauritania: ochenta y cinco obispos acudieron á su llamamiento, y se reunieron el 1°. de setiembre de 256. En el discurso de apertura se queja san Cipriano de la tiranía que intentaba ejercitar el *Obispo de los obispos.* Cuando se recogieron los votos ó pareceres, todos estuvieron unánimes para apoyar el sentimiento contrario á la decision del papa, diciendo: 1°. *que se hallaba eso en la Escritura.* 2°. *Que nadie puede dar lo que no tiene.* 3°. *Que Jesucristo dijo:* Yo soy la verdad, *mas no dijo:*

yo soy la costumbre. 4°. *Que nadie prefiere la costumbre á la razon, á la verdad; porque la razon y la verdad excluyen siempre toda costumbre contraria á ambas.* Por estas fórmulas de las suscripciones se ve cuán agria y acalorada debió de ser la discusion. Sin embargo san Cipriano, á pesar de tan sensible incidente, no quiso romper con san Estéban; le envió una diputacion encargada de entregarle las actas del concilio. Pero fueron mal recibidos los diputados, y este nuevo incidente no hizo sino complicar la cuestion y envenenarla mas y mas. San Estéban, contento con haber proclamado la ley, no juzgó conveniente ejecutar las amenazas que habia hecho, dejando que entrase la reflexion con el tiempo. Por otro lado san Cipriano, en lo mas vivo de estas querellas, acababa de publicar dos tratados que no podian menos de obrar mas tarde en él una reaccion saludable; el primero : *De utilitate patientiæ;* y el segundo : *De invidia.* San Agustin escribe que no duda haya vuelto á la verdad este grande hombre, « aunque » hayan sido suprimidas sus pruebas auténticas, tal vez por » aquellos mismos que, tocados del mismo error, no habrán » querido privarse de tal patrono. »

25. La octava persecucion general vino á cortar por el momento esta cuestion de un modo muy sangriento, enviando al martirio los defensores de las dos opiniones. Si le viniera á alguno la tentacion de juzgar con severidad grandes y santos obispos por un extravío pasajero, ¿cómo no habia de detenerse, lleno de respeto y admiracion, ante esos gloriosos atletas de la fe ? Tenian derecho de sostener con cierta animacion en una discusion pacífica y caritativa lo que creian ser verdad, cuando al propio tiempo tenian el heróico valor de profesar esta misma verdad bajo el cuero de los verdugos. Su falta fué noblemente borrada, ante Dios y los hombres, con su propia sangre.

Hacia cinco años que habia subido al trono el emperador Valeriano ; habia favorecido hasta entonces á los cristianos, y, permitiéndolo así la Providencia, sus empresas habian sido coronadas de feliz éxito. Cambió repentinamente de conducta,

y la suerte de sus armas cambió tambien, por manera que tres años despues fué prendido por los Persas, y reducido á servir de banqueta á su rey cuando subia á caballo. — En 257, cediendo á las solicitaciones de su favorito Macrino, firmó el edicto de la octava persecucion general. El paganismo, á pesar de tan sangrientas como inútiles pruebas, esperaba aun sofocar entre suplicios la religion de Jesucristo. Un cristiano llamado Hipólito, Adrias y Paulina con sus dos hijos Neon y María, el diácono Marcelo, el tribuno Nemesio con su hija Lucilia, Sempronio, Olimpio y Exuperia con su hijo Teodulo, fueron en Roma, donde comenzó la persecucion, las primeras víctimas. Era sobre todo objeto de las pesquisas de los verdugos el papa san Estéban : fué pues encarcelado con los clérigos que no le habian dejado solo un instante, y Valeriano le hizo comparecer á su presencia. Se encontraron pues cara á cara las dos soberanías, la de la fe y la de la espada : esta podia matar, pero aquella sabia morir; mas le pertenecia el porvenir. — « Eres tú, dijo Valeriano, quien buscas cómo trastornar la república, y quien persuades al pueblo que abandone el culto de los dioses? — No intento ni deseo trastornar la república, respondió Estéban; mas yo exhorto al pueblo á abandonar el culto de los demonios que son adorados en los ídolos, y á reconocer al verdadero Dios y al que ha enviado, Jesucristo nuestro Señor. » Valeriano mandó conducir al papa san Estéban al templo de Marte para oir allí la sentencia, y le hizo cortar la cabeza el 2 de agosto de 257. Su cuerpo fué enterrado en el cementerio de Calixto, pero despues transportado bajo el papa san Paulo I, el 17 de agosto de 762, á la iglesia de san Estéban y san Silvestre, que este papa hizo construir y que se llama hoy San Silvestre *in capite,* porque en ella se conserva la cabeza de san Juan Bautista.

§ V. **SAN SIXTO II, PAPA** (24 de agosto de 257-6 de agosto de 259).

26. A pesar de la violencia de la persecucion, el clero y fieles de Roma pudieron reunirse para dar sucesor á san Esté-

ban en la persona de Sixto II. Mucho tiempo hacia que era Sixto arcediano de la Iglesia romana, dignidad considerable á la que incumbia la administracion de los bienes eclesiásticos, y que pasó á san Lorenzo. En aquellas circunstancias el supremo pontificado no era sino ocasion mas próxima del martirio : san Sixto se mostró digno de esta sublime vocacion. A pesar de la espada de la persecucion levantada sobre su cabeza, encontró bastante calma y tranquilidad en su alma para terminar, de concierto con san Dionisio de Alejandría, el negocio de los rebautizantes. San Dionisio, echado de su silla por Emiliano, prefecto del Egipto, fué desterrado á la Libia en la corta poblacion de Zefro. Los habitantes, que todos eran paganos, se convirtieron á su predicacion, y halló muy pronto en esta lejana comarca una iglesia tan fervorosa como la de que le habia alejado la violencia. Escribió muchas cartas á san Sixto para participarle los esfuerzos que hacia para atraer todos los disidentes á la decision del papa san Estéban : y tuvo el consuelo de presenciar el regreso á la unidad de todos los que se habian separado por un error pasajero.

27. San Cipriano, á la primera noticia de la persecucion, habia escrito en un estilo abrasado de celo una *Exhortacion al martirio,* dirigida á todos los fieles. Él fué el primero que fué preso y conducido ante el procónsul de África, llamado Paterno, que se contentó con enviarle desterrado á Curuba, puerto de mar distante veinte leguas de Cartago. Pero Galerio Máximo, sucesor de Paterno, llegó á Cartago con sentimientos mucho mas feroces, y mandó inmediatamente traer al santo obispo al pretorio. Juntóse inmensa muchedumbre para asistir al interrogatorio del ilustre doctor. « ¿Sois vos Tascio Ci» priano? preguntó el procónsul. — Lo soy, respondió el » santo. — ¿Sois el obispo de esos sacrílegos cristianos? — » Lo soy. — Los augustos emperadores os mandan sacrificar » á los dioses. — No debo, ni puedo. — Mirad lo que que» reis hacer. — En cosa tan justa no cabe otra deliberacion. » Ejecutad las órdenes de que estais encargado. » Dióse la sentencia, y el procónsul leyó este decreto : « Tascio Cipriano

» será castigado al filo de la espada.» — *Deo gratias,* respondió el magnánimo obispo. Los cristianos, mezclándose entre la turba, exclamaron á una voz : « ¡Muramos todos con él! » Siguióse una escena tumultuosa, y el procónsul mandó conducir á san Cipriano fuera de la ciudad para evitar la sedicion que se temia. El obispo de Cartago se vendó él mismo los ojos : un sacerdote y un diácono que le acompañaban le ataron las manos : hizo dar al verdugo veinte y cinco piezas de oro, y le presentó su cabeza que le fué cortada de un solo golpe. Los cristianos recogieron su preciosa sangre en paños de lino y de seda (14 de setiembre de 258). Ocho de sus discípulos, Lucio, Montano, Flaviano, Juliano, Victorico, Prímulo, Reno y Donaciano, la mayor parte clérigos de la iglesia de Cartago, imitaron á su santo obispo en el valor y en su muerte. — La ciudad de Cirta, en la Numidia, contó millares de mártires. Se les condujo á un valle á las orillas de un rio que corria entre dos collados muy elevados como para hacer mas cruelmente vistoso el espectáculo. Se les hizo poner en fila, vendados los ojos, y el verdugo no hizo sino pasar de uno á otro cortándoles la cabeza : esta carnicería tan atroz duró gran parte del dia. — En España, san Fructuoso, obispo de Tarragona, fué conducido con dos diáconos suyos ante el gobernador imperial, Emiliano. — « ¿Teneis noticia de las órdenes de » los emperadores? preguntó el procónsul. — Las ignoro, res» pondió el obispo ; por lo que á mí toca, debo deciros que » soy cristiano. — Han mandado adorar á los dioses. — Yo » adoro á un solo Dios, que ha criado el cielo, la tierra, el mar » y cuanto en ellos se contiene. — ¿No sabeis pues que hay » muchos dioses? — No. — Pues bien, os lo enseñarán. » Volviéndose entonces el gobernador hácia Augurio, uno de los diáconos, le aconsejó de no dejarse llegar de lo que acababa de decir Fructuoso. Augurio le contestó que adoraba tambien á un solo Dios todopoderoso. — « ¿Y vos, dijo entonces Emiliano » á Eulogio, otro diácono, adorais tambien á Fructuoso, vues» tro obispo? — Yo no adoro á Fructuoso, sino al Dios á quien » adora Fructuoso. — ¿Sois pues obispo? preguntó el gober-

» nador á san Fructuoso. — Lo soy. — Decid mas bien que lo » habeis sido: » y los condenó á todos tres á ser quemados vivos. — En Antioquía, hacia el gobernador conducir al suplicio al sacerdote Sapricio. Un cristiano, llamado Nicéforo, que desde mucho tiempo habia conservaba un violento encono contra este sacerdote, le iba siguiendo entre la turba, y durante el tránsito le suplicó varias veces le perdonase antes de subir al cielo. El corazon de Sapricio se quedó de bronce, y se mostró insensible é inaccesible á todo sentimiento de misericordia. Llegado que fué Sapricio al cadalso, el infeliz sacerdote, que tan duro se mostró para con su hermano, no tuvo valor de mirar la muerte á la cara, y exclamó que estaba dispuesto á sacrificar á los dioses. Los verdugos le pusieron en libertad inmediatamente. « ¿Qué haceis? le dijo Nicéforo. » Mártir de Cristo, no perdais la corona que tan merecida » teneis por tantos tormentos. » Fueron inútiles estas exhortaciones; y aquella corona inmortal, de que Sapricio se habia hecho doblemente indigno, la recogió Nicéforo; porque los verdugos no hicieron sino cambiar de víctima, y por órden del gobernador le cortaron la cabeza. — En Tolosa, en las Galias, san Saturnino fué arrastrado por un toro furioso, y murió por la fe.

28. En Cesarea de la Palestina, tres amigos sellaron su amistad con el martirio. Se presentaron juntos y espontáneamente al gobernador, que los condenó á las fieras. Prisco, Malco y Alejandro, tales eran estos tres modelos de la amistad cristiana. — Un rasgo aun mas maravilloso de parte de un niño fué admiracion de la ciudad de Cesarea en Capadocia. El padre de Cirilo era idólatra, y por aborrecimiento al nombre cristiano, echó fuera de su casa á su hijo, abandonándole sin socorro alguno á la caridad pública. Cirilo fué llevado por los soldados á presencia del gobernador. « Hijo mio, le dice » el juez con mansedumbre, quiero perdonarte tus faltas, por » miramiento á tu edad: en tu mano está congraciarte con tu » padre; sé bueno y renuncia á tu supersticion. » El santo niño le respondió: « Estoy muy contento de oir reprenderme

» por mi conducta : me alegro de ser echado de la casa de mi » padre ; Dios me recibirá en una mayor y mas hermosa. Re- » nuncio voluntaria y gustosamente á los bienes de este mundo » para ser rico en el cielo : yo no temo la muerte, porque me » será seguida de mejor vida. » Entonces el juez tomando un tono propio para amedrentar á un chico, le amenazó con los mayores suplicios : le hizo atar como para conducirle al suplicio ; mandó preparar una hoguera y encenderla. El valor del niño Cirilo no se desmintió un instante ; se deja llevar sin derramar una sola lágrima ; se le acerca á la llama como para arrojarlo á ella ; mas el niño no perdió un ápice de su constancia. El juez habia dado secretamente órden de no pasar mas adelante. Cuando se vió que el aspecto del suplicio no habia hecho impresion ninguna en él, se le condujo de nuevo al juez, que le dijo : « Has visto la hoguera, has visto la cuchilla ; ahora ya » serás bueno, y por tu sumision á mi voluntad y á la de tu » padre, ¿merecerás que te vuelva su cariño, y te reciba en » su casa? » El niño Cirilo respondió : « Mucho perjuicio me » habeis hecho haciéndome volver ; porque ni temo el fuego » ni la espada : tengo vivísimas ansias de irme á una mansion » mucho mas amable, y yo anhelo riquezas mucho mas sólidas » que las de mi padre. No tardeis en hacerme morir para que » cuanto antes me vaya á Dios. » Los asistentes lloraban de oirle hablar así ; mas él les decia : « Deberiais alegraros en » lugar de llorar. Lejos de tratar ablandarme con vuestras » lágrimas, deberiais animarme para sufrirlo todo. No sabeis » la gloria que me está esperando, qué es lo que me está re- » servado, cuál es la ciudad á donde yo voy. Dejadme acabar » mi vida temporal. » Con estos sentimientos recibió la corona del martirio. Al leer esta página de la historia eclesiástica no se sabe qué admirar mas, ó la fe que sabe inspirar á edad tan tierna tanta elevacion de ideas, tanto heroismo, ó la ceguera de los paganos, que intentaban triunfar de semejante fe con la espada y las hogueras.

29. San Sixto II habia precedido ya en el cielo esta nube de mártires gloriosos que habian multiplicado los edictos de Vale-

riano en todos los puntos del imperio, y cuyos nombres todos no ha podido guardarnos la historia. El 6 de agosto de 258, en tanto que el santo pontífice celebraba los sagrados misterios en el cementerio de Calixto, los soldados vinieron á apoderarse de su persona y le condujeron al suplicio. Lorenzo, arcediano de la Iglesia romana, le iba siguiendo llorando y diciéndole : « ¿A dónde vais, Padre mio, sin vuestro hijo? ¿A dónde vais, » pontífice santo, sin vuestro diácono? » San Sixto le respondió : « No soy yo quien te abandona, hijo querido, sino que » te espera mayor combate, y tú me seguirás dentro de tres » dias. » Al pronunciar estas palabras, un soldado le cortó la cabeza. Habia ocupado la silla apostólica solos once meses y seis dias. Habia enviado á la Galia san Peregrino, primer obispo de Auxerre, y habia trasladado los cuerpos de san Pedro y san Pablo á las catacumbas para poner en mayor seguridad este precioso depósito. Entre las alabanzas que la antigüedad decierne á este papa, se nota sobre todo la de ser un pontífice mansísimo y pacífico. A su mansedumbre estaba reservada la mision consoladora de acabar felizmente la cuestion de los rebautizantes, que de tanta amargura habia llenado el pontificado de su antecesor.

30. Creyendo el prefecto de Roma que los cristianos tenian grandes tesoros en reserva y queriendo apoderarse de ellos, hizo comparecer al arcediano Lorenzo, que los administraba. « Os quejais, dice, de que os tratamos cruelmente. No se trata » aquí de suplicios, solo os pido lo que de vos pende. Se dice » que en vuestras ceremonias los pontífices ofrecen libaciones » en vajillas de oro; que se recibe la sangre de las víctimas en » ánforas de plata, y que para alumbraros en vuestros sacrificios nocturnos os valeis de cirios puestos en candeleros de » oro. Se dice que para suministrar esas ofrendas los hermanos venden hasta sus herencias, y reducen frecuentemente á » la pobreza sus propios hijos : descubrid pues esos tesoros » escondidos. El emperador los necesita para pagar sus tropas » y nivelar la hacienda pública. Yo he sabido que segun vuestra » doctrina es necesario dar á cada uno lo que es suyo; ahora

» bien, el emperador reconoce como suya la moneda sobre la » que está esculpida su imágen; dad pues, como decís vosotros, » al César lo que es del César. Si yo no me engaño, vuestro » Dios no hace acuñar moneda; no ha traido dinero á este » mundo; solo ha traido palabras: volvednos pues el dinero y » guardaos las palabras. — Confieso, responde Lorenzo, que » nuestra Iglesia es rica, y que ni aun el emperador posee teso- » ros tan grandes. Yo os haré ver lo que tiene esta de mas » precioso: dejadme tan solo un poco de tiempo para que todo » esté en órden, para que haga mi cálculo y os presente una » cuenta y razon exacta.» El prefecto le dió tres dias de término. En este intervalo, Lorenzo recorrió la ciudad entera para ir buscando todos los pobres que mantenia la Iglesia. Los reunió todos; leprosos, ciegos, cojos, paralíticos, enfermos cubiertos de llagas, y los puso en órden en los patios de la iglesia. « Venid, dijo al prefecto, y veréis todos nuestros grandes » patios cubiertos de vasos preciosos, de barras de oro, amon- » tonado todo bajo las galerías.» Luego abriendo la puerta y mostrando al prefecto todas las enfermedades y achaques reu- » nidos: « Hé aquí, le dice, los tesoros que os he prometido. » Yo añado las perlas y piedras preciosas; estais viendo allí las » vírgenes y viudas: son la corona de la Iglesia. Aprovechaos » de estas riquezas para Roma, para el emperador y aun para » vos mismo.» El prefecto no respondió sino con hacer traer unas grandes parrillas, bajo las cuales se puso un horno de ascuas. El santo diácono fué tendido en ellas, y en medio de los horribles tormentos de este suplicio, conservando una asom- » brosa serenidad de ánimo, dijo al tirano: « Hacedme volver » del otro lado, porque ya estoy bien asado de este... Ya está » bien asado el holocausto, y podeis comer.» Y diciendo estas palabras rindió su espíritu á Dios, mártir á la vez de la caridad y de la fe.

31. Síguese á la muerte de las víctimas el castigo de los tiranos: ni jamás se mostró mas ostensiblemente la divina justicia. Volvió á comenzar la peste con estragos inauditos hasta entonces: y hasta los elementos mismos parecia que iban á

vengar con su desenfreno borrascoso la sangre de los justos. Durante muchos dias se vió la Italia envuelta en densas tinieblas : Roma, la Libia y el Asia vieron desplomarse poblaciones enteras por un terremoto espantoso. Entretanto comenzaban ya los Bárbaros á tomar posesion del imperio romano : los Germanos invadieron las Galias hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, asolaron una parte de España, y se presentaron hasta en las orillas de la Mauritania, atónitos todos de ver esta nueva raza de hombres. Los Alemanes, otra parte de la Germania, entraron en Italia en número de trescientos mil hombres y se acamparon en las cercanías de Roma. Arrasaron la Iliria los Godos, Sármatas y Cuados. La Escitia vomitaba sus pueblos sobre el Asia menor y la Grecia. Estos guerreros medio desnudos se embarcaron en el Ponto Euxino, en unas especies de cabañas flotantes, fiándose á un mar tempestuoso y en marinos tímidos. Sorprendieron á Trebisonda, asolaron la provincia del Ponto, y habiendo apresado numerosos Romanos, se los llevaron cautivos al desierto como trofeos de su triunfo. Otros Godcs y otros Escitas, animados con este ejemplo, hacen construir una armada por sus prisioneros, parten de las orillas del Tánais, atraviesan el Bósforo, arriban al Asia, saquean á Calcedonia y se retiran despues de haber entregado á las llamas Nicea y Nicomedia. En fin, para completar el cuadro de tanto desastre, Valeriano, que habia regado con sangre cristiana el mundo todo, hecho prisionero de Sapor, rey de Persia, servia de estribo á este su vencedor cuando montaba á caballo; y como si la desgracia hubiera de sobrevivir en él á su crímen, despues de muerto Valeriano, disecado su pellejo, curtido y teñido de encarnado, quedó colgado muchos siglos de las bóvedas del principal templo de Persia. Su propio hijo, Galieno, considerando tal desgracia como una abdicacion, se contentó con decir al recibir tan triste nueva (la de su cauti- » verio) : « Ya sabia yo que mi padre era mortal. » Tamaños desastres tuvieron por resultado el fin de la octava persecucion general.

CAPITULO XIII.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Eleccion del papa san Dionisio. Caridad de los cristianos. Progresos del cristianismo. — 2. Decadencia del imperio bajo Galieno. — 3. Herejía de Sabelio. — 4. Pablo de Samosata. — 5. Muerte de san Dionisio de Alejandría y de san Gregorio Taumaturgo. — 6. Muerte del papa san Dionisio.

§ II. PONTIFICADO DE SAN FÉLIX I (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Eleccion del papa san Félix I. — 8. Manes. — 9. Carta de Manes á Marcelo. — 10. Principios fundamentales de los errores de Manes. — 11. Conferencia entre san Arquelao, obispo de Carrhas, y Manes. Otra conferencia entre el sacerdote Diodoro y Manes. — 12. Nona persecucion general de la Iglesia bajo Aureliano. — 13. Martirio del papa san Félix I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN EUTIQUIANO (4 de enero de 275-3 de diciembre de 283).

14. Eleccion de san Eutiquiano. Fin de la nona persecucion general de la Iglesia. 15. Doroteo, sacerdote de Antioquía. Aquilas de Alejandría. — 16. San Félix de Nola. — 17. Progresos del maniqueismo en Egipto y en la Siria. — 18. Muerte del papa san Eutiquiano.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CAYO (16 de diciembre de 283-22 de abril de 296).

19. Eleccion de san Cayo. — 20. Martirio de san Sebastian. — 21. Martirio de la legion Tebana. — 22. Martirio de san Víctor en Marsella. — 23. Crueldades de Riccio Varo. — 24. Secta de los Hieracitas de Egipto. — 25. Conversion de Arnobio: sus siete libros contra los Gentiles. — 26. Eleccion de Constancio Chloro y de Galerio al imperio. — 27. Instrucciones de santo Tomás, obispo de Alejandría á los oficiales de la corte de Diocleciano. — 28. Muerte del papa san Cayo.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Fué elegido papa san Dionisio el 22 de julio de 259, y consagrado por Máximo, obispo de Ostia. La antigua costumbre, en vigor ya en este tiempo, y que notaba en el suyo san Agustin, daba á los obispos de Ostia el privilegio de consagrar á los romanos Pontífices. Las calamidades que asolaban el imperio ofrecian un vastísimo campo al celo y caridad de san Dionisio. Envió sumas considerables de dinero á Cesarea de

Capadocia para rescatar los cautivos caidos en manos de los Bárbaros. Se diria que los cristianos no se ocupaban sino en pagar con beneficios los males que les ocasionaban sus perseguidores. El otro san Dionisio, obispo de Alejandría, volviendo de su destierro, halló su ciudad episcopal presa de los furores de la guerra civil. Cada edificio, en aquella inmensa ciudad, era una fortaleza; cada calle, un campo de batalla: una parte de la poblacion habia perecido, y se quedó vacío el *Bruquion*. No se podia pasar de un barrio al otro, y era mas fácil de escribir del Oriente al Occidente y recibir respuesta, que de Alejandría á la misma Alejandría. Sucedieron á la guerra civil el hambre y la peste: el obispo y los cristianos se multiplicaban para hacer frente á todas las necesidades, para calmar los odios, y aliviar la miseria. Era hermoso espectáculo ver dominar el cristianismo á todas aquellas ruinas que se habian acumulado por do quiera á impulso de las pasiones, y ver como se aumentaba con lo que parecia deberlo aniquilar. Hasta los Bárbaros comenzaron á sentir su influencia. Entre los cautivos, se habian llevado muchos santos obispos y sacerdotes, que curaban á los enfermos, arrojaban los demonios en nombre de Cristo, y enseñaban la virtud con sus discursos y ejemplos. Admirábanlos los Bárbaros y se persuadian de que imitándolos se harian propicio á Dios. Muchos se hacian discípulos de sus esclavos, y se iban formando iglesias nuevas. Tal fué el principio del cristianismo entre los Godos, Sármatas y Germanos.

2. En tanto que se iba inoculando por el mundo romano y bárbaro una virtud de vida en nombre de Jesucristo, el paganismo se iba consumiendo en placeres y sueños insensatos. A cada noticia funesta, Galieno se echaba á reir y buscaba nuevos festines, nuevos juegos para el dia siguiente. Porfirio escribió tratados contra los cristianos á quienes nombraban martirizar los emperadores, y Plotino, su maestro de filosofía, alcanzaba de Galieno una ciudad arruinada de la Campania, á la que le daba el nombre de Platonópolis, donde queria establecer la famosa república de Platon. Estos hermosos proyectos aborta-

ban á pesar del favor y riquezas imperiales. Aquello era todo lo que podia oponer el espirante paganismo á la invasion de los Bárbaros, y á la extension del cristianismo, que sacaba provecho aun de los golpes mismos con que se intentaba aniquilarlo. A la muerte de Galieno, treinta generales tomaron la púrpura imperial, que mas bien les servia de sábana sepulcral. El mundo moral pertenecia ya á los cristianos, y el imperio iba á pertenecer á los Bárbaros.

3. No faltaban empero disensiones intestinas en esta religion tan frecuentemente probada por la violencia de las persecuciones. En 257, Sabelio habia renovado en la Libia Cirenáica la herejía de Noecio y de Praxeas : negaba, como estos, la Trinidad, y la distincion real de las tres personas divinas. Abrazaron estos errores muchos obispos del Egipto, y se propagaba tanto la herejía, que casi no se atrevia ya nadie á decir públicamente que Jesucristo era hijo de Dios. San Dionisio de Alejandría, al saber el peligro que corria la fe, multiplicó sus exhortaciones, cartas, esfuerzos, para hacer triunfar la sana doctrina. Insistió pues vivamente, en sus discursos y tratados, sobre la distincion de las tres personas de la santísima Trinidad. Jesucristo en su Evangelio dice de sí mismo : « Yo soy la viña y mi Padre el cultivador. Ahora bien, la » viña y el cultivador, la obra y el artífice no son lo mismo. » Algunos fieles bien instruidos en la fe, al leer estas expresiones, creyeron apercibirse de que el obispo de Alejandría enseñaba que el Hijo era una criatura, y que no lo miraba como *homousion* ó consustancial al Padre. — Este término de *homousion,* ó consustancial, que tantas tempestadas levantará, es muy notable en la boca de simples fieles, sesenta años antes del concilio de Nicea. — Se tomó de aquí ocasion de acusar á san Dionisio de Alejandría ante el papa san Dionisio. El soberano pontífice juntó en Roma en 261 un concilio que condenaba á la vez las dos impiedades opuestas, mas igualmente fatales ; la de los que sostenian la doctrina de Sabelio, y la de los que decian que el Verbo habia sido creado, hecho ó formado, y que no era *consustantial* al Padre. El papa escribió

en seguida á san Dionisio de Alejandría, para que tuviese á bien explicar su doctrina y justificarse de los errores que se le imputaban. El patriarca de Alejandría respondió protestando su fe al Verbo *consustancial*. Explicó, en su carta al papa y en un tratado especial, las razones que le habian movido á insistir mas particularmente sobre las pruebas de la distincion de las personas en la santísima Trinidad, para refutar la herejía de Sabelio. Se justificó completamente el santo, porque no se habia desviado un ápice de la verdad, y mas tarde se valió de su doctrina san Atanasio para confundir á los Arrianos con la imponente autoridad de un santo tan venerado.

4. Otro heresiarca mas temible que Sabelio dogmatizaba en la Siria; y era Pablo Samosateno, obispo de Antioquía, en el año de 263. De costumbres mas que sospechosas, de carácter arrogante, muy ufano y fastuoso, y ambicionando meter ruido, no habia visto en la alta dignidad de que se hallaba revestido sino un medio de satisfacer sus pasiones. Afectaba el lujo de los magistrados y procónsules romanos : su silla patriarcal se parecia mas bien al tribunal de los gobernadores de provincia, y ansiaba aplausos para hacer brillar mas la elocuencia de sus discursos. Lo que mas contribuia á fomentar su orgullo era el favor de que gozaba para con Zenobia, reina de Palmira. Esta princesa, de orígen judía, habia deseado instruirse en la religion cristiana, y se habia dirigido con este objeto á Pablo de Samosata. Este obispo, indigno de serlo, intentaba explicar el misterio de la Encarnacion admitiendo en Jesucristo dos personas, ó segun el vocablo griego dos *hipóstasis;* la una, el Hijo de Dios por naturaleza y preexistente á todos los siglos; la otra, el hijo de David, nacido en el tiempo, y que habia recibido el nombre de Hijo de Dios despues de su union con el Verbo, al modo que una ciudad recibe el nombre de su fundador ó soberano, y una casa el de su dueño. Este error, que mas tarde desarrolló Nestorio y al que dió su nombre, fué vigorosamente refutado por san Dionisio de Alejandría, á quien se le ve siempre en la brecha cuando se trata de defender la verdad y la fe.

« El Verbo se hizo carne, decia el santo patriarca, sin division
» ni partes. No se distinguen en él dos personas, como si el
» Verbo habitase en el hombre y no fuese unido á él. ¿Cómo
» os atreveriais pues á llamar á Jesucristo un hombre distin-
» guido por su ingenio, siendo Dios verdadero como es, ado-
» rado por todas las criaturas con el Padre y el Espíritu Santo,
» encarnado en la santísima Vírgen María, madre de Dios? »
El nombre de Madre de Dios, *theotocos*, dado á la santísima Vírgen por san Dionisio de Alejandría, y confirmado mas tarde por el concilio general de Éfeso, no era nuevo en la Iglesia. San Metodio de Patara lo habia empleado ya; Orígenes lo usó tambien en su comentario al Evangelio segun san Lucas, y en su Tratado sobre la Epístola á los Romanos desenvuelve extensamente las razones que se lo han hecho dar á la santísima Vírgen. Dos concilios, reunidos sucesivamente en Antioquía (264-268), condenaron los errores de Pablo Samosateno; mas su autor, usando siempre de subterfugios y protestando su sumision, habia logrado evitar un anatema nominal. Por fin, un tercer concilio del año 269, celebrado en la misma ciudad, le depuso solemnemente y eligió otro obispo en su lugar.

5. San Dionisio de Alejandría no vió el fin de este negocio, porque habia muerto en 264, durante el primer concilio de Antioquía, convocado especialmente á impulsos y esfuerzos suyos. Habia ocupado diez y siete años la silla patriarcal de Alejandría, y resonaba su nombre gloriosamente invocado en todas las luchas de aquella época tan borrascosa. Sus trabajos, su valor en la persecucion, sus virtudes, iguales á su ingenio, le valieron el título de Magno. — Casi en la misma época moria otro discípulo de Orígenes, no menos ilustre, san Gregorio Taumaturgo, obispo de Cesarea, á quien hasta los enemigos mismos de la Iglesia llaman un segundo Moisés, por causa de sus milagros. « Gracias doy á Dios, decia antes de espirar, de
» que no habiendo hallado sino diez y siete cristianos en mi
» diócesis cuando llegué, no dejo sino diez y siete infieles
» cuando me voy. » Prohibió que se le comprase terreno especial para su sepultura, « para que sepa la posteridad, decia él,

» que Gregorio no ha poseido nada en este mundo, ni aun un » sepulcro. » Feliz edad de la naciente Iglesia, en que la santidad se dejaba como en herencia, y en que se hallaba siempre un discípulo para recoger el manto de Elías.

6. El papa san Dionisio murió tambien el 26 de diciembre de 269, despues de diez años de pontificado. Le llama san Basilio un papa ilustre por la integridad de la fe y el brillo de sus virtudes. Las dos herejías de Sabelio y Pablo de Samosata habian hallado en él un dignísimo adversario. Habia dividido las iglesias y cementerios de Roma entre sus sacerdotes, y estableció la division de las diócesis y de las parroquias. Ordenó á san Zamas, primer obispo de Bolonia; se esmeró mucho en restablecer en su primitivo vigor las diversas instituciones canónicas y disciplinales, algun tanto perturbadas durante la persecucion de Valeriano. Este santo pontífice poseia profundos conocimientos de las doctrinas de la Iglesia. Ya en los tiempos de la discusion sobre el bautismo conferido por los herejes, y no siendo aun sino simple sacerdote, habia dado pruebas de sus ciencias eclesiásticas, sosteniendo con calor la decision del papa san Estéban I, y uniéndose mas tarde á su tocayo san Dionisio de Alejandría, cuando este trataba de moderar la severidad de la sentencia y de aconsejar la paz.

§ II. SAN FÉLIX I, PAPA (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Al siguiente dia del fallecimiento del papa san Dionisio, fué elegido para sucederle san Félix, primero de este nombre. Pero despues recibió la carta dirigida á su antecesor, por la cual participaban á la Santa Sede los obispos del concilio Antioqueno la condenacion de Pablo Samosateno : la confirmó el nuevo papa con su autoridad, y escribiólo así á Máximo, obispo de Alejandría, sucesor de san Dionisio en el gobierno de aquella iglesia por estas palabras : « Creemos en Jesucristo, » nuestro Señor, nacido de la Vírgen María. Creemos que es » el Verbo eterno, hijo unigénito de Dios. No; no habitó sola- » mente Dios en un hombre : hijo de Dios, era Dios perfecto

» y hombre perfecto despues de su encarnacion, sin que se » puedan distinguir en él dos personas. »

8. Desde el fondo mismo de la Persia, otro hereje, cuyo nombre y errores estaban destinados á mayor resonamiento, preparaba nuevas borrascas en la Iglesia. Anunciábase como enviado de Dios para hacer recordar al mundo la verdad, y traer los cristianos á la pureza de la fe. Su traje era tan extraño como su doctrina; y su singularidad exaltaba la imaginacion de las muchedumbres. Llevaba borceguíes con talones muy altos para aumentar su estatura; un manto flotante de diversos colores, lo que daba á su andar y á su porte algo de aéreo; llevaba un gran baston de ébano sobre que se apoyaba cuando marchaba, y bajo del brazo un libro escrito en caractéres babilonios; una pierna envuelta en una tela encarnada, y la otra pierna en otra de sarga verde. Tal se hacia ver, semejante á un sátrapa persa, el esclavo Cubric, hecho muy pronto heresiarca, y llamándose Manes, padre del maniqueismo. Se atribuia el don de milagros, y pretendia curar todas las enfermedades con la eficacia de sus oraciones. Echado á un calabozo por sus imposturas, habia asesinado á su carcelero: logró escaparse de la cárcel, y salirse de Persia, su patria: se presentó en Carrhas de la Mesopotamia el antiguo Haran de la Escritura, precedido de la reputacion que se habia hecho con ayuda de cómplices ó de seducidos, y de esta carta extraña que habia dirigido á Marcel, discípulo de san Arquelao, obispo de aquella ciudad :

9. « Manes, apóstol de Jesucristo, y todos los santos y vír» genes que están conmigo, á Marcelo, mi hijo muy amado, » gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y nuestro » Señor Jesucristo. Presérveos la mano de luz de los males » del siglo presente, de sus peligros y de los lazos del princi» pio del mal. Amen. — He sabido con gozo que es grande » vuestra caridad; pero me es muy doloroso de no ver vuestra » fe conforme á la verdadera doctrina. Enviado por Dios para » enderezar el género humano, que se va perdiendo, he creido » necesario escribiros para la salvacion de vuestra alma y bien

» espiritual de los que os rodean. Sabed pues, hijo mio, dis-
» cernir el error que enseñan los doctores vulgares. Dicen que
» el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la carne y el espíritu
» vienen del mismo principio y se confunden incesantemente
» uno con otro. ¿Cómo osan decir que Dios sea el autor y el
» criador de Satanás y de sus malas obras? Aun han ido mas
» lejos; porque no se ruborizan al afirmar que el Verbo, hijo
» único del Padre, es hijo de una mujer, llamada María, for-
» mado de carne y sangre, principio de corrupcion y de muerte.
» No insisto mas por ahora en los demás errores, reserván-
» dome hacerlo cuando esté con vos. No dudo del celo activo
» y pronto con que acogeréis la doctrina verdadera apenas la
» conozcais. Por lo demás, no intento imponer la fe con el ter-
» ror, como lo hacen los otros doctores, sino por medio de la
» persuasion. »

10. El sistema de la dualidad que Manes traia al Occidente no era nuevo; ya mucho antes habia nacido allí de la antigua creencia de la Persia en el genio del bien y en el genio del mal. Subiendo hasta el orígen de esta doctrina, se la verá formulada en el sistema de Pitágoras, y mas tarde personificada en Ormuzdo y Zerdaste, dioses persas. Con todo fué obra de Manes, el que de estos elementos paganos logró componer una *teogonía*, que hasta cierto punto se adaptaba á los dogmas del cristianismo. Reconocia ó predicaba dos dioses eternos, nacidos de sí mismos, opuestos el uno al otro; el uno principio del bien, á quien llamaba Luz, y el otro principio del mal, á quien llamaba Tinieblas. El alma humana era una centella de la luz, y el cuerpo una partícula de las tineblas. Venian despues emanaciones y generaciones de principios que Manes habia sacado del gnosticismo.

11. La presencia de Manes en Carrhas habia traido un inmenso auditorio á las conferencias que abrió con el santo obispo Arquelao. A pesar del prestigio de su nombradía y el arte infinito de su palabra ó elocucion, á lo cual debia Manes su nombre, porque Manes en lengua pérsica quiere decir hijo de la elocuencia, el heresiarca fué vencido por la sencilla ló-

gica y ardiente fe del obispo. Este triunfo, acogido por toda la asamblea con los mayores aplausos, fué tan señalado que Turbon, discípulo favorito de Manes, abandonó á su maestro y se puso en manos de Arquelao.

El nuevo Paracleto, porque tambien se daba este nombre Manes, tuvo aun menos éxito, si es posible, en otra conferencia con un santo sacerdote de un lugar vecino, llamado Diodoro. La gente, reunida para presenciar esta lucha de la verdad contra el error, tomó tan decididamente partido por la verdadera doctrina, que persiguió al heresiarca y le amenazó llevarlo preso al rey de Persia. Manes pudo escaparse, y se retiró á una fortaleza de la frontera. No tardó en ser prendido por los soldados del rey de Persia, el cual le hizo despellejar vivo con puntas de caña, para vindicar el asesinato del carcelero. Su cuerpo fué abandonado á los perros y aves carnívoras; y su pellejo, disecado, fué puesto en la puerta de la ciudad, en donde se guardaba aun en tiempo de san Cirilo y de san Epifanio. Manes fué ajusticiado el año 284.

Hemos anticipado estos acontecimientos para ir relatando consecutivamente lo que la historia nos ha dejado escrito de mas importante de la vida y acciones de Manes. Su doctrina no murió con él, y la veremos frecuentemente en lucha con la fe de la Iglesia.

12. Aureliano, llegado al imperio en 270, se mostró favorable á los cristianos en un principio; pero poco despues, llevado de la idea de hacer su nombre memorable con la destruccion de una religion que veia extenderse con tanta rapidez por todas las provincias del imperio, se hizo su cruel perseguidor. La primera vez que quiso firmar el edicto de persecucion, cayendo un rayo á su lado, le arrancó la pluma. Este aviso tan terrible del cielo no bastó para hacerle mudar sus sanguinarios proyectos, y algunos años despues, en 274, publicó la nona persecucion general de la Iglesia. Como si hubiese querido el Señor medir los años de su reinado con la duracion de su proteccion á los cristianos, apenas si habian pasado ocho meses de su fatal proyecto, cuando marchando

al Oriente con designio de hacer la guerra de la Persia, fué muerto por uno de los comandantes de su ejército entre Heraclea y Bizancio : así es que aun no habia tenido tiempo de hacer llegar sus edictos á todas las provincias lejanas. Sin embargo bastaba que fuesen conocidas sus intenciones hostiles contra los cristianos para que hubiese gran número de mártires. Las Galias, en donde habia firmado el edicto de persecucion, fueron la provincia del imperio en donde hubo mas. Santa Colomba en Sens, san Patroclo y san Saviniano en Troyes, san Reverieno en Autun, san Prisco en Auxerre, fueron todos mártires célebres. La Italia tuvo tambien sus víctimas : San Agapito de Palestrina, santa Restituta de Sora, en el Lacio, san Félix, san Ireneo y santa Mustiola de Sutri, dieron su vida por Jesucristo. En el Oriente la historia nos ha conservado los nombres de los santos mártires Conon y Mamas.

13. El papa san Félix I estaba naturalmente designado por su dignidad á las vejaciones de la persecucion. Murió en sus tormentos el 22 de diciembre de 274. El Pontifical le atribuye haber renovado la antigua ordenanza de celebrar el santo sacrificio de la misa sobre las tumbas de los mártires. Ordenó tambien consagrar los altares y poner en ellos reliquias de mártires : gobernó la Iglesia cinco años, y fué enterrado en el cementerio de la via Aureliana, en el sitio donde fué despues consagrada una iglesia por Félix II, á dos millas de Roma.

§ III. SAN EUTIQUIANO, PAPA (4 de enero de 275-7 de diciembre de 283).

14. Se nombró por sucesor de san Félix á Eutiquiano, el 4 de enero de 275. Habia concluido entonces mismo la nona persecucion general con la vida de Aureliano, y san Félix II habia sido su última víctima : tormenta pasajera, precursora de otra que fué la mas terrible de todas cuantas hasta entonces habian batido en sus furiosas olas el bajel de la Iglesia. Bajo el gobierno de Eutiquiano los fieles respiraron y vivieron en paz, en tanto que la púrpura del imperio iba pasando como por turno de uno á otro por los emperadores Tácito, Probo, Caro, Carino

y Numeriano, á los cuales hacia subir al trono el capricho de los pretorianos, para luego llevarlos al cadalso. Los Bárbaros, bajo los nombres de Gépidas, Juthongos, Vándalos, Blemios, Alanos, Godos, Francos, Burguiñones, etc., se aprovechaban de esas rápidas sucesiones de emperadores para desmembrar el imperio. Vencidas estas hordas algunas veces en combates gigantescos en que quedaban tendidos en el campo de batalla hasta cuatrocientos mil combatientes, vomitaban muchedumbres innumerables en la Siria, en el Asia menor, en la Tracia, sobre el Bósforo ; y en Occidente, en la Gran Bretaña, Alemania, las Galias, España y las fronteras de Italia. El cristianismo ganaba en potencia con las pérdidas del imperio. Los Bárbaros no hallaban en el mundo romano sino una sola cosa viva y fuerte : la fe de los cristianos ; y poco á poco se acostumbraban á doblegarse bajo su influencia misteriosa.

15. Santos obispos iban sucediéndose en las sillas de las grandes capitales. En Antioquía, san Cirilo borraba los últimos restos de la herejía de Pablo Samosateno, y reconciliaba con la Iglesia al sacerdote san Luciano, extraviado algun tiempo por el error y luego uno de los mártires de la persecucion de Diocleciano (279). En la misma época, un patriarca de la ciencia y de las virtudes cristianas, Doroteo, sacerdote de Antioquía, ofrecia á la edad de 105 años el espectáculo de una vida pasada en el estudio y práctica de una religion que hacia su honra y su gloria. Profundamente versado en las humanidades, habia dedicado sus conocimientos á la interpretacion de la Escritura, que leia y explicaba en el texto original. Murió colmado de años y de méritos, dejando reputacion de uno de los mas sabios doctores de su tiempo. — Alejandría, bajo el gobierno de su obispo Theonas, mantenia su nombradía antigua. Achilas ocupaba la cátedra de Clemente y de Orígenes. Era profundo filósofo y cristiano fervoroso. Otro sacerdote, Pierio, era tambien catedrático : rico de tesoros de ciencia que habia recogido con su inmensa aplicacion y talento, vivia pobre ; dialéctico enérgico, aplicaba á la teología el método que habia aprendido en los antiguos filósofos, y

merecia al mismo tiempo por su elocuencia el dictado de nuevo Orígenes. — En el Ponto, el santo obispo Melecio era llamado la *miel ática*, por causa de la dulzura y elegancia florida de sus palabras.

16. En ese mismo tiempo, edificaba la ciudad de Nola, en Campania, un santo confesor cuyas virtudes y gloriosa muerte le hicieron célebre. Félix, sacerdote, habia sido encarcelado en la persecucion de Decio, mientras que san Máximo, su obispo, habia podido hallar un albergue en el desierto á diligencia de Félix. Este, milagrosamente libertado, comparece en medio de sus conciudadanos admirados. La persecucion de Valeriano le obligó á esconderse en una cisterna seca, á donde una pobre mujer le llevaba diariamente un poco de pan para alimentarlo. La soledad desarrolló prodigiosamente en el alma de Félix las facultades meditativas; y de regreso á su patria, despues de la muerte de Valeriano, rehusó el obispado que le ofrecian los fieles, para entregarse totalmente á la contemplacion de las cosas divinas. Su lenguaje era lleno de gravedad y sublimes ideas; y le atraia un inmenso auditorio el ministerio de la predicacion, que sola le decidia á dejar la soledad: mas acabada la predicacion, vivia en un jardin aislado que cultivaba con sus propias manos, y cuyos frutos partia con los pobres. Solo llevaba un vestido que frecuentemente cambiaba con el de un mendigo; y cuando se le instaba sobrado para que recibiera presentes opulentos, respondia sonriéndose que solo anhelaba ser rico de la gracia de Cristo y de sus bienes eternos. Acabó así la peregrinacion terrenal en una vejez feliz, y fué enterrado en su amada soledad, á la que deseó permanecer fiel aun despues de su muerte.

17. Paralelamente á estos ilustres confesores de la fe, tenia el error sectarios fogosos. Hermias en el Egipto, Adas ó Adimante en la Siria y Palestina, Thomás en la Persia y aun en la India, todos tres discípulos de Manes, propagaban las doctrinas de su maestro. Los obstáculos que encontraban en esta obra de tinieblas no hacian sino animarlos mas y mas, y esta zizaña que el enemigo echaba por sus manos en el campo del

padre de familias, fructificaba en la sombra. Aparentes austeridades, y la hipocresía con que disimulaban lo que tenian de impío sus creencias, les granjeaban prosélitos: se acostaban sobre esteras de junco ó de cañas; tenian dias de ayuno y de abstinencia particulares suyos; afectaban, ante los simples, honrar á la santísima Vírgen y las reliquias de los santos, cuando por otra parte miraban este culto como profano y supersticioso. Con tales medios lograron extender tanto su error, que en tiempo de san Agustin estaba esparcido por todo el universo, y aun este grande ingenio, antes de su conversion, fué presa suya.

18. El papa san Eutiquiano murió el 7 de diciembre de 283, despues de haber gobernado la Iglesia cerca de nueve años. Fuera de algunas crueldades particulares que de su propio movimiento ejecutaban algunos gobernadores de provincia, gozaron de paz los fieles durante todo su pontificado. Los santos Trofimo, Sabas y Dorimedon, en Antioquía de Pisidia, son los solos mártires cuyos nombres nos conserve la historia de esta época. Aun no habia llegado la hora de la gran persecucion. San Eutiquiano prescribió en ciertas circunstancias la bendicion de frutos y de ramas de árboles: instituyó, segun Burio, el ofertorio de la misa: quiso que los fieles que se habian casado con una mujer aun no bautizada, tuviesen el derecho ó de repudiarla ó de guardarla segun su conciencia, en lo cual no derogaba ni traspasaba las leyes romanas del tiempo (1). Lleno de solicitud por la conservacion de las reliquias de los mártires, mandó que estuviese su cuerpo amortajado siempre en un *colobio* ó dalmática encarnada; pero antes se les envolvia en telas blancas teñidas de su sangre. San Eutiquiano fué enterrado en el cementerio de Calixto; luego trasportado á la ciudad de Luni, su pueblo nativo. Despues de la ruina de esta poblacion por los Bárbaros, fué depositado en Savona, á donde se transfirió la silla episcopal de Luni.

(1) *Historia de los soberanos Pontífices romanos*, por el caballero Artaud de Montor, tom. I, p. 129.

§ IV. SAN CAYO, PAPA (16 de diciembre de 283-22 de abril de 296).

19. Fué elegido papa san Cayo el 16 de diciembre de 283. Una cosa singular y notable ocurre acerca de Cayo. Su familia, de orígen dálmata, estaba emparentada bastante de cerca con el que mas tarde fué el emperador Diocleciano, el cual, siendo en su principio esclavo del senador romano Anulino, se divertia en matar á todos los jabalíes del bosque de su amo, porque una druidesa de Tongres le habia prometido la púrpura de *sanguine Apri*. Apenas logró encontrarse con Áper, prefecto del pretorio, le atravesó con su espada exclamando: « Ya he matado al jabalí fatal. » La Providencia destinaba á dos miembros de la misma familia á dos soberanías bien diferentes: la una compraba con un asesinato una corona que habia de teñir con sangre de millares de cristianos; y la otra alcanzaba por sus virtudes un trono espiritual que sus antecesores habian pagado con su sangre propia. Estos dos acontecimientos se sucedian á un año de diferencia, pues que el nombre de Diocleciano fué inscrito en los fastos del imperio el año 284. Tal vez puedan atribuirse al parentesco del papa y del emperador los catorce años que mediaron entre el advenimiento de Diocleciano al trono y la décima persecucion general, que mandó mas tarde contra los cristianos. No quiere decir esto que se haya pasado tranquilo para los cristianos todo este intervalo; porque los edictos de Aureliano aun no se habian revocado, y era mirada como secta enemiga del imperio la religion de Jesucristo, de cuya persecucion se honraban los gobernadores. Por otra parte, Diocleciano se habia asociado al imperio un hijo de un pobre menestral de la Panonia, el cual bajo el nombre de Maximiano Hércules se vió creado á la vez César, pontífice soberano y dios. Diocleciano se reservó el Oriente y dejó el Occidente al nuevo César. Este último profesaba el odio mas encarnizado contra los cristianos, y no perdia ocasion de perseguirlos: no podian faltar mártires á su crueldad.

20. La Iglesia de Roma contaba entonces entre sus mas

fervorosos fieles un oficial distinguido del ejército imperial, capitan de una compañía de guardias pretorianas, llamado Sebastian, natural de Narbona en las Galias. Visitaba este los cristianos encarcelados por la fe, les ayudaba con su crédito é influencia, animaba á los flacos, y exhortaba á los paganos, que convertia en gran número á la religion cristiana, con sus ejemplos y su palabra. El prefecto mismo de Roma, llamado Cromacio, toda su familia, sus clientes y esclavos, todos en número de mil cuatrocientas personas, recibieron el bautismo por sus diligencias y celo. La casa de Cromacio era como un templo, en donde el papa san Cayo celebraba los sagrados misterios, y distribuia á estos neófitos el cuerpo de Jesucristo y el pan de la palabra evangélica. Los progresos del cristianismo hacian sombra á Maximiano Hércules. Para evitar una persecucion abierta, Cromacio, á quien retenia en Roma su cualidad de senador, pidió y obtuvo del emperador, so pretexto de restablecer su quebrantada salud, el permiso de retirarse en sus posesiones de la Campania. Llegado el dia de la separacion, Cayo vino por la última vez á ofrecer el santo sacrificio en aquella casa bendita. Tomando en seguida la palabra, dijo: « Nuestro Señor Jesucristo, conociendo la fragilidad humana, » ha establecido dos grados entre los que creen en él, los » confesores y los mártires, á fin de que los que no se crean » bastante fuertes para sobrellevar el peso de una persecu» cion se retiren; y dejando la principal gloria á los solda» dos de Cristo, puedan al menos asistirles en sus comba» tes. Los que gusten seguir á Cromacio y su hijo Tiburcio, » váyanse con ellos al retiro; los que tengan el valor del » martirio, que se queden conmigo en Roma. La distancia » no puede separar corazones unidos por la gracia de Cristo, y » si nuestros ojos no os pueden ver ya mas, estaréis continua» mente presentes á las miradas interiores de nuestra alma. » Era Gedeon, no reservándose para el combate sino los mas bravos. Tiburcio le respondió : « Yo os conjuro, oh Padre y » Obispo de los obispos, no me mandeis huir de la persecu» cion : todo mi deseo es dar mi vida por mi Dios. ¡Ojalá

» pudiera ofrecerle mil. » San Cayo cedió llorando á las plegarias de este noble y heróico jóven, y la asamblea se separó: unos siguieron á Cromacio para la Campania, y otros se quedaron en Roma con el papa. San Sebastian fué uno de ellos. — Otro oficial del emperador, Cástulo, intendente de los baños, los recibió en el palacio mismo del emperador, en donde se creyó san Cayo mas seguro que en ninguna otra parte. Maximiano comenzaba en efecto á perseguir á los cristianos. Santa Zoe, señora piadosa que iba á rezar al sepulcro de san Pedro y san Pablo el dia de su fiesta, fué conducida presa al magistrado, el cual no habiendo podido obligarla á sacrificar á los dioses, la hizo colgar á un árbol por sus cabellos, y mandó encender á sus piés un fuego de estiércol que la ahogó. Se le ató en seguida al cuello una gran losa y la echaron al Tíber, « por miedo de que los cristianos no la hagan diosa », decian los paganos. Nicostrato, primer secretario de la prefectura de Roma, esposo de santa Zoe, Tranquilino, Claudio, Castor, Victorino y Sinforiano fueron prendidos como cristianos: el prefecto de Roma los hizo echar al mar todos. Tiburcio, el valeroso hijo de Cromacio, fué preso por la perfidia de un falso hermano pagado por la policía imperial para hacer papel de espía en las asambleas de los cristianos. ¡Cómo! decia Tiburcio á los magistrados, ¡porque no quiero adorar á una prostituta en la persona de Venus, al incestuoso Júpiter, al inmoral Mercurio, y á Saturno, el asesino de sus hijos, yo deshonro mi familia, yo soy un infame! Este héroe fué decapitado. Cástulo, el noble hospitalario de los cristianos, víctima de la misma traicion que Tiburcio, fué puesto al tormento y en fin echado vivo á un foso que llenaron de arena sobre su cuerpo. San Sebastian, con su uniforme de capitan de las guardias pretorianas, no habia cesado de visitar á los mártires y de animarlos en sus tormentos, y aun de recoger sus restos mortales. Maximiano Hércules, que habia mandado todos estos suplicios, acababa de pasar á las Galias para combatir una formidable insurreccion de los Bagaudas, paisanos de la Bélgica, que comenzaban una guerra muy semejante á las de los paisa-

nos de Francia en la edad media. Hase dicho, mas sin pruebas, que Eliano y Amando, sus jefes, eran cristianos. Las excesivas contribuciones de los gobernadores romanos habian armado estas legiones rústicas contra sus inexorables dueños. Por ausencia de Maximiano Hércules, fué delatado san Sebastian á Diocleciano mismo, como fautor de las impiedades cristianas. El capitan de las guardias compareció pues ante el emperador, que le echó en cara el pagar con ingratitud sus propios beneficios y el valerse contra el gobierno de la autoridad misma que habia este depositado en él. Sebastian respondió que no habia cesado de ser fiel á sus deberes y de rogar por la salud del príncipe y del imperio; pero que, desde mucho habia, reconociendo la locura de adorar dioses de tierra, habia dirigido sus plegarias al verdadero Dios, que está en los cielos, y á su hijo Jesucristo. Diocleciano, irritado de este lenguaje, hizo venir una compañía de ballesteros de la Mauritania, que servian entre sus guardias. Se desnudó á Sebastian, y los ballesteros le atravesaron con flechas de todos lados. Se le dejó por muerto en el mismo lugar. Irene, viuda de san Cástulo, vino por la noche á llevarse el cuerpo del mártir. Como respiraba aun, le transportó á su casa, al palacio mismo del emperador; y algunos dias despues, Diocleciano quedó espantado de hallar, en medio de los cortesanos puestos en fila á su paso en la escalera de honor, á Sebastian, su capitan de guardias. El emperador, furioso, le hizo conducir inmediatamente al hipodromo del palacio, en donde el santo mártir fué magullado y muerto con garrotes : su cuerpo fué arrojado á un albañal, de donde le sacaron los cristianos (año de 288).

21. El cristianismo lo habia invadido todo, hasta la guardia imperial. Maximiano Hércules ponia todo su cuidado en quitar de entre sus soldados todo género de propaganda cristiana, sobre todo en el momento en que marchaba contra los Bagaudas, cuyos jefes, con razon ó sin ella, se decia eran cristianos. Se detuvo, atravesando los Alpes, en una aldea llamada Octodura, hoy Martinach, en el Valais, para dejar algun descanso á sus tropas. Se juntó con él allí la legion Tebana, que Diocleciano

habia mandado venir del Oriente para reforzar su ejército. Esta legion, compuesta toda de cristianos, habia sido acantonada en Agauna, al pié del monte llamado hoy el Gran San Bernardo. Maximiano Hércules quiso emplearla como á las demás en ir en busca de los cristianos del país, á los cuales hacia morir. La legion Tebana se negó abiertamente á obedecerle en esta órden. Maximiano respondió á esta desobediencia haciéndola diezmar. Se pusieron en línea, al azar, todos los soldados que la componian en varias filas de frente. Los ejecutores fueron pasando contando los soldados, y cada décimo era decapitado. Lo que quedó de esta legion no obedeció tampoco á las órdenes de Maximiano. Se diezmó segunda vez la misma legion, pero sin mas resultado que la primera vez. El César, irritado, quiso mas comprometer el buen éxito y honor de sus armas que parecer ceder á lo que él llamaba terquedad de los amotinados. Sin aguardar respuesta á la exposicion que la legion habia hecho y enviado á Diocleciano, la hizo reunir toda en un vallejo que mandó cercar por sus tropas, é hizo asesinar en su presencia á toda esta muchedumbre de héroes, que se dejaron degollar por el nonbre de Jesucristo, de quien eran soldados, antes que serlo del emperador.

22. El viaje de Maximiano Hércules al través de las Galias se parecia á una matanza general de los cristianos. A su paso por Marsella, un oficial cristiano llamado Víctor, habiendo rehusado delante del César sacrificar á los dioses, fué arrastrado por las calles, atado de piés y manos y expuesto á las injurias y ultrajes del vil populacho. Aplicado al potro, y echado en lo hondo de un calabozo subterráneo, Víctor convirtió á los soldados que le guardaban, y los hizo bautizar en la noche. Por la mañana siguiente estos nuevos cristianos fueron decapitados por órden de Maximiano en su presencia. Respecto de Víctor, se le colgó á una viga y se le azotó con nervios de buey, hasta que cansados ya los verdugos, le echaron moribundo á su mismo calabozo. Maximiano Hércules trató de vencer la paciencia del mártir con la duracion y diversidad de los suplicios. Tres dias despues le hizo traer á su presencia, mostrán-

dole unas trébedes sobre un altar portátil, y le mandó pusiera incienso en honor de Júpiter. Víctor se arrimó al altar como para obedecer, y de un puntapié derribó el altar y las trébedes. Furioso el emperador le hizo cortar el pié. Se le puso despues bajo la muela de un molino de brazos, que los verdugos hacian volver lentamente para quebrantarle poco á poco los huesos. Durante esta horrible operacion se rompió la máquina; mas para acabar pronto, Maximiano hizo cortar la cabeza á este cuerpo tan mutilado y herido: arrojaron la cabeza y el cuerpo al mar; pero las olas los trajeron á la orilla, y estos restos preciosos, recogidos por los cristianos, fueron depositados envueltos en una gruta tajada en viva roca.

23. Arles tuvo tambien su mártir célebre en san Ginés, escribano del tribunal proconsular, el cual no pudiendo decidirse á copiar las injustas sentencias dictadas contra los cristianos, arrojó á sus piés las planchitas de cera en que escribia, se escapó y pasó á nado el Ródano. Alcanzado en la otra ribera, se declaró cristiano y pagó con su cabeza esta generosa y heróica confesion. — Cada paso de Maximiano estaba señalado con nuevas víctimas. Santa Fidelia, vírgen, de Agda; san Caprasio, obispo de Agen; Tiberio, Modesto y Florencia, en Viena de Francia; Ferreol, tribuno militar y uno de sus soldados llamado Juliano, en Briouda; Vicente, Víctor y Oroncio, en Embrun; en Nantes, san Donaciano y Rogaciano, dos hermanos de ilustre nacimiento, fueron degollados despues de haber padecido todo género de tormentos. — La Bélgica fué sobre todo teatro especial de la crueldad de Maximiano Hércules, con horrible cooperacion, en sus proyectos sanguinarios, de Riccio Varo, gobernador de la Galia Bélgica, que comprendia parte de la Francia septentrional actual. Los principales mártires fueron: en Amiens, el obispo san Fermin, Victorico, Luciano y Genciano su huésped; en Augusta, capital del Vermandois (Picardía), ciudad despues arruinada, san Quintin; en Soissons, san Crispin y san Crespiniano; en Tornay, san Piato, sacerdote; en Fismes, cerca de Reims, la vírgen santa Mecra; en Louvre, cerca de Lutecia (París), san Justo ó

Justino; y en fin, un número infinito en Tréveris, residencia ordinaria de Riccio Varo. — El Oriente, aunque mas tranquilo, tuvo tambien procónsules que se señalaron por sus crueldades contra los cristianos. Lisias, gobernador del Asia menor, mostró allí la misma inhumanidad que Riccio Varo en el Occidente, y los dos nombres se adquirieron una tristísima celebridad en los martirologios de aquella época. Claudio, Asterio y Neon, Domnina y Teonila, los dos ilustres hermanos san Cosme y san Damian, médicos de la ciudad de Egeo en la Licia, padecieron martirio por sus órdenes.

24. Hácia el año 290, tomaba nacimiento en Egipto una nueva secta, cuyo autor se llamaba Hierax, de Leontópolis: era hombre de vida austera, de rígidas costumbres, no alimentándose de nada que hubiera vivido, y absteniéndose de vino. Parecíase á esa clase de espíritus exagerados en sus miras que pretendian imponer á todos los cristianos un género de vida, santo en sí mismo, pero al cual no todos son llamados. El rigorismo de sus principios le condujo á no ver en el cuerpo sino una emanacion del genio del mal, y bajo de este aspecto se semeja á los Maniqueos, entre los cuales le cuenta Baronio. Partió de esta base para negar la resurreccion de la carne, aplicando los textos mas formales de la Escritura á la resurreccion espiritual del alma. Condenaba el matrimonio, y no admitia á su comunion sino á las personas vírgenes, excluyendo á todos los demás del reino de los cielos. Desechaba tambien la doctrina de la Iglesia sobre los niños bautizados, muertos antes del uso de razon, y pretendia que no podian entrar en el cielo, ni ser coronados, pues que no habian combatido. Se encuentran además en sus escritos errores contra la santísima Trinidad, cuyo misterio, segun la marcha ordinaria de los herejes, queria explicar ó ilustrar con imágenes é ideas humanas. Y así, comparaba las tres personas divinas á tres torcidas encendidas en la misma lámpara y con el mismo aceite: lo que parece indicar una sustancia distinta en las tres personas. La regularidad de sus costumbres, la erudicion que desplegó en sus obras, arrastraron gran número de cristianos

á esta falsa doctrina, y cuando murió con la pluma en la mano, de edad de mas de noventa años, la secta de los Hieracitas era una de las mas considerables del Egipto. No se ve que la Iglesia le haya condenado antes del concilio de Nicea, que respondió victoriosamente, en particular á los errores sobre la Trinidad, con la magnífica y apropiada expresion : *Lumen de lumine*, aplicada á la generacion del Hijo de Dios.

25. En tanto que Maximiano Hércules multiplicaba los mártires para ahogar en su sangre la religion de Cristo, un famoso retórico de Suia, en la África proconsular, estudiaba en silencio esta religion tan perseguida. Entró en fin la verdad en su alma, que hasta entonces estaba tan sínceramente afecta al paganismo : él mismo confiesa ingenuamente que era idólatra práctico y de buena fe. « Cuando yo divisaba bandas » coloradas en el hueco de un árbol, ó piedras rociadas de » aceite, las adoraba y les suplicaba como si realmente tuvie» sen una virtud secreta, y yo me dirigia muy gravemente á » un tronco. » Venció en fin la gracia, y Arnobio pidió el bautismo. Para prueba inequívoca de su conversion, no vaciló en quemar públicamente lo que habia adorado. Escribió pues, con vigoroso y enérgico estilo, siete libros contra la idolatría, en los que responde á todas las objeciones de los paganos contra la Iglesia. El escándalo de la Cruz arredraba sobre todo á los Gentiles. « Vuestro Dios, decian estos á los cristianos, » ha muerto en un patíbulo. — Y ¿qué importa? responde » Arnobio : Pitágoras fué quemado vivo ; Sócrates condenado » á beber la cicuta ; Régulo pereció con el mas cruel suplicio ; » y ¿han quedado deshonrados por ello? El delito es lo que » constituye la infamia, mas no la pena. — Habeis hecho de » Baco un dios, porque ha enseñado á los hombres el uso del » vino ; de Céres una diosa, porque trajo el uso del pan. » ¿Qué honores no merecerá pues Jesucristo, aun cuando » solo fuera un hombre, por haber traido al mundo la ciencia » mas necesària al género humano, y habernos enseñado á » conocer á Dios, al mundo y á nosotros mismos? Pero Cristo » no es un hombre ; Jesucristo es Dios, Dios sobre todas las

» cosas, Dios por la raíz de su ser. Lo repito, á pesar de vues-
» tra sonrisa é injurias, y aun cuando no tuvierais ya oidos para
» oirla, Jesucristo es Dios, Dios apareciéndosenos bajo la forma
» de un hombre. Teneis vosotros la prueba mas convincente é
» incontestable á vuestros ojos mismos. Mirad en cuán poco
» tiempo se ha esparcido esta religion por toda la tierra. ¿Hay
» nacion tan bárbara que no la haya dulcificado ella? ¿que no
» haya sido civilizada por ella? Considerad esa muchedumbre
» de hombres de ingenio, oradores, gramáticos, jurisconsultos,
» filósofos, que solicitan sus lecciones, y abjuran por ella las
» creencias de toda su vida. Cuanto mas multiplicais las ame-
» nazas y suplicios contra esta religion, mas se aumenta ella.
» Os servís de verdugos, de garfios de hierro para estorbar
» que crean; y estos garfios de hierro y estos verdugos son un
» nuevo atractivo para creer en Cristo, y preferir su doctrina á
» todos los bienes del mundo. ¿No veis en eso que el dedo de
» Dios está allí? — Os mofais de nuestra credulidad, de la
» propension á aceptar la fe. Pero yo veo que todo en el mundo
» comienza por la fe. Vosotros mismos, en el órden intelectual,
» dais fe á las palabras de tal ó tal filósofo. Nosotros tenemos
» fe en Cristo, porque ha probado con milagros patentes é
» irrefragables su divina mision, la verdad de su doctrina. Y
» vuestros filósofos, decidnos ¿qué milagros han hecho? ¿Quién
» hay entre ellos que con sola su palabra haya calmado tem-
» pestades, haya vuelto la vida á los muertos y dado la vista
» á los ciegos? » — Toda la obra de Arnobio está sembrada de semejantes rasgos. Escribia en el primer fervor de su conversion, y cuando solo era aun catecúmeno y poco instruido en las verdades de la fe. Esta circunstancia explica porqué se encuentran en su obra algunas inexactitudes y aun algunos errores que no se ha tenido por prudente echar en cara al autor por causa de su situacion particular. La mayor gloria de Arnobio ha sido la de haber tenido por discípulo á Lactancio, á quien se llamó el Ciceron cristiano.

26. No se creia Diocleciano bastante robusto para sobrellevar, aun con la ayuda de Maximiano Hércules, el peso de un

imperio disputado de todas partes por los Bárbaros : se resolvió pues á crear dos nuevos Césares para colocarlos sobre las fronteras, y fiar á su cuidado la guardia del Rhin y del Danubio. Los nuevos señores del mundo, á quienes llamaba al trono la voluntad de un esclavo coronado, eran Constancio Chloro y Galerio. El primero repudió á la princesa Helena, de la cual habia tenido un hijo, que fué despues Constantino Magno, para casarse con Teodora, hijastra de Maximiano Hércules. Se ve ya entre esos nombres de los perseguidores de la Iglesia alborear los destinos con que un dia se enlazaria la victoria de la Iglesia. — Galerio casó con Valeria, hija de Diocleciano; y era un César mas bien bárbaro que romano. Su madre, esclava venida del otro lado del Danubio, le habia dado todo el tipo de las naciones salvajes de la Dacia. Su estatura era colosal; la mirada, la voz, el gesto, sus ademanes, todo era terrible. Los cuatro nuevos Césares se establecieron, Diocleciano en Nicomedia, Maximiano en Roma, Constancio Chloro en la Gran Bretaña, y Galerio en Tréveris.

27. Para consolarse Diocleciano de la particion del imperio, modeló su corte sobre las magnificencias de la del gran rey. Se dió á sí mismo el dictado de *Júpiter;* en lugar de la corona de laurel, ciñó sus sienes con la diadema, y añadió á su manto de púrpura un vestido de oro y seda. Todo el que habia de presentarse ante su acatamiento tenia que postrarse y adorarle. Se hizo dar el tratamiento de *Vuestra Eternidad,* título que tuvieron gran empeño en conservar sus sucesores, á pesar de que pasaban como sombras. Sin embargo, permitia el que los cristianos pudiesen acercarse muy desahogadamente á su persona. Muchos de ellos ocupaban puestos importantes, tales como Doroteo, Gorgonio, san Pedro y Luciano, el cual era mayordomo ó gentil-hombre de palacio. Conservamos aun las instruccciones que dirigia á este último san Theonas, obispo de Alejandría, y que no son la página menos interesante de la historia eclesiástica de esta época. Es digno de notar cómo la Iglesia por voz de sus obispos mandaba á sus hijos la obediencia, respeto, celo y afecto á los príncipes, en cuyo nombre era

perseguida la religion. San Theonas exhorta al gentil-hombre y á todos los oficiales cristianos á congraciarse con su señor por la regularidad y presteza de su servicio, y al mismo tiempo con la jovialidad y amor de su carácter, « para que, dice, el so- » berano, cansado de los negocios del Estado, encuentre gozo » y descanso en la mansedumbre, exactitud, paciencia, amabi- » lidad y franqueza de sus criados. Se han de mirar sus órde- » nes, cuando no vayan contra Dios, como órdenes de Dios » mismo. » No quiere que por dinero ni por ninguna otra influencia interesada den malos consejos al príncipe, ni vendan su crédito ó hagan prevalecer la injusticia. Les recomienda mucho evitar rivalidades, odios, envidias, disputas é intrigas; no mezclarse nunca en cosas de los partidos que se disputan la influencia en las cortes y tribunales, y malgastan el tiempo en cuestiones de vanidad personal, empleando su talento en necedades, en lugar de hacerlo en pro del bien público. Les exhorta á mostrarse afables, prontos á prestarse servicios, á tener miramiento con los hombres de mérito, y valerse en fin de su influencia para bien de todos. El cristianismo habia hecho tantos progresos en la corte de Diocleciano, que la emperatriz Prisca y su hija Valeria recibieron el bautismo, y Constantino, educado ó criado en lo interior de palacio, aprendió y se acostumbró á amar la piedad cristiana, de la cual hizo mas tarde tan sincera profesion.

28. El 22 de abril de 296 murió el papa san Cayo, despues de haber gobernado la Iglesia durante doce años. Confirmó por decretos el uso de que los clérigos pasasen por los siete grados inferiores de la Iglesia, durante cierto tiempo, antes de poder ser instituidos obispos. San Cayo ha merecido los elogios de la antigüedad por su tino y celo en el gobierno durante época tan espinosa: tuvo una prudencia y virtud sobrenatural: su cuerpo fué depositado en el cementerio de Calixto.

CAPITULO XIV.

SUMARIO.

§ I. San Marcelino, papa (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. Eleccion del papa san Marcelino (30 de junio de 296). — 2. Galerio comienza la persecucion. — 3. Cisma de los Melecianos. Concilio de Elvira, ó Iliberitano. — 4. Décima persecucion general bajo Diocleciano (303). — 5. Cuadro general de la décima persecucion. — 6. Mártires de la casa del emperador. Los sofistas. Hierocles. — 7. Mártires del Oriente. — 8. Mártires del Occidente. — 9. Martirio del papa san Marcelino (24 de octubre de 304).

§ II. Vacante de la Santa Sede romana (24 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. Continuacion y fin de la persecucion de Diocleciano en Occidente. — 11. Martirio de san Ginés. — 12. Abdicacion de Diocleciano. — 13. Maximino Daya. — 14. Continuacion de la persecucion en el Oriente. — 15. Conciliábulo de obispos *traditores* en Cirta. Cánones de san Pedro, patriarca de Alejandría.

§ III. San Marcelo, papa (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Eleccion del papa san Marcelo. — 17. Constantino proclamado emperador por las legiones de la Gran Bretaña. — 18. San Metodio, obispo de Tiro. — 19. San Antonio. — 20. Muerte del papa san Marcelo.

§ IV. San Eusebio, papa (2 de abril de 310-26 de setiembre de 310).

21. Eleccion, destierro y muerte del papa san Eusebio.

§ V. Vacante de la Santa Sede romana (26 de setiembre de 310-2 de julio de 311).

22. Últimos crímenes y suplicio de Maximiano Hércules. — 23. Edicto de Galerio, favorable á los cristianos. Muerte de Galerio. — 24. Libertad de los presos cristianos en Oriente.

§ VI. San Melquíades, papa (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Eleccion del papa san Melquíades. — 26. Cisma de los Donatistas en Cartago. — 27. Maximino Daya trata de renovar la persecucion, á pesar de los edictos de Galerio. — 28. Guerra entre Constantino y Maxencio. El Lábaro. Victoria de Constantino. — 29. Edicto de Constantino proclamando la religion cristiana religion del imperio. — 30. Concilio de Roma, en el palacio de Letran, contra los Donatistas. — 31. Muerte del papa san Melquíades. — 32. Fin de la primera época de la historia eclesiástica.

§ I. San Marcelino, papa (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. El 30 de junio de 296, Marcelino, sacerdote de Roma, fué dado por sucesor á san Cayo. Teodoreto hace de este papa

el mayor elogio, diciendo que se mostró tan fuerte como la persecucion sobrevenida en su tiempo. Dios le reservaba en efecto la gloria de ser una de las primeras víctimas de esta última y terrible tormenta, que, segun todas las probabilidades humanas, debia haber aniquilado para siempre jamás á la Iglesia al principio del cuarto siglo. Los Donatistas osaron sin embargo atacar su ilustre memoria. En su conciliábulo de Cartago, en 411, produjeron las actas supositicias de un falso concilio de Sinuesa, que acusaban á san Marcelino de haber entregado á los perseguidores las cosas sagradas y los libros de la sagrada Escritura. Pero la antigüedad católica le ha vindicado suficientemente de esta calumnia (1). El pontífice que presentó tan generosa como valerosamente su cabeza á los tiranos y que murió por la fe, es sobrado superior para que le alcancen semejantes ataques, que no merecen serio exámen.

2. Galerio, ese Dacio coronado, habia heredado de su madre, adoradora de los dioses de los bosques, un odio implacable contra el cristianismo. Sus primeros combates no habian sido felices. Enviado por Diocleciano contra Narses, rey de

(1) Bossuet, en su *Defensa de la Declaracion del clero galicano* (lib. IX, cap. 32), se expresa sobre san Marcelino y el concilio de Sinuesa en los términos siguientes : « Quid dicam de Marcellino, quem thurificasse multi crediderunt? Quid de illa, quam adversus eum collectam memorant, Sinuessana synodo trecentorum episcoporum? Falsane, an vera sit, nihil hic nostra refert. Veram eam esse plerique canonistæ per trecentos annos existimarunt, eoque exemplo pro certo habuerunt, quibusdam in causis synodum ultro convenire posse, non quidem ad judicandum, sed ad convincendum atque increpandum summum Pontificem, ut saltem pudore victus abdicare cogatur. » — Pero en una nota se lee lo que sigue : « De Sinuessana synodo nulla nunc exstat inter doctos controversia. Hanc enim manifeste supposititiam arguunt stylus barbarus et sententiæ plane absurdæ. Fabulosa est illa Marcellini thurificatio, de qua nullus veterum loquitur. Quin imo Theodoretus (lib. II, cap. 3) dicit Marcellinum persecutionis tempore inclaruisse, quod non diceret de Pontifice idolis thurificante. Et quidem Marcellino Donatistæ idololatriæ crimen inferebant; at falsum, nulloque teste firmatum, quemadmodum solebant accusare multos alios, eosque sanctissimos Pontifices, Melchiadem, Marcellum et Sylvestrem. Cæterum nunquam ab eis commemorata est ea synodus trecentorum episcoporum, nec ab Augustino in suis adversus Petilianum libris. Neque adeo erat facile persecutionis tempore trecentos episcopos congregare, cum vix in summa Ecclesiæ pace, Constantinus hunc numerum accire potuerit in concilio Nicæno. Hæc in ineptam fabulam dicta sufficiant. » (*Obras completas de Bossuet*, vol. XVI, p. 474. Edicion de Outhenin Chalandre.)

Persia (294), habia sido batido tres veces : á su regreso, el altivo emperador le hizo marchar á pié, vestido de la púrpura cesárea, mas de una milla, al lado de su carro; Galerio comprendió bien este castigo; y en el año siguiente, en una segunda expedicion, presentó encadenados, á Diocleciano, los mas ilustres guerreros persas, toda la familia de Narses cautiva, todos los bagajes y todas las riquezas del ejército que tan completamente habia vencido. Desde este momento se hizo temible hasta al mismo Diocleciano, y se creyó con derecho de vengarse contra los cristianos de las pasadas humillaciones. Comenzó pues, por su cuenta, y sin contar con los otros tres príncipes, á mandar los mas rigorosos suplicios contra los fieles (298). Su cólera cayó desde luego contra los oficiales de su casa, jefes y soldados cristianos de su ejército. Les privó de sus empleos, los arrojó de su presencia abrumándoles de injurias, y aun castigó con el suplicio de muerte á los que juzgó mas obstinados. La historia nos ha conservado los nombres de algunos soldados que vertieron su sangre por Jesucristo en esta circunstancia : Maximiliano, decapitado en Tebaste de la Numidia; en Tánger de la Mauritania, Marcelo, centurion de la legion Trajana, el cual, en el dia de la fiesta del emperador, rehusándose á sacrificar por la vida de *Su Eternidad,* arrojó el vástago de vid, insignia de su dignidad, y con el cual pegaban los centuriones á los soldados que se debian castigar, se quitó su cintura militar y su casco, y se declaró cristiano. Se le mandó cortar la cabeza. Mientras que Agrícola, prefecto del pretorio, dictaba la sentencia, el notario, llamado Casiano, exclamó que no consentiria en escribir tanta injusticia, y holló con sus piés el cincel y las tablitas. El martirio coronó su generosa indignacion. — Se refiere á esta época el suplicio de cuarenta soldados cristianos, que fueron muertos por la fe en la provincia de Lauriac, poblacion arruinada hoy, que estaba situada en el Ems, cerca de su embocadura en el Danubio.

3. Las crueldades ejecutadas por órden de Galerio le eran personales, aunque sus cólegas en el imperio no tratasen de impedírselo. La mayor parte de la Iglesia estaba en paz, y aun

gozaba de cierto favor para con Diocleciano, que acababa de dar contra los Maniqueos un edicto en que los condenaba á la pena del fuego: solo perturbaba la armonía de la Iglesia el cisma de Melecio, á pesar del esfuerzo con que aquella procuraba consolidar la paz por medio de la celebracion de muchos concilios particulares. Melecio, obispo de Licópolis en la Tebáida, habia sido convicto de muchos crímenes, entre otros el de haber sacrificado á los ídolos. Fué depuesto en un concilio celebrado en Alejandría por san Pedro, sucesor de san Theonas. Lejos de someterse á la condenacion y á la penitencia canónica, se separó de la comunion del obispo de Alejandría y de sus demás cólegas, comenzando así el cisma de los Melecianos, acrecentado mas tarde y que no cesó hasta el 325, terminado por el concilio Niceno. — Un concilio celebrado en España, en la ciudad de Elvira ó Ilíberis, junto á Granada, el año 301, tal vez á mediados del siglo tercero, ha sido y es muy notable por la severidad de sus cánones disciplinales, los mas auténticos de aquella época: Valero, obispo de Zaragoza, y Osio, obispo de Córdoba, asistieron á él, si es que sus nombres les pertenecen, y no lo son de otros obispos del mismo nombre mas antiguos. De los ochenta y un cánones de que se compone, una docena son de un extremo rigor, pues que los obispos rehusan, aun en el fin de la vida, la comunion á los culpables de ciertos delitos gravísimos de idolatría, etc., reservándoseles solo la penitencia y la absolucion. Se impone esta pena al cristiano que ha apostatado voluntariamente; al que despues de recibido el bautismo acepta el cargo de *flámen* ó sacerdote de los ídolos, y al que les ofrece sacrificios sacerdotalmente; al delator calumnioso que es causa de la muerte de otro; á las casadas que abandonan á sus maridos para casarse segunda vez; á las vírgenes consagradas á Dios que han sido traidoras á su juramento para llevar vida desordenada, etc., etc. Es muy notable el decreto que prohibe se hagan pinturas en las iglesias, « por temor, dicen los Padres, de que el objeto de » nuestro culto y adoraciones no esté expuesto en las pare» des. » Se temia sin duda que estas pinturas no fuesen en

tiempo de persecucion profanadas por los infieles, y no sirviesen así de pretexto á los ultrajes y calumnias de los paganos. Tal es la interpretacion que toda la antigüedad ha dado á este cánon, que nada tiene que ver con los errores de los Iconoclastas.

4. Hácia el fin del año 302, se notaban en el palacio de Nicomedia conversaciones frecuentes y misteriosas entre Diocleciano y el César Galerio. Se trataba entre estos dos príncipes de seguir el designio de Neron, y de concertarse con tanta destreza que se pudiera lograr exterminar para siempre jamás el cristianismo con un golpe terrible pero decisivo. El viejo emperador se resistió mucho tiempo, segun justicia que le hace la historia. « Era peligroso, decia, perturbar de nuevo la » paz del mundo y derramar arroyos de sangre. Por otra » parte, nada harán los suplicios, porque los cristianos no » piden sino morir por su ley. » En fin, movido por Galerio, Diocleciano consintió en someter la cuestion á un consejo de magistrados y de militares. Los consejeros temblaban delante del César del Danubio, Galerio, y todos los pareceres opinaron por que se persiguiesen los enemigos de la tranquilidad pública. Irresoluto aun Diocleciano, mandó consultar el oráculo de Apolo de Mileto; el cual respondió : *Que los justos, esparcidos por la tierra, le impedian decir la verdad.* La pitonisa se quejada de estar muda : los agoreros ó arúspices declararon que los *justos* de que hablaba Apolo eran los cristianos : se resolvió pues la persecucion, y se fijó su principio á las fiestas Terminales (23 de febrero de 303), último dia del año romano que, en el pensamiento de los perseguidores, habia de poner término á la religion cristiana. El decreto de exterminio contenia en sustancia : « Las iglesias serán destruidas, y quemados » los libros sagrados ; serán los cristianos privados de todos » los honores y dignidades, y condenados al suplicio sin distin» cion de órden ni condicion : podrán ser perseguidos ante los » tribunales, y no les será permitido á ellos proceder contra » nadie, ni aun por reclamacion de robo, reparacion de inju» rias ó adulterio. Los libertos cristianos volverán á ser escla-

» vos. » Un edicto particular condenaba á los obispos á ponerlos en grillos y á forzarlos á abjurar. — Comenzó el ataque por Nicomedia, donde se hallaban á la sazon los dos emperadores. Al amanecer, el prefecto de la ciudad, seguido de los generales, oficiales y soldados, fué á la basílica, edificada en un collado y rodeada de grandes edificios. Rompen las puertas, buscan alguna figura del Dios á quien adoran los cristianos. Son entregadas á las llamas las Escrituras que se encuentran, y se saquea todo el templo. Diocleciano y Galerio se pusieron á una ventana del palacio, presidiendo á esta primera ejecucion y animando con su voz y gestos á los emisarios. Galerio queria que se quemase la iglesia; mas Diocleciano, temiendo que el fuego se comunicase al resto de la ciudad, envió á los pretorianos con hachas y martillos, y en pocas horas arrasaron el edificio. Entretanto se habian despachado correos á Maximiano Hércules y al César Constancio, para notificarles los nuevos decretos y la órden de hacerlos ejecutar. El viejo Maximiano los acogió con gozo, porque los deseaba mucho tiempo habia. Constancio Chloro, despues de haberlos leido, mandó llamar á todos los oficiales cristianos de su palacio, y les propuso escoger : si rehusaban sacrificar á los ídolos, ser echados de su presencia y privados de su gracia y honores, ó bien conservarlos si sacrificaban. Algunos, prefiriendo los intereses del mundo á su religion, declararon que estaban prontos á sacrificar : todos los demás quedaron incontrastables en la fe. Pero ¿qué sorpresa no causó á todos el oir declarar á Constancio que juzgaba cobardes á los apóstatas, y que, no esperando fuesen mas fieles á su príncipe que á su Dios, los separaba para siempre de su lado y servicio? Al contrario, guardó los buenos cerca de su persona, confiándoles su guarda particular, y considerándolos como sus mas celosos súbditos. Las Galias, que pendian de su jurisdiccion, se libraron por su benévola proteccion de la persecucion general : como si estuviese Dios satisfecho de los infinitos mártires de que la habia llenado Maximiano Hércules, diez y seis años antes, mientras que lo restante de la Iglesia estaba en

paz (año 287). Sin embargo Constancio, por no irritar los otros tres emperadores, mofándose abiertamente de sus decretos, permitió que se destruyeran en las Galias las iglesias materiales, « considerando, dice Lactancio, que pasada la borrasca podrian ser reedificadas. »

5. Extendíase entretanto la persecucion con suma rapidez desde las orillas del Tíber hasta las extremidades del imperio, excepto las Galias. Por todas partes caian arruinadas las iglesias al martillo destructor; los magistrados plantaban su tribunal en los templos cerca de los ídolos, y obligaban á la muchedumbre á que sacrificase; el que rehusaba adorar á los dioses era condenado y entregado en manos del verdugo; las cárceles estaban atestadas de víctimas; los caminos, cubiertos de rebaños de hombres mutilados, que eran enviados á morir en las minas ó en las canteras del Estado. Las varas, potros, garfios de hierro, la cruz, el aspa, las fieras, despedazaban á los tiernos niños con sus madres; aquí se cuelga á un palo por los piés á mujeres desnudas, y se las deja morir en este vergonzoso y cruel suplicio; allí se atan los miembros de los mártires á ramas de árboles juntadas violentamente, para que soltándose despedacen y hagan trozos los cuerpos santos. Cada provincia tiene su particular suplicio: fuego lento en Mesopotamia, ruedas en el Ponto, hachas en la Arabia, plomo derretido en Capadocia. Frecuentemente, en medio de los tormentos, se apaga la sed del confesor, y se le echa agua en el rostro, por temor de que no apresure su muerte el ardor de la calentura. Otras veces, cansados de quemar aisladamente á los fieles, los paganos los precipitaban en turbas á la hoguera; y los huesos de las víctimas, hechos cenizas, se aventaban al aire (CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*).

6. La casa del emperador fué la primera expuesta á la crueldad del tirano. Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca, su mujer, no tuvieron la fuerza de resistir á los tormentos, y sacrificaron. Doroteo, el eunuco principal, Gorgonio, Pedro, Judas, Migdonio y Mardonio padecieron muerte en Nicomedia. Echaron sal y vinagre en las llagas de Pedro: fué tendido en

una parrilla, fueron asadas sus carnes como viandas de un festin. Se arrojaban á la hoguera revueltos ancianos, niños y mujeres: otras víctimas, amontonadas en barcas, eran precipitadas en alta mar. San Antimo, obispo de Nicomedia, todos los sacerdotes, diáconos y clérigos de esta iglesia fueron prendidos, y sin mas exámen que su sola confesion se les condenó al suplicio. En ejecucion del decreto que prohibia á los cristianos seguir causa ninguna ante los tribunales, se habian colocado en cada sala de audiencia y en cada gabinete de los jueces altares portátiles, donde se hacia sacrificar á los clientes antes de dar curso á su causa. Se vió en Nicomedia al gobernador de la provincia de la Bitinia transportado de regocijo, cual si hubiera vencido á una nacion bárbara, porque un cristiano que habia resistido durante dos años, habia cedido en fin á la violencia de los tormentos. — Dos sofistas paganos de Nicomedia, en presencia de las víctimas amontonadas en las cárceles de la ciudad, de los cuerpos mutilados y ensangrentados de los mártires que cubrian las calles y los caminos, tuvieron el feroz valor de escribir libros contra aquellos cristianos, á quienes al menos debian dejar morir en paz. El uno de ellos, catedrático de filosofía, cuya obra ha analizado Lactancio, sin tomarse el trabajo de decirnos su nombre, puso por una parte en su tratado tantas injurias contra las víctimas, y por otra tan baja adulacion á los tiranos, que solo recogió menosprecios aun de los mismos paganos. El otro, no menos violento, pero mas astuto, era juez de Nicomedia y se llamaba Hierocles. Intituló su libro *Philaletes,* ó el amigo de la verdad, al modo que Celso habia intitulado el suyo *Discurso de verdad.* Lo dirigia á los cristianos mismos, y « tocado su corazon, decia, de su situacion deplorable, no queria atacarlos, sino darles solo consejos saludables. » Era hacer á la vez el papel de filántropo y de verdugo: como escritor, se erigia en consejero y amigo de aquellos á quienes como juez enviaba al suplicio. Por lo demás, su obra es un tejido de objeciones contra la verdad de la religion cristiana, renovadas en su mayor parte de las obras de Celso. El éxito sobrepujó las

esperanzas del autor; porque en recompensa de su injurioso libelo, Hierocles fué nombrado por Galerio, desde luego gobernador de la Bitinia, y poco despues de la importante provincia de Egipto. Desplegó en dichos empleos tal encarnizamiento contra los cristianos, que su nombre ha quedado como el de uno de los enemigos mas sanguinarios de una religion que contó, en el espacio de tres siglos, casi tantos perseguidores como soberanos tuvo el imperio.

7. Fuera imposible enumerar los nombres de todo este ejército de mártires, enviados al cielo por los tiranos de todos los puntos del mundo, ejecutando sus crueles decretos. El Ponto, la Capadocia, la Frigia, la Armenia, la Mauritania, la Tracia vieron, en un momento, renovarse en su seno los horrores que habian ensangrentado á Nicomedia y á toda la Bitinia. En Ancira de Galacia, san Teodoto, que administraba una fonda, hizo admirar su celo, fe y valor : padeció el martirio con muchedumbre de cristianos, á quienes animaba con sus palabras y ejemplos. Siete vírgenes, compañeras de santa Tecusa, expuestas por infames magistrados en los lupanares, conservaron milagrosamente su honor para presentarle puro con su sangre al altar del Cordero. — Antioquía tuvo su legion de confesores, entre los cuales se admira á san Romano, que murió ahogado por la mano del verdugo, despues que Diocleciano le habia hecho cortar la lengua y padecer el suplicio del cepo hasta el quinto agujero, y el de la argolla y grillos apretados hasta el quinto clavo. Durante el interrogatorio, habiendo tratado el juez de probar la superioridad del culto pagano sobre el de la religion cristiana, Romano le pidió el permiso de dirigir algunas cuestiones á un niño para que la verdad saliese pura de su angelical é inocente boca. Se trajo á Baralah, niño de cerca de siete años, y le preguntó Romano : « ¿Es mas razonable adorar á un Dios solo que á millares que se combaten unos á otros? » Baralah respondió : « No hay sino un solo Dios, y no pueden adorarse muchos. » El juez le mandó azotar por los verdugos tan cruelmente, que su sangre corria por todas partes. Los asistentes lloraban; y el juez, si tal nombre puede

darse á quien tales injusticias comete en nombre de la justicia, condenó á este niño heróico á ser degollado. La madre de Baralah le llevó por sí misma al cadalso : le abrazó tiernamente, se encomendó á sus oraciones, le entregó al verdugo, tendió su manto para coger la sangre del tiernecito infante, y alcanzó de los verdugos el llevarse los restos de su hijo despues de su sacrificio. — En Tiro, los verdugos, cansados de atormentar á los cristianos, y habiendo agotado en ellos todo género de suplicios conocidos, entregaron á las fieras del anfiteatro el resto de los fieles mártires. Se soltaron contra estos, leones, leopardos, osos, tigres, jabalíes. Pero estos animales, por permision de Dios, ó tal vez desdeñando los restos sangrientos de la crueldad humana, rehusaban tocar á los cristianos, y se echaban furiosos contra los paganos, que los picaban y estimulaban con chuzos y puntales. Para acabar de una vez, se tuvo que ir cortando las cabezas de los ilustres mártires de la fe. — En Cesarea de la Palestina, se hizo comparecer ante el gobernador á Procopio, exorcista de la iglesia de Jerusalen, que acababan de apresar en las puertas de la ciudad en el momento de entrar. El gobernador le presentó incienso y le mandó lo quemase á la divinidad de los cuatro emperadores. Procopio respondió con aquella expresion de Homero : Εἷς κοίρανος ἔστω, no hay sino un solo señor. E inmediatamente fué decapitado. Todos los obispos de la Palestina fueron llevados á Cesarea para ser sometidos á los mas espantosos tormentos. Los jueces juzgaban muy importante hacer creer al pueblo que los obispos habian sacrificado, esperando atraer á la muchedumbre de fieles á su ejemplo. A uno le ligaban las manos sobre el altar del ídolo, mientras que se quemaba incienso, y se le soltaba en seguida diciendo que habia sacrificado. A otro le sacaban del potro medio muerto, y decian que al fin habia renegado de su religion. Si mas tarde se hallaba con bastante fuerza para protestar contra esta mentira, se le abofeteaba y hacia cerrar la boca, y le mandaban salir afuera, obstinándose en decir que habia apostatado. — En Egipto se vieron espantosas escenas de crueldad. En Tebáida se ataban los mártires á un poste

expuestos á los ardores de un sol abrasador, y se les dejaba morir de hambre. En lugar de garfios de hierro, se servian los verdugos de pedazos de vidrio y ollas rotas para descarnar el cuerpo; se les levantaban las uñas con puntas de hierro, y se derramaba aceite hirviendo en las llagas: á las mujeres desnudas se las colgaba de los piés con la cabeza abajo; unas eran quemadas en parrillas, ó crucificadas cabeza abajo; otras desmembradas, ó atadas á caballos indómitos. Estos suplicios se renovaron durante dos años enteros, y se contaban hasta cien supliciados por dia en la misma ciudad. Entre esta muchedumbre de mártires, la historia nos ha conservado el nombre de Filoroma, tribuno militar de Alejandría, y de Fileas, obispo de Thmuis, cuya constancia y heroismo hacian verter lágrimas hasta á sus propios verdugos. — Estos horrores, apenas verosímiles si no supiéramos por ejemplos sobrado recientes á qué grado de barbarie puede descender un pueblo cuando se entrega á sus sanguinarios instintos, se ejecutaban á veces con ciudades enteras. En la Frigia habia una poblacion de ocho á diez mil almas, cuyo gobernador, agente fiscal, oficiales y poblacion entera eran todos cristianos y se declararon tales. Dióse parte al emperador; pero Diocleciano, que habia mandado degollar á los ciudadanos principales de Antioquía, porque un pretendiente al imperio habia ocupado durante dos dias la ciudad, hasta que en el tercero le arrojaron de ella sus propios moradores, no podia detenerse por una mísera ciudad pequeñita de Frigia. Envió pues á ella soldados que pusiesen fuego á toda la poblacion, con que se quemaron todos sus habitantes, sin perdonar ni aun á los niños de teta, y no se volvieron hasta que la redujeron á un monton de cenizas. — Cartago y la Numidia fueron igualmente teatro de sangrientas persecuciones. Buscábanse sobre todo en esta provincia los libros de las Escrituras. Mensurio, obispo entonces de Cartago, para salvarlas de mano de la soldadesca, tuvo cuidado de ocultarlas fuera de la catedral, dejando solo los escritos de los herejes. Los emisarios del procónsul, haciendo su requisicion, se llevaron y quemaron todos los libros que vieron, sin mas exámen; mas

Pablo, obispo de Cirta, hoy Constantina, en la Algería, y doce obispos mas de esta provincia, entregaron las Escrituras y los vasos sagrados para evitar los tormentos. Se dió el nombre de traditores á todos los que cometieron igual flaqueza : y mas tarde veremos las desastrosas consecuencias de esta cobardía.

8. El Occidente no fué menos fecundo en mártires. La España, en donde tan hondas raíces habia echado ya la fe, los contó á millares; y de cierto, sin contar los innumerables mártires de Zaragoza, y algunas otras matanzas generales, pasan de diez y siete mil los mártires que pasaron individualmente por ante los tribunales. El procónsul Daciano habia sido el principal encargado de hacer ejecutar los edictos de persecucion. Se multiplicaba, por decirlo así, para dar abasto á tantos confesores, que miraban el martirio como su bien supremo. Entre los innumerables que murieron por Cristo en Aragon, se cuentan como mas notables diez y ocho en Zaragoza. El mas célebre entre ellos fué san Vicente, tan encomiado por san Agustin y por el poeta Prudencio; era aquel santo diácono de san Valero, obispo de Zaragoza. Este prelado, sobrado anciano para predicar á su pueblo, y lento en su pronunciacion, habia encomendado este cargo á san Vicente. El jóven diácono, lleno de celo y erudicion, y perfectamente imbuido en las sagradas Letras, ejercia con admirable fruto su ministerio. Al paso de Daciano, su reputacion le señalada de antemano á la persecucion : fué pues prendido con su obispo Valero, á quien el procónsul por motivo de su edad le mandó á un lugar escondido, como en destierro perpetuo. Vicente solo fué puesto al tormento. A cada suplicio, y en tanto que el potro dislocaba sus miembros ó que los garfios de hierro los destrozaban, el mártir se volvia muy sereno y risueño hácia Daciano, diciéndole : « Ninguno me ha tratado mas amistosa» mente que vos : » otras veces echaba en cara á los verdugos el no tener ánimo ni fuerzas. Dos veces interrumpieron el tormento estos ministros de una crueldad sobrehumana para tomar nuevo aliento y dar lugar á que se enfriasen las llagas del mártir por redoblar sus dolores avivándolas de nuevo.

Daciano estaba demente de cólera, é hizo quitar del potro ese cuerpo cuyas entrañas se le veian ya de fuera, y le hizo poner en un lecho de hierro y quemarlo en él. Las partes del cuerpo que no estaban asadas por no llegarles la llama, se quemaban con láminas rojas de fuego. Echaban sobre sus heridas sangrientas sal, para que su mortal escozor, aumentado por la actividad del fuego, penetrase mas profundamente en sus carnes. Este dolor, cuya atrocidad aterra á la imaginacion, en nada cambió la constancia del héroe cristiano, y el procónsul le mandó encerrar en un calabozo cuyo pavimento estaba sembrado de tejos y pedazos de vidrio. Los guardas, abriendo las puertas de la cárcel, se quedaron atónitos al ver pasearse el mártir y cantar himnos al Señor. Este espectáculo de una fe invencible los convirtió á todos á la religion cristiana. Daciano, con satánica y cruel sutileza, queriendo quitar á Vicente la gloria de morir en los tormentos, le hizo tender en una cama blanda, donde pensaba hacer curar sus llagas, y atormentarle en seguida de nuevo. Mas apenas colocaron al mártir en este lecho blando, espiró plácidamente. Su cuerpo fué arrojado al campo para ser pasto de las fieras y aves carnívoras : quedó así quince dias, pero intacto ; le hizo meter el gobernador en una grande saca y arrojarlo en alta mar ; mas las olas le trajeron á la orilla, donde le recogieron los cristianos y le dieron sepultura en una iglesia vecina. — Una jovencita de doce años, llamada Eulalia, en Mérida, mostró en una edad tan tierna igual valor que Vicente. Daciano, ante cuyo tribunal vino á presentarse ella misma espontáneamente para confesar la fe, trató de ganarla con caricias y lisonjas. Mandó despues poner á sus ojos todos los instrumentos de tortura, al propio tiempo que incienso para ofrecer á los dioses. Eulalia, ú Olalla, le escupió al rostro, echó por tierra á los ídolos y arrojó las ofrendas. Inmediatamente dos verdugos desgarraron sus delicados miembros con uñas y garfios de hierro ; y la santa niña, al mirarse tan sangrientamente rasgada, dijo : *Nunc, Christe Jesu, in meo corpore his notis fortius inscriberis... Delectat me hos apices legere, qui tua trophæa nomenque*

tuum sanguinis purpura scripta loquuntur. « Inscrito estais, » Jesús mio, mas vivamente en mi cuerpo con estas líneas... » ¡Cuánto placer me da leer estas letras, que tan elocuente- » mente publican vuestro nombre y vuestros trofeos escritos » con púrpura de mi sangre! » Se aplicaron á las llagas planchas enrojecidas al fuego y hachas encendidas: el fuego prendió en su cabello, con que cubria su seno, y el ardor y humo la ahogaron. — En Alcalá de Henares (Complutum), dos niños de la escuela, hermanos, Justo, de trece años, y Pastor de siete, rivalizaron en heroismo con santa Olalla de Mérida. Al tener noticia de la llegada de Daciano á aquella capital de la Celtiberia, dejan la escuela por inspiracion divina y van á declararse cristianos ante el mismo procónsul. Despues de haberlos mandado azotar hasta hacerles derramar copiosa sangre, Daciano los entregó al verdugo, que los degolló secretamente en las inmediaciones de Alcalá. [Santa Eulalia, de Barcelona, diferente de la santa del mismo nombre en Mérida, de edad de catorce años, padeció un martirio tan ilustre como el de santa Olalla de Mérida, algunos años antes; despues de haber padecido varios y crueles tormentos, arrojaron sobre su cuerpecito aceite hirviendo, plomo derretido, y cal viva sobre la que arrojaban agua para encenderla; se le aplicaron á las narices olores fuertes y mortíferos, se le quemaron los ojos; y todo su cuerpo hecho una llaga, la mandó Daciano dar la vuelta por toda la ciudad, haciendo el Señor que una capa de nieve vistiese su cuerpo virginal: por fin, fué clavada á una cruz en donde espiró. — San Ciríaco y santa Paula, en Málaga; santa Justa y santa Rufina, hermanas, en Sevilla, que ganaban su sustento vendiendo frutas y comestibles; san Acisclo y santa Victoria, hermanos, en Córdoba; la célebre santa Leocadia, en Toledo; santa Engracia, en la provincia de Zaragoza: todos estos y otros muchos mártires celebérrimos padecieron, bajo Daciano unos, bajo Dion otros, y bajo Diogeniano los demás, tormentos espantosos que coronaron con la palma del martirio. A la misma época, ó poco antes, pueden referirse el martiro de santa Librada, en Castraleuca (hoy arruinada) de Portugal,

con sus ocho hermanas: Genivera, Victoria, Eumelia, Germana, Gema, Marcia, Quiteria y Basílica, las cuales padecieron todas el martirio en diferentes puntos de España. La historia de cada una de estas santas hermanas, hijas de Lucio Catelio Severo, gobernador pagano de la Galicia y Lusitania, es muy peregrina y edificante, pero fundada en documentos antiquísimos y auténticos de la Iglesia española. Nos contentamos con decir, que dadas á criar por su madre á nodrizas cristianas, que les inculcaron los principios y la moral de la religion cristiana, al moverse la cruel persecucion que encombró las cárceles de confesores, y llenó las plazas y parajes públicos de mártires, estas heroínas padecieron martirio cada una en distintos puntos; y aun una de ellas á manos de su inicuo padre: esta fué santa Librada. — A esta época, ó poco mas antes, se ha de referir tambien el martirio de san Marcelo, santa Nona, su esposa, ambos de Leon, y de sus doce hijos, de cuyos nombres solo se conservan de un modo auténtico los de san Hemeterio y Celedonio, que servian en el ejército romano, y fueron martirizados en Calahorra; de san Servando y san Germano, que padecieron el martirio en la provincia Tingina, en el territorio Ursoniano, junto á Cádiz. San Isidoro hace mencion de su martirio [1]]. — La Sicilia y la Italia entera contaron millares de mártires: en Catana, el diácono Euplio, prendido mientras predicaba el Evangelio al pueblo, y conducido inmediatamente al suplicio; — en Siracusa, la ilustre vírgen santa Lucía, cuyo nombre se ha inscrito en el cánon de la misa: murió por conservar el honor de su virginidad, que protegió el Señor en medio de un lupanar, en donde la habia mandado encerrar el magistrado infame; — en Toscana, Sabino, obispo de Asis, padeció el martirio con Marcelo y Exuperancio, diáconos, y muchos otros clérigos. Venustiano, gobernador de Toscana, cuya *optalmía* ó ceguera inveterada habia curado Sabino, abrazó la fe de su víctima. Fué decapitado, con su esposa é hijos, á quienes habia convertido con su palabra y ejemplo.

(1) Véase, al principio de este tomo, la ADVERTENCIA sobre esos paréntesis.

9. Todo nos hace creer, dice Tillemont, que san Marcelino recibió entonces la corona del martirio (24 de octubre de 304). Fué enterrado en el cementerio de Priscila, en la via *Salaria,* cerca del puente Salaro. Hemos dicho que los Donatistas, algunos años mas tarde, osaron calumniar la memoria del santo pontífice. Querian hacer creer que san Marcelino, no pudiendo sobrellevar la violencia de los tormentos, habia renegado de la fe. Esparcida la mentira con apariencias de verdad, no dejó de hacer algun eco. Decian en efecto que el pontífice, reconociendo su pecado, se habia presentado, suplicando, ante un concilio de trescientos obispos reunidos en Sinuesa; y que reconociendo allí su error, pedia llorando que se le impusiera penitencia; pero que el concilio le respondió : *Tuo te ore, non nostro judica; nam prima sedes à nemine judicatur*. Pero todo aparece falso en esta odiosa suplantacion; y hoy es cosa averiguada que esta acusacion es calumniosa, y que este papa no cometió semejante falta. San Agustin, hablando de Petilio, autor de esta fábula, dice : « Llama á Marcelino *traditor,* mal-» vado, sacrílego : yo lo declaro inocente. No es menester que » me canse en probar su inocencia, porque Petilio mismo no » se atreve á formular su acusacion. » Se ha repetido en nuestros dias esta acusacion (1) ; pero los sabios trabajos de Schelestrato, Roccaberti, Pedro de Marca, Pedro Constant, Papebroquio, Natal Alejandro, Pagi, Aguirre, Sangallo, Javier de Marca (Maistre) han probado suficientemente la inocencia de san Marcelino, y le han vindicado de todas esas calumnias.

(1) El Breviario romano (26 de abril) admite la caida del papa san Marcelino; pero Baronio nos advierte acerca de esto que la Iglesia romana no intenta imponernos como hechos auténticos los relatos de las lecciones de los santos. Hay algunos de que la sana crítica puede y debe dudar, cuando hay pruebas perentorias contrarias. En el mismo sentido habla Benedicto XIV en su obra *De servorum Dei beatificatione*. Y acerca de san Marcelino, asegura que el relato del Breviario romano sobre su caída es falso : 1º. por el silencio que acerca de circunstancia tan grave han guardado todos los antiguos escritores de la vida de los Papas; 2º. á causa de las fútiles imposturas de los Donatistas, quienes jamás pudieron presentar pruebas de su asercion : y para esto cita las palabras que del mismo santo hemos copiado.

§ II. VACANTE DE LA SILLA APOSTÓLICA (20 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. La violencia de la persecucion, que principalmente asestaba sus tiros contra los ministros de la Iglesia, impidió durante cuatro años el que el clero romano pudiera nombrar sucesor á san Marcelino. Los verdugos continuaron durante este intervalo á multiplicar los mártires. Santa Inés, vírgen romana, es una de las mas célebres. Apenas tenia quince años: su hermosura habia dejado prendido de amor al hijo del prefecto de Roma, que queria casarse con ella. Mas la jóven cristiana habia escogido ya por esposo á Jesucristo. Echada por el prefecto á un lupanar, conservó milagrosamente su virginidad. Las llamas de un horno ú hoguera inmensa que se encendió para quemarla, se separan y la respetan en todo su alrededor. En fin la cuchilla de un soldado le cortó la cabeza y la llevó al cielo. El nombre de santa Inés ha sido puesto tambien, como el de santa Águeda, Lucía y Cecilia, en el cánon de la misa. Hácia el mismo tiempo, santa Sotera, vírgen; Pedro, exorcista; y Artemio, carcelero, convertido por los cristianos cautivos, su mujer Cándida, su hija Paulina, y el sacerdote Marcelino padecieron igualmente el martirio en Roma. No quedó menos perseguido el resto de la Italia. En Bolonia, Agrícola fué prendido con su esclavo Vital: el esclavo fué puesto en cruz y martirizado el primero para atemorizar á su amo: ambos fueron enterrados en el cementerio de los Judíos, de donde mas tarde los sacó san Ambrosio. En Milan, san Nazario; san Celso, niño; los santos Nabor y Félix; Gervasio y Protasio, cuyas reliquias descubrió igualmente san Ambrosio. En Aquila, Cancio y Canciano, con su hermana Cancianila, de la familia consular de Anicio. — En Augusta de la Rhetia (Augsbourg), una ramera llamada Afra, convertida á la fe [1], dió espectáculo de un valor heróico: fué

(1) Por san Narciso, obispo de Gerona, que fué á predicar el Evangelio á la Rhetia, y que poco despues fué martirizado en Gerona. (El Traductor).

quemada viva en una isla del Lech, por órden del procónsul Gayo. [Convirtiéronse igualmente á la fe su madre Hilaria, y sus criadas Digna, Eunomia y Eutropia; así como Dionisio Zósimo, su tio, que fué elevado al obispado por san Narciso, de Gerona, quien convirtió á toda esta familia, que de un cenagal de vicios hizo un plantel de virtudes que el cielo coronó con el martirio de todos sus miembros]. — En la Panonia, san Ireneo, obispo de Sirmio, y Victorino, obispo de Petaw, dieron su vida por Jesucristo. — En la Tracia, Felipe, obispo de Heraclea; Severo, sacerdote; y Hermes, diácono, fueron quemados vivos.

11. Tales eran las últimas centellas de la persecucion en Occidente. Un acontecimiento grande, que habia de mudar la faz del mundo, puso toda la Europa occidental en manos de Constancio Chloro. Este príncipe justo, virtuoso, benévolo para los cristianos, apagó las hogueras que desde dos años habia no cesaban de consumirlos á millares. Diocleciano habia venido á principios del año 304 á celebrar en Roma sus triunfos contra los Persas, Egipcios y pueblos de la Libia. Las medallas acuñadas en su honor, los arcos de triunfo levantados á su tránsito en su viaje, recordaban, entre sus otros títulos de gloria, el de *emperador victorioso de la impiedad cristiana.* Se quiso parodiar en el teatro los misterios de aquella religion que Diocleciano se vanagloriaba de haber borrado del universo. En presencia del emperador, de toda la corte, del populacho ebrio de gozo, el cómico Ginés se hizo vestir de hábitos ó ropas blancas como un neófito, y parodió con sarcasmos sacrílegos todas las ceremonias del bautismo cristiano. Cada gesto del histrion era recibido con los frenéticos aplausos de la turba. Llega á descender el agua bautismal sobre la cabeza de Ginés, mientras que se pronunciaban las palabras sagradas. El actor se levanta cristiano!!! Se adelanta hácia el fin del tablado y dice á los numerosos espectadores: « Oidme, » augusto emperador, oficiales, filósofos y pueblo de Roma: » cuantas veces ha llegado á mis oidos el nombre de cristiano, » me ha causado un horror invencible. Me he instruido exac-

» tamente de esta religion tan detestada para divertiros con » ella : mas apenas ha bañado mi cabeza el agua del bautismo, » yo, yo mismo he visto una mano que venia del cielo, y mu- » chedumbre de ángeles resplandecientes sobre mí. Han leido » en un libro todos los pecados que he cometido desde mi in- » fancia, los han lavado en el agua con que yo he sido bauti- » zado, y luego me han presentado el mismo libro mas blanco » que la nieve. » Se creyó desde luego que estas palabras estaban en su papel; así es que redoblaban furiosamente los aplausos : pero insistió tanto el nuevo cristiano, que al fin logró triunfar de la incredulidad con que solo le creian actor. Diocleciano furioso le hizo apalear; tendieron inmediatamente sobre el potro al mártir; su cuerpo fué desgarrado por los garfios de hierro, y fueron aplicados á sus heridas hachones encendidos. En fin fué decapitado por ese Dios que tan tarde se le habia revelado, pero que habia confesado tan fielmente desde el momento en que lo habia conocido.

12. El martirio de san Ginés fué el último que ordenó Diocleciano. Pocos dias despues abandonó á Roma, donde su lujo oriental habia dado lugar á las burlas de los *Quirites :* el trono imperial iba ya huyendo de esta antigua capital. Atacó al emperador una espantosa enfermedad, como para abatir el orgullo con que intentaba medir su poder con el del verdadero Dios. De regreso á Nicomedia, con el espíritu debilitado por los padecimientos, encontró á Galerio, el cual tomó para con él un tono imperioso, y aun hasta le habló de hacerle asesinar por sus legiones si se obstinaba en guardar el imperio. Se vió pues en un llano, inundado de una infinidad de grandes, de pueblo y de soldados, subir el viejo tirano á su tribunal y declarar que teniendo necesidad de descanso cedia el poder á Galerio. Al propio tiempo indicaba un nuevo César : era Daza ó Daya Maximino, pastor de rebaños é hijo de la hermana de Galerio. El emperador echó su manto de púrpura sobre las espaldas del pastor, y Diocleciano, que volvió á tomar su primitivo nombre de Diocles, tomó el camino de Salona, su patria (305). — Maximiano Hércules se despojó tambien de la

autoridad soberana en Milan á favor de Constancio Chloro, y nombró César á Valerio Severo, favorito oscuro de Galerio, el mismo dia en que Diocleciano completaba su sacrificio en Nicomedia. Maximiano, habiendo vuelto á tomar algo mas tarde la púrpura, instó para que Diocleciano siguiera su ejemplo; pero Diocleciano respondió: « Yo quisiera que vieseis las her» mosas berzas que he plantado en Salona; de seguro que no » me hablariais mas del imperio. » Palabras estóicas, desmentidas por amargos pesares. — La mano de Dios se extendió sobre estos dos perseguidores y sus razas, cuyo final nos cuenta Lactancio en su magnífica obra *De morte persecutorum*. Maximiano fué degollado con su hijo de ocho años y una hija de siete. Su mujer fué arrojada al Oronte, donde habia hecho anegar tantas cristianas. Diocleciano, emperador sin imperio, abismado en sus pesares y remordimientos, no dormia ya ni comia en su soledad de Salona: se resolvió á dejarse morir de hambre, y san Jerónimo nos dice que antes de espirar vomitó su lengua roida de gusanos. Prisca su mujer, y Valeria su hija, fugitivas y disfrazadas en vestidos andrajosos, fueron reconocidas, presas, decapitadas en Tesalónica y sus cuerpos echados al mar. ¿Porqué, al menos, no tuvieron valor de morir por aquel Dios de quien tan fatalmente renegaron?

13. Nada ganaban aun los cristianos con estos cambios de Césares. En el Oriente, Maximino Daya, á quien cupo mandar esta parte del mundo, ó mas bien hollarla con sus piés, ni entendia de guerra ni de negocios: solo llevaba al trono una insaciable ferocidad, y esto es lo que habia seducido á Galerio en su favor. Galerio, monstruo coronado, dió al mundo el espectáculo de una crueldad que aun podia parecer refinada y nueva al lado de Neron, Tiberio y Calígula. Alimentaba osos domésticos, á los que daba su propio nombre: les hacia echar cada dia á su vista y como racion algunos cristianos, y reia con horribles carcajadas cuando oia desmenuzar sus miembros palpitantes: dábase especialmente en sus festines este placer de bestia feroz. Otro suplicio de invencion suya contra los cristia-

nos le gustaba aun mas, porque prolongaba sus espectáculos horribles. Se ataba ó clavaba á los mártires á un poste ó madero, y se les ponia un fuego lento bajo la planta de los piés, hasta que sus carnes tostadas y asadas se caian de los huesos: entonces, con hachones que quemaban sin llamas, se les asaba miembro por miembro todo el cuerpo hasta que no quedase parte en su lugar. Por otra parte se les echaba agua fresca en la cabeza, y se les humedecian los labios y lo interior de la boca, para que no espirasen tan pronto. Se llegaron á ver quienes resistieron dias enteros á estas torturas, con gran regocijo de Galerio, que se saboreaba á su placer con tales padecimientos.

14. Continuaba pues la sangre cristiana inundando á todo el Oriente. En Aquileya, santa Anastasia, viuda de un embajador romano en Persia, fué decapitada el mismo dia que el sacerdote san Crisógono, que le habia enseñado la fe, bautizádola, y sostenido en el seno de su cautiverio. Sus nombres han merecido ser inscritos en el cánon de la misa. — En Tesalónica, santa Ágape, santa Quionia y santa Irene fueron quemadas vivas: Irene antes de su suplicio habia sido encerrada muchos dias en un lupanar, en donde tomó Dios á su cargo conservar intacta su virtud. — En Tarso de Cilicia, los santos Táraco, Probo y Andrónico, llevados sucesivamente con mil vejaciones crueles de Tarso á Mopsuesta y Anazarba, ciudades de la Cilicia, para recibir el interrogatorio del procónsul Máximo, agotaron por turno todos los géneros de suplicios, el potro, los garfios de hierro, los chuzos hechos ascua: no quedó parte ninguna de su cuerpo sin herida; sus ojos reventados, quebrados sus dientes, su lengua cortada, y en fin, mas semejantes á cadáveres mutilados que á hombres vivos, fueron arrojados á las fieras del anfiteatro de Tarso, en presencia de toda la poblacion. Una osa, una leona furiosa vinieron sucesivamente á lamer sus sangrientas llagas y á sentarse á sus piés acariciándoles. Máximo, mas cruel que estas fieras, mandó á los gladiadores que cortasen la cabeza á los mártires, los cuales fueron así á recibir la recompensa de su valor y constancia in-

contrastables. — En la misma provincia de Cilicia, santa Julita fué arrestada por órden del gobernador con su hijo de edad de solos cuatro años, llamado Cirico ó Ciro. Este santo niño, viendo atormentar á su madre, exclamaba que era cristiano como ella. Alejandro, gobernador, le tomó de los piés y le estrelló la cabeza contra las gradas del tribunal. Los sesos saltaron hasta cerca de su heróica madre, que solo pronunció estas palabras: « Gracias os doy, Señor, de haber coronado al hijo » antes que á la madre. » El juez la hizo zambullir de piés en pez hirviendo, y desgarrar con garfios sus carnes. Julita no cesaba de confesar su fe; mas al fin ese juez, ó mas bien verdugo, le hizo tapar la boca y conducirla al cadalso, donde fué degollada. — Tuvo tambien lugar en la misma ciudad de Tarso un martirio cuyas circunstancias eran extraordinarias. Bonifacio, pagano y mayormo de una señora romana llamada Aglae, habia estado amancebado mucho tiempo con su ama. Tocada en fin de la gracia y resuelta á mudar de vida, Aglae envió á su mayordomo al Oriente para traerle reliquias de mártires. Bonifacio, al salirse de Roma para su viaje, le dijo como por chanza, « que la rogaba recibiese un dia sus propias reliquias, » si se las traian bajo el nombre de mártir. » Cuando llegó á Tarso, halló la plaza pública llena de cristianos, á quienes se les hacia padecer suplicios horribles. Atónito de tal espectáculo, se acercó á los mártires, y se conmovió tanto de ver su constancia, que tocado su corazon de la gracia, exclamó: « Yo » tambien soy cristiano. » Hízole prender el gobernador, y le juntó con los santos confesores. Su cuerpo, rescatado por los criados que habia traido consigo, fué llevado á Aglae, que colocó estos preciosos restos en un magnífico oratorio que mandó construir á cincuenta estadios de Roma. — En Cesarea de Palestina, Apiano y Edesio, hermanos de nacimiento y de fe, fueron arrojados al mar. Agapio fué devorado por las fieras del anfiteatro. Teodosia, vírgen de diez y ocho años, fué despedazada con garfios de hierro y echada al Mediterráneo. El sacerdote Pánfilo, el diácono Valente y gran número de otros cristianos fueron degollados al mismo tiempo. San Pánfilo ha-

bia escrito una apología de Orígenes : Eusebio de Cesarea habia concebido tanto amor y respeto por él, que llevaba el sobrenombre de Pánfilo por respeto á la memoria de este santo. — En Siria, santa Domnina y sus hijas Prosdoca y Berenice, para evitar los tormentos y ultrajes á que las exponian su sexo y edad, se echaron á un rio, donde se ahogaron : así se libraron de las pesquisas que contra su virtud y sexo hacia el tirano.— En Amasia, el soldado Teodoro confesó á Cristo ante los jueces, que le otorgaron próroga para deliberar : aprovechóse de esta para poner fuego al templo de Cibeles. Vuelto á prender y atormentado mucho tiempo sobre el caballete ó potro, fué en fin quemado vivo.—En Egipto, mas de doscientos cincuenta confesores fueron enviados á las minas despues de haberles arrancado el ojo derecho, y quemado el nervio del pié izquierdo, á fin de que toda su vida fuese un martirio. — En Antioquía, santa Pelagia, vírgen, viendo su casa cercada de perseguidores, se precipitó de lo alto del techo para librarse del deshonor y morir pura por su fe. Su madre y hermanas, habiendo sabido que iban tambien en busca de ellas, se echaron á un rio, teniéndose unas á otras de la mano, y se ahogaron.— En la Palestina, treinta y nueve confesores fueron decapitados de un golpe. Otros cuatro, entre los cuales se hallaban Peles y Nilo, obispos egipcios, fueron abrasados por el fuego.

15. Tan largo martirologio, y tantos rasgos de fe y heroismo se iban desarrollando y sucediendo durante los años 304, 305, 306 y 307, duracion de la vacante de la silla de Roma. Un momento de descanso en la persecucion dió ocasion en 305 á la reunion de once ó doce obispos de la Numidia en Cirta, hoy Constantina, provincia de Argel. Este conciliábulo, formado de obispos traditores, cuyos recíprocos crímenes se echaban en cara unos á otros, y que al fin se excusaron por un pacto de alianza comun, eligieron obispo de Cirta á otro traditor llamado Silvano. Por una contradiccion que pudiera parecer extraña, si no nos enseñara la experiencia que los mas indulgentes para consigo son ordinariamente mas severos para con los demás, depusieron estos mismos obispos, seis años mas tarde,

á Ceciliano, obispo de Cartago, como habiendo sido ordenado por traditores. — En tanto que ministros indignos de un Dios de paz y caridad ofrecian al mundo este escándalo, san Pedro, patriarca de Alejandría, daba á su iglesia cánones ó reglas de conducta respecto de los cristianos fieles que no habian podido resirtir á la violencia de la persecucion. Este monumento de la antigua disciplina de la Iglesia respira la mansedumbre y discrecion compasiva del buen pastor : la mayor duracion de las penitencias prescritas por san Pedro de Alejandría es de tres años; y es para los amos que habian enviado á sus esclavos en lugar suyo á presentarse á los tribunales de los jueces y sufrir los tormentos en lugar de sus amos. Respecto de los que solo sucumbieron por flaqueza y pusilanimidad, aun sin haber combatido, se les podia recibir á la comunion despues de un año de penitencia. — Tal es la virtud de los santos, llena de aquella *condescendencia misericordiosa del Hijo del hombre, que ha venido á buscar, no á los justos, sino á los pecadores.*

§ III. **SAN MARCELO, PAPA** (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Aun mucho tiempo despues que habia cesado en Roma la persecucion general y sangrienta, se buscaban con ahinco feroz los clérigos para meterlos en las cárceles ó lugares de reclusion : así es que solo pudo reunirse el clero romano el 19 de mayo de 308 para hacer cesar la vacante de la Santa Sede, eligiendo por papa á san Marcelo, uno de los sacerdotes que san Marcelino guardaba casi siempre consigo. La antigüedad cristiana alaba su firmeza en mantener el vigor de la disciplina. Despues de los estragos de la persecucion, gran número de cristianos que no habian tenido el valor de confesar constantemente su fe en presencia de los tiranos, pedian tumultuosamente que se les dejase volver al seno de la Iglesia sin pasar por las saludables pruebas de la penitencia canónica. Recibirlos así, no hubiera sido misericordia sino debilidad; así es qne conociéndolo muy bien san Marcelo, supo resistirse á sus tentativas á expensas de su tranquilidad personal. Tal es el elogio

que de este santo nos hace el papa san Dámaso, sin darnos mas detalles.

17. Entretanto comenzaba á arborear en el horizonte del mundo el nombre de Constantino Magno, tan caro á la Iglesia. La Providencia, que vigilaba á su destino, le iba librando poco á poco de las trabas que parecia debian ahogar su naciente gloria. Hijo de Constancio Chloro y de Helena, hija de un fondista de Roma, sin favor ni proteccion conocida, despues del repudio de su madre, se vió reducido á agregarse á la corte de Diocleciano y peleó en las guerras de la Persia y del Egipto. Su valor, denuedo y modales afables le hicieron muy pronto extremamente popular en los campamentos. La abdicacion de Diocleciano le puso bajo el poder y dependencia de Galerio, el cual, envidioso de su gran crédito para con los soldados, quiso deshacerse de él, excitándole á batirse cuerpo á cuerpo desde luego contra un sármata, y despues contra un leon. Constantino salió felizmente de esas maquiavélicas pruebas, y se libró con la huida de las maquinaciones de Galerio. A fin de no ser perseguido, hizo cortar los corvejones de los caballos de posta, á medida que iba cambiándolos en su fuga, y se juntó con su padre en Boloña en el momento en que este, vencedor de Carausio, se embarcaba para la Gran Bretaña. Constancio murió en Yorck algunos meses despues, en 306. Las legiones, ensayando con el último esfuerzo su poder, sin aguardar la eleccion del palacio, proclamaron á Constantino emperador. Galerio, á pesar suyo, se vió obligado á dejar el poder á este rival detestado por él. Aun le estaban reservados á Galerio otros sucesos mas pesados. Su tiranía habia indignado extremamente á los Romanos, que sacuden su yugo y dan la púrpura á Maxencio, hijo de Maximiano Hércules. El padre sale de su retiro, se une á su hijo, y á fuerza de presentes y promesas gana el ejército que Galerio enviaba contra ellos bajo el mando de Severo, su cólega en el imperio, y fuerza á este general á sajarse sus venas (307). Galerio acude en persona, y llega con sus legiones á las puertas de Roma. Encuentra la capital fortificada y defendida por Maximiano y Maxencio, que

ya tenian previsto el ataque : le abandonan dos legiones, y huye vergonzosamente con el resto, haciendo á su paso asolar todo el país que pisa, para quitar á los dos emperadores la posibilidad de perseguirlo (308).

18. Si por una parte la Iglesia, agitada por las borrascas de la persecucion, era calumniada por los filósofos, hallaba por otra entre sus hijos ardientes y diestros defensores. La antigüedad cristiana nos ha conservado la memoria de los sabios y numerosos trabajos de san Metodio, obispo de Tiro, habiéndolo antes sido de Olimpia, ciudad marítima de la Licia. San Jerónimo le llama *el orador facundo ;* san Epifanio, *glorioso atleta de la verdad;* san Gregorio Niseno, *un pozo de erudicion ;* y Andrés de Cesarea, *el gran Metodio.* Escribia durante la persecucion de Diocleciano, cuya víctima ilustre habia sido. Su obra principal fué una refutacion de quince libros de impiedades y calumnias que el filósofo Porfirio habia compilado contra la religion cristiana : mas solo nos quedan de esta obra capital de san Metodio dos fragmentos citados por san Juan Damasceno. Era necesario valor para tomar en manos semejante causa, cuando los cristianos, reputados la hez del mundo, no hallaban do quiera sino tiranos y suplicios. Los errores de Orígenes, ó á lo menos los que á su nombre tenian crédito en el Oriente, llamaron tambien la atencion de Metodio. Escribió para combatirlos muchos tratados particulares : sobre *la Resurreccion,* sobre *el episodio de la Pitonisa de Endor,* que Samuel hizo aparecer á Saul, sobre *el Libre albedrio,* y sobre *las Criaturas.* Varios comentarios sobre la mayor parte de los libros de la sagrada Escritura completaban el ciclo de una vida tan útil y tan preocupada por la causa de la verdad. Todas estas obras, escritas en griego, han desaparecido.

19. La persecucion que cerraba el mundo á los cristianos, habia inspirado seguir el camino de la soledad : viéronse en esta época cubrirse los desiertos de flores, segun expresion de los Profetas. Hemos visto ya á san Pablo, primer ermitaño, en 250, durante la persecucion de Decio, entrar por este camino en que tantas generaciones de solitarios debian seguirle. Otro pa-

triarca de la vida cenobítica ilustraba en esta época el desierto : san Antonio, nacido en Egipto, de padres nobles y ricos. A los veinte años oyó leer en una iglesia el pasaje del Evangelio : « Si quieres ser perfecto, va, vende lo que tienes, dálo » á los pobres y sígueme : tú tendrás un tesoro en el cielo. » Tomó el consejo del Evangelio literalmente. A siguiente dia, no quedándole ya nada de la rica herencia que le habia dejado su familia, salió de su país y se puso bajo la direccion de un anciano que desde muchos años habia moraba en la soledad. El producto de esteras de junco que hacia con sus manos bastaba para alimento á un jóven criado en el lujo y la delicadeza. Se aplicaba y esforzaba en amortiguar todos los recuerdos del mundo, y meditaba de continuo las sagradas Escrituras, que llegó á saber todas de memoria. El demonio luchó abiertamente para apagar en esta alma heróica el gérmen de las virtudes que habian de desarrollarse mas tarde con tanto brillo para honra y ventaja espiritual de la Iglesia. Fantasmas impuros, mundanos recuerdos, su nobleza, el deseo de gloria, los placeres de la vida, iban y venian incesantemente al pensamiento del jóven anacoreta, que se internaba mas y mas en el yermo, redoblaba sus oraciones, vigilias, ayunos y austeridades. Estos combates interiores, tan conocidos de todo el mundo con el nombre de *Tentaciones de san Antonio*, se acabaron con una brillante victoria de san Antonio sobre el espíritu de tinieblas. Diciendo un dia en que tenia apretadísimo el corazon : «¿Dónde estais, mi Dios, y porqué me abandonais?» le respondió una voz : « ¿No he dejado de estar contigo un » momento. Solo he querido ser espectador de tu valor. Y » porque has resistido, mi socorro no te faltará jamás. » Antonio dió gracias á su libertador, y al dia siguiente se fijó en un monte lejano de la Tebáida, en medio de ruinas abandonadas, para vivir con solo favores de Dios, lejos de las miradas de los hombres : allí vivió veinte años desconocido al mundo. La reputacion empero de su santidad le trajo muchedumbre de discípulos : se le vió entonces (307) salir de su misterioso retiro, curando enfermos á su paso, consolando á los

afligidos, apaciguando las disensiones y reyertas, reconciliando enemistades enconadas, visitando los monasterios que se habian poblado bajo su direccion, unos al oriente del Nilo, otros al occidente, cerca de la villa de Arsinoe. Los solitarios recogian sus palabras como oráculos. «Los montes de la Te- » báida se llenaban de solitarios cristianos que pasaban los » dias y las noches en cantar salmos, en estudiar, en ayunar, » rogar, hacer oracion, trabajar con sus manos para hacer » limosnas, conservando entre sí el espíritu de paz, union y » caridad. A vista de estos piadosos solitarios, cuya conversa- » cion era toda con el cielo, se podria exclamar de nuevo: » ¡Cuán magníficos son tus tabernáculos, ó Jacob! y cuán » hermosas tus tiendas, ó Israel! Como valles llenos de sombra » y frescura, como islas deliciosas en medio del caudaloso rio, » como pabellones que el mismo Señor ha construido (1).» Tales son las palabras llenas de santo entusiasmo que arrancaba algunos años mas tarde tal espectáculo al elocuente patriarca de Alejandría, san Atanasio. Dios iba preparando de este modo, en los trabajos de una soledad fecunda, soldados de la verdad prontos á descender á la arena, como lo hizo mas tarde san Antonio mismo para defenderla valerosamente. Sin embargo aun no habia llegado el tiempo.

20. San Marcelo dió su sangre por esa fe que casi todos sus antecesores habian confesado como él en los tormentos. Tenia que ser el último papa del siglo tercero que padeciese martirio. Encarcelado por órden de Maxencio, que le mandaba renunciar al título de obispo y sacrificar á los ídolos, fué condenado á servir entre los esclavos que cuidaban de las caballerizas imperiales. Despues de nueve meses de este odioso suplicio, fué librado el santo papa una noche por su clero y acogido en la caritativa casa de Lucina, señora romana, que lo escondió con el mayor cuidado. La casa de esta noble viuda fué desde entonces convertida en una iglesia, á donde acudian los fieles en secreto á recibir las instrucciones y explicaciones

(1) San Atanasio, *Vida de san Antonio.*

de este valeroso pontífice. Pero fué descubierto este escondite; y Maxencio mandó prender á san Marcelo y le condenó al último suplicio. Constantino habia de vindicar un dia en la persona del tirano el derramamiento de esta sangre inocente. Fué amortajado y sepultado el santo cuerpo piadosísimamente por Lucina, fiel á su muerte como lo habia sido en la vida: ha sido trasladado despues á la iglesia de *San Marcelo*, que él habia fundado. La firmeza de este papa en mantener las reglas de la penitencia canónica le ha hecho acusar injustamente de rigorismo por algunos autores (Véase Fleury, *Historia ecles.*, t. II, p. 573). Esta conducta era conforme á la Iglesia y á los deberes de un papa encargado de hacerlos respetar por todos los católicos.

§ IV. SAN EUSEBIO, PAPA (2 de abril de 310-26 de setiembre de 310).

21. El 2 de abril del año 310, san Eusebio, griego de nacimiento, y que en el siglo habia ejercido la profesion de médico, fué dado por sucesor á san Marcelo. Durante su corto pontificado, san Eusebio dió muestras de un gran celo y de vigilancia por la integridad de la fe en toda su pureza. Perturbaban á Roma algunos herejes: es probable que sus errores recaian principalmente sobre puntos disciplinales, segun lo que parece indicar cierta inscripcion antigua de esta época. San Eusebio desplegó la misma firmeza que su antecesor para asegurar la integridad de la penitencia canónica respecto de los *lapsos*. Maxencio, cuyo poder se habia consolidado en Roma á despecho de los esfuerzos de Galerio, no perseguia á los cristianos, mas intentaba intervenir en el gobierno interior de la Iglesia por un abuso de que la historia nos da frecuentes ejemplos. Dos meses despues de la eleccion de san Eusebio, Maxencio le desterró á la Sicilia como en castigo del vigor apostólico con que mantenia la disciplina cuya necesidad no podia comprender. El santo papa murió allí el 26 de setiembre del mismo año 310, habiendo gobernado la Iglesia unos cinco meses.

§ V. **VACANTE DE LA SILLA DE ROMA** (26 de setiembre de 310-3 de julio de 311).

22. El principio del año 310 vió el castigo de uno de los perseguidores de la Iglesia. Maximiano Hércules no tardó en querellarse con su hijo Maxencio, que reinaba en Roma. Pasó á las Galias, y halló en Constantino, esposo de su hija Fausta, noble y generosa hospitalidad que solo pagó con crímenes. Ya en 308, en tanto que Constantino, ocupado con algunas legiones en reprimir en los bordes del Rhin las incursiones de los Francos, habia dejado á su padre político con el resto del ejército en la Provenza, Maximiano habia logrado seducir á los principales oficiales del ejército y á los gobernadores de las ciudades, y se habia apoderado del poder. Al saber esto corre Constantino á marchas forzadas hasta Arles, que le abre las puertas. Persigue y apresa al usurpador bajo los muros de Marsella, y la sola venganza fué despojar de la púrpura á Maximiano; pero le guardó en palacio cerca de sí. La impunidad envalentonó á este viejo consumado en el crímen : hace prometer á Fausta de dejarle abierta la puerta del dormitorio de Constantino; y en cierta noche, sorprendiendo y eludiendo la vigilancia de las guardias, se acerca al lecho imperial y atraviesa á puñaladas un cuerpo dormido, que no era otro que un eunuco al que, instruido de la trama por la fiel Fausta, Constantino habia hecho acostarse en su lecho. Maximiano, cogido en fragante delito, con el puñal ensangrentado en la mano, y ebrio de gozo por haber asesinado á su yerno, se ve forzado á escoger por sí mismo el género de muerte, y se ahorca con sus propias manos, vindicando así la sangre de tanto mártir como habia hecho morir (310).

23. Aun continuaba encrueleciéndose en el Oriente la persecucion comenzada por Diocleciano. De cuantos habian tomado parte en ella y que se glorificaban de haber acabado con el nombre cristiano (1), solo quedaba en pié Galerio; mas no tardó

(1) « Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio, en el

en llegar su hora. Se estaba preparando, con nuevas crueldades, á celebrar el año vigésimo de su reinado, cuando cargó sobre él la mano de Dios. Una horrorosa úlcera se declaró y se fué extendiendo en la parte inferior de su cuerpo, de la cual salia sangre negra y corrompida, gusanos que pululaban y hervian, y en fin un olor fétido intolerable. La parte superior se secó como un esqueleto y estaba horrible de seco, y de un color lívido : sus piernas y piés estaban tan hinchados, que no se conocia su forma. En medio de los tan atroces dolores como le causaba esta enfermedad incurable, Galerio pasó de un exceso de crueldad inaudito á una clemencia que asombraba á todos. Habia desde luego mandado arrojar á las fieras del anfiteatro los médicos primeros, porque habian sido muy desacertados. Mas como estas muertes no le curaban, hizo saludables reflexiones sobre su pasado. Le perturbaba mucho el recuerdo de los cristianos cuya sangre habia hecho correr á torrentes, y cansado de remedios humanos, quiso probar cómo apaciguar la ira del Dios á quien tanto habia ultrajado. La ciudad de Sárdica, testigo de sus padecimientos, lo fué tambien de su tardío arrepentimiento : pues que desde esta ciudad publicó un edicto en que restituia á los cristianos el libre ejercicio de su culto y religion. Todos los títulos que toma en este documento, el cual nos ha conservado Eusebio, hacen ver mas y mas su impotencia para destruir una religion que le arrancaba, en su lecho de muerte, un testimonio de benevolencia (1). Galerio no

Oriente; despues de haber abolido por todas partes la supersticion de Cristo, y extendido el culto de los dioses..... » Y otra inscripcion hallada igualmente en España : « Diocleciano Júpiter, Maximiano Hércules, Césares Augustos, despues de haber extendido el imperio romano en Oriente y en Occidente, y de haber abolido el nombre de los cristianos que trastornaban al Estado... » (*Inscrip. numism. apud Grutfer*, p. 280.)

(1) Hé aquí el texto del edicto : « El emperador César, Galerio Valerio Maximiano, invencible, augusto, pontífice soberano, Germánico, Egipcio, Sármata, Tebáico, Pérsico, Cárpico, Arménico, Médico, Adiabénico, en el vigésimo año de su poder tribunicio, el décimonono de su imperio, cónsul por la octava vez, padre de la patria, procónsul, á los habitantes de sus provincias, salud : Entre los muchos cuidados que nos ha dado nuestra solicitud por los intereses públicos, habíamos tratado desde luego de hacer revivir las costumbres de los antiguos Romanos, y que los cristianos siguieran la religion de sus antepasados que habian abandonado. Sub-

sobrevivió mucho tiempo á este acto de suprema justicia: murió como Antíoco, porque habia vivido como él. Antes de espirar recomendó á Licinio, á quien de nada habia creado César, á su mujer Valeria, y Candidiano su hijo. Mas apenas hubo cerrado los ojos Galerio, Licinio para pagar su deuda de agradecido hizo morir muy pronto á Valeria y Candidiano. La justicia divina se valia del furor de aquellos monstruos para extender por toda la raza de los perseguidores el castigo de los inveterados crímenes de los padres. La muerte de Galerio dejaba el imperio legítimamente partido entre Constantino, Licinio y Maximiano, los cuales reconociéndose todos tres como augustos, pero disputándose la preeminencia, reinaban, el primero en las Galias, España y Gran Bretaña, el segundo en la Iliria, el tercero en el Asia, el Oriente y Egipto. El centro del imperio, esto es, la Italia y el África, estaba en poder de Maxencio, el cual no habiendo sido proclamado jamás emperador de un modo regular, ni por Diocleciano, ni por Galerio, era mirado como usurpador, en latin *tyrannus*.

24. El nuevo edicto de Galerio produjo en todo el Oriente, á favor de los cristianos, lo que los Judíos habian experimentado al fin del cautiverio de Babilonia. Fueron puestos en libertad todos los confesores presos en los calabozos; y restituidos á esta y á ver la luz del dia los condenados á las minas. Se veia, en todas las ciudades, celebrar los cristianos sus asambleas, hacer sus ordinarias colectas para socorrer á los

yugados por una influencia nueva, habian abandonado las máximas de sus padres, y formaban asambleas para un culto nuevo. A consecuencia de nuestras ordenanzas han perecido en gran número por diversos suplicios. Sin embargo, viendo que los que aun sobreviven perseveran en sus sentimientos y rehusan servir á los dioses, aunque no tengan la libertad de adorar al Dios de los cristianos; no consultando sino á nuestra clemencia y *á esta bondad natural que nos ha impelido siempre á inclinarnos del lado de la indulgencia*, hemos creido extender á ellos nuestra paternal misericordia. Podrán pues profesar libremente su religion y restablecer los lugares de sus asambleas, sometiéndose empero á los reglamentos del imperio. Por otro decreto haremos saber á los magistrados la conducta que han de observar con ellos. En virtud de esta gracia que les otorgamos, los cristianos estarán obligados á rogar á su Dios por nuestra salud, por la salvacion de la república, á fin de que el imperio prospere en todas partes, y que puedan ellos mismos vivir en paz y con seguridad. »

pobres, viudas y huérfanos. Aparecia de nuevo la caridad en el mundo, al propio tiempo que la religion de Cristo. Los paganos, que habian creido asistir á los funerales del cristianismo, sorprendidos y atónitos de revolucicn tan inesperada, proclamaban en grito que el Dios de los cristianos, vencedor de los Césares, era el solo grande, solo verdadoro. Los confesores, libres ya de sus cadenas, volvian á su patria, y atravesaban las ciudades en medio de aclamaciones y cantos de triunfo. Se les veia, en numerosos grupos, por los caminos y plazas públicas, cantar salmos y cánticos. Las poblaciones, hasta las paganas mismas, se asociaban á su regocijo; por manera que era una fiesta pública para el imperio la reaparicion de estos cristianos que, desde ocho años habia, se trataba de exterminar con el mayor rigor en toda la extension del imperio.

§ VI. SAN MELQUÍADES, PAPA (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Pasados nueve meses de una vacante cuyos motivos no nos ha dejado consignados la historia, la silla de san Pedro fué ocupada por san Melquíades. Cupo á este venturoso pontífice recoger en la paz lo que sus antecesores habian sembrado en los combates y con su sangre. Comenzó su administracion enviando á los diáconos Stratano y Casiano á volver á tomar posesion de las iglesias y otras propiedades que segun los nuevos edictos tenian que ser devueltas á los cristianos.

26. En el primer año del pontificado de san Melquíades (311), se consumó por desgracia el cisma de los Donatistas en Cartago. Los obispos de África, aprovechándose de la paz que acababa de darse á la Iglesia, se habian reunido en Cartago para nombrar sucesor á Mensurio, obispo de esta ciudad, muerto durante la persecucion: fué elegido á la unanimidad el diácono Cecilio, y el obispo de Aptonga, Félix, le impuso las manos, le hizo sentar en la silla episcopal y le entregó el inventario de vasos sagrados de plata y oro, de cuya guarda habia encargado Mensurio á los ancianos de la iglesia. Algunos de estos infieles depositarios habian esperado volver á

provecho suyo ciertos objetos preciosos, y se coligaron para ello con dos diáconos intrigantes, Botro y Celeusio, que habian ambicionado el obispado de Cartago. Previo concierto, habian convocado á los obispos de la Numidia que no lo habian sido para la ordenacion de Ceciliano. Estos prelados eran los mismos que hemos visto, en 305, juntarse para la ordenacion del traditor Silvano, obispo de Cirta. Bajo la direccion de *Donato*, obispo de Casa-Nera en Numidia, se forman en conciliábulo y deponen á Ceciliano, so pretexto de haber sido traditor Félix de Aptonga, que le habia consagrado; además, que Ceciliano habia rehusado venir á su asamblea, y en fin, que cuando aun era diácono habia impedido á los fieles llevar socorros á los mártires encarcelados durante la persecucion de Diocleciano. Considerando pues como vacante la silla de Cartago, eligen y ordenan obispo de esta silla á Majorino, lector, levantando así altar contra altar en la misma iglesia. Tal fué el orígen del largo cisma de Cartago, que tomó su nombre de donatista del obispo Donato, obispo de Casa-Nera, principal fautor y defensor. Ceciliano no se dejó amilanar por esas intrigas y calumnias; y se creyó harto justificado por el mero hecho de estar, dice san Agustin, « unido de comunion con la » Iglesia romana, donde ha residido siempre en todo su vigor » la principalidad de la Silla apostólica, y ante la cual estaba » dispuesto á defender su causa. » Iremos viendo como mas tarde la Iglesia romana pronuncia su sentencia, y hace justicia á la verdad, á la inocencia y al derecho (311).

27. El edicto de Galerio, que restituia la libertad á los cristianos, se ejecutó tan pronto como se conoció en todas las provincias del imperio. Ninguno de los cólegas de este antiguo César se atrevió á resistirse á su voluntad tan expresa y auténticamente promulgada. Pero les era muy costoso sobrellevarlo á los sanguinarios instintos de Maximino Daya, quien tomaba extremo placer en esos suplicios cotidianos, en esos juegos carnicidas del anfiteatro que no tendrian con que alimentarse. Así es que en el año siguiente á la muerte de Galerio (octubre de 311), publicó un decreto que prohibia á los

cristianos reunirse en las ciudades para el ejercicio de su culto, so pretexto de que perturbaban el órden público. Los gobernadores y procónsules, adivinando la intencion del emperador bajo las formas suaves que la velaban aun, comprendieron que era necesario perseguir de nuevo á los cristianos. Se comenzó por calumniar sus costumbres, y por ultrajar la memoria de su divino fundador. Fueron esparcidas por todo el Oriente sometido á Maximino falsas actas de Pilatos, llenas de blasfemias contra Jesucristo, como sacadas de los archivos imperiales. Fueron sobornadas mujeres de mala vida, que declarasen ante los tribunales que en sus asambleas celebraban los cristianos misterios infames de que ellas mismas habian sido parte. Muy pronto se pasó á los suplicios. Se les reventaba los ojos á los confesores; se les cortaba las manos, los piés, la nariz, las orejas. Maximino habia prohibido llevar mas allá el rigor, mas nó tardó en echarse en olvido esta recomendacion, y pareció volver el tiempo de los martirios. San Pedro, obispo de Alejandría, dió su vida por la fe, así como los santos Hesiquio, Teodoro y Pacomio, obispos. En Antinous, el monje Apolonio, arrojado á una hoguera encendida, fué preservado milagrosamente de las llamas: prodigio que convirtió al juez que le habia condenado. Se llamaba este Ariano; y mas fuerte que la muerte misma por la fe, que habia subyugado su corazon, vino á ser tambien mártir por ella. Se le arrojó al mar con otros muchos confesores por órden del prefecto de Alejandría. En Emesa, el obispo Silvano fué devorado por las fieras del anfiteatro. En Nicomedia, el sacerdote Luciano pasó por un nuevo género de suplicio. Despues de haberle dejado, muchos dias consumirse por el hambre, y cuando se le suponia muy atormentado de ella, se le sirvió una mesa espléndida cubierta de manjares ofrecidos á los ídolos; el santo se resistió á esta tentacion, la mas violenta que puede sufrir la naturaleza, y le fué cortada la cabeza por el verdugo. — Maximino Daya deliraba en su feroz aborrecimiento á los cristianos y su fanatismo por la idolatría. La nacion armenia y su rey Tiridates acababan de recibir la fe de Jesucristo por el celo y predica-

cion de san Gregorio, llamado el iluminador y apóstol de la Armenia. A esta noticia, Maximino Daya, sin hacerse cargo del título de aliado de los Romanos, que habia merecido la Armenia por su fidelidad nunca desmentida en siglos, le declaró la guerra y entró en este país al frente de un ejército formidable. Pero los Armenios lograron acabar fácilmente con este bárbaro sin inteligencia y sin talento militar: le batieron en todos los encuentros, y quedó tan derrotado que hubo de dejar el país ignominiosamente. En las ciudades de Armenia, que estaban sometidas á los Romanos, hubo en esta época gran número de mártires. Como nacion, estos cristianos de los primeros siglos defendieron la verdadera religion; y como particulares, murieron por ella.

28. Mientras todo esto sucedia en el Oriente, se verificaba á las puertas mismas de Roma el mayor acontecimiento del siglo cuarto (312). Maxencio habia declarado la guerra á Constantino para vengar, decia él, la muerte de Maximiano Hércules, su padre, pero, en la realidad, para llevar á cabo un designio que de mucho tiempo le preocupaba, y era apoderarse de las Galias. Constantino se decidió á salir en busca de su enemigo. Maxencio, para mas captarse las voluntades, habia restablecido los pretorianos; su ejército se componia de ciento setenta mil infantes y diez y ocho mil caballos. Constantino no temió atacar á Maxencio y su tan formidable ejército con solos cuarenta mil soldados veteranos: pasó los Alpes Cotianos por uno de aquellos caminos indestructibles que habian abierto los Romanos, tomó Susa por asalto, deshizo un cuerpo de caballería de línea en las cercanías de Turin, otro en Brescia; capitula Verona: la guarnicion cautiva es atada con cadenas hechas de las espadas de los vencidos, y con esta marcha triunfal, Constantino se presenta en las puertas mismas de Roma. Maxencio se habia encerrado y fortificado en ella, porque un oráculo le amenazaba de muerte si salia; pero sus jefes y capitanes, la mayor parte muy peritos en la guerra, mantenian el campo en lugar suyo. Constantino se habia acampado en frente del puente Milvio, hoy *Ponte Mole*. En cierto dia en que se ade-

lantaba él al frente de un cuerpo de tropas, á cosa del medio dia apareció en medio del cielo una cruz radiante de luz en la direccion del sol. Sobre esta cruz milagrosa se leian en caractéres de fuego estas palabras latinas: *In hoc signo vinces*. La aparicion de este prodigio, del cual fué testigo todo el ejército, conmovió profundamente á Constantino, quien muchos años despues se lo contaba él mismo á Eusebio, obispo de Cesarea. En todo el dia no hacia sino pensar en esta vision maravillosa: pero en la noche siguiente se le apareció la misma cruz, y Jesucristo, revelándosele á él mismo, le mandó colocar esta imágen en sus estandartes. Al dia siguiente, al lado de las águilas romanas se vió en todo el ejército una bandera de una forma no conocida hasta entonces. Era una pica larga de palo dorado que tenia en la parte superior un travesaño en forma de cruz, en cuyos brazos flotaba un tejido de oro y pedrerías: en la cabeza brillaba una corona de oro y piedras preciosas, en medio de la cual estaba el monograma de Cristo, formado de las dos iniciales griegas de este nombre. Este monograma y la imágen de la cruz fueron colocados en todos los cascos de los soldados. Tal era el famoso LÁBARO. Y así esta cruz, reservada hasta entonces como suplicio de infamia para los mas viles criminales, despues de tres siglos de ultrajes, de incredulidad y de persecucion, triunfa del mundo, toma asiento entre las cosas mas reverenciadas, y se convierte en estandarte de las legiones romanas, que el mundo vencido miraba con respeto y admiracion [mientras se acercaba el dia de adorarla]. « La batalla que iba á darse entre Maxencio y Constantino, dice Chateaubriand, es del corto número de aquellas que, expresion material de la lucha de las opiniones, vienen á ser, no ya solo un hecho de guerra, sino una verdadera revolucion. Encontráronse dos mundos y dos cultos en el puente Milvio; se hallaron á la faz una de otra dos religiones, con las armas en la mano, en las orillas del Tíber, á la vista del Capitolio. Maxencio preguntaba y consultaba los libros de las Sibilas, sacrificaba leones, hacia abrir el vientre y seno de mujeres en cinta para ir á escudriñar en el seno de

los niños arrancados de las entrañas de sus madres: se suponia que corazoncitos que aun no habian palpitado eran incapaces de abrigar ni de ocultar ninguna impostura. Constantino venia por impulso de la Divinidad y por la grandeza de su genio: así lo expresan las palabras que se grabaron en su arco de triunfo: *Instinctu Divinitatis, mentis magnitudine.* Los antiguos dioses del monte Janículo tenian formadas al rededor de sus altares las legiones que en su nombre habian conquistado el universo; á la faz de aquellos soldados estaban los de Cristo: el *Lábaro* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicaba en una montaña: el tiempo y el género humano habian dado un paso» (CHATEAUBRIAND, *Estud. histór.,* edic. Charpentier, p. 218). — La batalla de Accio del cristianismo se dió en 28 de octubre de 312. Maxencio, infiel en esta ocasion al voto que habia hecho de no combatir fuera de Roma, atravesó el Tíber, echando en él un puente de madera, cortado en dos partes móviles. Su plan era traer á Constantino á este puente, separar entonces los dos lados y anegar á su enemigo en el rio. Presentó su ejército formado en batalla al otro lado del Tíber, teniendo este á espaldas, falta estratégica y enorme imprudencia, pues que sus soldados, por poco que se viesen forzados á retroceder, eran infaliblemente precipitados en el Tíber. Constantino, como hábil general, desplegó muy ventajosamente su ejército en el llano, y con la pericia militar en sus combinaciones suplió á la inferioridad numérica de sus tropas. Las de Maxencio fueron cortadas y destrozadas al primer choque: los mas valientes murieron en sus puestos; los demás soldados, perdidos, atolondrados y ciegos, se echaron al Tíber, en donde quedaron ahogados la mayor parte. Maxencio fugitivo se volvió apresuradamente al puente que habia mandado hacer; la muchedumbre que se amontonaba al mismo tiempo que él, hizo romper el puente, construido con muy diferente objeto. Maxencio cayó al rio y se ahogó, pereciendo con la muerte que preparaba á su adversario. El Dios de los cristianos habia cumplido la palabra dada á Constantino, y el *Lábaro* quedó victorioso.

Constantino hizo al dia siguiente su entrada triunfal en Roma, donde el regocijo de todas las clases igualaba al suyo. Pero el terror del nombre de Maxencio era tan grande, que de pronto no se decidió el pueblo á creer la noticia de su muerte por temor de una terrible venganza, si el rumor era falso y fuese desmentido: mas habiéndose encontrado y reconocido el cuerpo del tirano, que se habia quedado atascado en el légamo ó fango, fué llevado á la ciudad como prueba y prenda de la libertad de los Romanos. Entonces ya no fué posible contenerse en los mas entusiasmados transportes de júbilo, y la muchedumbre del pueblo corria por la avidez de conocer y contemplar el rostro del vencedor. « No ha habido dia alguno tan » placentero como este, desde la fundacion de Roma: ninguno » de los triunfos que la antigüedad nos encomia puede compa- » rarse con el triunfo de Constantino. No se han visto marchar » delante del carro del vencedor generales enemigos cargados » de cadenas, sino al contrario, se vió á toda la nobleza ro- » mana librada de las que le habian hecho arrastrar las violen- » del tirano. No se han arrojado los bárbaros á los calabozos » profundos, sino que se han sacado de ellos á los que allí re- » tenian la avaricia y crueldad de Maxencio. No forman la de- » coracion de esta fiesta los cautivos y prisioneros extranjeros; » sino que Roma misma es quien ha salido del cautiverio. Nada » ha conquistado al enemigo; mas se ha recobrado á sí misma: » no se ha enriquecido con nuevos botines de guerra, sino que » ha cesado ella de serlo de un tirano; y, lo que es el colmo » de su gloria, en cambio de la esclavitud, ha recobrado » Roma sus derechos al imperio. En lugar de prisioneros de » guerra, que desdeñó traer el vencedor en su pompa, cada » uno sustituia en su espíritu otra especie de cautivos: se » creian ver encadenados los mas terribles monstruos del gé- » nero humano: domada la impiedad, vencida la perfidia, la » audacia encadenada, encadenadas y aherrojadas la tiranía, » la crueldad, la cólera, el orgullo y la arrogancia, la licencia y » el desórden, enemigos furiosos, cuyos excesos hemos resen- » tido [por tantos siglos], y que rabian de furia por verse en la

» impotencia de dañarnos mas (1). » La espada del vencedor no salió mas de su vaina, acabado que fué el combate. El solo acto de severidad del héroe cristiano fué un acto de rigorosa justicia, al propio tiempo que de alta política : abolió y licenció la guardia pretoriana, que desde dos siglos habia tenia como subyugados á los emperadores, y ponia á pública subasta la púrpura imperial. Algunos meses mas tarde, costó á Maximino Daya el imperio y la vida otra victoria ganada contra él cerca de Heraclea por Licinio (2). Con Maximino desaparecia el último perseguidor de la religion cristiana.

29. Constantino señaló su advenimiento al soberano poder en Roma con un edicto en favor de los cristianos. Les daba libertad de hacer nuevas iglesias y de entrar en posesion de las que les habian sido robadas en la persecucion. Este decreto, datado de Milan, fué remitido á todos los cónsules y goberna-

(1) Traduccion de Crevier, *Historia de los emperadores*, tom. XII. Hé aquí el texto de este elocuente pasaje : « Nullus post orbem conditam dies Romano illuxit imperio, cujus tam effusa, tamque insignis gratulatio aut fuerit, aut esse debuerit. Nulli tam læti triumphi, quos annalium vetustas consecratos in litteris habet. Non agebantur quidem ante currum vincti duces, sed incedebat soluta nobilitas. Non conjecti in carcerem Barbari, sed deducti è carcere consulares. Non captivi alienigenæ introitu millium honestaverunt, sed Roma jam libera. Nihil ex hostibus accepit, sed seipsam recuperavit, nec præda auctior facta est, sed esse præda desivit, et (quo nihil adjici ad gloriæ magnitudinem potest) imperium recepit quæ servitium sustinebat. Duci sane omnibus videbantur subacta vitiorum agmina, quæ urbem graviter obsederant. Scelus domitum, victa perfidia, diffidens sibi audacia, et importunitas catenata, et cruenta crudelitas inani terrore frendebat. Superbia atque arrogantia debellatæ, luxuries coercita, et libido constricta nexu ferreo tenebantur. » (Nazar., *Paneg. Constant. Aug.*)

(2) « Maximino habia sabido con pesar la victoria de Constantino y su alianza con Licinio. Reunió pues en la Siria un ejército de setenta mil hombres y avanzó á grandes etapas para combatirlos. Licinio, que le era muy opuesto, solo tenia unos veinte mil hombres. Algunos dias antes de la batalla le apareció cierta noche un ángel, y le amonestó á levantarse presto y orar al Dios soberano con todo su ejército, prometiéndole la victoria si lo hacia. Licinio, habiendo mandado venir á su secretario, en la mañana del siguiente dia le hizo redactar una oracion cuyas palabras le habia sugerido el ángel, y mandó distribuir este papel á todo el ejército. Llegado el dia de la batalla, sus soldados, despues de haber rezado tres veces esta plegaria, se arrojaron confiadamente sobre las tropas de Maximino, muy superiores en número, y las derrotaron con gran carnicería. Maximino, obligado á la fuga con el resto, se envenenó en Tarso despues de una hartazon. Murió algunos dias despues con atroces dolores. Esta muerte volvió la libertad á toda la Iglesia. » (*Compendio cronólogico de la historia eclesiástica*, tom. I, p. 129.)

dores de las provincias. Por primera vez, despues de tres siglos, se atrevió un emperador á proclamar pública y oficialmente sus simpatías por la fe de Jesucristo, y por primera vez tambien fué acogido unánimemente este acto. Constantino trasladaba á los ministros de la religion cristiana los privilegios de que gozaban los sacerdotes paganos. Los clérigos debian de ser exentos de todo tributo, servicios y cargas públicas. Los pontífices eran ya personajes muy considerables, revestidos de la confianza del soberano. Así terminó definitivamente el combate de tres siglos entre la Iglesia de Jesucristo y Roma idólatra. Durante tres siglos Roma idólatra persigue á la Iglesia por sus emperadores, por sus ídolos; durante tres siglos, la Iglesia padece y muere en sus mártires. Al fin de estos tres siglos, Roma idólatra ve perecer á la vez ídolos y perseguidores: en tanto que la Iglesia, que sobrevive á todos, ve á un jóven héroe enarbolar en sus estandartes el signo, hasta entonces ignominioso, de Jesucristo, la cruz que será en adelante el glorioso estandarte de la humanidad regenerada (313).

30. Apenas entró vencedor en Roma el sucesor de los Césares, hizo buscar al representante de una majestad espiritual cuya púrpura habia estado teñida en sangre hasta allí. Hubo desde entonces reconocidas y proclamadas en el mundo dos soberanías: la del papa y la del emperador; la una sin mas fuerza que la promesa divina, sin otro apoyo que su flaqueza, sin otras armas que su fe; la otra, dominadora exterior por la espada, por la legislacion, riqueza y poder, mas sometida á la autoridad de los Pontífices en las cosas del dominio de la fe. La mayor gloria de Constantino fué que comprendió maravillosamente su cargo de emperador cristiano, que se designaba bajo el nombre de *obispo exterior*. — Los Donatistas, á la noticia de su entronizacion, le presentaron una solicitud para apoyarse con su autoridad. «Recurrimos á vos, emperador excelentísimo, decíanle, á vos que habeis nacido de tan justa » raza; á vos, cuyo padre, solo entre los emperadores, no » ha ordenado persecucion contra los cristianos. Os suplica» mos que os digneis darnos por jueces los obispos de las Ga-

» lias, pues que las Galias, exentas de la proscripcion, no han » tenido como nosotros la desgracia de conocer traditores. Ha- » ced pues juzgar por obispos de las Galias las disensiones que » han sobrevenido en la Iglesia de África. Firmado y dado por » Luciano, Narsucio, Digno, Capiton, Fidencio y demás obis- » pos del partido de Majorino. » — La respuesta de Constantino á esta indigna solicitud debiera estar escrita en letras de oro: « ¡Cómo! exclamó, vosotros me pedís jueces, vosotros » obispos, á mí que soy seglar, y que aguardo yo mismo el » juicio de Cristo! » Envió pues los memoriales con todas las piezas del negocio al papa san Melquíades, bajo cuya presidencia se abrió en 2 de octubre de 313 en el palacio mismo de la emperatriz Fausta, llamado de Letran, un concilio compuesto de diez y nueve obispos de Italia y las Galias. Donato se presentó como acusador de Ceciliano, obispo legítimo de Cartago. Convencido de haber rebautizado á los herejes y de haber sido ordenado por obispos traditores, se retiró del concilio. Se examinaron en seguida detalladamente las actas del conciliábulo de Numidia, que en 311 habia condenado á Ceciliano : se las halló llenas de irregularidades y tachadas de violencia y espíritu de partido. Se discutieron madura y atentamente uno por uno todos los artículos de acusacion contra Ceciliano : ninguno era digno de serio exámen; pues que eran todos un tejido de inventadas mentiras y calumnias. Aclarada de tal suerte la cuestion, san Melquíades, con unánime parecer de los obispos del concilio, proclamó la inocencia de Ceciliano y la legitimidad de su ordenacion. Sin embargo, llevado del espíritu de alta prudencia que tan peculiar es á todas las medidas emanadas de la Santa Sede, el papa no separaba de su comunion ni á los obispos que habian condenado á Ceciliano, ni á los que habian sido enviados á Roma para acusarle : y aun ofreció, añade san Agustin, recibir en su comunion á los que habian sido ordenados por Majorino, obispo donatista de Cartago; por manera que do quiera se encontrasen dos obispos á consecuencia del cisma, seria mantenido en la silla episcopal el mas antiguo en su ordenacion, y se daria el pri-

mer obispado vacante al otro. Donato, de *Casis Nigris*, fué el solo exceptuado de esta medida misericordiosa. Fué condenado como autor de toda aquella perturbacion. Regresó pues á Cartago, mas animado que nunca, y pronto á fomentar nuevos disturbios.

31. El papa san Melquíades no vió el fin de estos, porque murió tres meses despues, el 10 de enero de 314. Su moderacion, prudencia y caridad le merecieron los elogios de san Agustin, quien hablando de él, exclama : « ¡ O hombre excelentísimo ! ó verdadero hijo de la paz ! ó verdadero padre » del pueblo cristiano ! » Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y despues transportado á la iglesia de San Silvestre *in capite* por san Paulo I. Constantino, al dar al papa san Melquíades el palacio de Letran, habia añadido á esta munificencia imperial una renta anual suficiente para mantener la dignidad del supremo pontífice de la Iglesia. Hallábanse pues los romanos Pontífices de este modo con tanta independencia, que les permitia ejercer su ministerio con libertad apostólica para bien general de la sociedad. El reconocimiento y confianza de los pueblos les revistieron poco á poco de una soberanía que llegó á consolidarse en las costumbres públicas, y á ser consagrada por el tiempo. Carlomagno completará mas tarde el noble pensamiento de Constantino : y la Santa Sede, poder espiritual y pacífico, colocado en medio de los gobiernos civiles, respetado por todos, y de todos independiente, vendrá á ser como el moderador supremo y el árbitro de la cristiandad.

32. Concluye pues la primera época de la historia de la Iglesia con san Melquíades. La conversion de los Césares iba á cambiar la faz del mundo. « Cuando despues de tres siglos » de torturas, dice el P. Lacordaire, desde la cima del monte » Mario vió Constantino en el aire el *Lábaro*, era que la sangre » de los cristianos habia brotado en la sombra, habia subido » como un rocío hasta el cielo, y se expandia en él en forma » de cruz triunfante. Nuestra libertad pública era fruto de una » libertad moral sin antecedente. Nuestra entrada en el Foro » de los príncipes era fruto de un imperio que nosotros había-

» mos ejercitado sobre nosotros mismos hasta la muerte. Era » pues lícito reinar despues de semejante aprendizaje de im- » perio. Era permitido pues revestir de púrpura la doctrina, » despues de tanta sangre con que estaba teñida. Este reinado » no fué largo, por otra parte, aun suponiendo que se pueda » llamar así el tiempo que medió entre Constantino y los Bár- » baros, tiempo tan lleno de combates, durante el cual la » doctrina católica no dejó un solo dia de la mano la pluma, » de la boca la palabra [1]. »

(1) *Conferencia* de la catedral de París (30 de noviembre de 1845), por el P. Lacordaire.

CAPITULO XV.

SUMARIO.

RESÚMEN DE LA PRIMERA ÉPOCA DE LA IGLESIA (año 1-312).

1. — Rápida extension del cristianismo en Italia. — 2. En todo el resto del Occidente. — 3. En el Oriente. — 4. Obstáculos al desarrollo del cristianismo. — 5. Causas favorables á su desarrollo. — 6. Escritores y filósofos paganos hostiles al cristianismo. Luciano, Celso, Porfirio, Jámblico, Filostrato. Vida de Apolonio de Thiana. Hierocles. — 7. Primeros apologistas. — 8. Herejías, cismas. — 9. Gobierno, disciplina y culto. — 10. Conclusion (1).

1. Al acabar el relato de sangrientas persecuciones que han durado tres siglos, no puede menos de ser muy interesante hacerse cargo de la maravillosa extension del cristianismo bajo la cuchilla del tirano. Ya al principio del segundo siglo decia san Justino : «No hay pueblo donde no se encuentren creyentes » en Cristo. » Lo mismo leemos en san Ireneo : « La Iglesia » se habia extendido por toda la tierra y hasta las extremi- » dades mas lejanas del mundo. » Aun son mas terminantes las expresiones de Tertuliano : « Somos de ayer, y llenamos ya » todo lo vuestro ; solo os dejamos los templos. Si quisiéra- » mos separarnos de vosotros y retirarnos á algun país lejano, » quedaria desconcertado vuestro poder con la pérdida de » tanto ciudadano. Os espantariais del desierto en que os deja- » ríamos, y del silencio del mundo en torno vuestro; tendriais » que ir en busca de hombres á quienes mandar. » Quisiéramos saber cuál era, en la época de la persecucion de Diocleciano, el número de cristianos comparativamente al de los paganos. A falta de noticias positivas, nos dará una idea aproxi-

(1) Véase para el conjunto de las épocas primera y segunda la obra del doctor Dœlinger, profesor de historia en la universidad de Munich, intitulada *Orígenes del cristianismo,* 2 vol. en 8°. francés, de cuya obra hemos tomado las ideas principales de este capítulo.

mativa del acrecentamiento de la Iglesia, al fin del siglo tercero, una ojeada sobre el Oriente y Occidente. Roma contaba, en solo su recinto, cuarenta iglesias bajo el pontificado de san Silvestre I (314-335). Tradiciones locales antiguas atribuyen á los discípulos de san Pedro la fundacion de la mayor parte de las iglesias de Italia. Luca mira como su primer apóstol á san Paulino, enviado á Etruria por el príncipe de los Apóstoles; Fiesole, á san Rómulo; Ravena, á san Apolinar; Milan, á san Anathalon; Aquileya, á san Marcos; Bolonia, á san Zamas, enviado por el papa san Dionisio en 259. Zenon, primer obispo de Verona, padeció martirio bajo el emperador Galieno en 255; Puzzoli habia tenido por su primer obispo á san Patrobas, citado por san Pablo en su epístola á los Romanos. Los antiguos martirologios hacen subir á la época apostólica la institucion de Photino en Benevento, de Prisco en Capua, de san Asperio en Nápoles, de Felipe de Argirio en Palermo, y de san Marciano, primer obispo de Siracusa.

2. Los orígenes del cristianismo en el África proconsular, aunque algo oscuros en el primer siglo, se desarrollan brillantemente en el segundo. La silla principal de la Iglesia en este país desde el desierto de Barca hasta el Atlántico, era Cartago, ciudad magnífica y populosa, reedificada desde mucho tiempo hacia sobre sus antiguas ruinas, y en relacion ya por su vasto comercio con el mundo entero. Desde el fin del siglo segundo, Agripino, su obispo, convocaba ya un sínodo de otros setenta obispos. Desde el tiempo de Tertuliano, la religion de Jesucristo habia penetrado ya entre los Africanos primitivos, es decir, entre los Gétulos y los Moros, que moraban en lo mas internado del país, en las gargantas y valles del Atlas, la mayor parte nómadas, y hablando un idioma particular. En los tres primeros siglos el noroeste del África estaba dividido en tres provincias eclesiásticas: el África proconsular, la Numidia y la Mauritania. Se contaban seis en el siglo siguiente; esto es, á mas de las citadas, la Tripolitana, que solo tenia cinco obispados, la Bisacena y la Mauritania Cesárea. — La Iglesia de España en el año 250 aparece por primera vez en la historia

general, cuando dos obispos, Basílides de Astorga y Marcial de Leon, habiendo apostatado en la persecucion de Decio, fueron depuestos en un sínodo. [La época apostólica de los primeros siglos de este país está apoyada en tradiciones y documentos muy respetables. La tradicion de la venida de Santiago el mayor á España y su predicacion está tan arraigada en España desde los primeros siglos del cristianismo, que dudar de ella seria la mayor temeridad. Fundó por sí mismo varias iglesias en la España ó provincia Tarraconense; en su vuelta á Jerusalen se llevó consigo algunos discípulos para instruirlos mas y mas en el gobierno de la Iglesia, y dejando siete de ellos en Roma, san Pedro los volvió á enviar á España. Estos siete discípulos son reputados por los segundos fundadores de la Iglesia española, por obispos apostólicos, segun expresion de san Gregorio VII. San Cecilio fué obispo de Ilíberi, hoy Granada, donde se celebró el famoso concilio Eliberitano. San Torcuato fundó la iglesia de Accis (Guadix); san Segundo, la de Ávila; san Indalecio la Urcitana (Martos), san Hesiquio fundó á Carteya, san Ctesifonte á Vergi (Béjar); san Eufrasio á Iliturgis (Murcia). Tarragona, Tortosa y Leon fueron fundadas tambien en el primer siglo de la Iglesia. Toledo reconoce como su fundador á san Eugenio, discípulo de san Dionisio Areopagita. En una palabra, de los setenta y ocho obispos que asistieron en 589 al tercer concilio de Toledo, mas de las tres cuartas partes lo eran de sillas episcopales fundadas en los dos primeros siglos de la Iglesia. Y esto se confirma con que en el solo concilio Eliberitano, provincial de la provincia Bética, habia diez y nueve obispos, todos pertenecientes á una parte de la que hoy llamamos Andalucía: por otra parte, el contenido de los cánones de este concilio prueba cuán floreciente se hallaba ya en España la religion cristiana.] — Las Galias, evangelizadas desde el fin del primer siglo por los discípulos de los Apóstoles, y que habian visto á san Photino é Ireneo en Leon, á san Trófimo en Arles, á san Benigno en Autun, á san Víctor en Marsella, á los santos Donaciano y Rogaciano en Nantes, contaban, decimos, en el tercer siglo casi tantas

sillas episcopales como habia ciudades importantes. En el concilio celebrado en Arles contra los Donatistas (214) aparecen ya los obispos de Reims, de Ruan, de Vaison, de Burdeos, y los enviados de las iglesias de Mende (Gábales), Orange, Apt y Niza. — En las comarcas situadas en la orilla derecha del Rhin, divididas en *Germania superior* (Germania prima) y *Germania inferior* (Germania segunda), era ya muy influyente la religion cristiana en el siglo segundo. Tréveris, Colonia, Tongres, Espira, Magencia, eran otros tantos centros religiosos desde donde se esparcia la doctrina del Evangelio hasta las comarcas mas internas de la Alemania. Los países del Danubio, de la Nórica, Vindelicia, y Rethia (hoy el Austria, la Baviera, el Tirol y Grisones), cuyas principales ciudades estaban pobladas de colonos romanos, *Laureacum* (Larch) *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo), *Tridentum* (Trento), habian recibido muy pronto las semillas de la fe: la persecucion de Diocleciano hizo allí numerosísimos mártires. — La Gran Bretaña, á donde, bajo el nombre de reinado de Claudio, habian llevado consigo las colonias romanas la doctrina del Evangelio, estaba casi toda ella poblada de cristianos. Gildas, el escritor mas antiguo de esta nacion, cuenta que en 303, época de la promulgacion del sangriento edicto de Diocleciano, las iglesias fueron derribadas, los libros sagrados quemados públicamente en las calles, martirizados infinidad de sacerdotes y legos; por manera que los bosques y cavernas que servian de refugio á los cristianos parecian entonces mas poblados que las ciudades mismas. El primer mártir breton (inglés) fué san Alban de Verulamio, convertido al Evangelio por un sacerdote fugitivo á quien habia dado la hospitalidad. Despues de concluida la persecucion, parecieron en el sínodo de Arles tres obispos británicos: Eborio de Yorck, Restituto de Londres, y Adelfio de *Civitate coloniæ Londinensium* (tal vez *Lincoln*). La Tracia, el Henimontos, el Rhodope, la Escitia y la Mesia inferior, sobre la orilla del Mediterráneo, tenian cristiandades tan florecientes como las de la Gran Bretaña. En Macedonia, Tesalónica, Filipos, Beroe, iglesias apostólicas, en nada habian

degenerado de su favor primitivo en el tercer siglo. Atenas, aquella capital de la antigua civilizacion griega, y Bizancio, destinada mas tarde á ser reina de un imperio nuevo, estaban ya conquistadas para la fe de Cristo.

3. El Oriente ofrecia igual espectáculo de fe y de cristiana fecundidad. Desde Jerusalen, cuna del cristianismo, se propagaba y difundia la doctrina del Evangelio por todas las poblaciones de la Palestina, Fenicia y Siria. Los nombres de Cesarea de Palestina, Tiro, Sidon, Ptolemáida, Berito, Trípoli, Biblos, Seleucia, Apamea, Hierápolis, Samosata, y sobre todos estos, el de Antioquía, recuerdan otras tantas iglesias grandes é ilustres. En la Arabia romana, Bosra en el Osroene, Edesa, la capital, habian recibido muy pronto la luz del Evangelio. En la Mesopotamia y la Caldea, las cristiandades de Amida, Nisiba, Seleucia y Ctesifon eran célebres. El Asia menor, evangelizada por san Pablo, tenia las ilustres sillas de Éfeso, Laodicea, Pérgamo, Filadelfia, Tiatira, Tarso, Mopsuesta, Esmirna, Iconio, Mira, Mileto, Antioquía de Pisidia, Corinto, Nicea, Calcedonia, etc., etc. Las islas de Creta, Chipre y el Archipiélago estaban llenas de cristianos. La Armenia, y aun hasta la Persia, á pesar de las frecuentes persecuciones contra el cristianismo movidas allí, contaban numerosas y florecientes cristiandades. El Egipto, evangelizado por san Marcos, que fundó allí la silla patriarcal de Alejandría [en representacion de san Pedro, su maestro], enviaba al concilio de Nicea los obispos de Naucratis, Phtinonte, Pelusia, Panefisia, Memfis y Heraclea. La Tebáida, que tan fecunda habia de ser en ejemplos de santidad, contaba en el tercer siglo las iglesias episcopales de Antinoe, Hermópolis y Licópolis. Ptolemáida era la capital ó metrópoli de la provincia de Pentápolis, que comprendia muchos obispados.

4. Como se ve, el cuadro de las conquistas del cristianismo en el tercer siglo abraza todas las comarcas del mundo conocido. Una extension tan rápida ha sorprendido en extremo aun á los historiadores mas hostiles al cristianismo; y han intentado explicar este hecho por causas meramente naturales.

Han querido persuadirse que las persecuciones suscitadas en los tres primeros siglos contra los fieles, estaban muy lejos de tener los caractéres de universalidad, perseverancia y crueldad que les atribuimos nosotros. Esta última objecion, que ha llegado á ser lugar comun de la filosofía del siglo XVIII, no hallaria hoy crédito en ningun espíritu recto é ilustrado, porque los hechos son sobrado ruidosos, patentes, numerosos y averiguados para que se los pueda contradecir de un modo convincente. A los ojos de un observador de buena fe, la propagacion del cristianismo en el seno de una sociedad donde, durante trescientos años, fué crímen capital el nombre solo de cristiano, no se puede explicar sino admitiendo la divinidad de su mision y doctrina. Se ha visto en efecto que todo eran obstáculos á su difusion. El politeismo, arraigado en las costumbres, hábitos, creencias, literatura, legislacion, vida pública y privada, disponia de todas las fuerzas, reunia y fortalecia todas las simpatías, imponia respeto y sumision. A pesar de su impotencia moral, á pesar de la incredulidad de las altas clases, no es menos cierto que en los primeros tiempos de la Iglesia la gran masa del pueblo se encontraba ligada por un antiguo, envejecido y hereditario apego al culto de los ídolos. El Evangelio no solo tenia que combatir las impresiones tan tenaces de la edad tierna, la educacion y preocupaciones politeistas mamadas con la leche, sino que el politeismo era mirado como la religion primitiva, cuyo orígen se ocultaba en la noche de los tiempos, y bajo cuya influencia protectora se habian formado las familias y fundado los imperios. En el mundo romano, el culto de los dioses y las instituciones que hacian parte de él estaban enlazados con el Estado estrechísimamente, y presentaban á un grado eminente un sello político. El centro del imperio, la ciudad de las siete colinas, era por sí misma objeto de un culto religioso. La creencia en las divinidades del imperio estaba tan identificada con los sentimientos patrióticos, que parecia no poder abandonarse la una sin violar las otras. Atacar de frente tradiciones fortalecidas por leyes de muchos siglos, confirmadas por la majestad victoriosa y por la uni-

versal dominacion de Roma, era hacerse reo de alta traicion, conmover el Estado hasta sus cimientos y declararse enemigo de la patria, de la cosa pública. Tal era el modo de pensar profundamente arraigado y difundido generalmente, contra el cual, como contra un muro de bronce, parecia deber irse á estrellar todos los esfuerzos de los mensajeros del Evangelio. A estos obstáculos, extrínsecos á la religion cristiana, se venian á juntar los que nacian intrínsecamente de la severidad de su moral, de la austeridad de sus dogmas y del misterio con que se cubria su culto. El que en esta época abrazaba síncera-mente la religion y la fe de Jesucristo, se desterraba en cierta manera de la sociedad civil, del mundo entero, tal como lo habia formado el paganismo. No podia tomar ya parte en las ceremonias públicas, puestas todas bajo la invocacion de los dioses, ni en los espectáculos, ni en los juegos favoritos de la muchedumbre, ni en los combates diestros y atrevidos de los gladiadores. Se hallaba excluido de las fiestas y regocijos solemnes, donde los emperadores hacian distribuir la carne de las víctimas: se hallaba excluido de los convites de familia ó de corporacion, todos precedidos de libaciones á los ídolos. La vida cristiana se presentaba pues á los paganos como un genio ó carácter montaraz, huraño, indómito, que hacia aborrecer la sociedad. Con solo ver la especie de frenesí con que la masa del pueblo corria á las representaciones del circo ó á las luchas de la arena, no costará mucho comprender la expresion de Tertuliano : « La idea de estar obligado á renunciar á los » placeres, á las sensualidades, á las pasiones del siglo, aleja » mas del cristianismo que el temor de verse condenado á » muerte por haberlo abrazado. » — El dogma de la unidad de Dios, profesado abiertamente por los fieles y fatalmente interpretado por los paganos, hacia juzgar á los cristianos como enemigos y menospreciadores de toda religion y aun como ateos. Los paganos adoptaron tanto mas crédula y gustosamente esta acusacion, cuanto que los cristianos no disimulaban de modo alguno su desprecio á todo lo que, segun las ideas idolátricas, era una expresion del culto, y porque no

veian en los cristianos nada que fuese análogo. La aparicion del cristianismo levantaba el odio popular contra una *secta impía*, sin dioses, sin templos, sin altares. Imbuida de la opinion de que los cristianos eran ateos y de que estos hombres sobre quienes estaba suspendida la cólera del cielo debian de ser exterminados, la muchedumbre exclamaba, toda á una voz, á los magistrados y gobernadores : *Exterminad á los ateos*. Cuanto mas obligados se veian los cristianos á tener sus juntas en secreto y durante la noche, con mas facilidad acogian los paganos la calumnia, divulgada ya de mucho tiempo habia, de que se cometian en estas asambleas crímenes horribles y contra la naturaleza. Un niño, se decia, envuelto en harina es presentado al neófito que va á iniciarse ; este, sin saber lo que hace, le traspasa á puñaladas; en seguida, se va pasando en una copa la sangre del niño degollado : se parten sus miembros como un alimento, y se ligan todos así con un sacrificio comun. Este horrible banquete era seguido de escenas bacanales y de incestos indescriptibles. La acusacion de antropofagia habia nacido, como lo hemos hecho observar, de las ideas desfiguradas y desnaturalizadas que los paganos se habian formado de la Eucaristía (1). El ósculo de paz que los cristianos se daban antes de la fraccion del pan; el nombre de *ágape* (amor, caridad), consagrado para las comidas en comun que se seguian á las asambleas, fueron el inocente orígen de las horribles calumnias de incestos y crímenes contra natura. Mas tarde, como lo hemos notado, la espantosa disolucion de los gnósticos pareció autoriozar á los paganos á hacer extensivos á todo el conjunto de la religion cristiana los agravios que solo podian recaer sobre sectas repudiadas por todos los fieles. Juntando de este modo como en un manojo todos los motivos de aborrecimiento del paganismo contra la Iglesia, nos hacemos cargo fácilmente de la explosion general de venganzas, persecuciones y crueldades que ensangrentaron los

(1) Permítasenos observar sobre esto, que estas calumnias son una prueba irrefragable de la fe de los primeros cristianos en la presencia real y en la transubstanciacion, negadas en nuestros dias por los protestantes.

tres primeros siglos de la Iglesia. Lo que los emperadores proscribian por política era objeto de execracion popular, y nunca se vió estallar un sentimiento de indignacion contra tantos arroyos de sangre, contra tantas torturas gratúitas, contra tan inauditos suplicios: porque el pueblo, lejos de levantar una voz generosa, si no estuviera tan ciego, se regocijaba al contrario al ver condenar y hacer morir á hombres enemigos de los dioses.

5. Para luchar contra todos los obstáculos que le oponian los intereses, las pasiones, las preocupaciones, los hábitos y las supersticiones, todo reunido, la Iglesia no se valió jamás de otras armas que el poder mismo de su doctrina, que le ganaba prosélitos aun en el seno mismo de sus tiranos y verdugos. La vida ejemplarísima de los cristianos, la calma de su conciencia, su menosprecio por todo lo que era objeto de las preocupaciones sensuales de entonces, el ardor y santo anhelo con que volaban al martirio cual á una vida mejor y perenne, no podian menos de producir una profunda impresion en almas formadas por el paganismo á la molicie, á la sensualidad y al exagerado lujo de los goces materiales. Era forzoso reconocer, á despecho de una naturaleza corrompida, y de un espíritu extraviado, que habia en la doctrina cristiana cierta fuerza de regeneracion espiritual y como de rehabilitacion de la humana dignidad. El celo de los cristianos para propagar la fe que habian recibido, como un bien supremo que se apresuraban á comunicar á sus hermanos, contrastaba tambien mucho con la fria indiferencia del paganismo. « La mayor » parte de estos discípulos apostólicos, dice Eusebio, despues » de haber sido iniciados en la vida cristiana, recorrian hasta » los países mas lejanos para dar á conocer el nombre de Je» sucristo : esparcian por todas partes el libro de los santos » Evangelios. Millares de paganos que oian sus palabras, » abrian inmediatamente su corazon á la adoracion del verda» dero de Dios. » Incontrastables en su amor y celo por la doctrina de Cristo, las amenazas, tormentos, el aspecto mismo de la muerte bajo sus formas mas horribles, no hacian sino

inflamar su valor. « El hombre es de Dios solo, no del empe» rador, » decian con Tertuliano. Imperturbables y superiores á todo humano temor, respondian ellos con pacífica negacion á cada tentativa del Estado sobre la vida de los cristianos, y declaraban que, en esta materia, no tenian que recibir otras órdenes que las de Dios y su Iglesia. El medio principal empleado para acabar con la fe, las persecuciones y los suplicios producian un efecto diametralmente opuesto. « Al modo que » se podan con frecuencia los fecundos sarmientos de la viña, » decia san Justino, para hacer brotar tallos mas abundantes » y fuertes, de la misma manera los paganos, sin quererlo, » obran con nosotros: porque el pueblo cristiano es una vid » plantada por Dios Padre y por Jesucristo Salvador. » En presencia de tal espectáculo, los paganos mas sensatos y que no estaban desprovistos de sentido, ni completamente cegados como los demás, comenzaban á sospechar que debia de ser algo mas que una ilusion lo que elevaba tantas personas, de toda edad y sexo, sobre las humanas flaquezas, y lo que les inspiraba una constancia invencible. Y aun frecuentemente aquel gozoso menosprecio de la muerte y de los padecimientos hacia impresion tan poderosa sobre muchos espectadores, que era harto comun ver una conversion espontánea como consecuencia de ella.

6. La espada fué sin duda el principal medio de que se valió el paganismo para acabar con la religion de Jesucristo. Sin embargo los escritores y filósofos paganos se dieron, por otro lado, la mision de desacreditar y perder en la opinion una doctrina que los emperadores y magistrados trataban de anegar en sangre. Luciano se distinguió en esta lucha, combatiendo con el arma de la ironía y del sarcasmo que le eran familiares. Este burlon superficial, contemporáneo de los Antoninos, era, por sus opiniones epicúreas, enemigo de toda religion, bajo cualquier forma que se presentase. En consecuencia, no veia en el cristianismo sino una de las innumerables faces de la locura humana, sobre las cuales vertia la hiel de su mofa cuando tenia ocasion. En su pintura de Peregrino Proteo, presenta á

este impostor como enlazado con los cristianos, y de allí toma asunto de contar en tono satírico lo que sabe de los discípulos del Evangelio. «Esas pobres gentes, dice, piensan que han » de ser inmortales, en cuerpo y alma : en consecuencia des- » precian la muerte, y aun muchos de ellos se ofrecen á ella » voluntariamente. Su primer legislador les ha persuadido » que todos son hermanos desde el momento en que rene- » gando de los dioses helenistas adoran á un sofista crucifi- » cado. Desprecian igualmente todo lo demás, mirando como » un bien comun su haber, y con esta credulidad son fácil- » mente presa del primer hábil impostor que puede hacer rá- » pida fortuna con hombres tan insensatos. » Como se ve, Luciano habia prestado una atencion frívola y fugitiva á la nueva fe, y ni siquiera columbró su importancia.

Celso, el filósofo, su amigo, fué el primero que escribió una obra contra el cristianismo. Esta obra, intitulada *Discurso de verdad*, de la cual solo podemos juzgar por la refutacion que de ella hizo Orígenes, es un tejido de calumnias populares contra el cristianismo y su autor. Los cristianos, segun él, son un partido nacido poco há, y que se separó de los Judíos por una rebelion. Jesucristo, nacido de una madre culpable, educado en Egipto en las ciencias ocultas de los hierofantas, logró atraerse, por sus operaciones mágicas, doce miserables pescadores. Los prodigios de que está llena su vida no son sino encantamientos y prestigios sin realidad. Su doctrina, absurda mezcla de las viejas tradiciones judías, unidas á algunos preceptos morales profesados despues de muchos siglos por los filósofos griegos, no puede sostener un exámen serio y crítico. Los adeptos de esta doctrina nueva se reclutan en las clases mas bajas, entre la gente mas ignorante de la sociedad. « Se » ven, dice, en las casas particulares, hombres groseros é ig- » norantes, jornaleros de lana, tejedores, que se callan ante » los ancianos y padres de familia. Mas si encuentran á solas » algunos niños ó mujeres, los adoctrinan; les dicen que no » han de escuchar ni á sus padres ni á sus maestros : que to- » dos estos son de genio apocado, é incapaces de conocer la

» verdad. Incitan así á los hijos á que sacudan el yugo de sus » padres; les instan para que vayan á algun subterráneo, ó tal » vez á la trastienda de un tundidor ó zapatero, para ir á oir » allí á los doctores de la ciencia nueva, á aprender lo que es » perfecto. A sus demás locuras añaden la absurda pretension » de ver su supersticion hecha la fe general del mundo. Pero, » ¿qué hombre cuerdo mirará como posible que todos los » pueblos de la tierra, griegos y bárbaros, se sometan nunca » jamás á una sola creencia, á un solo culto? » Lo que le parecia imposible al filósofo pagano, no por ello ha dejado de ser el hecho mas palpable, universal y auténtico. Y su testimonio hace mas visible el milagro del triunfo del Evangelio al través de todas las imposibilidades y obstáculos. — Porfirio, nacido en Batanea de la Siria, en 233, discípulo de Plotino, y sin disputa el primer filósofo pagano de su tiempo, marchaba por las huellas de Celso. Escribió en Sicilia quince libros contra el cristianismo, que fueron coronados por los paganos con el dictado de divinos. Los obispos y doctores mas considerables de su época le refutaron y resolvieron sus argumentos : san Metodio, Apolinar y Eusebio, entre otros. Se han perdido estas refutaciones así como la obra del autor, cuya marcha empero puede conocerse por los pasajes que los santos Padres citan cuando se presenta la ocasion. Porfirio ataca principalmente los libros del antiguo y nuevo Testamento, en los cuales se esfuerza en hallar contradicciones, absurdos, inverosimilitud ó imposibilidades. Se esfuerza particularmente en combatir las profecías de Daniel, que supone no haberse escrito sino despues de los acontecimientos que anuncian. Hé aquí alguna que otra de las demás objeciones que presenta : Jesucristo se decia hijo de Dios, y sin embargo ha destruido los sacrificios de la antigua ley, establecidos por Dios; ahora bien, Dios no puede condenarse á sí mismo. — No hay paridad entre el pecado cometido y el castigo eterno. La ley cristiana, cuya sancion son penas sin fin, es pues una ley monstruosa. — Si Cristo es la única via de salvacion, como dicen los fieles, ¿porqué ha venido tan tarde? — Los milagros obrados en el sepulcro de los

mártires no son á los ojos de Porfirio sino encantamientos mágicos é ilusiones de los demonios. — La cuestion de los milagros era la que mas los ponia en embarazo : es cosa muy notable que ninguno de ellos trata de negarlos; sino que todos sus conatos tienden á explicarlos de un modo mas ó menos ingenioso, jamás á ponerlos en duda. Jámblico, nacido en Calcis de la Celesiria, hácia el fin del tercer siglo, filósofo neoplatónico de la escuela de Porfirio, agota todos los recursos de su espíritu para descubrir una solucion á esa dificultad. Nos queda de él una *Vida de Pitágoras*, en la cual enseña los medios de comunicar con la divinidad ó con los demonios, y pretende haber hallado el secreto de hacer milagros. Pitágoras es presentado en esta obra como un taumaturgo tan poderoso como Cristo, y como habiendo llegado á este maravilloso resultado por el conocimiento de los misterios *teúrgicos*. Pero la tentativa mas atrevida en este género fué la que se propuso Filostrato, retórico de Lemos, bajo el reinado de Septimio Severo (196-211), en su *Biografía* de Apolonio de Tiana. Se concibe hasta cierto punto que el nombre de Pitágoras, ya rodeado en la sombra de las edades con una auréola *mítica*, haya podido servir de arma de guerra á Jámblico en un siglo lejano, cuando no era ya casi posible verificar las fábulas con que se queria *endiosar* su memoria. Mas Apolonio de Tiana habia muerto en el año 97 de la era cristiana, y el recuerdo de sus imposturas estaba aun vivo en una generacion casi contemporánea. Sea lo que quiera, el héroe de Filostrato aparece en esta apoteosis como una manifestacion de la divinidad en la tierra, sembrando prodigios á su paso, mandando á los elementos, viendo al través de inmensos espacios, conversando con los espíritus, adivinando lo venidero y contándolo con los detalles de un historiador, no con la concision de un poeta. Sin embargo, el tal Apolonio, á pesar de sus numerosas aventuras y peregrinaciones dignas de la Odisea, es acusado ante Domiciano por uno de sus discípulos, el avaro Eufrates. Sin conmoverse del peligro que le amenaza, se va á Roma, predice su muerte y es abandonado de los suyos en el momento crítico. Horriblemente

atormentado por órden de Domiciano, queda abandonado por muerto: y mas tarde apareciéndose á uno de sus amigos, le intima que le toque y palpe para convencerse de que vive aun, y de que no es una sombra salida de los infiernos. Tal es el evangelio de este Mesías de Filostrato. — Los filósofos del siglo XVIII han tratado de exhumar, á su vez, su memoria para oponerlo á la divinidad de Jesucristo. Pero, ó Filostrato cuenta la verdad, y en este caso, ¿cómo es que el mundo no adora á Apolonio de Tiana? ó bien Filostrato solo ha hecho un libro de cuentos, solo ha escrito una fábula, y entonces ¿á qué viene traer á colacion el nombre, olvidado ya muchos siglos, de un impostor que ni siquiera tuvo talento para dejar un solo discípulo que le sobreviviese? — Hierocles, aquel gobernador de la Bitinia bajo Diocleciano, cuyo encarnizamiento en perseguir á los cristianos hemos visto, no omite la objecion sacada de Apolonio de Tiana en sus hipócritas *Discursos de verdad*, dirigidos á los discípulos de Jesucristo. «Los cristianos, dice, alaban » siempre á su Jesús por haber dado vista á algunos ciegos, » y obrado cosas semejantes; mas nosotros poseemos muchos » hombres ilustrados, á quienes con mas derecho atribuimos » iguales y aun mayores prodigios. Y así, á mas de Aristeo y » Pitágoras, ha hecho grandes y maravillosas cosas Apolonio » de Tiana. Añadid á esto, que los milagros de Jesús han sido » contados por Pedro, por Pablo y por otros de este género, » hombres impostores y truhanes; en tanto que motivos puros » y razonables han movido á hombres muy ilustrados y ami» gos de la verdad, tales como Máximo, Damis y Filostrato, á » publicar las acciones de Apolonio.» Solo merecia desprecio ls inepcia de tales proposiciones, si Hierocles, que las escribe, no fuera por otra parte objeto de horror por tanta sangre como hizo derramar, por tantas y tan ilustres víctimas como martirizó en defensa de una fe á la que intentaba atacar, y aun comparar con una fábula de la cual no queda el menor rastro histórico.

7. En la época misma en que aparecieron los primeros edictos de los paganos contra los cristianos, estos por su lado co-

menzaron á publicar apologías destinadas, sea á inspirar á los emperadores y gobernadores procederes mas humanos con los fieles, sea á hacer penetrar en los espíritus cultos mejores nociones acerca del cristianismo, menospreciado por no conocido, sea á justificar en los fieles su alejamiento de la religion del Estado, sea en fin á rasgar el velo de las torpezas é infamias del politeismo. Los primeros escritos de este género, presentados en 131 al emperador Adriano por Cuadrato y Arístides, se han perdido, así como los de Milcíades, Apolinar de Hierápolis y de Meliton de Sardes. Hemos hablado á su época de las apologías de san Justino, de Taciano, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes. Todas las objeciones de la filosofía, todos los sofismas y preocupaciones del politeismo se hallan victoriosamente refutados en las obras de estos apologistas. La verdad queda vindicada de las calumnias, se expone y aclara de buena fe, se la apoya en hechos ciertos, indudables, se la limpia de las nubes con que se queria mancharla.

8. No solo tenia que defenderse la Iglesia contra los ataques de fuera; sino que, apenas constituida, habia visto nacer en su seno adversarios tanto mas peligrosos, cuanto que se valian contra ella de armas que, por decirlo así, habian tomado ellos de la misma Iglesia. Hemos hecho observar, hablando de las herejías, su naturaleza diversa. Nacidas en un principio del espíritu judáico, que pretendia introducirse en la doctrina del Evangelio y sobrevivir á su derrota imponiéndose á su vencedor, no movieron en un principio sino cuestiones ceremoniales. Tales fueron los errores de Cerinto y Ebion. El paganismo quiso á su vez hacer irrupcion en la Iglesia; y engendró las diversas sectas *gnósticas*, que desde Simon el Mago hasta Valentino se multiplicaron bajo tantas formas, y cuyos resúmenes hemos dado harto explícitamente para no ser necesarios mas detalles. Duró como cien años la fuerza, expansion y decadencia del gnosticismo : hácia el fin del siglo tercero, estaba en completa descomposicion. Le sucedió el maniqueismo, herejía que renovaba parte de sus errores. El dualismo de los principios, el antagonismo entre el espíritu y la materia forman la

base de la doctrina de Manes, que va al fin á parar en el vasto abismo del panteismo. Para que esta introduccion del sistema religioso de la Judea se acomodase mejor al genio occidental, Manes trató de añadir una serie de emanaciones que llegaban á enlazar su herejía con el gnosticismo. El África fué infestada la primera de los errores de Manes, que se esparcieron con gran rapidez por toda la extension del imperio. Ya hemos visto que en 296 el emperador Diocleciano dió contra los Maniqueos una ley muy severa; porque como venian de la Persia, enemiga de Roma, y que formaban una secta peligrosa, pues que tendia á favorecer la introduccion en el imperio de los usos abominables y leyes incestuosas de los Persas, la ley ordenaba que sus jefes fueran quemados, los demás decapitados, y los de rango inferior trasportados á las minas con pérdida de sus bienes. Bajo tan terribles edictos el maniqueismo no tardó en apagarse, y no conservó sino sectarios aislados, sin union, sin cuerpo de doctrina y sin comunicacion entre sí. Solo es dado triunfar á la verdad, en campo abierto, en la arena de las sangrientas persecuciones. Diocleciano publicó contra la religion cristiana edictos mucho mas crueles] y ejecutados puntualmente en una escala infinitamente mayor]; mas el catolicismo salió victorioso de una lucha en la cual sucumbió para siempre el maniqueismo.

A mas de los grandes sistemas de herejía de que acabamos de hablar, la primern época de la Iglesia vió salir sectas que no atacaban de frente el conjunto de su doctrina, sino solo algunos dogmas particulares. Los de la santísima Trinidad, Encarnacion y Redencion fueron objeto especial de los heresiarcas de los primeros siglos bajo formas y títulos diversos. Los unos, animados de disposiciones radicalmente anticristianas, negaban abiertamente la divinidad del Redentor, y por lo tanto la Redencion misma. Contra estos tuvo la Iglesia que defender la divinidad de Jesucristo, como ya habia tenido que defender su humanidad contra los gnósticos. Otros enseñaban, á la verdad, cierta union de la divinidad con Jesucristo; pero desechando la distincion de personas, y no queriendo ver en

los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo sino los aspectos diversos de una persona divina, decian que el *Verbo*, que se habia unido á Cristo, era ese mismo Dios único, ó el Padre. Hemos indicado en sus respetivas épocas los nombres y tendencias de cada uno de esos herejes, cuya generacion, comenzando en Praxeas, y parando en Arrio, en el cuarto siglo, no hizo en el intervalo sino renovar ataques diversos, que todos se reducian en último análisis al mismo punto, la negacion de la divinidad de Cristo. Como si fuera necesario que la naciente Iglesia estuviese atacada por toda suerte de combates, para que resistiendo á todos probase mejor la inmensidad de la fuerza que la sostenia, le suscitaron nuevos embarazos y peligros los largos cismas de Felicísimo, Novato, Novaciano, Donato, etc. En las contiendas contra tantos enemigos, los Padres y doctores apelaban incesantemente á la tradicion, como regla infalible de la fe. La doctrina católica, siendo una doctrina revelada, no está en mano de ningun espíritu rehacerla en el sentido de sus propias inspiraciones : la tradicion debe quedar lo que ha sido. Cada hombre, sin necesidad de descender á los detalles de controversia, puede á cada momento discernir la verdadera fe de los falsos sistemas y arbitrariedades de los herejes, con solo consultar esta regla infalible de la tradicion católica que de antemano condena todo sistema nuevo, todo sistema que lleve nuevo nombre. Todos los santos Padres apelaban á esta tradicion, vivo evangelio que completa al Evangelio escrito. Mostraban la necesidad de creer en la Iglesia, y en ella sola, so pena de flotar al azar de las humanas opiniones, *á todo viento de doctrina*. Y esta demostracion bastaba para garantizar á los fieles contra los peligros de una propagacion disidente. Mas no se ceñian á esta refutacion general, y hemos visto cómo cada error en particular encontraba en los doctores católicos sabios y valerosos adversarios.

9. El gobierno de la Iglesia, fundado en el principio de unidad, en la supremacía de los romanos Pontífices, perpetuándose en una jerarquía perenne, presentaba un obstáculo

invencible á la invasion del error. Hemos demostrado desde el fin del primer siglo la accion incesante y soberana de esta autoridad visible, verdadera piedra contra la cual no *prevalecerán jamás las puertas del infierno.* Para consagrar la sucesion de los Pontífices con monumentos estables, se introdujo en la época primera el uso de inscribir el nombre de los obispos de cada iglesia en tablas llamadas entonces dípticos sagrados. Quedando de este modo consignada la sucesion de las principales sedes episcopales, se podia remontar por medio de una viva y no interrumpida cadena hasta el orígen apostólico, fuente de la verdad. La disciplina, estrechando sus lazos, ayudaba y cooperaba tambien al sosten de la fe y de la integridad de la doctrina. Fueron determinadas reglas para la admision de los neófitos en el seno de la Iglesia. Los catecúmenos, á quienes no se desdeñaban enseñar los primeros elementos de la doctrina cristiana los mas ilustres doctores, tales como Clemente de Alejandría, Orígenes y otros, no se recibian al bautismo sino mediante un serio y profundo exámen. Antes de las épocas fijadas para el bautismo solemne, se les hacia pasar algunos dias en el retiro, ayuno y oracion, uniéndoseles los fieles en tan santos ejercicios. El lugar de las asambleas, mientras las persecuciones, era en Roma las catacumbas, y en las demás ciudades, las casas particulares aisladas, ó subterráneos, donde se reunian en secreto por temor de los paganos. Acompañaban ordinariamente la celebracion de los divinos misterios cantos de himnos y salmos, la lectura de los escritos de los Apóstoles y Profetas, cartas dirigidas á las iglesias por algun obispo santo, y en fin una exhortacion viva y edificante ú homilía sobre algun punto de la Escritura. Despues de la consagracion del pan y del vino, los diáconos los distribuian á los asistentes y llevaban á los ausentes impedidos. Se introdujo la costumbre entre los fieles de darse mutuamente pan comun que habia servido en las ágapes y que solo estaba bendito. Estas especies de envíos ó regalos se llamaban *Eulogias,* y significaban, bajo el emblema del pan del que todos participaban, la union en una misma fe y en la esperanza de una

misma vida. La costumbre de bendecir el pan los domingos en nuestras iglesias, á mas de recordarnos la conveniencia de comunicar los asistentes con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, representa aun la tradicion primitiva de las *Eulogias*. — El uso de luminarias ó luces en las iglesias durante el oficio divino, parece venir de que en los primeros tiempos de la Iglesia los cristianos se veian obligados á reunirse durante la noche ó en lugares oscuros. [Sin embargo, los santos Padres y la liturgia sagrada nos ofrecen repetidas veces razones místicas de este uso de los cirios y lámparas, como se observa á primera vista en la bendicion del fuego nuevo y del cirio pascual en el Sábado santo.] Es probable, por lo demás, que este uso se habrá perpetuado, aun fuera de los casos de necesidad, como en memoria de la tradicion judía de los candeleros de oro y de las antorchas que ardian constantemente ante el tabernáculo. En el intervalo de las persecuciones, los cristianos se aprovechaban de los momentos de paz que se les dejaban, para construir iglesias y basílicas á cielo raso, donde celebraban sus asambleas. La persecucion de Maximino destruyó muchedumbre de estos lugares santos, erigidos por la piedad de los fieles. Mas tarde, á medida que los paganos abandonaban sus templos, los cristianos los purificaban y tomaban posesion de ellos para inaugurar el culto del verdadero Dios. La forma de estos monumentos primitivos de la naciente Iglesia debió modelarse segun las reglas de la arquitectura romana. La arquedogía religiosa ha estudiado con cuidado, en nuestros dias, las modificaciones que en cada época y bajo la influencia de climas diversos ha experimentado la construccion de las iglesias. En los tres primeros siglos las partes principales de cada templo eran el *atrio*, pátio donde se colocaban los catecúmenos, penitentes y neófitos, que aun no habian recibido el permiso de asistir mas de cerca á la celebracion de los misterios, y á quienes los diáconos hacian retirar del interior del templo en el momento solemne: [cuando para oir los sermones ú otras exhortaciones entraban en la nave misma de la iglesia, acabado el sermon

ó instruccion los diáconos les hacian retirar por grados, y á los neófitos los últimos, poco antes de la consagracion]; el *bautisterio* con sus piscinas sagradas, donde se conferia el bautismo por inmersion. Ordinariamente habia dos piscinas, una para los hombres, otra para las mujeres: en el bautismo de estas era necesario el oficio de las diaconisas para evitar toda indecencia. El interior del templo estaba separado desde luego por un gran velo en dos partes distintas, para hombres la una, la otra para las mujeres. Y en fin el *sagrario* ó *santuario*, dispuesto de forma que, la sede episcopal puesta mas cerca del altar, los ministros estuviesen sentados jerárquicamente entre el obispo y el pueblo. Entre el *santuario* y el interior del templo estaba colocado el *ambon* ó púlpito de modo que pudiesen los predicadores hacerse oir á la vez de hombres y mujeres. Tal era comunmente la disposicion de las iglesias hasta el tercer siglo. Los sagrados misterios se ofrecian siempre en un altar que contenia el cuerpo de algunos mártires. En las catacumbas, el sepulcro de los mártires servia de altar. De aquí ha procedido la costumbre de colocar reliquias en las aras sacras, donde reposan durante el sacrificio de la misa el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia, atenta á conservar piadosamente los restos mortales de sus hijos destinados un dia á resucitar en la gloria, consagró desde luego lugares separados de las sepulturas paganas para depositar en ellos sus difuntos. Tertuliano habla de estos *koimeteria* ó cementerios (del verbo *koiman*, dormir), donde reposan los cuerpos de los justos en el sueño de la muerte, esperando el despertador de la resurreccion eterna. Las tumbas de los fieles estaban frecuentemente adornadas de pinturas y esculturas piadosas (1). San Cipriano recomienda á los fieles de Cartago la oracion por los muertos como una práctica santa y saludable. Vemos pues, ya en los tres primeros siglos de la Iglesia, el conjunto de las instituciones cristianas que los protestantes rechazan como recientes innovaciones.

(1) Veáse *Roma subterránea*, y la obra de Raoult Rochette sobre las Catacumbas.

La penitencia pública estaba ya determinada segun reglas canónicamente establecidas por los concilios particulares, que ya hemos hecho observar muchas veces. Mas estas reglas no eran tan absolutas que no estuviesen sujetas á modificaciones exigidas por la diversidad de tiempos y usos de las iglesias particulares. Los que estaban sometidos á penitencia pública venian el primer dia de cuaresma á la puerta de la iglesia en hábito penitente : el prelado les ponia ceniza en la cabeza y les daba vestido de cilicio para cubrirse, y se postraban mientras que se oraba por ellos. Acabada la oracion, el prelado les hacia una exhortacion, despues de la cual se les conducia á la entrada de la iglesia, cuyas puertas se cerraban de propósito ante ellos. Venian los dias de fiesta á presentarse á las puertas de le iglesia, en donde permanecian durante el oficio. Pasado algun tiempo, se les admitia al sermon, y salian antes del Cánon : mas tarde eran admitidos á todas las oraciones, pero postrados; y en fin se les permitia orar de pié como los demás, pero con la diferencia de que estaban colocados al lado izquierdo en la iglesia. Estos cuatro órdenes de penitentes se distinguian con los nombres de : *plorantes, auditores, prostrati* y *consistentes*.

Tal era en su conjunto dogmatico, jerárquico y disciplinal la Iglesia, contra la cual se estrellaban los esfuerzos de los emperadores, magistrados y gobernadores romanos. Tenia vida íntima y divina, que no podian destruir ni la espada de los tiranos, ni el odio popular, ni los argumentos capciosos de los filósofos, ni las trabas de una legislacion hostil. Cual Jesucristo saliendo venceder de su sellado sepulcro, la Iglesia debia salir victoriosa de tantos obstáculos, de tantos enemigos, para reinar en fin sobre el mundo.

ÉPOCA SEGUNDA

DE

LA HISTORIA ECLESIASTICA (312-476).

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN SILVESTRE I (31 de enero de 314-31 de diciembre de 335).

1. Época segunda de la historia eclesiástica. — 2. Eleccion del papa san Silvestre I. — 3. Lactancio. Sus obras. — 4. Eusebio de Cesarea. Sus obras. — 5. Solitarios. San Antonio, san Amon, san Pacomio, san Hilarion, Padres del desierto. — 6. Concilio de Arles contra los Donatistas. — 7. Concilio Ancirano en Galacia, de Neocesarea en el Ponto, y de Gangres en la Bitinia. — 8. Legislacion cristiana de Constantino. — 9. Crueldades de Constantino. — 10. Reaccion contra el cristianismo. Persecucion de Licinio. Mártires. — 11. Guerra entre Constantino y Licinio. Derrota y muerte de Licinio. — 12. Antecedentes de Arrio. — 13. Herejía de Arrio. — 14. Concilio de Alejandría contra Arrio. — 15. San Atanasio, diácono de Alejandría. — 16. Liga de Arrio y de Eusebio de Nicomedia. Composicion de la Talía. — 17. Cartas del patriarca san Alejandro contra el arrianismo. — 18. Intervencion de Constantino en el negocio del arrianismo. — 19. Primer concilio ecuménico de Nicea en Bitinia (325). — 20. Apertura de este concilio. — 21. Sesion pública del concilio Niceno. — 22. Profesion de fe, conocida bajo el nombre de Símbolo de Nicea. — 23. Cuartodecimanos. Cuestion de la Pascua, decidida por el concilio Niceno. — 24. Negocio de los Melecianos, ventilado en el concilio Niceno. — 25. Cánones de disciplina del concilio Niceno, ó bien *Cánones apostólicos*. — 26. Autoridad jerárquica de los patriarcas, arreglada por el concilio Niceno. — 27. Eleccion y ordenacion de los obispos y presbíteros. — 28. Celibato de los clérigos. — 29. Reglas para la reconciliacion de los herejes y de los *lapsos*. — 30. Disciplina eclesiástica relativa al matrimonio, arreglada por los cánones apostólicos. — 31. Conclusion del concilio Niceno. — 32. Deposicion de Eusebio de Nicomedia y de Teognis de Nicea por el concilio de Alejandría. — 33. Fundacion de iglesias, y donaciones pias de Constantino. — 34. Invencion de la Vera Cruz por santa Elena, madre de Constantino. — 35. Progresos de la fe fuera del imperio romano. — 36. Fundacion de Constantinopla. — 37. San Atanasio, patriarca de Alejandría. Intrigas de los Eusebianos contra san Eustatio, patriarca de Antioquía. — 38. Arrio, condenado á no entrar ó volver á Alejandría por resistencia de

san Atanasio. San Antonio en Alejandría. — 39. Concilio arriano de Tiro contra san Atanasio.— 40. Destierro de san Atanasio á Tréveris por el emperador Constantino. — 41. Dedicacion de la iglesia de Jerusalen (13 de setiembre 335). — 42. Muerte del papa san Silvestre (31 de diciembre de 335).

SAN SILVESTRE I, PAPA (31 de enero de 314-31 de diciembre de 335).

1. La primera época habia sido para la Iglesia como un bautismo de sangre. Todas las fuerzas de una sociedad poderosa por la victoria de las armas, por los esplendores de una civilizacion llegada á su apogeo en el siglo de Agusto, por las glorias de la elocuencia, artes y poesía, se habian declarado contra la religion de Jesucristo. La lucha, prolongada durante tres siglos, concluye á favor de la Iglesia, la cual monta con Constantino al trono de los Césares. Comienza entonces una era nueva. A los combates contra los tiranos, suceden los combates contra los errores, falsas doctrinas y herejías. No se le disputaba ya á la Iglesia el derecho de vivir, mas sí la posesion de la verdad. Se tratará en adelante de alterar la integridad de sus dogmas, la pureza de su fe, la legitimidad de sus tradiciones divinas. El error agrupará en torno de él inteligencias descarriadas, mas poderosas, por la seduccion de la elocuencia; agrupará cabe él poblaciones enteras, emperadores y reyes. La Iglesia les opondrá las solemnes decisiones de sus concilios ecuménicos, las luces y erudicion de sus doctores. Sus nuevos defensores, siempre á la brecha, se mostrarán por do quiera tenga la verdad necesidad de su testimonio, de su voz, de su pluma. La segunda época es época de herejías, de concilios, de doctores; y se abre con la eleccion de san Silvestre al soberano pontificado el 31 de enero de 314.

2. San Silvestre, sacerdote romano, era hijo de Rufino y de santa Justa: Dios le llamaba á un pontificado tranquilo, y el mas largo despues del de san Pedro. El emperador Constantino enriquecia con imperial munificencia la Iglesia que gobernaba Silvestre. Este santo pontífice dirigió al clero muchos reglamentos apropiados á la nueva situacion que ocupaba en el mundo. La antigüedad, aunque unánime en encomiar

su acierto, oportunidad é importancia, no nos ha revelado empero el asunto sobre que trataban. San Silvestre es el primer papa que haya sido representado adornado de la tiara: este solemne ornamento convenia en efecto al triunfo de la Iglesia, que habia comprado con la sangre de los mártires y los sacrificios de los confesores el derecho de llevar esta corona.

3. El magnífico espectáculo que acababa de presentar al mundo la victoria de la Iglesia sobre el paganismo era sin duda el mas á propósito para inspirar el genio de los autores cristianos, los cuales se sentian naturalmente propensos á volver la vista á lo pasado para analizar cada fase de esta gran lucha, para desarrollar los nuevos principios que introducia en el mundo la religion cristiana, para testificar, en fin, con la historia cada progreso de la Iglesia. Tal es el carácter de las obras de dos escritores ilustres de esta época, Lactancio y Eusebio de Cesarea. Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, enseñaba retórica en Nicomedia, y fué llamado por Constantino para dirigir la educacion de su hijo Crispo. Los cuidados de tal maestro formaron del jóven César un perfecto príncipe; mas una acusacion calumniosa de Fausta, su madrastra, le hizo morir; teniendo Lactancio el dolor de sobrevivir á un discípulo digno de él. La obra mas célebre de Lactancio es su *Tratado de la muerte de los perseguidores;* y en efecto, el fin trágico de tantos emperadores que habian teñido sus manos en sangre de cristianos era asunto muy propio para la elocuente pluma de un apologista. La justicia divina, cuyo dedo estaba señalado en cada página de este libro, debia de hacer impresion en los corazones de una generacion contemporánea de tantos hechos memorables. La lógica de este asunto condujo naturalmente á Lactancio á componer un segundo tratado sobre *la cólera de Dios,* en donde prueba, contra la doctrina de los estóicos, que Dios no se muestra indiferente por el bien ó por el mal; que hay castigos y venganzas para los malos, así como recompensas para los buenos. La idea de una Providencia activa y vigilante es desarrollada por Lactancio mas

especialmente en su libro *de las Obras de Dios*. Todo el sistema cristiano de la Providencia se encuentra tambien explicado en una obra mas importante y mas extensa intitulada : *Las instituciones divinas*, dividida en siete libros : 1°. de la falsa religion ; 2°. del orígen del error ; 3°. de la falsa sabiduría ; 4°. de la sabiduría verdadera ; 5°. de la justicia ; 6°. del verdadero culto ; 7°. de la bienaventuranza, ó de la vida feliz. Esta obra inmensa, que abrazaba toda la economía de la religion, fué compendiada por Lactancio mismo : poseemos aun este doble trabajo, destinado á favorecer el movimiento que impelia entonces á las inteligencias hácia el estudio del cristianismo, y que correspondia á las necesidades de una época de transicion entre los errores paganos y la luz del Evangelio. El encanto del estilo de Lactancio, su copiosa y pura latinidad, que hacia revivir las tradiciones literarias del tiempo de Augusto, contribuyeron á esparcir sus obras y á traer á la fe los corazones y los espíritus.

4. Por el mismo tiempo, Eusebio, obispo de Cesarea, publicaba en griego su obra de la *Preparacion y de la Demostracion evangélica*. En la primera parte dispone el espíritu á creer en el Evangelio, y en la segunda demuestra su verdad. Toma á su lector en medio de las tinieblas del paganismo para conducirle como por la mano á los resplandores de la verdadera fe. En la *Preparacion*, dividida en quince libros, se propone desde luego refutar la fabulosa teogonía de los poetas, la teogonía alegórica ó física de los filósofos, y la teogonía política ó legal de las ciudades y provincias. Cuando se removia el mundo moral para asentarse sobre las sólidas bases de la doctrina evangélica, era necesario probar la inanidad ó flaqueza de los fundamentos sobre que se habia apoyado durante tantos siglos. Despues de haber batido en brecha los errores del paganismo, restaba aun mostrar cómo la religion judía habia servido de descubierta y preparacion á la de Jesucristo. Este es el objeto que se propone el obispo de Cesarea en una discusion extensa y profunda sobre los libros de Moisés y los Profetas, que abrazaba los veinte libros de la *Demostracion*

evangélica, de los cuales solo nos quedan los diez primeros. Bajo ese punto de vista, la religion de Jesucristo no es una religion nueva en el mundo : comienza en la caida de Adan que nos reclama la promesa de un Salvador : va perpetuándose en los Patriarcas, en la excepcional existencia del pueblo hebreo, en las esperanzas de los justos, en las figuras del antiguo Testamento, en la voz inspirada de los Profetas, y se realiza en fin en el advenimiento del Mesías, que llena cumplidamente todas las profecías, colma las esperanzas, completa las figuras, llena las ansias de los Judíos, el deseo de los Patriarcas y la promesa de un reparador, hecha por el mismo Dios en la cuna del mundo. Se ve que este plan es tan vasto como magnífico y que correspondia á todas las exigencias de la polémica contemporánea. Eusebio despliega una erudicion inmensa. Su estilo sencillo, mas puro, es claro y conciso. La *Historia eclesiástica* sigue de cerca á la *Demostracion evangélica*. Es mas bien una coleccion de piezas históricas, de largas citas de antiguos autores, cuyas obras se han perdido despues, que no una obra acabada, una historia propiamente dicha. La conducta observada por Eusebio en la gran cuestion del arrianismo, promovida en su tiempo, está muy lejos de ser irreprochable. Así es que el período de su historia relativo á estos hechos no es siempre tan imparcial como fuera de desear. Fuera de esto, Eusebio ha prestado eminentes servicios conservando para la historia los preciosos monumentos de la Iglesia primitiva. Este trabajo sobre la religion cristiana, en su pasado, puede considerarse como el complemento de la grande obra de la *Preparacion* y de la *Demostracion evangélica*. Eusebio era un historiador infatigable. Para abrazar mejor los hechos de la humanidad entera y enlazarlos con el cristianismo, que sube desde el Salvador por los profetas, Moisés y patriarcas hasta Adan, *que fué de Dios ;* para descubrir el fin providencial de los imperios terrestres, que van todos á parar en el imperio divino y eterno de Cristo, compuso su *Crónica* ó tablas de historia universal desde el principio del mundo, año por año, hasta su tiempo. Ese es el plan que, siglos mas tarde, desar-

rolló Bossuet tan magníficamente en su inmortal obra maestra el *Discurso sobre la historia universal*. Eusebio se valió para la ejecucion de su *Crónica* de los trabajos análogos de Justino de Palestina, de Clemente Alejandrino, Taciano de Babilonia, Teófilo de Antioquía y de Julio Africano, que habian manejado esta materia antes que él.

5. En tanto que los doctores sostenian así la fe cristiana con su erudicion y elocuencia, Dios multiplicaba en el desierto una generacion de solitarios piadosos que la hacian respetar mas y mas con sus milagros y con el espectáculo de sus virtudes. La sencillez de sus costumbres, su apego inviolable á las máximas y leyes de la Iglesia debian mas tarde formar de los monasterios un asilo, una fortaleza segura contra las seducciones de la herejía y del error. Todas las mansiones de san Antonio en las rocas del desierto habian sido señaladas por la fundacion de santas guaridas que habia poblado y llenado en breve la fervorosa piedad de aquellas felices edades. El santo patriarca se habia fijado últimamente en el monte Colzim, llamado despues monte de San Antonio, á una jornada del mar Bermejo. Los animales del desierto respetaban sus trabajos y los campos que cultivaba. Dios renovaba por su mano el milagro de la peña de Moisés, y hacia saltar á sus piés manantiales de agua viva. Los enfermos acudian á bandadas para ser curados por medio de sus oraciones. Venian á preguntarle dificultades los filósofos paganos, y se volvian con el tesoro de la verdadera sabiduría que habian hallado en las respuestas de este sublime ignorante. — Otras soledades se poblaban de otros santos. Amon, de noble y rica familia, acababa de contraer un ilustre casamiento ó desposorios por complacer á sus padres. En el dia mismo de su boda, leyó á su jóven esposa el elogio que hace san Pablo de la virginidad, y la persuadió á vivir, de comun acuerdo, en perfecta continencia. Despues de diez y ocho años de esta angélica vida, la muerte de sus padres permitió á Amon retirarse á los montes de Nitria, donde bajo la direccion de san Antonio pasó veintidos años en el ejercicio de todas las virtudes, fundó un gran

número de monasterios y acabó en paz una carrera cuyos dias habia bendecido el cielo. — El atractivo de la soledad influia poderosamente en todas las clases de la sociedad. Jóvenes soldados alistados por fuerza, durante la guerra de Maxencio y Constantino, desembarcaban un dia en el puerto de Tebas, en Egipto. Estaban encerrados como presos y tratados con el mayor rigor. Varios desconocidos se les acercan, les saludan como á hijos, les consuelan y proporcionan todos los socorros que están en su mano. Uno de los soldados pregunta quiénes eran aquellos hombres tan bienhechores, y se le dice que eran cristianos que vivian en el retiro, la oracion y ejercicio de la caridad. El jóven militar se llamaba Pacomio. Este recuerdo fué fecundo en su corazon y llevó frutos de salvacion. Acabada su carrera militar, se volvió á las montañas de la Tebáida á llamar á la puerta de la celdita del santo ermitaño Palemon. « Pan y sal es toda mi comida, dice el venerable anciano; » paso la mitad de la noche en cantar salmos ó en meditar la » sagrada Escritura. » Pacomio, aunque interiormente espantado de tal austeridad, respondió : « Espero de nuestro Señor » Jesucristo que, ayudado de vuestras oraciones, yo perseve» raré hasta la muerte en este género de vida. » Cumplió su palabra. Despues de un noviciado de muchos años, se fué con Palemon al vasto desierto de Tabenna, en la diócesis de Tentira ó Denderah; edificó muchos monasterios, á los cuales dió regla, y en los cuales se contaban ya, antes de su muerte, hasta siete mil religiosos ó monjes. — En el mismo tiempo, Hilarion, de Gaza en la Palestina, cuya aplicada juventud daba las mas halagüeñas esperanzas, habiendo oido hablar de san Antonio, se fué á él, y bajo tan gran maestro aprendió los secretos de la vida ascética. Le dejó para huir de la numerosa afluencia que atraia cada dia la fama del santo patriarca, y acompañado de algunos discípulos, se volvió á la Palestina para inaugurar allí la vida solitaria. Sus vestidos consistian en un saco, una túnica de piel, que le habia dado san Antonio, y una capa de lugareño. Algunos higos secos, que solo comia al ponerse el sol, fueron toda su comida durante seis años.

Mas tarde aumentó aun esta austeridad. Trabajaba con sus manos labrando la tierra y tejiendo cestas de junco ó de mimbres como los solitarios de Egipto. Una celdita que él mismo se construyó, de cuatro piés de ancho, cinco de alto, algo menos que su estatura, pero algo mas larga de lo necesario para acostarse, le servia de casa, ó mas bien de sepultura. Hasta muy avanzada edad se acostó en tierra, y solo con mucha pena se resignó á acostarse en una estera de junco. El don de milagros fué desde este mundo la recompensa del santo anacoreta, y cuando enfermos siríacos venian á los piés de san Antonio buscando remedio á sus males : « ¿Porqué, les decia, os habeis cansado en venir de tan lejos, cuando teneis allí » á mi hijo Hilarion?

6. El concilio de Letran, celebrado por el papa san Melquíades contra los Donatistas, no habia terminado las reyertas, porque obispos ambiciosos é indignos de su augusto carácter no hacian sino fomentar mas las animosidades. La vuelta de Donato de *Casis Nigris* á Cartago habia sido para Ceciliano, el obispo católico de esta ciudad, la señal de una persecucion mas violenta y encarnizada que nunca. Los cismáticos sostenian siempre que la ordenacion de Ceciliano era nula, porque Félix de Aptonga, obispo consagrador, habia sido traditor en tiempo de la persecucion. Pretendian probar que esta cuestion no se habia dilucidado suficientemente en el concilio de Letran, y en su consecuencia pedian otro juicio, no queriendo atenerse al primero. Dirigieron tambien sus quejas á Constantino, como la vez primera. « ¡Cómo! exclamó el emperador, » ¿interponen apelacion, como los paganos en sus procesos? » Para darles satisfaccion, hizo informar jurídicamente por el procónsul de África sobre la conducta de Félix de Aptonga durante la persecucion. Fué solemnemente reconocido inocente Félix, y su principal acusador convencido de haber falsificado unas actas públicas para dar colorido á su calumnia. Esta sumaria y la sentencia subsecuente no satisficieron á la animosidad de los Donatistas ; comenzaron de nuevo sus quejas y con la misma obstinacion. Constantino los citó á un con-

cilio que se celebró en Arles, en las Galias, « no, dice san » Agustin, porque hubiese necesidad de nuevo juicio despues » del concilio de Letran, sino para poner término á sus impor- » tunaciones, y con el deseo de reprimir su descaro. » El emperador hizo reunir á expensas del erario los obispos de Italia, Sicilia, África, las Galias, España y la Gran Bretaña. El papa san Silvestre envió cuatro legados, dos sacerdotes y dos diáconos. Las operaciones del concilio se abrieron el 1°. de agosto de 314. Ceciliano, el obispo inculpado, se personó en el concilio : fué examinada segunda vez su causa. Se articulaban dos delitos ó reparos contra él : el primero, que simple diácono habia ido durante la persecucion por órden del obispo Mensurio á la puerta de la cárcel con varas y una tropa de gentes armadas para impedir que se llevase comida á los mártires encarcelados ; el segundo, ya formulado otras veces, que los prelados que lo habian consagrado, particularmente Félix de Aptonga, habian sido traditores. Ambos artículos, despues de un maduro exámen, fueron declarados completamente falsos ; en su consecuencia fué proclamada la inocencia de Ceciliano, y condenados sus calumniadores. Los Padres del concilio de Arles, despues de haber tratado esta primera y principal cuestion, se ocuparon en formular cánones de disciplina, que dirigieron al papa con una carta sinódica redactada en nombre de todos los obispos presentes. Transcribimos aquí el principio de esta carta, monumento precioso de la veneracion filial de la antigua Iglesia de las Galias á la Santa Sede.

« A nuestro muy amado papa Silvestre, Marino, Agre- » cio, etc., etc., salud eterna en el Señor. Juntamente unidos » por el vínculo de la caridad, en unidad con nuestra santa » madre la Iglesia católica, convocados en la ciudad de Arles » por los deseos del piadosísimo emperador, os saludamos » desde aquí, gloriosísimo Pontífice, con la veneracion de- » bida. Hemos tenido que luchar contra hombres turbulentos » y sin respeto por la ley y las tradiciones de la Iglesia ; mas » por la presente autoridad de nuestro Dios, y por la regla » constante de la verdad, han sido confundidos. No se ha

» hallado ni concordia ni solidez en sus discursos, acusaciones » y pruebas ; por lo cual en nombre de Dios y de la Iglesia » nuestra madre, han sido condenados unánimemente. ¡ Plu- » guiera al Señor, amantísimo hermano, que hubieseis juzgado » á propósito asistir á ese grande espectáculo ! su condenacion » hubiera sido mas solemne y nuestro gozo mayor. Mas vos » no podeis dejar esos lugares, en donde presiden cada dia » los Apóstoles, y donde su sangre glorifica á Dios continua- » mente. »

El juicio y sentencia del concilio de Arles no tuvo éxito mas feliz que el de Letran, y no pudo tampoco hacer callar á los Donatistas. Osaron estos apelar aun al emperador : Constantino, con el fin de acabar con esta eterna discusion, la avocó á su consistorio ó consejo privado. Hizo comparecer ante él á Ceciliano y sus acusadores; oyó á ambas partes, escuchó todas sus quejas, tomó conocimiento de todo el negocio, y por fin dió una sentencia absolutamente conforme á la de los dos concilios : declaró inocente á Cecilio. No tuvo mejor resultado la decision imperial que los decretos de los concilios ; porque cuando hay obstinacion en sustituir á la palabra de la autoridad sus opiniones personales, sus juicios y pasiones, es raro detenerse en este despeñadero. Los Donatistas pretendieron esta vez que Constantino se habia dejado ganar por Osio de Córdoba, favorable á la causa de Ceciliano. Si estos obcecados creian poder desentenderse de la autoridad y sentencia imperial, ¿porqué la invocaban? Y si la invocaban, ¿porqué no se sometian á ella? La lógica del errror es la misma en todos tiempos, y la historia de la Iglesia nos suministrará otras muchas pruebas de la obstinacion de los herejes y de su habilidad en crearse pretextos para eludir todas las decisiones. Constantino, cansado de sus intrigas, acabó por desterrar á los mas sediciosos. Pero repugnaban en gran manera á su carácter las medidas de rigor contra obispos á quienes estaba dispuesto á amar entrañablemente, si hubiesen sido dignos de su augusta mision : así es que les alzó el destierro muy pronto. Mas la clemencia no tuvo respecto de ellos mejor éxito que la justicia, y mas tarde

los vamos á ver llenar el África de vejaciones y asesinatos.

7. En el mismo año (314) se celebraron tambien los concilios de Ancira en Galacia, y de Neocesarea en el Ponto. Los cánones de disciplina decretados en estos forman con los de Arles (314), de Gangres (324), y del concilio ecuménico de Nicea (325), un conjunto conservado en la coleccion conocida bajo el nombre de *Cánones apostólicos*, que analizaremos juntamente con los del concilio de Nicea.

8. Se iba propagando por el orbe romano la influencia del cristianismo á favor de las asambleas de obispos á donde los fieles se acostumbraban poco á poco á ir á buscar los verdaderos principios de justicia. La legislacion al contacto con la caridad evangélica iba perdiendo su dureza pagana : por otra parte Constantino facilitaba admirablemente este movimiento religioso y civilizador. Por una ley de 314 manda, bajo penas muy severas, á los que supiesen hallarse alguna persona injustamente retenida en la esclavitud, que den parte inmediatamente á los magistradas para que sea puesta in continenti en libertad, y proclama este principio eminentemente cristiano : « que ni aun sesenta años de esclavitud pueden de modo alguno » prescribir contra la libertad de un hombre. » La gran cuestion de la esclavitud, que pesaba entonces sobre mas de la mitad del género humano, tenia que llevar naturalmente la atencion de un emperador cristiano. La manumision se habia rodeado de tantas formalidades por las leyes paganas, que la hacian rara y dificultosa : tenia que hacerse ante los pretores y cónsules. Constantino quitó todos estos obstáculos, permitiendo manumitir los esclavos en la iglesia en presencia del pueblo cristiano y de los obispos, no exigiendo mas formalidad que la de un simple testimonio firmado por los ministros de la Iglesia (316). — Declaró por otra ley posterior que los que fuesen manumitidos de este modo gozarian plenamente de todos los derechos de ciudadanos romanos. En el año anterior (315) habia ya abolido la antigua y bárbara costumbre de marcar la frente con hierro hecho ascua á los que habian sido condenados á los anfiteatros ó las minas. « Prohibimos, decia, des-

» honrar así el rostro del hombre, porque en él hay un ves- » tigio de la majestad del cielo. » En el mismo año se abolió el suplicio de la cruz, reservado hasta entonces á los esclavos. Despues que Jesucristo habia querido morir en ella, y que habia llegado á ser ya el estandarte de las legiones romanas y ornamento de la corona imperial, su ignominia fué convertida en gloria. Constantino hizo publicar en todas las ciudades de Italia y esculpir en bronce, como para eternizarla, una ley que le quita al padre de familias el derecho de hacer morir al jóven hijo que no quisiese ó no pudiese alimentar. Este parricidio legal, que pasó de Esparta á Roma, es sin disputa el mayor borron de la civilizacion pagana. El emperador manda que desde el momento en que un padre lleve á los empleados del erario ó hacienda pública un niño que no pudiera alimentar ni proveer de lo necesario, se tomará indiferentemente, ó del tesoro público ó del dominio del príncipe, lo que fuere necesario para alimentar y vestir al niño, y esto sin dilacion alguna, para que no padezca la flaqueza del niño. En 323, hizo para el África una ley no menos caritativa, mandando á los procónsules, gobernadores y tesoreros venir en socorro de los padres de familia á quienes la indigencia obligase á vender sus hijos. En 325, prohibió los combates de gladiadores. Las costumbres públicas bajo los emperadores romanos habian llegado á ser tales, que habia habido que poner multas y penas judiciales á los que vivian en el celibato por cálculo vergonzoso. El cristianismo, que condenó el libertinaje como un gran pecado y aun crímen, y que no admite sino dos estados, el matrimonio ó la continencia perfecta, y que de esta manera colocaba á la virginidad en honra sublime, al propio tiempo que santificaba los deberes de los esposos, hacia necesaria alguna modificacion en las leyes, creadas para un estado de cosas que iba desapareciendo á medida que la perfeccion evangélica iba practicándose en una vasta escala. Constantino abolió pues la ley de Augusto en lo que tenia de injurioso á la continencia y á la virginidad. — Para consagrar los usos cristianos y hacerlos introducir en las costumbres generales, hacia una ley nueva obli-

gatoria la observancia del domingo por todo el imperio. Desde el tiempo de los Apóstoles, este primer dia de la semana, dia de la resurreccion de Cristo y de la venida del Espíritu Santo al cenáculo, era llamado *dies dominica*, dia del Señor. En este dia principalmente se recibian é instruian los catecúmenos, y podian asistir judíos y paganos á las predicaciones públicas de la Iglesia. El decreto de Constantino ponia la observancia del domingo bajo la salvaguardia de las leyes. Los tribunales debian estar cerrados, é interrumpidos todos los trabajos ordinarios. Solo se exceptuaban los de agricultura cuando eran urgentes, por el peligro de retraso de un dia: y esta misma excepcion está consagrada aun hoy dia por la disciplina actual de la Iglesia. — Intérprete fiel de todos los sentimientos cristianos, Constantino no usó contra el paganismo de la violencia que este habia ejecutado contra la religion de Cristo desde tres siglos hacia. Respetó el error en la especie de derecho que le daba un uso inmemorial, y no hizo edictos de proscripcion contra él; se contentó con prohibir consagrar nuevos ídolos. Esta ley iba acompañada de otra que mandaba restablecer las iglesias destruidas durante la persecucion, aumentarlas, ensancharlas, ó edificar otras nuevas mas en relacion con el aumento de la poblacion cristiana. « Esperamos, decia, que » todos nuestros súbditos abrazarán la fe del verdadero Dios.» Queria que se sacasen de su patrimonio personal los gastos necesarios para estas construcciones, y que no se perdonase á gasto ninguno para lo conducente á la majestad del omnipotente y altísimo Dios que en ellas se adoraba. Todas estas ordenanzas se confirmaron y corroboraron por la ley de 23 de junio de 318, que permitia á los particulares declinar la jurisdiccion de los magistrados y sujetarse al juicio y decision de los obispos. Esto era inaugurar ya la magistratura de los Pontífices, que mas tarde veremos hechos jueces de sus pueblos, así como ya eran sus pastores.

9. Tantas medidas dictadas con un espíritu religioso y una prudencia cristiana eminentes, han valido á Constantino los elogios de todos los historiadores. Se ha dicho que aun no ha-

bia recibido el bautismo, y el relato de Eusebio prevaleció largo tiempo contra la tradicion de la Iglesia romana, que atribuye el bautismo del héroe cristiano al papa san Silvestre. La ciencia histórica de nuestros dias da razon á la tradicion romana, y rechaza la calumnia de los Arrianos. Por un extraño contraste, pero no único en los anales del mundo, este príncipe, cuyos actos administrativos estaban sellados, por decirlo así, con la dulzura y humanidad mas inequívocas, cuyas costumbres eran castas y puras segun unánime testimonio de todos sus contemporáneos, no observó siempre en su conducta privada la mansedumbre y moderacion cristiana. En las guerras contra los Francos mandó hacer devorar mas de una vez cautivos, y aun reyes, por las fieras del anfiteatro. Este espectáculo parecia propio de los dioses del Capitolio, mas no del Dios del Evangelio: le veremos hacer morir, contra promesa jurada, á Licinio, su antiguo cólega en el imperio; y, crueldad aun mas odiosa, hacer matar despues del padre al jóven Licinio, su propio sobrino, niño de solos once años. Eusebio de Cesarea, panegirista exagerado del emperador, no cree deber mencionar estos detalles; pero la historia no debe ser *à priori* ni una sátira ni un elogio; ante todo, y en cuanto lo permite la flaqueza de los juicios humanos, debe ser y pertenecer á la verdad. Por una acusacion calumniosa de Fausta, su segunda esposa, y sin tomarse el trabajo de examinar maduramente los hechos, Constantino hizo morir al primogénito de sus propios hijos, el digno discípulo de Lactancio, el César Crispo, de edad apenas de veinticinco años, cuyo elogio hace Eusebio mismo, y que acababa de llenarse de gloria en una victoria naval. Poco despues descubrió que el jóven príncipe era inocente, y que habia sido víctima de los artificios de su madrastra. Fausta fué entonces ahogada, por órden suya, en un baño de vapor. En esta deplorable circunstancia, Constantino fué mas desgraciado que culpable: la ley romana que ponia hijos, mujer y toda la familia á la discrecion del jefe de ella, absolvia su conducta bajo el punto de vista del derecho en vigor, mas la ley de los de-

cenviros no era la ley de Cristo ni de la humanidad. — Los títulos de *Eternidad, Adoracion*, etc., introducidos en la etiqueta de la corte imperial por orgullo de los príncipes idólatras é impía adulacion de los cortesanos, no fueron abolidos por Constantino. La vanidad es el postrer sentimiento que muere en el corazon del hombre, y es necesario todo el poder y virtud de los sacramentos y la eficacia de la gracia para combatirla victoriosamente. Estos hechos, por mas sensible que sea verlos en la historia de Constantino, no pueden empero hacer olvidar la gloria de que se llenó por las sabias y cristianas instituciones de que dotó al imperio; y los escritores que han tomado á pechos hacer recaer sobre todo su reinado la odiosidad de estos hechos individuales, se han dejado arrastrar por la pasion del denigramiento, no menos injusta y mucho mas odiosa que la del panegirista exagerado : lo que trataban de infamar en Constantino era, no la persona, sino al emperador que, el primero, habia hecho subir el cristianismo al trono.

10. El movimiento religioso, promovido y favorecido por Constantino, heria sobrados intereses y preocupaciones para que no dejase de dar lugar á una reaccion de parte del paganismo espirante. Licinio, emperador de Oriente, se hizo el jefe de este movimiento retrógrado. Despues de haber publicado algunos edictos en que atacaba, aunque con alguna mesura, la religion de Cristo, paró en fin en declarar abierta persecucion en 319 : arrojó á todos los cristianos de su palacio, y desterró á muchos. Mandó en seguida que todos los funcionarios públicos estuviesen obligados, bajo pena de destitucion, á sacrificar á los ídolos. Su crueldad se fijó mas particularmente contra los obispos, á quienes tenia en ojeriza cabalmente porque apreciaban á Constantino. Se cuenta entre sus víctimas á san Basilio, obispo de Amasea en el Ponto, que fué atormentado : todos los obispos de esta provincia fueron tanto ó mas atormentados. Hubo entre ellos algunos cuyos cuerpos, descuartizados, fueron arrojados al mar para pasto de los pescados. San Blas, obispo de Sebaste en Armenia, despues de

habérsele rasgado las costillas con peines de hierro, fué decapitado con dos niños cristianos : fueron martirizadas tambien siete mujeres, porque se las vió recoger la sangre de esos mártires inocentes. En la misma ciudad fueron condenados á pasar la noche en un estanque de agua helada cuarenta soldados cristianos : se tenia preparado un baño caliente al lado para recibir á los que apostatasen. Uno solo, renunciando á la gloria del martirio, fué á echarse en el agua caliente, donde espiró al momento. Entretanto el guardian, que estaba de centinela, vió bajar del cielo un ángel con cuarenta coronas en la mano, pero solo hallaba que podia distribuir treinta y nueve. Admirado de esta vision, el guardian llamó al comandante de la guardia, se declaró cristiano, se quitó sus vestidos y se reunió á los treinta y nueve mártires para lograr la cuadragésima corona. Al dia siguiente se pusieron los cuerpos en un carromato para llevarlos á la hoguera. El uno de ellos, el mas jóven, respiraba aun : los tiranos le dejaron, con esperanza de que podria mudar de resolucion; mas su madre le tomó y llevó en sus brazos, y lo puso ella misma en el carruaje, diciendo : « Véte, » hijo mio, con tus compañeros á esta feliz jornada, para que » no seas tú el último que se presente á Dios. »

11. Esta persecucion, junta con algunos incidentes políticos, ocasionó una guerra decisiva entre Licinio y Constantino : fueron inmensos los preparativos por ambos lados. Constantino tenia ciento treinta mil hombres, ya en tierra ya por mar : su hijo Crispo mandaba la armada. Las fuerzas de Licinio llegaban á cerca de ciento setenta mil hombres. Constantino hacia llevar al frente de sus tropas el *Lábaro*. Se custodiaba en una tienda separada del campo, á donde se retiraba frecuentemente el emperador á rezar. Licinio se habia hecho rodear de adivinos del Egipto, de sacrificadores y agoreros, que le prometian la victoria en versos magníficos. Se dió la batalla el 3 de julio de 324, cerca de Andrinópolis. Licinio, completamente derrotado, huyó, dejando treinta y cuatro mil hombres muertos en el campo de batalla. Su flota fué destruida en las aguas del Bósforo por Crispo. Hubo segundo combate bajo los muros de Calcedonia :

Licinio vió el resto de su ejército hecho pedazos, y apenas si pudieron salvarse tres mil hombres de la espada del vencedor. Licinio corrió á encerrarse en Nicomedia, á donde fué á sitiarle Constantino y le redujo á implorarle perdon : Constantino le prometió salvarle la vida; pero en el mismo año le hizo morir con su hijo, el jóven Licinio, contra lo estipulado en Nicomedia. [Es muy probable que medidas de alta política, ó alguna intriga secreta descubierta por él, le hubiesen impelido á esta catástrofe moral.] De todos modos, este acontecimiento dejó á Constantino dueño del mundo, y con él, á la religion cristiana triunfante en el imperio romano.

12. Apenas veia el Oriente caer, con Licinio, las últimas esperanzas para el paganismo, abatido por las victoriosas armas de Constantino, cuando del seno mismo de la Iglesia salia un nuevo enemigo no menos funesto contra la Iglesia misma. Un error, que reproducia la idolatría bajo otro nombre, y que socavaba los cimientos del cristianismo, se iba ya esparciendo por las grandes ciudades del Oriente, siempre ansiosas de novedades y apasionadas por luchas y discusiones. La nueva herejía llevaba el nombre de Arrio, su autor, y debia su orígen, como la mayor parte de ellas, al orgullo herido, á una ambicion frustrada en sus esperanzas. Arrio, sacerdote de Alejandría, habia nacido en la Libia Cirenáica, como Sabelio. De elevada estatura, rostro imponente, ademanes graves y modestos, tenia un acceso afable, y la conversacion agradable y suave. Sus costumbres austeras, su exterior penitente, un celo aparente por la religion, raro talento para la dialéctica, conocimientos extensos, mas superficiales, en las ciencias profanas y eclesiásticas, le servian para encubrir un fondo de secreta inquietud y de ambicion desmesurada. Cuando el cisma de Melecio, Arrio, que aun no estaba ordenado, se declaró uno de los primeros; pero habiéndole dejado muy pronto, fué recibido en la comunion de la Iglesia, y ordenado sacerdote por el santo patriarca Aquilas, que le encargó del gobierno de una de las principales iglesias de Alejandría, y aun la enseñanza pública de las sagradas Letras. La vanidad de Arrio no

conoció ya límites; y aspiraba á la silla patriarcal de Alejandría. Cuando por muerte de Aquilas fué nombrado y elegido patriarca san Alejandro, no guardó mas mesura. Las costumbres del nuevo patriarca siendo irreprochables, trató de calumniar su doctrina, y no vaciló en profesar abiertamente la herejía para salir con la suya.

13. San Alejandro, conforme á la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles, enseñaba que el Hijo de Dios era igual á su Padre y de la misma sustancia. La voz griega *omooúsios,* consustancial, que expresa categóricamente la verdad del dogma cristiano, ya habia sido empleada por los santos Dionisios de Alejandría y de Roma; y era ya usual en esta época. Arrio pretendia decir que esa era cabalmente la herejía de Sabelio; que se aniquilaba así la personalidad del Verbo, confundiéndole con el Padre. So pretexto de distinguir mejor las personas, Arrio sostenia que el Hijo habia sido creado; que no es eterno; que ha sido sacado de la nada; que por su libre albedrío ha sido capaz de vicio y de virtud, lo mismo que los demás hombres. Filosóficamente hablando, el carácter del arrianismo era la separacion del mundo, y Dios. Sentaba como principio que Dios era sobrado grande, inmenso, perfecto, para que la criatura pudiera sufrir su accion inmediata; sobrado grande, inmenso y perfecto para que le sea posible estar en razon directa con lo que es finito. Por consecuencia, cuando Dios quiso crear al mundo, hizo desde luego al Verbo, para crear por él todo lo demás. En este sistema se ve que el Verbo no es sino una criatura mas noble, mas perfecta, de naturaleza mas sublime que las demás. No es eterno, aunque sea anterior al mundo; y ni aun es Dios, aunque los Arrianos estuviesen tenaces en decir que lo es, y en conservarle ese nombre. El culto que se le tributa no seria sino una idolatría bajo otra forma. Todas las herejías, llevadas hasta sus últimos límites, van á parar en lo absurdo. Arrio cuidaba mucho de no dejar apercibir á sus sectarios las consecuencias lógicas de su doctrina, porque hubieran indignado á los ánimos rectos y sencillos. Cuando tres siglos acababan de confesar, por millares de

mártires, la divinidad del Hijo de Dios, un cristiano, un predicador, un sacerdote hubiera sido muy mal recibido viniendo á atacar de frente esta fe. El heresiarca se contentó pues con insinuar que en la Trinidad habia grados; y que el Hijo, nacido del Padre, era menos grande, menos antiguo que el Padre.

14. Estos errores no salian en un principio del círculo de algunas conversaciones particulares. Arrio ensayaba en ellas su papel de heresiarca; desplegando todos los recursos de su imaginacion y elocuencia para arrastrar y seducir á sus oyentes. En fin, cuando se vió seguro de las disposiciones del mayor número, cuando se vió rodeado, aclamado, sostenido, arrostró la publicidad de la discusion, y predicó abiertamente en los púlpitos y cátedras de Alejandría su nueva doctrina. Toda la ciudad se agolpaba á oirle. Los cristianos aprendian en sus discursos que la fe de sus padres era una fábula, pues que Cristo no era Dios por naturaleza sino por participacion. Arrio empero convenia sin dificultad en que el Verbo habia existido antes de todos los siglos, porque las palabras de la sagrada Escritura son claras y formales acerca de esto, y no hay medio de interpretarlas; pero sostenia al mismo tiempo que no era coeterno á Dios, y que habia *comenzado* á existir. Muy pronto llegaron á noticia de san Alejandro estos errores, y trató de hacer volver en sí al heresiarca con amonestaciones caritativas. Contra la empedernida obstinacion y vanidad de Arrio fracasaron todos los medios de conciliacion y mansedumbre. Mas como su partido iba aumentándose de dia en dia, reunió san Alejandro á su clero en dos conferencias generales para cortar los progresos del mal. Compareció Arrio á ellas: y se entabló la discusion acerca de los puntos controvertidos. Se opuso al error la tradicion católica, el testimonio de las Escrituras y de los santos Padres. Mas Arrio no se rindió. En fin, san Alejandro, habiendo agotado todas las vias de la moderacion y caridad, convocó en Alejandría un concilio de cerca de cien obispos del Egipto y la Libia. Arrio, habiendo renovado en él sus blasfemias, fué excomulgado con sus principales adherentes (320).

15. El patriarca san Alejandro tenia cerca de sí para ayudarle en su contienda con los Arrianos un jóven diácono, cuyo nombre será muy pronto el baluarte de la fe, y como el centro de la historia eclesiástica en el cuarto siglo. Este era Atanasio, que, al lado de un santo y celoso obispo, principiaba su trabajada y laboriosísima carrera de apóstol y doctor. Con fe profunda é incontrastable, dotado de una penetracion que veia con la mayor lucidez en los negocios mas embrollados, lleno de una prudencia que jamás falló en medio de las redes que le tendian de continuo sus enemigos, poseido de una dialéctica que disipará como telas de araña los mas astuciosos sofismas, habiendo adquirido una elocuencia natural que sabia poner al alcance de los mas sencillos las mas arduas cuestiones, y en fin robustecido con una firmeza que no podrá hacer titubear jamás el mundo entero, veremos al gran Atanasio ir pasando alternativamente del triunfo al destierro, del destierro al triunfo, de la silla de Alejandría á los recónditos desiertos de la Tebáida y de la Nitria, y de estos, triunfante á aquella: le veremos y admiraremos modelo de los obispos, admiracion de los anacoretas; tan admirable por su piedad como por su infinita ciencia; y siempre digno del odio y persecuciones de los enemigos de la fe. La primera parte de su vida la habia pasado en los ejercicios ascéticos bajo la direccion de san Antonio, con quien guardó hasta la muerte la mas íntima, respetuosa é inalterable amistad. En esta severa escuela cobró un valor y carácter nunca desmentidos, aquella energía perseverante que desplegó contra innumerables adversarios sin cesar renacientes, ora sacerdotes, ora obispos, ora emperadores: triunfando á la vez, en las discusiones, por la claridad y precision de su lógica; en las luchas de la polémica escrita, por la rapidez, vehemencia, elocuencia y dialéctica de su composicion; en las persecuciones, por su invencible audacia é inalterable tranquilidad de ánimo. Tal veremos á san Atanasio: y por medio de mas de medio siglo de trabajos, de destierros, de fugas y de constancia, merecerá la gloria de insculpir eternamente su nombre en el triunfo de la verdad católica contra el arrianismo.

16. Arrio, al salir de Alejandría despues de su condenacion, se quejaba ya de que no habia recibido sentencia tan dura sino á la influencia del diácono Atanasio. Se sabia que el santo patriarca Alejandro le habia investido de toda su confianza, y que le admitia á todos sus consejos. El heresiarca se retiró á la Palestina, desde donde no dejaba piedra por mover para hacerse con nuevos partidarios : y tuvo la maña de hacérselos entre muchos obispos. El mas influyente fué el de Nicomedia, llamado Eusebio, que tantos dias de lágrimas dió á la Iglesia. Este prelado era de aquellos de quienes habla el Evangelio, que no entran en el rebaño por la verdadera puerta, y que, semejantes al pastor mercenario, traicionan los intereses de su grey. Ya pasaba por haber apostatado en tiempo de la persecucion : luego, sin que se sepa cómo, fué obispo de Berito en la Fenicia. Hábil cortesano, habia logrado insinuarse en el ánimo benévolo de la princesa Constancía, hermana de Constantino y esposa de Licinio. Habiendo vacado la metrópoli de Nicomedia, Eusebio dejó la pequeña ciudad de Berito por trasladarse al obispado de la ciudad imperial de Nicomedia, contra lo dispuesto por los sagrados cánones, y sin autorizacion canónica ni dispensa. Mientras que Licinio, fijado en esta ciudad, hacia guerra á la vez á Constantino y á los cristianos, Eusebio era su amigo y confidente. Siendo vencedor Constantino, fué uno de los primeros en captarse su gracia. Era este indigno prelado una de esas naturalezas serviles que siguen á todos los triunfadores, y á quienes están seguros de encontrar entre sus bagajes los vencedores : miserable botin que debieran muy pronto arrojar estos. Pero hombres de este jaez saben hacerse necesarios, lisonjeando la vanidad del nuevo amo, y poniendo á su servicio un celo que mañana pasará al servicio del sucesor. Era pues Eusebio muy digno de apadrinar á un heresiarca.

Hé aquí la carta que Arrio le escribió desde su retiro en Palestina, y que transcribimos, por cuanto explica claramente su herejía.

« Al amantísimo Señor, al hombre de Dios, al fiel, al orto-

» doxo, á Eusebio, Arrio injustamente perseguido por el pa» triarca de Alejandría, por la verdad victoriosa que defendeis » vos mismo, salud en el Señor

» Partiendo para Nicomedia mi padre Amonio, he creido de » mi deber aprovechar esta ocasion para saludaros, y al mismo » tiempo informaros de la persecucion que el obispo nos hace » padecer injustamente. Todo lo ha movido contra nosotros, y » nos ha arrojado de su ciudad episcopal como á impíos. Todo » nuestro delito es de negarnos á creer su doctrina errónea y » decir con él : Dios es eterno, el Hijo es eterno. El Padre y » el Hijo han coexistido eternamente. El Hijo ha sido siempre, y » siempre engendrado. El Padre no es anterior al Hijo de un » solo momento, y ni aun á su pensamiento. Siempre Dios, » siempre el Hijo ; el Hijo procede de Dios mismo. Como » Eusebio de Cesárea, vuestro hermano, Teodoto, Paulino, » Atanasio, Gregorio, Aecio [1], segun la fe de todos los Orien» tales, decian que Dios es antes del Hijo, han sido condenados » con anatema. Solo han sido exceptuados de esta excomunion » Filógono, Helánico y Macario, tres herejes ignorantes que » pretenden que el Hijo es, unos la *espiracion*, otros una *pro-* » *yeccion* del Padre. Estas son otras tantas impiedades que no » podemos oir, aun cuando estos herejes nos amenazaran con » mil muertes. En cuanto á nosotros, lo que decimos y cree» mos, eso mismo hemos enseñado y enseñamos aun. Por » voluntad y consejo del Padre, el Verbo ha subsistido, antes » de los tiempos y antes de los siglos, plenamente Dios, Hijo » único, inalterable. Pero antes de ser engendrado ó creado, no » existia. Somos perseguidos por haber dicho : El Hijo ha

(1) Los obispos que en esta carta cita Arrio como partidarios suyos, son : Eusebio de Cesarea en Palestina, el historiador Teodoto de Laodicea en Siria, Paulino de Tiro, Atanasio de Anazarba en la Cicilia, Gregorio de Berito, Aecio de Lidda ó Dióspolis. Es una calumnia decir que habian sido anatematizados, pues que no los nombra siquiera el concilio de Alejandría. Los tres obispos que trata de ignorantes, porque no eran suyos, son san Filógono, obispo de Antioquía, cuyas virtudes le elevaron á la silla patriarcal, para suceder á Tiranno, que la habia ocupado desde 299 hasta 312; Helánico, obispo de Trípoli en la Fenicia, y san Macario, obispo de Jerusalen, que sucedió á Hermon en 314. Este último es reputado por san Atanasio como uno de los mas grandes obispos de su siglo.

» tenido principio, y Dios no lo tiene. Se nos veja por haber » dicho que el Verbo ha sido sacado de la nada : lo que hemos » dicho, porque ni es una porcion de Dios, ni sacado de nin- » guna criatura. Hé aquí la causa de nuestros padecimientos; » y ya sabeis lo demás. Os deseo la mayor felicidad en el » Señor. Acordaos de nuestras aflicciones. »

Eusebio de Nicomedia respondió á esta carta asegurándole la mas completa adhesion á los principios expuestos en ella. « Vuestros sentimientos son muy buenos, y debeis desear ver- » los adoptados universalmente. ¿Quién es capaz de creer que » lo que ha sido hecho, pueda tener existencia antes de haberla » recibido? ¿No es acaso necesario que haya comenzado á » existir? » No contento con animar así al heresiarca, escribió á los obispos sus partidarios para estimular su celo en favor de la nueva doctrina. En su carta á Paulino, obispo arriano de Tiro, alaba el ardor con que Eusebio de Cesarea defendia el error comun; é insta á todos sus adherentes á que escriban al patriarca Alejandro, « persuadido, dice, de que se dejará vencer » por sus reiteradas instancias. » No tardó Arrio en personarse en Nicomedia á la sombra de protector tan decidido, y fué acogido con la mayor honra y distincion. Para difundir mejor el veneno de su herejía, y popularizarla en lo posible, compusieron una compilacioncita de cánticos que contenian toda su doctrina, á cuyo libro llamaron *Thalía*. El canto y medida de versos eran los mismos que los de las canciones obscenas entonces en boga entre el populacho. Habia para viajantes, para marineros, para trabajadores, para molineros. Hemos visto empleado este mismo medio por Valentino, y Harmonio, su discípulo, para propagar el gnosticismo. El instinto de la herejía es siempre el mismo : se burla de la dignidad del dogma, de la moral y aun de la decencia de la propaganda : solo piensa en el éxito.

17. Contra esfuerzos tan hábilmente combinados tenia la verdad católica por defensor un anciano, el ilustre patriarca de Alejandría; pero sentia hervir en su pecho este anciano el fuego de su fe y la actividad y energía de su juventud : aun mas, tenia por auxiliar al diácono Atanasio. San Alejandro escribió

á todos los obispos del Oriente y al papa san Silvestre para participarles las intrigas de Arrio y combatir su herejía. Les remitió una Memoria ó profesion de fe, rogándoles la suscribiesen para abrumar el error con el peso y unanimidad de sus testimonios. San Epifanio conocia y poseia copia de setenta de estas cartas, dirigidas á diversos prelados. Como la nueva secta se apoyaba especialmente sobre el crédito de que gozaba en la corte Eusebio de Nicomedia, su protector, no vaciló san Alejandro en atacar á la faz y abiertamente á este obispo intruso. Lo hizo en una carta circular dirigida á todas las iglesias del mundo. « Habia creido en un principio, dice el santo pa- » triarca, guardar silencio para sofocar el mal en la persona » misma de los apóstatas, y no manchar los oidos de los piado- » sos fieles con el relato de sus blasfemias. Mas como Eusebio » se arroga el derecho de disponer de las cosas de la Iglesia, » porque ha abandonado á Berito por usurpar la silla de » Nicomedia, sin que hasta ahora se haya hecho justicia de » este atentado; como además se pone al frente de estos here- » jes, y escribe por todos lados á su favor, yo me veo obli- » gado á levantar mi voz para daros á conocer á todos, ya las » personas de los apóstatas, ya la naturaleza de su herejía, para » que vivais alerta contra sus temerarias empresas. » Antes de enviar estas cartas por todas las partes del mundo, reunió san Alejandro su clero, se las comunicó é hizo suscribiesen á ellas. Por su lado, Eusebio y Arrio convocaron en Nicomedia una asamblea de obispos partidarios suyos, donde se aprobó solemnemente este error, y se escribió á todas las iglesias para que estuviesen en comunion con los Arrianos. Aumentóse extraordinariamente la confusion en el seno de este conflicto. No solo obispos y sacerdotes tomaban parte en pro ó en contra de la verdad, sino que pueblos enteros se dividian discutiéndola : acalorábanse todas las cabezas, y el nombre de Arrio resonaba por el mundo entero : tuvo pues la *Thalía* el resultado prometido.

18. En tal situacion se hallaba el Oriente, á donde condujeron á Constantino las victorias de Andrinópolis, Bizancio y

Calcedonia contra Licinio. Este príncipe, engañado por los artificios de Eusebio de Nicomedia, no vió desde luego en estos debates sino una logomaquia ó juego de palabras vanas; y creyó conciliar todas las cosas escribiendo á ambos partidos que cesasen de atacarse recíprocamente. Pero las cosas habian llegado á un estado tal que no era dable ya apaciguarlas con una carta imperial: porque se trataba nada menos que de saber si Jesucristo era Dios. Los obispos católicos no podian dejar dudosa esta cuestion un solo instante, y los Arrianos por otra parte habian empeñado su vanidad é intereses en esta lucha, y no querian ceder ni retroceder. Osio de Córdoba y san Alejandro aconsejaron á Constantino que reuniese un concilio ecuménico (δικούμενης γῆς), esto es, de toda la tierra. Comprendió el emperador que este era en efecto el único medio de terminar una contienda que se iba agriando cada dia mas; y de acuerdo con el papa san Silvestre convocó una asamblea general de todos los obispos del mundo en Nicea de la Bitinia para el mes de junio de 325.

19. Vinieron pues los obispos de hasta las extremidades de la tierra en número de trescientos diez y ocho, sin contar los sacerdotes, diáconos y acólitos. Se les suministró, á los prelados y á sus comitivas, todo lo necesario para el viaje á expensas del Estado. No se habia presentado jamás espectáculo mas imponente en el mundo. Se reunia la flor de la humanidad, no ya para tratar de las cuestiones frívolas y transitorias de la política, de divisiones de territorios ó de constituciones de imperios; sino de los intereses inmortales, de los principios mismos de la fe y de la vida cristiana. Todos aquellos venerables restos, salvados de las prisiones y suplicios de los perseguidores, todos aquellos ancianos coronados aun mas de virtudes que de años, y que llevaban estigmatizadas las marcas gloriosas de tormentos padecidos por Cristo, venian á apoyar con su testimonio la divinidad de aquel que habian confesado en presencia del tirano. Ecos vivos de la tradicion católica, atestiguaban en esta santa asamblea la enseñanza y doctrinas de los pasados siglos: enlazaban el tiempo presente con

los apostólicos, y legaban á las generaciones cristianas futuras la verdad que habian bebido casi en su orígen, en su manantial mismo. Entre tantas lunbreras de la Iglesia se notaba principalmente Osio de Córdoba, que llenaba las funciones de legado del papa san Silvestre, y cuyo nombre era célebre por todo el universo, por su ciencia, piedad y consumada prudencia; los santos ancianos Pafnucio, obispo de la alta Tebáida, y Potamon, obispo de Heraclea, á quienes habia arrancado el ojo derecho la crueldad de los perseguidores; san Pablo, obispo de Neocesarea en el Eufrates, á quien habian quemado los nervios con hierro hecho ascua, durante la persecucion de Licinio; san Jaime de Nisiba en la Mesapotamia, y san Nicolás, obispo de Mira, ambos ilustres por numerosos milagros; san Amfion, obispo de Epifania, que habia padecido el tormento por el nombre de Cristo, bajo Diocleciano; san Basilio, obispo de Amasea; san Melecio de Sebastópolis; san Hipacio de Gangres en Paflagonia; san Macario, patriarca de Jerusalen; san Eustaquio de Antioquía, y aquel ilustre entre todos el obispo de Alejandría, san Alejandro, que habia sido el primero en señalar el error de Arrio como digno de los anatemas de la Iglesia, el cual se hizo acompañar de su diácono Atanasio, que á su vez habia de ser el alma de tantos otros concilios. — Al lado de estos prelados, gloriosos defensores de la fe católica, el arrianismo habia reunido en Nicea á todos sus adherentes, entre los que los principales eran los dos Eusebios de Nicomedia y de Cesarea, Teognis de Nicea, Patrófilo de Escitópolis, Maris de Calcedonia y Narciso de Neroniada. Además de Osio de Córdoba, san Silvestre habia enviado para representarle á los sacerdotes romanos Víctor y Vicente, que suscribieron, antes de todos los obispos, las actas del concilio.

20. Antes del dia de la sesion pública, se juntaron los obispos en una iglesia capaz donde cabian todos: estas son las propias expresiones de Eusebio de Cesarea: tuvieron en ella muchas conferencias particulares, á las que fué convocado Arrio. Desenvolvió allí toda la serie de sus errores. Sostenia: que Dios no habia sido siempre padre; que hubo tiempo en

que el Hijo no existia todavía; que el Verbo fué sacado de la nada, criatura y obra de Dios, aunque mucho mas perfecto que las demás criaturas. Por consecuencia, Jesucristo no era Dios por naturaleza, mas solamente por una especie de participacion. Añadia : « que no era el Verbo sustancial del Padre, » ni su propia sabiduría, por la que todo ha sido hecho; sino » que habia sido criado por la sabiduria eterna; que no parti- » cipa de la sustancia del Padre; que no es la produccion pro- » pia y natural del Padre, la virtud natural de Dios, como dice » la Escritura, sino un efecto de su libre voluntad. Añadia que » el Hijo no puede conocer perfectamente al Padre, y que no » tiene este conocimiento sino segun los límites de su natura- » leza finita y limitada. » Al exponer estas blasfemias, los Padres del concilio se tapaban los oidos, y con su indignacion santa protestaban contra una doctrina tan opuesta á la fe de la Iglesia. La mayor parte de ellos querian condenar sin mas exámen estos nuevos impíos, ateniéndose á la fe que habian recibido por tradicion de los Apóstoles; pero los obispos arrianos, sosteniendo que no habia de seguirse una opinion por el mero hecho de que era antigua, reclamaron un exámen serio y detenido. Se empeñó pues la discusion sobre cada una de las propo iciones sentadas por Arrio. Los obispos ortodoxos insistieron vigorosamente en que desde luego definiesen neta y categóricamente los Arrianos lo que entendian por la voz ó nombre de Hijo que la Escritura da al Verbo. « Porque si » Cristo no es Dios por naturaleza, mas solamente por una es- » pecie de participacion de las divinas perfecciones, ¿qué ten- » dria mas que los Ángeles y los Santos; y porqué es llamado » el Hijo único de Dios? — Es llamado Hijo único de Dios, » respondian los Arrianos, porque, solo, ha sido hecho por Dios » solo; en tanto que todas las demás criaturas, las ha hecho » Dios por su Hijo. — Insensata novedad, impía asercion, » decian los ortodoxos, pues que supone dos cosas absurdas y » sacrílegas; ó bien, por impotencia, Dios no ha podido hacer » solo las demás criaturas; ó bien, por orgullo, pudiéndolo » hacer no lo ha querido. Novedad por otra parte contraria al

» texto mismo de la Escritura. *Dios mismo nos ha hecho* (ipse » fecit nos). *Solo hay un Dios de quien vienen y son todas las » cosas; y un solo Señor Jesucristo, por quien son y viven todas » las cosas.* » — Los Arrianos recurrian además á estotro sub» terfugio : « Como las otras criaturas no podian sufrir la accion » inmediata del Ser infinito, Dios ha hecho desde luego al Hijo » solo, y despues todo lo demás por el Hijo. — Distincion fútil, » replicaban los católicos, porque si las criaturas no han podido » sufrir ó sostener la accion inmediata de Dios, ¿cómo es que » el Hijo, el cual es, segun vosotros, una mera criatura, ha po» dido sostener esta accion? Si las criaturas han tenido nece» sidad de un mediador entre Dios y ellas, el hijo, que es cria» tura, tenia pues necesidad de un mediador, y este de otro; y » así progresivamente hasta lo infinito. Y si, por no exponeros » á lo absurdo de esta consecuencia, convenís en que el Hijo, » aunque criatura, ha podido ser hecho inmediatamente por el » Ser increado, debeis forzosamente convenir en que el Ser » increado ha podido hacer de la propia manera todas las de» más criaturas, y en tal caso es absolutamente inútil vuestra » produccion del Verbo-criatura. »

21. Habia llegado ya el 9 de junio de 325, dia señalado para la sesion pública : la discusion preliminar de las antecedentes conferencias habia puesto en claro todas las dificultades. Los obispos ortodoxos estaban todos de acuerdo en cubrir con el anatema las impiedades del arrianismo. El emperador Constantino habia llegado ya á Nicea para hacer mas imponente la solemnidad de la sentencia con la majestad de la presencia imperial. Todos los obispos, presbíteros y diáconos que formaban el concilio se personaron en el gran salon del palacio, preparado para recibirlos, y en el cual se habia colocado un trono de oro para el emperador. Cuando Constantino apareció, revestido de la púrpura y de un manto sembrado de joyas y pedrerías, los Padres se levantaron para honrar en su persona al príncipe que habia hecho pasar la religion de Cristo desde la oscuridad de las catacumbas á la luz y esplendor de estas augustas solemnidades. Constantino recibió sus home-

najes con respetuosa modestia. Llegado á lo alto del salon, estuvo de pié sin querer tomar asiento en el trono que se le habia preparado, y no consintió en sentarse sino despues de vivas y reiteradas invitaciones de los Padres del concilio. San Eustaquio de Antioquía levantándose entonces, dirigió la palabra al emperador, dando gracias á Dios de las maravillas hechas en favor de la religion bajo su reinado. Constantino se levantó y respondió á san Eustaquio con un discurso latino, explicado en griego por intérpretes, por ser esta la lengua de la mayor parte de los Padres, como mas derramada en el Oriente. Mostró su regocijo de verlos reunidos de todos los puntos del universo, y su anhelo extremo de terminar con su acuerdo unánime tan funestas divisiones. Dió en seguida la palabra á los que presidian el concilio, y les dejó entera libertad para examinar todas las cuestiones de doctrina. Se renovó pues en presencia del emperador la discusion con Arrio; y sus partidarios presentaron al concilio una profesion de fe que habian redactado, y en la cual se contenian mas ó menos explícitamente todos sus errores tocante á la naturaleza del Hijo de Dios. Todos los Padres ortodoxos, que constituian la inmensa mayoría del concilio, la desecharon unánimemente. Se pasó en seguida al exámen de los términos de que habria que valerse para *formular* la fe católica sobre la generacion del Verbo, y se propuso desde luego servirse de una expresion de la Escritura y decir que : *El Hijo es de Dios*. Mas los Arrianos la interpretaban en el sentido de su doctrina, y ofrecian suscribir á ella, « porque, decian, escrito está tambien : *Todo es* » *de Dios*. » No quedada pues bien marcada en esta fórmula la distincion del Verbo y las demás criaturas. Los católicos explicaron entonces claramente que al decir *el Hijo es de Dios,* entendian expresar que era de la sustancia misma de Dios : lo cual no puede convenir á ninguna otra criatura. Se ofreció entonces declarar que el Hijo era la *virtud del Padre,* su *única sabiduría,* su *imágen eterna,* en todo semejante á él. Los Arrianos hallaron todavía medio de abusar de cada una de estas expresiones. La palabra *virtud* se emplea frecuentemente en

la Escritura para significar una potencia creada (Joel, XI, 29). La expresion *imágen* tampoco tenia significacion mas precisa, pues que escrito está que el hombre ha sido formado á imágen y semejanza de Dios. Los católicos, viendo su mala fe, se vieron obligados, para expresarse mas categóricamente á encerrar en una sola voz el sentido de las Escrituras y decir que el Hijo es *consustancial* al Padre, ὁμοούσιος, expresion que ha venido á ser tan famosa.

« La voz *consustancial* denota, dice Fleury (*Historia de la » Iglesia*, lib. IX), que el Hijo no solamente es semejante al » Padre, sino de tal manera unido con él, que es *uno* con él, » y demuestra que la semejanza del Hijo es muy otra de la » que se atribuye á las criaturas. Por otra parte los cuerpos » semejantes pueden estar separados y distantes; y así entre » los hombres, un padre y un hijo, por mas semejantes que » sean [están separados y son distintos cuerpos con sus cir- » cunstancias individuales]; mas no sucede así en la genera- » cion del Hijo de Dios: porque no solo es semejante, sino » inseparable de la sustancia del Padre: el Padre y él no » son sino uno: el Verbo está siempre en el Padre y el » Padre siempre en el Verbo, como el resplandor respecto » de la luz. » Todas estas ideas se encerraban en la voz *consustancial*, á la cual no querian suscribir los Arrianos, so pretexto de no encontrarse en la Escritura y que contenia un sentido heterodoxo. » Porque, decian, lo que es de la misma » sustancia que otro, participa de esto en tres maneras: ó por » division, ó por emanacion, ó por produccion: por produc- » cion, como la planta de su raíz; por emanacion, como los » hijos de los padres; por division, como dos ó tres copas de » una sola y misma masa de oro. Ahora bien, ninguna de estas » tres maneras ó modos de participacion puede aplicarse á la » generacion del Hijo de Dios. » Los obispos católicos respondian que el título de *consustancial*, atribuido al Verbo, no encerraba ninguna idea corporal; que no significaba division ni disminucion alguna de la sustancia del Padre, absolutamente inmaterial y espiritual: que solo significaba la unidad de sus-

tancia del Padre y del Hijo, coexistente de toda eternidad, y no habiendo existido jamás ni el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. En cuanto á que el término de *consustancial* no se encuentra en la Escritura, respondian los Padres : que el fondo importa aquí mas que la forma; que la idea misma de *consustancialidad* hallándose casi en cada página de los sagrados Librcs, era de poca monta que se emplease allí la voz misma. Que por otra parte, este término no es nuevo, pues que los dos Dionisios se valian de él para explicar la naturaleza del Verbo, y que el uso lo ha hecho familiar en el lenguaje cristiano. Se pasó á verificar los pasajes de los dos santos doctores á quienes se hacia alusion, y Eusebio de Cesarea mismo se vió obligado á reconocer la veracidad de las citas. Fué pues adoptada por todos los Padres ortodoxos la expresion de *consustancial*, como la mas á propósito para poner coto á todas las sutilezas y sofisterías del error : así es como esta palabra fué desde entonces el terror de los Arrianos.

22. Controvertido, aclarado y decidido este punto, quedaba por componer una profesion de fe católica. Osio de Córdoba, legado del papa san Silvestre, presentó una fórmula, la cual escribió bajo su dictado Hermógenes, obispo despues de Cesarea en Capadocia. Esta profesion de fe, conocida bajo el título de Símbolo Niceno, fué la fórmula ordinaria de la fe católica, desde entonces y hasta ahora, al través de los siglos y de las generaciones que la han empleado y transmitido así á nosotros. Cantado este Símbolo en todas las iglesias del mundo, formando una parte esencial de nuestras oraciones litúrgicas por boca de los doctores y los fieles, es como un juramento de fidelidad á la doctrina católica en la consagracion episcopal [y en todos los actos públicos eclesiásticos de grande trascendencia doctrinal]. Osio leyó pues en griego y en alta voz la siguiente fórmula, repetida desde entonces por boca de todos los cristianos : « Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, criador del » cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles ; y » en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido de » Dios antes de todos los siglos ; Dios de Dios, luz de luz,

» verdadero Dios de verdadero Dios. Engendrado, no criado; » *consustancial* al Padre, por quien han sido hechas todas » las cosas: el cual ha descendido de los cielos por nosotros » los hombres y por nuestra salvacion: y se ha encarnado, » tomando cuerpo en el seno de la Vírgen María por obra del » Espíritu Santo, *y se hizo hombre;* y padeció, y resucitó al » tercero dia, y subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos » y á los muertos. Creemos tambien en el Espíritu Santo. — » En cuanto á los que enseñan: *que ha habido tiempo en que » no existia el Hijo; que no existia antes de ser engendrado; » que ha sido sacado de la nada; que el Hijo de Dios es de otra » naturaleza ó de otra sustancia que el Padre; que es mudable » y que está sujeto á mutacion como ser creado;* la Iglesia ca- » tólica y apostólica los anatematiza. » Todos los obispos presentes, excepto los diez y siete Arrianos, firmaron este Símbolo. En el dia siguiente el número de los opositores se redujo á cinco, á saber: Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, Teonas y Segundo de Libia. Eusebio de Cesarea, uno de los diez y siete que se habian negado en el primer dia á firmar y suscribir á la voz *consustancial*, dió su adhesion [firmando y suscribiendo]. El emperador amenazó con el destierro á los que aun persistian en rechazar la doctrina católica: la palabra *destierro* produjo efecto, porque Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea y Maris de Calcedonia la juzgaron mas concluyente y ejecutiva que todos los argumentos de los ortodoxos: suscribieron pues á la fórmula de fe. Eusebio y Teognis usaron sin embargo de una superchería; al poner su firma metieron una *iota* (*i* griega) en la palabra *omooúsios*, y suscribieron *omoioúsios* (*semejante en sustancia*) en lugar de *de la misma sustancia*). Mas tarde fué preciso volver á tratar de esta *iota*, lo que renovó todas las discusiones. Eusebio de Nicomedia hacia además distincion entre el Símbolo de fe y el anatema que le seguia. Consentia en firmar el primero, pero se negó pertinazmente á suscribir al segundo; « porque, decia, estaba persuadido de que Arrio no era tal » como lo pensaban los Padres, y que sus íntimas relaciones con

» él se lo habian hecho conocer mejor que á los demás. » Solo quedaban Teonas y Segundo de Libia, á quienes no fué posible separarlos del partido del heresiarca. El concilio los condenó á ambos con Arrio. Fueron además anatematizados los escritos de Arrio, especialmente la Thalía. El emperador confirmó con su autoridad estos decretos y quiso que tuviesen fuerza de ley en el imperio.

23. Otros dos negocios, menos trascendentales que el arrianismo, llamaban tambien la atencion del concilio de Nicea : el de los Cuartodecimanos y el de los Melecianos. La cuestion de la celebracion de la Pascua, promovida en tiempo del papa san Aniceto y de san Policarpo, y poco despues en el del papa san Víctor, aun no estaba concluida. A pesar de las decisiones de ambos papas, las iglesias de la Siria y de la Mesopotamia seguian todavía el uso de los Judíos, y celebraban la fiesta de Pascua el dia décimocuarto de la luna de marzo, sin necesidad de que en tal dia recayese el domingo : y se les llamó por esta razon *Cuartodecimanos*. El concilio decidió que el dia de Pascua seria fijado universalmente, cada año, en el domingo que se siguiera inmediatamente al cuartodécimo dia de la luna de marzo, despues del equinoccio de la primavera. Se mandó que el patriarca de Alejandría publicaria cada año el dia en que se habia de celebrar esta fiesta en todas las iglesias del Oriente, porque en esta ciudad se hacian mayores y mas profundos estudios de astronomía que en ninguna otra. Para hallar mas fácilmente el dia primero de la luna de marzo, y por consiguiente el décimocuarto, los Padres convinieron en que serviria de regla el ciclo de diez y nueve años, porque al cabo de este número, las nuevas lunas vuelven poco mas ó menos á los mismos dias del año solar. Este ciclo, llamado en griego *Enneas kaeteris*, habia sido descubierto por un ateniense llamado Meton cerca de setecientos cincuenta años antes. Se le ha llamado posteriormente *Número de oro*, porque se acostumbró á notar con letras de oro los dias de las nuevas lunas en los calendarios. Se cree que el concilio encomendó este cálculo á Eusebio de Cesarea : lo cierto es que este obispo habia compuesto ya

un cánon pascual de diez y nueve años, y que habia explicado el asunto y orígen de esta cuestion en un discurso al emperador Constantino, el cual se lo agradeció en una carta. La decision del concilio de Nicea tocante á la celebracion de la Pascua ha estado en vigor desde entonces en todas las iglesias del mundo. Solo algunas iglesias de la Mesopotamia persistieron en su antigua costumbre, tenaces en este cisma por influjo de un monje llamado Audio, á quien Constantino se vió obligado á desterrar á la Escitia. Permaneció allí algunos años; penetró despues hasta los Godos, donde fundó muchos monasterios, á los cuales legó su pertinacia en celebrar la Pascua en el mismo dia décimocuarto de la luna de marzo; y á esto se atribuye la existencia de los Cuartodecimanos ó Audianos entre los Godos, donde fueron menester siglos para verlos desaparecer enteramente.

24. Se terminó tambien en el concilio de Nicea el cisma de los Melecianos, mas de un modo extraño para nosotros, acostumbrados á representarnos los primeros siglos de la Iglesia como los de la mayor serenidad. Ya hemos visto á Melecio, obispo de Licópolis, depuesto por el patriarca de Alejandría por haber sacrificado á los ídolos durante la persecucion. En lugar de someterse habia formado un cisma, ordenado obispos, presbíteros y diáconos de su partido. Cuando aparecieron los Arrianos, se unieron á ellos los Melecianos, á pesar de no profesar la misma doctrina, mas por el solo hecho de su condenacion. Para poner fin á este cisma, nacido de la apostasía y fautor de la herejía, el concilio, aunque declarando á Melecio indigno de perdon, usó empero de indulgencia, y le permitió quedarse en Licópolis con el título y honores episcopales, mas sin poder elegir ni ordenar obispos ó presbíteros para iglesia ninguna. Habian sido admitidos á la comunion con los honores y ejercicio de su órden los ordenados ya por él, á condicion de ceder la jurisdiccion y rango en cada diócesis y en cada iglesia á los que antes habian sido ordenados por el obispo de Alejandría. Se les prohibió tambien elegir á nadie sin consentimiento del patriarca. Era necesaria esta medida

para ponerlos en la imposibilidad de perpetuar sus intrigas y cabalas. En consecuencia san Alejandro pidió á Melecio una nota exacta de los sacerdotes, obispos y diáconos de su partido, que él pretendia tener en Egipto y en el territorio de Alejandría. Melecio, al remitir su nota, presentó al patriarca los nombrados en ella, y le devolvió al mismo tiempo las iglesias de su jurisdiccion de que se habia apoderado él. Murió Melecio poco tiempo despues; pero, contra su palabra formalmente empeñada, escogió, en su lecho de muerte, por sucesor suyo á su discípulo Juan de Memfis. Esta eleccion irregular prolongó el cisma, que solo acabó de apagarse medio siglo mas tarde, y sin que se tomase ninguna otra medida contra él.

25. Los Padres del concilio de Nicea, despues de concluidas estas diversas cuestiones, redactaron muchos *cánones* ó reglas de disciplina, que se reunieron á los de los concilios de Arles, de Ancira, de Neocesarea (314) y de Gangres (324), en una compilacion conocida bajo el nombre de *Cánones apostólicos*. Vamos á analizarlos prontamente, porque forman un cuerpo de disciplina y resumen toda la jurisprudencia canónica del cuarto siglo. Para mayor órden en este exámen, los dividiremos en seis partes ó ramos principales : 1°. Del primado de la Iglesia romana; 2°. Autoridad jerárquica de los patriarcas y metropolitanos; 3°. Eleccion y ordenacion de los obispos; 4°. Celibato de los clérigos; 5°. Reglas de penitencia pública para la reconciliacion de los herejes; 6°. Disciplina eclesiástica sobre el matrimonio. — I. *Primado de la Iglesia.* « La Iglesia romana (cánon del concilio de Nicea) ha poseido » siempre el primado. Continúen pues en vigor las antiguas cos» tumbres en Egipto, la Libia y la Pentápolis, por manera que » todos estén sometidos al obispo de Alejandría, porque tal es » la costumbre respecto del Obispo romano. Obsérvese lo » mismo respecto del obispo de Antioquía; y que en las otras » provincias, las iglesias conserven igualmente sus privile» gios : si fuere ordenado un obispo sin el consentimiento del » metropolitano, ha definido el santo concilio que el tal no

» deba ni pueda ser obispo (1). » Para inteligencia de este cánon ha de tenerse presente que san Pedro habia fundado por sí mismo la iglesia de Antioquía, capital del Oriente; la iglesia de Alejandría, capital del Egipto, por medio de su discípulo san Marcos; y en fin, con residencia personal de *veinte y cinco años*, la Iglesia de Roma, capital del universo, en donde fijó, por su muerte en ella, el trono de su poder y autoridad universal : por manera que estas tres ilustres iglesias, Roma, Alejandría y Antioquía, fueron como tres rios caudalosos, que, saliendo de la misma fuente y fluyendo al Oriente y al Occidente, se compartian el universo para fecundarlo. A este orígen hacen subir los santos Padres y los concilios la preeminencia de estas tres iglesias y su dignidad patriarcal. « Aunque haya habido

(1) Tenemos el disgusto de no poder conformarnos de modo alguno con esta nueva teoría del abate Darras, que seguramente la habrá sacado de algun autor atrevido, respecto de los cánones apostólicos, respecto de la imaginaria division que de ellos hace, y sobre todo de la libertad que se toma en hacer decir á los *cánones* lo que no dicen. El primado romano no tiene necesidad de defensores temerarios que comprometen la verdad histórica, alterando el sentido obvio y natural de las palabras so pretexto de hacerlas cuadrar á un sistema nuevo que se propone desacreditar los respetabilísimos autores que con tanta gloria de la Iglesia y de la Santa Sede apostólica romana han ilustrado la historia eclesiástica, y comentado tan sabiamente los cánones sagrados. Los cánones apostólicos son una coleccion de 85 cánones segun unos, y de solos 60, ó mas bien 50, segun otros. De ellos han tratado, á mas de los colectores antiguos de cánones, Graciano, el papa san Zeferino en su epístola á los obispos de Sicilia, el papa Leon IX en su epístola al abad Nicetas ó Aniceto, el sexto concilio general, Baronio, Belarmino, el Turriano, Coriolano, Cotelerio, etc., etc.— El concilio de Arles se celebró en 314 contra los Donatistas; se reunieron segun unos 200 obispos, segun otros hasta 600, y se hicieron 23 cánones. — El concilio Ancirano se celebró segun unos en 308, segun otros en el mismo 314, por la cuestion de los *lapsos*, etc., y en él se hicieron 24 cánones. — El concilio Neocesarense se celebró igualmente en el mismo año 314 segun la opinion mas bien fundada, para reforma de la disciplina eclesiástica, y solo se hicieron 14 cánones. — El concilio Gangrense se celebró entre el 325 y 341, posterior de seguro al concilio de Nicea, contra los errores de Eustatio. Todos estos cuatro concilios provinciales han sido aprobados por la Santa Sede (lo que no ha hecho respecto de los cánones apostólicos), y por los concilios generales 6º., etc., etc. Es pues una verdad histórica inconcusa que cada uno de los cinco concilios, el Niceno general y los cuatro provinciales susodichos, han publicado cánones propios y peculiares suyos; y que no puede ni debe confundírseles con la coleccion denominada *Cánones apostólicos*, ni el contenido de estos es el de los cánones de los cinco concilios susodichos.

El concilio Niceno decretó solos veinte cánones de disciplina, segun testimonio del tercer concilio general de Calcedonia, cuyos títulos son : 1. *De eunuchis et de*

» muchos Apóstoles, dice san Gregorio Magno, solo hubo uno » colocado en tres diferentes iglesias, que les haya dado auto- » ridad preponderante sobre las demás sillas. San Pedro ha » levantado al primer rango la silla en que se dignó fijarse, y » en donde terminó su mortal carrera. Él es quien ha ilustrado » la silla á donde envió al Evangelista su discípulo; él quien » estableció la silla de Antioquía, en que solo debia permane- » cer siete años; y así son una sola y una misma silla (1). » Añade san Leon: « Los tres patriarcas están sentados en una » misma y sola sede apostólica; porque todos tres han suce- » dido á la silla de Pedro y á su Iglesia, fundada por Cristo » en la unidad, y á quien ha dado un jefe único para presidir » á las tres sillas principales de las ciudades patriarcales, para » que estas tres sillas, indisolublemente unidas, enlazasen es- » trechamente las demás iglesias con el jefe divinamente insti- » tuido (2). » El sexto cánon niceno arriba citado indica harto

his qui seipsos abscindunt. 2. *De his qui post baptisma statim ad clerum applicantur.* 3. *De subintroductis mulieribus.* 4. *Qualiter episcopi debeant ordinari.* 5. *De excommunicatis, vel laicis.* 6. *De primatibus Episcoporum Metropolitanorum.* 7. *De honore Episcopi Hyerosolimitani.* 8. *De Novatianis.* 9. *De presbyteris sine examinatione constitutis.* 10. *De lapsis clericis ordinatis.* 11. *De his qui sponte lapsi sunt, quomodo debeant pœnitere.* 12. *De excommunicatis à sæculo exeuntibus.* 13. *De cathecumenis.* 14. *De diaconis, ne corpus tradant presbyteris.* 15. *De clericis temere ab Ecclesia recedentibus.* 16. *De presbyteris vel clericis qui ad alias civitates transeunt.* 17. *De clericis non ordinandis sine consensu sui Episcopi.* 18. *De clericis usuras accipientibus.* 19. *De Paulanistis et Cathaphrygis rebaptizandis.* 20. *De flectendo genua.*

El cánon 6 del concilio tenia por objeto fijar con un decreto los derechos de los Patriarcas y Metropolitanos, como se ve por su título mismo: era necesaria para consagrar con una decision terminante la division territorial de las provincias eclesiásticas, y garantizar así la jurisdiccion de los Patriarcas y Metropolitanos. El cánon dice así: « Mos antiquus perduret in Ægypto vel Lybia et Pentapoli, ut Alexandrinus episcopus horum omnium habeat potestatem; quoniam quidem et (*a*) Episcopo Romano parilis mos est. Similiter autem et apud Antiochiam, cæterasque provincias, honor suus unicuique servetur Ecclesiæ. Per omnia enim manifestum est, quod si quis præter voluntatem et conscientiam Metropolitani Episcopi fuerit ordinatus, hunc Concilium magnum et sanctum censuit non debere esse Episcopum... (El Traductor).

(1) Greg. Mag., *Epist. ad Euloy.*, lib. XIII, ep. 4.

(2) *Epist.* S. Leonis, 104, *ad Anatol.*

(*a*) En una edicion antiquísima que presentó en el concilio Tridentino el cardenal Marcelo, en lugar de: « Quoniam quidem et *Episcopo Romano*, » se lee « quoniam quidem et *Metropolitano Episcopo* parilis mos est, » lo que cuadra perfectamente al contexto. Por lo demás, los Padres no se propusieron hacer decreto sobre el primado romano, reconocido ya por todos los ortodoxos desde el principio de la Iglesia. (El Traductor)

claro esta constitucion apostólica de la Iglesia. Meditando bien todas las palabras de él, se ve que este cánon comprende todo junto la decision del concilio y los motivos de esta decision : La Iglesia romana posee el primado sobre todas las demás iglesias. Establece esta decision que el Egipto, la Libia y la Pentápolis estén sometidas al obispo de Alejandría; luego no pueden sustraerse estas provincias á la jurisdiccion de aquella : lo mismo dice respecto del patriarcado de Antioquía. Y en consecuencia declara que el que fuere ordenado sin el consentimiento del metropolitano, esto es, del patriarca, no debe ser obispo. Los Padres de Nicea confirmaron tambien al obispo de Jerusalen ciertos honores de que ya estaba en posesion, mas sin perjuicio de la dignidad del metropolitano, esto es, del patriarca de Antioquía, al cual estaba sometido todo el Oriente, y del obispo de Cesarea, metrópli de la provincia de la Palestina.

26. II. *La autoridad jerárquica de los Patriarcas* está arreglada mas explícitamente en el cánon trigésimo nono de la *Coleccion* (1), que tiene por título: *De la solicitud y del poder del Patriarca sobre los obispos y arzobispos de su patriarcado, y de la primacía del obispo de Roma sobre todos.* « El patriarca, » dice, debe vigilar sobre la conducta de los obispos y arzo- » bispos en sus provincias; y si halla algo que corregir, lo » cambiará y arreglará como lo juzgue á propósito; porque él » es el padre de todos y ellos sus hijos. El arzobispo es entre » los obispos como hermano mayor; el patriarca como padre. » Y así como el patriarca tiene poder sobre los que le están » subordinados, del mismo modo el Pontífice romano tiene » poder sobre todos los patriarcas: él es su príncipe y cabeza » como san Pedro mismo, á quien ha sido dado poder sobre » los príncipes cristianos y sobre sus pueblos, porque es el » vicario de nuestro Señor Jesucristo. El que contradiga esta » doctrina, está excomulgado por el concilio. » Tal es la base,

(1) Ignoramos cuál sea esta *Coleccion* (Recueil), pues no se halla en ningun autor grave. Tal vez sea de *invencion alemana*, como creemos lo sea todo cuanto va diciendo el autor sobre su *Coleccion* de cánones apostólicos. (El Traductor).

la regla fundamental que reconocen todas las cristiandades de Oriente en su jerarquía y en su derecho canónico, y que desde los primeros siglos atribuyen al gran concilio de Nicea (1).

27. III. Lo perteneciente á las ordenaciones de los obipos y sacerdotes ha dado lugar á numerosos cánones en los diversos concilios de Arles y de Nicea. Se prohibe desde luego ordenar dos obispos para la misma ciudad (2). El cánon cuarto del concilio Niceno dice : « El obispo ha de ser ordenado, en » cuanto sea posible, por todos los obispos de su provincia; » mas si esto no puede ser por la gran distancia ó por otro im» pedimento legítimo, haya al menos tres obispos reunidos que » hagan la ordenacion con el sufragio y consentimiento escrito » de los ausentes. El metropolitano de cada provincia ha de » confirmar lo hecho. » Ya se habia dispuesto lo mismo por el concilio de Arles contra algunos obispos que se atribuian el derecho de ordenar á otros obispos de propia autoridad. El cánon 15 niceno prohibe las traslaciones de una silla á otra [el cánon dice que no se salgan de su iglesia] : el 16 hace extensiva la prohibicion á todos los clérigos. « Los clérigos, » dice, que temerariamente, sin temor de Dios, y con menos» precio de los santos cánones, abandonan la iglesia á que » pertenecen, no podrán ser recibidos en ninguna otra. Se les » ha de imponer absoluta obligacion de volver á su diócesis, y » aun serán excomulgados si lo resisten. » El concilio de Ancira dice respecto de esto : « Los que habiendo sido ordenados » obispos no sean recibidos por el pueblo á que están desti» nados, oblígueseles á estar por edicto del juez; mas si qui» sieran apoderarse de otras diócesis para mover sediciones » contra el obispo establecido, serán separados de la comu» nion. Si quieren sentarse entre los presbíteros, como estaban » antes, se les dejará este honor [no serán privados de su dig-

(1) Esto es apócrifo y espurio. Gracias á Dios, el primado romano no tiene necesidad de piezas apócrifas para probar su divina institucion y su jurisdiccion universal. (El Traductor)

(2) Ningun cánon de ambos concilios habla de este particular. (El Traductor.)

» nidad, *non repellantur à propria dignitate*]; mas si fomentan » divisiones y buscan cómo debilitar la autoridad de los obis» pos, serán privados hasta del honor del sacerdocio. » Respecto de los que han de ordenarse, el concilio Niceno, fiel al precepto de san Pablo, excluye formalmente á los neófitos en estos términos : « Ha acontecido muchas veces que por escasez » de sugetos, ó por ceder á la importunidad de ciertas personas, » se ha obrado contra las leyes de la Iglesia, elevando al ho» nor del episcopado ó del sacerdocio á hombres recien salidos » del paganismo, y que habian sido bautizados, habiéndolos » instruido superficialmente y con precipitacion. El concilio » manda que nada semejante se haga en adelante. Es nece» sario tiempo para instruir debidamente á un catecúmeno; y » aun mas para probarlo despues de bautizado. El Apóstol dice » expresamente : No se ordene á un neófito, para que el or» gullo no le haga caer en los lazos del demonio. »

El concilio Niceno excluye además de las órdenes á los que se han mutilado voluntariamente : y fija la edad canónica de la ordenacion á treinta años, por mas digno que sea el sugeto, pues que nuestro Señor Jesucristo no comenzó á enseñar sino á esta edad (1). El concilio de Ancira prohibe á los corepíscopos ordenen presbíteros ni diáconos, y á los sacerdotes de la ciudad les prohibe hacer nada sin permiso escrito del obispo. Los corepíscopos no eran frecuentemente sino presbiteros, á quienes el obispo daba casi toda su autoridad fuera de la ciudad episcopal. El concilio Niceno prohibe tambien á los eclesiásticos prestar con usura bajo pena de excomunion.

28. IV. La práctica del *celibato de los clérigos* era ya tan notoria desde esta época, que escribia Eusebio de Cesarea en su *Demostracion evangélica :* « El estado de continencia es el estado » propio de los que están consagrados al sacerdocio y ocu» pados en el culto divino, de los doctores y predicadores de » la palabra divina, que se esfuerzan en propagar una poste-

(1) El concilio Niceno nada dice respecto de la edad; y lo que aquí se le atribuye es del concilio Neocesarense, cán. II.

» ridad divina y espiritual, y en educar en la santidad no una » familia particular, sino la innumerable muchedumbre de » fieles. » El concilio Eliberitano (cánon 33) manda que los obispos, presbíteros y diáconos que estuviesen casados antes de entrar en el santo ministerio, se separen enteramente de sus esposas. El concilio de Neocesarea manda que si un sacerdote se casa, sea depuesto. El Niceno ataca un abuso que se habia introducido en muchos lugares, respecto de las mujeres que vivian bajo el mismo techo que los clérigos, so pretexto de servirles, llamadas en latin *subintroductæ*. « El concilio ecuménico, dice, ha prohibido que ni obispo, ni presbítero, ni diácono, ni ningun otro clérigo pueda tener mujer » en su casa, sino es la madre, hermana, tia y otras que no » infundan sospecha alguna. » — « Se acostumbra, dice el » P. Tomasino, oponer al celibato de los eclesiásticos la histo» ria del santo obispo Pafnucio, el cual, segun relato de Sócra» tes y de Sozomeno, obligó á los Padres del concilio Niceno » á no hacer cánon para sujetar á los obispos, presbíteros, » diáconos y subdiáconos á la continencia con las mujeres con » quienes se habian casado antes de su ordenacion, pues que » la tradicion antigua solo les prohibia contraer nuevo matri» monio despues de ordenados. Pero ni Sócrates ni Sozomeno » son autores tan irreprensibles que haya de creérseles bajo » su palabra. Puede ser sin embargo que el fondo de la his» toria sea verdadero, y que Sócrates no haya faltado sino en » lo que añade de suyo. Mas cuando él mismo dice que *la » antigua tradicion de la Iglesia* prohibia solamente casarse á » los clérigos superiores, sin privarles empero del uso del ma» trimonio ya contraido, apelamos á Eusebio, á san Epifanio, » á san Jerónimo, los cuales, mas antiguos que él, estaban in» comparablemente mejor instruidos de los usos antiguos de » la Iglesia : su asercion no merece pues crédito alguno. »

29. V. La costumbre de *rebautizar á los herejes* que se volvian al gremio de la Iglesia, subsistia aun en el África, á pesar de las decisiones contrarias de los soberanos Pontífices y de varios concilios. El concilio de Arles prescribió esta re-

gla : « Si volviere algun hereje al gremio de la Iglesia, pre-
» gúntesele el Símbolo. Si se ve que ha sido bautizado en el
» nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, se le
» impondrán las manos solamente para que reciba el Espíritu
» Santo. Si no responde segun la fe ortodoxa á las preguntas
» que le sean hechas sobre el misterio de la Trinidad, bautí-
» cesele. » — Como el pretexto del cisma de los Donatistas era acusar á los católicos de culpable indulgencia acerca de los traditores, manda el concilio que los que sean reos de haber entregado las Escrituras ó vasos sagrados sean depuestos, con tal empero que se hallen convictos por actos públicos, mas no por simple delacion. — El octavo concilio Niceno trata de los cismáticos novacianos en estos términos : « Si vuelven
» á la Iglesia católica, juzga el concilio ecuménico que, reci-
» bida la imposicion de manos, deben permanecer en el clero ;
» pero estarán obligados á declarar por escrito que aprueban
» y están prontos á seguir todas las decisiones de la Iglesia
» católica. En las poblaciones donde no habrá otros clérigos,
» guarden el rango de su órden sagrado : mas los que se
» vayan á una poblacion donde haya un obispo católico, ó sa-
» cerdote católico, es claro que tendrá la dignidad episcopal
» el obispo de la Iglesia católica : el obispo novaciano volverá
» á ocupar su rango de presbítero, á menos que el obispo cató-
» lico no consienta en dejarle el título y honra episcopal. De
» otro modo, se le encargará un puesto católico de corepís-
» copo, para que no haya dos obispos en la misma ciudad. »
— Como en Oriente se acababa de salir, por decirlo así, de la persecucion de Licinio, hubo en el concilio Niceno muchos cánones tocante á la reconciliacion de los *lapsos*. En general, las penitencias eran mucho menos largas y rigorosas que las impuestas en el concilio de Elvira : lo que prueba que no habia reglas fijas acerca del particular. Aun mas, se deja á los obispos amplia facultad de usar de indulgencia segun el fervor de los penitentes. Fleury acostumbra decir, en estas ocasiones, que se iba relajando ya el rigor de la antigua disciplina ; pero lo cierto es, como lo prueba el P. Morino con hechos histó-

ricos, que durante los tres primeros siglos la disciplina penitencial era mucho menos severa que en los siglos siguientes. — Debemos hacer mencion de dos cánones notables. El tercero del concilio de Arles excomulga á los soldados que durante la guerra, ó en el campo de batalla, arrojan sus armas y desiertan. El duodécimo de Nicea condena á los que habiendo dejado el estado militar para hacer penitencia, lo vuelven á tomar en seguida. Esta regla que prohibe volver á la milicia secular despues del cumplimiento de la penitencia pública, fué despues interpretada y aplicada en este sentido por los santos papas Sirico, Inocencio y Leon, é invocada además en el siglo doce (1).

30. VI. Hasta este tiempo permitia la ley romana el matrimonio *entre cuñados :* el concilio de Elvira comenzó á prohibirlo en su cánon 61, y condenaba á los transgresores con cinco años de penitencia despues de su separacion : aun es mas rígido el concilio de Neocesarea; porque decide en su cánon segundo que la mujer que se hubiere casado con su cuñado fuese privada de comunion hasta la muerte ; que se la podria reconciliar sin embargo en el fin de la vida si prometia romper esta union en caso de sanar. Esta ley de la Iglesia pasó á serlo en el derecho civil (Cód. Teodos., lib. III, tít. XII). — Las leyes romanas autorizaban el divorcio y el matrimonio subsecuente : el concilio de Arles, cánon décimo, hace presente á los maridos cristianos que sorprendan á sus mujeres en adulterio, que les está prohibido volverse á casar con otras viviendo su esposa anterior. Con el tiempo la jurisprudencia civil adoptó igualmente esta regla de la Iglesia. — El concilio de Arles manda tambien que las cristianas que se casaren con paganos estén separadas de la comunion durante algun tiempo. El de Neo-

(1) El 3er. cánon de Arles habla del soldado que desierta en tiempo de paz; no lo excomulga, sino que le manda abstenerse de la comunion. El cánon 12 niceno habla de los excomulgados moribundos; nada de soldados. Solo en el cánon 11 se habla de los que, despues de convertidos, se vuelven al estado militar por ambicion, etc., cosa que reprueba altamente el concilio. Es inconcebible el descuido del autor en el análisis que hace de los concilios. (El Traductor).

cesarea ordena cierto tiempo de penitencia pública á los que pasan á segundas nupcias; y por esto estaba prohibido á los sacerdotes asistir á las segundas bodas, aunque estuviesen permitidas por indulgencia.

31. El concilio quiso cerrar sus sesiones con una epístola colectiva dirigida por todos los obispos á la iglesia y fieles de Alejandría participándoles el anatema fulminado contra Arrio, y el destierro con que le condenaba el emperador. « Regocijaos, decian los Padres, de la paz y union establecidas en la » Iglesia y de la extirpacion de todas las herejías. Recibid con » respeto y amor á nuestro cólega, vuestro piadoso obispo Alejandro, que nos ha consolado con su presencia, y que en edad » tan avanzada ha sobrellevado tantas fatigas y trabajos por » proporcionaros las dulzuras de la paz. Rogad tambien por » nosotros para que las reglas que hemos dado, se corroboren » y mantengan estables por nuestro Señor Jesucristo, y que » todas cedan, como nos prometemos, en mayor honra y gloria » de Dios Padre en el Espíritu Santo, á quien sean tributadas » alabanzas por los siglos de los siglos. Amen. »

En la época misma en que concluia el concilio, comenzaba el año vigésimo del reinado de Constantino. Teniendo costumbre los emperadores de celebrar el año quinto, décimo, quince y veinte de su reinado, hubo en esta ocasion una gran solemnidad en todo el imperio. Eusebio de Cesarea pronunció en presencia de Constantino un panegírico en alabanza suya. Todos los obispos presentes en Nicea fueron convidados á un convite magnífico en lo interior del palacio; y estos ilustres confesores de la fe recibian á su paso los honores militares de aquellas mismas guardias pretorianas cuyas armas habian estado asestadas contra ellos durante tanto tiempo. El príncipe les acogió con respetuosa veneracion, y mostraba particular afecto á san Pafnucio, cuyas gloriosas cicatrices besaba con piedad. Antes de despedirse de ellos los juntó á todos, y, para contestar á las peticiones de algunos prelados arrianos que le suplicaban volviese á mediar todavía en la causa juzgada ya por el concilio, les dijo: « Dios os ha hecho pontífices suyos, y

» os ha dado potestad de juzgar á nuestros pueblos y á nos-» otros mismos : es pues justo que nos sometamos á vuestras » sentencias, y que no intentemos reformarlas. Dios os ha » puesto para ser como nuestros dioses, ¿y cómo es posible que » hombres como nosotros juzguen á dioses? Poned pues todas » vuestras dudas ó desavenencias en manos de aquel que es el » Juez y el Dios de los dioses; ó mas bien acallemos todas nues-» tras quejas. Imitemos á la divina bondad perdonándonos unos » á otros, y unámonos todos con fraternal amor para aplicar en » paz y union de corazones las verdades de la fe por cuya de-» claracion nos hemos juntado aquí. » Y terminó encomendándose á sus oraciones. Finalmente despues de haberles hecho algunos presentes en proporcion de su dignidad, les remitió cartas para los gobernadores de las provincias con órden de entregar cada año y en cada iglesia cierta medida de trigo á las vírgenes, viudas y clérigos, y les dió medios con que cada cual se volviese á su diócesis respectiva.

32. La situacion de los obispos que hasta entonces se habian mostrado favorables al arrianismo era harto embarazosa. Eusebio de Cesarea buscó cómo explicar su conducta á su pueblo en una pastoral que mandó circular en su obispado antes de regresar á él, y en la cual habla de su sumision al decreto sobre la voz *consustancial :* hace recaer toda la honra en Constantino mas bien como cortesano que como obispo. Respecto de Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, ganaron á precio de oro al bibliotecario de los archivos imperiales, á cuya custodia estaban las actas del concilio de Nicea, y borraron sus suscripciones; y volvieron á enseñar públicamente que el Hijo no es *consustancial* al Padre. En cierto dia que el emperador reprendia por esto á Eusebio de Nicomedia, dijo : « Si se rasgase mi manto episcopal, jamás diria yo que » las dos partes fueron de la misma sustancia, aunque se en-» contrasen semejantes. » Acogian abiertamente á los Arrianos, y les trataban como víctimas injustamente perseguidas, admitiéndolos á la comunion. Esta conducta escandalosa obligó al patriarca san Alejandro á reunir contra ellos un concilio en

Alejandría : Eusebio y Teognis fueron depuestos, y se les nombró sucesores á Amfion en Nicomedia, y á Crestus en Nicea : el emperador confinó á los dos prelados herejes á las Galias, tres meses despues del concilio de Nicea; y estuvieron desterrados tres años.

33. Es de creer que si no se hubiera separado Constantino de la firmeza y celo que desplegó en esta ocasion, el negocio del arrianismo hubiese acabado para siempre; ¡y de cuántos males no se habria librado á la Iglesia! Pero este príncipe, dotado de tantas y tan eminentes cualidades, era por otra parte de un carácter inconstante que le impedia ser consiguiente en la prosecucion de las mas justas medidas, y que dejaba volver á tratar de nuevo las cosas mas terminantemente definidas y concluidas; de lo cual tendremos sobradas ocasiones de deplorar las mas fatales consecuencias. Los dos años 326 y 327 fueron para la Iglesia años de bendicion y de paz : el arrianismo abatido no osaba respirar.

Los paganos se convertian en gran número á la religion cristiana : unos por conviccion profunda de la vanidad de los ídolos y del culto idolátrico, ó bien por los ejemplos de virtud y santidad que veian en la vida monástica; otros, y es preciso confesarlo, por motivos menos puros y menos desinteresados, tal vez por conformarse á la voluntad del emperador. Se vieron ciudades y poblaciones enteras abrazar de comun acuerdo la fe de Jesucristo, derrocar ellas mismas sus templos é ídolos, y levantar iglesias. Los habitantes de Majuma, el antiguo puerto de Gaza en Palestina, se hicieron todos cristianos. El emperador, para recompensar esta piedad, elevó esta poblacion á la clase de ciudad romana, y la llamó Constancia, del nombre de su amada hermana y de su propio hijo Constancio. Por igual motivo otorgó la misma gracia á una aldea de la Fenicia, á la que llamó Constantina, y á la de Drépana en la Bitinia, á la que otorgó exencion de contribuciones, en honor del santo mártir, Luciano de Antioquía, cuyas reliquias se conservaban allí. Mudó el nombre de Drépana, y la llamó Helenópolis, del nombre de la emperatriz Helena, su

madre. Brillaba su munificencia imperial especialmente en el gran número de iglesias que hacia construir á sus expensas, y en las riquezas con que las dotaba. Por no hablar sino de Roma, se cuentan hasta ocho basílicas ó iglesias fabricadas por órden suya bajo la direccion del papa san Silvestre : 1°. la *basílica de Equicio*, hoy *San Estéban del Monte;* 2°. la *basílica Constantiniana ó iglesia del Salvador* en el palacio de la emperatriz Fausta, llamado *palacio de Letran*, donde ya se habia reunido el concilio contra los Donatistas. Se colocó allí un bautisterio, adornado, segun uso general de entonces, de una estatua de san Juan Bautista. Esta circunstancia ha hecho llamar mas comunmente esta iglesia bajo el nombre de *San Juan de Letran:* es la iglesia principal de Roma, en la cual y sus edificios contiguos han residido los papas durante muchos siglos; 3°. la *basílica de San Pedro,* en el Vaticano, sobre la planta de un templo de Apolo, para honrar el sitio del martirio y la sepultura del príncipe de los Apóstoles; 4°. la *basílica de San Pablo,* en el lugar mismo de su martirio ; 5°. la de santa Inés á ruegos de las dos Constancias, hermana é hija de Constantino, que fueron bautizadas allí por san Silvestre; 6°. la de *San Lorenzo, extra muros,* en el camino ó *via Tiburitana,* donde fué sepultado este mártir ; 7°. la de los mártires *san Marcelino y san Pedro*, en el sitio llamado *Inter duas lauros*, en donde fué enterrada la emperatriz santa Helena ; 8°. la de la *Santa Cruz,* en la casa de Sesorio, que se llama hoy *Santa Cruz de Jerusalen*, por un trocito de la Vera Cruz que hizo depositar allí Constantino. Dió á estas ocho iglesias de Roma en casas, tierras y rentas, no solo en Italia, sino en Sicilia, África, Grecia, Egipto y Oriente, 27,729 sueldos de oro de renta anual, que forman aproximativamente en moneda española dos millones y doscientos mil reales vellon. — No van comprendidos en esta suma los vasos de oro y plata para servicio y esplendor del culto, cuyo largo y numerosísimo detalle nos ha conservado Anastasio el Bibliotecario. Lo que nos enseñan de mas notable los antiguos títulos y documentos sobre estas donaciones, es que el emperador asignó la isla de Cerdeña, así

como otras dos islas del mar Tirreno, con todas sus pertenencias y rentas, á la iglesia de *San Marcelino y de San Pedro de Roma*. No quedaban olvidadas las demás ciudades del imperio. La iglesia que se fabricó en Antioquía era tan rica, que se la llamaba *iglesia de oro*. Constantino empleó en la dotacion y construccion de estas iglesias las inmensas rentas de los templos de los ídolos que habia demolido, y las de los juegos profanos que abolió.

34. Dios recompensó los piadosos trabajos de Constantino con una descubierta infinitamente preciosa, la de la Verdadera Cruz, cuyas circunstancias vamos á referir. La emperatriz santa Helena, su madre, de edad de mas de ochenta años, habia emprendido la peregrinacion á los santos Lugares. Llegada á Jerusalen, hizo desde luego derruir el templo é ídolo de Venus, que desde el tiempo de Adriano profanaban el lugar donde se habia consumado el augusto misterio de nuestra redencion. Se fueron quitando los escombros y la muchísima tierra que se habia traido allí para la nivelacion del terreno para el templo, y ahondando y cavando se descubrieron tres cruces enterradas allí muy profundamente. No se sabia cuál de ellas seria la del Salvador : el obispo de Jerusalen, Macario, despues de haber orado mucho al Señor, las hizo llevar todas tres á la casa de una mujer, enferma de mucho tiempo habia de una enfermedad incurable (1). Fué tocada la mujer sucesivamente por las tres cruces ; y solo al tocar la tercera se halló instantánea, milagrosa y completamente curada. Esta milagrosa invencion fué un acontecimiento que llenó de júbilo al mundo entero. Al lado de las cruces, pero separadamente, se habia hallado el título que los Judíos habian clavado á lo alto de la cruz del Salvador, y los clavos con que se habian taladrado sus sagradas manos y piés. Santa Helena los envió al emperador con parte considerable de la cruz, dejando

(1) Parece mas natural que la mujer enferma fuese llevada al sitio donde estaban las tres cruces, que no el llevar las tres cruces á casa de la mujer, pues que una de ellas habia de ser la del Salvador, segun lo mostraba el título que se halló separadamente. (El Traductor.)

la otra en Jerusalen bajo la custodia del obispo. En el siglo siguiente se exponia á la veneracion de los fieles una vez al año, el dia de Viernes santo; y de aquí proviene sin duda la piadosa ceremonia de la adoracion de la Cruz en semejante dia en todas las iglesias del universo : Constantino hizo poner una parte de estos clavos sagrados en su casco, y otra en la brida de su caballo, para servirle de salvaguardia en los combates. La parte de cruz que se le habia enviado por su madre fué depositada en Roma en la basílica de la Santa Cruz, con el título que se puso en lo alto de una bóveda, donde fué vuelto á hallar en 1492, encerrado en una caja de plomo : la inscripcion hebrea, griega y latina está hecha con letras encarnadas en madera pintada de blanco. Santa Helena no sobrevivió á su viaje á la Palestina; porque murió en Roma el año 327 en los brazos de su hijo, que le hizo exequias dignas de su alto rango. La Iglesia honra su memoria el 17 de agosto.

35. Mas allá de los límites del imperio romano, no eran menos señalados los progresos del cristianismo. Una embajada de Sapor, rey de Persia, á Constantino, en 326, le hacia saber que la Persia y el país de los Seres (tal vez la China), que le estaba tributario, contaban en su seno numerosas iglesias, y que se reunian los pueblos á millares en el rebaño de Cristo. Constantino experimentó un gozo inefable; y envió á Sapor embajadores con presentes superiores á los que habia recibido. « He » abrazado, le escribia, la fe y el culto del Dios santísimo. Por » su auxilio, saliendo yo de las extremidades del Occidente, » he librado toda la tierra de los tiranos que la oprimian. Mi » ejército, consagrado á él, lleva su estandarte en señal de vic» toria : juzgad pues del júbilo que ha debido causarnos el sa» ber que las principales ciudades de la Persia tienen la dicha » de poseer iglesias cristianas. Es gran felicidad para vuestro » imperio, y yo las encomiendo á vuestra benevolencia. Prote» giéndolas, os daréis mucha gloria, y á nos una gracia infi» nita. » En dicha época tambien, los Iberos, pueblo bárbaro, acampado en las cercanías del Ponto Euxino, convertidos por los ejemplos y milagros de una pobre cautiva cristiana, en-

viaban á pedir á Constantino obispos para instruirles en la fe. Los habitantes de las grandes Indias abrazaron tambien la religion de Cristo por el celo y cuidados de Frumencio, niño cristiano, arrojado á sus playas agrestes, y que mas tarde ordenado obispo, estableció en sus países iglesias, y edificó templos al verdadero Dios.

36. Sin embargo, un acontecimiento, que habia de mudar los destinos del mundo, se verificaba en este mismo año de 327. Roma habia venido á ser ya como ciudad extranjera para sus dueños. Galerio solo habia visto sus murallas, y jamás entró en ella. Diocleciano le preferia Nicomedia. Constantino, nacido en la antigua Mesia, educado en la corte de Nicomedia, proclamado emperador en la Gran Bretaña, no tenia por Roma simpatía alguna. Ya antes Julio César habia formado el proyecto de reedificar á Troya, de donde pretendian sacar su orígen los Romanos, y trasportar allí el cetro del imperio. Constantino volvió á tomar este plan modificándolo, y puso la nueva capital del mundo en Bizancio. Esta situacion era incomparable. Fundada como Roma sobre siete colinas, pero bajo un clima sano y templado, en una comarca naturalmente fértil; apoyada en dos mares, la Propóntide y el Ponto Euxino, Bizancio domina á la vez las orillas de Europa y de Asia. El canal del Bósforo, que separa ambos continentes, le forma un puerto vasto y seguro, y los navíos de ambos mundos llevan á sus plantas las riquezas del universo. Constantino fundó allí una nueva ciudad que de su nombre la llamó *Constantinópolis*. Declaró « que si emprendia trabajo tan gigantesco, era por órden » de Dios. » Contaba que estando dormido al pié de los muros de Bizancio, habia visto en sueños una mujer abrumada de años y de achaques cambiarse en una jóven lozana, brillante por su fuerza y gracias, que le parecia revestirse de los ornamentos imperiales. Constantino, interpretando este sueño, obedeció á lo que creyó un aviso del cielo; armado con una lanza, condujo él mismo á los albañiles que iban trazando el recinto de la ciudad. Se le hizo observar que era ya inmenso el espacio que se habia recorrido. « Yo voy siguiendo, dijo, al guia

» invisible que marcha delante de mí, y no me detendré sino » cuando se detenga él. » La naciente ciudad se embelleció con los despojos de la Grecia y del Asia; se trasportaron allí los ídolos de los dioses muertos y las estatuas de los hombres grandes. La antigua metrópoli pagó sobre todo gran tributo á su rival, lo que obliga á decir á san Jerónimo que Constantinopla se habia adornado con la desnudez de las otras ciudades. Las familias senatorias y ecuestres fueron llamadas de las orillas del Tíber á las del Bósforo, para encontrar allí palacios semejantes á los que abandonaban. Constantino edificó la iglesia de los Apóstoles, que solo veinte años despues de su dedicación amenazaba arruinarse, y Constancio construyó sobre la planta de la basílica derruida la basílica de Santa Sofía, dedicada á la sabiduría eterna, mas célebre por su fama que por su belleza. — Hay juicios que los historiadores repiten sin cesar, pero sin exámen. Se ha dicho muchas veces que Constantino habia acelerado la caida del poder de los Césares, destruyendo la unidad de su trono : pero al contrario, la fundacion de Constantinopla ha prolongado hasta los tiempos modernos el poder romano. Si Roma hubiera quedado la sola metrópoli, no se habria defendido mejor : el imperio se hubiera desmoronado con ella cuando sucumbió bajo Alarico, si la nueva capital no hubiese formado segunda cabeza á este imperio, cabeza que no ha sido subyugada sino mil años mas tarde que la primera por la espada de Mahomet II. Mas lo que fué favorable á la duracion del poder temporal, tal como lo creó Constantino, fué contrario y aun funesto al poder espiritual de la Iglesia, de quien se habia declarado protector. Fijados en el Oriente bajo la influencia de la gravedad latina y el buen sentido de las razas germánicas, los emperadores no hubieran entrado en las sutilezas del espíritu griego; y habrian destrozado la Iglesia menos herejías. Constantinopla nació cristiana, y no tuvo que renegar, como Roma, de un culto antiguo; pero desfiguró el altar que le habia dado Constantino (1).

(1) CHATEAUBRIAND, *Estud. histór.*, p. 226.

Constantino proveyó á todas las necesidades de las iglesias de la nueva ciudad; y encargó á Eusebio de Cesarea hacer ejecutar por los mejores copistas cincuenta ejemplares de la sagrada Escritura, legibles y portátiles, de letra neta, limpia y correcta, para distribuirlos á cada una de las iglesias de Constantinopla.

37. Terminó su gloriosa carrera en el año anterior (326) uno de los prelados mas celosos por la fe de la Iglesia. San Alejandro, patriarca de Alejandría, habia acabado en paz sus dias con la gloria de haber contribuido mas que ningun otro á la conclusion de la gran contienda del arrianismo, por medio del concilio ecuménico de Nicea. Dejó la silla patriarcal á san Atanasio, quien heredó su celo, virtudes, energía y actividad. No tardaron en presentársele ocasiones de ejercitar estas eminentes cualidades. La princesa Constancia, hermana de Constantino, habia tenido siempre cierto apego secreto y veneracion por Eusebio de Nicomedia, y aun por el arrianismo. Al morir recomendó á la benevolencia de Constantino un sacerdote arriano, en quien tenia ella la mayor confianza. El emperador se dejó persuadir por ese sacerdote, que el concilio Niceno habia condenado al heresiarca sin conocer sus verdaderos sentimientos: Constantino llamó, pues, á Arrio, que le presentó una profesion de fe vaga y equívoca, donde eludia el término de *consustancial,* y solamente decia que el Verbo ha sido *producido* ó *creado* por el Padre antes de todos los siglos. Contentóse el emperador con esta declaracion capciosa, y le fué alzado el destierro á Arrio: lastimosa inconsecuencia, que volvia á poner en cuestion todo cuanto habia sido decidido en Nicea, y volvia á abrir la puerta á disputas interminables. Despues del llamamiento de Arrio, no era dado rehusar la misma indulgencia á Eusebio de Nicomedia y á Teognis de Nicea; y en efecto, fueron llamados en el año 328. Volvieron ambos obispos á sus iglesias y arrojaron á los que estaban ordenados en lugar suyo; y con ellos volvió tambien á introducirse el espíritu de intriga. Eusebio de Nicomedia estaba mas particularmente encarnizado contra san Eustatio, patriarca de Antioquía, que no cesaba de combatir contra la herejía arriana en escritos llenos

de erudicion y elocuencia. Un conciliábulo formado de obispos arrianos, convocados por Eusebio de Nicomedia en la misma ciudad de Antioquía, depuso á san Eustatio. El pretexto de esta condenacion fué una odiosa calumnia. Eusebio de Nicomedia compró á precio de oro el testimonio de una persona vil y baja que vino, en presencia de los obispos, á acusar al santo patriarca de un crímen abominable. La vil mujerzuela llevaba en sus brazos un niño que decia ser fruto de sus relaciones con san Eustatio ; y afirmó su dicho con juramento. Es verdad que mas tarde, atormentada de remordimientos y espantada de la cercanía de los juicios de Dios, declaró en su lecho de muerte á los obispos reunidos, que la habia sobornado Eusebio de Nicomedia para hacer aquel indigno papel en la escena del concilio ; que por otra parte el juramento no era enteramente falso, pues que el niño que ella mostraba era hijo de un artesano de metales, llamado, como el patriarca, Eustatio, con quien habia vivido amancebada. Sin embargo, con tales y tan pérfidas maquinaciones fué depuesto san Eustatio, y Constantino tuvo la debilidad de enviarlo á un destierro. Se le dió por sucesor un obispo arriano, Paulino de Tiro, que murió muy luego, y fué sucesivamente reemplazado por Eulalio, Eufronio y Flaccilo, que se mantuvieron muy poco tiempo en esta silla usurpada. Entretanto los católicos de la ciudad tenian sus juntas y reuniones aparte, y no comunicaban con los mercenarios que se les enviaba bajo el falso título de pastores.

38. La mayor resistencia á los manejos arrianos tenia que venir naturalmente de Alejandría, donde se hallaba ya de patriarca el gran Atanasio. Arrio habia intentado regresar á esta ciudad, mas el patriarca se lo rehusó terminantemente. Escribió entonces Eusebio de Nicomedia á san Atanasio una carta en que se vanagloriaba de su favor cerca de Constantino, y le intimaba que recibiese á Arrio, so pena de incurrir en desgracia del emperador. Atanasio respondió que ninguna amenaza ni consideracion humana le harian faltar en lo mas mínimo á las decisiones del concilio Niceno. Los Eusebianos, desesperando vencer este carácter tan enérgico, se ligaron

con los Melecianos, y acusaron al santo de fomentar y mantener la discordia en toda el África por sus injustas denegaciones á dar la comunion. El emperador escribió entonces al patriarca estas líneas, que sentimos hayan sido dictadas por Constantino : « Estando informado de mi voluntad, dejad libre » la entrada de la Iglesia á los que quieran venir á ella; » porque si llego á saber que lo rehusais á alguno, daré inme- » diatamente órdenes para haceros deponer y desterraros. » San Atanasio respondió con modesta serenidad que no le era posible obedecer en este punto ; que no podia tener nada comun con la Iglesia católica una herejía que atacaba á la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Los Eusebianos recurrieron entonces á una calumnia cuyo efecto creian irresistible en el ánimo del emperador. Le acusaron jurídicamente de haber entrado en una conspiracion contra la vida de Constantino, y al efecto de haber enviado una arca de oro á *Philumenos*, jefe de los conjurados. Atanasio fué en persona á verse con el emperador, le convenció fácilmente de estar inocente, y volvió colmado de elogios y de presentes de este príncipe, naturalmente bueno pero débil. Entretanto, supo san Antonio en su desierto la guerra que promovian los Arrianos en Alejandría y las persecuciones que excitaban contra el santo patriarca, su discípulo y amigo : bajó de sus montañas á Alejandría para protestar en persona, con la autoridad de su presencia, de su palabra y milagros, contra la impiedad de los herejes. El pueblo se agolpaba á sus pasos : algunos de sus discípulos querian separar la muchedumbre para sustraerlo á sus importunidades : « Dejadlos, decia el Santo, no son mas nume- » rosos que los demonios, con quienes combatimos cotidiana- » mente en nuestros desiertos. » Enseñaba san Antonio á las masas que le rodeaban, qué el Verbo no es una criatura, que es eterno y consustancial al Padre. « No comuniqueis con los » Arrianos : vosotros sois cristianos; mas ellos dicen que el » Hijo de Dios es una pura criatura; no se diferencian pues de » los paganos, pues que adoran una criatura en lugar del » Criador. » Terminada la mision y objeto de su venida, que

solo verificaba por su celo por la gloria de Dios, se volvió á su soledad, llevando consigo la admiracion de todos cuantos quedaron edificados por sus virtudes.

39. Aun no habian agotado los Arrianos sus acusaciones contra san Atanasio. Las que iban imaginando sobrepujaban á cuanto es dable esperar aun de hombres sin conciencia. La enormidad de las calumnias que esparcian por sus afiliados, era mas que suficiente para hacer dudar de su buena fe : pero el emperador Constantino no parecia ser ya el héroe que en su juventud habia sabido salvarse de los lazos con que intentaban atraerlo la corte de Diocleciano y los manejos de Galerio; el jóven héroe cuyo ingenio superior habia triunfado de Maxencio y Licinio. Nada hay mas diferente de la primera parte de su vida, que esta segunda. Habia descubierto ya cien veces la falsedad de las acusaciones de Eusebio de Nicomedia contra san Atanasio; y sin embargo cada nueva insinuacion de este prelado cortesano hallaba fácil cabida para seducirlo. Formó pues en Antioquía una comision, compuesta del censor Dalmacio, su tio, de Eusebio de Nicomedia, de Teognis de Nicea, y de algunos otros obispos arrianos, á quienes encargó examinar la conducta del santo patriarca. Escribió á san Atanasio intimándole viniese á disculparse en presencia de este tribunal de los delitos que se le imputaban. San Atanasio recusó la comision, como compuesta exclusivamente de enemigos personales suyos. Constantino indicó entonces un concilio en Cesarea para el año 331. Los Arrianos habian elegido esta ciudad porque contaban con Eusebio, obispo de ella, y uno de sus fautores principales. San Atanasio se negó tambien á ir allí, y escribió al emperador para motivar su negativa, sobrado justificada por el cuidado de ambos Eusebios en no reunir en Cesarea sino obispos de su partido. El obispo de Nicomedia veia en esta conducta del santo patriarca un buen pretexto para acusarle ante el emperador de terquedad, de desobediencia y de rebeldía abierta á las leyes del imperio. Sus reiteradas denegaciones prueban mejor que nada, decia, su culpabilidad. Constantino, enfadado, mudó el

lugar del concilio, decretó que se reuniria en Tiro el año 335, y dijo á san Atanasio que si rehusaba ir al concilio, irian á apoderarse de su persona aun hasta en la silla patriarcal soldados de su guardia imperial. — Se mandó hacer preparativos solemnes para esta asamblea. El conde Flavio Dionisio, antes procónsul en la Fenicia, fué enviado con tropas no tanto para mantener el órden, cuanto para apoyar el partido de Eusebio de Nicomedia é influir sobre la decision de los Padres. Los obispos se reunieron en gran número del Egipto, de la Libia, del Asia y Bitinia, de todas partes del Oriente, de la Macedonia y de la Panonia. Formaban los Arrianos la inmensa mayoría; y los mas afamados de entre ellos eran los dos Eusebios de Nicomedia y de Cesarea, Flaccilo, intruso de Antioquía, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, Narciso de Neroniada, Teodoro de Heraclea, Patrófilo de Scitópolis, Macedonio de Mopsuesta, Jorge de Laodicea, Ursacio de Singidon y Valente de Mursa, dos ciudades de Panonia. Entre los obispos católicos se notaba san Máximo de Jerusalen, á quien en la persecucion de Maximino habian arrancado el ojo derecho, y quemado uno de los jarretes, Marcelo de Ancira, Alejandro de Tesalónica, Asclepas de Gaza, y los dos ilustres obispos de la alta Tebáida, san Potamon y san Pafnucio. Cuando el ilustre y valeroso patriarca de Alejandría, san Atanasio, se presentó en el salon de las sesiones, se le hizo quedar de pié como un acusado ante sus jueces. Esta accion injuriosa exasperó tanto á san Potamon, que derramaba lágrimas, y dirigiéndose á Eusebio de Cesarea con ademan imponente y respetable: « ¡Cómo! Eusebio, os sentais para acusar y juzgar » á Atanasio, que es la virtud en persona! ¿Cómo es posible » sufrirlo? Respondedme: ¿no estábamos, vos y yo, en los calabozos durante la persecucion? Mas yo perdí un ojo, y yo » os veo sano y sin lesion alguna: ¿cómo salísteis pues tan » bien librado? ¿es que no hicísteis nada contra vuestra propia » conciencia? » A esta tan inesperada como terrible interpelacion, Eusebio, turbado y enmudecido, se levantó y se salió de la asamblea: la posteridad espera aun su respuesta y su justi-

ficacion. San Pafnucio, dirigiéndose èntonces á Máximo de Jerusalen, atravèsó la asamblea, le tomó de la mano y dijo : « Nosotros hemos tambien padècido juntos por el nombre de » Cristo ; vos llevais como yo su señal : venid pues, porque no » puedo veros sentado en una asamblea de malvados. » Tomándolo pues aparte, le participó la trama urdida contra san Atanasio y le convenció plenamente de la inocencia del patriarca. Los obispos del Egipto presentaron al propio tiempo una protesta en la cual recusaban por jueces de su arzobispo á los que se habian declarado tan abiertamente por enemigos suyos personales, y especialmente á los dos Eusebios, á Narciso, Flaccilo, Teognis, Maris, Teodoro, Patrófilo, Macedonio, Jorge, Ursacio y Valente. Echaban en rostro á Eusebio de Cesarea su apostasía, y á Jorge de Laodicea de haber sido depuesto jurídicamente por el patriarca san Alejandro. Nada tan bien fundado en derecho como esta protesta, pero no se hizo caso de ella; y se pasó al exámen de estas terribles acusaciones que circulaban misteriosamente entre la gente arriana, desde cinco años hacia, contra san Atanasio. Se le acusaba 1°. de haber sido ordenado clandestinamente por cinco ó seis obispos, contra el voto y á pesar de la reprobacion universal del clero y fieles de Alejandría; 2°. de haber ultrajado una vírgen consagrada al Señor; 3°. de haber asesinado á Arsenio, obispo de Hipsela en Egipto, y de haber guardado su mano derecha, disecada, para uso de operaciones mágicas; 4°. de haber roto el cáliz, echado á tierra el altar y hollado con sus piés los sagrados misterios durante una visita pastoral en una aldea de la Mareótide. La gravedad de las acusaciones contra Atanasio era pues extrema. — Respecto de la primera, relativa á la ordenacion clandestina de Atanasio, los obispos del Egipto respondieron relatando los hechos como testigos oculares. Despues de muerto san Alejandro en 326, los obispos de la provincia, habiéndose reunido para darle un sucesor, la muchedumbre de los fieles exclamó toda á una voz que pedian todos á Atanasio por pastor. Se le anduvo buscando vanamente en la asamblea, pues que se habia huido al desierto

para librarse de la carga del episcopado. Traido por fuerza el 27 de diciembre de 326, habia sido ordenado patriarca de Alejandría, con el consentimiento de todos los obispos, cuya mayor parte asistió personalmente á su consagracion, á vista de toda la ciudad y de toda la provincia. Esta exposicion histórica pulverizaba la acusacion; y se pasó al segundo cargo. Presentóse en medio de la asamblea una jóven, bañados los ojos de lágrimas y exclamando que ella era desventurada por siempre jamás, porque el obispo Atanasio, abusando de la hospitalidad que le habia dado y sin respetar el voto de virginidad que habia hecho á Dios, la habia ultrajado infamemente. La infeliz no habia visto nunca la cara de san Atanasio, pues que no le conocia personalmente. San Atanasio se habia puesto de acuerdo con uno de sus sacerdotes llamado Timoteo, el cual tomando la palabra y volviéndose hácia la mujer, le dijo: ¡Cómo! «¿vos intentais hacer creer que yo me he alojado » en vuestra casa y que os he deshonrado? » «Sí, sí, replicó » ella; vos mismo, vos mismo sois quien me habeis hecho este » ultraje; » y fué ella contando las circunstancias del tiempo y lugar con los mayores detalles. La mayor parte de los asistentes no pudieron menos de echarse á reir, al ver una acusacion tan mal concertada y tan hábilmente refutada. San Atanasio pidió que se arrestase á esta mujer para descubrir los autores de la calumnia; pero los Eusebianos la echaron muy pronto fuera de la asamblea, y no consintieron en llevar mas adelante un negocio que tenian interés en sofocar enteramente. Atumultuándose, exclamaron que habia crímenes mas importantes que examinar, y que no se justificaria Atanasio con ingeniosas sutilezas, que bastaba tener ojos para quedar convencido. Abrieron entonces una caja preciosamente sellada que contenia la mano de un hombre, disecada. « Atanasio, dijeron, ¡hé ahí vuestro acusador! Hé ahí la mano » derecha de Arsenio, el obispo de Hipsela: á vos os toca » decirnos cómo y porqué la habeis cortado. » Se levantó en la asamblea un rumor de indignacion; mas cuando se restableció el silencio, san Atanasio preguntó si alguno de los obispos

presentes conocia personalmente á Arsenio. Muchos se levantaron diciendo que le habian conocido particularmente. Entonces hizo señas Atanasio á uno de sus sacerdotes, que muy pronto volvió acompañado de un hombre al cual presentó el patriarca á la asamblea : « ¿Ese es acaso este Arsenio á quien » he matado, y cuya mano derecha he cortado? » Y era en efecto Arsenio mismo, á quien los Eusebianos habian hecho esconder en un desierto. Pero habiendo llegado á su noticia lo que intentaba hacerse con su ausencia y el peligro que corria san Atanasio, vino á ofrecerse él mismo, y el patriarca le mostró á sus enemigos en el momento mismo en que se creian seguros de la victoria. Arsenio estaba en pié, rebozado con su capa ó manto. San Atanasio, apartando un lado del manto, descubrió desde luego una mano, luego la otra; y dirigiéndose á los Padres : « Ved aquí á Arsenio con sus dos manos. Dios » no nos ha dado mas : busquen mis acusadores el sitio de la » tercera mano, y que os digan de quién sea esa otra que os » enseñan. » — A tan convincente refutacion, no pudo comprimirse mas la rabia de los Arrianos : se arrojaron sobre Atanasio, exclamando que era hechicero y que engañaba con hechicerías. Los oficiales del emperador tuvieron que ponerse de por medio para impedir no matasen al patriarca, el cual fué inmediatamente embarcado, y transportado lejos en la noche siguiente en un bajel del Estado. — Quedaba pues pendiente la discusion del cuarto cargo, tocante á la visita pastoral de san Atanasio, en la que se le acusaba de haber hecho pedazos el cáliz de un sacerdote que celebraba misa y de haber pisoteado los sagrados sacramentos. Hé aquí lo que pudo dar lugar á esta calumnia. En la provincia de la Mareótide, cierto Isquiras, que nunca habia recibido órdenes sagradas, se habia arrogado de propia autoridad las funciones sacerdotales en un caserío ó aldea donde habitaba. Durante su visita ordinaria por la provincia, san Atanasio habia enviado á Macario, sacerdote que le acompañaba, con órden de intimar á Isquiras cesase de dar tal escándalo y de continuar en su intrusion sacrílega. Macario halló á Isquiras enfermo de mucho peligro,

en casa de su propio padre: hizo saber á este la prohibicion expresa del patriarca, encargándole se lo comunicase así que se encontrase algun tanto restablecido; y Macario se volvió á donde se hallaba Atanasio, despues de haber cumplido su mision con la mayor delicadeza y humanidad. [Es muy probable que el padre para descargo de su conciencia y la de su hijo, que podia morir de un momento á otro, hubiera de su propio movimiento arrojado el cáliz, destruido el altar y lo que en él habia servido á la sacrílega profanacion del hijo; mas, caso que así fuera, ninguna parte habia tenido en ello Macario.] Sin embargo tal era el acto que tuvieron gran cuidado de agriar, desfigurar y emponzoñar mas y mas los Eusebianos. Enviaron desde Tiro una diputacion encargada de examinar en el mismo sitio los artículos del cargo. Por mas malignas y perversas que fueron las intenciones de los comisarios, resultó de su mismo informe que Isquiras estaba enfermo y en su lecho cuando Macario hizo la visita; que por consiguiente no celebraba los santos misterios; que el dia de la visita no era domingo, que era el solo dia en que se celebraban los sagrados misterios en las campiñas ó aldeas; que en fin nada habia habido de lo de cáliz roto, altar derribado, formas sagradas holladas. Los comisarios de vuelta á Tiro entregaron la sumaria á los Arrianos, que la hicieron desaparecer, declararon á Atanasio convicto de todos los crímenes que se le habian imputado, le depusieron del episcopado con prohibicion de permanecer en Alejandría, temiendo que su presencia no incitase nuevas conmociones. Todos los obispos católicos se negaron á suscribir á una sentencia tan horrible é injusta. Lo que hay de mas particular es que el nombre de Arsenio, obispo de Hipsela, figura entre los signatarios de la sentencia; por manera que Arsenio vivo suscribia á una sentencia que deponia á san Atanasio por haberlo muerto y cortádole una mano, la derecha. Es reflexion del historiador Sócrates.

40. Las relaciones que llegaban diariamente á Constantino de las operaciones de la asamblea de Tiro estaban redactadas todas por los Arrianos, que nada omitian para desacreditar á

san Atanasio para con el emperador. El santo patriarca se habia hecho transportar á Constantinopla, donde se prometia disipar con su presencia y explicaciones las falsas ideas que el príncipe tenia contra él, inducido en error por los Eusebianos. Cabalmente en el momentó mismo en que entraba el emperador á caballo en la ciudad, san Atanasio se presentó de improviso ante él en medio de la escolta imperial y le pidió audiencia. Constantino, sorprendido de este encuentro inesperado, se negaba á escucharle, porque lo consideraba como legítimamente condenado por un concilio : Atanasio le dijo entonces. « El » Señor todopoderoso juzgará entre Vuestra Majestad y yo, » pues que tomais el partido de los que me calumnian. » Estas palabras, pronunciadas con el acento de la inocencia, y el ademan de la santidad que brillaba en el venerable rostro y persona de san Atanasio, conmovieron á Constantino. Por otra parte el conde Flavio Dionisio habia informado, por mensajes separados de los de los Arrianos, que la asamblea de Tiro habia sido muchas veces teatro de escenas tumultuosas y desórdenes escandalosos. La conciencia del débil emperador vacilaba entre este conjunto de hombres y de cosas, y prometió á Atanasio hacerle justicia, escribiendo á los obispos reunidos en Tiro que viniesen á Constantinopla á darle cuenta de su conducta : obedecieron solos á esta órden los dos Eusebios, Teògnis, Patrófilo, Valente y Ursacio ; porque contaban con su ascendiente, amaños é intrigas, para engañar aun mas la buena fe de Constantino. Llegados á su presencia, no hablaron palabra de ordenacion clandestina, de vírgen ultrajada, obispo asesinado, ni vasos sagrados rotos; sino que intentaron nueva calumnia. En el año anterior, habia comprado el santo patriarca á sus expensas, durante el invierno, trigo que habia mandadó distribuir entre los pobres de Alejandría. El Egipto era el granero de Roma, y desde la fundacion de la nueva capital, el trigo se expedia anualmente á las playas del Bósforo. Eusebio de Nicomedia acusó á san Atanasio de impedir abordar el trigo á Constantinopla. El emperador acababa precisamente de condenar á muerte á Sopater, uno de sus favoritos, solo por sos-

pecha de este delito. Constantino creyó ser muy indulgente con hacer gracia de la vida á san Atanasio, y se contentó con desterrarlo á Tréveris en las Galias. San Maximino de Poitiers, que era obispo de aquella ciudad, recibió al ilustre proscrito con toda especie de honras. Constantino el jóven, que mandaba las legiones de su padre, le trató como á mártir de la fe, y este destierro injusto solo sirvió de realzar mas y mas la gloria del que lo padecia, haciendo brillar mas sus virtudes y su mérito.

41. Los obispos reunidos en Tiro, despues de haber dado por concluido su conciliábulo, fueron por órden del emperador á Jerusalen para hacer la dedicacion de la nueva iglesia que se acababa de edificar. Habia concurrido de todas las provincias del imperio numerosísima gente para asistir á esta solemnidad, cuyas ceremonias nos describe Eusebio de Cesarea. Se distinguió él personalmente por un largo panegírico de Constantino, que tuvo ocasion oportuna de pronunciar en tal circunstancia: tuvo lugar la dedicacion el 14 de setiembre de 335, fiesta de la Santa Cruz. Arrio se valió de la presencia de los obispos en Jerusalen para presentarles, de acuerdo y con consejo del presbítero Euzoyo, su confidente y mas celoso sectario, la profesion de fe que ya habia sometido á Constantino. Los Eusebianos acogieron favorablemente esta comunicacion: recibieron á Arrio y á Euzoyo á la comunion de la Iglesia, y escribieron una epístola sinódica á todos los obispos del mundo para informarles de esto.

42. El 31 de diciembre de 335 murió el papa san Silvestre I, despues de un pontificado de veintiun años y once meses: fué enterrado en el cementerio de santa Priscila, en la via *Salaria,* y transportado despues por Paulo I, en 762, á la iglesia de San Silvestre *in campo Martio,* vulgarmente llamada *San Silvestre in capite.* En seis ordenaciones, todas en el mes de diciembre, habia creado este pontífice sesenta y tres obispos, cuarenta y dos presbíteros y veintiseis diáconos. De todos los papas, san Silvestre es el solo, excepto san Pedro, á cuyo honor haya sido celebrada la fiesta, dicha de Precepto, al

año vigésimo de un pontificado. Entre otras decisiones, san Silvestre mandó que la cabeza del bautizado fuese ungida con crisma por el sacerdote. Quiso tambien que todos los dias de la semana, excepto sábado y domingo, se llamasen *Ferias*, voz ya usada por algunos autores eclesiásticos, particularmente Tertuliano. El lunes es llamado *Feria segunda*, el martes *Feria tercera*, y así hasta el viernes, que se llama *Feria sexta*. No se dice ni *Feria primera*, ni *Feria séptima*, porque se conservaron en sus nombres propios el domingo (*dies dominica*), y el sábado (*sabbatum*). No es cierto que san Silvestre haya mandado el que los altares sean de piedra; pero esta medida fué general en la Iglesia desde esta época; y subsiste aun, con expresa condicion de que la piedra consagrada ó *Ara* esté en medio del altar, donde descansan el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Hácia este tiempo comenzó tambien el uso de consagrar á los Papas en domingo ó en dia de fiesta. No ha habido excepcion á esta regla sino en la preconizacion de Paulo III, Clemente VII y Leon X.

CAPITULO II.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de san Marcos (18 de enero de 336-7 de octubre de 336).

1. Eleccion de san Marcos al supremo pontificado. — 2. Concilio arriano de Constantinopla. Deposicion de Marcelo, obispo de Ancira. Restablecimiento de Arrio: su muerte trágica. — 3. Muerte del papa san Marcos (7 de octubre de 336).

§ II. Pontificado de san Julio I (6 de febrero de 337-12 de abril de 352).

4. Eleccion del papa san Julio I. — 5. Carta de san Antonio al emperador Constantino. Destierro de san Pablo, patriarca de Constantinopla. Muerte de Constantino Magno. — 6. Llamamiento de san Atanasio á Alejandría y de san Pablo á Constantinopla. Segundo destierro de Pablo. Eusebio de Nicomedia se apodera de la silla de Constantinopla. — 7. Primer concilio arriano de Antioquía. — 8. San Atanasio echado segunda vez de Alejandría. Gregorio de Capadocia se apodera de aquella silla. Concilio de Roma convocado por san Julio. — 9. Llamamiento del patriarca san Pablo á Constantinopla : su tercer destierro. — 10. Segundo concilio arriano de Antioquía. — 11. Concilios católicos de Milan y de Sárdica. — 12. Vuelta de san Atanasio á Alejandría despues de su segundo destierro. Vuelta de san Pablo, patriarca de Constantinopla. — 13. Muerte de san Pablo, primer ermitaño. — 14. Circunceliones. Concilio de Cartago respecto de ellos. — 15. Persecucion de Sapor, rey de Persia, contra los cristianos. — 16. Levantamiento del primer sitio de Nisiba por Sapor II. Continuacion de la persecucion en la Persia. — 17. Levantamiento del segundo sitio de Nisiba por Sapor II. San Efren, discípulo de Santiago de Nisiba. — 18. Asesinato de Constante, emperador de Occidente. Triple usurpacion del imperio. — 19. Concilio de Sirmio. Cuarto y último destierro de san Pablo, patriarca de Constantinopla. Su martirio. — 20. Aparicion de una cruz milagrosa en Jerusalen. — 21. Muerte del papa san Julio I.

§ I. PONTIFICADO DE SAN MARCOS (18 de enero de 336-7 de octubre de 336).

1. San Marcos fué elegido para suceder á san Silvestre el 18 de enero de 336 : muchos años habia que estaba designado como uno de los jueces de Donato, lo que prueba bastante que ya desde entonces era tenido como un eclesiástico piadoso, sabio y justo. Se cree que fué este papa el que mandó se rezase en la misa despues del Evangelio el símbolo de Nicea : *Credo in unum Deum*, este abreviadísimo código auténtico y fundamental de la fe.

2. Despues de la dedicacion de la iglesia de Jerusalen, los obispos que la habian presidido se fueron á Constantinopla, donde intentaban reunir los Eusebianos un nuevo concilio contra Marcelo, obispo de Ancira, á quien acusaban de sabelianismo [en la apariencia, mas realmente], porque defendia el símbolo de Nicea. Marcelo enseñaba con toda la Iglesia católica, que la distincion real de personas en la santísima Trinidad no suponia ni probaba de modo alguno division de sustancia. « El Verbo procede del Padre, decia; y escrito está que el » Espíritu Santo procede del Padre, en algunos lugares; en » otros, que tambien procede del Hijo; por consiguiente, pro- » cede á la vez del Padre y del Hijo. Ahora bien, no se podria » concebir que procediese de uno y de otro, si el Padre y el Hijo » estuviesen separados por naturaleza. Pues ya que procede del » Padre y del Hijo, luego Padre é Hijo son un solo y mismo » Dios. » Los dos Eusebios condenaron pura y llanamente esta doctrina y á su autor : lo que prueba ó su evidente mala fe, ó su absoluta ignorancia de la teología católica. Excomulgaron pues á Marcelo de Ancira y le depusieron de su silla. Trataron en seguida del restablecimiento de Arrio, que inútilmente habia intentado volver á Alejandría, aun despues del destierro de san Atanasio á Tréveris. El pueblo de Alejandría, fiel á su santo patriarca y á la fe católica, se habia sublevado al aproximarse el heresiarca, y le habia arrojado de todo su recinto. Habiendo salido vana esta intentona en Alejandría, los Eusebianos lograron feliz éxito para sus planes en Constantinopla mismo, en la ciudad imperial, á la faz del mundo todo. Sus primeras diligencias se dirigieron al patriarca de Constantinopla, san Alejandro : le suplicaron tuviese compasion de un sacerdote, tan largo tiempo, decian ellos, y tan injustamente perseguido. El santo anciano, de edad á la sazon de mas de noventa años, no tenia ni menos firmeza, ni menos celo por la fe católica que habia mostrado durante su vida su homónimo ó tocayo san Alejandro, patriarca de Alejandría. « La manse- » dumbre con que yo tratara á Arrio, respondió, fuera una ver- » dadera crueldad contra los católicos. Las leyes de la Iglesia

» no me permiten contravenir, por falsa compasion, á lo que » yo mismo he decretado con todo el concilio de Nicea. » En tal coyuntura el emperador mismo, y de su propia autoridad, fijó un dia de domingo en que Arrio hubiera de ser recibido solemnemente en la iglesia principal de Constantinopla, y admitido á la comunion en presencia de todo el pueblo : é intimó á san Alejandro no hiciera oposicion, bajo pena de destierro. El patriarca no tuvo otras armas que emplear sino las espirituales. Por consejo de Santiago, obispo de Nisiba, que á la sazon se hallaba en Constantinopla, prescribió á los fieles un ayuno de siete dias para implorar los auxilios divinos en lance tan peligroso para la Iglesia. En la víspera del dia fijado, el santo anciano, derramando lágrimas, se postró ante el altar con el rostro en tierra, y con la mayor efusion de alma y corazon dijo esta oracion : « Señor, si Arrio ha de ser recibido mañana en » la Iglesia, sacad á este vuestro siervo de este mundo ; pero si » aun teneis piedad de vuestra Iglesia, no permitais que vues- » tra herencia sea profanada. Herid, Señor, á Arrio con el peso » de vuestra cólera, para que no se enorgullezca mas tiempo » de su victoria la herejía. »

Entretanto Arrio iba recorriendo la ciudad, rodeado de la turba de sus partidarios, que le formaba una especie de acompañamiento triunfal. Llegados todos á la plaza mayor, en frente de la basílica donde estaba orando san Alejandro, Arrio se vió repentinamente acometido de un fuerte temblor nervioso, y pidió retirarse á un lugar excusado. Como tardase mucho en salir, entraron allí los suyos y le hallaron muerto en tierra, en medio de un charco de sangre y echadas á fuera sus entrañas. El horror de tal espectáculo hizo temblar hasta á sus mismos sectarios : nadie osaba acercarse ya al teatro de este fin tan trágico, y todos lo señalaban con el dedo como un monumento de la divina venganza.

3. Estos acontecimientos llenaron todo el tiempo del corto pontificado de san Marcos, que murió el 7 de octubre de 336, en el mismo año de su exaltacion. Fué enterrado en la via *Ardeatina,* en el cementerio de Santa Balbina, y de allí transpor-

tado á la iglesia de San Marcos, cuya dedicacion habia hecho. Impuso este pontífice las manos á veinticinco obispos, veintisiete presbíteros y seis diáconos : quedando vacante la silla romana algun tiempo, despues de su muerte.

§ II. PONTIFICADO DE SAN JULIO I (6 de febrero de 337-12 de abril de 352).

4. San Julio I fué elegido sucesor á san Marcos el 6 de febrero de 337, despues de una vacante de tres meses. Uno de sus principales actos fué reunir en archivos especiales todo cuanto pertenecia á la historia de la Iglesia de Roma, actas, donaciones, testamentos. Cenni cree ver en esto el orígen de la fundacion de una biblioteca pontifical.

5. La muerte de Arrio habia hecho profunda impresion en el ánimo de Constantino; y hasta el mismo Eusebio de Nicomedia se hallaba atónito y consternado. Y en efecto, un acontecimiento tan imprevisto salia evidentemente de la línea de los hechos ordinarios y desbarataba todos sus planes. El emperador pensó dirigirse al patriarca del desierto, san Antonio, para ilustrar y asegurar su conciencia. Cuando los oficiales de palacio llegaron á las montañas del desierto, portadores del mensaje imperial, los monjes, no pudieron disimular el júbilo que les causaba semejante honor hecho á su padre. « No lo » extrañeis, les dijo este, el que un emperador escriba á un » hombre mortal; extrañaos mas bien de que Dios se haya » dignado escribir su ley para los hombres, y hablarles por » medio de su propio Hijo. » Respondió san Antonio á Constantino, dándole consejos llenos de sabiduría, en los cuales le recordaba la frivolidad de las cosas de la tierra, y la cercanía de los juicios de Dios, eternos é inescrutables. Insistia suplicando al emperador que hiciese revistar el proceso de san Atanasio, y que mandase cesar un destierro tan injusto para con un inocente, como perjudicial á la fama y honra del príncipe que lo habia mandado. En el momento mismo en que el emperador recibia esta carta en Constantinopla, acababa de decretar el destierro de Pablo, patriarca de Constantinopla y sucesor

de san Alejandro, á instancias reiteradas de Eusebio de Nicomedia, que queria ser patriarca de esa silla; no obstante ser ya dos veces intruso, aun queria serlo otra vez mas. Mientras tanto, el término de la vida de Constantino se acercaba ya á pasos presurosos, y las amonestaciones de san Antonio hacian gran mella en una conciencia que se iluminaba á la cercanía de la muerte. Formó la resolucion de llamar á san Atanasio, pero la muerte no le dejó tiempo. El héroe cristiano, que habia inaugurado la cruz triunfante sobre las ruinas del espirante paganismo, iba á dejar el trono á un hijo indigno de él. Sus últimos momentos fueron los de un santo. Mas grande en su lecho fúnebre que en los campos de la victoria, no quiso llevar mas la púrpura, y solo pensaba en morir como buen cristiano: falleció el 20 de mayo de 337. Héroe en la primera mitad de su vida, tan consumado político como guerrero afortunado, el primer emperador que hubiese comprendido la influencia que habia de ejercer el cristianismo sobre la civilizacion, y que hubiese favorecido y cooperado al bien y esplendor de la religion con leyes é instituciones benéficas, Constantino habria sido el mas perfecto príncipe, si en la segunda mitad de su vida no se hubiese hecho como instrumento de todas las intrigas y artificios de sus cortesanos. Sin embargo, su nombre ha quedado como nombre amado y venerado por la Iglesia; su memoria será bendita para siempre jamás; y los bienes inmensos que ha hecho, no podrán quedar borrados por los males que no ha impedido siempre, y que muchas veces estuvo en su mano el impedir.

Constantino habia muerto sin que ninguno de sus tres hijos se hallase presente para cerrarle los ojos: se depositó su cadáver en el gran salon del palacio de Nicomedia, en un catafalco elevado, cubierto de púrpura, y rodeado de antorchas y candeleros de oro. Fué trasladado despues á Constantinopla y enterrado en la iglesia de los Apóstoles, donde habia escogido su sepultura. El imperio fué dividido entre sus tres hijos: Constantino el jóven poseyó la España, las Galias y en general todas las provincias romanas del otro lado de los Alpes; Cons-

tancio poseyó el Asia, el Oriente y el Egipto; y Constante la Italia, el África, la Sicilia y la Iliria (año 338). Esta division se modificó muy pronto por el crímen de Constante, que hizo asesinar á su hermano Constantino el jóven, y se apoderó de sus Estados en 340; por manera que el imperio se redujo á las dos grandes divisiones del *Oriente*, donde reinó Constancio, y *Occidente*, gobernado por Constante el fratricida.

6. Constantino el jóven habia tenido tiempo, durante su efímero reinado, para restablecer á los obispos ortodoxos arrojados de sus sillas por los Arrianos. San Atanasio volvió pues á Alejandría el año 338, donde fué recibido con universal aplauso del pueblo y con la pompa digna de un emperador. Asclepas de Gaza, Marcelo de Ancira y Paulo de Constantinopla regresaron igualmente á sus iglesias. Estos actos de Constantino el jóven hacen llorar su fin tan prematuro. Constancio, que tomaba las riendas del gobierno del Oriente agitado por las disensiones de los Arrianos, tenia todos los defectos de su padre, sin ninguna de sus cualidades buenas. Carácter débil, indeciso, siempre vacilante, conducta sin unidad, plan ni consistencia, y llena de contradicciones, reinaba por medio de sus favoritos. Se decia de él: « Es menester confesar que el emperador tiene gran valimiento para con Eusebio, jefe de los eunucos. » Este eunuco llamado Eusebio habia sido ganado en un principio por Eusebio de Nicomedia, y era arriano. La emperatriz tenia tambien iguales opiniones, y el sacerdote arriano á quien Constantino habia admitido á su favor y gracia por recomendacion de su hermana Constancia, y á quien encomendó la ejecucion de su testamento, fué el todopoderoso en la nueva corte de Constancio. Fácil es prever el partido que supo sacar Eusebio de Nicomedia de coyunturas tan favorables para su partido. Sin embargo la muerte iba llevándose, en torno de él, los hombres que mas admiraba, y en el mismo año le arrebató de su lado su homónimo Eusebio de Cesarea, este su *alter ego*, mas bien cortesano que obispo, mas erudito que profundo, mas retórico que teólogo, y en todas ocasiones mas favorable al error que á la verdad. Este ejemplar no hizo

tampoco impresion alguna en Eusebio de Nicomedia; los ambiciosos, mientras haya honras y prez que ganar, se creen inmortales. Hizo reunir inmediatamente una junta de obispos en Constantinopla. Por acusaciones calumniosas, se depuso al patriarca de Constantinopla, Paulo I, el cual volvió á ser desterrado; y por esta vez al menos, Eusebio logró coronar sus intrigas con el éxito mas completo : asentóse en fin en el trono patriarcal de Constantinopla, objeto de sus sueños y delirios ambiciosos.

7. Su odio contra san Atanasio no podia menos de ir en aumento, pues que tenia medios de satisfacerlo. Un sacerdote arriano, llamado Pisto, de vida y costumbres vituperables, fué consagrado obispo por Segundo de Ptolemáida, que habia sido depuesto por el concilio de Nicea. Pisto fué enviado con el título de patriarca á Alejandría, en tanto que san Atanasio, acogido como un padre por todos los católicos, volvia á entrar en posesion de su legítima autoridad. Eusebio de Nicomedia envió al propio tiempo á Roma una diputacion encargada de remitir al papa san Julio I cartas de acusacion contra san Atanasio, y de recomendacion del patriarca intruso, Pisto. — Para responder á estas calumnias, reunió san Atanasio en Alejandría un concilio de cerca de cien obispos del Egipto, Tebáida, Libia y Pentápolis. Se leyeron en esta asamblea todos los procesos entablados antes contra el santo patriarca : se hicieron ver todas las calumnias, nulidades é irregularidades de que estaban tachados dichos procesos. Los obispos dirigieron en seguida una epístola sinodal al papa san Julio y á todas las iglesias del mundo para protestar contra todo lo que habian dicho y hecho contra san Atanasio sus mismos enemigos. Los diputados portadores de esta epístola llegaron á Roma al mismo tiempo que los de Eusebio de Nicomedia. Poco les costo á aquellos hacer callar á estos y convencerlos de calumniadores. Sin embargo los Eusebianos aun no se dieron por vencidos. Reunieron un concilio arriano en Antioquía á vista y presencia misma de Constancio, en ocasion de la dedicacion de la basílica de aquella capital (en 341). Despues de la

redaccion tres veces anulada de una profesion de fe, se convinieron por último en adoptar la cuarta profesion, donde no se hallaba el término *consustancial,* tan terrible á los Arrianos. Se procedió en seguida contra san Atanasio, á quien se depuso sin esperar la sentencia de Roma; y se le dió por sucesor no ya á Pisto, que dejaron á un lado por su mala fama, sino á Gregorio de Capadocia, que fué consagrado en cualidad de patriarca de Alejandría, y enviado con escolta de soldados, enviada por Constancio, á tomar á mano armada posesion de su silla. Los cánones de disciplina fueron hechos de conformidad con estos actos inicuos. « Si algun obispo, dicen, ha sido con- » denado una vez por el concilio, no podrá ser juzgado ya por » otros, y su sentencia surtirá efecto. » — « Si el tal obispo » condenado continúa á perturbar la paz de la Iglesia, será » reprimido por la potencia exterior como sedicioso. »
— Esto no era sino apelar contra Atanasio al brazo secular, llamado entonces Constancio, y desechar la intervencion del papa. Se depuso en seguida á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; y pudieron los Eusebianos aplaudirse de triunfar con las armas y las intrigas.

8. Habia llegado entretanto Gregorio de Capadocia á Alejandría, apoyado con la autoridad y fuerzas militares del apóstata Filagro, á quien, por solicitud de los Eusebianos, acababa Constancio de nombrar por la segunda vez prefecto del Egipto, con expresa mision de arrojar á todo trance á san Atanasio. Se tomó por asalto la iglesia, fueron despojadas é indignamente ultrajadas las vírgenes consagradas á Dios. Los monjes, que se mantenian fieles á su legítimo patriarca, fueron maltratados y algunos asesinados; robáronse los vasos sagrados; y así es como tomó Gregorio posesion de una silla á la que le elevaban las armas de Constancio y el poder abusivo de los Eusebianos. San Atanasio fué proscrito; su cabeza puesta en precio al que la presentara, por órden del gobernador; todos cuantos le eran fieles, encarcelados; y el mismo Atanasio obligado á esconderse en un monasterio de la provincia. Emprendió el patriarca intruso la visita pastoral de la provincia con una buena escolta

de soldados. La mayor parte de los obispos se negaron á reconocer un metropolitano impuesto por fuerza y á cuya eleccion no habian sido llamados. Se les respondió cargándoles de grillos y cadenas. Sarapamon, obispo de la alta Tebáida, fué confinado por su valerosa resistencia; el venerable anciano Potamon, cuyas virtudes elogiaron los dos concilios de Nicea y de Tiro, fué azotado con varas y murió de este suplicio, mereciendo la gloria de un doble martirio. Contra tantas violencias, Atanasio respondia con la calma que inspira un derecho imprescriptible y una conciencia justa é inocente. Escribió á todos los obispos del mundo católico una circular exponiéndoles los hechos, y suplicándoles no comunicasen con el intruso. Llenado este imperioso deber, á fin de no comprometer con larga permanencia á los monjes que le habian dado asilo, pasó á Roma, en donde le recibió el papa san Julio como á un héroe de la fe. Anunció el romano Pontífice su intencion de avocar el juicio de este negocio á su tribunal. Con este objeto convocó para el año 342 un concilio en Roma mismo, y envió dos sacerdotes romanos, Elpidio y Filoxenio, á los Eusebianos, intimándoles la órden de asistir á este sínodo. Los Eusebianos retuvieron muchos meses á los legados bajo diferentes pretextos, y al fin los despidieron encargándoles presentasen al papa una carta en la cual hablaban en términos hasta equívocos de su respeto por la Santa Sede, y declararon que no les era posible ir al concilio de Roma, cuya época estaba ya sobrado cercana. Ya estaba reunido este concilio cuando pudieron llegar Elpidio y Filoxenio : se componia de cincuenta obispos de Italia, África y las Galias, que admitieron unánimemente á la comunion de la Iglesia á san Atanasio, á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; declararon nulo el nombramiento de los intrusos que les habian despojado de sus sillas. San Julio escribió entonces en union con los Padres del concilio una carta á los Eusebianos en respuesta á la que le habian entregado Elpidio y Filoxenio. El papa declara en dicha carta que la fe del concilio de Nicea es la verdadera fe católica; que todo cuanto se ha emprendido contra las decisiones de este concilio ecuménico es nulo y de ningun

valor; justifica á san Atanasio, á Marcelo de Ancira y á Asclepas de Gaza de cuantas calumnias eran víctimas; condena formalmente á los intrusos que habian osado arrojarlos de sus sillas; y en fin, se declara ásperamente contra la irregularidad de todo cuanto se haya hecho sin anuencia de la silla de Roma. « ¿No » sabeis acaso, dice, que la regla canónica era desde luego » recurrir á nuestra autoridad, y que de nuestra autoridad ha» bia de salir la decision? Tal es la tradicion que hemos recibido » del bienaventurado apóstol Pedro, y la creo tan universal» mente reconocida, que no la mencionaria ahora si no me » obligaran á ello deplorables circunstancias. » Esta carta del papa san Julio, admirable por su majestad, dulzura y verdadera elocuencia, es uno de los mas preciosos monumentos de la sabiduría y firmeza de los romanos Pontífices.

9. Cuando llegó esta carta á Constantinopla, Eusebio, el obispo intruso, el prelado cortesano, el fautor del arrianismo, cuyas intrigas habian hecho nacer y perpetuarse en el seno de la Iglesia tantas conmociones y disturbios, acababa de morir en su silla usurpada (año 342). Los católicos de Constantinopla, libres de su tiránico yugo, se apresuraron á llamar á su legítimo patriarca san Pablo, injustamente desterrado, antes que volviese Constancio, que aun estaba en Antioquía. Mostróse èl público regocijo con muestras del mayor entusiasmo y con las mas enérgicas aclamaciones, cuando el venerable anciano desembarcó en la playa del Bósforo; y se pudo creer entonces que ya habian llegado para esta iglesia tan atribulada los dias de paz y de union. Pero el espíritu de Eusebio habia sobrevivido en su partido : los obispos arrianos, Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, protestaron contra la restauracion del verdadero patriarca : á un intruso quisieron por sucesor otro intruso, y consagraron, en calidad de patriarca de Constantinopla, á Mardonio, sacerdote indigno, que añadió mas tarde su nombre á la lista de los heresiarcas. Esta sacrílega eleccion fué señal de una guerra civil y de una espantosa sedicion en Constantinopla. El emperador Constancio, avisado por los Arrianos, envió á su prefecto de guardias, Hermógenes, con órden

de apoderarse de san Pablo y conducirlo á su destierro. Los católicos querian defender á su obispo, agitáronse todas las pasiones y ya no se conocieron límites : la muchedumbre se apoderó de Hermógenes, quemó su palacio, le asesinó y arrastró sus miembros descuartizados por la ciudad (342). Constancio, al saber esto, partió de Antioquía, atravesó á caballo, á pesar de las lluvias y nieves del invierno, toda la Asia menor y llegó á las puertas de Constantinopla, decidido á ponerlo todo á sangre y fuego. El pueblo todo lloroso, el senado suplicando y todos los cuerpos del Estado en duelo, salieron á su encuentro : se dejó vencer á sus plegarias é hizo gracia á todos los rebeldes, con condicion empero que se le dejaria desterrar á san Pablo. El patriarca pues dejó por tercera vez su iglesia, que caia de nuevo en manos de un usurpador.

10. En el entretanto el papa san Julio habia diputado á Tréveris, cerca del emperador Constante, legados encargados de entregarle la carta sinodal del concilio de Alejandría, y de darle parte del destierro de los patriarcas de Alejandría y de Constantinopla. Constancio por su lado hizo salir para Tréveris cuatro obispos arrianos que debian explicarle todo lo sucedido en el concilio de Antioquía. San Máximo, obispo de Tréveris, se negó á comunicar con ellos, y acogió, al contrario, á los delegados del soberano Pontífice con muestras públicas de la mayor veneracion, y declaró que nunca creeria ni seguiria otra fe que la de Roma. Constante fué de este mismo parecer. Los prelados arrianos regresaron pues al Oriente, donde no se vió otro partido que tomar que el de reunir un nuevo concilio en Antioquía : el cual se celebró en el año siguiente (345). Fué convocado á este concilio todo lo que podia figurar en el partido arriano. Se desechó redondamente el término de *consustancial*, y despues de muy acoloradas discusiones, convinieron en fin en una larga fórmula de fe, compuesta casi toda con palabras de la Escritura, y esta fórmula habia de ser el nuevo símbolo del arrianismo.

11. Los Orientales la enviaron en el año siguiente de 346 al concilio de Milan, que el papa san Julio habia convocado. Fué

desechada unánimemente, y los Arrianos irritados apelaron á un concilio mas numeroso, donde se reunieran obispos de Oriente y de Occidente. — El papa accedió gustoso á su peticion, y de acuerdo con los emperadores Constancio y Constante se convocó un concilio en Sárdica para el año 347. Trescientos obispos católicos, teniendo á su frente á Osio, obispo de Córdoba, acudieron al llamamiento del soberano Pontífice. Los Arrianos acudieron en menor número, mas en cambio se hicieron acompañar del conde Musoniano, y de Hesiquio, general del ejército imperial, esperando que el peso de las armas y del favor imperial harian recaer la decision en favor cuyo. Osio de Córdoba fué designado por san Julio como su legado, y el concilio procedió á sus deliberaciones sin querer admitir ni á conde ni á general, estando resuelto á tomar una decision completamente independiente de ninguna influencia política, ni manejo alguno de corte. San Atanasio se presentó con todas las piezas que probaban su inocencia y la falsedad de las acusaciones de sus enemigos. Los obispos desterrados por Gregorio, patriarca intruso de Alejandría, se presentaron con las maniotas y cadenas con que se les habia cargado : y testimonios oculares depusieron y dieron fe de las violencias que habian visto cometer. Iglesias enteras habian enviado diputados, que reclamaban del concilio de Sárdica sus pastores legítimos, confinados, ultrajados y perseguidos por los Arrianos : referian los espantosos tratamientos experimentados por vírgenes consagradas al Señor, por venerables y santos obispos, por religiosos y anacoretas. El original de la sumaria acerca del negocio de Isquiras, en la provincia de la Mareótide, fué depositado por san Atanasio en manos de los Padres : la inocencia del santo patriarca estaba confirmada por testimonio de sus mismos enemigos. Los obispos del Oriente no podian resignarse á aprobar deliberaciones en cuya decision no tenia parte la fuerza material y el influjo de que disponian : así es que se retiraron precipitadamente del concilio y desecharon las proposiciones que para atraerlos al buen sendero les hicieron los católicos. Osio de Córdoba llegó hasta someterles esta proposi-

cion : « Si los trámites del procedimiento prueban la culpabi- » lidad de Atanasio, estad seguros de que su condenacion será » rigorosa : mas en el caso en que de ellos resultase su ino- » cencia, si persistís á no recibirlo á vuestra comunion, yo » me comprometo á llevármelo conmigo á España. » San Atanasio suscribió á esta proposicion; mas sus enemigos desesperaban de tal modo de la justicia de su causa, que se negaron á dar oidos á nada y partieron inmediatamente para sus iglesias, bajo el frívolo pretexto de que el emperador les escribia que se volviesen para dar gracias á Dios por la reciente victoria alcanzada contra los Persas. La retirada de los Arrianos en nada entorpeció la marcha del concilio. Se habian sometido tres puntos á su exámen. 1°. Una declaracion de fe católica acerca de la cuestion promovida por el arrianismo ; 2°. la causa de los obispos echados de sus sillas y acusados por los Arrianos ; 3°. las quejas formuladas contra los Arrianos mismos por sus víctimas. Acerca del primer punto se decidió, con inmensa mayoría, que habia que atenerse al símbolo de Nicea, como definiendo explícitamente la fe católica acerca de la divinidad del Hijo de Dios. — Se pasó inmediatamente á tratar de las causas de san Atanasio, Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza, echados de sus sillas por los Arrianos. Se volvieron á ver todas las acusaciones ya sometidas al concilio de Tiro contra el patriarca de Alejandría, se examinaron de nuevo y fueron desechadas unánimemente como infames calumnias. Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza fueron declarados inocentes. En su consecuencia, los tres prelados fueron admitidos solemnemente á la comunion de la Iglesia, fué confirmada su legítima autoridad en las diócesis de que habian sido despojados, y en fin quedaron anatematizados los usurpadores. — Quedaba por último el juicio acerca de la conducta de los obispos de Oriente, quienes, á pesar de la decision del concilio ecuménico de Nicea, no habian cesado de comunicar con los Arrianos, de sostenerlos con su favor en la corte de Constantinopla, y de hacerlos obispos é imponerlos por violencia á las principales iglesias. Los cabezas de esta faccion, tolerada hasta ahora, fueron

excomulgados nominalmente y depuestos del obispado. Eran ocho, á saber : Teodoro de Heraclea, Narciso de Neroniada, Estéban de Antioquía, Jorge de Laodicea, Acacio de Cesarea en Palestina, Menofante de Éfeso, Ursacio de Singidon y Valente de Mursa. Estos dos últimos habian sido anatematizados ya por el concilio de Nicea. Los Padres pasaron en seguida á la redaccion de los cánones de disciplina : reconocen y explican categóricamente el derecho de apelacion al papa, la jurisdiccion de la Santa Sede romana sobre las causas eclesiásticas, la obligacion de someterse á su juicio ó al de los legados enviados por el soberano Pontífice para examinar los hechos en los lugares mismos. Estos son los legados que despues se han llamado *à latere*. Otros cánones prohiben las arbitrarias traslacioras de una silla á otra, el nombramiento de obispos para sillas cuyos titulares han apelado al papa, antes del juicio definitivo del romano Pontífice. — Las actas del concilio fueron remitidas en seguida al papa san Julio, y á los dos emperadores Constancio y Constante, á Antioquía y á Tréveris. Así se acabaron las pacíficas sesiones del concilio Sardicense. No se le ha puesto en el rango de los concilios ecuménicos, á pesar de haber reunido obispos de todas las provincias del mundo : probablemente porque no tuvo que decidir ni formular artículos de fe, pues que se limitó á reconocer el símbolo del concilio Niceno, del cual puede considerarse como corolario.

12. La decision del concilio de Sárdica fué universalmente aplaudida en todo el universo cristiano. Fué muy vana y fútil la odiosa calumnia que trataron de mover los Arrianos contra los dos obispos, Vicente de Capua, y Eufratas de Colonia, encargados de entregar al emperador Constancio la carta sinodal del concilio. A su llegada á Antioquía, Estéban, obispo de ella, habia sobornado á un criado de ambos legados, el cual introdujo por la noche en su habitacion una mujer de mala vida. Pero esta infeliz, turbada á la vista de estos dos venerables prelados, habia huido, publicando por todas partes la odiosa traicion de que habia querido hacérsela cómplice. Este

incidente sirvió para hacer abrir los ojos del sobrado débil Constancio. Despues de una sumaria jurídica, en la cual fué Estéban convicto de haber tramado esta infame intriga, el emperador mandó fuese juzgado por los obispos que á la sazon se hallaban en Antioquía, los cuales le depusieron del obispado y le excomulgaron. Constancio admitió entonces á su presencia los enviados del concilio, les acogió muy bien, recibió favorablemente el mensaje, y ordenó inmediatamente se levantase el destierro y se llamase á los prelados confinados. Y aun hasta manifestó sus vivos deseos de ver á san Atanasio, á quien escribió tres cartas de su puño y letra, rogándole viniese á la corte. Hallábase á la sazon en Roma el santo patriarca cerca de san Julio I, á quien colmaron de júbilo estas noticias. Antes de separarse de san Atanasio el soberano Pontífice quiso escribir al clero y á los fieles de Alejandría una carta congratulatoria, en la cual entre otras cosas les decia: « Y en fin, hermanos carísimos, se han colmado vuestros de- » seos; vuestro obispo Atanasio va á seros restituido: acoged » con la mayor honra posible á este ilustre campeon de nues- » tra santa fe. Vosotros habeis sido su consuelo en los países y » naciones extrañas; vuestra fidelidad le ha sostenido en me- » dio de los peligros y persecuciones. Nuestro corazon salta » de gozo al representarnos con la imaginacion el regreso de » nuestro venerable hermano en medio de vosotros, el júbilo » que se manifiesta por do quiera va pasando, la piedad del » pueblo que le va saliendo al encuentro y los transportes de » la muchedumbre que acude de todas partes. ¡Qué dichoso » dia os espera! Acabaráse lo pasado; y ese regreso tan sus- » pirado unirá de hoy en adelante todos los espíritus y todos » los corazones. Os acompañamos anticipadamente en vues- » tros gozos tanto mas cuanto que Dios nos ha hecho la gracia » de conocer personalmente á un hombre tan grande. » Tales eran los sentimientos de caridad universal que animaban á los soberanos Pontífices; y tal era tambien la veneracion que inspiraban las virtudes y el ingenio de Atanasio el Grande. Julio I le dejó salir de Roma, colmado de bendiciones, para An-

tioquía, donde se hallaba Constancio. El emperador recibió á san Atanasio con una benevolencia á la cual ni uno ni otro estaban acostumbrados : hizo borrar de las actas públicas, custodiadas en los archivos del imperio, todo cuanto se habia escrito contra san Atanasio, y le juró solemnemente no dar oidos jamás á sus calumniadores. Hizo escribir á las iglesias del Egipto haciéndoles saber : « que estar unido en comunion » con el venerable Atanasio, será suficiente prueba de las » buenas disposiciones de cada uno. » En fin mandó á los magistrados y pueblo de Alejandría recibiesen al santo patrarca con los honores que rendirian á la persona misma de su soberano. Preconizado con tan brillantes testimonios, el santo patriarca llegó á vista de Alejandría el año 347. Todos los obispos de Egipto y de las dos Libias se habian reunido allí para recibirlo : los magistrados y el pueblo le aguardaban vestidos de ceremonia y de fiesta : la ciudad estaba toda colgada de alfombras, tapices y guirnaldas de flores; la muchedumbre llevaba en las manos ramos que agitaba en signo de júbilo al paso del ilustre desterrado : ningun rastro de los antiguos desórdenes vino á turbar este dia de regocijo universal. Gregorio de Capadocia, el intruso, habia perecido algunos meses antes en un motin popular. El gozo que difundia por toda Alejandría la vuelta del patriarca legítimo, se traslució inmediatamente en las obras por un aumento señalado de fervor y de piedad cristiana. La caridad de los pueblos se manifestaba especialmente en alimentar y vestir á pobres y huérfanos ; cada casa parecia haberse vuelto en una iglesia destinada á la oracion y práctica de las virtudes. Los que hasta entonces se habian mostrado mas fogosos perseguidores de san Atanasio, se apresuraban con mayor instancia á escribirle para entrar en su comunion. Hasta los mismos Ursacio y Valente presentaron al papa san Julio una formal retractacion de su conducta. « Todo cuanto hemos propalado y escrito hasta ahora contra » Atanasio, decian, todas las acusaciones formuladas contra él » y reproducidas por nosotros, las declaramos horribles ca- » lumnias : pedimos perdon por ello á Vuestra Santidad y á

» él. Aun mas, nosotros anatematizamos al hereje Arrio y á » sus sectarios, y os suplicamos nos recibais á la comunion de » la Iglesia. » Los demás prelados desterrados volvieron á ocupar al mismo tiempo sus sillas : Pablo ó Paulo, en Constantinopla; Asclepas, en Gaza; Marcelo, en Ancira; y en aquel momento pudo creerse vencido el arrianismo para siempre jamás.

13. Grande fué sobre todo el júbilo en las soledades de la Nitria y de la Tebáida al regreso de san Atanasio á su ciudad patriarcal de Alejandría : pero nadie entre los monjes experimentó mayor júbilo que san Antonio, cuya alma habia participado de todas las tribulaciones del ilustre proscrito. En el año anterior, san Antonio, guiado por el espíritu de Dios, se internó, solo y apoyado en el báculo que sostenia su anciano cuerpo, en las profundidades del desierto. Se presentó á su vista una gruta cerrada con una piedra que sin duda alguna debió colocar allí una mano humana. « Abrid, dijo el patriarca » tocando á la piedra; vos sabeis quién soy yo, de dónde » vengo y porqué. Yo no soy digno de contemplar vuestro » rostro; mas por amor de Cristo abridme, ó yo muero aquí. » Vino á abrir á esta voz un anciano cuyas canas caian desmelenadas en sus hombros y cuerpo extenuado, arrugado, denegrido por la edad y las austeridades de la penitencia, semejándose mas bien á un esqueleto que no á un hombre, vestido de palmas tejidas en forma de estera. Era san Pablo, primer ermitaño, quien desde el año 250 vivia desconocido de todos los hombres, alimentado con medio pan que venia á traerle á su puerta un cuervo todos los dias por la madrugada. Ambos santos se saludaron con sus propios nombres, sin que ninguno de ellos hubiese oido hablar del otro. Habiéndose sentado en una peña al borde de una fuente que daba sus claras, aguas desde cien años hacia, á este veterano de la soledad, Pablo dijo á su huésped : « Y ¿qué hacen ahora los hombres? » ¿Construyen aun casas nuevas en sus viejas ciudades? ¿A qué » señor obedecen? ¿Es que aun persiguen á los cristianos? » — Antonio respondió á estas preguntas, y dejó la ermita para ir á su monasterio á buscar el manto que san Atanasio le habia

dado y en el cual deseaba san Pablo ser amortajado. San Antonio se apresuró como pudo á caminar toda la distancia que tenia que andar con la diligencia que le permitian sus fuerzas ya agotadas: mas cuando volvió, solo encontró los restos exánimes del santo anciano; y le amortajó con respeto. Un leon vino á ahondar á sus piés, en tierra, un hoyo donde fué enterrado san Pablo, esperando la bienaventurada resurreccion. — Estos detalles tan sentimentales, referidos por el mismo san Atanasio en la *Vida de san Antonio,* que escribió para los solitarios de la Tebáida, iban á despertar en las almas del mundo entero el amor de la soledad y el santo ardor de la perfeccion eremítica. Seducida por el poderoso atractivo de una vida misteriosamente trascurrida en la oracion y contemplacion, una muchedumbre inmensa de jóvenes de ambos sexos se sustraian al tumulto del mundo para hacer al claustro confidente secreto de sus esperanzas y destinos. Roma veia formarse ya en su seno monasterios que rivalizaban en celo y fervor con los florecientes desiertos de la Nitria; y así iba inaugurándose la vida monacal y religiosa en la Iglesia al aspecto de ejemplares tan santos y tan ilustres.

14. En tanto que las grandes reyertas del arrianismo estaban agitando todo el Oriente, y que parecia que la virtud se habia retirado, huyendo, al desierto con los Pablos, Antonios, Hilariones y sus discípulos, la Iglesia de Cartago no habia cesado de ser atormentada y vivamente afligida por el cisma de los Donatistas. Dos Donatos habian sucedido al tristemente célebre *Donato de Casis Nigris,* cuyos amaños hemos referido; el uno se habia hecho obispo cismático del mismo Cartago, y el otro habia usurpado la silla episcopal de Bagaya. Sus partidarios, esparramados por las campiñas y caseríos, *circum cellas,* habian tomado el nombre de *circunceliones,* y daban al mundo un triste espectáculo de nuevo y extraño fanatismo. Inspiraban á las masas el deseo de la muerte para llegar mas pronto al cielo, y se veian bandadas de furiosos que se precipitaban en las gargantas de los montes, á las aguas profundas, á rios, torrentes, estanques y aun á las hogueras que ellos

mismos encendian, por hallar un martirio de que ellos mismos eran víctimas y autores. A veces se desdeñaban de matarse á sí mismos, y obligaban á los que pasaban á hacerles tan insigne favor! Un jóven se encontró un dia con una banda de estos frenéticos, que le presentaron una espada desnuda con órden de pasarlos á todos á cuchillo, so pena de serlo él mismo. El forastero finge acceder muy gustoso á su peticion, pero les declara que no teniendo él vocacion de matarse ni ser matado, les ponia por condicion, para matarlos á ellos, á que estén todos muy bien atados, por temor de que alguno esquive la muerte dándosela á él. Estos locos consintieron de grado en ello. Cuando estuvieron todos muy bien atados, el jóven los azotó á las mil maravillas, y deseándoles mejor éxito, continuó su camino. Los circunceliones, por ardor del martirio, se creian con derecho de infligírselo á los demás : pretendian hacer obra de misericordia cargando de sendos palos á los viajeros indefensos, y aun matándolos para enviarlos al cielo por el camino mas corto. Estos desórdenes exigieron muy pronto la intervencion de la autoridad imperial para reprimirlos. Constante envió dos personajes de su corte, Paulo y Macario, á Cartago con mision de poner coto á tales locuras. Fueron inútiles los medios de conciliacion que trataron de probar los dos lugartenientes del emperador, contra furiosos que querian morir. Hubo de recurrirse á la fuerza armada, que logró dispersarlos despues de muy tenaz resistencia. Donato, el obispo intruso de Cartago, se fugó con todo su clero; su homónimo ó tocayo de Bagaya se echó á un pozo; Maculo, jefe ó cabeza de los sediciosos, se arrojó de lo alto de un peñascar. Los restos de esta secta frenética se escondieron por las soledades y desaparecieron poco á poco: y con ellos se apagó el cisma de los Donatistas, que duraba en la Iglesia de Cartago desde el año 311. Grato, obispo católico de esta ciudad, juntó un concilio á fines de 348 para acabar de pacificar este desgraciado país, y poner medidas que observar respecto de los cismáticos de buena fe, que pedian á grupos numerosos volver á entrar en la comunion con su legítimo pastor. Los catorce cánones

que se decretaron respiran ese espíritu de caridad y misericordia que sabe conservar la disciplina sin comprometer la union por rigores excesivos. Se prohibe administrar de nuevo el sacramento del bautismo á los que lo han recibido ya de los herejes ó de ministros indignos, con tal que haya sido conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es sabido que el error capital de los Donatistas es porque enseñaban la práctica contraria. Se declara tambien en este concilio que no pueden atribuirse los honores del martirio á los que se han dado la muerte á sí mismos, en vista del cielo, como hacian los circunceliones. Por último se dan reglas de conducta al clero y fieles.

15. La paz de que gozaba la Iglesia desde la reunion del Oriente y Occidente en el concilio de Sárdica y dispersion de los circunceliones, solo se hallaba alterada por la persecucion que desde el año 327 habia declarado contra los cristianos Sapor II, rey de Persia. Muy pronto se mudaron en hostilidades abiertas las buenas relaciones de amistad que con este príncipe habia entablado Constantino Magno. Inventó Sapor contra los fieles, en extremo numerosos especialmente en ciertas provincias de aquel imperio, donde ya habia muchas iglesias ó cristiandades, tormentos tan cruelmente ingeniosos, que no habian venido todavía á imaginacion de ningun procónsul romano. Fueron destruidas todas las iglesias y altares, incendiados los monasterios y los monjes maltratados y arrojados cual si fuesen fieras dañinas. En la ciudad de Lubaham se prendió á dos hermanos cristianos, Jonás y Bireh-Jesús, que llevaban á los fieles presos por la fe socorros caritativos. Jonás fué atado á una estaca, medio empalado y azotado con vergas hasta descarnarle las costillas. Zambullido en un estanque helado, se le hizo pasar allí la noche. Al dia siguiente se condujo el mártir al tribunal, y se le intimó de nuevo adorar el sol y el fuego, divinidades de la Persia. « La vida, dijo Jonás, es semejante á » la simiente que el cristiano echa en tierra; si tiene paciencia » para aguardar la hora de la siega, le producirá en el porve- » nir una gloria inmortal. » Los jueces, al decir estas palabras,

le hacen cortar una á una las articulaciones de los piés y de las manos, nudillo por nudillo, y los ponen de muestra en el mármol del pretorio, diciéndole: «No tienes mas que aguar» dar la cosecha; ya ves como hemos sembrado tus dedos; van » á producirte piés y manos al céntuplo.» — «Dios que los » ha criado, me los devolverá,» respondió el santo. Le desuellan en seguida la cabeza y el rostro, le cortan la lengua hasta la raíz, y le arrojan en una caldera de pez hirviendo; mas, por visible proteccion de Dios, la pez salta toda de la caldera sin tocar nada al cuerpo del santo mártir. Los jueces le hacen entonces tender en una prensa de madera para que le desmenuce los huesos: le asierran despues por cuartos y lo arrojan á una cisterna seca, con guardias, para impedir que los cristianos viniesen á llevarse sus preciosas reliquias. — Su hermano, Birch-Jesús, padeció tormentos no menos atroces. Le ajustaron á los brazos dos planchas de hierro incandescente. «Si haces caer una de esas planchas, le dijeron los » jueces, afirmaremos que has renunciado á la fe de los cris» tianos.» — «Ministros de un rey impío, exclamó el santo, » no temo yo vuestro fuego, ni sacudiré mi brazo, y sosten» dré encima cuantas planchas de hierro hecho ascua os placerá » ajustarle.» A estas palabras, los jueces mandaron derramarle plomo derretido en las narices y los ojos, y mandaron volviese á la cárcel y dejarle pasar la noche colgado de un pié. No habian debilitado en lo mas mínimo la constancia del mártir estos tormentos; y al dia siguiente se le golpeó desde luego con zarzas, mas tarde se le metieron en la carne puntas de caña aguzadas, y cuando ya estaba todo su cuerpo abierto por las espinas y por las cañas, los verdugos le agarrotaron con sogas y le volteaban por el suelo. Despues de torturas tan horribles, se le echó en la boca pez hirviendo y azufre inflamado, y dió su espíritu en este último suplicio. Los restos mortales de tan ilustres hermanos, rescatados por quinientos dracmas por Abtusciatas, uno de sus amigos, fueron enterrados honoríficamente por los cristianos.

16. Estas crueldades, que se repetian por toda la extension de

la Persia por mandado de Sapor, redoblaron aun mas á consecuencia de un descalabro que sufrieron las armas de este príncipe, bajo los muros de Nisiba, en Mesopotamia. La muerte de Constantino Magno pareció á Sapor ocasion favorable para hacer una irrupcion en el imperio romano; vino pues en 338 á sitiar á Nisiba, cuyo obispo era Santiago. Era innumerable el ejército de los Persas en infantería y caballería; y traia consigo regimientos enteros de elefantes, que llevaban encima altas torres y máquinas de guerra de toda especie. Mas despues de sesenta y tres dias de sitio, Sapor se vió obligado á retirarse ignominiosamente y regresar á sus Estados. Su ejército, batido y perseguido en todo sentido por las tropas romanas, abrumado de privaciones y cansancio, diezmado por las enfermedades, la peste y el hambre, pereció casi todo. A su vuelta, vengó su derrota en los cristianos. Fueron enviados á todas las provincias soldados á caballo con órden de traer presos á la capital á todos los oradores de Jesucristo. Temian los bárbaros aumentar el horror de los suplicios multiplicándolos en cada localidad, y dispusieron centralizar en cierto modo la persecucion. La historia nos ha legado los nombres de los mas ilustres mártires que derramaron su sangre en testimonio de su fe, durante esta renovacion de persecucion en el año 339. Tales fueron: Sapor, obispo de Beth-Nictor; Isaac, obispo de Seleucia; Abraham, Mahanes y Simeon. Mahanes fué desollado vivo; Simeon medio enterrado hasta el pecho y atravesado de flechas; Abraham perdió los ojos, que se le arrancaron con garfios de hierro incandescente, muriendo dos dias despues; Isaac fué apedreado, y Sapor abofeteado con tal violencia, que le arrancaron dientes y muelas, y despues le hicieron morir á palos. — Pero estas crueldades espantosas no hacian sino aumentar el número de los fieles en Persia: y hemos visto que siempre han producido este efecto las persecuciones en el seno de la Iglesia. En el año siguiente (340), el rey Sapor publicó contra los cristianos un decreto general que condenaba á sus personas á la esclavitud, y se confiscaban sus bienes. Simeon, obispo de Seleucia, era un venerable anciano de quien decia el mismo

Sapor : « He recorrido países lejanos, y nunca he visto nada » comparable á la augusta majestad de su rostro. » Se negó á entregar los vasos sagrados y otras riquezas de su iglesia, y respondió al rey que le apremiaba : « Es patrimonio de los » pobres; y yo moriré antes que entregar este santo depó- » sito. » A esta respuesta, llevaron al santo obispo á un calabozo. Entre la muchedumbre reunida á la puerta de su palacio para verle salir, se hallaba un antiguo eunuco llamado Guhsciatada, que habia sido ayo de Sapor, y que gozaba de la mejor reputacion y de gran ascendiente en la corte. Habia abrazado anteriormente la religion cristiana, mas el temor de la persecucion le hizo apostatar. A la vista del santo obispo, se echó de rodillas implorándole su bendicion. Simeon pasó, volviendo los ojos, para denotarle el horror que le inspiraba su apostasía. Guhsciatada comprendió la profunda y muda elocuencia de esta reprension; é inmediatamente se fué á despojarse de los pomposos vestidos que llevaba, en su calidad de gentil-hombre del rey, se vistió de luto, y se volvió á palacio para presentarse al rey : « Hacedme condenar á muerte, le » dijo, porque he merecido el último suplicio haciendo trai- » cion á mi Dios, y quebrantando la fe que le habia prome- » tido. — ¡ Cómo ! exclamó furioso Sapor ; ¿ tal es el mo- » tivo de tu dolor? Cúrate tú mismo de esa insensata manía, ó » yo te obligaré á obedecerme. — Yo no obedeceré de hoy » en adelante sino al verdadero Dios, y no adoraré jamás á » criatura alguna. — Luego yo adoro criaturas, ¡ miserable ! — » Sí, y lo mas deplorable es que sean criaturas inanimadas. — » Muere pues, » dijo Sapor ; y mandó conducir á su antiguo ayo al suplicio. Como último favor, Guhsciatada le suplicó hiciese publicar que habia muerto por su fidelidad al Dios de los cristianos, á fin de reparar en cuanto era de su parte el escándalo de su apostasía. — La noticia de este martirio colmó de gozo al santo obispo, encarcelado. En el siguiente dia, Simeon fué nuevamente conducido ante Sapor, cuyas amenazas le hallaron tan inflexible como la primera vez. El rey mandó ajusticiar, en presencia del mismo santo, cien presos cristianos, entre los

cuales se hallaban obispos, sacerdotes y diáconos. Simeon les exhortaba y animaba á padecer valerosamente por el nombre de Cristo; y él mismo fué decapitado y martirizado así, el último de esta falange de héroes. Los dos sacerdotes que le acompañaban, Abdaicla y Hananias, tuvieron igual suerte. En tanto que Hananias se quitaba sus vestiduras para entregarse en manos del verdugo, fué sobrecogido de un gran temblor involuntariamente. Fusiquio, intendente de los trabajos del rey, que asistia á la ejecucion del suplicio, lo notó : « ¡Ánimo! » Hananias, dijo al mártir; tened confianza, cerrad los ojos, y » dentro de algunos momentos veréis la divina luz de Cristo. » Estas cortas palabras, denunciadas á Sapor, le valieron á Fusiquio la corona del martirio. Mas el rey quiso que su martirio fuese acompañado de extrañas crueldades; y no era fácil ya inventarlas nuevas. Los verdugos le agujerearon el cuello, y por la abertura le arrancaron la lengua. Espiró en tan horrible tormento. Todas estas ejecuciones tuvieron lugar el 16 y 17 de abril de 341. Sapor, exasperado, lanzó en el mismo 17 de abril un edicto que condenaba á muerte á todos los cristianos cuyos jueces no lograran de ellos renuncia y negacion explícita del nombre de Cristo. No se vieron pues en toda la Persia sino instrumentos de suplicio : los fieles, lejos de renegar de la fe, volaban generosa y valientemente á la muerte, por manera que los verdugos se reconocieron vencidos mas de una vez por la paciencia de sus víctimas. « La Cruz, dice san Maruthas, obispo de » la Mesopotamia, testigo ocular de esta horrible carnicería, brotaba en arroyos de sangre. » Los nombres de todos estos mártires, todos gloriosísimos ante Dios, han quedado ignorados de los hombres por la mayor parte. Se ha conservado entre muchos el de la vírgen Tharba, la cual fué encarcelada con su hermana y su criada ó esclava. Los magos mandaron aserrar sus cuerpos en dos partes : cada una de estas fué cortada despues en seis, y se echaron todos los pedazos en otros tantos cestos, que se colgaron en postes en dos hileras. La reina, entonces enferma, y cuya mala salud atribuian los magos á hechizos de los cristianos, pasó por medio de estos trozos san-

grientos de carne humana, esperando recobrar sus fuerzas á la vista de los restos mutilados de sus víctimas (5 de mayo de 341). Algunos meses despues, el gobernador de la provincia de la Caldea, Hormisdas, y Narses, su hermano, atravesaron á puñaladas con sus propias manos á san Milos, obispo de Suza. El anciano, espirante ya, les predijo que al dia siguiente se matarian ambos, uno á otro. Los asesinos se mofaron de su prediccion. Mas ocurrió que en dicho dia, en una gran caza, persiguieron ambos un ciervo que se habia escapado del ojeo: le lanzaron cada uno sus flechas para matarlo, pero las flechas sin tocar al ciervo, que se escapó por en medio, dieron en ambos hermanos, que quedaron muertos á la hora misma que ellos habian asesinado á san Milos. — Hácia el mismo tiempo arrestaron á Barsabias, abad de un monasterio de la Persia, con los diez monjes que gobernaba. El juez les hizo aplastar las rodillas, romper las piernas, cortarles los brazos, costados y orejas. Se les hirió despues con cañas espinosas los ojos y el rostro; y finalmente el gobernador los condenó á cortarles la cabeza. Barsabias quedó reservado el último. Durante la ejecucion, vino á pasar un mago acompañado de su mujer, sus dos hijos y muchos criados. Tocado de la gracia, en vista del júbilo que resplandecia en el rostro de los mártires entre tan atroces tormentos, muda de vestiduras y toma el vestido de un criado suyo, corre á precipitarse á los piés de Barsabias, y le suplica le admita en el número de sus discípulos y le proporcione la gloria del martirio. El abad consiente inmediatamente, le presenta al verdugo, que le corta la cabeza sin conocer quién era. Barsabias, padre de todos estos mártires, fué decapitado en fin el 3 de junio de 342. — En el mismo año san Sadoth, sucesor de san Simeon en la silla de Seleucia, fué martirizado con otros ciento veintiocho cristianos, en la misma ciudad de Seleucia, donde se hallaba Sapor. Dos años mas tarde, el sacerdote Daniel, y la vírgen Rosa (*Verda* en lengua pérsica) fueron prendidos por órden del gobernador de la provincia de los *Razicheos*, ó Raciquenios. Padecieron durante tres meses las mas crueles vejaciones y tormentos. Entre otros

suplicios, se les taladraron los piés, que se les forzó á tener metidos cinco dias seguidos en agua congelada. Nada era capaz de debilitar su constancia, y el gobernador los condenó á cortarles la cabeza (21 de febrero de 344). En el mismo año, ciento veinte cristianos presos por órden de Sapor, en la provincia de Adiabena, tuvieron suerte igual : una mujer piadosa recogió sus cuerpos, que fueron enterrados de cinco en cinco en un campo vecino á Seleucia (21 de abril de 344). Barbascemino habia reemplazado á san Sadoth en la silla metropolitana de Seleucia. Sapor lo mandó encerrar en un calabozo infecto, á donde se habian arrojado cadáveres de animales podridos. El santo mártir padeció allí mismo once meses esa hediondez, y á mas el hambre y la sed : finalmente fué degollado con sus compañeros el 14 de enero de 346 en Ledan, provincia de los Husitas. — Entristeció cruelmente á esta iglesia, tan afligida ya, una espantosa apostasía acaecida sobre esta época misma. Se delató al gobernador de Ledan á un sacerdote llamado Pablo, que gozaba de inmensas riquezas. Se le prendió con cinco vírgenes consagradas á Dios : Tecla, María, Marta, otra María y Ana. El gobernador comenzó por confiscar en provecho suyo la hacienda de Pablo. Le hizo comparecer ante su tribunal, y le intimó renegar de Cristo y adorar al Sol. « Así es como re» cobrarás, le dijo, el dinero que se te ha quitado. » El infeliz, que amaba mas sus riquezas que no á su alma, consintió en abjurar. Esta debilidad de modo alguno entraba en las miras del gobernador, que deseaba guardar los bienes confiscados. Y dijo al apóstata : « Si quieres probarnos la sinceridad de tu » retractacion, es menester que mates con tu propia mano las » cinco vírgenes á quienes has inculcado tus creencias, y que » han sido arrestadas y presas contigo. » El miserable y obcecado apóstata accedió á esta condicion tan infame, y asiendo un puñal afilado, se echó sobre estas heróicas mártires. « ¡ Como! » le dijeron ellas, pastor cobarde; ¿así es como os echais so» bre vuestro rebaño? así es como en lugar de apacentar vues» tras ovejas, las degollais? » Pablo no hizo caso alguno. En medio de una muchedumbre de gente que lo trataba de exe-

crable verdugo, terminó su horrible mision, y degolló con sus propias manos á las cinco vírgenes (6 de junio de 346). Ni aun á tanta costa pudo volver á entrar en posesion de su hacienda; porque el gobernador, para asegurarse del dinero de que ya se habia posesionado, le mandó ahogar en la noche siguiente (1). La persecucion continuó en el reino de Persia hasta la muerte de Sapor II en 380, despues de setenta años de reinado, de crueldades y de barbarie.

17. Durante su reinado, uno de los mas largos de que habla la historia, prosiguió constantemente el doble objeto de aniquilar el cristianismo en sus Estados, y engrandecer el reino de Persia, á expensas de las provincias limítrofes del imperio romano. En 350, Constancio, que se habia adelantado hácia la Persia para guardar sus fronteras, se vió imprevista y repentinamente llamado al Occidente por acontecimientos de la mayor trascendencia. Sapor II se aprovechó de este alejamiento inesperado para renovar sobre la ciudad de Nisiba la empresa que tan mal le salió en 338. Volvió pues segunda vez con fuerzas considerables, muchedumbre de elefantes, pertrechos y máquinas de guerra. Le acompañaban para esta empresa los reyes de la India con tropas auxiliares. Seguro de la victoria, intimó á los habitantes que se rindiesen, so pena de ver arrasada su ciudad. Animados por Santiago, su santo obispo, se prepararon á una vigorosa resistencia. Durante sesenta dias pone en movimiento todas sus máquinas; parte de los fosos es terraplenada, se baten las murallas con el ariete, se cavan soterráneos y se hacen minas, se le hace mudar de corriente al rio Migdonio, á fin de hacer rendir á los habitantes por la sed. El valor de los sitiados hace inútiles todos esos trabajos: pozos y manantiales artificiales les suministran

(1) Las actas auténticas de la persecucion de Sapor II, en Persia, no habian sido conocidas en Europa hasta el pontificado de Clemente XI (1700-1721), quien las mandó copiar á expensas de mucho trabajo y gastos, de los manuscritos conservados en los monasterios de la Nitria, manuscritos que los monjes egipcios no quisieron ceder jamás, ni aun pagándoselos á peso de oro. La importancia que daba este gran papa á dichos monumentos, es la garantía mas segura de su autenticidad.

agua en abundancia. Sapor recurre á un medio increible. Detiene al rio por arriba de la ciudad con un dique entre dos montañas; por bajo de la ciudad, levanta otro dique aun mas considerable; deja soltar entonces el dique superior; las aguas se lanzan agolpadas, y con furioso empuje se precipitan contra los muros de la ciudad sitiada : los conmueven algo, pero no pueden abatirlos. Retenida esta inmensidad de agua por el dique inferior, forma muy pronto un mar, en medio del cual se levanta, como isla, la invencible Nisiba. Los Persas se aprovechan de esta situacion, que tenian prevista, y atacan á los sitiados con muchedumbre de barcas armadas de guerreros. Los habitantes no se aturden ni pierden el ánimo : con arpones y otros utensilios se traen las barcas que pueden cautivar, echan otras á pique y las ponen en desórden á todas, con peñascos lanzados sobre ellas, y otros ardides de guerra. En medio de este tan extraño combate, se rompe el dique inferior : las aguas, largo tiempo retenidas, se precipitan por las aberturas y arrastran consigo las barcas de los sitiadores, á pesar de los esfuerzos de los remadores, y dan en tierra con dos bastiones de la muralla. Sapor se cree en fin dueño de la ciudad, y manda á su ejército que se prepare el dia siguiente para montar á la brecha y escalar los muros; se dió el asalto con furioso encarnizamiento. Los Persas avanzan sobre un terreno húmedo y fangoso. Se les deja acercar hasta el borde del foso, que era muy ancho y profundo, y en el cual el estanco de las aguas por tantos dias habia formado profundo cenagal. Llegados allí, en tanto que buscan medios de pasar, se ven asaltados de una lluvia de piedras, de fuegos y de dardos : los unos caen aterrados ó mortalmente heridos; otros quieren huir y volver atrás, mas los que venian detrás les empujan adelante : hombres, caballos, elefantes, máquinas, todo se encharca en el fango y perece sin remedio por no poder salir del limo. Sapor, forzado á tocar á retirada, suspendió por un dia entero el ataque por dejar que el terreno se consolidase. Volvió á la carga dos dias despues, y se quedó sorprendido al ver detrás de la brecha nuevas murallas que los sitiados habian

levantado con inaudita actividad. Sapor furioso dispara una flecha contra el cielo y hace morir á muchos sátrapas que le habian predicho el mas magnífico triunfo. Esta hermosa y heróica defensa estaba mandada y dirigida por el padre político de Joviano, cuyo yerno veremos mas tarde ceñir la corona imperial. El cielo se encargó de coronarla con un acontecimiento milagroso. El diácono san Efren condujo al muro al santo obispo de Nisiba, Santiago, para que como otro Moisés levantase las manos al cielo y alcanzase la victoria. En vista de la infinita muchedumbre de Persas, cuyas tiendas cubrian toda la llanura, Santiago rogó al Señor confundiera su orgullo. De repente vino á descargar sobre el ejército de Sapor una nube de mosquitos, cual se ven á veces en el Oriente. Estos insectos penetraban por las trompas de los elefantes, en las narices y orejas de los caballos y demás animales de carga, que entraban en furor, derribaban á los jinetes, rompian las filas de los escuadrones, y huian, llevando consigo el sutil enemigo de que nadie podia librarlos. Sapor II se vió forzado á reconocer el poder de Dios, levantó el sitio despues de tres meses de tan inauditos como inútiles esfuerzos, y se retiró vergonzosamente. — Santiago murió algunos dias despues, dejando memoria de una vida santísima y de número infinito de prodigios obrados por su intercesion. San Efren, su discípulo y su diácono, abrazó la vida monástica en las cercanías de Edesa. Nacido de una familia pagana, la gracia previno su corazon; vino á echarse á los piés de Santiago de Nisiba, el cual le educó como á un hijo, le ordenó diácono y le guardó consigo, y le llevó á pesar de su mucha juventud al concilio de Nicea. La humildad de san Efren era tal, que habiendo sido acusado de un crímen cometido por otro, soportó mucho tiempo la confusion pública sin quejarse jamás; y no consintió en justificarse sino por temor de hacerse reo de escándalo. En su soledad vivia en una gruta formada naturalmente al pié de una roca, y pasaba allí dias y noches en meditar las sagradas Escrituras. Un viejo solitario, bajo cuya direccion se habia puesto, le halló un dia acabando su Comentario sobre el Génesis. Habiéndolo leido,

lo llevó, sin decir nada á su autor, á los magistrados, profesores y sacerdotes de Edesa, que quedaron atónitos. Muy pronto se extendió por todo el Oriente la famosa reputacion de Efren. Los cantos gnósticos de Harmonio, hijo de Bardesana, se habian conservado por tradicion en la memoria de las poblaciones del Asia. Efren compuso poesías católicas en siríaco, en ritmo melodioso. Enseñó por sí mismo á las vírgenes cristianas á cantarlas en las asambleas de los fieles. Muy pronto fueron echadas en olvido las poesías del hereje, y aun hasta hoy dia repiten esos piadosos cánticos las cristiandades de la Siria. Efren tenia particular talento para el púlpito. Muchas veces en medio de sus sermones estaba obligado á interrumpirse para dar desahogo á los sollozos de su conmovido auditorio. Las fatigas del apostolado y las instrucciones que componia á uso de los monasterios compartian por mitad su tiempo. No abandonó jamás su retirada gruta sino por ver á san Basilio de Cesarea, cuya reputacion de santidad y elocuencia habia llegado á sus oidos. De vuelta á su gruta compuso un panegírico en loor de este gran obispo. Todas sus obras están escritas en siríaco, lengua nativa del santo diácono, el cual terminó su carrera el 28 de enero de 379.

18. El inesperado acontecimiento que habia llamado á Constancio desde las fronteras de la Persia hasta el Occidente era una triple usurpacion. Constante, su hermano, que reinaba en Tréveris, habia elevado desde la esclavitud al grado de capitan de sus guardias á un oficial llamado Magnencio. Un dia, en un motin militar los soldados descontentos del favorito querian matarlo; Constante le escudó con su manto de púrpura y le salvó la vida. Magnencio en una salida á caza mató á su bienhechor y se apoderó de la corona, mostrándose ingrato, cruel y asesino. Las Galias, España, África y parte de la Italia se declararon por el nuevo emperador (350); y á la noticia de este asesinato, Nepociano, sobrino de Constantino Magno por su hermana Eutropia, se pone al frente de una tropa de gladiadores, sorprende á Roma, se apodera de ella (3 de junio de 350), y hace derramar arroyos de sangre. Procla-

mado emperador, solo tuvo veintitres dias la corona; porque al cabo de ellos Roma fué reconquistada por un general de Magnencio, que acudió en persona para gozar del triunfo, mandó pasear por las calles la cabeza de Nepociano en la punta de una lanza, y mató á todo lo que de cerca ó de lejos era de la familia de Constantino Magno. — Por otra parte las legiones de la Iliria, ya desde el 1°. de marzo del mismo 350, habian proclamado emperador á su anciano general Vetranion. Este nuevo César no sabia leer; y se puso con mucha diligencia á aprender el alfabeto: pero Constancio interrumpió su ardor literario. Porque llegado á la Dalmacia le depuso, le perdonó la vida y lo confinó á Prusa, en Bitinia, para que terminase sus dias en un retiro opulento. Vetranion vivió todavía seis años con vida muy retirada y edificante por su piedad: llegó en fin á saber leer y escribir, y decia á Constancio: « Haceis mal de no renunciar al imperio, y de no tomar parte » en la felicidad que procurais á otros. » [Hablaba el experimentado y desengañado anciano de la dicha de que él gozaba en su retiro.] — Magnencio era un rival mucho mas temible; pero dos victorias consecutivas, la una en Mursa, provincia de la Panonia (23 de setiembre de 351), en donde quedaron cerca de cincuenta mil soldados en el campo de batalla; la segunda en las Galias (11 de agosto de 353), — ambas batallas perdidas por él, — terminaron la contienda á favor de Constancio. Magnencio, amenazado de sus propios soldados, manda matar á cuantos amigos y parientes tenia, á su propia madre, y en fin se mata á sí mismo. Decencio, que habia sido creado César, se ahorca á sí mismo, y Constancio queda definitivamente constituido dueño único de todo el imperio.

19. La muerte de Constante llenó de consternacion á todos los católicos. San Atanasio, á quien habia amado siempre este príncipe, derramó lágrimas amargas, aun en presencia del emisario mismo de Magnencio que se la comunicaba. Y en efecto, si Constancio habia devuelto la paz á la Iglesia, lo habia hecho sobre todo por obedecer á las reiteradas solicitudes de su hermano, á quien respetaba mucho. Libre en ade-

lante de seguir sus instintos personales, que le hacian propenso al arrianismo, volvió á comenzar su papel de perseguidor respecto de los ortodoxos. Era todavía, como siempre, el eunuco Eusebio su favorito y su consejero. Ursacio y Valente, cuya solemne retractacion, dirigida al papa san Julio, no habia sido sino una disimulacion hipócrita, no habian dejado su corte, y continuaban siempre en ella. Los obispos orientales, Narciso de Nerionada, Teodoro de Heraclea, Basilio de Ancira, Eudoxio de Germanicia, Demófilo de Berea, Cecropio de Nicomedia, Silvano de Tarso, Macedonio de Mopsuesta y Marcos de Aretusa, arrianos la mayor parte, seguian el ejemplo de aquellos dos, y se mostraban mas de ordinario y mas placenteros en la tienda de campaña del emperador, ó en los salones del palacio, que no fieles á su canónica obligacion de residir en sus diócesis. Todos estos prelados y otros, reunidos en número de veintidos, se formaron en concilio en Sirmio, capital metrópoli de la Iliria, en donde residia Constancio despues de la batalla de Mursa. El objeto aparente de este concilio era la condenacion de Fotino, obispo del mismo Sirmio, que enseñaba la doctrina de Sabelio y de Paulo Samosateno, y sostenia que Cristo no era antes de su madre. Fotino ya habia sido depuesto anteriormente en el concilio de Sárdica, pero se habia sostenido en su silla por el favor popular que habia sabido ganarse. El concilio de Sirmio renovaba el anatema, en lo cual fué aprobado por los católicos; pero los obispos presentes quisieron formular una profesion de fe, y era ya la sexta que ensayaban los Arrianos. El término de *consustancial* fué omitido á propósito y reemplazado con expresiones capciosas y equívocas que podian interpretarse en sentido ortodoxo, sin combatir empero el error arriano: lo que explica los diversos juicios que han hecho sobre esto los santos Padres. San Hilario de Poitiers, que la examinó á fondo, la halló satisfactoria: mas otros la han mirado como muy sospechosa. Y en efecto la calculada omision del término de *consustancial,* usado por el concilio Niceno, es por sí sola bastante motivo de sospecha. La terquedad con que mas tarde hacian suscribir esta fórmula los obis-

pos arrianos, la hicieron mirar con motivo como un insidioso compromiso entre el error y la verdad. —El concilio de Sirmio ponia así una *piedra de escándalo* á las futuras persecuciones de Constancio. Este príncipe, desde el principio de este mismo año (351) habia enviado secretamente á Filipo, prefecto del pretorio de Constantinopla, órden de arrestar al santo patriarca Paulo y de confinarle. La virtud del venerable metropolitano hacia sombra á los prelados cortesanos; y el primer paso dado para perturbar la paz de la Iglesia, despues de la muerte de Constante, fué dirigido contra él. Filipo llamó al santo patriarca al palacio de los gobernadores, so pretexto de una comunicacion oficial que tenia que hacérsele; le condujo á un bajel que estaba en el áncora y le alejó de su iglesia de Constantinopla por la cuarta vez, en la cual volvió á entrar de mano armada el intruso Macedonio, sobre cadáveres de tres mil fieles que habian querido oponerse á su usurpacion. Conducido á los desiertos del monte Tauro, Paulo fué echado en un calabozo, donde se le dejó seis dias sin alimento alguno. Como aun respiraba, los satélites le ahogaron, y Constancio acogió la noticia de esta muerte con mas júbilo que si hubiese sido de una victoria contra Magnencio ó contra los Persas.

20. El cielo, empero, no escaseaba las mas vivas amonestaciones á este príncipe desventurado. Casi al mismo tiempo recibia de san Cirilo, obispo de Jerusalen, la carta siguiente: « En tiempo del gran Constantino de feliz memoria, vuestro » padre, fué hallado en Jerusalen el santo madero de la Vera » Cruz. En vuestros dias, oh príncipe, los milagros no vienen » ya de la tierra sino del cielo mismo. Durante las últimas fies- » tas de Pentecostés en las nonas de mayo (dia 7), hácia la hora » de tercia (9 de la mañana), se ha aparecido una inmensa cruz » luminosa, suspendida en los aires, sobre el monte Gólgota, » y extendiéndose hasta la montaña de las Olivas. No fué un » fenómeno pasajero; pues que ha subsistido durante muchas » horas visible á todo el mundo, mas brillante que el sol, cuya » luz hacia desaparecer, siendo la suya mucho mas reluciente. » Todo el pueblo acudió á la iglesia en masa con sentimientos

» encontrados de temor y de gozo : jóvenes y ancianos, hom-
» bres y mujeres, cristianos del país y extranjeros, hasta los
» mismos paganos, todos, todos alababan á una voz á nuestro
» Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que hace brillar así su
» potencia con tales prodigios. » San Cirilo concluye su carta ansiando por que el emperador glorifique para siempre jamás á la santísima y *consustancial* Trinidad. Este deseo no hubo de realizarse, y el arrianismo, un momento abatido, iba muy pronto á levantarse mucho mas amenazador y terrible.

21. El papa san Julio no presenció la nueva tormenta que iba á descargar sobre la Iglesia, de la que se mostró tan animoso defensor. Murió en Roma el 2 de abril de 352, despues de quince años de pontificado. Fué enterrado en el cementerio *Calepodio* en la via *Aurelia,* y trasladado despues á la iglesia de Santa María *Trans Tiberim*. Se ha dicho que el papa san Julio ha sido el primero que haya ordenado celebrar la fiesta de Navidad en 25 de diciembre : Pagi es de este parecer; pero en la gran coleccion de los concilios, tomo II, p. 1255, se ve que la institucion de esta solemnidad es posterior á la época de este papa. Julio I, eminente por su piedad, su carácter firme y elocuencia verdaderamente apostólica, creó, en tres ordenaciones, nueve ó diez obispos, diez y ocho presbíteros y cinco diáconos.

CAPITULO III.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE LIBERIO (22 de mayo de 352-24 de setiembre de 366).

1. Eleccion del papa Liberio. — 2. Nuevas acusaciones de los Arrianos contra san Atanasio. Caida de Vicente de Capua. — 3. El papa Liberio reprueba la conducta de Vicente de Capua, su legado. — 4. Concilio de Milan (355). — 5. Destierro de san Atanasio por Constancio (355). — 6. Carta del papa Liberio á los obispos desterrados. — 7. Destierro del papa Liberio á Berea, en la Tracia. — 8. Caida de Osic de Córdoba. Segundo concilio arriano de Sirmio. — 9. Estado de la cuestion acerca de la caida controvertida del papa Liberio. — 10. Semi-Arrianos. Anomeos. Aecianos. Eunomianos. Eunomio-Eupsiquianos. — 11. Concilios arrianos de Cesarea, Antioquía, Ancira y tercero de Sirmio. — 12. Concilio de Rímini (359). — 13. Concilio de Seleucia (359). — 14. Concilio de Constantinopla (360). Primer concilio de París. — 15. Concilio de Antioquía (361). — 16. Muerte del emperador Constancio. — 17. Primeros estudios y amistad de san Gregorio Nacianceno y san Basilio de Cesarea. — 18. San Cirilo de Jerusalen. Sus *Catequesis*. — 19. San Narses, patriarca de Armenia. — 20. Doctores del Occidente : San Hilario de Poitiers, san Martin de Tours, san Eusebio de Verceil, san Paulino de Tréveris, Lucífero de Cagliari. Nacimiento de los santos Ambrosio, Jerónimo y Agustin. — 21. Juliano Apóstata, emperador. — 22. Carácter y causas de la persecucion de Juliano Apóstata. — 23. Edicto que vuelve á llamar á los desterrados, y que por otra parte despoja al clero de sus inmunidades, y á las iglesias de sus bienes. — 24. Regreso de san Atanasio á Alejandría en 362. — 25. Concilio de Alejandría. — 26. Edicto de Juliano Apóstata prohibiendo á los cristianos el estudio de las humanidades ó bellas letras. — 27. Juliano trata de reedificar el templo de Jerusalen. Muerte de Juliano. — 28. Macedonio. Su herejía. — 29. Muerte del papa Liberio.

PONTIFICADO DE LIBERIO (22 de mayo de 352-24 de setiembre de 366).

1. El 8 de mayo de 352, Liberio, diácono romano, ordenado por san Silvestre, fué elevado al soberano pontificado. Era sumamente virtuoso y humilde, y exacto en el ejercicio de las funciones de su estado : resistió largo tiempo antes de aceptar esta dignidad : se diria que tenia un presentimiento de las borrascas que se habian de levantar contra la barca de Pedro; aceptó por fin, sometiéndose á la voluntad de la Providencia. Era ya entonces considerada la Silla Romana por el mundo todo, hasta por los paganos mismos, como una autori-

dad elevadísima y universal. « Cuando yo considero, dice » Amiano Marcelino, hablando del supremo pontificado, el es- » plendor de la Silla de Roma, me hago cargo de todos los » amaños é intrigas que deberia de haber para entronizarse en » ella. Los obispos de esta ciudad reciben los mas considera- » bles presentes de las matronas romanas; se les ve parecer » en público en carruajes espléndidos, vestidos de suntuosos » ornamentos, y su mesa excede en magnificencia á la de los » mismos reyes » (Ammian. Marcel., lib. 27, nº. 3). Quitando lo que debe de tener de exagerado el testimonio de un gentil hostil á nuestra religion, prueba sin embargo el cuidado que ya se tenia en el cuarto siglo de rodear á los soberanos Pontífices de toda la honra posible; y esto mismo realza el mérito del humilde diácono que tanto se resistia á revestirse de tal dignidad. El nombre de Liberio, objeto de controversia entre los hombres, tiene al menos esta gloria incontestable delante de Dios.

2. Los obispos arrianos, despues del destierro y martirio del patriarca san Paulo de Constantinopla, no cesaban de rodear á Constancio para empujarle mas y mas en la via de las persecuciones contra la fe católica: san Atanasio era siempre objeto principal de su odio. Ursacio y Valente comenzaron por retractar públicamente el acto de sumision al concilio Sardicense, que habia sido escrito y firmado de su puño y letra, y entregado con sus propias manos al papa san Julio I. Volvieron á entablar su sistema de recriminaciones y calumnias contra el patriarca san Atanasio. Le atribuyeron, como á delito, el haber logrado la amistad y benevolencia del emperador Constante. Le acusaban de haber abrazado el partido de Magnencio, porque, durante el efímero reinado del emperador, habia ofrecido asilo en su palacio de Alejandría al santo obispo de Tréveris, Maximino, de quien durante su destierro habia recibido la mas generosa hospitalidad. Finalmente, acabaron de desacreditarlo y perderlo en el ánimo de Constancio, acriminándole una accion muy sencilla, muy indiferente, la de haberse construido en Alejandría una iglesia á expensas del

tesoro público, é inaugurado por el arzobispo sin participacion del emperador. No era menester mas para hacerle olvidar á Constancio ya las cartas que habia escrito, él mismo, en otro tiempo al patriarca, ya las promesas solemnes de no dar oidos jamás á sus calumniadores. Se dirigió al papa Liberio para solicitar la condenacion de Atanasio (352). Liberio juntó un concilio en Roma para someterle las cartas del emperador y las de los obispos del Egipto que, unánimes, protestaban contra las calumnias arrianas y afirmaban y atestiguaban la inocencia de su metropolitano. La decision fué: que seria contrario á todas las leyes divinas y humanas anatematizar á un obispo cuya fe era la de la Iglesia, y cuyas virtudes llenaban de admiracion al mundo entero. La respuesta de Liberio fué expresion de este mismo sentimiento: mas irritó tanto á Constancio, que inmediatamente publicó un edicto para decretar pena de destierro contra cuantos no suscribieran á la condenacion de Atanasio. Esperando mitigar el ánimo del emperador, Liberio le envió á Vicente de Capua, que con Osio de Córdoba habia presidido al concilio de Nicea como legado del papa san Silvestre. Este prelado tenia mision de empeñar al emperador á que aprobase la reunion de un concilio general en Aquileya para el año siguiente, á fin de cortar y dar término á estos eternos debates con una decision irrevocable. Vicente de Capua encontró al emperador en Arles, donde los obispos arrianos, que le acompañaban en todos sus viajes, acababan de reunirse en concilio y procedian ya á la condenacion de Atanasio. El legado, circunvenido, obcecado y seducido por intrigas de cortesanos, vacilante é indeciso por las amenazas y seducciones, se olvidó del carácter de que se hallaba revestido, y consintió por fin en suscribir al anatema formulado contra san Anatasio. Por el contrario, san Paulino, que acababa de suceder á san Maximino en la silla de Tréveris, dió ejemplo de valerosa resistencia. Fué confinado á la Frigia, y tuvo la gloria de morir cinco años despues en este destierro, padecido por la justicia y por la verdad (353).

3. La caida de Vicente de Capua llenó de amargura el

corazon del papa Liberio. Escribió inmediatamente á Osio. « Esperaba yo mucho de su intervencion, dice : era conocido » personalmente del emperador, á quien ya habia remitido an» teriormente las actas del concilio Sardicense. Sin embargo » no solamente no ha alcanzado nada, sino que se ha dejado » arrrastrar á una fragilidad deplorable. Estoy doblemente » afligido, y pido á Dios morir antes que prestarme jamás al » triunfo de la injusticia. » Lo mismo decia este papa en otra carta á Fortunaciano, obispo de Aquileya, cuya virtud apreciaba mucho, y esto mismo escribia tambien á Eusebio, de Vercelli. Este último acababa de ser elevado á la silla episcopal de esta ciudad, y ya presentaba el espectáculo de la mas eminente virtud. Fué el primero que en el Occidente juntó la vida monástica con la clerical. Seguia él mismo con sus clérigos los ejercicios de los monjes en el desierto, partiendo el tiempo entre la oracion, las prácticas de la penitencia, la lectura de libros santos y el trabajo de manos. Su comunidad, regularmente instituida, tomaba tambien el nombre de monasterio, y vino á ser una escuela de donde mas tarde salieron ilustres obispos. San Eusebio de Vercelli sacaba de la austereza de esta vida la fuerza de que tuvo necesidad mas tarde para sobrellevar las persecuciones de los Arrianos. Liberio, no contento con tomar consejos de tan santos personajes, envió á Lucífero, obispo de Cagliari, metropolitano de la Cerdeña, al presbítero Pancracio y al diácono Hilario, encargados de entregar al emperador en persona una carta respetuosa pero firme, en la cual desaprobaba la conducta de Vicente de Capua, é insistia de nuevo sobre la necesidad de reunir un concilio general, para examinar atentamente las cuestiones en litigio, « y conservar, dice á Constancio, en toda su integridad » la fe que la Iglesia católica ha proclamado unánimemente en » presencia de Constantino el Magno, vuestro padre, de santa » y gloriosa memoria » (354). Consintió muy gustoso el emperador en la convocacion de un concilio, é indicó Milan como lugar para su celebracion. Nunca se vió príncipe alguno mas á su sabor en medio de aquellos debates teológicos, que

amaba con gran pasion, y entre obispos á quienes se lisonjeaba saber reducir á su opinion, ya por amaños, ya por seducducciones, ya por la violencia. Los obispos arrianos, que le llamaban *Vuestra Eternidad*, cuyo título negaban al propio Hijo de Dios, tenian gran cuidado de alimentar y aun fomentar esta manía de su señor y amo por frecuentes conciliábulos, donde se recibian sus pareceres como oráculos : y tantos prelados, que se decian cristianos, no se avergonzaban de seguir en materias de fe las lecciones de un teólogo coronado, que no solo aun no habia recibido el bautismo, sino que ni aun era catecúmeno.

4. Se reunió pues el concilio de Milan hácia principios del año 355 : se hallaron mas de trescientos obispos de Occidente. Los orientales asistieron en número mucho mas inferior. Tres legados le presidieron en nombre del papa Liberio, y eran los mismos á quienes en el año anterior habia diputado cerca de Constancio, á saber : Lucífero de Cagliari, el presbítero Pancracio y el diácono Hilario. Desde la apertura de las sesiones, Eusebio de Vercelli propuso hacer suscribir á todos los Padres el símbolo de Nicea, para proceder luego, en la unidad de la fe, al exámen de las demás cuestiones. Dionisio, obispo de Milan, creyó de su deber ir á firmar el primero; pero Valente de Mursa le arrancó de las manos papel y pluma, y exclamó que nada se haria por esta via. Siguióse á este acto de violencia una escena tumultuosa : el pueblo agolpado al rededor de la iglesia principió á alborotarse gritando : « La fe está » vendida por los obispos. » Se temió una sedicion y Constancio ordenó á los Padres se trasladase el concilio á un salon del palacio. Desde este dia el concilio perdió su libertad. El emperador mandó entregarle un escrito de su mano, en que sostenia la doctrina de Arrio y la hacia obligatoria á todas las iglesias del imperio. Lucífero de Cagliari, legado del papa, respondió con noble entereza : « Aun cuando armase Constancio contra nosotros á todos sus soldados, no nos obligará » jamás á renegar de la fe de Nicea, ni nos forzará nunca á » firmar las blasfemias de Arrio. » Tampoco lograron las ame-

nazas la condenacion de san Atanasio. El emperador, sonrojado por esta resistencia inesperada, hizo ir á su presencia á Lucífero de Cagliari, á Eusebio de Vercelli y á Dionisio de Milan, tres prelados cuya influencia era la mas generalmente conocida. « Yo soy, dijo el emperador, quien personalmente » acuso á Atanasio. Creed pues á la verdad de mis aserciones. » — No se trata aquí, respondieron los obispos, de un nego» cio temporal, en que pudiera ser decisiva la autoridad del » emperador; sino de un juicio eclesiástico, en el cual ha de » procederse con igual imparcialidad entre el acusador y el » acusado. Atanasio está ausente; no puede ser condenado sin » ser oido: se opone á ello la regla de la Iglesia. — Pero lo » que yo quiero, dijo Constancio, ha de servir de regla. Los » obispos de la Siria lo reconocen así; obedeced pues, ó seréis » desterrados. » Los prelados se inclinaron, y se salieron. Se dice que Constancio llegó hasta desenvainar la espada contra ellos. En el siguiente dia fueron conducidos al destierro por tribunos militares, al través de la muchedumbre, que lloraba viéndose separada de sus amados pastores. El diácono Hilario, cuya firmeza habia desagradado mas, fué azotado públicamente antes de salir para su destierro. El resto de los obispos, hasta el mismo Fortunaciano de Aquileya, tuvieron la debilidad de firmar la condenacion de Atanasio.

5. Atanasio habia estado esperando en Alejandría, con la serenidad de una conciencia pura, que viniese á descargar sobre él esta borrasca. Desde el año 353, los Arrianos habian suplantado en su nombre una carta al emperador Constancio, en la que se fingia que el patriarca le pedia el permiso de venir á la corte. Constancio le envió inmediatamente un oficial de sus guardias con una respuesta que le otorgaba el permiso con todas las facilidades para el viaje. San Atanasio, que adivinó el enredo, pues que nada habia solicitado, se quedó en medio de su amado rebaño. Los acontecimientos se fueron precipitando despues, y cada dia aumentaba el peligro. Los fieles de Alejandría estaban alerta velando sobre su venerado pastor. Apenas se hubo acabado el trágico fin del concilio de Milan, llegó

á Siriano, comandante de las tropas de Alejandría, órden para prender á san Atanasio y enviarlo á destierro. Siriano se vió harto embarazado para llevar á cabo semejante comision, en una ciudad populosa toda entera afectísima á su arzobispo, y juró á aquellos á quienes habia mostrado el rescrito imperial, no ejecutarlo hasta la vuelta de una deputacion que envió á Constancio suplicándole anulara su primera determinacion. Esta promesa solemne, seguida de unos veinte dias de la mayor calma, adormeció los cuidados é hizo cesar toda sospecha. Pero el 7 de febrero de 356, hácia media noche, la iglesia de San Theonas, en la cual se habian reunido con Atanasio todos los fieles para las vigilias de una fiesta solemne (probablemente la de la inauguracion de la cuaresma), se vió repentinamente cercada por una division de cinco mil soldados paganos al mando de dicho Siriano. Se rompen las puertas, penetran en la basílica los soldados armados, resuenan las trompetas é interrumpen el canto piadoso de los salmos. Vuelan disparadas las flechas por la inmensa asamblea, haciendo víctimas al azar; desenváinanse las espadas y arrójanse las lanzas contra una muchedumbre sin defensa, atravesando mujeres, ancianos, sacerdotes, vírgenes consagradas á Dios. Huye el pueblo tumultuosamente por todas las salidas; los soldados van persiguiendo y matando sin cesar. Solo Atanasio quedó inmoble en el sitial que ocupaba. Los clérigos le suplican que mire por su vida. «El puesto del pastor está en medio » de su rebaño, » responde este grande hombre. Finalmente, sus clérigos y sacerdotes se lo llevan por fuerza, y quieren abrirse camino al través de la fugitiva muchedumbre y de los soldados : mas Atanasio, empujado y apretado por todos lados, sofocado entre aquella muchedumbre, cae desmayado, y se lo llevan como muerto. Por una especie de milagro, se salva de todas las pesquisas de sus perseguidores, y pocos dias despues se hallaba en el desierto entre sus amados religiosos, que le recibieron como á un ángel del cielo. Ya no encontró allí á san Antonio, que acababa de morir (el 17 de enero 356), y á la edad de ciento y cinco años fué á recibir la corona reservada

á sus virtudes. Segun sus órdenes, dos discípulos suyos le habian enterrado en un lugar, solo conocido de ellos : habia legado, antes de morir, su túnica de piel de oveja á san Atanasio, y el ilustre patriarca recibió en el destierro este presente del padre del desierto. La persecucion continuó en Alejandría despues de la salida de Atanasio. Los paganos quemaron á las puertas de las iglesias los vasos sagrados y los Libros santos. Las mujeres y vírgenes sagradas fueron indignamente ultrajadas, y los Arrianos pusieron colmo á estos excesos enviando por obispo intruso á Jorge de Capadocia, hombre grosero, sin la menor instruccion y deshonrado por una mala bancarota. Fué puesto á mano armada en posesion de la silla durante la cuaresma de 356. La Iglesia honra como mártires á los fieles que murieron en esta circunstancia. La persecucion se extendió á los obispos del Egipto, quienes, en gran mayoría, quedaron fieles á Atanasio. Diez y seis de ellos fueron condenados al destierro, y otros treinta arrojados de sus sillas que se dieron á intrusos. Un edicto del emperador, publicado á solicitud de Macedonio, obispo arriano de Constantinopla, declaró reos de lesa majestad á todos los defensores del término *consustancial;* se les habia de arrojar de las ciudades, y arrasar sus iglesias. Este decreto se ejecutó con el mayor rigor; y las vejaciones crueles á que dió lugar su ejecucion valieron á muchos católicos la gloria del martirio.

6. El papa Liberio escribió á los obispos desterrados una encíclica llena de los mas celosos y tiernos sentimientos. « ¿Qué » alabanzas podré daros yo, les dice, hallándome combatido á » la vez por el dolor de vuestra ausencia y el júbilo de vuestra » gloria? El mejor consuelo que pudiera ofreceros es que os » digneis considerarme desterrado con vosotros. Hubiera de- » seado, carísimos hermanos, ser el primero inmolado por » todos vosotros, y daros ejemplo de la gloria que os ha- » beis granjeado; mas esta prerogativa es la recompensa de » vuestros méritos. Suplico pues á vuestra caridad me creais » presente á vosotros, y penseis que mi mayor dolor es el » verme privado de vuestra compañía. Pues que la tribulacion

» os aproxima al Señor, ofrecedle por mí vuestras oraciones, » para que podamos sobrellevar con paciencia las violencias » á que estamos expuestos cada dia. Rogad á la divina mi- » sericordia que la fe quede incontrastable é inviolable ; que » la Iglesia católica no sea dividida. Participadme los porme- » nores de los combates que habeis sostenido por la fe, para » que vuestras exhortaciones puedan fortalecer mi ánimo aba- » tido por tantas enfermedades, y aun mi mismo cuerpo, ex- » tenuado por tantos trabajos. »

7. Las amenazas de que se queja el papa en esta carta no tardaron en mudarse en abierta persecucion. El eunuco arriano, Eusebio, cuyas intrigas, todopoderosas sobre el espíritu de Constancio, débil é inconstante, habian puesto á la Iglesia en tan triste estado, fué enviado por el emperador á Roma, para seducir á Liberio y obligarle á suscribir á la condenacion de Atanasio. Ni los presentes, ni las amenazas dejaron airoso al eunuco, el cual obtuvo un rescrito imperial dirigido á Leoncio, gobernador de Roma, ordenando trasladar el papa Liberio á Milan, donde á la sazon tenia Constancio su corte. La entrevista del papa con el emperador fué lo que debia de ser, llena de cólera, acriminaciones y violencias de parte del emperador; llena de dignidad, mansedumbre, reserva y firmeza de parte de Liberio. Al tercer dia el papa fué conducido desterrado á Berea en la Tracia. El emperador hizo ofrecer quinientos sueldos de oro (cerca de cuarenta mil reales de vellon) para sus gastos. Liberio se los devolvió con estas palabras : « Decid al emperador que guarde ese dinero para » manutencion de sus tropas. » La misma respuesta dió al ofrecimiento igual que le hizo la emperatriz. El eunuco Eusebio habiendo osado tambien hacerle semejante oferta, el papa, indignado, le respondió : « Tú has robado y dejado de- » siertas todas las iglesias del mundo, y me ofreces limosna » como á un reo ! Véte en paz, y sobre todo piensa en hacerte » cristiano. » Apenas salió de Italia el papa Liberio, hizo consagrar el emperador á un antipapa en Roma por la faccion arriana. El obispo de Centumcelas fué en esta ocasion el ór-

gano de las voluntades imperiales. Hizo que fuese elegido Félix, arcediano de la Iglesia romana: tres eunucos representaron al pueblo; y tres obispos, entre los cuales Acacio de Cesarea, le consagraron en el palacio del emperador. El pueblo romano no tomó parte alguna en esta ordenacion irregular; no quiso jamás entrar en comunion con él, y conservó constantemente amor y fidelidad á Liberio. Sin embargo la antigüedad está conteste en hacer justicia á Félix por su constante profesion de la fe de Nicea, y á su conducta ejemplar é irreprensible, excepto sus relaciones con el partido de los Arrianos.

8. La causa católica, perseguida con tanta violencia, estaba felizmente defendida con la mayor energía por los prelados desterrados. De todos los puntos del universo á donde los habia confinado la ciega obstinacion de Constancio, levantaban su voz para proclamar el dogma de la verdadera fe. Eusebio de Vercelli, Hilario de Poitiers, cuyo nombre é historia volveremos á tratar, y san Atanasio, multiplicaban sus esfuerzos y celo. El patriarca de Alejandría, desde el fondo de su soledad, dirigia á los fieles de su iglesia, á los obispos del Egipto y á los del mundo entero, cartas y tratados completos, donde exponia el conjunto de la doctrina católica, oponiéndola á los errores del arrianismo. Osio de Córdoba, llegado á la edad de mas de cien años, secundó por su parte aun en este tiempo y á pesar de su avanzada edad los trabajos de estos elocuentes apologistas. Dirigió al emperador Constancio una carta admirable, en la cual hacia ver el encadenamiento de todas las intrigas arrianas desde un principio hasta aquella época, y suplicaba al príncipe hiciera cesar la persecucion contra los católicos. Esta valerosa protesta de Osio fué seguida de una órden, dada por Constancio, de llevar al obispo de Córdoba á Sirmio, donde los prelados arrianos se habian reunido segunda vez para redactar su séptima profesion de fe. No solo desecharon en ella el término *consustancial,* sino aun el de *semejante en sustancia,* para sustituirles expresiones que suponian que el Hijo es de distinta naturaleza del Padre. Potamio, obispo de Lisboa,

á quien ganó Constancio y atrajo al arrianismo por un don magnífico de un patrimonio del Estado, fué el autor de esta nueva fórmula. Este prelado indigno no limitó su celo cortesano á esta redaccion impía, sino que acometió con seducciones, halagos, obsesiones y sofismas al centenario Osio de Córdoba, preso hacia ya un año en un calabozo estrecho y malsano. Engañado con tantas marañas é intrigas, abrumado con tan malos tratamientos, y su cabeza probablemente trastornada y debilitada, Osio deshonró su larga y gloriosa carrera, firmando la nueva profesion de fe [1]. La caida (esto es lo que falsamente propalaban los Arrianos) del ilustre patriarca de que tan ufanos se mostraban estos, si hizo vacilar á unos y dudar á otros, no dejó de causar tristeza á muchos (357).

9. El órden cronológico nos pide el resúmen de la controversia relativamente á la caida del papa Liberio. Vamos á poner textualmente las palabras de los historiadores que admiten esta caida como un hecho real, y despues pondremos el relato de los que rechazan esta calumnia inventada por los Arrianos. Cualquiera que sea la opinion que se abrace en este

(1) Muchos sabios críticos españoles y extranjeros vindican la memoria del grande Osio, probando con documentos auténticos ser falsa y supositicia la firma de Osio, el cual murió en la fe y comunion católica poco despues. Los Arrianos, dueños del poder y de la administracion, tenian sobrado interés para hacer creer la caida de este grande hombre para que no perdonasen medio alguno de falsificacion, de calumnia, de mala interpretacion, á fin de lograr *hacer creer* que Osio les perteneció; triunfo inmenso para ellos, si lograban acreditar alguna vislumbre de él. Osio vivió católico, y murió católico; fué una de las columnas de la Iglesia en su tiempo, y de ahí el ahinco de calumniarlo. La historia eclesiástica está llena de esos amaños heréticos. Bástenos citar á san Atanasio, el cual un año ó dos despues de la muerte del grande Osio decia así en su *Epistola ad solitarios :* « Tantam vim intulit seni (Constantius) et ita eum arcte tenuit, ut afflictus ad strictusque, male ægreque cum Ursacio et Valente communicaret; sed tamen ut contra Athanasium non subscriberet............ Verum ne ita quidem eam rem pro levi habuit. Moriturus enim, quasi in testamento suo eorum vim protestatus est, et arianam hæresim condemnavit; vetuitque eam à quoquam probari ac recipi. » Han probado su católica y santa muerte, entre otros : Mendoza, *De concilio Illib. confirm.;* Gonzalez Tellez, Ambr. Morales; Padilla, *Histor. eccl.;* Pineda, *Monarquia ecles.;* Alderete, Thoph. Rainandus, *in Hoplotheca;* Morino, *Exercitat.*, etc. Véanse Aguirre, *Collect. Max. Concil.*, tom. I et II; Nicolás Antonio, *Biblioth. Hisp.*, y Florez, *España sagrada*, que dan numerosas pruebas en pro, y responden á los argumentos contrarios. (El Traductor.)

conflicto histórico, nos parece á propósito anteponer las siguientes frases de Bossuet, que dominan á toda esta discusion. « Es cierto, dice, que el papa Liberio acabó su pontifi-
» cado, que fué largo, en comunion con los mas santos obispos
» de la Iglesia, con un san Atanasio, un san Basilio y otros
» prelados de igual mérito, santidad y reputacion. Le alaban
» san Epifanio y san Ambrosio, y este le llama dos veces el
» papa Liberio de *santa memoria*, é inserta en uno de sus
» libros, con este elogio ó encabezamiento, un sermon entero
» de este papa, donde celebra altamente la eternidad, omni-
» potencia y divinidad del Hijo de Dios y su perfecta igualdad
» con el Padre. De hecho, es cierto que Liberio no cedió sino
» á la fuerza abierta (Bossuet admite el hecho de la caida), y
» que de sí mismo y de su propio motu volvió á su deber,
» reprobando lo que pudiera atribuírsele de opuesto á él. Hé
» aquí pues dos hechos importantes que conviene tener pre-
» sentes, pues que resuelven toda la dificultad. — Se sabe por
» el testimonio de san Atanasio y de todos los autores de aquel
» tiempo, que Constancio hizo derramar mucha sangre, y que
» los que se resistian á sus voluntades acerca del arrianismo,
» tenian que temerlo todo de su cólera, tan terco y encarni-
» zado estaba en esta herejía. No lo digo por excusar á Liberio,
» sino á fin de que se sepa que todo acto hecho por la fuerza
» abierta es nulo de hecho y de derecho, y que reclama con-
» tra sí propio. » (*Obras compl.*, t. XII, p. 110 y 111, edic. de Outhenin Chalandre.)

Bossuet, cuyas palabras citamos, abraza, como se ve, la opinion que mira como realidad la caida de Liberio (1). Hé aqui cómo se explica acerca de este particular Bossuet en su *De-*

(1) Nos parece vana é intempestiva toda discusion respecto de la infalibilidad del papa á propósito de la conducta de Liberio, aun en el caso de admitir la realidad del *hecho* de la caida. Porque desde el momento en que todos están acordes en que no cedió sino á la fuerza abierta, y que *todo acto exigido y consumado por fuerza es nulo de todo derecho*, no se puede sostener ni lógica ni razonablemente que el papa, en el *libre ejercicio* de su autoridad, y enseñando *ex cathedra*, haya faltado : y cabalmente este terreno fuera, en su caso, donde se habia de fijar la cuestion seria y verdadera.

fensa de la Declaracion del clero galicano: « No es intencion » nuestra entrar en la discusion de las fórmulas de fe com- » puestas en Sirmio. Los mas eruditos han vacilado mucho en » esta controversia, y nunca se han decidido á afirmar nada » como cierto. Nosotros nos inclinamos á la opinion de que Li- » berio suscribió á la fórmula mas inocente, á la menos com- » prometedora de todas ellas. A pesar de ello, no hay que du- » dar en que Liberio ha obrado muy mal, pues que tanta ex- » periencia y conocimiento tenia de las capciosidades é intrigas » de los Arrianos, suscribiendo á una profesion de fe donde se » disimulaba y callaba que Cristo es *consustancial* al Padre y » de la misma sustancia que él (1). » — Fleury, en su *Historia eclesiástica* (2), sigue la misma opinion y se expresa así : « El » papa Liberio habia estado dos años en destierro, cuyo rigor » iba en aumento, hasta quitarle un diácono llamado Urbico » que llevaba siempre consigo. Fortunaciano, obispo de Aqui- » leya, fué el primero que solicitó de él se rindiese á las vo- » luntades del emperador, y no le dejó de la mano hasta que » no logró hacerle suscribir. Demófilo, obispo de Berea, donde » Liberio estaba desterrado, le presentó la profesion de fe de » Sirmio, es decir, segun la opinion mas probable, la primera » compuesta contra Fotino en el concilio celebrado en 351, al » que habia asistido Demófilo, que suprimia fácilmente los tér-

(1) Citamos textualmente la nota insertada en este paraje de las *Obras completas* de Bossuet, de donde extractamos este pasaje (*Defens. Cler. Gall.*, lib. IX, cap. 33, edic. Outhenin Chalandre, t. XVI, p. 475):

Eruditissimi inter catholicos hodie stant pro omnimoda innocentia Liberii, et quidem argumentis haudquaquam contemnendis. (Vide *Disertacion crítica é histórica sobre el papa Liberio, donde se hace ver que jamás cayó*, por el abate Corgne, París, 1726; — et multo fusius *Comment. critico-histor. de sancto Liberio Papa*, à P. Stiltingo, inter *Acta Sanctorum septembris*, ad diem XXIII, t. VI, p. 573). Illud interea constat, multa hic afferri adjuncta, aut plane incerta, aut omnino supposita; et plura taceri, quæ minime omitti debuissent. Certe vix intelligo quomodo ea cohæreant cum iis quæ ipse illustrissimus auctor dixit (2ª. *Instruccion sobre las promesas de la Iglesia*, nos 105 y 106). Cæterum ex diario D. Ledieu (secretario de Bossuet) colligitur voluisse Bossuetium ea delere quæ hic scripsit de Liberio, tanquam ad suum scopum non satis pertinentia. (Vide *Hist. de Bossuet*, piezas justific. del lib. VI, p. 396, edicion de Versailles.)

(2) FLEURY, *Hist. eccles.*, lib. XIII, tom. III, edic. en 12º., pág. 468.

» minos de *consustancial* y de *semejante en sustancia;* pero » que por lo demás, podia ser defendida, como en efecto lo » ha sido por san Hilario. Liberio la aprobó y suscribió á ella » como católica, renunció á la comunion con Atanasio, y abrazó » la de los Orientales, esto es, de los Arrianos. »

Hé aquí cómo expone el abate Rohrbacher, en su *Historia universal de la Iglesia católica,* los hechos relativos á la vuelta de Liberio á Roma, y cómo refuta las razones de los que admiten la caida de este papa : « El emperador Constancio, que » aun no habia estado en Roma, hizo su entrada en esta capi- » tal hácia el fin de abril de 357, como triunfador de Magnencio, » vencido seis años antes. Las matronas rogaron á sus maridos » que solicitasen del emperador el regreso del papa, dester- » rado hacia ya dos años. Respondieron que temian la cólera » del emperador; que tal no perdonaria á hombres, y que ten- » dria mayor miramiento por ellas ; que si no les otorgaba lo » que pedian, al menos no les acarrearia ningun daño esta » peticion. Estas matronas se presentaron pues al emperador, » y le suplicaron se compadeciese de esta gran capital, privada » de su pastor. Constancio les respondió que Roma tenia un » buen pastor, muy capaz de gobernarla sin necesidad de » otro : hacia alusion á Félix. Las matronas le replicaron que » nadie entraba en la iglesia cuando Félix se hallaba allí; por- » que aun cuando guardase la fe de Nicea, comunicaba em- » pero con los que la corrompian. El emperador les prometió » sin duda de tomar en consideracion su peticion ; porque al- » gun tiempo despues envió cartas á Roma que anunciaban » que Liberio seria llamado, y que de regreso á Roma goberna- » ria la Iglesia en comun con Félix. Mas cuando se leyeron es- » tas cartas en el circo, el pueblo exclamó irónicamente : *¡Esto » es justo! Al modo que hay en el circo dos facciones distintas, » cada una con su color, habrá un obispo para cada una.* Des- » pues de haberse mofado así de las cartas imperiales, excla- » maron todos á una voz : *¡Un solo Dios, un solo nuestro Señor » Jesucristo, un solo obispo!* Aun pasó mas adelante la cosa : » porque hubo con este motivo sediciones y aun asesinatos en

» Roma; lo que fué causa de que el emperador consintiese á » pesar suyo, dice el historiador Sócrates, en que Liberio vol» viese á Roma y tornase á ocupar su silla. El admirable Libe» rio, dice Teodoreto, regresó pues á su amada ciudad. Otros » autores antiguos nos refieren que regresó á Roma como ven» cedor, que todo el pueblo le fué á salir al encuentro loco de » contento y que expulsó á Félix. »

» Podrá extrañarse sin duda que no hablemos de la caida » del papa Liberio, caida famosa que Bossuet, entre otros, ha » querido probar largamente. Sabemos que en su *Defensa de » la Declaracion del clero galicano*, Bossuet hace los mayores » esfuerzos para sentar que el papa Liberio cayó, suscribiendo » al arrianismo; pero nosotros sabemos tambien por testimo» nio de su secretario que en la última revista y correccion de » esta obra, Bossuet borró todo el pasaje que miraba al papa » Liberio *como no probando bien lo que queria probar y dar » por sentado en este lugar* (1). Ahora bien, lo que Bossuet, » despues de veinte años de investigaciones y de meditaciones, » ha creido rayar de su *Tratado de la potencia eclesiástica,* nos» otros creemos se debe rayar de la *Historia de la Iglesia;* lo » que Bossuet despues de veinte años de reflexion y trabajo » no ha podido demostrarse á sí mismo, creemos nosotros que » no puede ser demostrado por nadie. Se pueden ver las razo» nes detalladas en la Disertacion de un doctor de París, pu» blicada pocos años despues de muerto Bossuet; en otra mas » reciente del sabio Zaccaria, en el docto Galando de Venecia, en » el tomo V de su *Biblioteca de los antiguos santos Padres;* final» mente, y sobre todo, en la historia crítica del papa san Libe» rio, insertada en el 23 de setiembre de los *Acta Sanctorum* (2). » —Solo advertiremos aquí, segun lo que acabamos de ver, que » el pueblo romano no podia aguantar á Félix, porque aun » cuando profesaba la fe de Nicea, comunicaba con los Arria–

(1) *Historia de Bossuet*, lib. VI. Piezas justific., p. 396. Edic. de Lebel.

(2) *Dissert. sobre el papa Liberio*, por Corgne. — Fr -Ant. ZACHARIE, *Dissert. de commentitio Liberii lapsu*, in *Thes. theol.* Venet., 1762., en 4º., t. II, p. 580. — GALLAND, *Bibliotheca veter. PP.* t. V. — *Acta Sanctorum*, t. VI (setiembre).

» nos; que el papa Liberio entró en Roma como vencedor; » que el pueblo le recibió en triunfo y expulsó á Félix. Con » semejante conducta del pueblo romano, ¿cómo suponer que » este mismo papa Liberio acababa de deshonrarse pública- » mente condenando á san Atanasio, suscribiendo al arria- » nismo, y dirigiendo á los principales Arrianos *letras de co-* » *munion*, tan bajas por el estilo como por los sentimientos? » — Se ha visto el escándalo que causó la caida de Osio, las » ventajas que de ella trataron de sacar los Arrianos, y la ma- » nera tan admirable con que les responde san Febado de » Agen (1). Si Liberio hubiera caido así, el escándalo hubiera » sido mucho mas horrible, y los Arrianos hubieran entonado » mayor triunfo; y san Febado estaba aun mas obligado á res- » ponder. El silencio de una parte y otra es prueba de que no » hubo nada. — Se nos objetará que san Atanasio habla de la » caida de Liberio en su *Apología contra los Arrianos*, y en su » *Historia de los Arrianos*, dirigida á los solitarios; pero todo » el mundo conviene en que la Apología contra los Arrianos » fué escrita á lo mas tarde en el 350, esto es, dos años antes » que fuera papa Liberio. El paraje donde habla de su caida » es pues evidentemente una adicion posterior, hecha por » mano extraña y poco diestra, porque muy lejos de dar » fuerza á su Apología, la vuelve inepta y ridícula. La *Histo-* » *ria de los Arrianos* ha sido escrita igualmente antes de la » época en que se supone la caida del papa Liberio. El pasaje » donde se refiere es pues tambien una adicion hecha despues » del suceso, y que nó contrasta menos con lo que antecede y » se sigue. Mas, ¿por quién han sido hechas esas interpola- » ciones? Ya hemos visto que aun en vida suya los Arrianos » supusieron como de Atanasio una carta á Constancio. Lo que » han podido hacer durante su vida, mejor lo han podido ha- » cer despues de su muerte. ¿Los Donatistas no fabricaron » acaso, cargando sobre el papa san Marcelino, la historia de » una caida semejante, que logró crédito despues, pero cuya

(1) Véase la nota anterior del Traductor.

» nulidad reconocen hoy todos los críticos? Por otra parte, no » eran los solos enemigos de Liberio los Arrianos : los cismáti- » cos Luciferianos no hicieron menos para calumniarle. Se ve » vislumbre de esta calumnia en lo que dice Rufino cincuenta » años despues de esta época : *Liberio, obispo de Roma, habia » vuelto á entrar en vida de Constancio; mas no sé positiva- » mente si el emperador se lo otorgó ó porque habia consentido » en suscribir, ó por complacer al pueblo romano, como se lo » habia pedido antes de su salida de Roma.* — Rufino era pres- » bítero en Aquileya, y habia podido conocer en su juventud » á Liberio; de seguro habia conocido á Fortunaciano, obispo » de Aquileya, á quien se atribuye la caida de Liberio. Y sin » embargo Rufino nada sabe de cierto : es que comenzaba ya » entonces á esparcirse la calumnia; porque si realmente ha- » bia suscrito Liberio una fórmula arriana, si realmente habia » escrito las cartas de defeccion que se le atribuyen, los Arria- » nos, todopoderosos en aquel entonces, no lo hubieran dejado » ignorar de nadie : y le hubiera sido imposible á Rufino tener » la menor duda acerca del particular [1]. — El Menologio de los » Griegos relata sumariamente los hechos como nosotros. Hé » aquí sus palabras : El bienaventurado Liberio, defensor de » la verdad, era obispo de Roma bajo el imperio de Constan- » cio. Abrasado de celo por la fe ortodoxa, protegió al gran » Atanasio, perseguido por los herejes y echado de Alejandría » porque defendia heróicamente la verdad. Mientras vivieron » Constante y Constantino, fué mantenida la fe ortodoxa; mas » una vez dueño de todo Constancio, que era arriano, preva- » lecieron y dominaron los herejes. Liberio, habiendo repren- » dido enérgicamente su impiedad, fué confinado á Berea en » la Tracia. Pero los Romanos, que le estuvieron fieles, salie- » ron al encuentro del emperador, y se les devolvió. Fué pues » vuelto á enviar á Roma por esta causa, y acabó allí su vida » despues de haber gobernado santamente su rebaño [1]. »

(1) El abate Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, 2a. edic., t. XI, p. 430, 431, 432.

(2) Id., p. 374.

En vista de los hechos y de las pruebas en su apoyo, expuestas por ambas partes con igual imparcialidad, no será difícil formarse una opinion recta. Nosotros no queremos ni solicitarla ni prevenirla : nos bastará concluir esta discusion con las graves expresiones de Bossuet, cuyo nombre deseamos citar aquí con tanta mas razon, cuanto que ha sido citado con mayor frecuencia por los que le han invocado en sentido opuesto á las prerogativas de la Santa Sede : « Y en fin, si » contra la costumbre de todos sus antecesores, uno ó dos » soberanos Pontífices, ó por violencia, ó por sorpresa no han » sostenido con bastante constancia la doctrina de la fe, ó no la » han explicado plenamente, — faltas particulares no han po» dido hacer impresion alguna ni mella en la silla de san Pedro. » Un bajel que va abriendo las ondas, nò deja menos rastros » de su carrera (1). »

10. La atencion pública, perennemente agitada por las cuestiones dogmáticas suscitadas por las reyertas del arrianismo, no habia tardado en dividirse en fracciones disidentes. La herejía no puede eximirse á su naturaleza, esencialmente variable. El arrianismo presentó desde entonces este espectáculo de diversas transformaciones. Se dividia en *Semi-Arrianos* y en *Anomeos* (ἀνόμοῖος, desemejante). Los *Semi-Arrianos*, cuyo partido era el mas numeroso, negaban la consustancialidad del Verbo y desechaban la expresion *consustancial*, admitida en el símbolo de Nicea; sin embargo atribuian al Hijo de Dios una semejanza en todas las cosas con el Padre. La gran mayoría de los obispos orientales habia abrazado esta doctrina, y se explica harto naturalmente cuán capciosas y anfibológicas podian ser sus profesiones de fe, pues que, como la primera de Sirmio, podian aparecer completamente ortodoxas, exceptuando la omision de la voz *consustancial*. Los Anomeos, al contrario, no solo no admitian la consustancialidad del Verbo, sino que enseñaban que Dios Hijo era desemejante (ἀνόμοιος) á su Padre, en esencia y en todo lo demás.

(1) Bossuet, *Sermon sobre la unidad de la Iglesia.*

Estos sectarios reconocian por cabezas á Eunomio y Aecio, lo que les hizo ser llamados tambien *Aecianos* ó *Eunomianos.* Aecio, aventurero siro, habia salido de Antioquía, su patria, para correr tierra en pos de mercaderes, arrieros y cómicos ó histriones (347). Cansado de esta vida nómada, regresó á su patria y se dió á conocer por el fuego con que profesaba el arrianismo. Sus relaciones con Leoncio, mas tarde obispo arriano de Antioquía, y con Eusebio, obispo arriano de Sebaste, le inspiraron el deseo de estudiar la dialéctica para ponerse en estado de defender mejor sus errores. Emprendió con este objeto un viaje á Alejandría, y allí se imbuyó muy pronto en la sofística, con lo cual le era fácil reducirlo todo á argumentos y á silogismos. De vuelta á Antioquía, se puso á disertar con tal atrevimiento y fuerza sobre la naturaleza de Dios, que el pueblo espantado le dió el sobrenombre de Ateo : lo cual no impidió á Leoncio de Antioquía de ordenarlo diácono, y á los puros Arrianos de reconocerlo por su cabeza.— Eunomio, desde luego discípulo de Aecio, y despues en 360 consagrado por los Arrianos obispo de Cisica, aumentó y agravó aun los errores de su maestro, y á su vez se constituyó cabeza de partido. Sostenia que conocia él tan perfectamente á Dios, como Dios se conoce á sí mismo; que el Hijo de Dios no era verdaderamente Dios, y no se habia unido á la humanidad sino por virtud y obra del Padre; que la fe sola puede salvar, á pesar de los mayores crímenes y aun de la impenitencia. Le negaba á Jesucristo el conocimiento del dia y hora del juicio final. Rebautizaba á todos los que habian recibido el bautismo de la Iglesia en nombre de la santísima Trinidad. Desaprobaba la triple inmersion en el bautismo, el culto de los mártires y la honra y veneracion tributadas á las reliquias de los santos. — Sus sectarios, que se llamaban *Eunomianos,* de su nombre, se subdividieron muy pronto en Eunomio-Eupsiquianos, que sostenian que el Salvador conocia el dia y la hora del juicio final, verdad que no querian reconocer los Eunomianos. El cabeza de esta secta se llamaba *Eupsiquio,* y dió así lugar á la denominacion de *Eunomio-Eupsiquianos.*

11. En tan general conflagracion de los espíritus, y en tanto que la mayor parte de los herejes estaban en destierro, que ocupaban sus sillas herejes intrusos, y que el mundo entero, segun la enérgica expresion de san Jerónimo, *parecia haberse despertado arriano*, Constancio no pensaba sino en multiplicar fórmulas de fe, en juntar concilios, y pasaba el tiempo en sembrar máximas de la teología arriana entre sus prelados cortesanos. Dios solo podia salvar á su Iglesia del peligro en que la ponian á la vez el emperador y los obispos griegos, que parecia sacaban de la corte de Constantinopla las decisiones de fe. En 357, un concilio reunido en Cesarea, metrópoli de la Palestina, por Acacio, obispo arriano de ella, depuso contra todas las reglas canónicas á san Cirilo, obispo de Jersalen, que iba desterrado á Tarso, en donde le recibió con los mayores honores su obispo á pesar de las reiteradas intimaciones de Acacio. — En 358, otro concilio juntado en Antioquía por Eudoxio, obispo de esta ciudad, trató de justificar á Aecio de todos los errores que se le imputaban con sobrada razon. Pero el pueblo, mas sinceramente celoso de su fe que tantos obispos que la ultrajaban con traiciones continuas, rechaza al heresiarca y se opone á que sea admitido á la comunion. La tentativa fracasó ; pero los obispos presentes condenaron los términos de *consustancial* y de *semejante en sustancia*, y dirigieron cartas congratulatorias á Ursacio y Valente por su celo en propagar el arrianismo. — En igual época, los *Semi-Arrianos* reunian un concilio en Ancira, bajo la presidencia de Basilio, obispo arriano de esta ciudad. Anatematizaron á Aecio y á los *Anomeos*, que negaban que el Hijo fuese semejante al Padre, y enviaron á todas las iglesias su profesion de fe, concebida por otra parte en términos irreprensibles, y que no tenia otro defecto que el de la omision afectada del térmiuo *consustancial*. Tres diputados, Basilio de Ancira, Eustatio de Sebaste y Eleusio de Cisica, fueron á llevar al emperador, que á la sazon se hallaba en Sirmio, esta nueva profesion de fe. — A su llegada, nuevo concilio en Sirmio, en el cual Basilio de Ancira hace adoptar su fórmula, y condenar la segunda de Sir-

mio, que habia suscrito Osio de Córdoba. Valente y Ursacio, autores de la fórmula condenada, fueron los primeros en abandonarla porque Constancio, que presidia en persona á todos estos conciliábulos, pareció desearlo así. — Aecio y Eunomio fueron confinados á la Frigia, con setenta sectarios suyos. — La manía de concilios no hacia sino aumentar, en el emperador, con los años. Indicó uno general para el año siguiente en Nicomedia : mas desgraciadamente el 24 de agosto de 358 fué totalmente arruinada esta ciudad por un terremoto, y fué preciso pensar en otra. Este fué asunto de largas y serias deliberaciones en el concilio que se celebraba *permanentemente,* por decirlo así, en la corte que Constancio fijó en Sirmio por entonces. El 22 de mayo de 359 se firmó allí la décima profesion de fe, *expuesta,* dicen los obispos, *en presencia de nuestro señor el piadosísimo y victorioso emperador Constancio, augusto, eterno, venerable, en el consulado de Flavio Eusebio y de Hipacio, en Sirmio, á 11 de las calendas de junio.* El nuevo símbolo, que excluia la voz *sustancia,* como desconocida al pueblo y como ocasion de escándalo, fué suscrito por todos los obispos presentes en Sirmio, y mandado pasar como profesion de fe obligatoria á los dos futuros concilios; porque en el ánimo de Constancio, la idea de un concilio ecuménico reunido para dar mas brillo á la condenacion de los Anomeos, se mudó en la de dos concilios simultáneos por el Oriente y por el Occidente, uno de los cuales tendria lugar en Rímini de Italia, para el Occidente, y otro en Seleucia de Isauria para el Oriente.

12. El concilio de Rímini se juntó pues en junio de 359, sin mas convocacion que la del emperador; el papa Liberio ni fué consultado, ni aun invitado, circunstancia muy notable : porque en el caso de ser cierta su caida reciente, no se comprende cómo el emperador no se hubiera valido de ella para mostrar al universo el espectáculo de un Pontífice romano pactando con el arrianismo. Mas sea de esto lo que quiera, Liberio protestó mas tarde contra la irregular convocacion del concilio de Rímini en estos términos : « Los Arrianos, hom» bres impíos y sacrílegos, han logrado en fin reunir los obis-

» pos de Occidente en Rímini con el designio de seducirlos » con discursos capciosos, y forzarlos, por imperial autoridad, » á omitir un término que se habia puesto con mucha sabi» duría en la profesion de fe, ó mas bien á condenarlo redon» damente. » Cuatrocientos obispos de la Iliria, Italia, África, España, las Galias y la Gran Bretaña, entre los cuales ochenta solos arrianos, se hallaban en Rímini. Los católicos celebraron sus sesiones en la iglesia mayor de la ciudad; y los Arrianos, que se negaban á orar con ellos, se retiraron á un oratorio vecino. Ursacio y Valente se presentaron desde luego ante los obispos católicos, y leyeron la última profesion de fe que habian hecho aceptar al emperador en Sirmio. Pero todos los Padres la rechazaron con indignacion. « No nos hemos » juntado aquí, decian, para aprender lo que hemos de » creer: tenemos nuestra fe de manos de nuestros padres, los » mártires y confesores, á quienes hemos sucedido, la tene» mos de manos de tantos santos como se reunieron en Nicea » y de los cuales algunos viven aun. ¿Qué significa pues vues» tra fórmula fechada de ayer? ¿Es que no ha habido cristianos » antes de esa fecha? Y tantos santos como antes de este dia » reposan en el Señor, ó que han vertido su sangre por la fé, » ¿ignoraban pues lo que habian de creer? » El concilio procedió en seguida al exámen de otras fórmulas de fe que los Arrianos habian hecho desde veinticinco años hacia, y que llegaban á cerca de cincuenta: todas, todas fueron desechadas sucesivamente. El símbolo de Nicea, leido en seguida, fué adoptado como expresion legítima, entera y completa de la fé católica. Se redactó un decreto en este sentido, que fué suscrito por todos los obispos ortodoxos sin excepcion alguna. Valente, Ursacio, Cayo, Germinio y los otros herejes Arrianos fueron condenados y depuestos de sus sillas en virtud de una acta que se ha conservado y llegado hasta nosotros. — Hasta aquí la conducta del concilio de Rímini es irreprensible, admirable; y es porque sus deliberaciones aun no habian sido entorpecidas ni dictadas por la violencia; así es que se conserva en ellas el verdadero espíritu de la Iglesia, á pesar de que Cons-

tancio habia enviado desde un principio á Rímini al prefecto del pretorio, Tauro, para observar las operaciones del concilio y vigilarlo. Mas el lugarteniente imperial no osó llevar adelante medidas de rigor en presencia de tan imponente mayoría de los católicos. Pero no tardó en mudar de aspecto el negocio. Diez diputados católicos habian partido de Rímini, encargados de poner en manos de Constancio la decision del concilio. Los Arrianos por su lado habian enviado otros diez de su faccion, los cuales á fuerza de diligencia llegaron primero á Andrinópolis, donde estaba entonces la corte. Fácil cosa fué para ellos prevenir el ánimo del príncipe á favor suyo, y cuando un poco mas tarde llegaron á su vez los diputados católicos, se les hizo una acogida fria y desdeñosa. Muy pronto se vieron entrampados, seducidos y engañados por las intrigas de los obispos arrianos, y despues de negociaciones en que se habian empleado sucesivamente promesas y amenazas, tuvieron la debilidad de suscribir á la profesion de fe arriana, redactada en Sirmio el 22 de mayo de 359. Constancio despachó inmediatamente á su lugarteniente Tauro la órden de hacer firmar dicha fórmula por todos los obispos de Rímini, y de principiar desterrando á los quince mas tenaces para aterrar con este golpe vigoroso á los demás. Desgraciadamente no fué necesario recurrir á tantos rigores: desalentados con la permanencia tan larga en país extranjero, espantados de las amenazas del emperador, el mayor número cedió y suscribió á lo que se quiso. Veinte solamente, entre los cuales san Febado, obispo de Agen, y san Servasio, obispo de Tongres, resistian aun. Ursacio y Valente les afirmaron y protestaron que la fórmula de Sirmio condenaba explícitamente la herejía arriana; que solo se habia omitido la voz *consustancial* para quitar ocasion á debates interminables; pues que por otra parte se profesaba en ella la doctrina de Nicea en términos equivalentes. Repitieron estas aserciones en una asamblea general del clero y de los fieles. Ursacio y Valente leyeron públicamente los anatemas siguientes:

Si alguno dijere que Jesucristo no es Dios, Hijo de Dios,

engendrado del Padre antes de todos los siglos, sea anatematizado.

Si alguno dijere que el Hijo de Dios no es eterno con el Padre, sea anatematizado.

Si alguno dijere que ha habido tiempo en que el Hijo no era ó existia ya, sea anatematizado.

Si alguno dijere que el Hijo es criatura como son las demás criaturas, sea anatematizado.

Todos aclamaron esta última proposicion sin apercibirse del veneno que ocultaba, porque los católicos entendian que indicaba que el Hijo no era criatura de modo alguno; pero Valente entendia que era criatura, aunque mas perfecta que las demás. En el fondo, á este mezquino equívoco, inapercibido en el momento, se debió el triunfo de los Arrianos; pero habian ganado el juego haciendo firmar un símbolo en el que no se hallaba la voz *consustancial*: así es que el papa Liberio se vió obligado á anular las actas del concilio de Rímini, y la historia vituperará siempre á los obispos que asistieron á él el haber abandonado con sobrada ligereza, aunque tal vez de buena fe, el símbolo de Nicea [en toda su integridad]. Tomaron pues todos el camino para sus diócesis sin ser inquietados. Ursacio y Valente se fueron á gloriarse ante Constancio del triunfo de sus intrigas.

13. Al llegar á la corte, hallaron en ella diputados del concilio de Seleucia, reunido desde el mes de setiembre de 359. Se hallaron en él cerca de ciento y sesenta obispos del Oriente, repartidos segun su creencia de esta manera: diez y nueve *Anomeos* ó Arrianos puros; ciento y cinco *Semi-Arrianos*, admitiendo la voz *semejante en sustancia;* y los demás, todos del Egipto, católicos celosos, ateniéndose incontrastablemente al término *consustancial* y al símbolo de Nicea: tal es la proporcion de los Padres de este concilio atestiguada por un testigo ocular, san Hilario de Poitiers, el cual, desterrado en la Frigia, asistió á este concilio, al cual asistian dos comisarios del emperador con tropas á sus órdenes. No era fácil hacer adoptar una profesion de fe que conviniera igualmente á las tres opiniones

opuestas. Acacio, obispo de Cesarea, cabeza del partido de los *Anomeos,* propuso una que fué desechada. Los Semi-Arrianos hicieron adoptar la del concilio de Antioquía, celebrado en 341, la cual consagraba su doctrina. Restablecieron en seguida á san Cirilo, injustamente desterrado de Jerusalen dos años hacia, y depusieron nominalmente, como herejes, á Acacio de Cesarea, á Jorge de Alejandría, á Eudoxio de Antioquía, á Patrófilo de Scitópolis, y algunos otros cabezas del partido *anomeo.* Las actas del concilio y la profesion de fe que se habia firmado, fueron llevadas al emperador al mismo tiempo que las de Rímini. Constancio, por propia autoridad, decidió que la fórmula de Rímini fuera la sola obligatoria: obligó á los diputados de Seleucia á suscribirla, desterró á Aecio á la Frigia, y en estas negociaciones pasó el año 359.

14. No se cerraba un concilio sino para abrir otros. A principios del año 360 hizo Constancio celebrar en Constantinopla con pompa inaudita la dedicacion de la basílica de Santa Sofía, que acababa de concluirse. Se aprovechó de la presencia de los obispos del Oriente llamados á esta funcion, para hacerles celebrar un concilio donde queria ver confirmada la profesion de fe de Rímini, de que estaba tan ufano. Se le otorgó cuanto quiso. Aecio fué anatematizado, como autor del escándalo y division de las iglesias, por obispos que pensaban exactamente como él. San Cirilo de Jerusalen fué segunda vez depuesto: Eudoxio se trasladó á sí mismo de Antioquía á Constantinopla, á cuyo obispo intruso Macedonio hizo deponer; así un usurpador nuevo sucedió á un antiguo usurpador en esta desventurada iglesia. El emperador, visto el resultado del concilio de Constantinopla, envió inmediatamente órdenes por todo el imperio para hacer suscribir la fórmula de Rímini, amenazando con pena de destierro á los oponentes. El temor hizo caer en la herejía gran número de obispos orientales. El papa Liberio y Vicente de Capua resistieron con valor á las amenazas como á las solicitudes: su firmeza consoló á los católicos y los mantuvo en su apego á la verdadera doctrina. Los obispos de las Galias tuvieron un concilio que se cuenta como el primero de

París, en el cual anularon todo cuanto habia sido hecho mal á propósito, ó por ignorancia, relativamente á la supresion de la voz *sustancia*. — Aun entre los obispos orientales, gran número de los que habian suscrito las fórmulas de los Arrianos, no abandonaban sino el término *consustancial*, mas guardaban el sentido [con otras expresiones] como que expresaba la fe de la Iglesia. Muchos de ellos repararon muy pronto la falta que habian cometido, y se declararon á cara descubierta por la doctrina de la consustancialidad, cuya fe habian conservado siempre en el fondo de su corazon. Por consiguiente su firma, favorable al arrianismo [en apariencia], desmentida por la doctrina que continuaban enseñando del dogma católico, no impedia pues que en el fondo no estuviesen mucho mas de acuerdo con los defensores de la verdad que con los Arrianos, cuya mayoría no era, en realidad, sino aparente. — La Iglesia de España mostró la misma decision y celo por la fe que la de las Galias. La defeccion de Osio [caso de ser cierta], si pudo ser allí asunto de profundo dolor, no acarreó ninguna otra desercion. Gregorio, obispo de Elvira, dió en particular muestras de una incontrastable firmeza, y resistió [como todo el episcopado español] á las solicitaciones de los Arrianos.

15. El año 361 se abrió aun por otro concilio, mas este fué el último que reunió Constancio. Este príncipe, llamado al Oriente por la guerra contra los Persas, juntó número considerable de obispos, por los cuales intentaba hacer condenar á la vez la doctrina de los católicos y la de los Anomeos ó Arrianos puros, en favor de los Semi-Arrianos, cuyo partido habia adoptado. Sus intenciones empero no se realizaron; porque toda la atencion del concilio se fijó en la eleccion de un obispo de Antioquía en sustitucion de Eudoxio, trasladado de su propio motu y autoridad á Constantinopla en el año anterior. Católicos, Arrianos y Semi-Arrianos se disputaban la eleccion, y pretendian hacerla recaer en uno de su partido. La Providencia se encargó de hacer triunfar la buena causa; porque todos los sufragios recayeron en san Melecio, obispo de Sebaste. Desde su juventud, el nuevo patriarca se habia he-

cho admirar por la regularidad de su vida, mansedumbre y austeridad de costumbres. Era justo, síncero, sencillo y temeroso de Dios. Los Arrianos le creian suyo, y los principales promotores de su eleccion á Antioquía fueron Acacio de Cesarea y Jorge de Laodicea, los cabezas mas acalorados del partido *anomeo*. El decreto de eleccion, suscrito por todos los obispos presentes, fué puesto en manos de Eusebio, obispo de Samosata. La llegada del patriarca á Antioquía produjo la mayor sensacion : se esperaba con la mayor anxiedad el discurso de entrada, que debia de colocar á san Melecio en uno de los tres partidos que se disputaban el honor de creerle suyo. Constancio habia mandado taquígrafos que escribiesen palabra por palabra el discurso del obispo : habia además exigido que el texto del discurso fuese el pasaje famoso de los Proverbios en que se apoyaban principalmente los Arrianos para negar la eternidad del Verbo : *Dominus possedit me in initio viarum suarum* (*Proverb.*, VIII, 22). Los Griegos interpretaban estas palabras en el sentido de que *el Señor habia creado el Verbo al principio de sus caminos*. Segun su interpretacion, pues, el texto decia bastante claro que el Verbo no era mas que una criatura.—San Melecio, sin curarse de las intrigas que corrian en torno suyo, comenzó su discurso en presencia de Constancio, de los obispos, de todos los altos personajes del imperio, y de una inmensa muchedumbre que acudió de todas partes á oirle. San Epifanio nos ha conservado el texto de esta alocucion, toda llena de las mismas palabras de la sagrada Escritura. El patriarca declara redondamente que el Verbo es Hijo de Dios, Dios de Dios, solo de uno solo, semejante al Padre y su imágen viva. Explica el texto de los Proverbios segun el sentido católico con otros pasajes análogos de la Escritura, y concluye reprendiendo la temeraria curiosidad de los herejes en querer escudriñar las profundidades de la naturaleza divina, desechando la sencillez de la fe.—Este discurso tan inesperado volvió á Constancio furioso. Apenas se habian pasado algunos dias, cuando el patriarca fué arrestado y conducido en el mismo coche del gobernador para ser llevado al

destierro. Pero el pueblo de Antioquía, que ya habia conocido las relevantes prendas y santidad de su patriarca, se amotinó y queria matar al gobernador, asentado en el mismo coche que su preso : debió su vida á la proteccion del mismo san Melecio. El emperador y los Arrianos que le dirigian sentian mucho ahora haber remitido á Eusebio de Samosata el acta de la eleccion de Melecio. Constancio le envió un oficial de su palacio pidiéndosela, con órden de cortarle la mano derecha si no entregaba dicha acta. El valeroso prelado, habiendo leido la carta imperial, presentó las dos manos al oficial, diciéndole : « Cortádmelas ambas, porque yo no daré ese decreto, que es » una pieza de conviccion de la doblez de los Arrianos. » Respuesta tan intrépida desarmó al emperador, que no insistió mas, y que no pudo menos de admirar tanta grandeza de alma. Mas para acabar con una eleccion mas grata de obispo en Antioquía, hizo venir á un tal Euzoyo, uno de los primeros discípulos de Arrio, depuesto de su diaconado en Alejandría por san Alejandro. Con menosprecio de todas las leyes de la Iglesia, este diácono depuesto, y no rehabilitado, fué consagrado obispo por los Arrianos y proclamado patriarca de Antioquía.

16. Mientras se hallaba tan afanoso Constancio en juntar concilios, en mudar y cambiar fórmulas de fe, y recibia ufano de sus cortesanos el título de *Eterno,* habia llegado ya el fin de su reinado y de su vida. El César Juliano, su sobrino, á quien habia enviado á gobernar las Galias, acababa de hacerse proclamar emperador en la ciudad de Lutecia (París). Le faltaban á Constancio, segun Libanio, el corazon de príncipe y la cabeza de capitan. Esta noticia le encontró sin valor y sin prevision alguna. Despues de haberse abandonado desde luego á una cólera estéril, y mas tarde á una desesperacion ó desaliento cobarde, se resolvió por último á marchar al frente de sus tropas contra el rebelde ; mas le sorprendió la muerte en el camino. Espiró en Mopsucrena, en la Cicilia, despues de haber tenido tiempo de ser bautizado por aquel Euzoyo de quien habia hecho recientemente un patriarca intruso. La

muerte de Constancio salvaba á la Iglesia. Verdad es que tenia que pasar por la irónica y desdeñosa persecucion de un apóstata; pero la fe nada tenia que temer de los esfuerzos del paganismo; cuando al contrario podia perderlo todo cuando se hallaba entregada á los caprichos de una corte de eunucos y de un teólogo coronado.

17. Antes de dar principio al relato de las nuevas pugnas que tenia que sostener la Iglesia bajo el reinado de un emperador apóstata, durante toda una restauracion pagana, nos vemos obligados á volver atrás, para examinar y contemplar los grandes personajes históricos que sobresalieron, ya en Oriente, ya en Occidente, durante las contiendas teológicas de Constancio. Ocupados mas particularmente en el relato tan complicado de las discusiones arrianas, no hemos creido deber interrumpirlo intercalando algunas biografías que colocamos aquí en junto.

Los dos nombres que en el órden cronológico encontramos los primeros, son los de dos santos doctores, y dos ilustres amigos, Gregorio Nacianceno y Basilio Magno. Ya vinculados por la proximidad de sus dos ciudades natales, por paisanaje siempre fecundo en relaciones, sus corazones se unieron aun mas por una misma comunicacion de doctos estudios y de ejercicios piadosos. Gregorio, nacido en 316 en Nacianzo, tuvo por madre á santa Nona, por hermano á san Cesario, y por hermana á santa Gorgonia. A la época del nacimiento de Gregorio, su padre, cuyo nombre le dieron, era aun pagano, de la secta de los *Hipsistarios* (adoradores del Dios altísimo). Pero el cabeza de una familia de santos no tardó en abrir los ojos á la luz de la fe. Despues de su conversion mostró tal fervor é hizo tantos progresos en las virtudes cristianas, que cuatro años despues, á la edad de cincuenta y cinco años, fué elegido obispo de Nacianzo, y llegó, ejerciendo siempre un santo y laborioso episcopado, á una edad muy avanzada, pues que murió casi á los cien años. Gregorio, su hijo, desde los albores de su niñez fué colmado ya de gracias y bendiciones celestiales. En la edad en que las nociones del vicio y de la virtud

principian á desarrollarse en la conciencia, tuvo una vision maravillosa : vió á sus dos lados dos vírgenes vestidas de blanco, de majestad sobrehumana y de angelical modestia, que se inclinaban respetuosamente para darle un ósculo en la frente. Gregorio les preguntó quiénes eran, y le respondieron que se llamaban la una Castidad y la otra Templanza : que ambas asistian ante el trono del Rey de los cielos, y se deleitaban en la hermosura de las almas vírgenes. Le pidieron ambas su corazon, para que un dia pudiesen ellas presentarlo al Cordero entre el acompañamiento de las vírgenes que le seguian. Esta vision inflamó al jóven Gregorio en el amor de la virtud. Con un corazon puro habia recibido una inteligencia vasta, noble; y su piedad se iba desarrollando al nivel de su ciencia. Despues de concluidos los estudios ordinarios que se hacian seguir á los jóvenes de esta época, se dirigió á Cesarea de Palestina, donde se hallaba fundada la escuela de Orígenes y la famosa biblioteca de su discípulo san Pánfilo, mártir, aumentada aun mas por el sabio Eusebio. — San Cesario, su hermano, habia ido á seguir el curso de un ciego muy docto llamado Dídimo, el cual habia como heredado la cátedra y la ciencia de Orígenes. Este Dídimo habia perdido la vista á los cinco años de edad : se hizo grabar el alfabeto en un madero, y logró ir leyendo con el tacto : tomó así lecciones de los mejores maestros, y á los cuarenta y cinco años de edad igualaba su ciencia á la de los mayores sabios. Su reputacion de elocuencia y la elevacion de su doctrina le hicieron escoger para jefe de la escuela de Alejandría. Mas ni su gloria ni su virtud pudieron consolarle enteramente de la privacion de la vista : y confesándoselo así ingenuamente un dia á san Antonio, que habia venido á verle : « Me extraño, le dijo el santo patriarca, » de que un hombre sabio y prudente como tú se entristezca » tanto por haber perdido lo que poseen una hormiga y un » mosquito, en lugar de regocijarse de poseer lo que han te» nido los Santos y los Apóstoles. Vale mas ver con el ojo de » la inteligencia que con los del cuerpo, de los cuales una sola » mirada puede perder eternamente al hombre. » Gregorio

Nacianceno vino á juntarse con su hermano Cesario á Alejandría, y junto con él fué algun tiempo discípulo del ilustre ciego Dídimo. Se separaron mas tarde; san Cesario para volver á su patria, y Gregorio para irse á Atenas, que era aun mirada como la metrópoli de las ciencias y de las letras. Allí encontró á un jóven á quien tambien conducia la mano de Dios para grandes cosas: este era san Basilio. Habia este nacido en Cesarea de Capadocia, en la misma época que san Gregorio, hácia el año 317. La santidad era tambien como hereditaria en su familia. Su padre Basilio, su madre Emelia, Macrina su hermana, Gregorio, obispo de Nisa, y Pedro, obispo de Sebaste, sus hermanos, han sido colocados todos en el catálogo de los santos. El jóven Basilio, enviado desde luego á la escuela pública de Cesarea en Palestina, y despues á Constantinopla, se distinguió sobre todos sus condiscípulos por la rapidez de sus progresos, la vivacidad de su inteligencia y la sólida piedad que vivificaba sus hermosas disposiciones. En esta última ciudad, tomó lecciones de elocuencia del famoso Libanio, que profesaba entonces las letras con aplauso universal. Libanio, aunque pagano, no podia cansarse de admirar los tan extraordinarios talentos de su jóven discípulo, juntos con una rara modestia y una virtud extraordinaria. Dice en sus *Epístolas,* que se sentia como arrobado fuera de sí mismo cada vez que oia hablar en público á Basilio. Mantuvo siempre con este relaciones íntimas epistolares, y jamás cesó de darle las mas inequívocas muestras del alto aprecio y de la profunda veneracion que profesaba á sus relevantes méritos. Desde Constantinopla se fué Basilio á Atenas, donde ya se hallaba Gregorio. Estas dos almas, tan dignas una de la otra, se unieron muy pronto con los vínculos de una amistad inmortal. Se comunicaban hasta sus mas íntimos pensamientos, y sobre todo el mutuo deseo que ambos tenian de la perfeccion evangélica. Permanecieron juntos en un retiro estudioso, comian en la misma mesa y partian su tiempo entre trabajos y oraciones comunes. « Ambos teníamos el mismo objeto, decia san Gre-
» gorio; buscábamos el mismo tesoro, la virtud; pensábamos

» en nuestra eterna union, preparándonos á la inmortalidad » bienaventurada; nos servíamos recíprocamente de maestros y » celadores, exhortándonos mutuamente á la piedad; no tenía» mos comercio alguno con aquellos de nuestros compañeros » que eran de costumbres desarregladas, y no frecuentábamos » sino á aquellos que por su modestia, reserva y sabiduría po» dian sostenernos en la práctica de lo bueno. No sabíamos en » Atenas sino dos caminos : el de la iglesia y el de la escuela pú» blica : ignorábamos enteramente los de las fiestas mundanas, » espectáculos ó juntas seculares. » Ambos amigos, primeros en el camino de la sabiduría, eran tambien los primeros en la carrera de las ciencias y de las letras. A la retórica, poesía, filosofía y dialética, Basilio reunia el conocimiento de la geometría y de la astronomía, lo bastante para no ser inferior á los mas adelantados en estos ramos. Las enfermedades á que le sujetó su vida austera y mortificada, le dieron ocasion de añadir el estudio de la medicina, especialmente en sus relaciones con la filosofía. Tantas ciencias y tantas virtudes excitaron la admiracion general á tal punto, que do quiera se hablaba de Atenas y de sus grandes maestros, se hablaba de la maravillosa pareja de amigos, Basilio y Gregorio. Encerraba Atenas entonces, entre la poblacion de estudiantes que habitaban en su seno, un jóven de unos veinte años, de mediana estatura, cuello grueso y corto, ojos vivos, pero azorados y volteadores, barba descuidada, anchas espaldas, hombros elevados, que levantaba y meneaba con frecuencia : era el César Juliano, sobrino del emperador Constancio, el cual habia hecho matar á toda su familia, y solo habia perdonado á este jóven. Juliano quiso insinuarse en la tan estrecha amistad de Gregorio y Basilio; pero Dios habia dado á ambos amigos, en edad tan tierna, la rara cualidad del conocimiento de los hombres. Desecharon las propuestas de Juliano; y Gregorio, viéndole afectar costumbres austeras y una piedad engañosa, decia : « ¡ Qué » víbora alimenta en su seno el imperio romano! Quiera Dios » sea yo profeta falso. » Desgraciadamente se realizaron tan tristes previsiones : pues que el jóven hipócrita fué mas tarde un

emperador apóstata. — Habian llegado ya á su término los estudios y carrera de ambos amigos : Basilio y Gregorio tenian que separarse dejando Atenas. Toda la ciudad se conmovió tiernamente al saber su próxima salida; profesores y alumnos les rodeaban y conjuraban á competencia no salieràn aun de la ciudad. Basilio pudo en fin salirse, aunque dejando y llevándose lágrimas; mas Gregorio no pudo negarse á aceptar una cátedra de elocuencia : pero poco despues se esquiva en secreto de sus discípulos y va á reunirse con su amigo en su soledad de Capadocia. Allí, en el seno de un piadoso y muy fecundo retiro, esperan la órden de la Providencia y se preparan á las cosas grandes que Dios meditaba hacer por medio de ellos.

18. Otro santo Padre de la Iglesia griega ilustraba á la sazon la ciudad de Jerusalen, su patria. San Cirilo, simple sacerdote, fué destinado por Máximo, obispo de Jerusalen, para predicar todos los domingos en las asambleas de los fieles, y para enseñar al propio tiempo á los catecúmenos. Nos quedan de él veintitres *Catequesis* ó instrucciones orales familiares, cuyas primeras diez y ocho explican el símbolo, y las otras cinco explican los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Eucaristía, que los neófitos recibian entonces en un mismo dia. Es un monumento de infinito valor por la claridad y órden con que se expone la doctrina cristiana, y se defiende contra los paganos y herejes. Estas catequesis, que duraban una hora, se hacian bajo los pórticos de la iglesia, mas no en la iglesia misma, en la cual no tenian aun derecho de entrar los oyentes no bautizados. San Cirilo da el nombre de fieles á los que aun antes de haber recibido el bautismo, creian de corazon y profesaban con la boca todo cuanto cree y enseña la Iglesia. El talento y elocuencia que Cirilo desplegó en esta serie de instrucciones, le designaron naturalmente á los sufragios del clero y pueblo, cuando por muerte de Máximo llegó á vacar la silla de Jerusalen. El ilustre sacerdote fué pues proclamado obispo de su ciudad natal con aplauso universal. La aparicion milagrosa de la cruz, en 351, vino á confirmar de un modo autén-

tico y solemne los favores con que queria el Señor recompensar los trabajos del santo prelado. No tardó en acarrearle la persecucion de los Arrianos su celo y decision al símbolo de Nicea. Acacio de Cesarea le hizo deponer en 357 bajo de falsos pretextos. Se acusaba á Cirilo de haber disipado los tesoros de la Iglesia. Es verdad que el territorio de Jerusalen hallándose afligido por el hambre, el pueblo, falto de pan, se dirigió á su obispo. Como Cirilo no tenia dinero, vendió las alhajas de oro y telas preciosas para alimentar á los hambrientos cristianos y paganos. Por semejante acusacion el concilio de Cesarea condenó á un obispo católico. Restablecido en 359 por el concilio de Seleucia, san Cirilo fué depuesto segunda vez en el conciliábulo de Constantinopla en 360, y no pudo volver á entrar en Jerusalen sino despues de la muerte de Constancio, que volvió á abrir á tantos desterrados el camino de su patria. Mas le aguardaban nuevos combates.

19. En el fondo del Oriente, la Armenia admiraba á un nuevo apóstol en su patriarca Nerses primero, apellidado el Grande. Era descendiente de la real familia de los Arsacidas, y habia sido educado cuando jóven en Cesarea de Capadocia, y luego en Constantinopla, donde se habia instruido en las humanidades y bellas letras griegas. En esta última ciudad se habia casado con la hija de un gran personaje : viudo despues de tres años de casamiento, Nerses de regreso á su patria habia abrazado la profesion militar : y revestido de muchas dignidades, añadió á ellas la de gentil-hombre del rey Arsaces. Jóven aun, le habian merecido el aprecio general sus virtudes y valor. Su imponente estatura y sus majestuosos modales inspiraban respeto. Llegó á vacar el trono patriarcal de Armenia. Despues de san Gregorio el Iluminador habia habido algunos patriarcas escandalosos, y la religion habia padecido mucho : dos de sus sucesores, aunque virtuosos, no habian tenido bastante energía para remediar tantos males, porque era necesario otro Gregorio el Iluminador. Se celebraba con este objeto tan santo y grave una grande asamblea. De repente se esparce el ruido de que existe un patriarca santo, digno de su abuelo

por sus virtudes, y pasa de boca en boca el nombre de Nerses. Concuerdan todos los sufragios, y en unánime concierto de alabanzas se le confiere el cetro patriarcal. « ¡Solo él será » nuestro pastor! exclamaron todos á una voz; ninguno otro es » mas digno de ocupar el trono episcopal. » Muy ajeno de este universal movimiento, y sobrecogido repentinamente, Nerses quiere sustraerse á tal honor, é intenta fugarse. Mas el rey mismo le manda arrestar, y quitándole la espada real que llevaba como insignia de su dignidad, le manda revestirse inmediatamente con los ornamentos pontificales. No quedó defraudada la esperanza de los católicos armenios. Con los esfuerzos del nuevo patriarca, no tardó en reflorecer la fe en toda la Armenia: las iglesias y altares derribados, fueron reedificados; y se levantaron nuevos templos, dedicados al Dios verdadero, sobre las ruinas de los idólatras edificios: se fundaron hospitales y monasterios; se amansaron y corrigieron las costumbres, y se derramó por todas partes la instruccion y cultura religiosa. Hácia el año 353, á tiempo que Constancio perseguia con la mayor violencia á los obispos católicos, el rey de Armenia le envió una embajada, á cuyo frente estaba el patriarca Nerses. El emperador trató de ganarlo al arrianismo. Mas no pudiéndolo conseguir, se enfureció tanto, que olvidándose de todo derecho de gentes, desterró al santo á una isla desierta.

20. En tanto que veia el Oriente brotar de su fecundo suelo este semillero de hombres grandes, la Iglesia de Occidente poseia tambien ilustres defensores de la fe. En las Galias resonaba entonces el nombre de Hilario de Poitiers. Salido de una de las mas ilustres familias del país, Hilario habia sido educado en el paganismo. Estudió con gran éxito las ciencias profanas, y cultivó especialmente la elocuencia: todos los dones habian sido otorgados á esta inteligencia superior. Y para colmo de su felicidad, la gracia de Dios vino á buscarle en medio de sus ocupaciones literarias y de su predileccion por Quintiliano, á quien habia tomado por maestro y modelo. Hé aquí cómo refiere su conversion: « Consideraba yo que el mas feliz estado segun la

» naturaleza es el reposo en la abundancia, pero que esta dicha » no es comun con los animales privados de razon : entonces » conocí que la felicidad del hombre debia de ser de órden mas » elevado. La vida presente no siendo sino un tejido de penas » y miserias, me pareció que la habíamos recibido para ejer- » citarnos en las virtudes de paciencia, moderacion y manse- » dumbre, y que el Dios de las misericordias no ha podido » dárnosla para hacernos mas miserables quitándonosla. Mi » alma se movia entonces con entusiasmo á conocer á Dios, » autor de tanto bien; yo veia claramente lo absurdo de todo » lo que los paganos enseñaban tocante á la Divinidad, repar- » tiéndola en muchos personajes de uno y otro sexo, atribuyén- » dola á animales, á plantas, á estatuas, á objetos insensibles. » Reconocí que no habia sino un solo Dios eterno, omnipotente, » inmutable. Lleno de estos pensamientos, leí con admiracion » en los libros de Moisés aquestas palabras : « Yo soy el que » soy. » Y en Isaías : « El cielo es mi trono, y la tierra mi » escabel. Lleva el mundo en su mano, y en sus palmas la » tierra. » Y en los Salmos : « ¿ Adónde iré para sustraerme » á vuestro espíritu? ¿ A dónde huiré para ocultarme á tus mi- » radas? » — Estas palabras me hicieron conocer que todo está » sometido á Dios, que es sobre todo, que está en todo y en » todas partes; que él es la fuente de toda hermosura, y la » hermosura infinita. En una palabra, yo comprendí que debia » de creerlo incomprensible. Llevaba mas lejos mis deseos, y » sentia yo la necesidad de una inmortalidad que fuese recom- » pensa de una vida entera de obras buenas; mas la flaqueza » de mi inteligencia me sumia en extrañas perplejidades, » cuando hé aquí que los escritos de los Evangelistas y » Apóstoles me revelaron un mundo nuevo. Leyendo las » primeras páginas del Evangelio de san Juan, yo supe que » Dios tenia un Hijo coeterno y consustancial á su Padre; que » este Hijo, el Verbo de Dios, se habia hecho hombre á fin de » que el hombre pudiese á su vez ser hecho hijo de Dios » Desde este momento se consumó su conversion. Su esposa abrazó á ejemplo suyo la fe de Cristo, y su hija, Santa Aspra, ofreció al

Dios que acababa de revelarse á su familia su perpetua virginidad. El nuevo convertido fué modelo de los fieles de Poitiers, y á la muerte de su obispo Maxencio, hermano de san Maximino de Tréveris, Hilario fué elegido de voz unánime para sucederle en 353. El nuevo pastor estaba pronto á defender la fe ácosta de su vida. Hácia el año 356, dirigió al emperador Constancio un memorial enérgico en nombre de todos los obispos de las Galias contra las violencias de los Arrianos. Sus conclusiones estaban expresadas con una independencia de carácter y lenguaje verdaderamente apostólico : « No sean ya las Iglesias católicas » blanco de tan insoportables persecuciones, decia, de parte » de sus propios hermanos : no se entrometan mas los magis» trados seculares en juzgar los negocios eclesiásticos : véanse » libres de oir la palabra de sus legítimos pastores los pue» blos, en vez de verse forzados á someterse á los que corrom» pen la sana y santa doctrina; cesen las autoridades civiles de » favorecer á los partidarios de la herejía; sean devueltos á » sus iglesias los obispos desterrados, entre otros Eusebio de » Vercelli, Dionisio de Milan, Atanasio de Alejandría, contra el » cual se han quebrantado todas las formas de justicia. La » causa funesta de todo el mal es esa terrible peste, esa nueva » impostura arriana proclamada recientemente por los dos » Eusebios, por Narciso de Nerionada, Teodoro de Heraclea, » Estéban de Antioquía, Acacio de Cesarea, Menofante de » Éfeso, y por dos jóvenes presuntuosos cuya ignorancia iguala á su perversidad, Ursacio y Valente. » Esta firmeza de Hilario le mereció el odio mas encarnizado de los Arrianos. Saturnino, obispo de Arles, partidario suyo, de acuerdo con Ursacio y Valente, tan fulminantemente heridos en la memoria al emperador, abrió un concilio en Beziers el año 356, donde supo Hilario inutilizar todos sus artificios. Se vengaron con hacerle desterrar á la Frigia; pero su pueblo de Poitiers permaneció fiel á su obispo, y desde el fondo del Asia, Hilario gobernaba á su iglesia. El confinamiento en nada resfriaba el celo ardiente del confesor de la fe. Entonces escribió sus doce libros de la *Trinidad*. El primero en desenvolver estos miste-

rios entre los Occidentales, cuyo lenguaje no se habia fijado bien aun respecto de esto, san Hilario tiene algunas expresiones impropias que es necesario explicar por el conjunto de la doctrina. Él mismo deplora mas de una vez la pobreza é insuficiencia del lenguaje humano para hablar de Dios. Despues de hacer ver la incoherencia ó incertidumbre de la filosofía humana, le opone la certidumbre y concierto de la doctrina del cristianismo en ambos Testamentos. En el antiguo, Dios se define á sí mismo : « Yo soy el que soy, » expresion sobrehumana cuya infinita energía trata de desarrollar san Hilario. En el nuevo, un pescador de Galilea, elevándose sobre todas las criaturas, parece penetrar hasta en el seno de la Divinidad. San Hilario comenta aquí el principio del Evangelio de san Juan, y hace resaltar su sublimidad y profundidad. El principal objeto de la obra es probar por el antiguo y nuevo Testamento la trinidad y la *consustancialidad* de las personas divinas, y en particular la divinidad de Jesucristo, y refutar las objeciones de Sabelio y de Arrio. Parece verse en esta obra como una emanacion de aquella fuente de aguas vivas que surten hasta la vida eterna. En toda ella se ve una plenitud infinita de fe y energía, que sola ella prueba que la Iglesia católica, tan vivamente perseguida, no estaba cerca de su ruina. San Hilario sienta como verdad incontestable que cada vez que aparece Dios en el antiguo Testamento bajo figura humana á los patriarcas y profetas, es el Verbo quien se manifestaba así, queriendo en cierto modo acostumbrarnos á su encarnacion real. En esto no hace sino reproducir la doctrina de los primeros santos Padres, san Justino, san Ireneo, Orígenes, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría, Tertuliano y san Cipriano. Hasta los mismos Arrianos convenian en ello. Eusebio de Cesarea lo enseña en su *Demostracion evangélica*, y el concilio de Sirmio, celebrado contra Fotino, pronunció anatema contra los que sostuvieren lo contrario. Esta tradicion, continuada despues por san Ambrosio, san Agustin, san Leon y los mas ilustres doctores, ha vuelto á ser tomada y resumida entre los modernos por Bossuet. Es una de las ojeadas mas sublimes, profun-

das y luminosas, para hacerse cargo del conjunto y maravillosa alianza de los dos Testamentos. — Hemos visto como la Providencia condujo á san Hilario al concilio de Seleucia en 360. Despues de la disolucion de este concilio, el obispo de Poitiers se fué á Constantinopla y presentó una solicitud al emperador pidiéndole dos cosas : 1°. ser confrontado con Saturnino de Arles, Ursacio y Valente, para confundir públicamente sus errores ; 2°. ser admitido á una audiencia imperial para tratar en presencia del mismo Constancio la materia de la fe segun el sentido católico. « Buscais la verdad, príncipe, le decia el » santo; aprendedla, no segun las nuevas fórmulas redactadas » de ayer, sino segun los libros de Dios. Tened presente que no » es una cuestion de filosofía, sino la doctrina del Evangelio. » Constancio no hizo caso alguno de esta comunicacion secreta, y continúa en avivar su despotismo doctrinal hasta el exceso. San Hilario publicó entonces un escrito dirigido no ya al emperador, sino á los fieles católicos. El exordio es de una vehemencia digna de un Apóstol : « Esperemos á Cristo, pues que » domina el Antecristo, dice. Den voces los pastores verdade» ros, pues que los mercenarios huyen. Sacrifiquemos nues» tras vidas por nuestras ovejas, porque los lobos han entrado, » y el leon furioso amenaza y busca cómo devorarlas. Vole» mos al martirio, porque el ángel de Satanás se ha transfor» mado en ángel de luz. Príncipe impío, tú acoges á los obispos » con el mismo ósculo con que Judas vendió á Cristo : tú incli» nas la cabeza para recibir su bendicion, y al propio tiempo levantas el pié para hollar la fe ! » Los obispos orientales, espantados del santo atrevimiento de este lenguaje, persuadieron á Constancio se desembarazase de Hilario, haciéndole volver á las Galias. Su regreso á Poitiers fué un triunfo universal : y muy pronto fué como centro de los obispos de la Galia, que acudian presurosamente á él como á regla viva de la fe. Hemos visto á san Febado de Agen ponerse tambien valerosamente sobre la brecha para combatir á la herejía. San Hilario vió revivirse en un ilustre discípulo que se le vino un dia de una compañía de veteranos imperiales, salida del fondo

de la Panonia, hoy la Hungría. Martin, — que así se llamaba, — hijo de un tribuno militar, cristiano á pesar de sus padres, soldado de Cristo antes de ser soldado del imperio, partiendo en las puertas de Amiens su capa en dos partes para dar una á un pobre medio desnudo, pidiendo licencia absoluta al dia siguiente de una batalla en la cual habia desplegado el mas heróico valor, vino á postrarse á los piés del obispo de Poitiers, y aprender de él las virtudes que mas tarde habian de brillar en la persona del gran san Martin, obispo de Tours. — En la misma época, san Eusebio de Vercelli, y san Paulino de Tréveris defendian la verdadera fe con valientes esfuerzos y escritos elocuentes. Lucífero de Cagliari escribia desde el retiro de su destierro una serie de obras que dirigia á Constancio. La *Defensa de san Atanasio*, el libro de los *Reyes apóstatas*, dos tratados : *Que no se ha de tener miramiento con los que se resisten á Dios ; — Que es menester morir por el Hijo de Dios*, sobresalen por la pureza de la fe y por la energía con que Lucífero reprende á Constancio por su tenaz apego al arrianismo.

Como se ve, el Occidente estaba noblemente representado en el movimiento intelectual que se manifestaba en el seno de la Iglesia católica durante el siglo cuarto. Estaba muy lejos de cerrarse la lista de sus grandes doctores ; porque en esta misma época san Ambrosio, futuro obispo de Milan, pasaba ya sus primeros estudios en Roma ; san Jerónimo nacia en la Dalmacia en 351, y san Agustin en Tagaste en 354. ¡ Cuánta gloria no estaban destinados á dar á la Iglesia !

21. Constancio habia arruinado el tesoro imperial en gastos de carruajes y medios de transportes para llevar continuamente los obispos á sus concilios. Juliano, su sucesor, acabó de agotarlo para restablecer los templos de los ídolos destruidos por Constantino, y en comprar rebaños innumerables de bueyes para sus hecatombas, á tál punto que un satírico le dirigió cierto dia un billete en estos términos : « Los bueyes blancos » al César Juliano, salud. Acabamos de perecer todos si triun» fais. » El jovenzuelo que en Atenas solicitaba el favor de ser

admitido en la intimidad de san Gregorio y san Basilio, que habia llevado su fervorosa piedad hasta hacerse *lector* en la iglesia de Nicomedia, y cuya juvenil devocion habia pasado á ser supersticion, apenas se vió vestido de la púrpura imperial escribió en manifiestos públicos á todo el universo: « Nos ser» vimos abiertamente á los dioses, y la muchedumbre de tro» pas que nos sigue es piadosa. Sacrificamos bueyes á las » divinidades tutelares del imperio, y les hemos ofrecido en » accion de gracias de nuestra victoria numerosas hecatom» bas (361). » — La piedad de las tropas de que se jacta aquí Juliano, no era otra cosa que el apresuramiento muy natural de los soldados galos y germanos á tomar su parte de la carne y del vino de esas imperiales carnicerías. Y llegaba á tanto su devocion en este punto, que, segun relato de Amiano Marcelino, aunque idólatra y hostil al cristianismo, « los transeuntes » se veian obligados á llevarlos por compasion en sus espaldas » á los cuarteles. » No tardó en publicarse un edicto restableciendo el culto de los ídolos, las dignidades de sacrificadores, de arúspices y agoreros en todas las ciudades del imperio. Todos los templos de los ídolos destruidos por Constantino habian de ser reedificados en sus mismas plantas ó ruinas, y dotados de sus antiguas rentas; los cristianos estaban obligados á restaurar á sus expensas los que habian abatido, y volverles las dotaciones que Constantino habia atribuido á las iglesias. Un trastorno tan inesperado en los intereses adquiridos ya, y considerados como propiedad respectiva de los poseedores, puso en conflagracion á todo el imperio. Marcos, obispo de Aretusa, habia arruinado á la cabeza de su rebaño un templo de ídolos en los años anteriores. Sobrado pobre para restituir su valor, le prendieron, en virtud de la ley romana que entregaba á los acreedores la persona de un deudor insolvente. Azotado con varas, y arrancada la barba, desnudo el cuerpo y untado de miel, el santo anciano suspendido de una soga fué expuesto, bajo los rayos de un sol ardiente, á las picaduras de las moscas. Marcos habia ocultado á Juliano, niño, y libertado de la matanza de toda su fami-

lia por el furioso Constancio : ¡ tal es el reconocimiento del Apóstata! — Cruel, por excepcion, en esta circunstancia en que cabalmente todo le hacia un deber de ser generoso, Juliano no intentaba acabar con los *Galileos*, porque así los llamaba, por medio de una sangrienta persecucion. Conocia sobrado la historia de la religion que él proscribia para ensayar de nuevo un papel que tan mal habia salido desde Neron hasta Diocleciano. La ironía, el menosprecio público, la burla y la sátira le parecian capaces de dar en tierra con una Iglesia que no habian podido anegar rios de sangre. Se rompió en manos de Juliano el arma del sarcasmo, y los filósofos del siglo XVIII, que la volvieron á usar, no han tenido mejor suerte que el Apóstata. Se creyeron inventores de un nuevo sistema, y su *agudísimo* ingenio se constituyó en plagiario rampante de un apóstata del Bajo-Imperio. No le hizo falta á la apostasía la hipocresía de Juliano. Los soldados galos que le siguieron desde Lutecia, donde se habia hecho proclamar, hasta Roma, donde el senado reconoció su advenimiento, habian jurado, blandiendo sus espadas sobre sus cabezas, de morir por él. Sin embargo muchos de aquellos soldados eran cristianos; pero Juliano los habia engañado. Antes de dejar las Galias, habia entrado el dia de la Epifanía en la iglesia de Viena, donde oró y asistió á los oficios. Amiano Marcelino afirma que ya en este tiempo profesaba secretamente el paganismo : habia pues derecho de indignarse contra la doblez de un César impostor. Cierto dia en que ofrecia sacrificio en un templo de la Fortuna, Maris, obispo de Calcedonia, le reprendió vivamente su apostasía. Juliano le respondió : « Anciano, el *Galileo* no te » volverá la vista. » Maris, que en efecto era ciego, respondió al emperador : « Yo le agradezco infinitamente de privarme » del dolor de ver un apóstata tal como vos. » — « Apenas » hubo publicado su edicto Juliano para el restablecimiento » de la idolatría, dice san Juan Crisóstomo, se vieron acudir » de todas las partes del mundo, mágicos, hechiceros, adivinos, » arúspices y todos cuantos hacian oficios de impostura é ilu- » sion; por manera que el palacio se hallaba atestado de gen-

» tes sin honra y de vagabundos. Todos cuantos desde mucho » habia se hallaban reducidos á la última miseria, cuantos por » sus brujerías y maleficios se habian consumido en los calabo- » zos ó en las minas, cuantos llevaban á duras penas una vida » miserable en oficios á cual mas bajos y vergonzosos, todas « estas gentes, erigidas en sacerdotes y pontífices, se hallaron » en un instante colmadas de honores. El emperador, dejando » en un rincon á sus generales y magistrados, no dignándose » ni aun hablarles, llevaba consigo por toda la ciudad una » chusma de jóvenes perdidos y desenfrenados, de prostitutas » que acababan de salir de sus burdeles. El caballo del empe- » rador y su guardia no le seguian sino de muy lejos, en tanto » que una innumerable gentuza vil rodeaba su persona, y » ocupaba el primer rango de honor en medio de las plazas » públicas, diciendo y haciendo todo cuanto puede esperarse » de gentes de este jaez. »

22. La apostasía conducia á Juliano al fanatismo, y del fanatismo á la persecucion: cuando el hombre ha llegado á cometer una falta que él supone irremediable, el orgullo le hace buscar un abrigo en esta falta misma. Intentó Juliano dos cosas dificultosas, enardecer el celo de los idólatras cuyo culto estaba ya apagado y desacreditado, y promover caidas entre los cristianos. Ofrecia honras y oro á la apostasía; pero se estrelló su plan ante la fervorosa fe de los discípulos del Crucificado, y ante la fe muerta de los paganos. Él mismo se quejaba de no hallar casi á nadie dispuesto á sacrificar; y echa en cara á los habitantes de Alejandría de abandonar los dioses de Alejandro por un Verbo que no vieron jamás ni ellos ni sus padres (1). Si se quieren sondear las causas que en Juliano pudieron producir esa antipatía tan viva contra un culto que habia profesado él mismo con ardor de neófito, nos parece poder resumirlas así: Juliano era de una de esas imaginaciones ardientes mas á propósito para la poesía que para las realidades del

(1) Hunc vero quem neque vos neque patres vestri videre, Jesum Deum esse Verbum creditis oportere. (Julian., *Ep.* LI.)

mundo positivo y gobernadero. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba á esta alma nutrida de los sueños griegos. Los dioses de Homero le parecian como la mas hermosa creacion del humano ingenio, y á fuerza de admirar este su poeta, se creyó llamado á resucitar su culto. Por otra parte, á su entusiasmo literato se agregaba el odio inveterado que profesaba á Constancio, que asesinó á su padre, entregó á su hermano al verdugo y amenazó largo tiempo su vida. Pensaba él vengar á toda su familia inmolada proscribiendo la religion del príncipe que cabalmente la habia perseguido atrozmente : esto por las causas intrínsecas probables ; otras causas extrínsecas venian á agregarse á estos motivos personales. El paganismo, puesto bronca y precipitadamente fuera de la ley por Constantino, esperaba mucho tiempo hacia la época de una reaccion. Los sofistas griegos y latinos, los retóricos, los filósofos de Atenas, Roma y Alejandría, que hasta entonces se habian resistido á las luces del Evangelio, clamaban con el mayor ahinco por la rehabilitacion de los dioses de Homero, Virgilio, Aristóteles y Platon. No se mudan con una plumada las costumbres, hábitos y creencias de los pueblos : todo cuanto habia sido herido en sus intereses, pasiones ó amor propio por el repentino triunfo de la Cruz, se agrupaba en torno de Juliano y exclamaba á su advenimiento : « Sin Juliano » Augusto, se pierde la república, el ejército y el imperio » (Amiano Marcel., lib. xx, cap. 11). El estado de la sociedad á la muerte de Constancio, es necesario confesarlo, era el mas propicio para infundir confianza á los paganos. La herejía de Arrio lo habia dividido y subdividido todo : todo eran anatemas lanzados de unos contra otros : los obispos legítimos eran arrojados de sus sillas á mano armada por usurpadores ; el cisma añadia aun sus desórdenes á los de la herejía. Estas reyertas, cuyo eco resonaba por todas las ciudades, villas y aldeas, debilitaban el imperio á lo exterior, paralizaban el poder en lo interior, y hacian peligrosa y difícil la administracion. Los jueces y gobernadores no estaban ocupados sino en reprimir sediciones promovidas por los Arrianos. Juliano

pudo creer que curaria todos esos males á la vez, sofocando todas las sectas bajo la influencia y poder del antiguo culto (1): y se valió para ello de la veleidad irónica de un sofista, del fanatismo de un pagano, y del cálculo frio de un escéptico : mas su impotente tentativa no hizo sino probar de nuevo la divina inmortalidad del cristianismo, « de este yunque que tantos martillos ha gastado, » segun expresion comun del abate Combalot.

23. Desde el año 362, publicó Juliano un edicto que otorgaba á cada uno el libre ejercicio de su religion, y llamaba á todos los que habian sido desterrados por esta causa. Su objeto era fomentar las divisiones entre católicos y Arrianos para debilitarlos mutuamente, y luego acabar con todos por el público menosprecio. La libertad de culto, que en apariencia dejaba á los cristianos, no era en el fondo sino una dura esclavitud : no los condenaba á muerte con un general edicto, pero tomaba otros caminos aun mas seguros para abrumarlos. Se prodigaban á los paganos todos los favores; mas los cristianos solo experimentaban de su parte desdenes, vejaciones y disfavores. Para envilecer el clero, privó á los eclesiásticos de todos sus privilegios : suprimió las pensiones asignadas á la subsistencia de los clérigos y vírgenes consagradas á Dios. « Su admirable ley, decia irónicamente, les manda renunciar » á los bienes de la tierra á fin de llegar antes al reino de los » cielos; y nos, deseando propiciamente facilitarles este viaje, » ordenamos que se les aligere del peso de todos sus bienes. » Cuando los cristianos osaban quejarse, les respondia : « ¿No » es acaso el padecer la vocacion de un cristiano? » Los obispos le dirigieron una apología del cristianismo por medio de Diodoro de Tarso, y se la devolvió con estas tres palabras griegas : Ἀνεγνων, ἔγνων, κατέγνων (Leí, entendí, condené). Todas las iglesias fueron pues despojadas y sus riquezas trasladadas á los templos idólatras, que hacia recomponer á expensas de los Galileos. Procuraba ganar con promesas á los que sabia

(1) Chateaubriand, *Estud. histór.* (passim).

eran flacos en la fe: y la firmeza de los que resistian pasaba por crímen de Estado. Al contrario, los que se dejaban vencer y vendian su conciencia, eran colmados de honras y de gracias. La apostasía era camino para todos los empleos y dignidades; y sola ella equivalia al talento y al mérito: la apostasía era, en fin, capa de todos los crímenes y daba derecho de cometerlos impunemente.

24. Por excepcion gloriosa Juliano habia excluido nominalmente á san Atanasio del privilegio de regresar á su ciudad patriarcal, como se concedia á todos los desterrados. « Fuera muy » peligroso, dice el apóstata en una carta á los habitantes de » Alejandría, dejar al frente del pueblo á un intrigante: porque » no es un hombre, sino un aborto vil y sin valor, que se pre- » cia de tanto mas grande cuanto mas hace por atraerse casti- » gos y peligros. No recibais jamás al malvado Atanasio: se » ha atrevido bajo mi reinado mismo á conferir el bautismo á » señoras griegas de ilustre nacimiento. » Pero los acontecimientos decidieron otra cosa. El obispo arriano Jorge, que ocupaba la silla de Alejandría despues del destierro de san Atanasio, se habia hecho aborrecer de todos los partidos: de los católicos por la persecucion que les habia hecho padecer en tiempo de Constancio; de los Arrianos, forzándoles á suscribir á la condenacion de Aecio, uno de sus cabezas; finalmente de los paganos, por el saqueo de sus templos y por las vejaciones que hacia experimentar indistintamente á toda clase de personas. La reaccion pagana se valió de las circunstancias para echar á Jorge á un calabozo. Mas apenas le supo preso el pueblo, cuando acudió en gran masa, y lo llevó á rastra por las calles de la ciudad, pisoteándolo y llenándolo de ultrajes. Jorge espiró en medio de atroces tormentos. Su cadáver, puesto en un camello, fué llevado entre el clamoreo de un populacho delirante al borde del mar: se quemó allí, y fueron arrojadas sus cenizas á las ondas, temiendo que los cristianos no las honrasen como las de un mártir; como acababa de suceder con Artemio, gobernador del Egipto, á quien Juliano habia condenado á muerte, so pretexto de concusion, pero en

realidad para castigarlo por el celo con que habia destruido los templos de los falsos dioses. No era empero de temer semejante cosa en favor de un obispo intruso. Era notorio que la religion no habia sido causa de esta muerte, y que sus crímenes le habian hecho odioso á todo el mundo. Juliano al saber esta sedicion mostró quedar muy disgustado; mas solo era en apariencia. Porque en realidad no podia menos de regocijarse en ver tan vivas y sangrientas las contiendas religiosas entre sectas que detestaba igualmente, y que veia con placer como podrian destruirse unas á otras. « Jorge merecia ser tratado » así, escribió á los Alejandrinos : y aun añado que era digno » de mayor castigo, mas no debísteis ser ejecutores. Aunque » no fuera por respeto á vuestro fundador Alejandro, ó mas » bien al gran dios Serapis, ¿cómo no habeis tenido miramiento » al deber comun de la humanidad y á lo que me debeis á mí » mismo, á quien los dioses, y en especial el gran Serapis, han » revestido del imperio del mundo? » Con tales arengas intentaba comprimir las sediciones populares el César literato. Mas sea lo que quiera, y á pesar de la mala voluntad de Juliano, san Atanasio, no viendo obstáculo alguno á su regreso, se decidió á volver á Alejandría despues de siete años de destierro. El Salvador entraba en Jerusalen « montado, dice el Evangelio, » en un pollino. » En igual cabalgadura quiso comparecer Atanasio ante sus amados Alejandrinos, en medio de un innumerable concurso de gente que salió á recibirle á dos jornadas de camino. Todo el Egipto pareció haberse dado cita ante el ilustre patriarca. Se subian las gentee á todas las alturas para verlo, y se agolpaban en masa para oir su voz; y creian santificarse con solo colocarse por donde pasaba su sombra. Si jamás hubo existencia mas perennemente perseguida que la de Atanasio, es justo confesar tambien que no hubo jamás poblacion mas afecta, mas entusiasta ni mas fiel á su legítimo pastor que la de Alejandría. Le quemaban perfumes y aromas, se sembraba de flores el camino; la ciudad se iluminó toda, y se hicieron fiestas y regocijos en las plazas y parajes públicos. El regreso de un padre al seno de su familia

no hubiera sido acogido con mayores transportes. San Atanasio trató á los que le habian perseguido mas abiertamente con tanta dulzura y gracia, que se alegraron infinito de su vuelta. Se constituyó la providencia de todos los menesterosos, pobres, desvalidos, oprimidos y desgraciados sin distincion de partido : todos los corazones, todos los ánimos se sentian atraidos á él por los encantos de su mansedumbre y de sus virtudes.

25. Al dejar la Tebáida, á donde le habia confinado Constancio, san Eusebio de Vercelli se detuvo en Alejandría para conferenciar con san Atanasio. Los dos prelados, de concierto, juntaron allí un concilio poco numeroso, pero formado casi en su totalidad de confesores de la fe, tales como Asterio, obispo de Petras en la Arabia, de Cayo, Amonio, Draconcio, Adelfo, Pafnucio. Habia que examinar la conducta que debia de observarse con los obispos que por debilidad habian suscrito profesiones de fe heréticas. La mayor parte de los que las habian firmado, sorprendidos como en Rímini y otras partes, habian dado sínceras pruebas de arrepentimiento. El concilio de Alejandría decidió que no serian considerados como excluidos de la comunion eclesiástica. Tambien se decidió que los jefes del partido arriano, si renunciaban á sus errores, alcanzarian perdon de lo pasado, mas sin conservar su rango en el clero. Los que solo habian sucumbido á la violencia, admitidos previa retractacion á la comunion de la Iglesia, no perdian su rango en la jerarquía. — Se resolvió en seguida la cuestion dogmática para la condenacion de los principios de Macedonio, obispo intruso de Constantinopla, que comenzaban á propagarse y que atacaban la divinidad del Espíritu Santo. Se fijó la significacion católica de la voz *hipóstasis,* de que se habian valido unos y otros, mas en sentido diverso, en las controversias. Unos tomaban esta voz como sinónima de *sustancia,* y no admitian en Dios sino una *hipóstasis;* otros le daban el sentido de persona, y reconocian tres. Una vez fijado el lenguaje teológico, el concilio anatematizó solamente á Arrio, á Sabelio, á Paulo Samosateno, á Basílides y á Manes. Llenó la discu-

sion de las últimas sesiones el exámen de un punto controvertido acerca de la Encarnacion. Se reconoció que el Salvador no habia tomado un cuerpo sin alma ni pensamiento, contra el sentir de algunos Griegos, que creian que el alma del Verbo encarnado era la Divinidad misma. — Apenas hubo concluido todos estos trabajos del concilio san Atanasio, cuando los paganos, irritados de las numerosas conversiones obradas por el santo patriarca, se quejaron á Juliano de que no quedaria muy en breve un solo adorador de los dioses en la ciudad. El Apóstata les escribió inmediatamente : « Ese obispo, desterrado » por órdenes reiteradas de muchos emperadores, debiera al » menos esperar una nueva antes de regresar á su patria. Es » verdad que yo he otorgado á los Galileos proscritos por » Constancio, de feliz memoria, el regreso á sus países, mas » no á sus iglesias. ¿Cómo pues ha vuelto á recobrar el atrevido » Atanasio, con su acostumbrada impudencia, la silla que ellos » llaman episcopal? Yo le intimo que salga de Alejandría al » recibo de esta carta, so pena del mas rigoroso castigo si osa » desobedecer. Yo juro por el gran Serapis que si antes de las » calendas de diciembre no ha sido echado este impío de vuestra ciudad, ó mejor, de todo el Egipto, haré pagar á la compañía de oficiales egipcios una multa de cien libras de oro. » Es fácil pensar que una órden acompañada de tales amenazas habia de ser ejecutada con el mayor rigor. La iglesia mayor de Alejandría fué de nuevo invadida por los soldados, y profanada sacrílegamente con crímenes y asesinatos. Atanasio huyó precipitadamente en un barco que subia el Nilo con intencion de ocultarse en la Tebáida ; mas los remeros del gobernador de Alejandría, encarnizados en su persecucion, iban ganándole la delantera á su barco. De improviso el patriarca hace volver su embarcacion en proa hácia Alejandría ; y á poco trecho da con las barcas que se enviaban en busca suya : pasa por medio de ellas sin ser reconocido : pregúntanle los remeros y demás gentes si Atanasio estaba ya lejos. « Id ligeros porque no está » ya lejos, » les respondió con la mayor sangre fria. Pocas horas despues, el ilustre fugitivo volvia á entrar en Alejandría

á favor de la oscuridad de la noche, y permaneció oculto en su ciudad episcopal misma hasta la muerte de Juliano.

26. Este emperador apóstata proseguia con obstinacion satánica su sistema de persecucion sorda é hipócrita. Un edicto, publicado en forma obligatoria en todas las provincias del imperio, prohibia á los profesores y maestros cristianos el enseñar, y á los jóvenes y niños el aprender las letras griegas y latinas. « O no expliqueis los autores profanos, decia él, si » condenais su doctrina; ó bien, si los explicais, aprobad sus » sentimientos. Vosotros creeis que Homero, Hesíodo y sus » semejantes están en el error : id, pues, á explicar á Mateo y » á Lucas en las iglesias de los Galileos. » Este decreto fué ejecutado rigorosamente. Los maestros cristianos, privados de las cátedras de elocuencia y de bellas letras, recurrieron á un medio ingenioso para no quedarse encerrados en el círculo de barbarie donde queria Juliano aprisionarlos. Compusieron sobre temas de moral y de teología, así como sobre asuntos sacados de la Historia sagrada, himnos, idilios, elegías, odas y tragedias. San Gregorio Nacianceno, solo, escribió mas de treinta mil versos : sus poesías son admirables por la elevacion del asunto y la belleza de la expresion. — Juliano no queria aparecer como perseguidor, mas permitia gustosamente se cometiesen violencias contra los cristianos de parte de los paganos : así es que se cuentan muchos mártires en su reinado. En Dorostoro de Tracia, Emiliano fué arrojado á las llamas por haber derribado un altar; en Mira de la Frigia, Macedonio, Teodulo y Taciano fueron asados en unas parrillas á fuego lento por haber hecho trozos los ídolos de un templo; en Ancira de Galacia, el sacerdote Basilio fué desgarrado con garfios de hierro, y pereció en este y otros suplicios. Cesarea de Capadocia, cuyos habitantes todos se habian mostrado fieles á la fe católica, fué castigada por Juliano, que le quitó su nombre de Cesarea dado por Constantino Magno, y le hizo tomar el antiguo de Mazacca. En Hierápolis de la Fenicia, espantó á la humanidad un suplicio desconocido aun en tiempo de Diocleciano. A vírgenes consagradas á Dios, despues de ha-

ber estado expuestas enteramente desnudas á las miradas horrendas y ultrajes del populacho, se les despanzurró el vientre; lo llenaron de cebada y lo hicieron devorar por los cerdos. Estos mismos horrores y otros se reprodujeron contra sacerdotes y vírgenes, en Gaza de la Palestina. Ni eran tratados mejor los soldados cristianos. Bonoso y Maximiliano, veteranos legionarios, habiendo rehusado quitar la cruz del *Lábaro*, fueron decapitados. Todas estas crueldades y tanta sangre derramada son un nuevo oprobio á la memoria del emperador apóstata.

27. Estaba muy preocupado en este tiempo Juliano en dos empresas que ambas se volvieron en afrenta suya. Para desmentir la profecía de nuestro Señor Jesucristo en que habia predicho que no quedaria del templo de Jerusalen piedra sobre piedra, mandó Juliano levantar el templo de sus ruinas. Pero globos de fuego, lanzándose del seno de la tierra, ahuyentaron y dispersaron los trabajadores despavoridos. Todas las tentativas hallaron igual resistencia milagrosa : el testimonio formal del autor pagano Amiano Marcelino [muy hostil por otra parte al cristianismo] no nos deja la menor duda sobre la certeza de este hecho. El segundo sueño de Juliano era una guerra contra los Persas que habia de colocar su nombre al lado del de Alejandro. En la primavera de 363 entró en Persia un ejército inmenso dividido en tres grandes divisiones, y seguido de una flota que del mar remontaba el rio Tigris : Juliano se halla en persona al frente del ejército. Un primer encuentro favorable le hizo creer iba á conquistar toda el Asia : confiado en esto, mandó quemar su flota, cuya marcha sobrado lenta retrasaba sus operaciones. Al dia siguiente, avanzándose dentro de un país que el enemigo habia asolado de intento, conoció toda la gravedad de la falta que habia cometido y solo pensó en la retirada; pero era ya sobrado tarde. Porque el 26 de junio fué atacada bruscamente su retaguardia por el ejército del rey Sapor. Juliano voló rápidamente á su socorro, sin tomar tiempo de ponerse su coraza. En tanto que dió sus órdenes y que recorre el campo de batalla, un dardo, disparado por un jinete

desconocido, le abre las costillas y penetra hasta el hígado. Afirma Teodoreto que entonces llevando Juliano su mano á la herida, se la llenó de sangre, y arrojándola al cielo dijo: « ¡ Venciste, Galileo ! » Siguióse muy pronto su muerte, y con ella acabó la última lucha del paganismo contra la Iglesia de Jesucristo.

28. El ejército romano, medio vencido, y empeñado en los desfiladeros y montes de la Persia, cercado por todas partes, se apresuró á proclamar un capitan que pudiera sacarlo de tamaño aprieto. Joviano se vistió con la púrpura en 363. Era cristiano y habia sido muy maltratado por Juliano á causa de su religion. Un tratado con Sapor le permitió regresar con los restos del ejército á Antioquía. Su primer cuidado fué de mandar volver á abrir las iglesias católicas, y devolverle al clero las inmunidades y bienes de que le habia despojado Juliano. Atanasio reapareció pues libremente en medio de su pueblo de Alejandría. Joviano quiso ser instruido á fondo de las verdades de la fe por Atanasio mismo, y lo llamó á Antioquía revistiéndole de toda su confianza, á pesar de las recriminaciones de los Arrianos, que no cesaban de cargar al santo patriarca con el peso de las mas graves acusaciones. Se celebró un concilio en Antioquia con el designio de reunir las diversas facciones arrianas á la fe. Pero la fórmula que se redactó allí fué desechada unánimemente por los católicos, porque se habia omitido la voz *consustancial,* y porque no declaraba harto evidentemente el dogma de la divinidad del Espíritu Santo. Y en efecto, una nueva herejía atacaba este punto de fe. Durante el reinado de Juliano, el heresiarca Macedonio, obispo intruso de Constantinopla, no habia cesado de dogmatizar en este sentido. Enseñaba que el Espíritu Santo no era una persona divina, sino tan solamente una criatura mas perfecta que las demás: aplicaba contra la divinidad del Espíritu Santo las objeciones que levantaban los Arrianos contra la divinidad del Verbo. Sus sectarios se esparcieron por la Tracia, el Helesponto y la Bitinia bajo los diversos nombres de *Macedonianos,* de *Pneumatómacos* y de *Maratonianos,* por Maratonio, obispo

de Nicomedia, uno de los mas famosos de ellos. Contra tales herejes veremos dirigir los esfuerzos de los doctores católicos, con Atanasio á su frente. — Hácia el mismo tiempo, y como si cada año hubiera de ser marcado con una nueva secta, Lucífero, obispo de Cagliari, por una extremada severidad, rehusaba admitir á los obispos caidos durante las persecuciones arrianas, á pesar de la indulgencia de que usaba respecto de ellos la silla de Roma. Tal fué el orígen del cisma de los Luciferianos. Entretanto Constantinopla aguardaba con impaciencia á su nuevo emperador. Joviano se apresuraba á ir á tomar posesion de su capital; y los votos de todos los católicos, cuya esperanza era, le acompañaban en su viaje; mas le sorprendió la muerte el 17 de febrero de 364. Le sucedieron Valentiniano en el Occidente y Valente en el Oriente : el primero escogió Milan por residencia, y el segundo Constantinopla. Valentiniano tenia buenas y sólidas cualidades, que desgraciadamente deslustró con actos de debilidad y horrible crueldad. Declaró desde luego su intencion formal de abstenerse de las cuestiones dogmáticas que dividian los ánimos en aquel entonces. « A mí no me toca, decia á Hipaciano, obispo de Heraclea, » mezclarme en estas discusiones. Juzguen los obispos, pues » que tal es su derecho. » Sin embargo, derogó esta regla que se habia impuesto, tomando parte en favor de Auxencio, obispo arriano de Milan, contra san Hilario de Poitiers y san Eusebio de Vercelli : mas lo hizo de buena fe y por mantener la paz. Por lo demás, esta intervencion de la autoridad civil en materias religiosas fué reprendida elocuentemente por san Hilario, diciendo acerca de esto : « ¿Los Apóstoles apelaban jamás » al oficial de la corte para ayudarles á predicar el Evange- » lio? » Este fué el último combate del gran obispo de Poitiers, á quien llama san Jerónimo el *Ródano de la elocuencia latina.* Murió en medio de su amado rebaño el año 367, en el mismo año que su amigo san Eusebio de Vercelli. Defensores de la verdad católica, fueron juntos á recibir el premio de sus virtudes y combates. — Valentiniano publicó sucesivamente en favor de la religion una serie de edictos que probaban su ilustrada soli-

citud. Principió por anular la prohibicion de Juliano, de enseñar las letras griegas y latinas en las escuelas cristianas. Renovó la ley de Constantino Magno relativa á la celebracion del domingo. Y para honrar de un modo especial el milagro de la Resurreccion, manda poner en libertad el dia de Pascua á todos los presos cuyo género de crímenes no pudiera poner en peligro la tranquilidad pública. Eximió á los cristianos del tributo que debian pagar los ciudadanos por gastos de los combates de los gladiadores. Mandó que los cómicos que durante una enfermedad hubieren recibido los sacramentos, no pudiesen ser compelidos, aun en virtud de contrato anterior, á volver á parecer en el teatro. Extiende la inmunidad de cargas personales á todos los eclesiásticos, y, sin librar á los bienes de las iglesias de las contribuciones ordinarias, los exime de todas las extraordinarias. Nombra catorce médicos, repartidos en cada uno de los cuarteles ó barrios de Roma, con el título de médicos de pobres, y una manutencion honrosa á expensas del tesoro público. — Cuando Valentiniano, llegado el primero al imperio, pensó en darse un compañero ó cólega, consultó á uno de sus capitanes acerca de la eleccion que tenia que hacer. « Señor, le respondió el capitan, si amais á vuestra familia, teneis un hermano; pero si amais al Estado, buscad al mas capaz. » No disgustó á Valentino la franqueza de esta respuesta; pero no supo aprovecharse de su sentido. Así es que nombró á Valente. Pudo creerse con razon que volvia al trono Constancio; porque Valente, débil, indeciso, de carácter frívolo, mostró las pretensiones teológicas y la misma nulidad que Constancio. Desde el año 365 un concilio reunido en Lampsaco proclamó la fe católica sobre la divinidad del Verbo, aunque omitiendo el término de *consustancial*, como despertando sobradas animosidades, pero reemplazándole por la expresion de *semejante en sustancia*.

Los Padres de Lampsaco ordenaron el restablecimiento de los obispos que habian sido depuestos por su apego á esta doctrina, y declararon á Eudoxio de Constantinopla, jefe de los *Anomeos* ó *Arrianos puros*, que estaban prontos á recibirlo en

la comunion de la Iglesia si queria renunciar á sus errores. Los Anomeos apelaron á Valente, y este se declaró públicamente su protector y promovedor del arrianismo. Principió su papel de perseguidor enviando los Padres de Lampsaco á destierro y dando sus sillas á los Eudoxianos. Por celo de proselitismo mandó venir á su corte á Eleusio, obispo de Cisica, cuya fe era ortodoxa, y le instó mucho á suscribir una fórmula arriana : sus amenazas le acobardaron al prelado, el cual dió por fin su adhesion. De regreso á Cisica, Eleusio lloró amargamente su falta en presencia del clero y del pueblo, y declarándose indigno del episcopado, queria retirarse á una soledad; pero las lágrimas de los fieles le determinaron á conservar el gobierno de su iglesia. —Perseguidos por Valente, los obispos ortodoxos del Oriente volvieron sus miradas hácia Roma, centro de unidad y guardiana de la fe. Sus diputados llegaron á Italia en 366, encargados de remitir al papa Liberio cartas en que le pedian ser admitidos á su comunion. Liberio, lleno de gozo por la vuelta del Oriente á la fe católica, les hizo suscribir el símbolo de Nicea. Declararon que el término *consustancial* expresaba en él plenamente la fe de la Iglesia contra el error de Arrio : condenaron nominalmente á este heresiarca y á sus adherentes; anatematizaron los errores de los Sabelianos, Patropasianos, Marcionitas, de Paulo Samosateno y en fin todas las herejías contrarias al símbolo de Nicea. El original de su declaracion, suscrita por ellos á nombre de los obispos de Oriente, quedó depositado en Roma. Los legados regresaron á sus diócesis con una carta de comunion dirigida por Liberio á los obispos que los habian enviado, y concebida en términos del mas vivo regocijo y la mas entrañable caridad. A su vuelta, leyeron esta carta en el concilio de Tiana en 367. Fué acogida con aclamacion unánime de todos los Padres, y fué solemnemente reconocida la fe de Nicea como fe de la Iglesia universal.

29. Mientras se verificaba este triunfo de la verdad contra el arrianismo [triunfo que no habia dejado de ir preparando durante el curso de su largo pontificado], Liberio habia termi-

nado su carrera mortal el 24 de setiembre de 366. Durante su vida habia confirmado á sus hermanos en la verdadera fe, y pacificado las Iglesias del Occidente y Oriente. Despues de su muerte san Epifanio, san Basilio y san Ambrosio le han titulado Pontífice de feliz memoria, de santa, de venerable memoria, etc.; los antiguos martirologios latinos, griegos y coptos le han honrado como santo. Sin embargo, la Iglesia romana, en extremo reservada y prudente, no ha inscrito su nombre entre los bienaventurados de que celebra la fiesta. Segun la mayor probabilidad, Liberio no cayó : mas basta la posibilidad de una sospecha para que la Iglesia haya reservado hasta ahora su juicio. Liberio habia ocupado el trono pontifical catorce años y algunos meses. Entre los monumentos de Roma, fundó y dedicó la basílica de Santa María la Mayor, llamada tambien basílica de Liberio [en memoria del milagro de Nuestra Señora de las Nieves, ocurrido durante su pontificado, y cuya conmemoracion se celebra el 5 de agosto].

CAPITULO IV.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DÁMASO (24 de setiembre de 366-11 de diciembre de 384).

1. Antipapa Ursino. — 2. Arrianismo en Oriente bajo el imperio de Valente. — 3. Basilio de Cesarea y el prefecto Modesto. Muerte de san Atanasio en Alejandría. — 4. San Martin, obispo de Tours. Eleccion de san Ambrosio al obispado. 5. San Optato, obispo de Mileva. Principios de san Jerónimo. — 6. Graciano llama al imperio de Oriente á Teodosio el Grande. Muerte de san Basilio Magno. — 7. San Gregorio Nacianceno es llamado al gobierno de la iglesia de Constantinopla. Cisma de Máximo en Constantinopla. — 8. Concilio de Constantinopla. Muerte de san Melecio. Motines con este motivo. Retiro de san Gregorio Nacianceno. Derechos de los diversos patriarcados. — 9. Prisciliano : su herejía condenada en el concilio de Zaragoza. Muerte de san Dámaso.

§ II. PONTIFICADO DE SAN SIRICIO (1°. de enero de 385-25 de noviembre de 398).

10. Decretal de san Siricio á Himerio, obispo de Tarragona. — 11. Persecucion de la emperatriz Justina contra san Ambrosio, en Milan. Embajada de san Ambrosio al usurpador Máximo. — 12. Motin en Antioquía. San Flaviano. San Juan Crisóstomo. Clemencia de Teodosio. — 13. Matanza de Tesalónica. Penitencia de Teodosio. Masalinos. Muerte de Teodosio el Grande. Muerte de san Ambrosio. — 14. Conversion de san Agustin. — 15. Retiro de san Jerónimo á Belen. San Martin de Tours. San Paulino de Nola. San Delfin y san Amando de Burdeos. Santa Victricia en Ruan. San Sulpicio Severo.— 16. San Juan Crisóstomo es elegido para la silla de Constantinopla. Sinesio. Muerte de san Siricio.

§ III. PONTIFICADO DE SAN ANASTASIO I (26 de noviembre de 398-27 de abril de 402).

17. Cartas ó letras dimisoriales. Primer concilio de Toledo. — 18. Desgracia de Eutropio. Contienda entre san Jerónimo y el presbítero Rufino. — 19. Muerte de san Martin, obispo de Tours. Muerte de san Anastasio I.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DÁMASO (24 de setiembre de 366-11 de diciembre de 384).

1. San Dámaso I, nacido en Guimaraens, en Portugal, pero educado y residente en Roma desde su infancia, fué elegido para suceder á Liberio el 24 de setiembre de 366. Habia pasado sucesivamente por todos los ministerios inferiores de la jerarquía, y se habia hecho notar por sus virtudes y talentos.

Su elevacion al pontificado supremo hizo resaltar mas sus cualidades eminentes. Versado profundamente en las Escrituras, y autor de obras excelentes, supo dar impulso poderoso al estudio de las ciencias sagradas. La confianza que depositó en san Jerónimo le valió á la Iglesia latina la traduccion de las Escrituras conocida bajo el título de la *Vulgata*. No le distraia de los grandes deberes del pontificado supremo la atencion y celo en promover los trabajos de los doctores. El Oriente, muy dividido bajo el mando de Valente, halló en Dámaso un sosten, un apoyo, un centro de unidad. Dios reservó á san Dámaso el gozo de ver al arrianismo, vencedor tan largo tiempo, abatido por la autoridad del gran Teodosio. Sin embargo no le faltaron al santo papa muchos combates. Apenas estaba sentado en el trono pontifical, cuando un antipapa, Ursino, diácono de la Iglesia romana, elegido por algunos intrigantes, quiso disputarle su autoridad suprema. El pueblo tomó parte en el cisma : vinieron á las manos, y el antipapa quiso apelar á las armas para validar una ordenacion hecha contra todas las reglas de la Iglesia. Pero estaba por Dámaso la inmensa mayoría, y el usurpador se vió abandonado muy pronto. Protegido á veces por Valente, y desterrado y castigado otras por Teodosio en Colonia, Ursino no continuó menos su cisma durante toda la vida de san Dámaso ; pero su impotente oposicion no impidió el que todo el católico universo reconociese unánimemente la autoridad del Pontífice legítimo.

2. Todo el Oriente volvia sus miradas hácia el jefe supremo de la catolicidad. Valente acababa de recibir el bautismo de manos de Eudoxio de Constantinopla, cabeza de los Arrianos, en 367. Vetranion, obispo de Tomi, capital de la Escitia romana, en la embocadura del Danubio, fué desterrado por su constancia católica. San Evagrio, prelado católico, elegido en 370 para suceder á Eudoxio, padeció igualmente el destierro. Ochenta eclesiásticos, enviados por los obispos católicos del Oriente quejándose de estas violencias, habian sido ahogados en el golfo de Nicomedia por Modesto, prefecto de Constantinopla. Desde el año 367 el prefecto de Alejandría habia hecho

invadir la iglesia principal, donde residía ordinariamente san Atanasio, con intencion de apoderarse de su persona; mas el patriarca previendo la tempestad, se mantuvo oculto cuatro meses en el sepulcro de su padre, solo asilo que le quedaba. El pueblo de Alejandría reclamó á su pastor con tanta instancia, que Valente temiendo mayores desórdenes permitió á san Atanasio presentarse libremente en Alejandría. Este príncipe se constituia sucesor de Constancio en su odio contra el catolicismo; pero habia cambiado ya felizmente el espíritu del Oriente; y el arrianismo, reducido á un escaso número de obstinados, habia perdido su influencia en la opinion. La mayoría de los obispos orientales ansiaba por la unidad de fe que de tanta paz hacia gozar al Occidente bajo el gobierno del obispo de Roma [y la proteccion del católico emperador Valentiniano]. Este movimiento de conversion al catolicismo se pronunció muy pronto con mayor energía, cuando se halló representado por un jefe hábil, persuasivo, cuya santidad respetaban todos los partidos. Este jefe era san Basilio, que en 370 acababa de ser elegido, por los obispos y por los fieles, metropolitano de Cesarea. Apenas subió al trono de esta iglesia, cuando en nombre de todos los Orientales dirigió al papa Dámaso y á los obispos de Occidente una carta implorando su intervencion por el restablecimiento de la paz en la Iglesia. « ¡Qué lamentos igualarán nuestras calamidades! decia. ¡Qué » torrentes de lágrimas bastarán para llorar tantos males! » Apresuraos pues, nuestros verdaderos hermanos, mientras » que aun queda un vestigio de lo que fué antes; y socorred» nos pronto, antes que no naufraguen completamente las » iglesias. Tended la mano á quienes os suplican arrodi» llados. » La solicitud de san Dámaso no necesitaba del estímulo de estas elocuentes quejas. Ya en el año anterior (369), habia reunido en Roma un concilio, en el cual despues de haber condenado al antipapa Ursino, se habia tomado en seria consideracion el estado de las Iglesias de Oriente. Fueron anatematizados los cabezas del partido arriano: y se adoptó el término *hipóstasis* para expresar las Personas de la Trinidad.

Pasando en seguida á una cuestion particular, el papa examinó un célebre debate de la iglesia de Antioquía que tenia en suspenso todos los ánimos. Tres obispos, el arriano Euzoyo, Paulino y san Melecio, ambos católicos, ejercian á la vez autoridad en esta metrópoli. El primero, excluido largo tiempo habia de la comunion católica, no merecia atencion alguna; pero era mas difícil el decidir la cuestion relativa á los dos obispos ortodoxos, ambos elegidos en circunstancias axtraordinarias, en medio de la persecucion, y ejerciendo de buena fe su autoridad sobre la parte de poblacion que les estaba fielmente sometida. San Basilio y san Atanasio parecian haberse inclinado por san Melecio; por otra parte, el papa Dámaso no creia ilegítima la ordenacion de Paulino. En la imposibilidad de optar entre dos obispos igualmente recomendables sin exponer parte de la poblacion de Antioquía á un cisma, san Dámaso decidió que Paulino y Melecio gobernasen simultáneamente la iglesia de Antioquía con la cláusula formal de que á la muerte de uno de ellos, el sobreviviente quedaría solo obispo. Esta decision fué aplaudida por todo el Oriente. Otra discusion se movió respecto de la ortodoxia de Marcelo de Ancira. Se acusaba á este obispo de atacar la eternidad del Hijo de Dios, diciendo que no era ántes de salir del Padre, y que no subsistia ya despues de haber vuelto á él. San Basilio escribió acerca de esto á san Atanasio para quedar mas enterado por su conducto de los verdaderos sentimientos de Marcelo. Este por su lado envió al patriarca de Alejandría una diputacion protestando su aceptacion del símbolo y de la fe de Nicea, en términos que no permiten dudar de la ortodoxia de Marcelo, que murió en este mismo año 370.

3. Apenas llegaron al Oriente las instrucciones del papa, san Basilio las hizo recibir en muchos concilios particulares, en que se proclamó, como fe de la Iglesia, el símbolo de Nicea. Sin embargo, Valente, furioso de la tan notoria conversion á la doctrina de Roma, vino en persona á Cesarea y dió órden á Modesto, subprefecto del pretorio, de hacer apostatar á san Basilio á toda costa. Modesto mandó comparecer al santo obispo

y le amenazó, si se resistia á la intimacion imperial, de emplear contra él todos los medios de rigor, confiscacion de bienes, destierro, tormentos, la muerte. « ¡Confiscacion de mis bie-» nes! respondió el santo; yo no poseo sino estos andrajos » que me cubren y algunos libros que son mi vida toda. No es » posible desterrarme, porque la tierra entera es patria de los » hijos de Dios. Podeis atormentar mi cuerpo, que es mi » mayor enemigo. No temo la muerte, porque cabalmente me » reunirá mas pronto á mi Dios. » Modesto, admirado de esta entereza exclamó : « Nadie me ha hablado aun así. — Es » porque probablemente no habréis encontrado á un obispo. » Valente mismo admiró tan valiente respuesta y suspendió por algun tiempo sus proyectos de venganza. Y aun hasta quiso asistir públicamente el dia de la Epifanía de 372 á los divinos oficios celebrados por Basilio; pero los Arrianos lograron borrar del espíritu del príncipe estas impresiones favorables, y le presentaron para la firma una órden de destierro contra el santo arzobispo. La caña de que en aquel tiempo se valian para escribir sobre tabletas, se rompió hasta tres veces en la mano de Valente, que se rehusó finalmente á prestarse á este acto de iniquidad. Mas no podia quedar satisfecho el odio de los Arrianos; así es que bajo un pretexto falso, hicieron comparecer á san Basilio ante el tribunal del gobernador de la provincia, llamado Eusebio, tio de la emperatriz Domnina, y arriano como esta. Eusebio mandó castigar al santo y rasgarlo con uñas de hierro. San Basilio, se contentó con decirle : « Si » quisieseis arrancarme el hígado me hariais gran favor, por-« que ya veis cuánto me incomoda. » (El santo padecia en efecto mucho de él.) Sin embargo el pueblo de Cesarea, al ruido de lo que pasaba, acudió para librar á su obispo; y una muchedumbre de pueblo buscaba furiosamente al gobernador para descuartizarlo; por manera que san Basilio tuvo que cubrirlo con su manto, y llevarlo sano y salvo á palacio. Continuaba Valente su sistema persecutor contra los obispos ortodoxos. San Melecio, uno de los obispos católicos de Antioquía, fué desterrado á la Armenia. San Eusebio

de Samosata, san Barses, obispo de Edesa, tuvieron igual suerte: llegaron á su colmo la confusion y el desórden en las iglesias desconsoladas y privadas de sus pastores. Hasta los religiosos mismos se veian obligados á dejar su soledad para ir á evangelizar á los pueblos. Encontró Valente cierto dia en Antioquía al monje san Afraate, al que le echó en cara abandonar su monasterio por venir al mundo. « Señor, le respon» dió el valeroso anciano, si yo fuera una doncella, viviendo » en casa mi padre y que viese que le ponian fuego, ¿qué ha» ria yo? Vos encendeis la casa de Dios, y volamos para apa» garlo. » San Sabas, famoso solitario del Osroene, habia hecho lo mismo y habia ido á Antioquía para confirmar á los fieles, con sus sermones, milagros y virtudes, en la fe de Nicea. El mas ilustre defensor de esta fe, el intrépido atleta que despues de cuarenta y cinco años de episcopado, siempre perseguido, jamás vencido, habia combatido tanto por ella, que tanto la habia sostenido con su pluma, su voz, ejemplo y virtudes, san Atanasio, moria en paz en Alejandría en medio de su pueblo fiel en 373. Sus obras, escritas en medio de sus persecuciones, en un destierro, en un desierto, en las cuevas, en los escondrijos inaccesibles que le proporcionaban sus fieles y su indutria, y hasta en el sepulcro de su padre, son uno de los monumentos mas preciosos de la Iglesia griega. A ruego de los Alejandrinos habia asignado para sucederle á Pedro, sacerdote de su clero. Apenas se hubo consagrado el nuevo patriarca, cuando le llegó una órden de destierro por Valente (373). — Toda la solicitud y miradas del afligido Oriente se fijaban sobre san Basilio : su increible actividad acudia á todo. Sus cartas reanimaban el celo de los fieles tibios, esforzaban á los confesores, y mantenian por todas partes el fuego sagrado. Hacia ordenar obispos para las ciudades que los perdian; respondia á todas las dificultades, se multiplicaba segun las necesidades, confundia á los herejes, y á pesar de las calumnias de los Arrianos, se hacia admirar y respetar del mismo Valente. Sin embargo, el peso de tantos negocios le hizo conocer la necesidad de tener á su lado otro como él,

que partiera con él la responsabilidad. Ordenó pues obispo de Sazimo, pequeña ciudad de la provincia de Cesarea, á su amigo san Gregorio. Este se resistió largo tiempo, pero al fin *inclinó su cabeza, mas que su corazon,* como lo dice él mismo, é hizo á la amistad el sacrificio de una soledad estudiosa y pacífica por aceptar la pesada carga del episcopado. Desde entonces ambos amigos se compartian la solicitud de la Iglesia de Oriente. Basilio conservó su actitud heróica á la faz de los Arrianos : Gregorio se encargó de vigilar mas particularmente y combatir á los *Pneumatómacos* ó Macedonianos. Hacia este tiempo les agregó la Providencia un ilustre colaborador en la persona de san Epifanio, que desde el año 367 era arzobispo de Salamina, metrópoli de toda la isla de Chipre. Este nuevo doctor de la Iglesia griega, nacido en la Palestina hácia el año 310, entraba en la lid, despues de una juventud laboriosamente pasada en el estudio y prácticas de la vida monástica. Educado por san Hilarion, discípulo de san Antonio, sabia á fondo el hebreo, egipcio, siríaco, griego y latin. Su primera obra fué una refutacion completa del arrianismo que intituló el *Ancorato,* porque estaba destinada, como una áncora de salvacion, á fortalecer los espíritus agitados por las sutilezas, dudas y objeciones hechas desde un siglo hacia contra la verdad católica. Mas pronto siguió á esta obra su *Tratado* capital contra todas las herejías : cuenta ochenta hasta su tiempo, y á todas opone la inmutabilidad y la tradicion apostólica de la fe.

4. La Iglesia latina rivalizaba en fecundidad con el Oriente, y producia abundante cosecha de hombres grandes. El discípulo de san Hilario de Poitiers, san Martin, subia á la silla episcopal de Tours en 372. La vida de este ilustre obispo de las Galias fué una no interrumpida serie de milagros : su santidad le merecia el respeto de las muchedumbres, y obligaba á los emperadores mismos á que le admirasen. Consagró todos sus esfuerzos á borrar los últimos restos del paganismo de las Galias. Es sabido el prodigio del árbol sagrado, cortado por órden suya. Los paganos habian atado al santo del lado que se caia;

por inaudito prodigio, en el momento de su caida el árbol se echó por sí mismo del lado opuesto, y estuvo á pique de matar á los paganos que se creian mas seguros. En medio de los trabajos de su vida, se habia fabricado al pié de una roca al borde del rio Loira, á cierta distancia de su ciudad episcopal, un monasterio donde reunió ochenta discípulos, con los cuales practicaba las austeridades de los ascetas. Tal fué el orígen de la abadía de Marmoutiers en las Galias. — Hácia el mismo tiempo, en 374, Ambrosio, gobernador de Milan y simple catecúmeno, era elegido obispo de esta ciudad á pesar de su pertinaz resistencia. Muy lejos de ir en busca de los honores del obispado, los Padres de la Iglesia llegaban hasta calumniarse á sí mismos para esquivarlos: á tal punto que el concilio de Valencia en las Galias, celebrado en este mismo año, se vió obligado á decretar un cánon especial contra los que se acusaban falsamente de delitos por inhabilitarse para la ordenacion. Valentiniano, sabiendo la eleccion de san Ambrosio, respondió á los que se la notificaron: « Estoy muy encantado de que » hayan elegido obispo al que envié como juez. » El nombre de Ambrosio, la fama de sus virtudes, caridad, desinterés y elocuencia llenaron muy pronto el Oriente y Occidente. Se contaba de él que en su niñez un enjambre de abejas habia depositado un panalito en sus labios, tan seductora y suave era la persuasion de su palabra. El gobernador, vuelto obispo, distribuyó sus bienes entre los pobres, se aplicó al estudio de las sagradas Letras y de los Padres de la Iglesia, se puso en íntima relacion con san Basilio, al que profesaba la mas cordial admiracion y respeto. Se esmeró sobre todo en borrar de su iglesia todas las huellas de arrianismo que habia impreso allí la permanencia de Auxencio, su antecesor, cuya fe, justamente sospechosa á san Dámaso, habia sido condenada en el concilio romano de 371. Valentiniano manifestó á san Ambrosio una ilimitada confianza. Cierto dia le pedia el obispo justicia por un acto inicuo cometido por uno de los magistrados en perjuicio de la iglesia de Milan; el emperador le respondió: « Hace » mucho conozco la franqueza enérgica de vuestro lenguaje, y

» eso no me ha impedido consentir en vuestra ordenacion. » Continuad pues aplicando sin temor á nuestros pecados los » remedios que prescribe la ley divina. » Veia florecer la Italia en la misma época otros dos ilustres obispos : san Valeriano de Aquileya, y san Filostrato de Brescia. La España tenia, entre otros doctores, á san Paciano, obispo de Barcelona, quien con elocuentes escritos se mostró defensor de la fe y unidad católica. Esta misma tesis estaba sostenida en el África con denuedo y talento por san Optato, obispo de Mileva, que combatia los errores de los Donatistas. Este Padre sienta los verdaderos caractéres de la Iglesia : una, católica, en posesion, por una no interrumpida tradicion, del primado de la cátedra de Roma, garantía de la integridad de la fe y de la pureza de la disciplina. — En fin, entre todos estos grandes nombres, se levantaba el nombre ilustre del gran san Jerónimo. Habia nacido el año 331, de noble y rica familia, en Estridon, en la Dalmacia. Alma ardiente y apasionada, capaz de las mayores hazañas, ansiosa de conocimientos, Jerónimo pasó parte de su vida en las Galias y en el Asia. Roma le vió estudiar en sus muros la filosofía de Aristóteles y de Platon; mas las doctrinas del Evangelio, que no estudiaba Jerónimo, fueron cabalmente las que mas impresionaron su ánimo. Se hizo bautizar, y desde entonces poniendo el mismo celo en el estudio de la religion que el que habia consagrado á las ciencias, recorrió la Siria, la Palestina y la Tebáida, para acostumbrarse á la vida monástica con el ejemplo de los monjes y santos con quienes se encontraba.

Sobre todos estos doctores de la Iglesia latina, aparecia en la cátedra de san Pedro la majestad augusta del papa san Dámaso, que los dominaba á todos con la autoridad de su poder apostólico. Los *Donatistas* de África, los *Luciferianos* de Cerdeña se esforzaban en vano en reunir sus esfuerzos para oponer su antipapa Ursino al legítimo heredero del príncipe de los Apóstoles. Dámaso es quien ofrece hospitalidad á Pedro de Alejandría desterrado, sucesor del gran Atanasio; á Dámaso se dirigen sin cesar los partidos que dividian el Oriente; á Dámaso

acude san Jerónimo desde su desierto de la Siria, preguntándole si es menester seguir la comunion de Paulino y de Melecio en Antioquía; á Dámaso dirige san Basilio las mas vivas instancias para restablecer la paz de las Iglesias de Oriente; y en fin, san Dámaso es quien hace condenar en un concilio de Roma (377) el error de Apolinario, obispo de Laodicea. Este heresiarca sostenia que Jesucristo no habia tenido entendimiento humano, sino solamente un cuerpo y una alma sensitiva, á los que juntándose la divinidad hacia veces de entendimiento. Queria además probar que el cuerpo de Cristo habia descendido del cielo, y que no subsistió despues de la ascencion. Sus discípulos, llamados *Antidicomarianitas* (adversarios de María), negaban la virginidad de la Madre de Dios. Otra secta opuesta, bajo el nombre de *Coliridianos*, de la voz griega Κολλίριδες (tortas sagradas), exagerando el culto á María, la honraban como á una divinidad, y como á tal, le presentaban ofrendas. San Dámaso restableció el dogma católico contra estas herejías opuestas, mostrándose regla viva de la fe de la Iglesia.

5. En tales circunstancias llegó á morir Valentiniano, dejando partido el Occidente entre sus dos hijos: Valentiniano el jóven, que reinó en Italia, África y la Iliria; y Graciano, que reunió bajo su dominacion las Galias, España y la Gran Bretaña (375). Valente no vió en este acontecimiento sino un medio de satisfacer mas libremente su odio contra el catolicismo. Como sabia que los monjes eran uno de los mayores apoyos de la fe ortodoxa, dió una ley obligándoles á llevar armas (376). Se enviaron tribunos á todas las soledades del Egipto, y gran número de solitarios perecieron, víctimas de las atrocidades de los soldados. Otras provincias del imperio, y en particular la Siria, fueron testigos de estas escenas horribles. Los perseguidores atacaban las celdas de los monjes, quemaban sus cosechas y les hicieron huir de allí. San Basilio ofreció asilo á estos fugitivos, y les escribió cartas llenas de ternura y amor para consolarlos. Sin embargo habia llegado ya el término marcado por la Providencia á los excesos de Valente: y encargó de su venganza á los Bárbaros, que se aprestaban en las fronteras

del imperio romano, para partírselo como presa. En 377, se presentó á Valente una diputacion de los Godos solicitando permiso para fijarse, á título de aliados, en el territorio del imperio. Los embajadores tenian al frente el obispo Ulfilas, que compuso la célebre version gótica de la Biblia, cuya escrupulosa fidelidad elogia san Jerónimo. Valente accedió á cuanto se le pidió; mas cuando los Godos, bajo la fe de la empeñada palabra, pusieron pié sin armas y sin provisiones en el territorio romano, hallaron allí generales que les robaron sus mujeres é hijas, y les rehusaron los medios de subsistencia que se les habian prometido. Tal injuria no podia quedar impune, y así es que en el siguiente año de 378 este pueblo, que no se habia querido admitir como amigo, se presentó con fuerzas considerables, y avanzaba sus correrías hasta los muros mismos de Constantinopla. Apoderóse inmediatamente un terror universal de todas las ciudades; y levantóse un grito general de maldicion contra Valente. Este príncipe, espantado por la proximidad de tan formidables enemigos, creyó aplacar al cielo y lograr su favor revocando todos sus edictos de proscripcion, y llamando en consecuencia á Pedro de Alejandría y á los demás obispos desterrados. En el momento en que salia de Constantinopla al frente de su ejército, el monje Isaac, cuya santidad veneraban todos, exclamó: «¿A dónde vais, oh príncipe? » Dios es quien contra vos envia á los Bárbaros. Cesad de » hacerle la guerra, de otro modo no volveréis de esta expedi» cion. » Valente, enfurecido, le mandó prender, diciéndole: «A mi vuelta os haré cortar la cabeza.» Pero no volvió. El 9 de agosto de 375, se empeñó el combate bajo los muros de Andrinópolis. Desde la batalla de Canas bajo Aníbal, no habian vuelto á experimentar los Romanos desastre mayor. Los dos tercios del ejército quedaron en tierra con treinta y cinco generales. El emperador, herido, y no pudiendo tenerse á caballo, se hacia curar en una cabaña vecina, cuando hé aquí los Godos, que reconociéndolo prendieron fuego á la cabaña, donde pereció quemado Valente y cuantos le acompañaban. Cumplióse la profecía del monje san Isaac.

6. La derrota de Andrinópolis pareció algunos instantes señal de la caida del imperio. « Se desploma el universo ro» mano ! » escribia san Jerónimo. Las fronteras del Tigris y del Eufrates estaban amenazadas por los Persas, Iberos y Armenios : invadida se hallaba la Iliria y aun la Tracia por los Godos. Fritigerno, su caudillo, que acababa de ganar tan señalada victoria contra Valente, podia con solo un sablazo echar por tierra las dos cabezas del imperio, Roma y Constantinopla. Los Taifales, Hunos y Alanos, pueblos desconocidos á los primeros Césares, bajaban ya de las grandes navas de la Tartaria, venciendo y arrojando á los Godos; las fronteras del Rhin y del Danubio se hallaban atacadas por pueblos de la Germania, por los Alemanes, Francos y Suevos. ¡ Qué héroe no era necesario al imperio romano para rechazar tantos enemigos á la vez ! Encontróse empero este héroe á la hora crítica, y su promocion fué debida á un príncipe de diez y nueve años. Graciano, subido al trono á los quince, en el Occidente, despues de la muerte de su padre Valentiniano I, habia cometido la enorme falta de hacer degollar injustamente en Cartago al conde Teodosio, hábil general, cuyas elevadas cualidades le habian atraido la envidia de los cortesanos. La víctima dejaba á un hijo de su mismo nombre, que vivia en la oscuridad de un estudioso y reflexivo retiro. A este mismo Teodosio hizo proclamar súbitamente Graciano emperador de Oriente para reparar su lamentable error primero. El universo todo aplaudió este acto brillante de la mas elevada y política justicia, y admiró el discernimiento de un príncipe apenas salido de la niñez, que iba á buscar á las extremidades del mundo el héroe destinado á levantar de sus ruinas el imperio (1). Ya habia dado Graciano un decreto que mandaba volver á sus diócesis á todos

(1) La España tiene la gloria de haber dado á luz el mas cristiano y perfecto príncipe á la Iglesia y al Imperio. Dice terminantemente que Teodosio el Grande era español, entre otros muchos escritores, san Isidoro, Idacio, el conde Marcelino, Zósimo, Sozomeno, Sócrates, Latino Pacato, Paulo, diácono. Hé aquí las palabras mismas del *Chronicon* de Idacio : « Theodosius, natione Hispanus, de provincia Gallæciæ, civitate Cauca, à Gratiano appellatur. »

los obispos desterrados por Valente, y restituir á sus iglesias á todos los que abrazasen la comunion de Dámaso. Entonces se dió un magnífico ejemplo de desinterés por aquellos obispos desterrados. Algunos de ellos, á imitacion de Eulalio, obispo de Amasea en el Ponto, hallando sus sillas ocupadas por los Arrianos, les ofrecieron continuar en ejercer la jurisdiccion episcopal si profesaban la fe romana. San Dámaso, para agradecer á Graciano los favores que otorgaba á la religion, juntó un numeroso concilio en Roma el año 378, votando acciones de gracias á los dos emperadores de Occidente, Graciano y Valentiniano el Jóven. Graciano hizo aun mas : tomó medidas severas para comprimir las intrigas del antipapa Ursino, y mandó que todos los obispos condenados como herejes por san Dámaso serian llevados á Roma para hacer sumision en manos del papa, y no podrian conservar su jurisdiccion sino despues de haber sido rehabilitados por él. Por manera que esto equivalia á hacer de la supremacía de la Iglesia romana una ley del imperio. El arrianismo vencido no osaba levantar cabeza : solo subsistia de él una rama que se extendió entre las naciones del Norte. El veneno de esta herejía se comunicó de los Godos á los Gépidas, sus vecinos, y luego á los Vándalos. Estos últimos la introdujeron entre los Burgondas, hoy Borgoñones, donde la veremos resistir mas tarde durante algunos siglos á los esfuerzos del pontificado supremo. El advenimiento de Teodosio el Grande, en 19 de enero de 369, al imperio, confirmó de lleno las esperanzas de los católicos. El júbilo de la Iglesia, en tan universal alegría, solo fué interrumpido por la muerte de san Basilio Magno el 1°. de enero de 379. Le lloró toda la tierra, como al doctor de la verdad y al vínculo de paz en el Oriente. Entre las numerosas obras de este gran Padre de la Iglesia griega, se notan sus *Ascéticos*, regla de vida para los monjes; su *Tratado sobre los Estudios*; su *Hexameron*, exposicion de la obra de los seis dias de la creacion; el *Libro del Espíritu Santo*, contra los *Pneumatómacos*; y sus *Cartas*, verdadero modelo del género epistolar. El estilo de san Basilio es tan puro, que Erasmo no ponia dificultad en

compararlo á los antiguos oradores griegos, y aun al mismo Demóstenes. Solo faltó á este hombre grande el que viera con sus propios ojos la paz, por la cual tanto habia trabajado, restablecida definitivamente en Oriente. La ley *Cunctos populos*, la primera que Teodosio hizo publicar á su advenimiento al trono, decia en sustancia que todos los pueblos sometidos á la autoridad de los emperadores romanos estarian obligados á seguir la fe del Pontífice de Roma; y que sólo se llamarian católicos los que estuvieren unidos de comunion con él, que todos los demás serian mirados como herejes. Toda la legislacion de Teodosio fué inspirada por el espíritu del cristianismo, de quien habia querido hacerse discípulo al mismo tiempo que subia al trono. San Ascolo, obispo de Tesalónica, le habia administrado el bautismo en el año 380; y todos los actos de su nuevo poder fueron los de un hijo sumiso y celoso de la Iglesia. Renovó el decreto de Valentiniano I, relativo á la libertad de los presos en el dia de Pascua; al firmar este decreto pronunció esta hermosa expresion: « Pluguiera al » cielo que estuviese en mi poder resucitar los muertos! » Mandó suspender durante toda la cuaresma los procesos criminales. « Los jueces, decia, no deben castigar reos en un » tiempo en que ellos mismos esperan de la bondad divina el » perdon de sus propios pecados. » Como se ve, la semilla del Evangelio habia brotado en el corazon de Teodosio. Todas sus leyes civiles están concebidas con el mismo espíritu. Castigó la delacion con las mas rigorosas penas; mandó que de tres en tres meses, fuesen examinados los registros de cárceles por un inspector para abreviar lo largo de las detenciones preventivas. Tomó medidas para establecer regularidad en el reparto de las contribuciones, reprimir las concusiones y el peculado, poner coto á los excesivos gastos de los gobernadores de las provincias que arruinaban sus pueblos con dispendiosas é inútiles construcciones. — Esta solicitud por las necesidades interiores del imperio no le impedia tener cuidado en asegurar una paz gloriosa con los enemigos exteriores. Los pueblos bárbaros, contenidos por la autoridad de su nombre y de sus

armas, se establecieron como aliados en las provincias que les señaló. Los Visigodos se fijaron en la Tracia, los Ostrogodos en la Frigia y la Lidia. La corte de Teodosio fué el asilo de los oprimidos de todas las naciones. Atanarico, rey de los Visigodos, arrojado por Fritigerno, vino en 381 á buscar refugio en su corte, donde fué recibido con todos los honores debidos á un grande hombre desgraciado.

7. La iglesia de Constantinopla, largo tiempo entregada á los Arrianos, era la mas atribulada en el Oriente. La muerte de Valente y el advenimiento de Teodosio llenaron de esperanzas á los católicos. San Gregorio Nacianceno fué llamado por ellos mismos al gobierno de su iglesia. Hacia ya algun tiempo que habiendo dejado la de Sazima, se habia retirado á su amada soledad. La penitencia habia encorvado su cuerpo antes de tiempo : su rostro macilento por las lágrimas y la austeridad, su cabeza cana y calva, y hasta su lenguaje mismo que se resentia de su acento oriental y de alguna rudeza de expresion, le acarrearon desde luego la mofa de los Arrianos. Pero muy pronto su encantadora elocuencia, sus virtudes, el milagro continuo de una vida de abstinencia y privaciones, le granjearon tantos oyentes, que forzaban las balaustradas del santuario donde predicaba. La casa particular en donde hacia sus pláticas no era bastante capaz para un concurso siempre en aumento; se agrandó y convirtió en una iglesia que se llamó la *Anastasia*, porque en cierto modo habia resucitado en ella Gregorio la fe católica (379). La nombradía y crédito inmenso del santo obispo llegó á tal punto, que san Jerónimo hizo expresamente el viaje á Constantinopla para oirlo. El doctor de la Iglesia latina habiéndole preguntado un dia la explicacion de un término bastante oscuro del Evangelio, san Gregorio le respondió sonriendo : « Yo os lo diré esta noche en la iglesia, » donde todo el mundo me aplaude. Preciso os será que allí » hagais como que me entendeis muy bien; porque si solo vos » no aplaudierais, todos os tomarian por un bárbaro. » Por aquí se entiende lo que pensaba san Gregorio de los aplausos de la turba, « que admira mas lo que entiende menos, » dice

san Jerónimo. Sin embargo, Demófilo, obispo arriano de Constantinopla, hacia cuanto le era dado para contrarestar la influencia de san Gregorio. Teodosio (en 380), no habiendo logrado que consintiese en abrazar la fe católica, tomó el partido de desterrarlo. Esta medida parecia deber de asegurar la calma; pero un Egipcio llamado Máximo, que habia profesado hasta enconces y enseñado la filosofía cínica de los Epicúreos, vino á Constantinopla, se formó un partido y se hizo ordenar obispo de ella (380). Semejante atentado llenó de tristeza á los católicos. San Gregorio, no queriendo ser ocasion inocente de ninguna division, anunció su designio de dejar una silla á la cual no habia ascendido sino violentando sus inclinaciones. Las instancias de los fieles le determinaron á quedarse aun entre ellos, hasta que un concilio, cuya próxima reunion se esperaba en Constantinopla, pudiese elegir un obispo católico. El negocio fué deferido al papa san Dámaso, que protestó contra la eleccion irregular de Máximo, y escribió á san Ascolo que se aprovechase de la reunion de un concilio que habia que celebrarse en Constantinopla, con el objeto de escoger un sucesor á san Gregorio. Este solicitaba mas y mas el permiso de regresar á su amada soledad: y como tanto insistiese para con Teodosio, le respondió el emperador: « Dios se vale de mí para » conservaros en esta iglesia. La ciudad está con tal y tan viva » emocion respecto de esto, que parece dispuesta á hacerme » violencia; pero todos saben que no es menester hacérmela » para consentir en que haga porque os quedeis. »

8. Abrióse el concilio el mes de mayo de 381: San Dámaso estaba informado de su convocacion y la aprobó. Habia dado sus instrucciones á san Ascolo acerca del principal asunto que se habia de tratar: la eleccion de un sucesor de san Gregorio. Las cuestiones dogmáticas que se examinaron en el concilio habian estado ya resueltas por el papa en sus cartas á los obispos de Asia. La profesion de fe que les habia transmitido habia sido suscrita por mas de ciento y cincuenta de entre ellos. Las adiciones hechas al símbolo Niceno y confirmadas por los Padres de Constantinopla, tocante la divinidad del Es-

píritu Santo, los caractéres de la Iglesia, la unidad del bautismo, la resurreccion de la carne y la vida eterna venidera, habian sido adoptadas por todos los obispos ortodoxos. Hacemos nosotros estas reflexiones, porque el concilio de Constantinopla, el segundo ecuménico ó universal, no habiendo sido presidido por los legados del papa, se ha querido valerse de este hecho para concluir que un concilio podia tener la autoridad de ecuménico sin consentimiento ó declaracion del soberano Pontífice. De hecho, el concilio de Constantinopla no fué ecuménico sino por la adopcion de los papas, que confirmaron todas sus actas, aprobaron su letra y su espíritu, y proclamaron su doctrina como doctrina de la Iglesia universal. Los obispos presentes en Constantinopla se constituyeron desde luego bajo la presidencia de san Melecio, obispo de Antioquía. El primer objeto de su exámen fué la eleccion de Máximo el Cínico, cuya irregularidad fué reconocida unánimemente. Los Padres del concilio declararon que no podia ser mirado como obispo; que los que habian sido ordenados por él, en cualquier grado del clero en que estuviesen, no podian ser admitidos en él, y que todo cuanto habia hecho como obispo era sin efecto é ilegítimo. Despues de haber echado fuera al usurpador de la silla de Constantinopla, quedaba el buscar alguno que fuese digno de ocuparla. Teodosio, que admiraba la elocuencia y virtudes de Gregorio Nacianceno, no hallaba otro mas capaz para ocupar puesto tan importante; y comunicó su conviccion á todo el concilio. San Gregorio se resistió hasta verter lágrimas; pero al fin se dejó vencer, y san Melecio, presidente del concilio, le estableció solemnemente obispo de Constantinopla. Este fué el último acto del santo obispo de Antioquía. Melecio murió, y la presidencia fué conferida por todos los obispos á san Gregorio. Las dificultades no tardaron en salir del seno mismo del concilio, y precisamente por ocasion de la muerte de san Melecio. Segun el convenio concluido entre las partes, con sonsentimiento del papa san Dámaso, debia de gobernar solo la iglesia de Antioquía Paulino en calidad de sobreviviente. Sin embargo, una fraccion de obispos propuso dar sucesor á Melecio,

y en efecto ordenó al sacerdorte Flaviano como á tal. Esto era eternizar la division en esta iglesia. Gregorio se habia opuesto con todas sus fuerzas á esta medida. El poco éxito de sus esfuerzos, su quebrantada salud, los achaques de su vejez, le determinaron en fin á descargarse resueltamente del peso del episcopado. El discuro de despedida que dirigió á la asamblea, y que poseemos aun, es un modelo de elocuencia, de abnegacion personal y de caridad. « A Dios, decia el elocuente » arzobispo, á Dios, iglesia de Anastasia, que sacabas tu nombre » de nuestra piadosa confianza (*Anastasia* significa resurrec- » cion); á Dios, monumento de nuestra victoria, nueva Siloe, » donde por la vez primera hemos plantado el arca santa des- » pues de haber estado agitada cuarenta años errante en el » desierto; á Dios tambien, grande y celebérrimo templo, » nuestra nueva conquista, que debes á la palabra santa tu » grandeza presente, aldea de Jebús, de la que hemos hecho » una Jerusalen; á Dios, vosotros todos sagrados recintos de » la fe, los segundos en dignidad, que abrazais las diversas » partes de esta ciudad, y que formais su lazo y su reunion; á » Dios, santos Apóstoles, celestial colonia, que me habeis » servido de modelo en mis combates; á Dios, cátedra pontifi- » cal, honor ansiado y lleno de peligros, consejo de los pontí- » fices, adornado por la virtud y por la ancianidad de los sa- » cerdotes; vosotros todos, ministros del Señor en la sagrada » mesa, que os aproximais á Dios cuando desciende á nos- » otros; á Dios, coro de Nazarenos, armonía de los salmos, » vigilias piadosas, santidad de las vírgenes, modestia de las » mujeres, asambleas de los huérfanos y las viudas, miradas » de los pobres vueltas á Dios y á mí; á Dios, casas de la santa » hospitalidad, amigas de Cristo y socorredoras de mis acha- » ques! A Dios, vosotros que amabais mis discursos, muche- » dumbre presurosa donde veia yo brillar los furtivos punzo- » nes (plumas de escribir) que robaban mis palabras! A Dios, » verjas y hierros de esta santa tribuna, tantas veces forzados » por el número de los que se precipitaban para oir mi voz! A » Dios, ó príncipes de la tierra, palacios de los reyes, gentiles-

» hombres y servidores, fieles á vuestro señor, segun creo, » mas por la mayor parte infieles á vuestro Dios! Aplaudid, » elevad hasta el cielo vuestro nuevo orador! Ya calla la voz » ronca é incómoda que os disgustaba. A Dios, ciudad sobe- » rana y amiga de Cristo (porque le hago justicia, aunque su » celo no sea siempre segun la sabiduría; pero la separacion en- » dulza mis palabras); acercaos á la verdad, corregíos en fin, » aunque sobrado tarde! A Dios, ángeles de la guarda de esta » iglesia, que protegiais mi presencia, y que protegeréis mi » destierro! A Dios, Trinidad santa, mi pensamiento y mi glo- » ria; haced que conserven tu fe; salvadlos á todos, salvad á » mi pueblo todo [1]! » Nectario le fué dado por sucesor, y su eleccion fué ratificada por el papa san Dámaso. Se procedió en seguida al exámen de las cuestiones dogmáticas. Treinta y seis obispos, teniendo á su frente Eleusio de Cisica, se rehusaron á suscribir al término *consustancial,* y fueron declarados formalmente herejes. El símbolo de Nicea con las adiciones tradicionales de que acabamos de hacer mencion, y tal como lo cantamos en la misa, fué proclamado como expresion de la fe de la Iglesia. Los siete cánones disciplinales que en seguida redactó este concilio, reglan la jurisdiccion de los obispos que limitan á su sola diócesis, reservando la supremacía de la Iglesia de Roma sobre las demás iglesias; arreglan las traslaciones de un obispado á otro; las formas de la acusacion jurídica contra los obispos; el modo de recibir á los herejes que se convierten á la comunion ortodoxa. Son admitidos los *Arrianos,* los *Macedonianos, Novacianos, Cuartodecimanos* y *Apolinaristas,* entregando una acta de abjuracion de sus errores. Respecto de los herejes que habian alterado la forma del bautismo, tales como los Eunomeos, Montanistas y Sabelianos, que bautizaban con sola una inmersion ó sin la invocacion católica de las tres Personas de la santísima Trinidad, no podian ser reconciliados con la Iglesia sino despues de haber recibido el bautismo católico. El mas célebre de todos estos cánones fué el tercero, que atri-

(1) *Cuadro de la elocuencia cristiana en el* IV *siglo* (por Villemain).

buia al obispo de Constantinopla el primado de honor despues del Pontífice romano, por razon de que Constantinopla era la nueva Roma. Tal fué mas tarde el fundamento en que se apoyaron los metropolitanos constantinopolitanos para someter á su jurisdiccion todas las iglesias del Asia, y arrogarse el título fastuoso de patriarcas ecuménicos del Oriente. Este cánon del concilio ecuménico de Constantinopla no recibió nunca la aprobacion de la silla de Roma. El papa san Leon Magno (en 451), en su carta al concilio de Calcedonia, declara que por esta no-aceptacion, este cánon habia sido nulo y de ningun valor desde su orígen; y resume la tradicion apostólica sobre el rango de los patriarcados en esta regla invariable : « Que la » silla de Alejandría no pierde nada de la dignidad que debe á » san Marcos, discípulo de san Pedro; que la iglesia de An- » tioquía, en donde nació el nombre cristiano por la predica- » cion del mismo apóstol, queda en el órden fijado por los re- » glamentos de los Padres; y que colocada en el tercer rango, » no baja mas. » — El segundo concilio terminó con una gran fiesta por la traslacion de las reliquias de san Pablo, patriarca de Constantinopla, muerto por la fe católica en tiempo de Constancio. Las actas del concilio fueron enviadas al papa; y Focio, que nos hace saber este hecho, asegura en términos formales que *el bienaventurado Dámaso confirmó el concilio segundo con su autoridad.*

9. En tanto que la integridad de la fe católica era tan solemnemente proclamada en el Oriente, el concilio de Zaragoza condenaba en el año 380 á los *Priscilianistas,* cuyo error habia cundido ya por la mayor parte de España. Prisciliano, que dió nombre á esta secta, habia sido discípulo de un maniqueo, llamado Marcos. Su doctrina era un tejido de los errores de Manes, urdidos con las visiones de los gnósticos y las locuras de la astrología : algunos obispos, entre ellos Instancio y Salviano, habian caido en esta herejía, que fué anatematizada con sus autores. — Al fin del año 381 san Ambrosio presidió en Aquileya un concilio provincial de Italia para condenar á Paladio y á Secondiano, obispos de la Iliria, los solos que en el

Occidente profesaban aun el arrianismo. — Los estragos que habia hecho el maniqueismo en el Egipto, norte de África y provincias de la Siria, determinaron á Teodosio el Grande á dar contra los fautores de esta herejía una ley que intimaba al prefecto del pretorio de Oriente establecer *inquisidores* para buscarlos, descubrirlos y castigarlos, en 382. Esta es la primera vez que aparece en los anales de la Iglesia el nombre de *inquisidores* contra los herejes. — Este mismo año el papa reunia en Roma un concilio numeroso, en el cual se hallaron san Epifanio de Chipre, san Paulino de Antioquía, san Ambrosio de Milan y san Ascolo de Tesalónica. La eleccion de Flaviano, que preparaba el cisma de la iglesia de Antioquía, fué anulada. Se renovó en este concilio la condenacion decretada contra el hereje Apolinar y Timoteo, su discípulo. San Dámaso escribiendo con tal motivo á los obispos de Oriente, les felicitó por su sumision á la Santa Sede. « Cuando vuestra caridad, les » dice, tributa á la silla apostólica el respeto que le es debido, » la mayor ventaja será para vosotros mismos, mis amados » hijos. » Este fué el último acto solemne del pontificado de este hombre grande. El Oriente y Occidente, reunidos en la misma fe, reconocian la autoridad del legítimo sucesor de san Pedro. Para asegurar en lo venidero y fijar irrevocablemente el texto de las sagradas Escrituras, el papa acababa de hacer á vista suya por san Jerónimo una traduccion exacta del original hebreo : es la misma que mas tarde declaró auténtica el concilio Tridentino. En este inmenso trabajo, además de las exhortaciones del papa que le estimulaban mas, san Jerónimo acogia tambien las benévolas é ilustradas indicaciones de las mas ilustres matronas romanas, que se entregaban con piadoso entusiasmo al estudio de las sagradas Letras. Las santas Melania, Marcela, Asela su hermana, Paula y Paulina su hija, Lea y Fabiola, la vírgen Eustoquia, pertenecientes á las mas ilustres familias romanas, se hicieron discípulas del austero anacoreta de la Palestina, que ha hecho célebres sus nombres y virtudes en sus elocuentes escritos. El papa prodigaba á san Jerónimo las honras que merecian sus

talentos, pero que rehusaba su modestia. Le hizo su secretario privado y le encargaba la redaccion de su voluminosa correspondencia. Y en medio de tantas preocupaciones y trabajos, san Dámaso murió el 11 de diciembre de 384. Antes de morir, tuvo tiempo de recomendar á Teodosio para la educacion de su hijo el César Arcadio al diácono Arsenio, y con esta eleccion prestaba, moribundo, al mundo el mas señalado servicio, pues que hubiese contribuido á formar un príncipe virtuoso y sabio si Arcadio hubiera correspondido á los cuidados de Arsenio.

§ II. PONTIFICADO DE SAN SIRICIO (1°. de enero de 385-25 de noviembre de 398).

10. San Siricio, sacerdote romano, fué elegido papa el 1°. de enero de 385, é inauguró su pontificado respondiendo á una consulta sobre varias puntos de disciplina que habia dirigido Himerio, metropolitano de Tarragona en España, á san Dámaso, muerto en el intervalo. Es la primera epístola decretal que haya llegado [auténticamente] hasta nosotros. Se da este nombre á las decisiones de este género, porque tienen fuerza de ley. La de san Siricio da reglas para la reconciliacion de los herejes; la época fijada para conferir el bautismo solemne, que se acostumbraba dar entonces de Pascua á Pentecostés; para la aplicacion de la penitencia pública, edad de los ordenandos, é intersticios que se habian de guardar en su colacion. El papa exigia treinta años para los acólitos y subdiáconos; despues de cinco años de diaconado se podia recibir el presbiterado; y pasados diez años de sacerdocio, el obispado. Otro punto importante tratado por san Siricio es el del celibato de los clérigos, que establece formalmente como una tradicion apostólica. Poco despues fué dirigida otra decretal á Anisio, discípulo de san Ascolo y sucesor suyo en la silla de Tesalónica. El papa le recomienda vigilar las ordenaciones episcopales en la Iliria, y de no tolerar, en su caridad de metropolitano, que sea consagrado ningun obispo sin su consentimiento. En el caso que él mismo no pudiese presidir á la

eleccion y consagracion, debia delegar esta funcion al obispo que mejor le pareciere.

11. El emperador Graciano, cuya juventud habia dado tan brillantes esperanzas, acababa de ser asesinado en Tréveris (año 383) por Máximo, oficial de su ejército. El asesino se revistió á sí mismo de la púrpura imperial y habia usurpado el trono de su víctima; y no podia tardar en dirigir sus armas contra Valentiniano el Jóven, hermano de Graciano, que reinaba en Milan. La emperatriz Justina, madre de este jóven príncipe, enteramente apasionada por los Arrianos, ni siquiera pensaba en precaverse contra tales ataques. Solo se ocupaba en perseguir á san Ambrosio, porque se rehusaba á ceder á los Arrianos una de las iglesias de Milan (385). Gracias á su influencia, pareció en el año siguiente un edicto, volviendo á esos herejes la libertad de juntarse y de profesar públicamente la fórmula de fe de Rímini (386). El canciller del imperio, Benévolo, católico celoso, se negó á firmar el decreto: arrojó á los piés de Justina las insignias de su dignidad, y fué desterrado á Brescia. A las reiteradas instancias de la emperatriz, respondió san Ambrosio: « Naboth no quiso entregar la he» rencia de sus padres, ¡ y yo he de entregar la de Cristo! » Se le tuvo sitiado muchos dias en la basílica por una tropa de soldados; y por otra parte, el pueblo estaba alerta por la vida de su obispo. En tan difíciles circunstancias, san Ambrosio, obligado á predicar todos los dias á la muchedumbre que se habia hecho prisionera con él, supo evitar en todos sus discursos cuanto pudiera agriar los ánimos; y aun se aprovechó de esta circunstancia para avivar en todos los corazones sentimientos de piedad y de fe. La maravillosa circunstancia de la invencion de las reliquias de san Gervasio y Protasio, y los milagros que acompañaron su traslacion, confirmaron lo que habia ya operado la elocuencia del santo obispo. Los Arrianos y la imperatriz cesaron la persecucion; y no contribuyó poco, tal vez, el temor de Máximo. Se habia propagado, con algun fundamento, que este usurpador iba á entrar en Italia para despojar á Valentiniano III. En tal coyuntura, la emperatriz Justina

recurrió al santo obispo, á quien desde dos años hacia trataba como enemigo. Era inmensa la reputacion de Ambrosio en las Galias. Preguntaban en cierta ocasion algunos Francos á Arbogasto, general de los ejércitos imperiales, si conocia al obispo de Milan: « Le conozco, respondió, y me honra con su » amistad. — No es extraño, replicaron, que hayais ganado » tantas victorias, porque sois amigo de un hombre cuya pa» labra detendria al mismo sol en medio de su carrera. » A Ambrosio pues se dirigió Justina para fiarle la mision de detener los proyectos hostiles de Máximo. El aparente pretexto de la embajada era de recoger y reclamar los restos de Graciano. El santo obispo olvidando todas las injurias pasadas, se puso inmediatamente en camino y llegó pronto á Tréveris. Máximo acogió sus peticiones con respuestas evasivas (387). Su corte estaba llena de obispos de España, que pedian á Máximo castigase de muerte á los Priscilianistas. Ambrosio les dijo que Dios no pedia la muerte del pecador, sino su conversion; y trataba de traerlos al verdadero espíritu de la Iglesia, que es el de la mansedumbre y de la caridad. Como nada ganaba con ellos, endurecidos en su rigor, se negó á comunicar con ellos en los sagrados misterios. Máximo, cuyos instintos de crueldad lisonjeaban estos obispos, se declaró abiertamente su protector, y dió órden de castigar con pena de muerte á todos los Priscilianistas, é intimó á san Ambrosio comunicase con los obispos españoles. Se negó á ello el obispo de Milan, así como san Martin de Tours, que á la sazon se hallaba en Tréveris. Enfurecido el usurpador, mandó decir á san Ambrosio que se volviera á Milan. El mal éxito de esta embajada sirvió á los enemigos del santo de pretexto para renovar sus intrigas: se le acusó de sobrado rígido é inflexible. Se volvió pues á enviar á Máximo un agente cortesano, que fué acogido con muestras de la mayor benevolencia. San Ambrosio advirtió á la emperatriz que no se fiase de un enemigo que encubria sus designios hostiles con hipócrita máscara. No se le creyó: mas apenas habian llegado por el correo estas advertencias de Ambrosio, cuando Máximo invadió la Italia al frente de un

ejército formidable. Valentiniano y su madre apenas tuvieron tiempo para embarcarse para Tesalónica, donde se pusieron bajo la proteccion de Teodosio, que se la otorgó con heróico y magnánimo corazon. Este gran príncipe fué á marchas forzadas á la Panonia, donde en dos batallas campales derrotó completamente el ejército de Máximo, dos veces mas numeroso que el suyo, persiguió al usurpador y le alcanzó en Aquileya, donde el asesino de su soberano encontró en una muerte vergonzosa el castigo de su crímen (28 de julio de 388). Esta victoria puso todo el Occidente en manos de Teodosio. Valentiniano III solo habia poseido la Italia, Iliria y África. Teodosio se las devolvió, y aun le añadió los Estados de Graciano, esto es, la España, la Galia y la Gran Bretaña. Se contentó con hacer observar al jóven emperador que debia honrar al Dios de quien penden todos los imperios, y que cesase de perseguir, como hasta entonces habia hecho, á los católicos, sus mas fieles súbditos.

12. Este rasgo de moderacion acrecentó en todo el universo la gloria de Teodosio. En el año anterior (387), este mismo emperador habia dado al mundo un ejemplo inmortal de clemencia. Con motivo de algunos subsidios extraordinarios habia estallado un motin en Antioquía. La ciudad quedó algunos momentos entregada á los excesos de los amotinados; las estatuas de Teodosio, arrancadas de sus pedestales, arrastradas por el fango, se habian abandonado á ser juguetes de los muchachos, que llevaban los trozos por las calles en medio del vocerío del populacho. Apenas hubo pasado el delirio, se apoderó de la ciudad entera un estupor mortal; y esperaba consternada el momento del castigo. Los habitantes se iban huyendo al través de los campos, y Antioquía por su sepulcral silencio parecia como fatídico despoblado. Todo hacia prever que seria muy terrible el castigo. Y en efecto á la primera noticia de tamaños excesos, Teodosio se enfureció tanto mas cuanto que habia manifestado por Antioquía la mayor benevolencia, y dió las órdenes mas rigorosas. Sus correos llegan en medio de aquella ciudad inconso-

lable: se habia perdido toda esperanza; pero quedaban, para salvar á Antioquía, el celo patriótico de Flaviano, su obispo, y la elocuencia de san Crisóstomo. Se logra de los magistrados la suspension de la ejecucion de los imperiales decretos durante el viaje del santo anciano Flaviano, el cual en lo mas crudo de un rigoroso invierno, despreciando sus achaques y avanzada edad, parte para Constantinopla sin detenerse dia ni noche. Mientras tanto san Crisóstomo, á quien habia encargado consolase y animase al pueblo en su ausencia, desde lo alto del púlpito cristiano, desde donde su palabra persuasiva y tierna atraia y seducia los corazones, abreviaba para los fieles los dias de incertidumbre y de crueles angustias. Este sacerdote, cuyo nombre inmortal ha quedado como símbolo de sobrehumana elocuencia, tenia apenas treinta años. Habia renunciado á todas las esperanzas de una brillante juventud, se habia esquivado de las lágrimas de su amada madre, para huir á la soledad. Flaviano, por una excepcion justamente motivada, le habia promovido al sacerdocio antes de la edad prescrita entonces por la disciplina ordinaria. Juan Crisóstomo sobrepujó á todo cuanto hubiera podido esperarse de él. En las tristes coyunturas que vamos refiriendo, supo calmar los temores del pueblo y enjugar sus lágrimas: á él se debió la tranquilidad de la ciudad, sobrecogida en continuas alarmas. Pronunció en este intervalo veinte discursos que aun poseemos, y que se comparan á cuanto Roma y Atenas han producido de mas elocuente y sublimemente patético. Incierto del partido que tomaria Teodosio, con arte divinamente maravilloso mezcla juntamente la esperanza del perdon y el menosprecio de la muerte, disponiendo así y preparando sus oyentes á recibir con sumision y sin perturbarse las órdenes de la Providencia. Entra siempre con ternura en los sentimientos de sus conciudadanos, pero los levanta de ánimo y los fortalece. Nunca les obliga á detenerse largo tiempo en la consideracion de su desventura; sino que muy pronto los tronsporta de la tierra al cielo. Para distraerlos del temor presente, les inspira otro mas vivo y superior; los ocupa en el amargo re-

cuerdo de sus pecados, les insta para que se corrijan, y les muestra el brazo de Dios levantado sobre sus cabezas, é infinitamente mas terrible que el de los reyes del mundo. En el entretanto Flaviano habia llegado á la corte de Teodosio: se presentó ante este príncipe con lágrimas en sus mejillas. El discurso que le dirigió, y que se supone compuesto por san Juan Crisóstomo, es un modelo inimitable. Cuando hubo acabado de hablar, le costaba mucho al emperador contener su emocion. Pero no pudiendo resistir mas, lloroso y tierno le respondió: « ¿Qué maravilla será el que un hombre perdone » á hombres, sus hermanos, cuando Jesucristo, señor del » mundo, crucificado por los Judíos, pidió perdon á su Padre » por sus propios verdugos? Id pues, padre mio; regresad á » vuestro pueblo; volved la calma á Antioquía; porque no » quedará sosegada, despues de borrasca tan violenta, sino » volviendo á ver y á poseer su piloto. » Flaviano emprendió inmediatamente su vuelta á Antioquía; mas, para no privar á su pueblo de algunos dias de regocijo y de calma, mandó correos que llevaron la carta del emperador con increible celeridad. Cuando se leyó en la plaza pública, en medio de un general silencio, y se llegó al párrafo donde Teodosio revocaba las órdenes anteriores dadas para castigo de la ciudad y de sus habitantes, se oyó en los aires una aclamacion universal de júbilo y entusiasmo. En un instante todas las calles se adornaron de festones y guirnaldas, se hicieron tablados de música en las plazas públicas; en la noche siguiente toda la ciudad se iluminó, por manera que su luz igualaba á la del mas claro dia: y cuando algunos dias despues llegó el santo anciano Flaviano, fué recibido en triunfo.

13. Es muy sensible para Teodosio que no se haya mostrado semejante á sí mismo en una circunstancia análoga. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia amotinado por motivo del arresto de un escudero del circo, á quien amaba mucho la poblacion (389). Los magistrados de la ciudad fueron asesinados, y el gobernador Boterico, que habia firmado la órden de arresto, fué apedreado por el populacho. Este motin

era tanto mas culpable y criminal cuanto que la medida era altamente justa, pues que el escudero se la habia merecido por sus malas é infames costumbres. A la nueva de esta sedicion, Teodosio en un exceso de cólera habló desde luego de arrasar la ciudad criminal para espantar los ánimos con un castigo ejemplar, é impedir así iguales desórdenes. San Ambrosio logró moderar este primer movimiento, y el emperador prometió proceder segun reglas de justicia. El negocio fué sometido al consejo imperial, y se resolvió en él castigar Tesalónica con una matanza general. La órden estuvo secreta para no dar sospechas á la vigilante solicitud de san Ambrosio. Se reunió á toda la poblacion en el teatro so pretexto de una corrida de carros, etc.; pero en lugar de la señal para los juegos, fué dada la de pasar á cuchillo parte de la poblacion durante tres horas. La matanza duró este tiempo, sin distincion de ciudadano ó forastero, edad, sexo, inocencia ó culpabilidad; pereciendo en ella siete mil personas á manos de los soldados. Fué inexplicable el dolor de san Ambrosio. Teodosio mismo, espantado de su accion, se quedó ocho meses sin atreverse á entrar en la iglesia, remordiéndole mucho la conciencia. San Ambrosio le habia entredicho entrar en templo alguno; mas como Teodosio insistiese, apoyándose en el ejemplo de David, á quien Dios habia perdonado su crímen, le respondió el obispo: « Pues que le habeis seguido en el crímen, imitadlo » en la penitencia. » Por fin, en la fiesta de Navidad el emperador se presentó á san Ambrosio, quien desde luego le hizo firmar una ley segun la cual las sentencias de muerte y de confiscacion no serian ejecutadas en adelante sino treinta dias despues de dadas, para dar tiempo á la razon de volver en sí del primer movimiento de ira; y en seguida le dió la absolucion. Teodosio entró entonces en la basílica de Milan, y allí, en presencia de todo el pueblo reunido, habiéndose despojado de sus vestiduras imperiales, se postró en el pavimento, derramando lágrimas y repitiendo las palabras de David: *Adhæsit pavimento anima mea: vivifica me secundum verbum tuum*. Se le quedó indeleblemente grabado en el corazon el aconteci-

cimiento de Tesalónica; y el deseo de expiar mas y mas este crímen redobló su celo contra la idolatría, cuyos templos hizo destruir, quemando todos los ídolos en Alejandría y en todo el Egipto. La estatua y templo de Serapis fueron destruidos, y se descubrieron entonces los misterios de iniquidad de que se hacian reos desde tiempo inmemorial los sacerdotes paganos, y las supercherías con que embaucaban á las gentes, engañaban á los pueblos (391). Atento á reprimir todos los abusos, Teodosio promulgó una ley contra la vagancia de los *Masalienos,* monjes herejes ya condenados en un concilio por san Flaviano de Antioquía (390). Sostenian estos que solo la oracion era necesaria para la salvacion, aun con exclusion de los sacramentos. Con este principio de moral tan laxa, se entregaban á la holgazanería, recorrian las provincias de la Siria, y se abandonaban á todos los desórdenes.

Asuntos de mas grave trascendencia necesitaron muy pronto la intervencion de Teodosio. El conde Arbogaste hizo ahogar en la noche al emperador Valentiniano III, cuyas buenas cualidades se iban desarrollando despues de la muerte de su madre la emperatriz Justina, bajo la influencia de san Ambrosio (15 de mayo de 392). El asesino elevó al trono de Occidente un literato llamado Eugenio, fantasma de soberano, á cuya sombra intentaba reinar. San Ambrosio, fiel á la memoria de Valentiniano, no quiso comunicar con el matador, y huyó de Milan cuando se acercaba. Eugenio y Arbogaste enfurecidos juraron que para vengarse harian cuadra de la catedral Ambrosiana, y obligarian á llevar las armas al clero de Milan. Teodosio no les dejó tiempo de ejecutar su proyecto. Acudió contra ellos á Italia al frente de su ejército, y la batalla de Aquileya dió fin al poder efímero y á la vida de Eugenio y Arbogaste (6 de setiembre de 394). Teodosio hizo participar inmediatamente la noticia de su victoria á san Ambrosio, para suplicarle rindiese al cielo acciones de gracias. El santo obispo no se valió de su influencia con Teodosio sino para solicitar el perdon de los comprometidos en la rebelion de Arbogaste; lo que obtuvo sin dificultad. El emperador, cuya salud

se hallaba quebrantada, se ocupo en dar las disposiciones necesarias para prevenir los desórdenes que pudiera causar su muerte. Dividió sus Estados entre sus dos hijos: Arcadio, el primogénito, tuvo el Oriente; Honorio, el Occidente. Ni uno ni otro se propusieron eficazmente hacer olvidar al mundo la pérdida de Teodosio el Grande, que murió en Milan, el 17 de enero de 395, pronunciando el nombre de san Ambrosio. Teodosio fué modelo de un príncipe cristiano. Su administracion, leyes y grandes actos de su imperio fueron siempre inspirados por el espíritu del Evangelio. La matanza de Tesalónica nos le muestra mas grande en las humillaciones de la penitencia que en el apogeo de sus victorias. San Ambrosio en la oracion fúnebre que pronunció en los funerales de este gran príncipe arrancó lágrimas á la muchedumbre y á los soldados: « He amado, decia, á este príncipe, á este héroe que » ha llorado públicamente un pecado que otros le habian hecho » cometer por artificio, y que lo ha llorado toda su vida! Aca» baba de ganar una brillante victoria en la guerra mas justa que » jamás hubo, y sin embargo se abstuvo durante algun tiempo » de la participacion de los sagrados misterios por no presen» tarse al altar con manos teñidas de sangre. He amado á este » héroe misericordioso y clemente; y por ello lo lloro con to» das mis entrañas. He amado á este héroe: mis ruegos y mis » lágrimas no cesarán de ser ofrecidas al cielo para que sea » introducido en la montaña santa del Señor, en la verdadera » tierra de los vivientes. » Toda la Iglesia acompañó á san Ambrosio en tan santos y nobles sentimientos, y la memoria de Teodosio ha sido y será siempre en ella acatada con veneracion. Poco sobrevivió el santo arzobispo á la muerte de un príncipe que habia sido su amigo. Acababa de recibir la diputacion de una reina de los Marcomanos, llamada Fretigilda, que deseaba conocer la religion: la carta en que le respondió en forma de catecismo es una obra maestra. Esta reina, movida de lo que habia sabido de san Ambrosio, vino á Milan para recibir el bautismo de sus manos propias. Mas cuando la reina llegó, el santo no vivia ya, porque habia ido á recibir la re-

compensa de sus trabajos el 4 de abril de 397, á los cincuenta y siete años de su edad. Las numerosas obras de san Ambrosio sobre la sagrada Escritura, contra las herejías, sus libros de moral, así como sus Epístolas, son notabilísimas por la uncion y maravillosa dulzura de estilo. En sus escritos se halla por primera vez el nombre de *misa,* dado á la celebracion de los sagrados misterios. Aun cantamos muchos himnos que habia compuesto; y eran tan celebrados, que se los llamaba ordinariamente *Ambrosianos,* porque san Ambrosio fué el primero que introdujo su uso en la Iglesia latina. La tradicion le atribuye el *Te Deum* [con motivo de la conversion y bautismo de Agustin, por manera que san Ambrosio comenzó el primer versículo, san Agustin el segundo, y así alternativamente le compusieron ambos santos divinamente inspirados : este solemne cántico se emplea universalmente al fin de Maitines y en toda gran solemnidad de accion de gracias, como adoptado por la Iglesia entera]. Se supone tambien que para las oraciones públicas instituyó el canto á dos coros, en tiempo que se hallaba encerrado con todos los demás fieles cautivos en la iglesia de Milan, que le custodiaban contra las persecuciones de la emperatriz Justina. Mas esto solo podria ser respecto del Occidente, porque desde largo tiempo habia se practicaba esta costumbre en las Iglesias de Oriente.

14. La mas gloriosa, la inmortal obra de san Ambrosio, ha sido la de haber engendrado á san Agustin á la vida de la gracia. Agustin habia nacido en el 351 en la pequeña ciudad de Tagaste, cerca de Madaura é Hipona en la Numidia (la Algería actual). Su madre, santa Mónica, le educó en el santo temor de Dios; pero el natural fogoso del jóven le arrastró á la sensualidad, á los placeres, que hallaba medio de seguirlos juntamente con un deseo insaciable de ciencia. A los veintiocho años Agustin habia recorrido todo el círculo de los conocimientos humanos, enseñados en aquella época, con universal aplauso de todos sus maestros. Enseñaba sobre todo con gran lustre la retórica en Cartago : sus costumbres eran las de todos los jóvenes ricos de su tiempo. Cuando de vez en cuando lucia en

su alma cierto resplandor de la gracia al ver hombres de una vida digna, ó á un cristiano verdadero practicante de la religion, cuando con varios ejemplares de virtud le incitaban á dejar el sendero de los vicios, pedia al Señor le diese un corazon puro; pero muy pronto, espantado de la aparente austeridad de la virtud, se decia : « Mas tarde! mas tarde! » Mientras tanto santa Mónica queria dar dos veces la vida á su hijo querido, abriéndole las puertas del cielo, como ya le habia abierto las del mundo. Agustin correspondia friamente á esta solicitud maternal, y, como para alejar aun mas toda esperanza ó posibilidad de conversion, acababa de entrar en la secta de los Maniqueos. Santa Mónica hacia confidencia de sus angustias á un obispo piadoso, y le rogaba trabajase en la salvacion de esta alma querida : « Tranquilizaos, le dice el » obispo; es imposible perezca el hijo de tantas lágrimas. » No tardó mucho en cumplirse la profecía. Agustin pasó á la Italia, y logró la cátedra de retórica de la ciudad de Milan. Era á tiempo en que san Ambrosio llenaba el universo con su nombradía de orador. Quiso oirle Agustin. Hicieron la mas profunda impresion en el alma del jóven catedrático la suavidad de la elocucion de Ambrosio, su penetrante energía, su elegancia, el órden, concierto y gracia de sus discursos, calidades que hacian revivir la lengua de Virgilio, el aticismo de la de Platon. Por de pronto, el jóven retórico solo habia fijado su atencion en la forma del decir; poco á poco cautivaron su espíritu y corazon las ideas elevadas y verdaderas, por manera que el fondo le atraia ya mas que la forma. Sin renunciar todavía á las pasiones que devoraban su vida, se aplicó al estudio de san Pablo, cuya sublimidad gustaba á su ansiosa inteligencia. Íbale persiguiendo la gracia, sin pensarlo él, en medio de sus amigos, cuya disoluta compañía le avergonzaba, á pesar de que él mismo mantenia un comercio ilegítimo, cuya fidelidad se vanagloriaba guardar. Mas la gracia le perseguia mas y mas, ya con punzantes remordimientos, ya con volver á menudo en sí, donde sentia su flaqueza, y suplicaba á Dios le otorgase la fuerza de vencerse. En uno de aquellos momentos

de impresion extraordinaria, á consecuencia de una conversacion donde se le refirió la vida y austeridad de san Antonio, se salió precipitadamente diciendo á su amigo Alipio : « ¡ Cómo! » los ignorantes nos roban el cielo, y nosotros, insensatos, con » nuestra ciencia miserable vivimos encharcados en sangre y » en carne! » Y pronunciando estas palabras, se retiró á un paseo desierto, á lo largo de una calle de árboles que se metia muy adentro, para aplacar en la soledad la borrasca que atormentaba su corazon. Allí le esperaba la gracia y el momento decisivo. Sucumbiendo á una emocion desconocida, se echa por tierra, híncase de rodillas y exclama : « ¡ Hasta cuándo, » Señor, diré yo : Mañana! mañana!... ¿Porqué no hoy, hoy » mismo? ¿porqué no ahora, ahora mismo? » Como estuviese pronunciando las últimas palabras, oyó una voz interior que le decia : « Toma y lee. » Habia un libro de san Pablo á sus piés; lo abrió á bulto, y leyó este pasaje : *Sicut in die honeste ambulemus; non in comessationibus et ebrietatibus; non in cubilibus et impudicitiis; non in contentione et æmulatione, sed induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ne feceritis in desideriis* (Rom. XII, 13, 14). Toda su vida pasada llena de desórdenes, pasiones, deseos ambiciosos, se desarrolló entonces á los ojos de su espíritu, y le apareció con todo su horror. Iluminaba al propio tiempo á su inteligencia una luz sobrenatural é irresistible, en tanto que le arrebataban el corazon los encantos de la virtud. Agustin estaba convertido : acabóse en él el reinado de las pasiones, y comenzaba el imperio de la gracia. Agustin dejó su cátedra de retórica, renunció á las esperanzas de un rico é ilustre casamiento, y al porvenir inmenso que le prometian sus talentos en el mundo. Se retiró á una soledad cercana á Milan con su madre, su hijo llamado Adeodato y algunos amigos. Los tratados contra los *Académicos, de la Felicidad, del Órden*, los *Soliloquios* y *de la Música* fueron compuestos en este retiro, de donde no salió hasta la Pascua de 387 para recibir el bautismo de manos de san Ambrosio. Mónica, la venturosa madre, fué testigo de esta ceremonia que tanto habia estado ansiando, y por la que tanto

habia suspirado: murió en paz al fin de este mismo año en Ostia, recomendando á su hijo se acordase de ella en el altar sacrosanto. Despues de su bautismo, san Agustin consagró sus primeros trabajos á la conversion de los Maniqueos, cuyos errores habia abjurado. Compuso dos libros con este objeto, intitulando al uno; *La moral de la Iglesia católica*, y al otro *La moral de los Maniqueos*. Luego publicó la obra intitulada *Del libre albedrío*, donde trata á fondo la cuestion del orígen del mal, resuelve las mas especiosas objeciones sacadas de la existencia del mal contra la providencia y bondad de Dios. En 388 salió de Italia para regresar al África, donde cerca de Tagaste continuó su vida solitaria y laboriosa. En estas circunstancias, Valerio, obispo de Hipona, santo anciano que no podia dedicarse ya al ejercicio del púlpito porque sus agotadas fuerzas se lo impedian, tenia necesidad de un sacerdote instruido y capaz de secundar su celo, y á quien pudiera encargarle el ministerio de la predicacion. Ordenó pues á san Agustin, á pesar de la extrema repugnancia que el convertido manifestaba á todas las funciones ó cargos públicos. Pero cumplió tan perfecta y celosamente el que se le habia encargado, que Valerio solicitó para su sacerdote un favor casi inaudito en aquel tiempo, el de hacer consagrar á Agustin como su coadjutor ó auxiliar. La disciplina de la Iglesia se oponia entonces á este uso para evitar cismas tales como el de Antoquía, que por tanto tiempo habia tenido divididos los ánimos. Pero los obispos de la provincia, reunidos en Hipona, sancionaron esta eleccion con sus votos, y san Agustin fué consagrado en 395. La humildad, el amor del retiro, la pasion del estudio y la frugalidad de vida acompañaron á san Agustin en medio de los honores del episcopado. Reunió en su casa los sacerdotes que le servian para llevar en comun la vida regular y uniforme de los monjes en las soledades.

15. En tanto que san Agustin iba subiendo á los mas altos honores eclesiásticos, é iba á encontrarse muy en breve al frente del movimiento religioso de su época, otra lumbrera, otra gloria de la Iglesia latina iba huyendo de los negocios y

de la fama de su nombre para enterrarse en una soledad y entregarse en ella á su atractivo por la vida contemplativa. Despues de la muerte del papa san Dámaso, su amigo y protector, san Jerónimo veia levantarse contra él mil envidias secretas, mil rivalidades que no habian osado levantar cabeza en el tiempo de su favor. El vigor de su palabra, su apostólica libertad en señalar y reprender los abusos, le habian suscitado no pocos enemigos. Este grande hombre no quiso luchar, y creyó ganarlo todo cediendo á la envidia : dejó pues á Roma, se volvió á la Palestina y se fijó en Belen. Santa Paula y su hija santa Eustoquia le siguieron y se pusieron bajo su direccion. El estudio de las sagradas Letras, la direccion de las almas y la hospitalidad con los peregrinos y extranjeros se compartieron los últimos años de la vida de san Jerónimo; y en medio de estas santas ocupaciones y trabajos magníficos é inmortales, vino á coronar su gloriosa vida una santa muerte. — Las Galias no quedaban atrás en el notable movimiento que ha hecho del cuarto siglo el mas fecundo de toda la historia de la Iglesia en hombres ilustres. Al lado de san Martin de Tours se colocaban en la veneracion y memoria reconocida de los pueblos : san Paulino, nacido en Burdeos, hecho sacerdote en España, y yendo á terminar su vida á Nola, junto al sepulcro de san Félix, cuyas glorias cantó en poesías latinas llenas de gracia y elegancia; san Delfin, obispo, y san Amando, presbítero de Burdeos; san Aper, obispo de Toul; san Victricio, obispo de de Ruan, el apóstol de las comarcas habitadas por los Morinos y Nervianos, que formaron despues las provincias de la Picardía, del Hainault y de la Flandes; y en fin, san Sulpicio Severo, nacido en la Aquitania, de noble y rica familia. Se hizo tan familiares los buenos autores del siglo de Augusto, que se diria uno de ellos. Hecho discípulo de san Martin de Tours, escribió su historia ; y redactó además una *Historia sagrada*, ó Historia eclesiástica, desde el orígen del mundo hasta el año 400 de Cristo. Es obra maestra por su precision y elegancia.

16. Tambien suministraba el Oriente sus obreros evangélicos para la viña del Señor. En tanto que los débiles empera-

dores Arcadio y Honorio dejaban caer de sus manos el poder soberano, y que Estilicon y Rufino vendian los cargos públicos y las magistraturas á los Bárbaros, la Iglesia de Dios extendia su imperio, y se mostraba mas brillante y fuerte que nunca. San Gregorio Nacianceno habia acabado su vida de santo, de doctor, de obispo y de monje hácia el año 389. Murió en la soledad de Arianza, dulcificando su vejez con los piadosos vuelos de la elocuencia y poesía cristiana. En el gran número de sus poemas abraza los mas elevados asuntos de la espiritualidad cristiana. Ha hecho poemas sobre el *Principio de los Seres*, sobre la *Trinidad*, la *Providencia*, los *Ángeles*, el *Alma*, la *Armonía de ambos Testamentos*, la *Encarnacion del Verbo*, los *Milagros de Cristo*, la *Virginidad* y la *Vida monástica*. La muerte se llevó en la misma época á san Gregorio Niseno, hermano de san Basilio Magno, y digno de tal hermandad por la santidad de su vida, el número de sus escritos, la firmeza de juicio, acierto de pensamientos, fuerza de raciocinio y pureza de estilo. Sus obras tuvieron por principal objeto combatir los errores mas propalados en su tiempo por los *Arrianos*, *Sabelianos* y *Pneumatómacos*. — Pero una nombradía que se repetia como eco universal en toda la Iglesia griega, iba á suceder á la de todos estos grandes hombres : el nombre de Juan Antioqueno, hecho patriarca de Constantinopla, apellidado Crisóstomo, ó *Boca de oro*, iba en las alas de la fama á la par de las mas ilustres y merecidas reputaciones. Ya habia habido necesidad de sacarlo secretamente de Antioquía para que su salida no excitase una conmocion popular. Hurtado al entusiasta amor de esta iglesia, fué puesto, como un cautivo, en un carruaje que corria sin detenerse noche ni dia, y solo se le permitió bajar en Constantinopla, en donde fué consagrado [venciendo su inmensa repugnancia] por un concilio de antemano reunido con este objeto por el eunuco Eutropio, que habia sucedido á Rufino en la confianza de Arcadio. Juan Antioqueno, al subir al trono episcopal, lloró su perdido reposo y su antigua independencia; mas no se dejó abatir por sus penas. La reforma de su clero, la entera extirpacion del arrianismo, la maternal

solicitud de una caridad que abrazaba todas las necesidades, fundaba y dotaba hospitales, casas de refugio para vírgenes, ofrecian vasto campo á su celo y elocuencia. Se elevó á la altura de su mision é hizo recibir los gloriosos recuerdos de san Gregorio Nacianceno en la ciudad imperial. En el primer año de su obispado, vió el Crisóstomo llegar á Constantinopla al Píndaro cristiano, á Sinesio, delegado por la provincia de Cirenáica, su patria, al emperador Arcadio para lograr de él recursos contra las incursiones de los Bárbaros. Sinesio, filósofo y poeta, descendia de los antiguos reyes de Esparta. Dotado de una imaginacion brillante, tenia tal facilidad de ingenio, que imitaba á su voluntad todos los autores, por mas diferentes que fuesen en estilo y giro de ideas y locuciones. Habia estudiado con los mas célebres maestros : Alejandría le habia contado entre los asiduos discípulos de Hipatia, hija del astrónomo Theon, prodigio de ciencia, que enseñaba públicamente las matemáticas y la filosofía de Platon. Atenas le habia ofrecido sus escuelas, en donde la estudiosa juventud hallaba tan nobles recuerdos y grandiosos ejemplos. Vuelto á Cirene, su patria, consagró los tesoros de imaginacion é inteligencia, recogidos en sus viajes, á levantar un monumento á la fe en sublimes poesías. Sus himnos son otras tantas aspiraciones poéticas, en que elevándose gradualmente sobre todos los órdenes de criaturas, se lanza hasta el seno de Dios : mas el lenguaje humano no le suministra expresion en relacion con la superabundancia de sus ideas ; se queja frecuentemente de esta indigencia que le obliga á acumular imágenes algunas de las cuales pudieran no ser enteramente exactas, y de ello pide humildemente perdon. — Este lado poético del cristianismo, hácia el cual convergian entonces ingenios tales como san Paulino de Nola, san Gregorio Nacianceno y Sinesio, revelaba una tendencia nueva de los espíritus. La lucha contra el paganismo, y los combates teológicos contra el arrianismo dejaban su puesto para hacer lugar al desarrollo poético de la inteligencia cristiana. La elocuencia, las letras, los monumentos, la legislacion, iban poniéndose así, progresivamente, al servicio

de la religion triunfante. Pero este vuelo durará poco; le veremos muy pronto perderse con todo el antiguo mundo en la invasion de la barbarie.

17. San Siricio habia visto bajo su pontificado resplandecer sucesivamente todas estas glorias de la Iglesia. Su vigilancia se hacia sentir en todos los puntos del universo, y por todo él se acataba y bendecia su autoridad. Habia condenado varias veces el celo excesivo de los Itacianos en España, que solicitaban ante los magistrados y tribunales el exterminio á muerte de los Priscilianistas. Toda la Iglesia aplaudió estas decisiones tan fundadas en la caridad. Los concilios particulares de diversas provincias recurrian á su intervencion. Los de Cartago (393-393) le consultan sobre la cuestion del bautismo conferido por los Donatistas, y le preguntan si es permitido elevar á las órdenes sagradas los que lo han recibido.—Un concilio de los obispos de las Galias, reunido en Turin, remite á la decision del papa san Siricio la validez de la eleccion de Félix, obispo de Tréveris, ordenado por los Itacianos (397). Le preguntaron tambien los obispos de las Galias para conocer por la autoridad de la Sede apostólica, cuáles sean las reglas canónicas respecto de la continencia de los clérigos, de las ordenaciones, y de los monasterios de vírgenes. Siricio respondió con una decretal, donde recuerda y renueva las mismas instrucciones anteriormente remitidas á Himerio de Tarragona. A pesar de mantener con apostólico vigor y firmeza las prescripciones de la antigua disciplina, el lenguaje empero del papa respira la mas síncera modestia y humildad. Si se reconoce en él al príncipe de la Iglesia, al *lugarteniente de Dios* por la dignidad de su palabra, se echa de ver tambien en esta al Padre de la cristiandad, al Pastor de los pastores, á la mansedumbre, dulzura y caridad [que se desprenden de toda su santa y sabia administracion]. San Siricio murió el 25 de noviembre de 398, despues de 14 años de pontificado. La tradicion le atribuye la introduccion del *Communicantes* en la misa, y el uso del título de papa, exclusivamente asignado á los romanos Pontífices. Este título, que significa la espiritual pa-

ternidad de un pastor en su rebaño, fué en un principio comun á todos los presbíteros; mas tarde lo llevaban solo los obispos. San Siricio comenzó la tradicion, adoptada hoy universalmente, de reservarlo á solo los Pontífices de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE SAN ANASTASIO I (26 de noviembre de 398-27 de abril de 402).

18. San Anastasio I fué colocado en la cátedra de san Pedro el 26 de noviembre de 398. San Jerónimo llama al nuevo Pontífice *un hombre de riquísima pobreza y solicitud apostólica*. La antigüedad le atribuye un decreto que prohibe las órdenes á los que tienen ciertos achaques ó deformidades físicas. Estaba fundada esta medida en la necesidad de hacer respetar el ministerio sacerdotal, sustrayéndole á la nota ó risa pública aunque infundadas. San Ambrosio, cuya caridad no cedia sino en presencia de un deber de justicia, separó rigurosamente de los santos órdenes á un clérigo que tenia un hombro mas salido que el otro. — El sacerdocio católico no ha de ser tratado menos honrosamente que el de la ley antigua, la cual multiplicaba precauciones en la eleccion de sus ministros. — Otro reglamento proveyó á la reforma de un abuso que se introducia en las iglesias. Clérigos ó monjes forasteros eran ordenados sacerdotes en las iglesias donde se hallaban, sin consentimiento previo de su obispo. San Anastasio prohibió ordenar en lo sucesivo sin previa carta firmada del obispo de los ordenandos, autorizando la ordenacion, como siendo el solo que tenia jurisdiccion sobre ellos. Tal es el verdadero orígen de las *dimisorias*. En fin, san Anastasio mandó que los presbíteros estuviesen de pié durante la lectura del Evangelio para honrar con esta actitud respetuosa la buena nueva que nos trajo la salvacion al mundo. Este uso ha venido á ser general en la Iglesia.

El corto pontificado de san Anastasio I continuó los trabajos comenzados por san Siricio para el establecimiento de una disciplina regular y uniforme en todas las iglesias del mundo. El quinto concilio de Cartago (400) acababa de pacificar el África, y combatia los errores de los Maniqueos y Donatistas,

que aun subsistian arraigados allí. El primer concilio de Toledo (400), al que asistieron obispos de todas las provincias de España, reconocia y profesaba solemnemente la fe de Nicea: y arreglaba cuanto concernia á la vida de los eclesiásticos, al matrimonio, cuya unidad é indisolubilidad proclamaba altamente, aunque no reconocidas por la ley romana. En virtud del principio sentado por san Siricio, el concilio de Toledo da al obispo de Roma *solo* el nombre de *Papa*, como título distintivo. Es el primer monumento de la historia eclesiástica que nos ofrece esta particularidad.

19. Dos hechos de muy diversa naturaleza preocupaban entoncès al Oriente. El uno, del dominio de la política, no pertenece á la historia de la Iglesia, sino por la intervencion forzosa de san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla; y es la desgracia de Eutropio. El otro, la famosa contienda sobrevenida entre dos amigos de veinte años, ilustres ámbos por su santidad, trabajos científicos y sabiduría: san Jerónimo y el sacerdote Rufino. Vamos á analizar ambos incidentes, que preocuparon al mundo cristiano durante todo el pontificado de san Anastasio. El eunuco Eutropio, ufano y altanero por el favor con que le distinguió Arcadio, arruinaba las provincias, vendia los cargos públicos y malbarataba el erario para satisfacer á su lujo. Se habia hecho erigir estatuas con el fastuoso título de *padre de la patria*, *tercer fundador de Constantinopla*, *guerrero invencible*, etc., etc. Llegó á tanto su atrevimiento, que se resistió públicamente á cumplir una órden imperial de la misma emperatriz Eudoxia. Este exceso colmó la medida de sus atentados. El emperador Arcadio, cansado de esta tiranía subalterna, dió órden de prender á Eutropio. Este ministro, cuya simple mirada ansiaban y se disputaban la víspera todos, no encontraba ya uno solo que le abriese su puerta ó su corazon. Consternado, temeroso, aturdido de un golpe tan inesperado, y viéndose sin el menor arrimo, se refugia á la iglesia y se pone bajo la proteccion de san Juan Crisóstomo. Sin embargo los soldados, largo tiempo habia humillados bajo el vergonzoso yugo del insolente eunuco, querian satisfacer

sobre su persona su odio implacable : rodean pues la iglesia y piden su víctima. El santo patriarca se opone á su violencia : se le arresta á él mismo y se le lleva al palacio como rebelde. San Crisóstomo se presenta al emperador y alcanza la gracia de Eutropio. Mas ni el pueblo ni los soldados ratifican este acto de clemencia; no es pues escuchada la voz del emperador, y se pasa la noche en medio de un vocerío sanguinario del pueblo y soldados. En el siguiente dia, san Juan Crisóstomo vió que no le quedaba otro recurso para salvarle que el poder de la palabra evangélica, cuyos triunfos sabia por experiencia. Aparece pues en su cátedra episcopal en medio de numerosísimo pueblo que acudió á oirle. Todas las miradas se fijaban en Eutropio, en aquel altivo ministro, ídolo de la corte y terror del imperio en la antevíspera, ahora abandonado, pálido, trémulo, asido fuertemente á uno de los pilares de la basílica, refugiado en una iglesia que menospreciaba en tiempo de su poderío. El orador sagrado hace sobresalir este contraste con elocuencia maestra; logra calmar la popular borrasca con su voz misericordiosa, y muy pronto un sollozo universal de compasion se sucede á los transportes de la cólera. Eutropio estaba ya salvo (399). — En tanto que Constantinopla asistia á este espectáculo de las humanas vicisitudes, la Palestina resonaba con la division tan súbita como inesperada sobrevenida entre san Jerónimo y el sacerdote Rufino. Rufino, nacido en el Friul, monje desde luego en Aquileya, luego presbítero, habia venido á fijarse en Belen con santa Melania, que vivia bajo su direccion. Estrechamente enlazado con san Jerónimo, dividió con él sus trabajos, sus estudios, sus ejercicios ascéticos. Esta union duró veinte años, admirada por el universo entero, y en extremo fecunda para la Iglesia y las ciencias. Sin embargo no resistió dicha union á una circunstancia insignificante que metió la zizaña en estas dos almas de superior ingenio y santidad. Algunos *Antropomorfitas*, herejes que atribuian á Dios figura humana, acusaron á san Jerónimo y á Rufino de propagar los errores de Orígenes. Rufino desdeñó responder; san Jerónimo, al contrario, se creyó obligado á justificarse. Esta diversidad

de conducta dió principio á la contienda. Una traduccion del Περι ἀρχων ó libro de los *Principios* de Orígenes, emprendida por Rufino, la agrió. San Jerónimo escribió contra su amigo con alguna aspereza; Rufino le contestó en el mismo tono. Fué presentado á Roma este debate (400). San Anastasio I condenó la traduccion del libro de Orígenes, respetando empero las buenas y sanas intenciones del traductor, que pudieron no ser de modo alguno reprensibles. San Epifanio de Salamina, llegado á la Palestina poco tiempo habia, se declaró tambien á favor de san Jerónimo contra Rufino, y predicó públicamente para refutar el origenismo. Informado san Agustin de este disentimiento por el mismo san Jerónimo, le respondió : « ¡Qué dolor ver dos personas antes tan unidas, y cuya amistad » santa y útil edificaba en todas las iglesias donde era cono- » cida, venir á parar á este punto de acrimonia! ¿Dónde habrá » ya corazones que osen abrirse uno á otro? ¿Dónde habrá un » amigo en cuyo seno explayar sus mas secretos pensamientos, y » que no pueda ser sospechoso de volverse enemigo en lo veni- » dero, pues que vemos y lloramos esta desgracia, acaecida á » Jerónimo y á Rufino? » Estas sentimentales palabras ¿hicieron mella ó no en el ánimo de san Jerónimo? Es muy probable, porque desde esta misma época cesó toda polémica contra Rufino; y por la mediacion de santa Melania se reconciliaron públicamente ambos antiguos amigos. Rufino continuó sus trabajos : la *Traduccion de la historia eclesiástica de Eusebio,* una *Explicacion del Símbolo,* y gran número de *Vidas de los Padres* llenaron el resto de su vida hasta su muerte, acaecida en 410.

20. Habia muerto san Martin de Tours en el segundo año del pontificado de san Anastasio (399), á la edad de mas de ochenta años. Conmovido de las lágrimas de sus discípulos que, moribundo, le asistian : « Señor, decia, si aun soy nece- » sario á mi pueblo, no rehuso el trabajo; mas hágase vuestra » voluntad. » Algunos momentos mas tarde añadió : « Her- » manos, dejadme en postura que pueda mirar al cielo, para » que mi alma vaya ya tomando su vuelo hácia Dios. » Se

mandó tender sobre un cilicio cubierto de ceniza, para acabar con un acto de humildad y de mortificacion una vida de austeridades y abnegaciones. Cuando espiró, su rostro pareció radioso de celestial júbilo. Fué depositado su santo cuerpo en su ciudad episcopal, en el sitio donde se fundaron despues la iglesia y el ilustre monasterio se San Martin de Tours, peregrinacion muy frecuente en los primeros tiempos de la monarquía francesa. Tuvo por sucesor an Bricio, uno de sus discípulos.

Hácia el año 401, recibió el papa san Anastasio una diputacion de los obispos del África, que le suplicaban conservar en el clero á los Donatistas convertidos. Un concilio, reunido en Cartago el 16 de junio de 401, se habia pronunciado en este sentido, por la penuria de clérigos, y con el objeto de facilitar así la vuelta y conversion de los Donatistas á la fe católica. El papa acogió favorablemente su peticion. — Un acontecimiento mas grave iba á llamar su solicitud apostólica sobre el estado de la iglesia de Constantinopla y la persecucion que la emperatriz Eudoxia comenzaba á mover contra san Juan Crisóstomo; pero la muerte se llevó á este santo papa en medio de sus trabajos, el 27 de abril de 402. Solo habia durado tres años su pontificado, y en tan corto espacio mereció este elogio del gran papa Inocencia I: « Anastasio, dice, gobernó la Iglesia » con la pureza de una vida ejemplar, con abundancia de una » doctrina irreprensible, y con la justa y prudente firmeza » de la autoridad eclesiástica. »

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de san Inocencio I (abril de 402-marzo de 417).

1. Cartas de san Inocencio I á varios obispos de Francia, España y África. — 2. Primer destierro de san Juan Crisóstomo. — 3. Segundo destierro y muerte de san Juan Crisóstomo. — 4. Invasion de Roma por Alarico. — 5. *Ciudad de Dios* por san Agustin. Pelagianismo. — 6. Muerte del papa san Inocencio I.

§ II. Pontificado de san Zósimo (agosto de 417-diciembre de 418).

7. Trabajos y muerte de san Zósimo.

§ III. Pontificado de san Bonifacio (30 de diciembre de 418-25 de octubre de 422).

8. Eleccion de san Bonifacio I. Antipapa Eulalio. Cuestion del derecho de apelacion á la Santa Sede, movida por los obispos de África. — 9. Pretensiones de Ático, obispo de Constantinopla, á la jurisdiccion sobre todas las Iglesias del Asia. — 10. Muerte de san Jerónimo y de san Bonifacio I.

§ IV. Pontificado de san Celestino I (3 de noviembre de 422-6 de abril de 432).

11. Semi-pelagianismo. — 12 Casiano. San Simeon Estilita. Invasion de Genserico en África. Muerte de san Agustin. — 13. Los Francos en las Galias. San Lupo de Troyes, san Euquerio de Leon de Francia, san German de Auxerre, etc. — 14. Nestorio. Concilio de Éfeso, tercero general. Muerte de san Celestino I.

§ V. Pontificado de san Sixto III (26 de abril de 432-28 de marzo de 439).

15. Eleccion de san Sixto III. — 16. Prudencio. Sedulio. Predestinacianismo. San Próspero. — 17. Código Teodosiano. Invasion de los Bárbaros en diversas provincias del imperio. Muerte de san Sixto III.

§ I. PONTIFICADO DE SAN INOCENCIO I (abril de 402-marzo de 417).

1. Ábrese el quinto siglo con el pontificado de san Inocencio I, elevado en 402 á la cátedra de san Pedro. Era ya llegada la época de la decadencia del imperio romano en Occidente. Por maravilloso designio de la Providencia, que vela por los destinos de la Iglesia, todo estaba preparado para que en esta ruina del mundo viejo, quedase solo de pié la potencia de los papas y de los obispos. Los Bárbaros, que van á llamar por

todos lados á las puertas del imperio romano, encontrarán do quiera la religion de Jesucristo como una fuerza moral mas elevada, imponente y soberana que la de las armas. La autoridad del pontífice de Roma se establecerá en el momento de la decadencia de los Césares; vencedores y vencidos se arrodillarán ante la cruz dominante, y bajo la mano del vicario de Dios en la tierra. Inocencio I, que debia de ver la primera invasion de Roma por los Godos, hallaba, al subir al trono pontifical, el imperio romano en manos de dos príncipes igualmente incapaces de reinar y que se dejaban dominar por sus ministros. Honorio, en Occidente, habia puesto toda su autoridad en manos de un Vándalo su favorito, llamado Stilicon, con cuya hija se habia casado. Arcadio, en Oriente, se dejaba dominar por sus eunucos, y por los caprichos de su esposa la emperatriz Eudoxia. Era pues muy lamentable la situacion política del imperio; pero la Iglesia parecia ganar en fuerza, union y concordia lo que el imperio perdia en grandeza. Inocencio I estaba dotado en su gobierno de singular prudencia, y de tantas luces, que san Agustin elogiaba en extremo su acierto y profundidad. Nada cambió en lo personal de la administracion anterior. « Los recien venidos, decia, echan á per- » der los negocios antes de entenderlos. » Sus cartas decretales llegaban á las extremidades del mundo para confirmar las reglas de la sana disciplina. En una dirigida á san Victricio, obispo de Ruan, en 404, el papa menciona los cánones relativos á la ordenacion de los obispos y presbíteros, á la jurisdiccion eclesiástica, á quien sola compete el conocimiento de las causas espirituales. Otra dirigida á san Exuperio de Tolosa, en el 405, resuelve muchos casos particulares propuestos por este obispo á la decision de la Santa Sede. Las leyes sobre el celibato de los clérigos, la indisolubilidad del matrimonio, las reglas de la penitencia se hallan expuestas en esta decretal conforme á la constante é invariable tradicion de la Iglesia. — El África, siempre asolada por las violencias de los Donatistas, invocaba el socorro del Pontífice romano. Se habian celebrado ya tres concilios en Cartago, para poner en

planta los convenientes medios de pacificacion (402, 403, 404). Se habian propuesto á los obispos donatistas conferencias públicas en cada ciudad; mas estos se negaron á ello. El tercer concilio resolvió entonces enviar obispos en calidad de diputados á Honorio, suplicando al emperador aplicase á los Donatistas las leyes dadas por Teodosio el Grande contra los herejes. Fué remitida una carta al papa san Inocencio recomendándole esta embajada. Otorgó el emperador la peticion; pero en su respuesta á los Padres del concilio, san Inocencio les recuerda las reglas canónicas acerca de la obligacion de la residencia episcopal, y les recomienda que cuiden no se ausenten los obispos de sus diócesis sino por graves motivos. — Hácia el mismo tiempo, la intervencion del papa san Inocencio ahogó en su nacimiento un cisma pronto á estallar en la Iglesia de España. El concilio de Toledo habia admitido á la comunion á Simfosio, Dictino y algunos otros obispos de Galicia, que habian abjurado la herejía de los Priscilianistas: los prelados habian sido mantenidos en su jurisdiccion y dignidades. Los obispos de la Bética y de la provincia cartaginense hallaron esta sentencia sobrado indulgente, y se rehusaron á comunicar con los que la seguian. El negocio fué deferido al papa san Inocencio, que confirmó la decision del concilio de Toledo, y mandó á los obispos de España comunicasen con todos los rehabilitados por el concilio.

2. Mas lo que preocupaba sobre todo al santo Padre era la situacion religiosa del Oriente. Su mas elocuente y celoso obispo, san Juan Crisóstomo, se veia acusado, condenado, perseguido y desterrado por sus cólegas en el obispado, y no hallaba apoyo sino en el sucesor de san Pedro. El celo y ardor con que el patriarca de Constantinopla proseguia en su provincia la reforma del clero y represion de todos los abusos, le habia acarreado gran número de enemigos. En un concilio celebrado en Éfeso, hizo deponer seis obispos simoníacos, convencidos de haber sobornado, ó comprado la ordenacion de su metropolitano á precio de dinero (403). Depuso tambien al obispo de Nicomedia, Geroncio, que se habia hecho ordenar

por Heladio, obispo de Cesarea en Capadocia, en recompensa de un empleo que habia logrado para un pariente de este metropolitano. Aun le suscitó mas disgustos un asunto mas grave todavía, en el que san Crisóstomo intervino con su rectitud acostumbrada. Teófilo, patriarca de Alejandría, disgustodo hasta enfurecerse contra los monjes de Sceta, porque habian dado asilo á un sacerdote que él habia echado de su iglesia, reunió un concilio, en el cual sin llamarlos les hizo condenar so pretexto de origenismo. Obcecado de cólera, él mismo se puso al frente de una compañía ó dos de soldados, que invadieron los monasterios, entregando á las llamas el texto de las Escrituras y los sagrados misterios, pasando á cuchillo piadosos é inofensos solitarios (401). Arrojados de sus santos asilos, los monjes se fueron desde luego á Jerusalen, de donde logró echarlos el crédito de Teófilo. El patriarca de Alejandría habia sabido buscarles enemigos por todas partes. San Epifanio, engañado por falsas relaciones, habia convocado en Salamina un concilio de toda la isla de Chipre, donde habia renovado la condenacion del origenismo. El santo estaba en la conviccion de que los monjes de Egipto eran fogosos sectarios de esta herejía. Como acababan de llegar á Constantinopla para ponerse bajo la proteccion de san Juan Crisóstomo, san Epifanio les siguió hasta allí mismo, y se negó á comunicar con el santo patriarca, á quien creia fautor de herejes. San Juan Crisóstomo le envió sacerdotes á san Epifanio ofreciéndole la hospitalidad en su propio palacio: san Epifanio no la admitió, y aun ordenó de su propia autoridad á un diácono sin pedir la autorizacion y licencia de su metropolitano. Sin embargo, los monjes egipcios habian hallado en san Juan Crisóstomo un apoyo: se presentaron pues á san Epifanio y le dijeron: « Nosotros somos esos monjes de » Egipto que vos perseguís: quisiéramos saber si habeis visto » nuestros escritos y tratado con nuestros discípulos. » San Epifanio les respondió que jamás se le habia ofrecido ocasion de ello. « ¿Cómo podeis, pues, condenarnos sin conocernos? » El santo quedó vivísimamente impresionado de esta sencilla

consideracion, y los acogió con benevolencia. Esta entrevista determinó sin duda su precipitada salida de Constantinopla. No se reconcilió con san Juan Crisóstomo, á lo que parece, sin que se sepa porqué. Murió en la travesía de su regreso en 403, y la isla de Chipre, que lo veneraba como á un padre, recibió sus restos mortales como piadosas reliquias. La contienda entre él y el ilustre prelado de Constantinopla, sostenida de buena fe por ambas partes, no ha impedido el que los papas hayan puesto á Epifanio en el catálogo de los santos. La Iglesia griega le cuenta entre sus doctores; mereció este doble título por la santidad de su vida, el fuego sagrado de su celo, y las obras sabias que compuso en defensa de la verdad. Tambien habia venido á Constantinopla Teófilo de Alejandría, prosiguiendo contra estos monjes su sistema de destruccion. Formó pues en Constantinopla mismo un partido poderoso, compuesto todo de los enemigos de san Crisóstomo. Un discurso de este contra el lujo y desenfreno de las mujeres fué representado á la emperatriz Eudoxia como una alusion personal contra ella y contra las damas de la corte. La vanidad herida no perdona jamás. La emperatriz, de acuerdo y concierto con Teófilo, impelió al emperador á las mas inicuas medidas. Un conciliábulo reunido en un caserío llamado *ad Quercum*, cerca de Calcedonia, depuso á san Juan Crisóstomo (403). La sola acusacion canónica que habia podido presentarse con alguna apariencia en contra de él, era la de hacer tomar á los fieles, un poco despues de la comunion, algo de agua para no exponerlos á que con la saliva escupiesen alguna partícula de las especies sacramentales. Pero se insistió mucho mas sobre una comparacion atribuida á san Crisóstomo, y en la cual veian los obispos cortesanos un crímen de lesa majestad. Hablando de la emperatriz san Juan Crisóstomo, habia hecho cierta alusion comparativa á la reina Jezabel. Una órden de destierro se expidió inmediatamente despues de la condenacion del conciliábulo *ad Quercum*. San Juan Crisóstomo fué súbitamente arrestado y conducido en la misma noche á un bajel, que le transportó hacia las costas de Asia, y le.

desembarcó cerca de la ciudad de Preneste en Bitinia. Este destierro solo duró un dia: porque el pueblo, al saber al dia siguiente el confinamiento de su santo obispo, llenó las iglesias y las plazas públicas de gemidos y voces. En la noche siguiente sobrevino un terremoto que conmovió la ciudad y sus arrabales. Eudoxia, atemorizada, vió en este prodigio un castigo del cielo. Desde el amanecer infinidad de embarcaciones cubrian el Bósforo, para visitar la costa y volver á traer al santo patriarca, cuya guarida no era conocida. Se le descubrió en fin; un oficial de la emperatriz le entregó una carta de esta princesa diciéndole : « Viva persuadido Vuestra Santidad que » se ha obrado sin mi anuencia ni conocimiento. Estoy ino- » cente de este acto de injusticia. La trama es obra de hom- » bres malos y perversos. Dios es testigo de las lágrimas que » le ofrezco en sacrificio. Yo tengo muy grabado en el corazon » que mis hijos han recibido el bautismo de vuestras manos. » Al entrar por la noche en su ciudad episcopal, san Juan Crisóstomo halló á todo el pueblo, que le salió al encuentro, llevando antorchas en señal de regocijo. Llegado á la iglesia de los Apóstoles, acompañado de mas de treinta obispos, y de las aclamaciones entusiastas de la muchedumbre, Crisóstomo subió al púlpito; pero su elocuencia misma le perjudicó como orador, porque los oyentes no pudiendo contenerse, prorumpieron en aplausos con tanta fuerza y persistencia, que no pudo acabar su discurso (403). Todos los enemigos del santo patriarca quedaron reducidos á silencio con tan imponente manifestacion. Hasta el mismo Teófilo de Alejandría cesó de perseguir á los monjes de la Tebáida. A puro condenar las doctrinas de Orígenes (que solo sabia de rumor), quiso conocer sus libros. Este estudio le convirtió á la mas síncera admiracion por doctor tan grande; y cuando se le preguntaba despues cómo habia pasado así de la persecucion al entusiasmo, respondia : « Sus obras semejan á una pradería sem- » brada de flores; yo cojo estas sin detenerme á las espinas. »

3. Restablecida la calma en Constantinopla de tan inesperada manera, solo duró dos meses la tranquilidad. Un inci-

dente despertó en el ánimo de Eudoxia su odio mal comprimido. Con motivo de una estatua de plata erigida á la emperatriz en una plaza pública en frente de Santa Sofía, se habian dispuesto danzas y espectáculos que perturbaban el recogimiento y la celebracion de los oficios divinos. El patriarca se quejó de este abuso con libertad apostólica. Tal fué la señal de una nueva persecucion. Eudoxia se creyó ofendida; volvió á anudar el hilo de sus anteriores intrigas con los enemigos del santo orador. « Herodías está furiosa, exclamaba cierto dia » san Juan Crisóstomo; aun danza y pide de nuevo la cabeza » de Juan! » Pero por esta vez la logró. Un conciliábulo formado de enemigos personales del Crisóstomo le condenó y depuso sin oirle. Arcadio le intimó órden de dejar su iglesia: « La he recibido de Dios, respondió el patriarca, y no la aban» donaré si no me arrancan de ella vuestros soldados. » A los pocos momentos se vió cercada la basílica é invadida por batallones de Tracios. Se celebraban entonces las fiestas de Pascua, en 404, y segun la costumbre de aquella época san Juan Crisóstomo conferia el bautismo solemne. Hombres y mujeres son echados fuera á sablazos, los clérigos y sacerdotes fieles son encarcelados, y, lo mas sensible, profanados el cuerpo y sangre de Cristo. San Crisóstomo se retiró á su palacio episcopal, rodeado y guardado por todo el puelo armado. El emperador no se atrevió á atacarle; pero en fin, el 10 de junio de 404 envió á Patricio, su secretario de órdenes, para decir al patriarca que si no consentia en retirarse voluntariamente, los soldados iban á batirse contra el pueblo. San Juan Crisóstomo, volviéndose hácia algunos obispos que le acompañaban: « Venid, les dijo; hagamos oracion juntos, y despidámonos » del ángel de esa iglesia. » Despues de una fervorosa oracion, dió á los obispos el ósculo de paz, arrasadas sus mejillas en lágrimas. Ocultándose entonces de su pueblo amado, se salió de la iglesia por una puerta excusada, y subió á una embarcacion que por de pronto le condujo á Nicea. Una órden imperial del 5 de julio de 404 le mandó transportar á Cucusa, ciudad desierta, en las gargantas del monte Tauro. La salud del

patriarca estaba ya muy quebrantada con tantos sacudimientos, y por el cansancio de un viaje largo y penoso, verificado en estacion calurosísima, y con una calentura que le duró mas de treinta dias. Los cuidados y solicitud de Sabiniana, diaconisa de Constantinopla, que quiso seguir á su santo prelado, no pudieron restablecer su salud, que continuaba en estado alarmante. Pero aun no estaba contenta Eudoxia; y volvió su furia contra los clérigos que continuaban en comunion con su pastor legítimo. Eutropio, uno de ellos, murió en manos de los verdugos, que le desgarraron las costillas y el rostro con garfios de hierro. Fué puesto en lugar del inmortal Crisóstomo Arsacio, obispo intruso. En tan amargas y lamentables circunstancias, la desconsolada iglesia de Constantinopla se dirigió al soberano Pontífice, suplicándole la socorriese. San Inocencio escribió á san Juan Crisóstomo una carta de consuelo, que fué remitida al ilustre confinado en lo mas recóndito de las montañas de la Armenia. Otra fué dirigida al clero y pueblo de Constantinopla: « No estamos tan separados de vosotros, que » dejemos de tomar parte muy viva en vuestro sentimiento. » ¿Quién pudiera tolerar la conducta tan criminal é injusta de » parte de aquellos que debieran hacerlo todo por asegurar la » paz y tranquilidad en el seno de la Iglesia? Por una espan» tosa violacion de las leyes mas sagradas se arranca de manos » de obispos inocentes el gobierno de sus diócesis. El injusto » trato que se hace padecer á vuestro obispo Juan, con quien » estamos tan íntimamente unidos, es un atentado á todo de» recho sagrado y natural. Se ha osado darle sucesor contra » todas las reglas canónicas; pero tal eleccion es nula, es sa» crílega. » No contento con dar este testimonio de interés á una iglesia desconsolada, el papa instó mucho al emperador Honorio para que escribiera á su hermano Arcadio en favor de san Juan Crisóstomo. Fueron enviados varios obispos en diputacion para llevar la carta de Honorio; pero Eudoxia les hizo detenerse en el viaje, y no se les permitió regresar á sus diócesis sino despues de haberles hecho experimentar tormentos y cautiverio de mucha duracion. Juan Crisóstomo, infor-

mado en su destierro de los esfuerzos que el papa hacia en su favor, le escribió muchas cartas de agradecimiento. « Vos » sois quien lleva el peso del mundo entero; vos teneis que » combatir á la vez por las iglesias afligidas, por los pueblos » dispersos, por los sacerdotes rodeados de enemigos, por los » obispos en destierro ó en fuga, y por las constituciones de » nuestros padres sacrílegamente profanadas (406). » A pesar de estar desterrado bastante lejos, aun no se creian seguros sus enemigos, y lograron de Arcadio que lo enviara á Pitionta, paraje desierto del país de los Tzanes, en las orillas del Ponto Euxino. Este nuevo viaje duró nada menos que tres meses, sin que durante este tiempo tuviese el santo patriarca un instante de descanso, á pesar de su muy quebrantada salud. Sin embargo, no pudo llegar al término de su destierro: porque se encontró tan malo en Comana, que los soldados que le acompañaban no osaron llegar mas lejos: se le puso en una iglesia dedicada á san Basilisco. Mandó se le revistiese de sus vestiduras pontificales blancas, en señal de libertad, distribuyó entre los asistentes lo poco que le quedaba, recibió la Eucaristía y murió pronunciando estas palabras de accion de gracias: « ¡ Sea » Dios bendito por todo! (407) » Así se apagó en tierra extraña, lejos de su amada grey, aquella lumbrera de Oriente, aquella voz elocuente, que ya en su vida misma mereció el dictado de *Boca de oro*. Muchos papas le han llamado el *Agustin de la Iglesia griega*. Los literatos, admirados de su brillante elocuencia, que semejaba á la vez á la energía de Demóstenes y á la elocuencia mesurada de Ciceron, han dicho de él que era el *Homero* de los oradores cristianos. Tenemos de este santo Padre muchos tratados dogmáticos, comentarios de diferentes partes de la Biblia, cartas, epístolas, y numerosas homilías, discursos y panegíricos de santos. Las obras mas universalmente leidas son los *Tratados del sacerdocio, de la Providencia, de la Virginidad*. Despues de su muerte, el papa quiso consagrar su memoria, y se negó á comunicar con los obispos de Oriente hasta que no la hubiesen rehabilitado solemnemente, volviendo á llamar á todos los que habian sido desterrados por su causa,

Poco sobrevivió la persecucion á su muerte; porque Arcadio, hombre muy débil, que solo tuvo de soberano el nombre, murió en el año siguiente (408), dejando el trono de Oriente á su hijo Teodosio el Jóven, que aun era niño. La emperatriz Eudoxia, su madre, habia muerto dos años antes: la pérdida de su madre, irreparable desgracia para tantos otros hijos, era para el jóven Teodosio una bendicion particular de la Providencia. Sus primeros años fueron confiados á la ternura y alta discrecion de Pulqueria; y Anthemio, prefecto del pretorio, tuvo la tutela del imperio. Teodosio el Jóven, de un carácter afable, humano y compasivo, hubiera sido un perfecto príncipe en otros tiempos; pero en una época en que los Bárbaros cercaban al imperio con las armas en la mano, era necesario además un fuerte guerrero para contenerlos. Los Hunos y los Esquirros, aprovechándose de la debilidad del gobierno de Constantinopla, invadieron la Tracia.

4. Estas invasiones parciales del Oriente apenas merecen notarse, en presencia del diluvio de Bárbaros que inundaba á la sazon al Occidente. Desde el año 405, una rama desprendida de la gran nacion de los Godos, en número de doscientos mil hombres, habia pasado los Alpes al mando de Radagusa. Estilicon, ministro de Honorio, ayudado de un ejército de Hunos, derrotó este formidable ejército en las montañas de la alta Italia, y Roma debió su salvacion en esta coyuntura á los mismos Bárbaros. El peligro no habia pasado un poco de tiempo sino para renacer aun mas terrible. En 407, una nube de Vándalos, de Suevos, de Alanos, de Alemanes y de Borgoñones se derramó por todas las Galias. Maguncia fué tomada de asalto y saqueada: fueron degollados muchos miles de cristianos, con Aureo, su obispo. Wormes, Espira y Estrasburgo fueron presa de las llamas. Tornay, Teruana, Arras y San Quintin no pudieron detener el torrente. Los Bárbaros, mitad idólatras y mitad Arrianos, hicieron en toda la Galia muchedumbre de mártires. San Nicasio, obispo de Reims, san Didier, obispo de Langres, furon decapitados; en Besanzon fué martirizado cruelmente su obispo Antidio. Marsella fué destruida; Tolosa,

inútilmente sitiada por los Bárbaros, debió su salvacion á las oraciones de san Exuperio. Estos horribles destrozos duraron tres años enteros. Estilicon nada hizo por impedirlos, y aun se le acusaba que, siendo suegro de Honorio, queria despojar del imperio á su yerno y elevar á la púrpura á su propio hijo Euquerio. Mantenia entonces relaciones consecutivas con Alarico, rey de los Visigodos. — Alarico era uno de esos destructores de naciones, llamados por la Providencia á partirse los despojos del imperio romano. Desde las orillas del Danubio, donde nació, le impelia cierta fuerza desconocida á la destruccion de cuanto encontrase. « Una voz interior, decia Alarico, me grita » sin cesar : Marcha, y va á saquear á Roma ! » Sin embargo dos victorias ganadas por Estilicon (años 402, 403) contra los Visigodos de Alarico, habian retrasado á este en sus proyectos. En 408 Alarico volvió á presentarse en las fronteras de Italia. ¿Eran caso por la salvacion de Roma, ó bien eran por motivo de ambicion personal la correspondencia y las negociaciones que entabló con él Estilicon? La historia no lo sabe. Honorio se inclinó á lo último, pues que mandó decapitar á Estilicon en 408, despues de haberlo declarado enemigo de la patria. Alarico, á quien ninguna otra consideracion detuvo ya, vino á poner sitio á Roma : habia pasado el Tíber, de cuyas ambas orillas se hizo dueño, y cortó todas las comunicaciones con lo exterior. El hambre y la peste asolaron muy pronto la ciudad. El rey de los Visigodos consintió sin embargo en alejarse y retirarse por medio de una gran suma de dinero. Honorio, encerrado en Ravena, no pudiendo cumplir las condiciones del tratado, Alarico le opuso un rival al imperio en la persona de Atalo, prefecto de Roma, el año 409. El año 410 era el señalado para la toma de la ciudad imperial : y el 24 de agosto entraba en ella Alarico con sus Visigodos. Permitió á sus tropas el saqueo; pero la majestad de la religion cristiana principiaba á dominar ya en las costumbres bárbaras. Las basílicas de San Pedro y de San Pablo fueron señaladas por el vencedor mismo como lugares de refugio : todos los vasos sagrados de la iglesia de san Pedro, presentados á Alarico, fueron devueltos á los sa-

cerdotes como objetos sagrados, y aun se vieron soldados que conducian á las vírgenes consagradas á los lugares destinados para librarlas de los ultrajes. El papa san Inocencio no abandonó un momento á Roma en medio de tamaños desastres; y su presencia no fué ni indiferente ni extraña á los testimonios de respeto que tributó Alarico al cristianismo. Ya en 408, el papa le habia sido diputado llevándole las proposiciones de Honorio, y habia sido acogido muy honrosamente por el Bárbaro. Los pueblos se acostumbraban á ver la majestad del soberano Pontífice dominando al tumulto de las armas, y cómo la Iglesia salia triunfante de esta primera invasion, que debia irse continuando hasta Odoacro, rey de los Hérulos.

5. Sin embargo, no podia desplomarse el imperio romano sin que agitase al mundo entero el estruendo de su caida. Los paganos atribuian estos reveses inauditos á la cólera de los dioses, y hacian á la religion de Jesucristo responsable de las humillaciones del Capitolio. Los doctores cristianos se encargaron de responder á estas amargas quejas. En tanto que san Jerónimo, nuevo Jeremías llorando sobre las ruinas de Roma, probaba en sus escritos que la decadencia del imperio se debia á la corrupcion de las costumbres paganas [que se habian inoculado en la sociedad cristiana], y á la avilantez del carácter y del valor dimanada de siglos enteros de goces sensuales y de un lujo desenfrenado, Paulo Orosio, sacerdote de Tarragona en España, escribia á peticion de san Agustin su *Compendio de Historia universal,* en el cual por los hechos históricos prueba el mismo raciocinio de san Jerónimo. San Agustin por otra parte componia su obra inmortal de la *Ciudad de Dios,* en la cual, por medio de un paralelo que abraza toda la serie de la historia, muestra el reino de la verdad estableciéndose sobre las ruinas de los imperios, y explana el plan providencial en la institucion de la Iglesia y su desarrollo al través de los siglos. Esta obra inmensa, que sola bastaria á ocupar una vida entera, solo era un incidente en la de san Agustin. La controversia con los Donatistas le hallaba siempre en la brecha, cual infatigable luchador. Se verificó en Cartago, en 411,

una conferencia con los principales de entre ellos en presencia del tribuno Marcelino, encargado de presidirla por el emperador Honorio. San Agustin llevaba la palabra en nombre de todos los obispos católicos. La conferencia duró tres dias. El elocuente orador prueba con evidencia que nunca puede haber causa legítima de separarse de la Iglesia; que la verdadera Iglesia no puede circunscribirse á un rincon del África, y que los Donatistas, por solo el hecho de su nombre, por el hecho además de romper con todo el resto del mundo católico, se hallan condenados *à priori*. Muy profunda impresion hizo su discurso; pero lo que confirmó, mas que toda elocuencia humana, la palabra del santo doctor, fué el inaudito ejemplo de desinterés dado en esta coyuntura por los obispos católicos. A su persuasion, aquellos doscientos ochenta y seis prelados propusieron á los obispos donatistas de cederles á estos sus sillas si consentian en volver á entrar en la comunion de la Iglesia. Tanta abnegacion, puesta en paralelo con tan obstinada porfía de los obispos donatistas, atrajo á la verdadera Iglesia número prodigioso de herejes. De esta fecha, aquel cisma obstinado que asolaba al África desde el tiempo de Ceciliano, iba á ahogarse en el menosprecio público. Los restos de este partido osaron apelar al emperador de la decision de Marcelino. Honorio no respondió á esta reclamacion sino con una órden formal y severa mandada al gobernador de Cartago, de tratar á los Donatistas como á rebeldes declarados del imperio. — Apenas se apagó este cisma cuando vino á plantarse en el suelo mismo de África una nueva herejía, traida por dos extranjeros, Pelagio y Celestio, naturales de la Gran Bretaña. Se trataba ahora del dogma fundamental de la *gracia,* base de la generacion espiritual del hombre. Esta doctrina, tan ardua como importante, encontró en Pelagio un adversario temible y en san Agustin un defensor intrépido. En nuestros tiempos, el jansenismo habiendo llamado la atencion acerca de estas materias, se ha podido comprender cuán difícil seria entonces tratarlas con exactitud, rigor é integridad teológica. Pelagio, que dió su nombre al nuevo error, dejó el año 405 el monasterio

de Bangor, en el país de Gales, para irse á Roma. Ingenio sutil, seductor, hábil en el disimulo y en el arte de los equívocos, nutria de mucho tiempo el gérmen de su sistema sobre la omnipotencia de la voluntad humana. Comenzó á desarrollarlo ostensiblemente en un viaje que hizo á Cartago con Constancio, su discípulo y amigo. San Agustin habia escrito en el libro de sus *Confesiones,* principiado en 397 : *Domine, da nobis quod jubes et jube quod vis.* Pelagio se levantó en una asamblea de obispos contra esta proposicion. Era echar el guante al obispo de Hipona, que lo cogió para no volverlo á dejar. Cuanto mas debia á la gracia, tanto mas se creyó obligado á volverle. Persiguió veinte años el pelagianismo, y al morir pudo darse á sí mismo el testimonio de que la herejía, herida por tantas partes, no tardaria en seguirle al sepulcro. Los errores de Pelagio se refieren á tres puntos capitales : 1°. el pecado original ; 2°. el libre albedrío ; 3°. la necesidad y gratuidad de la gracia. — I. El error fundamental de Pelagio consistia en negar la transmision del pecado de Adan y Eva á su posteridad. En su sistema, el pecado de nuestros primeros padres solo les habia dañado á sí propios ; y si causaba perjuicio á sus descendientes, no era eso como una falta hereditaria, sino á lo mas como mal ejemplo ; por consiguiente, el bautismo no es dado á los niños para borrar una mancha original, sino para imprimirles el carácter, el sello de la adopcion. II. Acerca del libre albedrío Pelagio enseñaba : 1°. que está tan entero y fuerte en nosotros como en Adan antes de su pecado ; 2°. que las fuerzas del libre albedrío bastan al hombre, sin necesidad de ningun socorro sobrenatural, para cumplir todos los preceptos divinos, vencer todas las tentaciones, elevarse á la mas sublime perfeccion y lograr la vida eterna. 3°. En semejante sistema, la gracia quedaba de hecho aniquilada. Pero como hubiera sido imposible suprimir su nombre, Pelagio hacia consistir este don gratúito en el mismo libre albedrío que Dios nos otorga sin debérnoslo. San Agustin objetaba que Jesucristo habia venido á traernos una gracia mas abundante, sin que la suma del libre albedrío pareciese

mayor en la ley nueva que en la antigua. Pelagio respondió á este argumento que esta gracia del nuevo Testamento consistia en los buenos ejemplos del Redentor. San Agustin preguntaba entonces porqué estos buenos ejemplos obraban tan eficazmente en unos, cuando dejaban á otros indiferentes. Apurado Pelagio en sus últimos atrincheramientos, consintió en admitir una gracia interior de iluminacion en el entendimiento que hacia mas fácil la operacion de la voluntad. Esta gracia era útil, mas no era indispensable : no era ni preveniente, ni gratúita, y Dios no es libre de rehusarla á quien la merece por el buen uso de sus facultades naturales.

Estas nociones preliminares bastarán para comprender el sentido y tendencia del pelagianismo. La primera condenacion fué pronunciada contra los nuevos sectarios por un concilio celebrado en Cartàgo el año 412, al cual no pudo asistir san Agustin. El anatema fué lanzado contra Celestio solo, porque Pelagio no estaba ya entonces en África ; la habia dejado por recorrer las ciudades de la costa de Siria. Los errores de Celestio se hallaban reducidos á siete principales : 1°. Adan fué creado sujeto á la muerte ; 2°. su pecado ha sido personal, y no se ha comunicado á su raza ; 3°. los niños al nacer están en el mismo estado de inocencia en que se hallaba Adan antes de su pecado ó caida ; 4°. el pecado de Adan no es causa de la muerte de todo el género humano ; ni la resurreccion de Cristo es causa de la resurreccion de todos los hombres ; 5°. la ley de Moisés llevaba al cielo lo mismo que la de Jesucristo ; 6°. antes de la venida de Cristo habia ya hombres impecables ; 7°. los niños muertos sin bautismo tienen derecho á la bienaventuranza eterna. — Celestio despues de su condenacion apeló al soberano Pontifice, y sin proseguir su apelacion, partió para el Asia, donde continuaba dogmatizando. En el entretanto, Pelagio, delatado por los obispos de las Galias, y particularmente por Heros de Arles y Lázaro de Aix, como hereje, trataba de justificarse á los ojos de los obispos de la Palestina, en una conferencia pública habida en Jerusalen y en un concilio de catorce obispos celebrado en Diópolis. Orosio de España y

san Jerónimo eran sus principales adversarios. Los Padres de Diópolis, engañados por las falsas protestas de Pelagio, le habian absuelto del cargo de herejía sin aguardar la respuesta de Inocencio I, á quien se habia consultado despues de la conferencia de Jerusalen, para dar decision (415). San Agustin publicaba al mismo tiempo una serie de obras contra los principales errores del pelagianismo : *Tratado de la Naturaleza y de la Gracia; del Mérito y de la Remision de los pecados; de la Gracia del nuevo Testamento; de la Perfeccion de la justicia del hombre; del Libre albedrío.* — San Jerónimo le seguia en este camino, y escribia su *Diálogo entre un Católico y un Pelagiano.* La controversia se iba esclareciendo con las luces que se desprendian de la pluma y la voz de estos dos grandes hombres. Los concilios de Cartago y de Mileva (416) definieron, conforme á la fe católica, que el pecado de Adan ha pasado á sus descendientes, y que sin la gracia interior que nos inspira la buena voluntad, no podemos obrar ningun bien sobrenatural ó útil á la salvacion. Los Padres de este concilio escribieron al papa Inocencio I rogándole confirmase esta definicion con la autoridad de la Sede apostólica. El soberano Pontífice contestó á las cartas sinodales de los obispos de África : « Vos habeis observado cual cumple al obispado las » instituciones de nuestros padres. Estas dan por sentado en » efecto que nada puede arreglarse decisivamente en las co» marcas mas lejanas sin que se haya elevado al conocimiento » de la Sede apostólica. De esta fluyen, como de su manantial » primitivo, á todas las regiones del universo las aguas vivas y » puras de la verdad. » El papa confirma la decision de ambos concilios y condena solemnemente á Pelagio, á Celestio y á sus sectarios : los declara separados de la comunion de la Iglesia, á menos de renunciar y abjurar sus errores. Despues de este decreto del papa, san Agustin exclamó : « Habló Roma; con» cluyóse la causa. Quiera Dios que el error concluya tam» bien. »

6. Afligido del triste estado de la Iglesia, consiguiente al en que habia puesto la invasion de los Bárbaros las Galias, la Es-

paña y la Italia, Inocencio habia ensanchado el seno de su caridad al nivel de tanto asolamiento. Hacia colectas para socorrer en estas provincias los padecimientos y miserias que semejante trastorno habia multiplicado espantosamente. Alarico solo habia sobrevivido dos años á la toma de Roma, pêro los Visigodos le habian dado por sucesor á su cuñado Ataulfo. El papa hacia trabajar en la conversion de estos bárbaros, y poco á poco les acostumbraba á doblar su cerviz al dulce y amoroso yugo del Evangelio. Daba nuevo ardor á su celo y actividad el deseo de establecer en el seno de la Iglesia católica la unidad de disciplina. Tenemos de esto un documento precioso en una decretal dirigida á Decencio, obispo de Eugubio en la Umbría, que le habia consultado sobre diversos puntos de liturgia y de disciplina. « Si los obispos del Señor, dice, quisieran observar » en su integridad las instituciones eclesiásticas, tales como » nos han sido transmitidas por los bienaventurados Apósto- » les, no habria diversidad ni variedad en lo que toca á las » consagraciones y á la celebracion de los sacrosantos miste- » rios. » Otras varias cartas de san Inocencio, á varios obispos de Italia y Macedonia, contienen decisiones de este mismo género. Mas la muerte se llevó á este santo Pontífice en medio de sus trabajos el año 417. San Inocencio I es el primer papa que haya hecho un viaje fuera de Roma en servicio de los intereses generales de la Iglesia. En el año 400 se habia transportado á Ravena para empeñar al emperador Honorio á ejecutar con la mayor puntualidad lo convenido con Alarico. Si Honorio hubiera seguido [ó tal vez podido seguir] los consejos del papa, se habrian evitado los horrores de la invasion de Roma en 410.

§ II. PONTIFICADO DE SAN ZÓSIMO (17 de agosto de 417-26 de diciembre de 418).

7. Fué elegido sucesor de san Inocencio I san Zósimo en el 19 de agosto de 417. Su pontificado, que solo duró un año, quedó casi totalmente absorbido por la cuestion del pelagianismo, que no cesaba de propagar sus estragos bajo el manto

de sumision hipócrita á la autoridad de la Iglesia. Celestio vino á Roma en 417, protestando la pureza de sus intenciones, y declarando solemnemente que *condenaba todo lo que habia condenado san Inocencio;* por lo cual fué recibido por Zósimo en la comunion de la Iglesia. Pelagio escribió al papa en el mismo sentido, y el misericordioso Pontífice le dió tambien la absolucion de las censuras lanzadas contra él. Sin embargo, ambos sectarios no cesaban de propalar sus errores, con tanta mayor seguridad que decian hallarse en comunion con la Santa Sede romana. Los obispos del África se juntaron en concilio, en Cartago, en número de doscientos catorce, y expusieron al papa san Zósimo que á pesar de su aparente sumision, Pelagio y Celestio continuaban dogmatizando. El papa avocó de nuevo el asunto á su tribunal, y despues de madura deliberacion, confirmó la decision de los obispos de África, renovó la sentencia pronunciada por su antecesor, y declaró que si los dos heresiarcas consentian en abjurar sus errores, serian admitidos á la penitencia pública; si no, quedarian excomulgados. La epístola doctrinal del papa fué remitida á los obispos de Egipto y del Oriente, á los patriarcas de las grandes sillas : Antioqnía, Alejandría, Jerusalen y Constantinopla. En consecuecia de esta definicion, intervino un rescripto imperial de Honorio que condenaba á los dos herejes y sus sectarios á destierro (418). Al propio tiempo san Agustin hacia formular la fe católica en un nuevo concilio de Cartago el 1°. de mayo de 418. Todas las iglesias del mundo aceptaron la decision de la Santa Sede. Julian, obispo de Eclania en la Campania, fué el solo que se negó á suscribir á ella. Se agregó á algunos obispos pelagianos para componer una profesion de fe herética, y apelar del papa á un concilio general. San Zósimo condenó nominalmente á Julian y á sus cómplices. Fueron depuestos, y sus sillas conferidas á prelados católicos. — En medio de estas graves preocupaciones, san Zósimo tenia que arreglar cierto debate acerca de la jurisdiccion metropolitana de la segunda provincia Narbonense, reclamada á la vez por las iglesias de Viena y de Marsella, en perjuicio de la de Arles, que habia

disfrutado siempre de este privilegio. El papa confirmó los derechos de la última, « fundados, dice, en el apostolado de » san Trófimo, y declaró irregular todo cuanto se emprendiera » contra esta decision. » Escribió al pueblo y clero de Marsella informándoles que si su obispo persistia en usurpar, contra su metropolitano de Arles, un derecho canónicamente reconocido, se veria obligado á deponerlo y colocar en su lugar un pastor mas digno de estar á su frente (marzo de 418). Este acto de vigor apostólico del santo Pontífice era extensivo á todos los puntos de la disciplina eclesiástica. En la misma época dirigia á Hesiquio, obispo de Salona, metrópoli de la Dalmacia, una decretal en que se queja contra la ambicion de los simples legos y monjes, que querian pasar de un golpe á los eminentes grados del sacerdocio sin observar los intersticios fijados por los cánones. Una muerte precoz robó á la Iglesia uno de los papas mas vigilantes y celosos, en diciembre de 418.

§ III. PONTIFICADO DE SAN BONIFACIO I (30 de diciembre de 418-25 de octubre de 422).

8. La eleccion de san Bonifacio I ofrece por la primera vez el ejemplo de intervencion de una potencia secular en el nombramiento de un romano Pontífice. En tanto que el clero y el pueblo de Roma estaban reunidos para proceder á una eleccion canónica, el diácono Eulalio se apoderó violentamente de la iglesia de Letran, y se hizo consagrar á la fuerza por el obispo de Ostia. Al dia siguiente, la asamblea regular proclamaba el legítimo pastor en la persona de Bonifacio, sacerdote romano. Entretanto, el prefecto de Roma, Símaco, habia dirigido al emperador Honorio una carta refiriéndole los hechos, pero favorablemente al antipapa. El emperador avocó el negocio á su conocimiento, é hizo venir á Ravena, donde se hallaba la corte, á Bonifacio y á Eulalio, haciéndoles firmar un compromiso de no entrar en Roma antes que él hubiese pronunciado entre los dos partidos. A pesar de tan solemne promesa, Eulalio se presentó en Roma, intentando celebrar allí la fiesta de Pascua (419). Mas el pueblo, fiel al papa legí-

timo, arrojó al usurpador. Bonifacio fué recibido dos dias despues en triunfo, reconocido por el emperador, el senado y toda la ciudad. — Apenas se habia asegurado en su persona el soberano pontificado, cuando se vió san Bonifacio en la necesidad de tener que defenderlo contra el sexto concilio de Cartago del 25 de mayo de 419, el cual intentaba proscribir las apelaciones al papa. Esta discusion se animó á propósito de un sacerdote de Sicqua en la Mauritania, llamado Apiario, que habiendo sido excomulgado por Urbano, su obispo, se habia proveido en apelacion á la Santa Sede de Roma. San Bonifacio envió al concilio tres legados para examinar el asunto: Faustino, obispo de Potentino en Italia; Felipe y Aselo, sacerdotes romanos. Cuando en el ardor del debate se llegó á poner en duda el derecho del soberano Pontífice de avocar á su tribunal las causas deferidas por apelacion, los legados citaron el texto de los cánones del concilio de Sárdica, reproducido en las instrucciones que el papa les habia remitido por escrito. ¡ Cosa singular ! El concilio de Sárdica, celebrado en 347, á cuyas sesiones habia asistido Grato, obispo de Cartago, era enteramente desconocido de los obispos de África en el año 419. Los Padres del concilio pidieron entonces tiempo para examinar las actas originales del concilio de Sárdica. Quedó pues suspendido el debate, y no fué resuelto definitivamente sino bajo el pontificado de Celestino I en 427. Apiario, causa de este debate, fué restablecido en la comunion de la Iglesia, despues de haber vuelto á entrar en buenas y sumisas relaciones con su obispo.

9. La solicitud de san Bonifacio se extendia á la vez á todas las iglesias del mundo. Desde el 13 de junio de 419, deferia al juicio de Máximo, obispo de Valencia en las Galias, acusado de maniqueismo y otros delitos abominables. El papa mandaba á los obispos de la Galia juntarse en concilio para el 1°. de noviembre para examinar este negocio, con condicion de que confirmaria la decision la autoridad del papa. — En la misma época san Bonifacio autorizaba la translacien de Perigeno, obispo de Patras en la Acaya, á la silla de Corinto (419).

Ático, patriarca de Constantinopla, se pronunció contra esta medida de la corte romana. Porque pretendió que no pudiese hacerse ordenacion alguna de obispo en el Helesponto y demás provincias del Asia sin anuencia del patriarca de Constantinopla. Tuvo mano para hacer que Teodosio el Jóven diese una ley en este sentido (año 421), y reunió un concilio en Corinto para examinar la translacion de Perigeno, solemnemente confirmada por autoridad de la Santa Sede. El emperador, en esta constitucion, queria además quitar á los de Tesalónica la jurisdiccion que canónicamente ejercian en la Iliria, para conferírsela á los patriarcas de Constantinopla, *que gozan,* decia la ley, *de las prerogativas de la antigua Roma.* En una coyuntura en que se trataba del primado de la cátedra de san Pedro, san Bonifacio se mostró digno de ser su guarda, su defensor. Envió diputados al emperador Honorio para lograr de Teodosio el Jóven, por su mediacion, la revocacion de su ley. Escribia al propio tiempo una carta enérgica á Rufo, obispo de Tesalónica, diciéndole : « Las recientes tentativas para disminuir vuestra » autoridad, ni deben ni pueden surtir efecto. Incontrastable » en vuestro derecho, armaos como soldado de Dios. No os » espanteis de esas nuevas borrascas ; el bienaventurado após» tol Pedro será con vos, y no sufrirá que se menoscaben las » prerogativas de su cátedra. » Otras cartas ó letras pontificales, dirigidas á los obispos de Tesalia, no eran menos explícitas. « Es cierto, decia, que la Iglesia de Roma es respecto de »todas las iglesias del universo lo que la cabeza respecto de » sus miembros. El que se separare de ella, se separa de la » religion cristiana, porque ya no está en la unidad. » Otra circular á todos los obispos de Macedonia, Acaya, Epiro y Dacia, sostenia los mismos principios con igual vigor (11 de marzo de 422). El papa mencionaba los hechos históricos que apoyaban los derechos de la cátedra de Roma. « El gran Atanasio, » Flaviano de Antioquía, Crisóstomo de Constantinopla, no » han cesado de recurrir al sucesor de san Pedro ; y su ejem» plo basta para probar la tradicion de las grandes iglesias del » Oriente. » Fueron coronados del mejor éxito los esfuerzos de

san Bonifacio : porque Teodosio el Jóven retiró el decreto incriminado, y Perígeno gobernó la iglesia de Corinto durante el resto de su vida.

10. En tanto que esta discusion absorbia la atencion de todo el Oriente, se apagaba en la Palestina una gran lumbrera de la Iglesia : san Jerónimo murió en el 30 de setiembre de 420, á la edad de ochenta años. De entre todos los santos Padres de la Iglesia latina, san Jerónimo es el que mas erudicion ha puesto al servicio de la verdad. Sus gigantescos trabajos sobre la sagrada Escritura no hàn sido sobrepujados sino por sus increibles mortificaciones, su amor por el retiro y la pobreza, y su ardiente caridad, que le ha hecho comparar á san Pablo por el gran san Agustin. Su estilo vehemente, en extremo correcto, lleno de imágenes, de fuertes concepciones, de pensamientos concisos, iguala en mas de un lugar á los mejores modelos de la pura latinidad. Nuestro Señor Jesucristo le preguntó un dia si era cristiano. « Sí, Señor; respondió el santo. » — No; porque aun eres ciceroniano. » Esta prediliccion por los autores profanos hizo desde entonces lugar á un inmenso amor de las sagradas Letras, que le hizo comenzar y proseguir con el mejor éxito á la edad de mas de sesenta años el estudio del hebreo. La soledad en que vivia no le impedia tomar parte activa en la lucha de la fe católica contra las herejías : ya lo hemos visto en el asunto del pelagianismo. En la misma época sostenia contra Vigilancio, sacerdote hereje, natural de Cominges en las Galias, una lucha no menos valiente. Este sectario, cuyos errores no nos son conocidos sino por los escritos de san Jerónimo, condenaba el culto de los santos, la veneracion de sus reliquias y el celibato eclesiástico. Algunos clérigos de malas costumbres se le habian unido, y habian abrazado una doctrina que favorecia sus inclinaciones. San Jerónimo persiguió con su acostumbrada energía á los nuevos sectarios; y todo nos hace creer que Vigilancio, tocado de la gracia, se retractó despues; porque murió en Barcelona, en la comunion de la Iglesia.

San Bonifacio I habia muerto tambien en el momento

mismo en que su celo acababa de triunfar de las orgullosas pretensiones del patriarca de Constantinopla (el 25 de octubre de 422). Habia renovado la ordenanza, ya decretada por san Fabian, de no elevar al sacerdocio á nadie antes de los treinta años de edad. Suprimió las *vigilias* de los santos; esto es, las asambleas nocturnas que se tenian la víspera de una fiesta, cerca del sepulcro de un mártir, que iban degenerando de la gravedad y decencia primitiva; pero mantuvo la obligacion del ayuno y del oficio litúrgico, ya prescrito.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO I (3 de noviembre de 422-6 de abril de 432).

11. El diácono san Celestino, pariente muy cercano del emperador Valentiniano, fué nombrado sucesor de san Bonifacio I el 3 de noviembre del año 422. El primer acto del nuevo pontificado fué la condenacion de una herejía nacida de los errores de Pelagio. El pelagianismo, fulminado por las decisiones de Roma [los concilios de Cartago], y la elocuencia de san Agustin, se apagaba poco á poco; pero salia de sus cenizas otra secta que dulcificaba lo que tenia la primera de mas brusco, y que tomó un medio entre la doctrina de Pelagio y la fe ortodoxa. Dieron curso á este pelagianismo mitigado algunos sacerdotes de Marsella, cuya secta se llamó *semi-pelagianismo*. Atribuian al libre albedrío el principio de la fe y los primeros movimientos de la voluntad humana hácia lo bueno; segun ellos, Dios, á consecuencia de estos primeros esfuerzos, da el aumento de fe y la gracia de las buenas obras. Así es que los Semi-Pelagianos admitian como los católicos el pecado original y la necesidad de una gracia interior para obrar lo bueno; pero decian que el hombre puede merecer esta gracia por un principio de fe, por un primer movimiento de virtud, de los cuales Dios no es autor. San Agustin se levantó contra este pernicioso error; y la causa fué llevado al tribunal de san Celestino. El papa condenó á los sacerdotes de Marsella, y definió contra ellos que Dios opera de tal modo en el corazon de los hombres, que todo pensamiento santo, todo de-

signio piadoso, y en fin todo movimiento de buena voluntad en el órden de la salvacion, viene de Dios, y que si podemos obrar algo bueno, es por Aquel sin quien nada podemos absolutamente. Esta sentencia fué recibida y acatada con respeto por todo el mundo cristiano, y se terminó así toda desunion.

12. El incidente de Apiario, principiado en 419, bajo el pontificado de su antecesor, llamó en seguida de esto la atencion de san Celestino. Los obispos del África se negaban pertinazmente á reconocer como válidas las apelaciones á la Santa Sede. Apiario, restablecido en la comunion de la Iglesia, se atrajo de nuevo las censuras de su obispo, y apeló de nuevo al papa. San Celestino envió á Faustino, el mismo legado enviado ya por san Bonifacio para examinar en el territorio mismo las acusaciones formuladas contra este sacerdote. Se creyeron fundadas, y el mismo Apiario, arrepentido, confesó sus delitos, y fué depuesto del ministerio eclesiástico. Los obispos de África tomaron de aquí ocasion para suplicar al papa que no se mostrase tan fácil en dar proteccion á los clérigos extranjeros que se la solicitaban. Cualquier importancia que se quiera dar á este acto, no puede prevalecer contra derechos mil veces reconocidos y practicados, antes de esta controversia, y mantenidos en su fuerza y vigor, á pesar de estas y otras reclamaciones, por los papas de todos los tiempos (426).

En medio de estas agitaciones intestinas de la Iglesia, en el seno de las revoluciones políticas que trastornaban al mundo entero, y en tanto que Castino, general de la milicia, colocaba en el trono de Occidente, á la muerte de Honorio (423), una fantasma ó simulacro de emperador que pereció dos años mas tarde y dejó la púrpura á Valentiniano III (425), la vida monástica se iba desarrollando en las Galias con nuevo fervor. San Roman fundaba el monasterio de Condat en el Franco Condado (hoy la silla episcopal de San Claudio); Juan Casiano, escita de nacion, célebre por sus *Instituciones monásticas* y sus *Conferencias*, y por los viajes que hizo al Egipto para vi-

sitar los solitarios de la Tebáida, fundaba en Marsella la célebre abadía de San Víctor (427). San Honorato levantaba al mismo tiempo el famoso monasterio de Lerins, isla del Mediterráneo, en las costas de la Provenza. — La Siria ofrecia al propio tiempo el milagro viviente de los anacoretas en la persona de san Simeon Estilita (del nombre griego στύλος, columna), que se habia retirado para entregarse mas exclusivamente á la oracion y contemplacion á lo alto de una columna, donde pasó treinta años. — Mientras tanto se derramaba por todo el mundo la consternacion y el espanto por la nueva invasion de los Vándalos en África por Genserico, su rey. Fué asolada por el hierro, el fuego y el hambre toda esta provincia, que por su opulencia, fertilidad de su suelo y muchedumbre de sus ciudades se la miraba como la nodriza, como el granero del universo. Los Bárbaros, por la mayor parte Arrianos, saciaron su ferocidad contra los católicos mucho mas particularmente que contra los demás. Obispos, sacerdotes, monjes, vírgenes consagradas á Dios, eran arrastrados ó al cautiverio, ó á una desapiadada inmolacion (430). Esta iglesia, tan floreciente hasta entonces, iba anegándose así en la sangre de sus hijos para no levantar mas cabeza sino en un porvenir lejano, marcado en los decretos de la Providencia. Como para agravar mas esta espantosa caida, el gran san Agustin moria al estruendo horrible del incendio que abrasaba toda la ciudad de Hipona el 28 de agosto de 430. Con él murió el África cristiana y civilizada. Dejaba sin embargo monumentos eternos de su celo y erudicion en una infinidad de obras que Posidio, su contemporáneo, hace subir al número de mil y treinta, comprendiendo en este número sus sermones y cartas. En las discusiones teológicas sobre la gracia, se le ha tachado de haber faltado algunas veces de rigorosa exactitud. Esta observacion, que ya hemos tenido ocasion de justificar relativamente á obras de algunos otros grandes doctores, debe rectificarse por la consideracion de que el lenguaje teológico no llegó sino muy paulatina y sucesivamente al grado de precision á que ha llegado hoy por las decisiones de los concilios. Estas ligeras

faltas ó imperfecciones se hallan superabundantísimamente recompensadas por una fe ardiente, una elocuencia viva y llena de bellísimas imágenes; y no han impedido el que san Agustin sea llamado por excelencia el *Doctor de la gracia*. La Iglesia romana ha levantado á su memoria el mas glorioso monumento: la estatua de san Agustin, con las de san Ambrosio, san Atanasio y san Juan Crisóstomo, sostiene en el Vaticano la cátedra de san Pedro. Por una coincidencia maravillosa, el mismo siglo tuvo la gloria de producir los dos mas ilustres santos Padres de la Iglesia griega y de la Iglesia latina.

13. La vida monástica, apagada en África, engendraba prodigios en las Galias; parece destino de la Iglesia no perder un floron de su corona sino para ver renacer otro mas brillante. Las Galias estaban repartidas hasta entonces entre los Godos, que ocupaban la Aquitania; los Burgondes, que de su nombre habian fundado un imperio llamado Borgoña; los Alanos, que habian obtenido de Aecio, general romano, el país de Valencia sobre el Ródano, y los Romanos propiamente tales, que solo habian conservado de sus antiguas posesiones las dos provincias Narbonenses y la Provenza. Se vió llegar, de 430 á 438, al norte de las Galias, el pueblo que debia de conquistarlas todas, fijarse en ellas perennemente, y fundar, bajo el nombre de Francia, un reino que aun subsiste. Los Francos, establecidos desde hacia algunos siglos sobre las orillas del Rhin, en un país que ha conservado el nombre de Franconia, lograron bajo el mando de su caudillo Clodion hacerse dueños de las ciudades de Cambray, Tornay y Amiens. A la sazon que este pueblo, aun pagano, sentaba sus plantas en el suelo de las Galias, las principales iglesias estaban ocupadas por una generacion de ilustres y santos obispos. San German sucedia á Amador en la silla de Auxerre. San Lupo, su amigo, ilustraba la iglesia de Troyes con sus virtudes, elocuencia y milagros. San Hilario, condiscípulo de ambos, se veia arrancado de la soledad del monasterio de Lerins, para subir á la cátedra metropolitana de Arles. San Euquerio en Leon hacia revivir las virtudes, piedad y ciencia de san Ireneo. San Oriente, obispo de

Auch, reunia á las mas eminentes virtudes los talentos de un literato exquisito. No eran estas las solas lumbreras que brillaban en las Galias : en la misma época san Próspero escribia su *Crónica* y su *Poema contra los enemigos de la Gracia.* Salviano, apellidado *el Jeremías del quinto siglo*, componia su obra *de la Providencia* y su *Tratado de la Iglesia;* y en fin, san Vicente de Lerins se preparaba á publicar su admirable *Memorial.* Esta exuberancia de santidad y de fe que desbordaba en las iglesias de las Galias, llegaba hasta la Gran Bretaña, entonces infestada de la herejía pelagiana. San German de Auxerre y san Lupo de Troyes se presentaron en esta isla (429), y con su predicacion, milagros y santidad de vida restablecieron la fe en su primitiva pureza. En este viaje, pasando ambos santos por Nanterre, cerca de París, consagraron á Dios santa Genoveva, cuyo nombre y memoria estaban destinados á tan ilustre y santa nombradía. El papa san Celestino acababa de ordenar á san Patricio en calidad de obispo de Irlanda. Patricio fué el apóstol de esta isla, hasta entonces idólatra. Los paganos se convertian en prodigioso número á su voz. Fundó el monasterio de Sabal, cerca de la ciudad de Doun, poniendo en él por abad á san Dunio, su discípulo. Erigió la ciudad de Armach en silla metropolitana. Él fué el primero que introdujo la literatura en este pueblo medio salvaje aun, y que no tenia otros monumentos escritos que los cantos improvisados de sus bardos (431).

14. El Oriente, esta patria comun de los grandes heresiarcas de los siglos cuarto y quinto, veia con dolor en este momento sentado en la silla de Constantinopla á un obispo que debia dar su nombre á una nueva herejía contra la fe católica. Este era Nestorio, promovido al obispado en 427. Espíritu vano, superficial, orgulloso y presumido de profundo, hinchado mas bien que elocuente, Nestorio dividia á Jesucristo en dos personas : una, la persona del hombre, Jesucristo; otra, la persona de Dios, el Verbo. De lo que se seguia que Jesucristo no era Dios, sino un hombre unido á Dios de una manera mas especial é íntima que ninguno otro. Por consecuencia lógica, la san-

tísima Vírgen no era madre de Dios, sino solamente madre de un hombre, llamado Cristo, al cual se habia unido el Verbo. Esta doctrina destruia pues el misterio de la Encarnacion, el de la divinidad de Jesucristo y el de la divina maternidad de María. La herejía estalló por primera vez en un sermon pronunciado el dia de Navidad (428), en el cual decia Nestorio: « que » llamar á la Vírgen, *madre de Dios,* Θεοτόκος, seria justificar la » locura de los paganos, que dan madres á sus dioses. » La opinion católica se conmovió al saber esto en Constantinopla, quedando todos escandalizados de esta blasfemia: mas el patriarca no hizo caso; y aun animaba á los predicadores á reproducir su dicho. Doroteo, obispo de Marcionópolis, que habia abrazado estos errores, predicando un dia en Santa Sofía en presencia de Nestorio, llevó la impudencia hasta exclamar: « Si alguno dijere que María es madre Dios, sea anatema- » tizado! » A esta voz, todo el pueblo lanzó un grito de indignacion y se salió precipitadamente de la iglesia. Todo el Oriente se conmovió al rumor de este escándalo. San Cirilo de Alejandría al oirlo escribió una carta á los solitarios que puede considerarse como un tratado completo contra el nestorianismo. Fué denunciado el negocio al juicio y decision del papa san Celestino, y deferido á la Santa Sede por san Cirilo y por el mismo Nestorio. El soberano Pontífice, alarmado por los progresos que hacia esta doctrina impía, encargó al monje Casiano compusiese una obra para combatirla; tal fué el orígen del *Tratado de la Encarnacion,* donde se rehabilita noblemente la fe católica. Nestorio no por eso dejaba de propagar su error: la corte de Constantinopla le apoyaba con su crédito y favor. San Cirilo de Alejandría, digno sucesor de san Atanasio, redobló de ardor y celo en defensa de la verdad. Escribió al emperador Teodosio y á sus hermanas elocuentes cartas en que exponia la doctrina católica de la Iglesia sobre la Encarnacion, apoyándolo todo con la Escritura y la tradicion. Al propio tiempo enviaba al papa un resúmen general del estado de la controversia. San Celestino convocó un concilio en Roma, donde se pronunció anatema contra Nestorio. El papa notificó esta

decision á san Cirilo, y le encargó excomulgase al heresiarca si se negaba á someterse. Son muy notables sus palabras. « Por autoridad de nuestra Sede, dice, y obrando en nuestra » cátedra con el poder que nos ha sido dado, ejecutaréis la » sentencia con ejemplar severidad. » Para cumplir con su mision, san Cirilo reunió en concilio á los obispos de Egipto, é hizo redactar doce anatemas contra cada punto de los errores de Nestorio. Se los envió al heresiarca, intimándole, conforme á los términos de la carta de san Celestino, que los suscribiera (430). Nestorio se negó; y propuso reemplazar la voz THEÓTOCOS, *madre de Dios*, por la de CHRISTÓTOCOS, *madre de Cristo*. La discusion se agrió mas y mas. Andrés de Samosata y Teodoreto de Ciro escribieron un opúsculo contra los doce anatemas de san Cirilo, que defendia Mario Mercator en un libro lleno de erudicion y de númen. Por su lado san Cirilo publicaba sucesivamente una *Respuesta á Andrés de Samosata*, su *Apología contra Teodoreto*, y una *Refutacion de los sermones de Nestorio*. Por la maniobra comun de todos los herejes, Nestorio apelaba del papa á un concilio ecuménico. Teodosio el Jóven, que le sostenia, quiso darle esta satisfaccion. Fué convocado pues á Éfeso el tercer concilio general para el mes de junio de 431. San Cirilo le presidió en calidad de legado del papa. La apertura fué muy solemne. Los obispos, reunidos en la iglesia mayor de Éfeso en número de mas de doscientos, colocaron en medio de ellos sobre un trono de oro el libro de los Evangelios, para representar la asistencia de Jesucristo, que ha prometido hallarse en medio de los pastores reunidos en su nombre. Nestorio habia ido á Éfeso con una escolta de soldados; pero se negó reiteradamente á comparecer al concilio. Los Padres le hicieron dirigir por tres veces la intimacion de asistir á sus sesiones : mas los enviados fueron rechazados siempre por los soldados, que cercaban la casa en donde se habia encerrado el heresiarca. El concilio se vió pues precisado á proceder en ausencia del patriarca de Constantinopla al exámen de sus escritos. Apenas se hubo acabado la lectura, exclamaron todos unánimemente : « Anatema á estos errores

» impíos ! Anatema á cualquiera que sostuviere esta doctrina ! » es contraria á las sagradas Escrituras y á la tradicion de » nuestros santos Padres ! » Se leyó en seguida la carta del papa san Celestino, que fué íntegramente insertada en las actas. Finalmente, se pronunció solemnemente la sentencia en estos términos : « Nestorio habiéndose negado á obedecer á nuestra » cita y á recibir á los obispos que le hemos enviado, nos he- » mos visto en la necesidad de entrar en el exámen de sus im- » piedades. Ha sido convicto por sus cartas, por sus escritos, » por sus discursos, de sostener y enseñar doctrinas erróneas y » escandalosas. Impelidos pues nosotros por los santos cánones » y por la carta de nuestro santo Padre Celestino, obispo de » Roma, hemos llegado, derramando lágrimas de dolor, á la » cruel necesidad de pronunciar contra él el juicio y sentencia » siguiente : Nuestro Señor Jesucristo, á quien ha blasfemado, » ha definido por medio de este santo concilio que queda pri- » vado de toda dignidad episcopal, y separado de toda asam- » blea eclesiástica. » Esta sentencia, una de las mas solemnes que se hayan pronunciado en la Iglesia, suministra á Bossuet ocasion de observar que *los Padres reconocian en la carta del Papa la fuerza de una sentencia jurídica, á la cual se creian obligados á suscribir*. El pueblo de Éfeso habia permanecido todo el dia á la puerta de la iglesia esperando la publicacion de la sentencia. Cuando fué conocida del público, estallaron en toda la muchedumbre con inmenso entusiasmo repetidos transportes de júbilo. Los obispos regresaron á sus viviendas escoltados de luminarias, cubiertos de flores y llevados en triunfo. La ciudad se iluminó toda, y se quemaban perfumes ante las imágenes de la Vírgen santísima. Y en efecto, si la doctrina de Nestorio habia excitado tanto la indignacion, era precisamente por lo que contenia de injurioso al honor de la santísima Vírgen María. San Cirilo, en un sermon pronunciado despues en la segunda sesion del concilio, expresa este sentimiento popular con rara felicidad de elecuencia y de fe : « ¡ Os saludamos, ó Madre de Dios! ó María! tesoro augusto » del universo, lámpara siempre luciente, luz de la Iglesia,

» corona de la virginidad, cetro de la ortodoxia, templo indiso» luble, Madre y Vírgen, por quien es bendito en los santos » Evangelios El que viene en el nombre del Señor! Os salu» damos, á vos, que en vuestro seno virginal habeis encerrado » al que es inmenso, é incomprensible! á vos, por quien la Tri» nidad santísima es glorificada y adorada, la Cruz celebrada y » venerada en todo el universo; á vos, por quien triunfa el cielo, » se alegran los ángeles, y huyen los demonios; á vos, por quien » la criatura caida es levantada hasta el cielo; á vos, por quien » la creacion entera, esclava de los ídolos, ha venido al conoci» miento de la verdad; á vos, por quien son conferidos á los » fieles el santo bautismo y la uncion de celestial regocijo; á vos, » por quien han sido fundadas las iglesias en todo el universo, y » por quien las naciones han venido á penitencia. En una pa» labra, á vos, por quien el Hijo único de Dios se ha levan» tado al Oriente, como luz de los que estaban asentados en » las tinieblas y yacian en la sombra de la muerte; á vos, por » quien los Profetas han predicho y los Apóstoles predicado la » salvacion á las naciones; á vos, por quien los muertos resu» citan, y por quien los reyes reinan en nombre de la santí» sima Trinidad. » Estas aclamaciones del santo patriarca de Alejandría, repetidas por todos los ecos populares, sofocaron las voces discordes de algunos obispos, reunidos en conciliábulo para sostener el error de Nestorio. Por fin la verdad triunfó y pudo penetrar hasta en el corazon de Teodosio, á pesar de los esfuerzos del conde Candidiano, maestro de la milicia, y afecto á la causa de los herejes. Los prelados habian escrito desde luego al emperador, dándole parte de la decision y de todo lo acontecido en Éfeso; pero el conde Candidiano interceptó sus cartas, y de acuerdo con Nestorio, indispusieron á Teodosio contra ellos con una falsa y apócrifa relacion. No habia medio de hacer llegar á manos del emperador ni los diputados del concilio ni las cartas. Se vigilaban las embarcaciones y los caminos; se obstruian todas las entradas, y hubiera sucumbido la verdad, si Dios no le hubiera dado fuerzas para vencer tantos obstáculos, y deshacer todas las intrigas contra ella. Un dipu-

tado, disfrazado en mendigo, llevó la verdadera relacion encerrada en el hueco de un bordon, penetró en palacio y logró avistarse á solas con Teodosio. Cuando el emperador se vió mejor informado de lo que habia pasado en Éfeso, confinó á Nestorio á un monasterio de Antioquía; y como continuase el heresiarca predicando sus errores, fué desterrado á Tasis en Egipto, en donde murió miserablemente algunos años despues. Le fué dado por sucesor en la silla de Constantinopla Maximiano: su promocion fué aprobada por el papa, que escribió con este objeto una carta congratulatoria á los obispos de Oriente.

Esta carta y otra que el mismo san Celestino escribia á los obispos de las Galias para vindicar la doctrina de san Agustin contra las calumnias que los Semi-Pelagianos esparcian contra ella en aquellas comarcas, fueron los últimos actos de su pontificado. Murió el 6 de abril de 432. La tradicion le atribuye la oracioncita que se añade hoy á la salutacion angélica del *Ave Maria*: «*Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ,*» y que compuso cuando llegó á Roma el decreto definitivo de Éfeso.

§ V. PONTIFICADO DE SAN SIXTO III (26 de abril de 432-28 de marzo de 439).

13. San Sixto III, sacerdote de la Iglesia romana, era muy señalado ya por el fervor, celo y pureza de su fe. San Agustin le habia dirigido una carta célebre sobre el dogma de la gracia. Fué elegido papa, á la unanimidad, el 26 de abril de 432. El primer cuidado del nuevo Pontífice fué escribir á los obispos de Oriente para confirmar con su autoridad apostólica todo cuanto se habia hecho en el concilio de Éfeso. Juan, patriarca de Antioquía, habia persistido hasta entonces en ser del partido de Nestorio y en desechar la comunion con san Cirilo. Por la solicitud del papa y por la mediacion del venerable Paulo, obispo de Emesa, se apagó finalmente este cisma. Juan de Antioquía anatematizó á Nestorio y á sus adherentes (433). Fué imitado en tan debida sumision por Teodoreto de Ciro, que

condenó igualmente la doctrina del heresiarca, mas reservando su juicio acerca de la persona. El papa escribió á los dos patriarcas de Antioquía y Alejandría, y les manifestó con efusion paternal el júbilo que experimentaba con esta pacificacion. La herejía de Nestorio, sofocada con tanto vigor desde su orígen, cesó en propagar sus estragos; y solo subsistió desde entonces á estado de secta insignificante, y cuenta aun en el dia algunos adherentes en ciertas partes del Oriente.

16. El Occidente no habia sido conmovido por esta controversia: y sus doctores continuaban poniendo al servicio de la Iglesia las inspiraciones de su fe, elocuencia y poesía. En tanto que san Vicente Lirinense, hermano del ilustre Lupo de Troyes, escribia su *Monitorio contra los herejes* (434), Prudencio, poeta cristiano de Zaragoza, acababa santamente su carrera, dejando como testigos perennes de su fé las mas lindas producciones. Su libro intitulado PERISTEPHANON, ó *las Coronas,* donde esmalta con flores de poesía las tumbas de los mártires, es una obra llena de númen poético y de elegancia. Tenemos además de él un libro *de la Divinidad,* en que refuta los errores paganos y judáicos; otro *del Pecado original*, donde combate á los Marcionitas; otro del *Combate del Espíritu,* donde describe la incesante lucha entre los vicios y las virtudes; dos *Tratados contra Símaco*, en que refuta su discurso al senado romano para el restablecimiento del altar de la Victoria; un *Ejercicio cotidiano,* coleccion de himnos y oraciones poéticas para todas las horas del dia; y en fin un *Manual,* resúmen, en versos, de todo el antiguo y nuevo Testamento. — En la misma época el sacerdote Sedulio escribia su *Poema pascal,* y el de la *Vida de Jesucristo,* de los cuales ha sacado la Iglesia los himnos que canta propios en la fiesta de Navidad y de la Epifanía, y otros varios del Breviario. — Las obras de san Agustin, mal interpretadas, habian dado lugar, en la primera mitad del siglo quinto, al error de los *Predestinacianos*. Consistia en decir que Dios no quiere síncera y eficazmente salvar sino á los predestinados, y que Jesucristo ha muerto solo por ellos. Las gracias eficaces que se les otorgan les ponen en la necesidad de hacer

lo bueno y de perseverar en el bien, pues que jamás resiste el hombre á la gracia interior. Los réprobos están, por razon paralela, en la impotencia de obrar lo bueno, porque ó están positivamente determinados al mal por la voluntad de Dios, ó se hallan privados de las gracias necesarias para abstenerse de él. Este sistema de fatalismo, destructor de la libertad humana, lo veremos reproducido en el IX siglo por el monje Gotescalo; en el XII por los Albigenses: en los XIV y XV por los Wiclefistas y Husitas; en el XVI por Lutero y Calvino; y en el XVII por los Jansenistas. Los Predestinacianos fueron refutados desde su primera aparicion por san Genadio, sacerdote de Marsella; por Arnobio el Jóven en sus *Comentarios* de los Salmos, y en el libro anónimo que se le atribuye, intitulado *Prædestinatus;* por san Próspero en su *Crónica abreviada de la Historia eclesiástica;* y sobre todo por el desconocido autor de la célebre obra *Vocacion de todos los pueblos*, que algunos críticos atribuyen á san Próspero. — Mientras que en el Occidente disputaban y controvertian los doctores acerca de la gracia, el Oriente, agitado por el nestorianismo, admiraba los prodigios de la gracia en el corazon de los pequeños y humildes. Santa María Egipcíaca expiaba los desórdenes de su juventud con cuarenta y siete años de penitencia en el desierto; san Maron pasaba su vida bajo de una tienda ó cabaña, contemplando los misterios de la religion; Santiago el Sirio, su discípulo, vivia expuesto á la intemperie del aire: abrasado en el estío por los ardores del sol, amortajado durante el invierno en una capa espesa de nieve; llevaba además gruesas cadenas de hierro, y no comia sino legumbres crudas. San Baradato pasó muchos años haciéndose voluntariamente como cautivo del Señor, viviendo encerrado en una especie de jaula de madera, tan baja y tan mal unida, que se veia obligado á estar muy encorvado, recibiendo además las lluvias y los rayos abrasadores del sol.

17. Purgada quedó Constantinopla del nestorianismo. Maximiano habia muerto en olor de santidad, y le habia sucedido canónicamente Proclo. Los Nestoriamos habian intentado

vanamente, despues de su condenacion en Éfeso, rehabilitar sus errores, suponiendo que su doctrina era la de los escritos de algunos antiguos autores muy recomendables, y especialmente de la de los de Teodoro de Mopsuesta. Mas esta tentativa se les frustró como otras varias. Teodoro de Mopsuesta, muerto hacia ya algunos años, habia dejado escapar de su pluma algunas inexactitudes, queriendo explicar la doctrina católica sobre la separacion de las dos naturalezas en Cristo. Como su constante adhesion á la fe ortodoxa no habia padecido menoscabo, y que habia muerto en la comunion de la Iglesia, fracasó completamente la intentona de resucitar la doctrina nestoriana como apoyada en sus obras. Una solemnidad, reclamada por el voto popular, acabó de reunir en los sentimientos de una fe comun la iglesia de Constantinopla; y fué la translacion de las reliquias de san Juan Crisóstomo, que el emperador Teodosio, á peticion de Proclo, mandó traer de Comana, donde habia muerto. Para recibir sus santos restos se desplegó la misma pompa con que hubiese sido acogido vivo el elocuente patriarca. Fueron depositadas las reliquias en la iglesia de los Apóstoles el 27 de enero de 438, dia en que la Iglesia latina celebra la fiesta del santo. El emperador Teodosio besó con respeto la caja que las contenia, rogando al santo por su padre y su madre el perdon de una sentencia inicua. Este príncipe, débil como todos los que se sucedian en el trono en esta época de decadencia, parece haber tenido cualidades sólidas en algunos ramos y circunstancias. Publicaba en este mismo año (438) el *Código Teodosiano,* coleccion metódica, en diez y seis libros, de las leyes y ordenanzas imperiales, pertenecientes á la administracion civil, militar y eclesiástica despues de Constantino Magno. Esta obra era bajo todos títulos un beneficio público. Desde que la legislacion se habia hecho cristiana con los emperadores, muchedumbre de leyes, dictadas bajo la influencia del paganismo y que no habian sido revocadas, formaban un conjunto incoherente y contradictorio de decretos diferentes en orígen y espíritu. El Código Teodosiano, compuesto bajo la influencia de las ideas cristianas, traia la legislacion á la unidad

que hace su fuerza, consagraba los principios fundamentales de toda sociedad, proclamando la santidad é indisolubilidad del matrimonio, protegiendo la inocencia del niño, el honor de la mujer, y rehabilitando, en una palabra, la dignidad humana. Hecho para el Oriente, este código no subsistió sino noventa años (1). Justiniano lo abrogó para componer otro nuevo; pero en el Occidente, sobrevivió á la caida del imperio y formó la base del derecho público moderno. — Los Bárbaros asolaban y devastaban horriblemente por sus continuas invasiones el Occidente. El África, en poder de Genserico, veia desaparecer en 19 de octubre de 439 la antigua y famosa Cartago. Los Vándalos habian saqueado sus riquezas y desterrado á todos sus habitantes. La España y la Galia se hallaban invadidas á la vez por los Suevos, Silingos, Godos, Alanos, Borgoñones y Francos. Pero aun llegaba un enemigo mas terrible del fondo mismo de la Tartaria, precedido del terror y seguido de la devastacion : tal era Atila, con sus hordas de Hunos. Despues de haber puesto á sangre y fuego la Iliria, la Panonia y la Tracia, y adelantado su ejército hasta los muros de Constantinopla, regresó repentina y bruscamente hácia las provincias occidentales (439). — San Sixto III no vió el fin de esta formidable invasion, pues que murió el 28 de marzo de 439, despues de haber ocupado ocho años la Santa Sede. Los últimos trabajos de su pontificado tuvieron aun por objeto el mantenimiento de la jurisdiccion eclesiástica contra las tendencias usurpadoras del patriarca de Constantinopla. En 437 escribia á Proclo una carta en que le recomendaba que no se ingiriese en los derechos del metropolitano de Tesalónica, y que no admitiese á ningun obispo de la Iliria á la comunion eclesiástica sin *letras formatas* del metropolitano de Tesalónica. Lo mismo decia á Perigeno de Corinto, y le recordaba que tambien dependia él de la misma metrópoli. Así se conservaba la unidad de gobierno en

(1) En España el Código Teodosiano tenia fuerza de ley, y aun fué el solo por el que se regia toda ella en tiempo de los Godos y mucho mas tarde, hasta que los códigos españoles propiamente dichos se fueron haciendo y ejecutando

(El Traductor).

la Iglesia, bajo la vigilante solicitud de los romanos Pontífices. Su intervencion garantizaba los derechos de todos, reprimia las usurpaciones, apagaba los cismas, sofocaba los nacientes errores, propagaba la sana doctrina y extendia por todo el universo el reino de Jesucristo.

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON MAGNO (1º. de setiembre de 439-11 de abril de 461).

1. Trabajos de san Leon Magno contra las diversas herejías. — 2. Eutiques. *Latrocinio de Éfeso*. — 3. Marciano, emperador de Oriente. — 4. Concilio de Calcedonia, cuarto general. — 5. Atila. Su invasion en las Galias é Italia. Se retira ante la majestad de san Leon Magno. — 6. Nuevos motines suscitados en el Oriente por el eutiquianismo. — 7. Invasion de Roma por Genserico. — 8. Timoteo Eluro en Alejandría. Muerte de san Leon Magno.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HILARIO (12 de noviembre de 461-10 de setiembre de 467).

9. Eleccion de san Hilario. — 10. Trabajos de san Hilario por mantener las reglas de la jerarquía eclesiástica. — 11. Concilios de Arles, de Tours, de Vannes, en las Galias. — 12. Terremoto en Antioquía. Incendio de Constantinopla. Muerte de san Simeon Estilita.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO (27 de setiembre de 467 hasta el fin del imperio de Occidente en el 23 de agosto de 476).

13. Eleccion de san Simplicio. — 14. San Epifanio de Pavía. San Paciente de Leon. San Sidonio Apolinar. — 15. Odoacro, rey de los Hérulos, da fin al imperio de Oriente.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON I, llamado el MAGNO (4 de setiembre de 439-11 de abril de 461).

1. La Iglesia y el mundo necesitaban un soberano Pontífice que, por la energía de su carácter, la fuerza y dignidad moral, se hallase á la altura de los acontecimientos que se preparaban. La Providencia, que vela por los destinos de su Iglesia, tenia ya pronto, para el momento dado, el hombre de su eleccion. Leon, arcediano de Roma, se hallaba á la muerte de san Sixto en mision cerca del general Aecio en las Galias. La opinion que se tenia de su mérito era tal, que todos los sufragios recayeron unánimemente en él, durante su ausencia. Una diputacion fué á poner á sus piés el homenaje de toda la ciudad de Roma; y cuando el nuevo pastor pareció en medio de su

Iglesia, fué recibido en triunfo por el pueblo por quien iba á sacrificar su vida. Todas las cualidades eminentes que forman á los hombres grandes se hallaban reunidas en san Leon, junto con una profundísima humildad y con las demás virtudes que hacen santos. Su lenguaje elocuente y fácil llevaba tras sí á las muchedumbres : aun conservamos las homilías y sermones que predicaba en cada solemnidad. — Cuando desde las alturas de la Sede apostólica á donde se hallaba elevado, echaba una ojeada sobre el mundo todo, por todo él hallaba materia para celo y solicitud. Los Vándalos arrianos saqueaban las iglesias de África y de Sicilia; los Maniqueos, fugitivos de Cartago, refluian á la Italia y amenazaban infestar á Roma; los Priscilianitas se agitaban en España al favor del trastorno de las invasiones bárbaras; los Pelagianos infestaban la Venecia; reyertas intestinas perturbaban á las iglesias de las Galias; los Nestorianos aun se removian en el Oriente. San Leon hizo frente á todo. Envió socorros pecuniarios á las iglesias asoladas por los Vándalos : hizo castigar severamente las abominaciones de los Maniqueos en sus misteriosas asambleas (443); y mandó hacer actas auténticas de esta sumaria, y causa espanto el leer el relato de los horribles crímenes de esta secta tenebrosa. El papa escribió á todos los obispos de Italia para denunciarles los herejes y precaverlos contra la ponzoña de sus errores (444). Santo Toribio, obispo de Astorga, le pasó la sumaria de lo hallado contra los Priscilianistas de España. San Leon le respondió en 447 con una larga carta, donde combatia sus errores, y los equiparaba á los del maniqueismo, confundiéndolos todos en una misma condenacion. — Septinio, obispo de Altino en la Venecia, avisó al papa que en su provincia se habia admitido á la comunion católica sacerdotes, diáconos y otros clérigos que habian seguido la herejía de Pelagio, sin haberles exigido anticipadamente una abjuracion formal. El soberano Pontífice escribió entonces al obispo de Aquileya, metropolitano de la provincia, ordenándole juntar un concilio para obligar en él á todos los eclesiásticos suspectos de pelagianismo á renunciar abiertamente y por escrito á la herejía. — En las Galias, san

Hilario de Arles era el alma de los concilios y daba impulso al movimiento religioso que se manifestaba en esta comarca. Ya en el año 439 habia presidido el concilio de Riez en la Provenza, para cortar un cisma en la iglesia de Embrun, y darle un obispo legítimo. En 441 celebró el primer concilio de Orange, célebre por una serie de treinta cánones, de los cuales el mas notable es el de prohibir en lo venidero el ordenar diaconisas. En el mismo año presidió el concilio de Vaison, para arreglar de un modo estable la suerte de los niños que los paganos tenian costumbre de exponer en las plazas públicas, á pesar de los edictos imperiales que desde Constantino Magno no cesaban de castigar severamente este crímen. — Otro concilio celebrado en Besanzon suscitó dificultades mas serias á san Hilario. Celedonio, obispo de esta ciudad, era acusado de haber sido ordenado contra las reglas canónicas, y de haber sido bígamo antes de su promocion al obispado. Celedonio fué depuesto por san Hilario; mas apeló á Roma y se personó en esta ciudad. San Hilario le siguió. El negocio fué controvertido en un concilio convocado en Roma por san Leon (445). Celedonio se justificó de todos los cargos que se le imputaban y fué restablecido en su diócesis. Este resultado produjo cierto descrédito para el obispo de Arles. El soberano Pontífice le quitó la jurisdiccion sobre la provincia de Viena, de que hasta entonces habia sido metropolitano. Esta decision fué apoyada por un rescripto del emperador Valentiniano III del 8 de julio de 445, que prohibia el emprender nada en el gobierno de la Iglesia sin la autoridad de la Sede apostólica. Tal era el derecho público en el siglo sexto: el primado del papa era reconocido universalmente como principio fundamental de la sociedad religiosa. San Hilario de Arles fué el primero en dar ejemplo de la mas respetuosa sumision: hizo todo lo posible por reconciliarse con san Leon Magno, el cual no tardó en apreciar debidamente el celo, virtudes y humildad del obispo de Arles. La muerte de san Hilario, acaecida poco despues, fué un duelo general para las Galias y para la Iglesia universal (447). En este momento mismo san German de Auxerre emprendia su segunda mision á la Gran

Bretaña, acompañado de san Severo, obispo de Tréveris. El pelagianismo que iban á combatir allí, no pudo resistirse á la predicacion y milagros de los dos santos misioneros : tuvieron el consuelo de volver á traer los pueblos á la fe católica, y cuando dejaron la isla, era ya toda católica. San German, apenas de vuelta de este viaje, emprendió otro á Ravena para alcanzar del emperador Valentiniano III el perdon de los Armoricanos que se habian amotinado. La Italia estaba admirada de los prodigios que san German obraba á su paso ; pero la muerte le aguardaba en Ravena, término de su peregrinacion. Espiró el 31 de julio de 448, despues de treinta años de un ministerio episcopal, santo y celoso.

2. Cuatro años antes habia muerto en el Oriente el Atanasio del nestorianismo, san Cirilo de Alejandría, dejando á la posteridad, como monumentos de su piedad y erudicion, una serie de obras que no forman menos de siete volúmenes en folio. Tuvo por sucesor un obispo indigno de este nombre, á Dióscoro, que tomó á pechos hacer olvidar con sus cobardes lisonjas y condescendencias con el emperador, y por su conducta en el negocio del eutiquianismo, los ejemplos del gran san Atanasio y san Cirilo, sus antecesores. En el 448, Eutiques, abad ó archimandrita de un monasterio cercano á Constantinopla, combatiendo la herejía de Nestorio, que dividia las personas en Jesucristo, cayó en un error no menos contrario al dogma de la Encarnacion. Enseñaba que no habia sino una sola naturaleza en Jesucristo : la divinidad, la cual habia absorbido la humanidad al unirse con ella. La obstinacion con que sostuvo Eutiques este error, á pesar de las ilustradas y caritativas amonestaciones de Eusebio de Dorilea, su amigo, y las dulces reprensiones de Flaviano, recientemente promovido al patriarcado de Contantinopla, probó evidentemente su ignorancia y mala fe. En el fondo, habia él ambicionado muy ansiosamente la dignidad metropolitana, á la que habia pensado llegar por el crédito de Crisafio, favorito de Teodosio, á quien habia educado y enseñado. Así es que el móvil de esta alma ambiciosa era una cuestion de amor propio herido : ¡ y cuántas

herejías, que han asolado y entristecido á la Iglesia, no han tenido el mismo orígen! Eusebio de Dorilea, sacrificando á los intereses de la verdad una rancia amistad desde la niñez, se creyó en conciencia ser acusador de su mismo amigo. Le persiguió pues ante un concilio convocado por Flaviano en Constantinopla (448). Eutiques se negó á comparecer en un principio; mas se presentó á la última sesion, el 28 de noviembre; y como persistiese en el error, fué condenado, depuesto del sacerdocio, privado del gobierno de su ministerio, y finalmente excomulgado. La sentencia fué firmada por todos los obispos del concilio y por veintitres abades que asistieron. Eutiques, como todos los heresiarcas, se negó á someterse; porque lo que constituye la herejía no es tanto el error del espíritu humano, tan expuesto á engañarse, como la perseverancia y tenacidad en el error. Flaviano habia enviado al papa las actas del concilio de Constantinopla : Eutiques tambien le escribió quejándose de que se le condenaba injustamente. San Leon previó, con una sola mirada, la trascendencia de semejante doctrina enseñada en el Oriente en el momento en que la controversia animada contra el nestorianismo habia llamado los ánimos hácia el exámen del dogma de la Encarnacion. Respondió pues á Flaviano, confirmando las actas del concilio, y empeñándole á castigar al nuevo sectario. San Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, á quien tambien se habia dirigido Eutiques, para atraerlo á su partido, le escribió una carta elocuente, en la cual le conjuraba renunciase al error. « Cuando » Jesucristo, decia, hacia oir los vagidos de la infancia en el » pesebre, cantaba el ejército celestial : *¡Gloria á Dios en los » esplendores del cielo!* y ahora que al nombre de Jesús se do- » bla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, se » saca á luz la cuestion de su orígen! Os exhortamos, sobre » todo, carísimo hermano, os sometais á lo que ha sido escrito » por el bienaventurado papa de Roma; porque san Pedro, » que vive y preside en su cátedra, da la verdad de la fe á los » que la buscan. » Palabras tan tiernas quedaron sin efecto en este corazon terco. Con ayuda de Crisafio, Eutiques se hizo su

protector en la persona de Dióscoro de Alejandría. Por su influencia, obtuvo del débil Teodosio la convocacion de un concilio que fuera ecuménico, y en que se procederia de nuevo al exámen de la cuestion. Por otra parte, san Leon ya habia sido consultado sobre este particular por la corte de Constantinopla, y escogió por legados suyos : Julio, obispo de Puzzoles en la Campania; Renato, presbítero del título de san Clemente, que murió en la travesía; Hilario, diácono, á los cuales agregó el papa á Dulcicio en calidad de notario. Eran portadores de instrucciones dadas por escrito, en las que probaba el papa con argumentos irrefragables el dogma católico de las dos naturalezas en Cristo. Ciento y treinta obispos de las provincias del Egipto, del Asia, del Ponto y de la Tracia estaban reunidos; pero esta asamblea no iba á formar, por esta vez, sino un conciliábulo, manchado en la historia con el nombre de *latrocinio de Éfeso* (8 de agosto de 449). El eunuco Crisafio se arrogó el derecho de nombrar presidente, que fué Dióscoro. Los legados del papa fueron colocados en segundo rango, con menosprecio de todos los antecedentes y de todas las reglas canónicas. Ciertos autores pretenden que Dióscoro les hizo alejar de todas las deliberaciones. Dos condes, enviados con tropas por Teodosio, pretendian dictar la sentencia y hacer ejecutar las órdenes de su amo. Así es que desde la apertura misma de la primera sesion, Dióscoro se negó á leer ni dejar leer las instrucciones dadas al legado por el papa san Leon; pero no faltó en hacer solemne lectura de las letras de convocacion que le habia dirigido el emperador. Se insistió sin embargo por que se diera conocimiento de los rescriptos del Pontífice romano. Dióscoro lo prometió hasta siete veces diferentes; pero siempre hallaba medio y pretexto de eludir esta lectura que tanto temia. Mandó comparecer en seguida á Eutiques en presencia del concilio. Los Padres, y san Flaviano de Constantinopla á su frente, pidieron entonces que se mandara introducir tambien á Eusebio de Dorilea, que se presentaba canónicamente como acusador : y en efecto, era un deber indispensable á todas luces divinas y humanas. Pero el conde Elpidio, comisario

del emperador, se opuso, pretextando que Eusebio de Dorilea habia perdido el derecho de sentarse con los jueces desde el momento en que se constituia acusador. Eutiques tuvo pues toda libertad de hablar solo y sin contradictor. Despues de hablar cuanto quiso, solo se le obligó á suscribir el símbolo de Nicea; y sin hablar mas de lo que formaba el punto capital de su herejía, Dióscoro lo declaró solemnemente absuelto de todas las censuras pronunciadas contra él, restablecido en la comunion de la Iglesia, en la dignidad del sacerdocio y en el gobierno de su monasterio. El presidente del conciliábulo leyó en seguida una acta de deposicion contra Eusebio de Dorilea y san Flaviano de Constantinopla, *porque habian calumniado públicamente la fe de Eutiques.* Estalló en el seno de la asamblea una exclamacion unánime de indignacion, supercheria y traicion. Los obispos que por debilidad habian suscrito á la rehabilitacion de Eutiques, se volvian atrás horrorizados ante una arbitrariedad tan tiránica. Dióscoro, para intimidarles, mandó llamar á los comisarios, que invadieron la iglesia al frente de una tropa de soldados con las armas en la mano. La mayor parte de los obispos cedieron á la violencia; mas los legados del papa resistieron altamente, y su protestacion hubo de insertarse en las actas. De todas partes gritaban voces de: « Descuartizar á los que dividen las naturalezas!... á fuera, á » fuera!... mueran, mueran!... » De las amenazas se pasó á los hechos, apaleando á unos, hiriendo á otros. Los obispos quedaron encerrados en medio de este tumulto hasta muy entrada la noche, sin que se les permitiese salir á los que estaban malos ó indispuestos, ni dejar respirar aire á ninguno. A costa de esto alcanzó Dióscoro ciento y treinta firmas. Despues de tal triunfo, hizo deponer á Teodoreto, obispo de Ciro, á Ibas de Edesa, á Sabiniano de Perrha y á Domno de Antioquía, todos notables por su santidad y por su amor á la fe católica. Osó en seguida pronunciar una sentencia de excomunion contra el papa san Leon. Este acto de manifiesta locura terminó el famoso *latrocinio de Éfeso.* San Flaviano de Constantinopla fué desterrado, y murió de las heridas que habia recibido.

Dióscoro hizo ordenar en su lugar á Anatolio, diácono de su iglesia de Alejandria, y creyó con esto haber consolidado su herejía.

3. Teodosio dió inmediatamente un decreto que confirmaba con sancion imperial cuanto habia sido hecho en el conciliábulo de Éfeso. Mientras tanto, san Leon, informado á fondo por sus legados del éxito desventurado que habian tenido los negocios, convocaba y celebraba en Roma un concilio, en donde anulaba todos los actos del falso concilio de Éfeso, rehabilitaba á los que habia condenado injustamente, y declaraba nulas todas las sentencias. Se mostró entonces su actividad infatigable en esta circunstancia. Escribió á la vez cartas llenas de celo abrasador y de apostólica energía al emperador Teodosio, á la emperatriz Pulqueria, al clero y pueblo de Constantinopla, á los abades de los monasterios de la ciudad, á Anastasio de Tesalónica, al mismo san Flaviano, cuya muerte aun no sabia. Su lenguaje á Teodosio respira majestad sosegada en medio de una borrasca, caridad compasiva á todos los que habian caido, y una finura llena de miramientos para con un príncipe débil y engañado. «Permitid, Señor, decia, permitid á los obis- » pos el que tengan libertad para defender la verdadera fe, aun- » que escrito está que ningun poder humano podrá destruirla ja- » más. Cuando defendemos la causa de la Iglesia, sostenemos » la causa de vuestro imperio y salvacion. Defended la autori- » dad de la Iglesia y su constitucion contra los herejes, y nues- » tro Señor Jesucristo defenderá tambien vuestro imperio. » El solo remedio eficaz que se presentaba al espíritu de este gran papa en tan crítica situacion, era la convocacion de un concilio verdaderamente ecuménico; y á esto dirigió sus miras, tratando de interesar en ello y hacer mediar con el emperador Teodosio á la corte de Ravena (450). Valentiniano III y su madre Placidia escribieron con este objeto á Constantinopla. Mas la Providencia se reservaba quitar de en medio el abstáculo que podria venir de la debilidad de Teodosio; pues que el 18 de julio de 450 este príncipe espiraba, á la edad de cincuenta años, á efecto de una caida de caballo. La empera-

triz Pulqueria le dió por sucesor á Marciano, cuyos talentos y virtudes, admirados de todo el universo, hicieron de él un emperador digno de este nombre (24 de agosto de 450). El primer cuidado del nuevo César fué la pacificacion de la Iglesia. Cuando los legados del papa, encargados de las cartas para Teodosio, llegaron á Constantinopla, hallaron un concilio reunido bajo los auspicios de Marciano por Anatolio, sucesor de san Flaviano. El diácono de Dióscoro, hecho patriarca, se habia mostrado, con asombro de aquel, firmemente celoso por la comunion con la Iglesia romana. En presencia de los legados del papa san Leon, y á la cabeza de su concilio, anatematizó solemnemente á Eutiques, su doctrina y sectarios. El cuerpo de san Flaviano fué trasladado á Constantinopla y colocado junto á las reliquias de san Juan Crisóstomo. Todos los obispos desterrados ó desposeidos por la fe á consecuencia del *latrocinio de Éfeso*, fueron llamados y repuestos; los que habian tenido la debilidad de suscribir á las medidas dictadas por Dióscoro, fueron conservados al frente de sus diócesis, mas sin admitirlos á la comunion de la Iglesia católica hasta que se hubiera pronunciado su suerte en un concilio ecuménico. San Leon aprobó todos estos actos, y dirigió á Anatolio letras de comunion; de lo que hasta entonces se habia abstenido, para tomar tiempo y conocer los sentimientos de un prelado elegido por el crédito y maniobras de Dióscoro (450).

4. El papa san Leon y el emperador Marciano deseaban ambos con igual celo la celebracion de un concilio universal que pudiera dar la paz á la Iglesia. Se señaló desde luego Nicea; pero la Iliria, amenazada por los Hunos, no ofrecia seguridad. Se escogió pues la ciudad de Calcedonia, en la costa del Asia menor, cerca de Constantinopla. Quinientos obispos de todas las provincias del Oriente se hallaban reunidos allí el 8 de octubre de 451, bajo la presidencia de los legados del papa: Pascasino, obispo de Lilibea en Sicilia; Lucencio, obispo de Arcola; Basilio y Bonifacio, sacerdotes de la Iglesia romana. La primera sesion del cuarto concilio general fué consagrada al exámen de las actas del *latrocinio*

de Éfeso, Dióscoro compareció allí como acusado. Se pusieron de manifiesto todas las irregularidades de aquel falso concilio: los legados del papa puestos en grado inferior; la imposibilidad de leer las cartas del papa por causa de Dióscoro; las protestas de san Flaviano y de Eusebio de Dorilea desatendidas; violencias ejecutadas contra los prelados para forzarles á suscribir sentencias injustas. Cuando se llegó á este último punto, los obispos orientales exclamaron: « Se nos ha herido » y apaleado; los soldados nos abrumaron de ultrajes y de » golpes. Todos hemos sucumbido, y pedimos gracia y mi- » sericordia! » Se leyeron en la segunda sesion las cartas doctrinales que san Leon habia entregado á sus legados. La verdad católica, opuesta á los errores de Eutiques, estaba declarada con la autoridad digna de un sucesor de san Pedro. Al oir la exposicion de esta doctrina tan pura y tan explícita, los obispos exclamaron: « ¡Esa es la fe de nuestros padres! » esa es la fe de los Apóstoles! Pedro ha hablado por boca de » Leon! Esta es la fe que creemos todos! » — Aclarada y decidida la cuestion dogmática, el concilio pasó en la tercera sesion á la condenacion explícita de Dióscoro. Fué anatematizado unánimemente; y la sentencia que lo deponia como reo de herejía, le fué notificada, así como á todo el clero y fieles de Alejandría, por los diputados del concilio. Anatolio, patriarca de Constantinopla, la habia firmado con todos los demás Padres. Dióscoro fué relegado por el emperador Marciano á Gangres, en Paflagonia, donde murió en 454. — La cuarta sesion fué consagrada á examinar las diversas reclamaciones que Dióscoro habia hecho dirigir al concilio por monjes egipcios, suplicando á los Padres revocasen la sentencia de deposicion; pero fué mantenida con todo su rigor. « Dióscoro ha » sido depuesto jurídicamente, decian los Padres. Dios mismo » es quien ha condenado á Dióscoro. » Finalmente en la quinta sesion se compuso ó formuló la profesion de fe opuesta al eutiquianismo: « Declaramos con voz unánime, dicen los » Padres, que se ha de confesar un solo y un mismo Jesu- » cristo nuestro Señor; perfecto en la divinidad, perfecto en

» la humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre; consus» tancial al Padre segun la divinidad, y consustancial á nos» otros segun la humanidad; compuesto de una alma racio» nal y de un cuerpo; en todo semejante á nosotros, excepto » el pecado; engendrado del Padre antes de todos los siglos » segun la divinidad; y en nuestros últimos tiempos nacido de » la Vírgen María segun la humanidad, por nosotros y por » nuestra salvacion; un mismo y solo Jesucristo, Hijo único, » Señor, en dos naturalezas, sin confusion, sin cambio, sin » division, sin separacion, sin que la union perjudique á la » diferencia de naturalezas: al contrario, la propiedad de cada » una es conservada, y concurre en una sola persona, en una » sola hipóstasis; por manera que Jesucristo no está dividido » en dos personas, sino que es un solo y mismo Señor, el » Verbo, Hijo único de Dios.» Esta expresion neta, explícita y categórica del dogma de la Encarnacion, fué acogida por las aclamaciones de todos los Padres y suscrita unánimemente. Para dar mas brillo y solemnidad á la lectura de esta profesion de fe, el emperador Marciano asistió en persona á la sexta sesion, en que se leyó. Declaró que á ejemplo de Constantino no habia querido entrar en aquella santa asamblea sino para apoyar con la autoridad imperial las decisiones del concilio, mas no para influir en lo mas mínimo en la libertad de los sufragios. Todos los Padres exclamaron: «¡Viva el nuevo Constantino! » Vivan el religiosísimo emperador, y la emperatriz ortodoxa! » Reinado largo y feliz á Marciano!» El emperador mandó leer la definicion de la fe, y preguntó si todos estaban de acuerdo con lo que acababan de oir. Exclamaron todos: «¡Nosotros » no tenemos sino una fe, una doctrina. Tal es la fe de los san» tos doctores; tal fué la de los Apóstoles. Esta es la fe que » ha salvado al universo!» Marciano publicó un decreto que promulgaba la profesion de fe del concilio de Calcedonia, y la condenacion de Eutiques. Este murió poco despues, de cerca de setenta y cinco años de edad. — Los Padres trataron en las sesiones siguientes de ciertos puntos y artículos de disciplina: prohibicion de fundar ningun monasterio sin consentimiento

del obispo y del señor del lugar; sumision de los monjes á la jurisdiccion diocesana; prohibicion á los eclesiásticos y monjes de encargarse de tutelas ni mayordomías, ni de pasar de una iglesia á otra sin permiso del ordinario.

Hasta aquí los actos del concilio habian sido perfectamente regulares. Una tentativa de Anatolio interrumpió la armonía que no habia cesado de reinar entre los Padres del concilio de Calcedonia y los legados del papa. Era pretension hereditaria en los patriarcas de Constantinopla de elevar su cátedra al segundo rango en la Iglesia, atribuyéndole el primado, ó mejor el grado superior jerárquico despues de Roma. Anatolio creyó favorable el momento para entablarla: los servicios inmensos que habia prestado á la Iglesia católica, el celo de que habia dado pruebas contra la herejía de Eutiques, las cartas ó letras de comunion que recientemente habia recibido del soberano Pontífice, le hacian esperar que su peticion seria bien acogida. Y en efecto, el cánon veintiocho del concilio Calcedonense fué hecho en este sentido. Mas los legados del Papa protestaron altamente contra esta innovacion. « El bienaventurado y apos» tólico Papa, dijeron ellos, nos ha dado esta instruccion entre » otras: Si algunos obispos, sobrado confiados en el esplen» dor de sus ciudades, quisieren arrogarse algunas preroga» tivas, resistidles con la firmeza conveniente. » Los legados apoyaron estas dignas expresiones con la lectura del cánon 6°. de Nicea, en donde, como hemos visto, esta cuestion estaba resuelta (1). Esta discusion quedó pues suspensa, y se procedió muy pronto á la clausura del concilio en noviembre de 451, con la accion décimasexta y última. [Los cánones se publica-

(1) La traduccion del cánon 6°. del concilio Niceno dada por el abate Darras no es conforme á ninguna de las actas auténticas del concilio Niceno, y solo el colector Mansi indicó hallarse concebido en estos términos dicho cánon en el texto ó copia de dicho concilio presentada por los legados del papa en el concilio Calcedonense. Mas esta version ni es auténtica ni está reconocida *probable* por ningun crítico sabio. La relacion que el señor Abate hace del concilio Calcedonense está muy incompleta é inexacta. Pero como en el fondo y en lo esencial es verdadera, nos abstenemos de hacer mas observaciones acerca de este interesantísimo concilio, al cual asistieron 630 Padres. (El Traductor.)

ron probablemente en la accion décimaquinta: eran, segun unos 26; segun otros 28; segun algunos 30. El cánon 28°. nunca ha sido reconocido ni aprobado por el papa, como contrario á los derechos de los patriarcados de Alejandría y de Antioquía, consagrados por el cánon 6°. del concilio Niceno. Asistieron seiscientos treinta obispos; y las actas del concilio se encabezaron de la manera siguiente: *In civitate Chalcedonensi, metropoli provinciæ Bithyniæ, facta est synodus ex decreto piissimorum Imperatorum Valentiniani et Martiani, et sub die* 8 *idus octobris, indict.* 4, *in ecclesia Sanctæ martyris Euphemiæ, congregatis et comedentibus Paschasino et Lucentio reverendisimis episcopis, et Bonifacio religiosissimo presbytero, tenentibus locum sanctissimi et reverendissimi Arhiepiscopi urbis Romæ Leonis, et Anatolio reverendissimo episcopo inclytæ urbis Constantinopolitanæ, cæterisque reverendissimis episcopis et gloriosissimis Judicibus.....* Se ve pues que el emperador Valentiniano cooperó con Marciano á la convocacion del concilio, circunstancia harto de señalar. — Santa Pulqueria, de consentimiento con el senado, ofreció á Marciano el imperio, y casó con él, permaneciendo ambos en el estado de continencia. En la accion octava Teodoreto, sospechoso de arrianismo, hizo su profesion de fe clara y explícitamente, y así fué rehabilitado por los legados del papa y por todo el concilio. Es muy digna de notarse la última frase de la accion octava: *Archiepiscopo Leoni, multos annos:* POST DEUM, LEO JUDICAVIT.] Los obispos se separaron llevando la santa satisfaccion y esperanza de asegurar por muchos años la paz de la Iglesia por su concierto y piadosos esfuerzos. Habian dirigido al soberano Pontífice las actas del concilio y una epístola sinodal. Le pedian en esta especialmente confirmase por su autoridad apostólica el privilegio que habian creido otorgar á la silla de Constantinopla: lo mismo le suplicaba Anatolio en una carta particular. San Leon se mantuvo firme contra esta pretension. Su respuesta á Anatolio, y sus cartas al emperador y á la emperatriz santa Pulqueria, son un magnífico testimonio de su solicitud en salvar las reglas de la jerarquía

eclesiástica, sin respeto humano (452). Los Eutiquianos se valieron de la reserva del papa respecto del cánon 28, relativo á la preeminencia de la silla de Constantinopla sobre los demás patriarcados, para decir que san Leon no recibia las actas del concilio de Calcedonia. El papa se vió pues obligado á renovar con cartas públicamente notificadas lo que habia declarado en las que habia remitido á los emperadores y á Anatolio. Confirmaba todo lo relativo á la cuestion dogmática, y aun á lo tocante á la disciplina; mas protestaba contra la atrevida empresa del patriarca constantinopolitano.

5. Mientras que este gran papa volvia á la unidad de la fe y á la paz las iglesias de Oriente, en el Occidente detenia al cruel rey de los Hunos en su marcha triunfante al través de las ruinas del mundo romano. Atila, el mas temible *carnicero de hombres* que hubiese aun parecido al frente de las naciones bárbaras, parecia haber nacido para espanto del universo: salido de los bosques de la Tartaria, parecia llevar en su destino tal terror, que el vulgo se hizo de él la opinion mas espantosa y fatídica. Su presencia y ademanes eran soberbios, altivos, feroces: aparecia una funesta potencia aterradora en los movimientos de su cuerpo, en el devaneo de sus fieras miradas. Su estatura pequeña, su ancho pecho, su cabeza aun mas dilatada, su barba escasa y su tez morena anunciaban ya su orígen. Su capital era un campamento en las orillas del Danubio. Los reyes que habia sometido, hacian la guardia por turno á la entrada de su tienda. Cubriendo su mesa de platos de madera y de comidas silvestres, dejaba las vajillas de oro y plata en manos de sus soldados. Asentado en un taburete, el Tártaro recibia los embajadores de Valentiniano III y Teodosio el Jóven, cuya credulidad engañaba tan lindamente que hiciera honor al mas hábil cortesano de Constantinopla ó de Roma. Decia él de sí mismo, con salvaje energía: « Cae la es» trella, tiembla la tierra; yo soy el martillo del mundo. La » yerba no crece mas por do pase el caballo de Atila. » Se hacia llamar oficialmente el *Azote de Dios*. Los dos emperadores romanos de Ravena y de Constantinopla habian creido dete-

ner á este bárbaro á sus puertas, dándole el título de *general dèl imperio,* y pagándole un tributo que miraban ellos como su renta. Pero el Huno decia: « Los generales de los empe» radores son criados; y los criados de Atila son emperado» res. » Cierto dia envió dos Godos, uno á Teodosio II y otro á Valentiniano III, con este mensaje: « Atila, mi amo y amo » vuestro, os manda le prepareis un palacio. » Era la señal de la invasion (Chateaubriand, *Estudios históricos*). Llevando en pos de sí un enjambre de príncipes tributarios y quinientos mil Bárbaros, pasó el Rhin y penetró en las Galias (451). Era precisamente la época en que el cuarto concilio ecuménico debia de reunirse en Nicea de la Iliria: el terror de las armas de Atila le hizo trasladar á Calcedonia. Tongres, Reims, Arras, Cambray, Besanzon, Langres y Auxerre fueron saqueadas y entregadas á todas las violencias de una soldadesca sin freno. Metz, que quiso oponerse algun tiempo, vió degollar mas de la mitad de sus habitantes: los Bárbaros llevaron el resto prisioneros con su obispo, y pusieron fuego á la ciudad, que quedó reducida á cenizas. Troyes estaba amenazada de igual suerte. Lupo, su obispo, no cesaba de implorar la misericordia divina con sus oraciones, ayunos, lágrimas y buenas obras. En fin, lleno de sobrenatural confianza, se adorna con sus ornamentos pontificales, sale al encuentro de Atila, y le pregunta: « ¿Quién sois vos, para vencer tantos reyes y pue» blos, arruinar tantas ciudades y subyugar al universo? » Atila le respondió: « *Yo soy el rey de los Hunos, el azote de » Dios.* — Si sois el azote de mi Dios, respondió el obispo, » tened cuenta con no hacer sino lo que os permite la mano » que os mueve y os gobierna. » Admirado Atila de la entereza de este lenguaje y de la majestad del santo pontífice, prometió perdonar la ciudad, y la atravesó sin hacer daño. — En París la alarma era tal, que los habitantes pensaban retirarse con sus mujeres y familias á sitios mas defendidos. Santa Genoveva, aquella humilde vírgen de Nanterre, á quien habian consagrado á Dios san German y san Lupo, se hizo la patrona y madre de la ciudad. Animó á todos los abatidos, aseguró sub-

sistencia á la muchedumbre espantada, y prometió en nombre del cielo que Atila no se acercaria á los muros de París. Y en efecto, el rey de los Hunos, cambiando repentinamente de direccion, vino á caer con sus innumerables hordas hácia la ciudad de Orleans. Esta poblacion, destinada á las mas maravillosas redenciones, tenia entonces por obispo á san Agnanio: y le debió su salvacion. Porque sin perder momento tuvo tiempo de llegar á Arles solicitando socorro de Aecio, general de los Romanos. En el momento mismo en que Orleans, apurada del hambre, iba á abrir sus puertas á los Bárbaros, el ejército combinado de Aecio y de Teodorico, rey de los Visigodos, se presentó á la vista de sus muros. Atila, bramando de cólera, levantó el sitio y se fué á buscar en las llanuras de Chalons un campo de batalla donde pudiera desplegar sus fuerzas, y ofrecer el combate á sus adversarios. Aecio y Teodorico contaban en sus filas á un príncipe de los Francos, Meroveo, que mandaba un cuerpo de su nacion. Los dos ejércitos, acampados en presencia, juntaban cerca de un millon de combatientes. Se empeñó la batalla: fué una de las mas espantosas de que haya hecho mencion la historia. Trescientos mil hombres quedaron en el campo; un arroyo que atravesaba el llano se convirtió en un torrente de sangre. Teodorico perdió la vida, pero aseguró la victoria á sus aliados. Atila, completamente derrotado, se huyó á su campamento, y volvió á pasar el Rhin. — En el año siguiente, 452, volvió á aparecer mas terrible que nunca sobre las fronteras de Italia, despues de haber puesto á sangre y fuego toda la Panonia y la Nórica. Valentiniano III dejó precipitadamente á Ravena y corrió á encerrarse en Roma. Atila sitia y arruina á Aquileya, Padua, Vicenza, Verona, Brescia y Bérgamo, saquea á Milan y Pavía. Al través de los restos de tantas ciudades asoladas é incendiadas, llega cerca de Mantua á las orillas del Mincio: las poblaciones huian en masa despavoridas, é iban buscando, en medio de los pantanos donde despues se fundó Venecia, un asilo contra estos bárbaros vencedores. Se creyó que habia llegado sin remedio la última hora del imperio romano; san

Leon, empero, logró conjurar el peligro. Se presentó ante Atila como el enviado del cielo, como un embajador de paz. Estas dos soberanías, de la palabra y de la espada, se hallaron cara á cara; mas la espada se inclinó ante la majestad del Evangelio. Atila, sobrecogido de respeto á la vista de este gran Pontífice, cuya reputacion habia llegado hasta el fondo de la Tartaria, escuchó favorablemente sus proposiciones; dejó la Italia, y se retiró al otro lado del Danubio, donde la muerte le arrebató en medio de sus planes de destruccion (453). A su vuelta de la embajada, el papa entró en Roma en triunfo, y el pueblo entusiasmado le dió el título de Magno.

6. La auréola del ingenio, que brillaba en la persona del santo Pontífice, realzaba maravillosamente el brillo y majestad de la silla apostólica. Sus cartas eran recibidas en todas las iglesias del universo con testimonios de respeto y de la mas profunda sumision filial. Los obispos de las Galias le decian que excitaban la admiracion universal. « Es justo, añadian, » que sea establecida la primacía de la cátedra de Pedro, allí » donde se continúa la tradicion de los oráculos del espíritu » apostólico. » Se reunian en concilio para recibir la condenacion de Eutiques, y agradecian al santo Pontífice la solicitud con que les preservaba de los errores que felizmente aun no habian penetrado hasta sus iglesias. Las del Oriente, no presentaban entonces la union y calma de las del Occidente. En Alejandría, la deposicion de Dióscoro por los Padres de Calcedonia fué ocasion de graves alborotos. El pueblo de Alejandría se dividió entre Proterio, nuevamente elegido, y Dióscoro, desterrado. Los partidarios de este insultaban á los magistrados, y perseguian á pedradas á los soldados que querian apagar la sedicion. Estos se refugiaron en el templo de Serapis, donde fueron sitiados por los amotinados. Furiosos estos aun mas por la resistencia de aquellos, pusieron fuego al templo, donde fueron quemados vivos. El emperador Marciano tomó medidas severas para comprimir y castigar estas violencias. — Entre tanto el nuevo patriarca, Proterio, escribió al papa san Leon para alcanzar de la autoridad de la Sede apostólica la confir-

macion de su eleccion. Así que se hubo asegurado de la pureza de su fe, san Leon envió á Proterio letras de comunion (454). La Palestina se hallaba al propio tiempo hecha presa de una faccion de Eutiquianos, que rehusaban someterse al concilio Calcedonense. Se habia apoderado de la silla de Jerusalen un obispo intruso llamado Teodosio, y se mantenia en ella por los erfuerzos de algunos monjes influyentes, afectos al eutiquianismo, y sobre todo por el favor de la emperatriz Eudoxia, viuda de Teodosio II, que habitaba en la Palestina. San Leon escribió á esta princesa para separarla de la herejía una carta admirable, que puede mirarse como un tratado completo del dogma de la Encarnacion. La controversia entre los dos partidos habia tomado la forma de una logomaquia de gramáticos, y giraba sobre la diferencia entre la particula *de* y la particula *en*. Los cismáticos decian que Jesucristo, Dios y hombre, es *de* dos naturalezas; los católicos que Cristo, siendo verdadero Dios y hombre, no solamente es *de* dos naturalezas, sino que está *en* dos naturalezas. Para hacerse cargo bien de la importancia de esta última expresion, es menester saber que Eutiques y Dióscoro, al decir que Cristo es *de* dos naturalezas, sobreentendian: *antes de la Encarnacion;* y pretendian que en este misterio las dos naturalezas se habian confundido en una sola persona del Hombre-Dios; y hé aquí porqué los católicos insistian tanto en la expresion: está *en dos naturalezas*. El papa escribió á los monjes, autores de estas divisiones, cartas muy elocuentes y sólidas: « ¡Qué no hubieran hecho entre » vosotros las sangrientas persecuciones, los garfios de hierro, » los tormentos y verdugos, si para robaros la integridad de » la fe han bastado vanos artificios de miserables herejes! » ¡Vosotros creeis obrar por la verdad; y sin embargo osais » combatir contra la verdad! ¡Os armais del nombre de la Igle» sia, y lo que haceis es rasgar el seno de la Iglesia! ¿Habeis » aprendido acaso esto de los Profetas, Apóstoles y Evange» listas? » Estas exhortaciones, favorecidas con una vigilancia activa de parte de Marciano, llevaron su fruto. Teodosio, el obispo intruso, fué echado de su silla usurpada, y Juvenal,

patriarca legítimo, entró en el libre ejercicio de su autoridad (454). No se le pasaba á la solicitud de san Leon Magno ninguna de las cuestiones que se agitaban entre las iglesias de Oriente. Apenas supo el restablecimiento de Juvenal en Jerusalen, se apresuró á escribir al patriarca de Antioquía, exhortándole á mantener sin alteracion ni menoscabo sus derechos de metropolitano que trataban de disputarse los obispos de Jerusalen. « No disminuya jamás los privilegios de la iglesia de » Antioquía, decia el papa, la ambicion de ninguno otro; por» que tengo tal respeto á los cánones nicenos, que jamás » permitiré se les quebrante con ninguna innovacion. » Para consolidar mas la unidad de gobierno, daba entonces á Teodoreto, obispo de Ciro, el título y funciones de su legado en las provincias del Eufrates y de la Armenia. — Julian de Cos tenia la misma dignidad en Constantinopla; é informó á san Leon la conducta sospechosa de Anatolio, patriarca de aquella ciudad, con los restos del partido eutiquiano que no cesaban de proseguir sus intrigas y cavilosidades. Aecio, arcediano católico de esta iglesia, habia sido despojado de su dignidad, por dársela á un eutiquiano. El papa insistió con el patriarca para que fuese restablecido Aecio en su dignidad. El emperador Marciano medió é intervino en el mismo sentido, y Anatolio se sometió. Conservaba siempre, empero, la pretension de usar de los privilegios que le conferia el cánon subrepticio del concilio Calcedonense. El papa le reprendió severamente. El patriarca, sin insistir mas, respondió reconociendo la necesidad de la sancion pontifical en este negocio. « En cuanto á lo que ha » sido decidido en favor de la silla de Constantinopla, escri» bia al papa, estad seguro de que no he tenido yo parte activa » en ello. Por otra parte, la confirmacion de todo cuanto se ha » hecho ha sido reservada á la autoridad de Vuestra Santidad. » Estas preocupaciones exteriores no bastaban á absorber la infatigable actividad de san Leon : él se aplicaba á reglar desde entonces la celebracion de la Pascua. Por órden suya, Victorio de Aquitania trabajaba en la redaccion de un cánon pascual mas extenso, exacto y científico que cuantos le habian prece-

dido. El docto Galo volvió á tomar muy de atrás en esta obra toda la serie de lunaciones y dias desde el principio del mundo, siguiendo la cronología de Eusebio : prosiguió su trabajo hasta el año 559 de la Encarnacion. El Ciclo de Victorio, publicado en 457, fué desde entonces la regla de la Iglesia latina, y sirvió en adelante de base á todos los trabajos análogos.

7. Los acontecimientos políticos se sucedian en el Occidente con una gravedad espantosa. Valentiniano III, entregado á los placeres y á los eunucos, era incapaz de gobernar por sí mismo. Aecio, que se habia cubierto de gloria en los llanos de Chalons derrotando al hasta entonces invencible Atila, no tardó en disgustar al débil y apocado Valentiniano III. Mandóle este venir un dia á palacio, y en el ardor de la discusion le atravesó de una estocada. Se hallaba entre los palaciegos un romano verdaderamente digno de este nombre, que dijo al príncipe : « Acabais de cortaros la mano derecha con la izquierda. » Pocos dias despues Valentiniano sucumbió al puñal de sicarios pagados por el senador Máximo, que ansiaba subir al trono (455). El matador se vistió en seguida de la púrpura comprada con un crímen, y obligó á la emperatriz Eudoxia, viuda de su víctima, á recibir como esposa su mano teñida aun en sangre. Eudoxia creyó vengar su honor y la muerte de su marido, sacrificando á su resentimiento el sacro interés de la patria. Llamó á Genserico, rey de los Vándalos, á Roma, y le prometió de ayudarle á hacerse dueño de ella. El Bárbaro partió del África con una armada formidable. La noticia de su llegada se esparció muy pronto en Italia y con ella el terror. Máximo, asesino coronado, se preparaba á salirse de Roma; baja cobardía que irritó sobremanera hasta á sus mismos partidarios. Algunos criados de su palacio le mataron y descuartizaron sus miembros, arrojándolos furiosamente al Tíber (12 de junio de 455). Genserico se hallaba ya á tres jornadas de Roma, y solo quedaba en pié un poder; solo un hombre habia conservado, en medio de la consternacion general, todo su valor, toda su energía. Este poder era el pontificado, y este hombre san Leon Magno. Ya habia salvado á Roma de la invasion de

Atila; aun la salvó de la ferocidad de Genserico. El Pontífice salió al encuentro del rey vándalo, fuera de los muros de la capital, y le hizo prometer respetar la vida y honor de los desventurados Romanos, y de no tocar á los monumentos públicos. Era todo lo que se podia esperar razonablemente de un príncipe bárbaro que traia consigo hordas salvajes, á quienes se habia prometido en recompensa de sus servicios el saqueo de Roma. Durante catorce dias la ciudad eterna fué presa de los soldados de Genserico. Entre las inmensas riquezas que se robaron entonces, las mas sensibles fueron los vasos sagrados traidos en otro tiempo de Jerusalen por Tito. Los Vándalos se llevaron muchos miles de cautivos : fué de este número Eudoxia, que los habia llamado, y sus dos hijas : burla amarga de un Bárbaro desapiadado ! En las playas lejanas, estas bandas de desgraciados cautivos hallaron un consolador y un padre en el santo obispo de Cartago, llamado *Deogracias*. Vendió por el rescate de los cautivos todos los vasos de oro y planta empleados en el sagrado servicio : y para darles abrigo convirtió en hospitales dos grandes iglesias de Cartago, que hizo guarnecer de lechos y de paja, pasando las noches en cuidar con sus propias manos á los que habian enfermado el cansancio y las penas. Cuando vino á sorprender la muerte á este piadoso obispo en medio de sus caritativas tareas, los cautivos romanos se creyeron de nuevo en la esclavitud. Las crueldades de Genserico contra los católicos agravaron aun mas su triste situacion. Este príncipe hizo cerrar la iglesia de Cartago, y desterró á varios puntos á los sacerdotes y clérigos. Desde la costa de África extendia sus rapiñas hasta las costas de España é Italia, en la Sicilia, Cerdeña, Grecia, Epiro, Dalmacia y aun en la Venecia. En cierta ocasion saliendo del puerto de Cartago, habiéndole preguntado su piloto hácia qué nacion debia dirigir la armada : « Hácia aquellos contra quienes esté Dios mas » irritado, » respondió Genserico. De este modo el imperio romano venia á ser un dominio de los Bárbaros. Los emperadores se sucedian, como reyes de un dia, al capricho del conde Ricimero, que ejercia realmente el poder soberano con el título

de general del imperio. Desde el 456 al 461 pasaron por el trono alternativaménte Avito, Mayoriano y Severo, con diversas cualidades y méritos; pero todos con la impotencia de sacudir el yugo de Ricimero. Mientras que el Occidente entraba ya en las convulsiones de la agonía, el imperio de Oriente perdia un perfecto príncipe en la persona de Marciano (457). Con el celo de Constantino por la religion, no tuvo las deplorables inconsecuencias que, despues de abatida ya la herejía, la reanimaron por siglos. Bueno y generoso como Teodosio el Grande, no tenia sus funestos accesos de cólera. Salido de la oscuridad, ensalzó empero la majestad del imperio. En ocasion en que Atila le reclamaba imperiosamente el tributo anual [estipulado con Teodosio II], le respondió con nobleza y valor romano : « Tengo oro para mis amigos, y hierro para mis enemigos. » El papa san Leon, su amigo y admirador, declaró *santa y venerable* su memoria; la Iglesia griega lo celebra, así que á la emperatriz santa Pulqueria, el 17 de febrero. La corona de Oriente pasó á las sienes de Leon el Tracio, gobernador de Selembria, á quien hizo elevar al supremo rango el favor de un bárbaro, el patricio Aspar. Este habia creido hacérselo un instrumento dócil á sus voluntades; el nuevo emperador le probó muy pronto que se habia engañado. Como el patricio le intimase nombrar César á uno de sus hijos, segun convenio anterior, le decia : « No conviene que el que lleva la púrpura » falte á su palabra. — ¿Es que conviene mas el que se le trate » como á esclavo? » repuso Leon.

8. Leon Tracio estuvo muy lejos de ser un gran príncipe á pesar de su tono imperial, ni con mucho igual á Marciano á pesar de su afectada demostracion de catolicismo. Desde el principio mismo de su reinado, volvió á levantar cabeza en Egipto el partido de Eutiques. Un monje, llamado Timoteo *Eluro* (1), en entredicho por causa de su apego á la herejía,

(1) *Eluro* quiere decir *gatuno* (del griego αἰλούρος, gato), porque este impostor recorria de noche las celdas de los monjes, á quienes, fingiendo la voz y llamándolos por su nombre, les intimaba de parte del cielo que desobedeciesen á Proterio, y eligiesen patriarca de Alejandría á Timoteo (que era él mismo).

juntó en las cercanías de Alejandría una turba de sediciosos ganados por el oro; entró en la ciudad á su cabeza, é hizo matar en la iglesia misma al santo patriarca Proterio, cuyo cuerpo fué arrastrado por las calles, entre gritos del populacho. Timoteo ejerció entonces públicamente las funciones del episcopado en Alejandría. Anatematizó al concilio de Calcedonia y á todos los que le recibian, esto es, al papa san Leon, á Anatolio de Constantinopla y á Basilio de Antioquía. Todos los obispos católicos de la provincia fueron arrojados de sus sillas, y reemplazados por hechuras del intruso. Julian de Cos, legado del papa en Constantinopla, participó tan horrendas noticias á san Leon. Timoteo *Eluro* y sus partidarios se habian dirigido al emperador Leon Tracio para lograr la convocacion de un concilio, destinado á revisar el Calcedonense. El papa se opuso vivamente á esta fechoría de los herejes, y todos los metropolitanos de Oriente la reprobaban igualmente. « Nunca acabarian los desórdenes si se renovasen las discusiones al capricho de los herejes, » escribia al emperador el papa (457). Para apoyar mas sus diligencias en la corte de Constantinopla san Leon envió otros dos legados, encargados de amplias instrucciones para con el emperador. A su peticion, Leon Tracio se decidió á dar órdenes formales á Stila, gobernador imperial de Alejandría, para expulsar á Timoteo *Eluro*. El intruso fué relegado al Quersoneso con buena escolta, y reemplazado en Alejandría por un patriarca legítimo, Timoteo *Solofaciola*, quien se apresuró á hacer confirmar su eleccion por el soberano Pontífice. Recurrian á la decision de este gran papa todos los obispos del universo, en un tiempo en que la invasion de los Bárbaros por todas las fronteras del imperio romano multiplicaba las dificultades de la administracion disciplinal. La correspondencia de san Leon es un inmenso repertorio de soluciones de toda especie, de discusiones teológicas, de casos de conciencia aclarados por las reglas canónicas. Ciento setenta y tres cartas que conservamos de él, serán para siempre jamás un modelo perfecto para el gobierno espiritual. La muerte le arrebató el 11 de abril de 461, en medio de su mayor solicitud y

trabajos. Dejó como monumentos de elocuencia apostólica sesenta y nueve sermones, en que expone con admirable claridad los mas elevados misterios de la filosofía cristiana. « Aun» que los escritos de san Leon Magno, dice un sabio crítico, no » estén exentos de algunos defectos propios del mal gusto de » su siglo, no dejan de ser notabilísimos por la nobleza y ele» gancia de estilo, por la precision y claridad de las ideas, por » la fuerza de raciocinio y por los movimientos patéticos de » una elocuencia brillante que encanta al espíritu y se lleva el » corazon. » Júntense á estos grandes trabajos literarios los actos inmortales que señalaron su glorioso pontificado: la fe católica vindicada de la ignominia del *latrocinio de Éfeso*, por el cuarto concilio general Calcedonense; Roma salvada de la invasion de Atila, de la carnicería é incendio de Genserico; el Oriente librado de los furores del eutiquianismo, y uniéndose mas y mas á la cátedra de san Pedro, para marchar con el Occidente bajo la influencia de la grande unidad romana: y se concebirá porqué la posteridad ha consagrado el dictado de Magno, que en un momento de entusiasmo le dió el reconocimiento público al Pontífice que obraba tantas maravillas en medio de incesantes revoluciones, de tronos derrocados, de emperadores asesinados y de un mundo á su ruina. — Se cree que san Leon ha sido el primer papa que haya autorizado nuncios apostólicos cerca de los príncipes. Hemos visto á Julian de Cos residir oficialmente con este título en la corte de Constantinopla. Las cartas credenciales son muy dignas de notar. « Os ruego, dice » san Leon al emperador Marciano, acojais con amor y bene» volencia á nuestro venerable hermano el obispo Julian; ha» llaréis en su deferencia y solicitud una imágen de mi presen» cia. Yo me confio á la sinceridad de su fe; le he delegado » todos mis poderes contra los herejes de nuestros tiempos; y » he exigido que para vigilar mejor al mantenimiento de la » paz en las iglesias, no se aleje de vuestra augusta persona.» Tal es el primer vestigio que nos ofrece la historia eclesiástica de las nunciaturas apostólicas, establecidas en el transcurso del tiempo por todos los reinos cristianos, para representar la

autoridad de la Santa Sede y vigilar, cerca de los soberanos y de las nacionalidades, por la integridad de los intereses de la religion. Poco antes de su muerte, san Leon Magno habia hecho abolir la costumbre que se iba introduciendo en las iglesias de leer públicamente los pecados de los que estaban sometidos á la penitencia canónica. El papa declaró que habia que limitarse á la confesion secreta, hecha á un sacerdote aprobado, la sola necesaria.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HILARIO (10 de setiembre de 461-17 de noviembre de 467).

9. Se eligió por sucesor de san Leon al arcediano Hilario, que habia sido uno de los legados de la Santa Sede en el famoso *latrocinio de Éfeso*, y cuya conducta en aquella circunstancia habia sido tan noble como valerosa (10 de setiembre de 461). Apenas en el trono pontifical, Hilario escribió á todas las iglesias de Oriente una epístola decretal donde confirmaba los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia; condenaba á Nestorio, á Eutiques con sus adherentes, y recordaba el gran principio de la autoridad y principado de la silla apostólica, como base y centro del gobierno de la Iglesia. Dirigia al mismo tiempo á los obispos de Occidente una circular para informarles su promocion al pontificado. « Como la Iglesia romana es » madre de todas las demás, le respondia Leoncio de Arles, » nos vemos colmados de júbilo al saber que en medio de esta » gran consternacion del mundo, en esta intensa enfermedad » del siglo, hayais sido promovido para juzgar los pueblos y » dirigir las naciones en sus caminos de la tierra. »

10. La dificultad de los tiempos, de que habla Leoncio de Arles, estaba complicada por los acontecimientos políticos y por la invasion mas y mas amenazante de los Bárbaros. Resonaba por todo el imperio el ruido de las armas, y ya no se mandaba por los emperadores mismos, que en el Occidente se sucedian al capricho de las intrigas del ministro godo Ricimero. En medio de esta decadencia general, san Hilario llevó con mano firme las riendas del gobierno eclesiástico. Los actos de su

corto pontificado tienen todos por blanco estrechar mas y mas los lazos de la jerarquía, mantener al frente de las diócesis prelados capaces y celosos, impedir los estragos de la herejía. En 460, Rústico, obispo de Narbona, habia solicitado del papa san Leon autorizacion para dejar su obispado y retirarse del mundo. El santo Padre se lo negó, instándole á que pospusiese su interés personal al bien general de la Iglesia. Rústico se resignó. En 461 consagró á su arcediano Hermes, obispo de Beziers; mas los habitantes de esta ciudad rehusaron recibirle. Entretanto llegó á morir Rústico, y Hermes se hizo elegir para sucederle en Narbona. Esta traslacion fué delatada al papa san Hilario como contraria á las reglas canónicas. Partieron para Roma dos obispos, Fausto de Riez y Auxiano de Aix, para dar curso á estas diligencias. Asistieron á un concilio que el papa celebraba á la sazon (19 de noviembre de 462). La causa de Hermes fué examinada, y el papa hizo saber á los obispos de las provincias de Viena, Leon, Narbona y de los Alpes el resultado del concilio. Se convino en que quedaria Hermes en la silla de Narbona para bien de la paz y por indulgencia con el nuevo obispo. Mas temiendo que este ejemplo no tuviese consecuencia en imitarse, se resolvió que Hermes, mientras viviese, no tendria poder de ordenar los obispos de su provincia; y que este poder se transfiriria al obispo de Uzés, como al mas anciano de la provincia. Despues de la muerte de Hermes, el derecho de ordenar debia volver al obispo de Narbona, como metropolitano. Era en esta época tanto mas importante mantener la subordinacion jerárquica, cuanto que cambiaban con las frecuentes revoluciones las provincias de los soberanos temporales. Así es que los papas vigilaban mucho sobre este punto: san Hilario lo probó contra Mamerto, obispo de Viena, cuyo nombre fué insertado despues en el catálogo de los Santos, y que acababa de instituir la fiesta de las *Rogativas,* procesiónes anuales para atraer la bendicion de Dios sobre los frutos de la tierra. En su calidad de metropolitano de Viena, san Mamerto queria extender su jurisdiccion á la iglesia de Die (*Dea Vocontiorum*); y ordenó un

obispo á pesar de la resistencia de los ciudadanos. Leoncio de Arles, á quien realmente pertenecia este derecho, lo defirió al papa, que reprendió la conducta de san Mamerto, y mandó que por entonces la eleccion del obispo de Die fuese confirmada por Leoncio de Arles.

11. Los mismos principios jerárquicos se aplicaban por san Hilario contra Silvano, obispo de Calahorra en España. Habia ordenado tambien á un obispo sin el consentimiento del metroplitano de Tarragona, de quien dependia. Este negocio, examinado en Roma (465), se resolvió como el de san Mamerto; y el obispo elegido fué enviado ante el metropolitano para alcanzar la confirmacion de su autoridad. — Otra violacion de los cánones fué denunciada al concilio de Roma respecto de la iglesia de Barcelona. Nundicario, su último obispo, habia manifestado, ya moribundo, el deseo de tener por sucesor á Ireneo, obispo ya de otra ciudad : se verificó pues la translacion de Ireneo á la silla de Barcelona por respeto á este deseo. Algunos ejemplares de hechos semejantes daban cierto color de regularidad á esta translacion. Mas para precaver en lo sucesivo semejantes abusos, el papa declaró nula la translacion de Ireneo, y mandó elegir en la forma ordinaria un obispo de Barcelona, para protestar solemnemente contra toda tendencia á mirar el obispado como hereditario; y á abajar, degradándola, la dignidad conferida por Cristo, á un simple legado de testador. Para asentar mas sólidamente las reglas canónicas y la observancia de estos decretos en España, san Hilario envió á esta provincia al subdiácono Trajano, como legado suyo. — Recomendaba al mismo tiempo la celebracion de concilios provinciales, como una de las medidas mas propias para mantener en las diversas iglesias el verdadero espíritu de religion y disciplina.

Es muy notable en la historia de la Iglesia que el desarrollo progresivo y regular de sus instituciones, disciplina, liturgia, sea en razon directa de la libertad dejada á los obispos de reunirse en concilios por medidas de interés general. Cuantos males producia la presion del poder temporal en los concilios bajo

príncipes tales como Constancio y Valente, tantos y mas bienes y felicísimos resultados producian los concilios reunidos libremente y sin entrabas, para el bien de la Iglesia, la unidad de direccion en su gobierno, y ventaja espiritual de los fieles. Las Galias entraron de lleno en las miras de san Hilario. Los concilios de Arles, de Tours, de Vannes, celebrados en esta época, testifican á la vez su celo en seguir el impulso dado por la Santa Sede, y el vigor apostólico con que sostenian incontrastables las reglas de la disciplina canónica. El concilio de Arles fija una cuestion de jurisdiccion episcopal respecto de los monasterios con motivo de la famosa abadía de Lerins. Fué decidido que solo el obispo de Arles tenia derecho de ordenar en él clerigos de diversos órdenes; pero que los monjes legos quedarian bajo la autoridad y conducta del abad, sin que el obispo se ingiriese ni en su eleccion ni en su gobierno. — El concilio de Tours renueva las ordenanzas relativas á la continencia de los clérigos; les prohibe dejar sus diócesis sin conocimiento de su obispo; fija los grados de la jerarquía eclesiástica y los derechos de las diversas jurisdicciones. El concilio de Vannes confirmó la mayor parte de lo dispuesto en Tours; é hizo extensiva á los monjes la prohibicion de viajar sin cartas *recomendaticias* de su obispo. Es de notar un ordenamiento particular relativo á la adivinacion ó *suerte de santos*. No es indiferente hacer observar que esta costumbre supersticiosa principió á verse en el Occidente en una época en que los acontecimientos presentes, llenos de disturbios y angustias, impelian naturalmente á los espíritus á conocer lo venidero. Por otra parte, la profunda turbacion acarreada en el mundo político por la invasion de los Bárbaros, tenia necesariamente por rechazo ó contrapeso cierta reaccion en el mundo moral é intelectual que lo nivelaba.

12. El Oriente, durante el corto pontificado de san Hilario, ofrece un intervalo de tregua harto raro en su historia, durante el cual parecian dormitar las herejías. Los Bárbaros, que preparaban su grande invasion en Roma, parecia desdeñaban el imperio griego. Dos catástrofes acontecieron en este período;

la casi total ruina de la floreciente y rica ciudad de Antioquía por un espantoso terremoto que destruyó la mayor parte de sus monumentos, y un incendio en Constantinopla durante siete dias que devoró ocho de los catorce barrios de esta opulenta ciudad. Estos dos desastres dieron lugar á un prodigio igual de caridad. San Simeon Estilita moraba cerca de Antioquía : un gentío inmenso acudió, despues de la ruina de esta, á buscar al pié de la milagrosa columna del Estilita refugio contra la cólera del cielo. « No creo, dice un testigo de vista, que » de memoria humana haya habido en el desierto asamblea » tan numerosa. Parecia que Dios hubiese arrancado de su » nativo suelo á todas las naciones para reunirlas bajo la tu- » tela de su siervo. » San Simeon hizo proveer por medio de sus discípulos á las necesidades de aquella innumerable muchedumbre, cuyos ánimos esforzaba con sus discursos, sus fervorosas oraciones y su celo caritativo. Este concurso cerca del solitario duró cincuenta dias, despues de los cuales les exhortó á la observancia de los mandamientos de Dios y de las virtudes cristianas ; luego añadió : « Volveos ya á vuestras » casas ; continuad vuestros negocios y que los jornaleros » vuelvan á sus trabajos, que Dios se compadecerá de vos- » otros. » Un mes despues, san Simeon Estilita vió llegar la hora de su muerte ; y echando una ojeada á las cuatro partes del mundo, al que bendijo, reposó su cabeza en uno de sus discípulos y espiró. — Otro émulo de su virtud, imitador de su género de vida, se habia fijado cerca de Constantinopla ; y era Daniel Estilita. Despues del incendio que arrasó los dos tercios de la capital, los habitantes fueron tambien á ponerse bajo la proteccion de san Daniel, que parecia ofrecer entre la tierra y el cielo en expiacion á la justicia divina las súplicas y lágrimas de los hombres. El emperador Leon Tracio vino tambien allí con la emperatriz para suplicarle intercediera en favor de su pueblo : la oracion de un santo monje fué un escudo para el imperio (465).

El conde Ricimero acababa de colocar en el trono un nuevo simulacro de emperador : y era Antenio, yerno de Marciano

al que llamó desde Constantinopla para revestirle de un poder efímero. Antemio trajo consigo un hereje macedoniano, llamado Filoteo, que queria á favor del crédito de que gozaba en la corte introducir en Roma su herejía. San Hilario reclamó enérgicamente contra esta tentativa. Cierto dia en que Antemio asistia á una ceremonia en la basílica de san Pedro, el papa le interpeló públicamente, y le hizo prometer oponerse á la tentativa de los Macedonianos. Este acto de vigor apostólico terminó la carrera del santo Pontífice, que murió el 10 de setiembre de 467. San Hilario habia mandado establecer dos bibliotecas en la basílica de Letran. De este modo el pontificado abria un asilo á los tesoros de la inteligencia, en la época misma en que la invasion bárbara iba á amenazar su existencia por tantas siglos.

§ III. **PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO.** *Primera parte* (27 de setiembre de 467 hasta el fin del imperio de Occidente, en 23 de agosto de 476).

13. Inminente era ya la ruina del imperio romano de Occidente, cuando subió al trono pontifical san Simplicio, el 27 de setiembre de 467. Las divisiones intestinas que le devoraban no hacian ya eco en las poblaciones indiferentes : estaban viendo á Antemio, asesinado por Ricimero, dejar el trono á Olibrio, á quien muy en breve reemplazó Glicerio, comandante de la guardia imperial. La fuerza vital de esta sociedad, mezclada de Bárbaros, acostumbrada á las conmociones políticas, extraña á los cambios diversos de sus señores, se habia concentrado toda en la Iglesia católica, cuyo gobierno presentaba, solo, un espectáculo de unidad intelectual y moral. San Simplicio, segun tradicion de sus mayores, y á fin de estrechar mas con la Sede Romana las diversas comarcas del mundo, nombró un vicario apostólico en España. Es de creer que esta costumbre estaba ya establecida para todos los demás reinos. Ya la hemos notado en Constantinopla, así como en la Iliria y Armenia.

14. La decadencia de los caractéres, señal de la caida de

los imperios, era ya palpable en el mundo político. Solo la Iglesia se eximia de esta decadencia general. Milagros de santidad brillaban por todas partes en las sillas de las principales ciudades del Occidente. En Pavía el obispo san Epifanio inspiraba amor y admiracion universal. No se sabia un solo ejemplo de ninguna naturaleza que, por mas furiosa é indómita que fuese, hubiese podido resistirse al atractivo celestial del jóven y piadoso prelado. Sus contemporáneos decian de él: Epifanio persuadiria hasta á las fieras: el beneficio que llega á pedir, lo alcanza antes que hable. Su fisonomía es la radiacion misma de la vida. En las contiendas que la ambicion de Ricimero sembraba entre él y sus víctimas coronadas, intervenia alguna vez san Epifanio de Pavía con el éxito ordinario de todos sus actos. Una embajada de que fué encargado por el orgulloso ministro, cerca del emperador Antemio, brilló sobre todo por su carácter triunfante. La guerra parecia decidida, y la Italia iba á añadir á todos sus desastres el de una lucha intestina en que se degollarian sus propios hijos. La voz pública designó á san Epifanio como el solo mediador posible. Los nobles Ligurianos vienen á Milan, se echan á los piés de Ricimero y le suplican con lágrimas que ponga fin á tan funestas disensiones y escoja por embajador al santo obispo de Pavía. Epifanio fué pues enviado á Roma, con proposiciones de paz, cerca del emperador Antemio. Fué acogido por toda la ciudad con aclamaciones de entusiasmo; se le tributaron homenajes públicos de veneracion, y llevado en triunfo por los mismos Romanos, se presentó al emperador. Sus elocuentes y persuasivas palabras dulcificaron lo que la conducta de Ricimero habia tenido de acrimonia y habia irritado el ánimo del príncipe. « La » gracia que estaba yo resuelto á negar á un ministro arro» gante, le dijo, soy el primero á ofrecerla por vuestra media» cion. Si os engaña, él se castigará á sí propio. Respecto de » mí, pongo en vuestras manos el imperio y mi persona. » San Epifanio merecia estos magníficos homenajes por sus eminentes virtudes; su paciencia, mortificaciones, ardiente caridad, celo por las ciencias, y su amor á las sagradas Escrituras, e-

trataban la vida y trabajos de los mas ilustres doctores. — En tanto que esta lumbrera brillaba en Italia, las Galias veian tambien á su cabeza santos obispos que guiaban los pueblos en este siglo de universal desconsuelo. San Paciente, metropolitano de Leon, era en cierto modo la Providencia viva de toda su provincia. A consecuencia de las incursiones de los Bárbaros, el hambre asolaba todas las comarcas meridionales de las Galias. San Paciente multiplicaba los socorros de su caridad para abastar tantas gentes. Grandes convoyes de trigo embarcados por sus órdenes en el Sona y Ródano llevaban la abundancia á Arles, Riom, Aviñon, Orange, Viviers y Valencia. « Y así, dice Sidonio Apolinar, que nos revela estos » detalles, cuando la inundacion de la irrupcion gótica ha » destruido las mieses, un solo obispo alimenta á todo el pue» blo : el hambre general no tiene otro socorro que él. » El carácter episcopal tomaba desde entonces á los ojos de las poblaciones un ascendiente que explica el ascendiente político que, por la fuerza misma de las cosas, van á ejercer los obispos en el mundo. No se ha comprendido bien esto : el movimiento que impelió á la Iglesia á llevar el timon y la direccion de los negocios temporales, y que los grandes acontecimientos políticos van á mostrarnos siempre en aumento, fué un movimiento espontáneo y natural de los pueblos que de su propio motu venian á agruparse en torno del solo centro de vida y de fuerza que subsistiese [y sobreviviese á tanta ruina]. El pontificado y el episcopado no fueron pues potencias usurpadoras : el instinto de la propia conservacion reunia bajo sus auspicios á los pueblos vencidos : una superioridad [moral reconocida en ellos] inclinaba ante su ascendiente y autoridad las naciones victoriosas : y así todo cuanto contribuia á abajar el imperio de la Roma terrenal, contribuia aun mas á elevar el de Roma cristiana. — San Sidonio Apolinar, poeta, historiador, literato, cuyos escritos son los que mejor nos han hecho conocer esta época de transicion, era entonces obispo de Clermont. Sobrino del emperador Avito, á quien el efímero favor del godo Ricimero habia elevado por un momento al trono,

Sidonio Apolinar principió su vida pública por la carrera política, é hizo admirar en las altas funciones á que fué llamado todas las cualidades de un hombre grande. Espíritu, erudicion, ingenio, bondad, prudencia, elocuencia viva é insinuante, Sidonio reunia todas las ventajas para brillar en el mundo; pero su piedad le hacia dirigir sus pensamientos hácia una vocacion mas santa. En 472, Eparco, obispo de Clermont, su patria, habiendo muerto, Sidonio fué elegido, aunque seglar aun, para sucederle. Esta promocion fué acogida con gozo por todas las iglesias de las Galias, cuyos mas aventajados obispos estaban ya en relaciones de amistad con Sidonio Apolinar. San Lupo de Troyes le escribia: « Con vuestras alianzas gloriosas » habeis emparentado con las grandezas imperiales; habeis » ejercido con honra y aplauso los cargos mas elevados del » Estado, y habeis logrado llegar á cuanto puede aspirar la » serie de inquietos deseos en este siglo. El órden se mudó » ya: vos habeis arribado á la cima de la dignidad en la casa » del Señor. Yo que tanto os he amado cuando seguiais los » áridos senderos del mundo, ¿cuánto mas no os amaré ahora » que seguís los caminos fecundos que llevan al cielo? »

En la misma época, san Eufronio de Autun, san Valerio de Antibes, san Graciano de Tolon, san Demetrio de Niza y san Leoncio de Frejus ilustraban sus sillas episcopales con eminentes virtudes. La mayor parte morian gloriosamente mártires de la fe en las invasiones de los Visigodos. La reputacion de estos grandes hombres no era la sola que ilustraba á la Iglesia católica. [Además de los grandes hombres que engrandecian la la Italia en esta época de envilecimiento político, la Iglesia de España contaba lumbreras de la fe, de la santidad, ciencia y caridad cristiana. Capreolo, obispo de Cartagena, Paterno de Braga, santo Toribio de Astorga, Idacio de Barcelona, Antonino de Mérida, Ascanio de Tarragona, Zenon de Sevilla, eran para la España lo que san Lupo y san Paciente fueron para las Galias; lo que san Epifanio de Pavía para la Italia.] La Panonia poseia un santo ermitaño de santidad eminente: se llamaba Severino; nadie supo ni su nacimiento ni su país nativo. A las

preguntas que relativamente á esto se le hacian respondia: «Si » creeis que deseo sinceramente la patria celestial, ¿qué necesi» dad teneis de saber mi patria terrestre?» Sus austeridades igualaban á las de los solitarios de la Tebáida : no comia sino puesto el sol, y en cuaresma una vez por semana : dormia envuelto en un cilicio en el suelo de su oratorio. — Los confines de la Panonia y de la Nórica, que comprendia la Baviera y Austria actuales, eran como el camino real de los Bárbaros para Italia. Las guarniciones, escalonadas por el Danubio, no pudiendo ser renovadas en la decadencia del imperio, iban desapareciendo, dejando casi libre á los Bárbaros su entrada en el imperio. Los Rugienos, en posesion de estas comarcas, se consideraban como aliados de Roma; pero se veian atacados á su vez por los Hérulos, Turcilingos y Alemanes. Era una guerra universal á la que no se preveia término. Por todas partes ciudades tomadas de asalto, saqueadas, incendiadas, arruinadas; poblaciones inmensas en esclavitud. El refugio de los pueblos en estas calamidades era Severino. Su presencia hacia retirarse á los Bárbaros; y así es como le debió su salvacion la ciudad de Comagena. Viena, presa de un hambre horrorosa, encontró recursos en su caridad y solicitud previsora. Los reyes de los Rugienos, Flacciteo y su sucesor Fava, nada hacian ni emprendian de nuevo sin consultar al hombre de Dios. Severino se valia del ascendiente con ellos para rescatar numerosos cautivos que guerras tan continuas echaban en la esclavitud. Era como el centro de la caridad general, é instituyó el diezmo de los pobres y cautivos, cuyos productos le eran puntualmente entregados por las vecinas poblaciones. Así era como iba dominando á la barbarie el elemento religioso bajo todas sus formas, y sobresalia como un principio conservador sobre todas las revoluciones de este siglo. — Retirado cierto dia en una celda solitaria á algunas leguas de Viena, Severino vió llegar una tropa de Bárbaros Arrianos, que iban á Italia y le pedian de paso su bendicion. Entre ellos se hallaba un jóven de estatura tan alta, que no pudo estar de pié en su celda. Estaba vestido pobremente; su nacimiento vulgar no habia podido hacerle

conjeturar grandes destinos. El santo ermitaño, viéndole encorvado así en su presencia, le dijo : « Entrad, hijo mio, en esa » Italia que se ofrece á vuestros pasos : ahora vais cubierto de » despojos de animales; muy pronto repartiréis entre vuestros » compañeros los despojos del mundo. » Este jóven Bárbaro era Odoacro.

15. Tres años mas tarde, despues de varios sucesos y aventuras, se hallaba investido de un cargo eminente en las guardias de Italia. Julio Nepote, que habia destronado al emperador Glicerio y le habia forzado á hacerse obispo de Salona, se veia destronado tambien por Oreste, que revistió de la púrpura á su hijo Rómulo Augústulo. Odoacro, á la cabeza de los Alanos, Esciros, Rugienos, Hérulos y Turcilingos, intimó á este último abandonase á los Bárbaros el tercio de la Italia. Oreste, que gobernaba á su hijo, se creyó harto poderoso para rehusarle el pedido. Odoacro le sitia en Pavía, toma por asalto la plaza, le prende y le mata. El 23 de agosto de 476, sus soldados proclamaron á este Bárbaro, de religion Arriano, *rey de Italia*. Rómulo Augústulo, sorprendido en Ravena, queda degradado de la púrpura. Odoacro asigna al último emperador romano una pension de seis mil piezas de oro, y la antigua quinta de Luculo por retiro. Cayó el imperio de Occidente. La Iglesia, contra la cual habia combatido durante tres siglos, quedaba en pié sobre sus ruinas, para consuelo de los vencidos y civilizacion de los vencedores.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

RESÚMEN DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA (312-476).

1. Progresos del Evangelio en Oriente.— 2. Progresos de la Iglesia en Occidente.— 3. Polémica pagana. Apologistas de la segunda época. — 4. Herejías. Doctores. Concilios. — 5. Desarrollo de las instituciones monásticas. — 6. Gobierno, culto y disciplina.

1. En la época segunda la Iglesia extendia sus conquistas fuera de los límites del imperio romano. En el Oriente la Armenia era evangelizada por san Gregorio el Iluminador, descendiente en línea lateral de la sangre real de los Arsacides (386). Los Iberos, habitantes de la Georgia actual, colocados al norte de la Armenia, separados del mar Caspio por el país de los Albanos y del mar Negro por la Cólquida, recibieron tambien la fe hácia el año 326. Una cautiva cristiana fué el apóstol de esta nacion, que se convirtió en vista de los milagros que Dios obraba por su intercesion.—La Persia, como ya hemos dicho, contaba entonces numerosas iglesias, que tuvieron su martirologio ilustre y numeroso durante la cruel persecucion de Sapor. La provincia de Adiabena, por su contacto con la Armenia y la Osroena, era ya casi toda ella cristiana. Las provincias occidentales, donde mas afluia la poblacion siríaca, recibieron mas abundantemente la fe cristiana : así es que la larga lista de los obispos de Persia se compone casi exclusivamente de nombres siríacos. Mas tarde, el nestorianismo se introdujo en el seno de esta cristiandad é hizo muchos estragos. Protegida la herejía por los reyes del país, se plantó en dicha comarca y se perpetuó hasta la invasion del mahometismo. — La Abisinia, convertida hácia el año 326, por dos jóvenes Sirios, Frumencio y Edeso, resistió valerosamente á los esfuerzos del emperador Constancio, que envió allí misioneros arrianos,

Quedó pues firmemente constante en la fe católica. Los patriarcas de Alejandría conservaron el derecho de nombrar y de consagrar al metropolitano de este país bajo el título de *obispo de Etiopia*, en memoria de Frumencio, consagrado por el gran san Atanasio. — El cristianismo habia hecho igualmente grandes progresos en la Arabia. Y aun, segun refiere Filostorgio, la India habia recibido tambien grande impulso hácia el gran corriente que en aquella época llevaba al mundo á la doctrina del Evangelio. [Por lo demás, está hoy muy bien justificado que ya en el siglo cuarto existia en aquellos parajes una Iglesia cristiana antigua.]

2. No era menor la propagacion del cristianismo en el Occidente. Los Germanos se sometieron fácilmente al yugo de la fe, á excepcion de los Sajones, que se mostraron obstinados en el culto de los ídolos y hostiles al cristianismo, hostilidad de que, aun doscientos años mas tarde, le costó gran trabajo triunfar al ingenio y sumo ascendiente de todo un Carlomagno. Pero todas las tribus alemanas que emigraron á las provincias occidentales del imperio romano, habian recibido un cristianismo mutilado, desfigurado por los errores arrianos, excepto los Francos y los Anglo-Sajones. Y aun esto es lo que mas contribuyó en el cuarto siglo, bajo los emperadores Constancio y Valente, á dar al arrianismo una preponderancia momentánea. La tenacidad con que todos estos pueblos, excepto los Visigodos y una parte de los Lombardos, siguieron esta herejía, aun en medio de las poblaciones católicas, parece fundarse en cierta semejanza que existe entre el politeismo y el arrianismo. Como habian sido convertidos primitivamente por Arrianos, no se elevaron á la idea de una Iglesia única é idéntica para todos los pueblos: acostumbrados desde su orígen á ver en las diversas formas religiosas la expresion de las nacionalidades, consideraron al arrianismo como el genio de su raza. Los Godos fueron los primeros Germanos bautizados. Venidos desde la lejana Escandinavia, mas allá del mar del Norte, habian aparecido ya en el año 215 en las riberas del Danubio. Establecidos en las orillas de este y por las costas

del Ponto Euxino, al norte y poniente, habian llegado á ser para el imperio enemigos formidables. Formaban dos grandes tribus bajo dos dinastías : la de los Ostrogodos se extendia desde el Dniester al Don; la de los Visigodos del Dniester al Theiss. Prisioneros y cautivos que habian traido de sus devastadoras excursiones en la Grecia y Asia menor, plantaron el Evangelio entre ellos hácia la mitad del segundo siglo. En el concilio de Nicea figuraba ya un obispo godo, llamado Teófilo. Se propagó entre ellos en un principio la fe católica, hasta el advenimiento del emperador Valente, que logró por el crédito del obispo Ulfilas [muy afamado y venerado en toda la nacion goda por su mucho saber y virtudes], propagar el arrianismo en ella. Este prelado, seducido por las promesas de la corte imperial en una embajada de que le habia encargado Atanarico, consintió en propagar entre los Visigodos el error de Arrio, haciendo traicion á su creencia primitiva. Facilitó el éxito de esta mision la influencia que el obispo Ulfilas tenia en su patria, dotándola de un alfabeto y de una traduccion de los sagrados Libros. Aunque despues de Ulfilas haya predominado el arrianismo entre los Godos cristianos, se hallaban sin embargo entre ellos católicos en tanto número, que san Juan Crisóstomo hizo fabricar una iglesia especial en Constantinopla al uso de los soldados godos que servian en los ejércitos romanos, y permitió celebrar en ella el oficio divino en su lengua por sacerdotes de su nacion. El respeto de los Godos por las iglesias, y por los desventurados que se habian refugiado en ellas cuando la toma de Roma por su rey Alarico en 410, debió provenir del alto favor de que ya gozaba entre ellos la religion cristiana. San Jerónimo nos dice que estos Bárbaros, de pelo rubio, tenian entre sus tiendas de campaña iglesias portátiles donde se reunian para orar. Desde los Visigodos, pasó el cristianismo, mezclado con la herejía arriana, á los pueblos aliados suyos : á los Ostrogodos, Gépidas, Vándalos, Alanos y Suevos. Los Vándalos eran en gran parte cristianos cuando pasaron el Rhin é invadieron las Galias; y si es cierto, como escribe Idacio, que su rey Genserico, que comenzó á reinar en 428,

pasó del catolicismo á la herejía arriana, se seguiria que este pueblo no habia debido solamente á los Godos las primeras predicaciones evangélicas. — Los Burgondes, ó *Borgoñones*, salidos del nordeste de la Alemania, se extendieron hasta la Helvecia y la Saboya, y sometieron las Galias de ambas orillas del Sona y del Ródano. Trataron á los Galos de sus dominios, no como á vencidos, sino como hermanos de religion, segun lo atestigua Orosio, hácia el año 417, época en que este pueblo estaba ya convertido. Otra rama, mas pequeña, de la misma nacion no recibió el bautismo sino en 430, segun testimonio de Sócrates el historiador. Los Burgondes quedaron católicos bajo sus reyes Gondikar, Gondioch y Chilperico, que tenia su corte en Ginebra: mas despues de 430, en el reinado de Gondebaudio, que hizo degollar á su hermano Chilperico con toda su familia, se volvieron Arrianos á instigacion de su monarca. El catolicismo fué restablecido despues de la muerte de Gondebaudio por su hijo y sucesor Sigismundo en 517. Los Vándalos, Alanos y el rey Hermerico con sus Suevos, habiendo pasado los Pirineos en 409, se repartieron la península ibérica. La Galicia y el poniente de la España tocó á los Vándalos y Suevos; pero los primeros habiendo pasado al África desde el año 420, los Suevos se desarrollaron mas libremente, y conducidos por Rechila, sometieron todo el norueste de la Península. Los Visigodos, que Alarico habia traido en 410 á la conquista de Roma y de Italia, y los que Ataulfo habia introducido en las Galias dos años mas tarde, hostigados por los Romanos, pasaron tambien á España en 414. Se apoderaron de la mayor parte de este país, no dejando á los Suevos sino la Galicia y parte de la Lusitania; poco á poco, bajo la conducta de sus reyes Walia, Teodorico y Eurico, invadieron el medio-día de las Galias hasta el Loira. Tolosa fué entonces la capital del gran imperio visigodo. Al rey pagano Rechila le sucedió un rey católico; mas Remismundo, que casó con la hija del soberano visigodo Teodorico, introdujo en 469 el arrianismo en su pueblo, por medio de un sacerdote gálata, llamado Ajax, que como él se habia pasado á la herejía. La Galicia no volvió á

ser católica sino noventa años mas tarde, en 560, con su rey Teodorico. [Segun el arzobispo don Rodrigo, el primer Bárbaro que llegó á España fué un príncipe franco, venido del Rhin, que despues de haber destruido á Tarragona, y asolado toda la España durante doce años, habiendo hallado numerosas embarcaciones en Cartagena y Cádiz, pasó al África (360-390). Mas tarde, llamados por Estilicon, vinieron á España Vándalos, Suevos, Alanos y Silingos: el rey de los Suevos era Hermenerico. Los Visigodos por otra parte vinieron por primera vez entre el 369 y el 373, al mando de Atanarico y de Iridigarno. Alarico y Radagaiso, ó Radaguesio, vinieron al frente de otras tribus ó tropas numerosas hácia el año 383. Y finalmente Ataulfo, casado con Placidia, hermana de Honorio, vino con un grueso ejército visigodo, como auxiliar de su cuñado, para subyugar á los Bárbaros usurpadores de la Península, que ó los arrojó de ella, ó los subyugó, quedando dueño de toda España, excepto los Suevos de Galicia y Lusitania, que continuaron, sin duda como aliados ó tributarios. Los Españoles proclamaron rey á Ataulfo, y es el primer rey visigodo de España, aunque se reputan tales Atanarico, Iridigarno, Alarico y Radaguesio.] — El destino del catolicismo en las provincias meridionales de Francia, bajo el cetro arriano de príncipes visigodos, estuvo sujeto á muchas vicisitudes. Impelido por desconfianzas políticas y obcecado de un increible furor de arrianismo, el rey visigodo Eurico (1) se entregó á tales persecuciones contra los católicos, que, segun la expresion de Sidonio Apolinar, « se dudaba si intentaba mas » bien la exterminacion del catolicismo que la extension de su

(1) Creemos sea el Teodorico, tio de san Antonino mártir, y hermano de Galacio; ambos idólatras, no arrianos. El rey Eurico de España fué un buen rey: si fué el mismo que aquí se cuenta, la persecucion en las Galias seria por motivos locales, pues no se dice hubiese perseguido la religion católica en España á pesar de reinar 23 años, lo menos. Aun mas, la compilacion de leyes godas que hizo, y fueron la base del Fuero Juzgo, así como la publicacion en España del código Teodosiano, basado sobre la religion católica, prueban que ya que no fuese católico, fué muy prudente y tolerante en España. Nosotros estamos inclinados á que los reyezuelos de Tolosa eran tributarios ó dependientes de los de España, que se fijaron en Toledo como capital de su reino. (El Traductor.)

» reino. » Hacia cerrar con haces de zarzas secas las puertas de las iglesias, y les ponia fuego; encarcelaba á los sacerdotes, desterraba á unos, mataba á otros, especialmente á los obispos, cuyas sillas exigia quedasen vacantes. Así es que Burdeos, Rhodez, Limoges, Gevaudan, Causa, Bazas, Cominges y Auch quedaron largo tiempo sin pastores. El catolicismo no triunfó definitivamente en esta lucha sino cuando cayó el trono de Tolosa bajo la dominacion de Clodoveo, despues de ochenta y nueve años de duracion. [Sin embargo, la dominacion de los Visigodcs y Suevos en España, no parece haber sido funesta al catolicismo durante esta época; pues que además de no hacerse mencion de ningun mártir de aquella época, ni de ninguna persecucion abierta ni hipócrita, vemos que las sillas episcopales se multiplicaban en España, tanto que en el siguiente siglo pudieron reunirse cerca de noventa obispos españoles en algunos concilios nacionales. Durante esta misma época se celebraron los concilios primero de Toledo, primero de Zaragoza, el concilio Aquis-Celenense en la Galicia, un concilio general nacional de los obispos de las provincias Cartaginense, Tarraconense, Bética y Lusitana, probablemente bajo la presidencia de santo Toribio de Liebana, en el año 447. Otros varios concilios debieron celebrarse, cuyas actas se han perdido; así como las de los dos últimos concilios mencionados en la fatídica irrupcion de los Sarracenos, que ante todo incendiaban los archivos y quemaban todas las escrituras públicas.] Hemos tenido ocasion de hablar á su tiempo de la persecucion de los Vándalos en África contra los Católicos. Esta desconsolada Iglesia estaba como predestinada á no poder levantarse de su ruina. A la tiranía de los Vándalos se sucedió la de los Moros mahometanos; y la larga interrupcion del culto católico en este país no debia de cesar sino en nuestros dias, despues que las armas del rey cristianísimo hubieron dejado, por último trofeo de victoria, la tierra de África á la religion y á la Francia. — El Evangelio de Jesucristo hacia tambien rápidos progresos en las Islas Británicas. La conversion de los Escotos, en Irlanda, se realizaba al principio del

cuarto siglo, bajo la influencia de san Patrick, ó Patricio, que nació en 387 en *Bonavem Taberniæ,* como lo dice él mismo, esto es, en Boloña de Francia, en la Picardía, sobre la costa del mar Armoricano. Preso á la edad de diez y seis años por un capitan corsario, fué llevado cautivo á Irlanda para que guardase los rebaños de su amo. Despertáronse entonces en el alma de este jóven la piedad y el deseo de una vida santa. Al cabo de seis años, hallando medios de escaparse, volvió á pasar á las Galias y se fué al monasterio de Tours, donde san Martin habia fundado una escuela célebre, y estudió durante cuatro años las ciencias y costumbres cristianas. Vuelto á su hogar paterno, se sintió llamado, en una vision nocturna, á convertir á la Irlanda: desechó este primer aviso, y se agregó en 418 á san German, obispo de Auxerre, el cual para terminar su educacion le envió á Lerins. Volvióse á reunir mas tarde con san German, y con él partió para Roma: llegado allí, el papa san Celestino le dió mision para evangelizar la Irlanda. Consagrado obispo de Eboria, tomó consigo varios compañeros, entre los cuales Auxilio é Isernino, y desembarcó en 432 entre los Escotos, ó Irlandeses [que estos dos nombres tenia la Irlanda, *Hibernia* y *Scotia,* hasta que en el siglo XI Hibernia quedó reservada á lo que hoy es Irlanda, y se llamó Scotia, la Escocia de hoy]. Halló los paganos de este país adoradores de las estrellas y de los manantiales: los sitios ordinarios de sus ceremonias eran los collados y los montes. Patricio predicó el Evangelio ante el rey y los principales del país, y su palabra fué muy fecunda. En poco tiempo fundó tres obispados en Irlanda. Una iglesia que edificó en el distrito de Macha, fué centro de una ciudad que gradualmente se fundó con el nombre de Ardmacha ó Armach: el apóstol fijó allí su asiento, y mas tarde fué la metrópoli de Irlanda. Celebró, con Auxilio é Isernino, un sínodo en que con una serie de cánones constituye la Iglesia de Irlanda. Murió en su retiro de Saul hácia el año 465, dejando convertida á la fe cristiana toda la isla, con tan admirable constancia y fidelidad tan acrisolada. — La Bretaña septentrional, ó Escocia actual, estaba poseida

entonces por los Pictos ó Caledonianos, pueblo inmigrado de la Escandinavia. Los Pictos del Sud, establecidos entre el Forth y la cordillera de los Grampianos, fueron convertidos hácia el año 412 por Niniano, obispo breton. Los Pictos del Norte no tuvieron apóstol sino ciento cincuenta años mas tarde, en que lo fué suyo el gran san Columbano.

3. La invasion de los Bárbaros por todo el imperio romano, colocaba la Iglesia en presencia de nuevos pueblos á quienes tenia que hacer recibir su influencia. Ya en su orígen, habia tenido que conquistar toda una sociedad pagana regularmente constituida. Un historiador debe tener presente que la civilizacion ofrece á la accion de la Iglesia mas resistencia que la barbarie. El paganismo romano, vencido por Constantino, que trató de hacerlo desaparecer de las leyes, costumbres, instituciones, literatura y educacion, produjo bajo Juliano una reaccion poderosa. Los sofistas que rodeaban al emperador apóstata pudieron esperar un momento que sucumbiria la religion cristiana al conjunto de medidas concertadas con tanta maestría contra ella. El filósofo Máximo y el retórico Libanio intentaban resucitar el culto y la poesía de los dioses de Homero. Juliano mismo, dejando el cetro y el cuchillo de sacrificador, en medio de sus imperiales ocupaciones hallaba tiempo de escribir tratados de polémica, donde se esforzaba en probar que Theognis, Orfeo, Focilides é Isócrates eran políticos, legisladores y moralistas superiores con mucho á Moisés y á Salomon. San Cirilo de Alejandría se encargó de refutar las *elucubraciones* de esta cabeza coronada, y lo verificó con tanto númen, lógica y elocuencia, que nada dejaban por desear. Arnobio ya habia tomado alto puesto en la lista de los apologistas de aquella época, y á su tiempo hemos hablado de sus obras. Lactancio, su elegante discípulo, consagró tambien los siete libros de sus *Instituciones divinas* á refutar las objeciones de los paganos contra el cristianismo. Eusebio de Cesarea escribia con igual objeto los quince libros de la la *Preparacion evangélica*. En 345, Fírmico Materno presentó á los emperadores Constancio y Constante su libro de la *Falsedad de las religiones paganas*,

libro lleno de fuego, donde se propone hacer resaltar los puntos mas vergonzosos é inmorales de la religion pagana. San Atanasio publicó á su vez los dos discursos ó tratados *Contra los Paganos* y sobre la *Encarnacion del Verbo*. La division es tan justa como hermosa y sencilla. Atanasio hace ver en la caida original el principio del paganismo y el alejamiento de Dios: luego explica, refutando las objeciones de los paganos, la posibilidad, necesidad y realidad de la Encarnacion de Jesucristo. Pero la apología mas grandiosa y completa de la Iglesia son los veintidos libros de la *Ciudad de Dios*, opuesta por san Agustin á la Ciudad del mundo, ó paganismo. En los diez primeros el obispo de Hipona analiza las tres especies de mitologías politeistas indicadas por Varron y por el pontífice Escévola, es decir, la de los poetas, la de los políticos, y la teología natural de los filósofos. Entablando sobre todo su polémica contra la escuela neoplatónica, cuyo principal representante es, á sus ojos, Porfirio, echa en cara á esta escuela su idolatría aventurera, su apoteosis de los demonios, lo absurdo de su liturgia y de su doctrina sobre la migracion de las almas. En seguida, partiendo del principio de que « el conocimiento de Dios no es posible sin Jesucristo y por Jesucristo, » funda, por decirlo así, en los doce primeros libros la *Ciudad de Dios*, comenzando por la creacion y la caida de los ángeles; prosiguiendo los destinos de este reino divino al través de la antigua alianza hasta el juicio final, hasta la eterna felicidad de los justos. La objecion mas popular del paganismo contra los cristianos se sacaba de la pendiente rápida y de la debilidad progresiva del imperio. Los paganos comparaban con la situacion presente sus antiguas glorias, su grandeza y magnificencia sin límites, tales como florecian antes bajo la proteccion de los dioses, firme y poderosa en lo interior, victoriosa siempre é invencible á lo exterior, extendiendo hasta los opuestos confines del mundo el terror de su nombre. Ahora que los dioses eran menospreciados, suspendidos los sacrificios, y que ya no habia honras sino para el Dios de los cristianos, se extendian por todas partes la miseria, la desunion y la

impotencia, caminando visiblemente el imperio á su inminente ruina. « En adelante, decia Libanio con amargura, en lugar de » los dioses inmortales, se honran los que son causa de nues» tras desgracias. » Los cristianos replicaban que la miseria y vergüenza de los tiempos presentes eran fruto necesario de la simiente derramada por el politeismo en las pasadas edades; que los descendientes cristianos expiaban las faltas de sus ascendientes paganos : mostraban que la caida y disolucion del imperio eran ya visibles cuando el culto de los dioses estaba en su mayor apogeo. « Y en el fondo, exclamaba san Agustin, » ¿qué es lo que sienten los que intentan hacernos cargar con » el peso de un imperio que se está inevitablemente desmoro» nando? Sienten el brillo exterior, la riqueza, la seguridad de » sus goces, la arbitrariedad con que los ricos y poderosos po» dian satisfacer sus pasiones. Quisieran volver á un estado en » que reinaban sin freno la licencia, el desórden, la corrupcion. » Ahora bien, les pena cabalmente lo que ha producido dentro » la ruina y disolucion del imperio romano, y fuera su deca» dencia. » A pesar de las recriminaciones del pueblo y de los retóricos, á pesar del crédito extraordinario de que gozaban los sofistas de Atenas y de Alejandría en el siglo cuarto, á pesar del ensayo de resucitar el paganismo intentado por Juliano el Apóstata, no cesaba la idolatría de ir cayendo en el espíritu público, y el paganismo se iba desmoronando hasta que su último vestigio desapareciese con la sociedad vieja desplomada por el martillo de los Bárbaros.

4. Despues de la conversion de Constantino Magno, la religion cristiana se mostraba sin temor, y ganaba en ser conocida. La grandeza de sus promesas, lo grave y hermoso de sus leyes, la pureza de su moral, la magnificencia de sus ceremonias y fiestas atrajeron en poco tiempo todos los corazones. Los pueblos, admirados y confusos por los extravíos espantosos á que les habia arrastrado la supersticion, se apresuraban á tributar homenaje á la verdadera religion, y se convertian en masas considerables : ciudades enteras echaban por tierra espontáneamente sus templos y levantaban iglesias. En este universal

movimiento que cristianizaba al mundo, se hallaban sin duda ninguna envueltas gran número de almas débiles y tímidas, á quienes el ejemplo general y la proteccion oficial otorgada al cristianismo, y algunos otros motivos extrínsecos, mas bien que una sólida conviccion, mas bien que la accion de la gracia, atraian al seno de la Iglesia. San Agustin, san Jerónimo y Salviano, entre otros, señalan en sus escritos la relajacion que habia introducido á principios del quinto siglo esta invasion, en la sociedad cristiana, de tantos neófitos que estaban aun impregnados de los hábitos y costumbres paganas: por manera que la fe encontraba un nuevo peligro en su mismo triunfo. Se diria que la Iglesia toma fuerzas con las borrascas y tempestades desencadenadas contra ella. El cuarto y quinto siglo, no porque estuviesen exentos de persecuciones generales, carecieron de aquellas pruebas que acrisolan los ánimos, excitan el valor y hacen resaltar los grandes caractéres. En el Occidente, el cisma de los Donatistas, las herejías pelagiana y semi-pelagiana, las persecuciones locales de los Vándalos en el África y de los Visigodos en el mediodía de las Galias; en el Oriente, las herejías de Arrio, Nestorio y Eutiques, agitaron tanto á la Iglesia é hicieron casi tantas víctimas como la persecucion mas cruel. Mas, paralelamente á esta pululacion y repululacion de errores, ¡qué fecundidad entre los doctores católicos llamados á combatirlas! El humano ingenio pareció irse legando en estos dos siglos como una herencia, y perpetuarse en la Iglesia en los ilustres nombres de los Ambrosios, Jerónimos, Agustinos, Leones, Atanasios, Basilios, Gregorios y Crisóstomos. Estos nombres, de los cuales uno solo bastara á inmortalizar una época, no eran los solos que se encontraban á la vez en los fértiles campos del cuarto y quinto siglo: hemos inscrito á su tiempo los de san Efren, Epifanio de Salamina, Epifanio de Pavía, Cirilo, Gregorio Niseno, Hilario, Optato, Lupo, Sidonio Apolinar y tantos otros doctores del Oriente y Occidente, siempre en brecha por la defensa de la fe y unidad católica. La reunion de tantas luces derramaba tanto fulgor en los concilios celebrados en esta época, que los han hecho inmortales. Por

la conversion de Constantino todos los caminos del imperio se habian allanado para los obispos cristianos. Que Arrio, que Macedonio, que Nestorio ó Eutiques ataquen uno de los dogmas fundamentales de nuestra fe, y veránse inmediatamente las grandes asambleas de Nicea, de Constantinopla, de Éfeso y Calcedonia, presididas por el papa é inspiradas por el Espíritu Santo, aherrojar el cisma y la herejía. Una escuela teológica, siempre al acecho y siempre buscando argumentos en la historia para debilitar la autoridad de la Santa Sede en provecho de opiniones locales, ha pretendido encontrar hechos favorables á su causa en algunos acontecimientos particulares del cuarto y quinto siglo. Estos hechos se explican por sí mismos, y prueban mas que nada la indefectibilidad, la infalibilidad dogmática y la superioridad sobre toda otra autoridad, del papa, de la cátedra de Pedro.

5. El desarrollo de las instituciones monásticas fué consiguiente al progreso general de la Iglesia. Se distinguian desde luego tres especies de monjes : los *Cenobitas*, que vivian en comun bajo un superior; los *Anacoretas*, que vivian solos en el desierto; y los *Sabaraitas*, que habitaban dos ó tres en celdas. Estos últimos no tardaron en desaparecer. Casiano nos ha dejado el cuadro tan edificante de los solitarios de su tiempo : su única ocupacion era el trabajo de manos y la oracion; su alimento ordinario pan y agua; su lecho una estera grosera, y su cabecera un haz de hojas secas. En Egipto comenzó la vida monástica, como hemos dicho en su lugar, y de allí se extendió á la Siria, Ponto y Asia menor y pasó al Occidente. Las Galias tuvieron sus monasterios célebres; hemos hablado de los de Lerins y Tours. [La España los tuvo tambien en la provincia de Tarragona y de Braga en la Lusitania.] San Agustin dió su nombre á célebres reglas monásticas, destinadas á servir de código de santidad á una muchedumbre de generaciones monacales. La mayor parte de los monjes eran legos : pues leemos en Casiano que los del monasterio de San Pacomio recurrian á los sacerdotes de las poblacianes inmediatas para celebrar en sus oratorios los oficios sagrados. Y en efecto la

vida monástica les inhibia las funciones sacerdotales. El trabajo manual á que estaban dedicados asiduamente, les suministraba no solamente su alimento, aunque muy pobre y frugal, sino medios de hacer copiosas limosnas y donativos. Los monjes de Arsinoe enviaban para los indigentes de Alejandría embarcaciones cargadas de trigo que su paciente laboreo hacia sacar del abrasado suelo del desierto. El mismo testimonio nos da san Agustin de los monjes del África. Sin embargo los obispos sacaban á veces de su soledad á los monjes para incorporarlos en el clero de sus iglesias; mas desde aquel momento se hacian seculares, así como los que eran promovidos al obispado. San Atanasio en su carta á Draconcio, escrita hácia el año 353, cuenta hasta siete monjes que habian sido ordenados obispos. El número de los solitarios se aumentó tanto desde el fin de este siglo, que en la sola poblacion de Oxirinca, en la baja Tebáida, se contaban diez mil monjes y veinte mil vírgenes consagradas.

6. El gobierno de la Iglesia se desarrollaba libremente sobre las bases fundamentales que ya hemos visto establecidas al fin del último siglo. La autoridad de la Santa Sede avocaba á sí las grandes causas promovidas en toda la extension del mundo cristiano. Los legados apostólicos enviados á los diversos reinos eran como la radiacion del poder central de Roma. Las cuestiones de jurisdiccion para los patriarcados, decididas en el concilio de Nicea, ponian freno á pretensiones ambiciosas. Ya hemos visto como los esfuerzos de los obispos de Constantinopla para elevar su silla sobre las de todas las del Oriente, se estrellaban, á pesar del favor y decidido empeño de los emperadores griegos, contra la firme y constante resistencia de los soberanos Pontífices. La disciplina se mantenia igualmente con sabio y prudente rigor. El grande ejemplo de Teodosio el Grande, humildemente postrado en el pavimento de la catedral de Milan, á los piés de san Ambrosio, habia ilustrado en cierto modo la penitencia pública. Aunque las costumbres de las diversas iglesias estuviesen regladas en cuanto á las prescripciones principales, se halla empero desde esta época [y mucho

mas en la anterior] cierta variedad en las observancias particulares. Así es que san Agustin nos hace saber que el ayuno del sábado que se observaba en diversos lugares, no tenia en todas partes el mismo carácter obligatorio. En ciertos lugares se celebraba la misa todos los dias; en otros solamente el sábado y domingo: los fieles comulgaban en algunas partes todos los dias, en otras una vez á la semana. San Agustin añade que hay libertad en conformarse con estas diversas prácticas, y que la mejor regla en semejante caso es seguir la tradicion de la iglesia en donde nos hallemos. Se ve que estas divergencias no recaian sino sobre puntos particulares y facultativos de disciplina y de culto. La gran ley de la unidad en las cuestiones mas graves quedaba incontrastable. En un tiempo en que la sociedad política, conmovida y vacilante por la invasion de los Bárbaros, no ofrecia por do quiera sino licencia, arbitrariedad y desórden, la unidad de gobierno, aun cuando no hubiera sido ley fundamental y divina de la Iglesia, tenia que ser una imperiosa necesidad: y no sera esta la última vez que la veremos conservar, en medio de las convulsiones del mundo, el principio de autoridad que sobrevive á las borrascas y cataclismos, reparando todas sus ruinas.

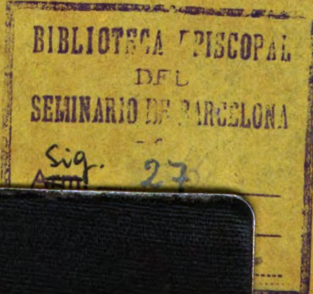
FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA DEL TOMO PRIMERO.

ÉPOCA SEGUNDA DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

FIN DE LA TABLA DEL TOMO PRIMERO.

BESANZON. — IMPRENTA DE J. ROBLOT.


BIBLIOTECA EPISCOPAL
DEL
SEMINARIO DE BARCELONA
Sig. 27


Biblioteca Episcopal de Barcelona
13030000011777

